Nora Roberts

La testigo



Con dieciséis años, Elizabeth Fitch se atreve por primera vez a desafiar a su madre y a romper con su férreo control. Su vida cambiará por completo cuando una noche conozca al atractivo hijo del dueño de una discoteca, Ilya Volkov, el capo de la mafia rusa establecida en Chicago y presencie el asesinato del primo de Ilya y el de su amiga Julie.

A partir de ese momento se convierte en uno de los objetivos de la mafia rusa y en testigo protegido por la policía. Doce años más tarde, Liz, ahora Abigail Lowery, vive sola en constante alerta. Pronto despertará la curiosidad del apuesto sheriff de la zona, Brooks Gleason. La amabilidad y la ternura de Brooks desarmarán a Abigail, que se enamorará perdidamente de él y deberá tomar una decisión: seguir huyendo o enfrentarse de una vez a los Volkovs.



Nora Roberts

La testigo

ePub r1.0
sleepwithghosts 25.11.13

Título original: *The Witness*
Nora Roberts, 2012
Traducción: Nieves Calvino Gutiérrez, 2013
Diseño de la cubierta: Manuel Esclapez
Fotografía de la cubierta: Kaido Kärner

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.0

Para Laura Reeth,
maestra de los detalles

ELIZABETH

Lo más doloroso de la infancia es esto: su profunda soledad, su profunda ignorancia.

OLIVE SCHREINER

1

Junio de 2000

La efímera rebelión adolescente de Elizabeth Fitch, que comenzó con el tinte «Negro intenso» de L'Oréal, unas tijeras y un carnet falso, terminó en un baño de sangre.

En sus dieciséis años, ocho meses y veintiún días, había seguido de manera obediente las directrices de su madre. La doctora Susan L. Fitch daba directrices, no órdenes. Elizabeth se había ceñido a los horarios que su madre había estipulado, había ingerido las comidas de la dieta elaborada por la nutricionista y la cocinera de su madre y había llevado también la ropa elegida por su asistente de compras.

La doctora Susan L. Fitch vestía de forma conservadora, tal y como en su opinión debía hacerlo la jefa de cirugía del Silva Memorial Hospital de Chicago. Esperaba e imponía que su hija hiciera lo mismo.

Elizabeth estudiaba con diligencia y destacaba en los programas académicos que su madre organizaba. En otoño regresaría a Harvard para empezar la carrera de Medicina y así poder convertirse en médico, como su madre; una cirujana, como su madre.

Elizabeth, nunca Liz, Lizzie ni Beth, hablaba español, francés e italiano con fluidez; ruso, de forma pasable, y japonés básico. Tocaba el piano y el violín. Había viajado a Europa, a África. Se conocía todos los huesos, nervios y músculos del cuerpo humano e interpretaba de memoria los conciertos n.º 1 y n.º 2 para piano de Chopin.

Jamás había tenido una cita ni besado a un chico. Nunca había

paseado por el centro comercial con un grupo de chicas, asistido a una fiesta de pijamas ni reído con las amigas mientras tomaban una pizza o un helado.

A sus dieciséis años, ocho meses y veintiún días, era un producto del meticuloso y detallado plan de su madre.

Eso estaba a punto de cambiar.

Observó a su madre mientras hacía el equipaje. Susan, con el vivo cabello castaño recogido en su característico moño francés, colgó con cuidado otra prenda en el portatrajes y a continuación revisó la copia impresa con el programa diario desglosado en subgrupos de la conferencia médica de una semana de duración. El listado incluía una hoja de cálculo en la que figuraba cada evento, cita, reunión y comida, con el traje, los zapatos, el bolso y los accesorios idóneos para cada acontecimiento.

Trajes de diseño; zapatos italianos, por supuesto, pensó Elizabeth. Uno debía ir de punta en blanco, vestir buena ropa. Pero nada de colores vivos ni estridentes entre los negros, grises y marrones. Se preguntaba cómo su madre podía ser tan guapa y vestir de un modo tan soso a propósito.

Tras dos semestres intensivos en la universidad, Elizabeth pensaba que tal vez había empezado a desarrollar su propio sentido de la moda. De hecho se había comprado unos vaqueros, una sudadera con capucha y unas botas de tacón bajo en Cambridge.

Había pagado en efectivo para que el cargo no apareciera en el extracto de su tarjeta de crédito, en caso de que su madre o el contable revisaran y preguntaran por los artículos, que en esos momentos estaban escondidos en su cuarto.

Se había sentido una persona diferente con aquello puesto, tan distinta que había ido a un McDonald’s y había pedido su primer Big Mac con patatas fritas grandes y un batido de chocolate.

Había sentido un placer tan inmenso que tuvo que ir al baño y encerrarse para llorar un poco.

Suponía que las semillas de la rebelión se plantaron aquel día, o tal vez siempre habían estado ahí, latentes, y la grasa y la sal las habían despertado.

Pero podía sentirlas, podía sentirlas de verdad, germinando en su vientre.

—Tus planes han cambiado, madre. No significa que los míos tengan que cambiar con ellos.

Susan se tomó un momento para colocar bien una bolsa de zapatos en una maleta Pullman, guardándola con sus hermosas y diestras manos de cirujana, con su manicura perfecta. Manicura francesa, desde luego; nada de color tampoco ahí.

—Elizabeth. —Su voz era tan refinada y serena como su guardarropa—. Ha supuesto un esfuerzo considerable cambiar el programa y conseguir que te admitan este trimestre en el curso de verano. Completarás los requisitos para tu admisión en la facultad de Medicina de Harvard un semestre antes de lo previsto.

La sola idea hacía que a Elizabeth le doliera el estómago.

—Me prometiste tres semanas libres, incluyendo esta próxima en Nueva York.

—A veces se deben romper las promesas. Si no hubiera tenido esta semana libre, no podría haber sustituido al doctor Dusecki en la conferencia.

—Podrías haber dicho que no.

—Eso habría sido egoísta y demostraría muy poca visión de futuro. —Susan cepilló la chaqueta que había colgado y volvió para repasar su lista—. Obviamente eres lo bastante madura para entender que las exigencias del trabajo están por encima del placer y el asueto.

—Si soy lo bastante madura para entender eso, ¿por qué no lo soy para tomar mis propias decisiones? Quiero este descanso. Lo necesito.

Susan apenas le dedicó una mirada a su hija.

—Una chica de tu edad, condición física y agudeza mental difícilmente necesita un descanso de sus estudios y actividades. Además, la señora Laine ya se ha marchado a su crucero de dos semanas y no puedo pedirle que posponga sus vacaciones. No hay nadie para preparar tus comidas y atender la casa.

—Yo puedo prepararme mis propias comidas y encargarme de la casa.

—Elizabeth. —Logró adoptar un tono cortante a la vez que sufrido—. Está decidido.

—¿Y yo no tengo ni voz ni voto? ¿Qué hay de lo de fomentar mi

independencia, de ser responsable?

—La independencia viene de forma paulatina, igual que la responsabilidad y la libertad de elección. Todavía necesitas que te orienten y asesoren. Bien, te he enviado por correo electrónico un horario actualizado para la próxima semana, y el paquete con toda la información sobre el programa está sobre tu escritorio. Asegúrate de darle las gracias personalmente al doctor Frisco por hacerte un hueco en el tercer trimestre.

Susan cerró el portatrajes mientras hablaba y luego la pequeña maleta. Acto seguido se acercó a su pequeña cómoda para comprobar el peinado y el carmín de los labios.

—No escuchas nada de lo que digo.

La mirada de Susan se desvió hacia su hija en el espejo. Era la primera vez que su madre se dignaba mirarla desde que había entrado en el dormitorio, pensó Elizabeth.

—Por supuesto que sí. He oído muy bien todo lo que has dicho.

—Oír no es lo mismo que escuchar.

—Puede que eso sea verdad, Elizabeth, pero ya hemos tenido esta conversación.

—No es una conversación, es una sentencia.

Susan apretó los labios durante un breve instante, la única evidencia de su irritación. Cuando se dio la vuelta, sus ojos azules eran fríos y serenos.

—Lamento que lo veas así. Como tu madre, he de hacer lo que creo que es mejor para ti.

—En tu opinión, lo que más me conviene es que haga, sea, piense, actúe y me convierta en lo que tú has decidido para mí antes de que te inseminaras con el esperma elegido de manera minuciosa. —Se percató de que estaba alzando la voz, pero no podía controlarlo; sintió el escozor de las lágrimas en los ojos, pero no podía contenerlas—. Estoy harta de ser tu experimento. Estoy cansada de tener cada minuto del día organizado, orquestado y coreografiado para cumplir con tus expectativas. Quiero tomar mis propias decisiones, comprar mi propia ropa, leer los libros que me apetezca Quiero vivir mi vida en vez de la tuya.

Susan enarcó las cejas en un gesto de leve interés.

—Vaya. Tu actitud no me sorprende, dada tu edad, pero has

elegido un momento muy inoportuno para mostrarte desafiante y beligerante.

—Lo siento. No estaba en el programa.

—El sarcasmo también es típico, aunque impropio. —Susan abrió su maletín y revisó el contenido—. Hablaremos de todo esto cuando regrese. Pediré una cita con el doctor Bristoe.

—¡No necesito terapia! Lo único que pido es una madre que me escuche, a la que le importe lo que siento.

—Este tipo de lenguaje solo demuestra falta de madurez e inteligencia.

Furiosa, Elizabeth alzó las manos, haciendo aspavientos. Si no podía ser impasible y racional como su madre, se mostraría alocada.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

—Y la repetición no lo mejora. Tienes el resto del fin de semana para pensar en tu comportamiento. Tus comidas están en la nevera o el congelador, y están etiquetadas. La lista del equipaje, sobre tu mesa. Preséntate ante la señora Vee en la universidad el lunes a las ocho de la mañana. Tu participación en este programa te asegurará una plaza en la facultad de Medicina de Harvard el próximo otoño. Bueno, lleva mi portatrajes abajo, por favor. Mi coche llegará en cualquier momento.

Oh, aquellas semillas estaban germinando, agrietando aquel campo en barbecho y abriéndose paso de manera dolorosa. Por primera vez en su vida Elizabeth miró a su madre a los ojos y le dijo:

—No.

Dio media vuelta, se marchó con paso airado y se encerró en su dormitorio tras dar un portazo. Luego se tumbó en la cama, contempló el techo con los ojos empañados y esperó.

En cualquier momento, se dijo, en cualquier momento. Su madre entraría exigiendo una disculpa, exigiendo obediencia. Y Elizabeth no haría ninguna de las dos cosas.

Tendrían una pelea, una pelea de verdad, con amenazas de castigo y consecuencias. Habría gritos. Tal vez si se gritaban su madre la escucharía por fin.

Y tal vez si se gritaban ella podría decir todo lo que la había carcomido durante el último año. Cosas que probablemente había

tenido dentro desde siempre.

No quería ser médico. No quería pasarse todo el día cumpliendo un horario ni esconder un puñetero par de vaqueros porque no se ajustaban al código de vestir de su madre.

Quería tener amigos, no citas autorizadas para socializar. Quería escuchar la música que escuchaban las chicas de su edad. Quería saber qué susurraban y de qué se reían y hablaban mientras ella estaba aislada.

No quería ser un genio ni un prodigio.

Quería ser normal. Solo quería ser como los demás.

Se limpió las lágrimas, se acurrucó y fijó la mirada en la puerta.

En cualquier momento, pensó otra vez. En cualquier momento. Su madre tenía que estar furiosa. Tenía que entrar y ejercer su autoridad. Tenía que hacerlo.

—Por favor —murmuró cuando los segundos se convirtieron en minutos—. No hagas que ceda otra vez. Por favor, por favor, no me obligues a ceder.

«Quiéreme lo suficiente. Solo esta vez».

Pero cuando pasaron los minutos, Elizabeth se levantó de la cama. Sabía que la paciencia era el arma más efectiva de su madre. Eso, y la inquebrantable certeza de tener la razón, aplastaba a todos los enemigos. Y era evidente que su hija no era rival para ella.

Derrotada, salió de su cuarto y se encaminó hacia el de su madre.

El portatrajes, el maletín y la pequeña maleta de ruedas no estaban. Mientras bajaba las escaleras sabía que su madre ya se había ido.

—Me ha abandonado. Se ha marchado.

Sola, echó un vistazo al bonito y ordenado salón. Todo era perfecto; las telas, los colores, las obras de arte, la disposición. Las antigüedades pasaban de una generación a otra en la familia Fitch; todo serena elegancia.

Vacío.

Comprendió que nada había cambiado. Y nada lo haría.

—Pues lo haré yo.

No se permitió pensar, dudar ni tener remordimientos. En su lugar subió con paso decidido y cogió las tijeras de su zona de

estudio.

Ya en el baño, analizó su rostro en el espejo. El color del pelo lo había sacado de su padre, castaño rojizo; espeso como el de su madre, pero sin las suaves y bonitas ondas. Los pómulos marcados de su madre; los ojos verdes, la piel pálida y la boca carnosa de su padre biológico, quienquiera que fuese.

Pensó que era atractiva físicamente, porque eso era una cuestión de ADN y su madre jamás se habría conformado con otra cosa. Pero no hermosa, no despampanante como Susan. Y suponía que eso había sido una decepción que ni siquiera su madre podía corregir.

—Bicho raro. —Elizabeth apoyó una mano en el espejo, odiando lo que veía en él—. Eres un bicho raro. Pero a partir de ahora ya no eres una cobarde.

Inspiró hondo, agarró un puñado de cabello que le llegaba al hombro y lo cortó.

Se sintió fortalecida con cada tijeretazo. Su cabello, su elección. Dejó que los mechones cayeran al suelo. Mientras cortaba y recortaba, una imagen se formó en su mente. Con los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada, fue cortando más despacio. En realidad solo era geometría y física. Acción y reacción.

El peso físico y metafórico, pensó, simplemente disminuyó. Y la chica del espejo parecía más ligera. Sus ojos parecían más grandes; su rostro, no tan delgado, no tan tenso.

Parecía… otra, decidió Elizabeth.

Dejó las tijeras con cuidado y, al darse cuenta de que respiraba de forma acelerada, se esforzó por relajarse.

Muy corto. De manera tentativa se llevó la mano al cuello despejado, a las orejas, y luego rozó las puntas. Era un corte demasiado regular, se dijo. Buscó unas tijeras de manicura y probó a darle algo de estilo.

No estaba mal. Tampoco estaba bien del todo, pero era diferente, reconoció. Eso era justo lo que quería. Parecía y se sentía diferente.

Pero no había acabado.

Sin recoger los mechones del suelo, fue a su dormitorio y se puso la ropa que tenía escondida. Necesitaba espuma; así lo llamaban las chicas. Espuma para el pelo. Y maquillaje. Y más ropa.

Tenía que ir al centro comercial.

Dejándose llevar por la excitación, fue al despacho de su madre y cogió el segundo juego de llaves del coche. El corazón le latía con fuerza a causa de la emoción mientras se apresuraba en dirección al garaje. Una vez allí se sentó al volante y cerró los ojos durante un momento.

—Allá voy —dijo en voz baja.

A continuación apretó el botón de apertura de la puerta del garaje y salió marcha atrás.

***

Se perforó las orejas. Parecía un acto audaz aunque algo doloroso y quedaba bien con el tinte que había cogido de la estantería tras un análisis detenido y minucioso. Compró gomina para el pelo, ya que había visto usarla a una de las chicas de la universidad y pensó que podría recrear el look. Más o menos.

Se había gastado doscientos dólares en maquillaje porque no estaba segura de qué era apropiado.

Luego tuvo que sentarse porque le temblaban las rodillas. Pero no había acabado, recordó Elizabeth mientras veía pasar a las pandillas de adolescentes, los grupos de mujeres y las familias. Tan solo tenía que reorganizarse.

Necesitaba ropa, pero no tenía un plan, una lista, un orden del día. Comprar por impulso era estimulante y agotador. El mal humor que le había llevado hasta allí la abandonó con una leve jaqueca, y los lóbulos de las orejas le dolían un poco.

Lo lógico, lo sensato, era marcharse a casa y echarse un rato para más tarde hacer planes y elaborar aquella lista de artículos que tenía que comprar.

Pero esa era la antigua Elizabeth. La nueva solo iba a tomar aliento.

El problema al que se enfrentaba era que no estaba segura de a qué tienda o tiendas debería ir. Había muchísimas, y todos los escaparates estaban abarrotados de cosas. De modo que deambuló, pendiente de las chicas de su edad. Iría a donde ellas fueran.

Cogió sus bolsas, se puso en pie… y se tropezó con alguien.

—Discúlpeme —dijo, y de inmediato reconoció a la chica—. Ah, Julie.

—Sí. —La rubia de perfecto cabello liso y ojos de color chocolate fundido miró a Elizabeth con total perplejidad—. ¿Te conozco?

—Seguramente no. Hemos ido juntas al mismo instituto. Yo era profesora en prácticas en tu clase de español. Soy Elizabeth Fitch.

—Elizabeth, claro. La cerebrito. —Julie entrecerró sus malhumorados ojos—. Pareces diferente.

—Oh, yo… —Avergonzada, Elizabeth se llevó la mano a la cabeza—. Me he cortado el pelo.

—Mola mucho. Creía que te ibas a mudar o algo así.

—Fui a la universidad. He vuelto a casa para pasar el verano.

—Ah, sí, te graduaste antes. Qué raro.

—Supongo que sí. ¿Irás a la universidad este otoño?

—Se supone que voy a ir a Brown.

—Es una universidad estupenda.

—Vale. Bueno…

—¿Vas de compras?

—Estoy sin blanca. —Julie se encogió de hombros, y Elizabeth examinó su vestimenta; los vaqueros ajustados, con la cintura tan baja que dejaba al descubierto los huesos de la cadera, la ceñida camiseta con el ombligo al aire, el enorme bolso al hombro y unas sandalias de cuña—. Solo he venido al centro comercial a ver a mi novio… mi ex novio, ya que he roto con él.

—Lo siento.

—Que le den. Trabaja en Gap. Se suponía que íbamos a salir esta noche y va y me dice que tiene que currar hasta las diez y que luego quiere salir por ahí con sus colegas. Me he hartado, así que le he dado puerta.

Elizabeth se dispuso a señalar que no debería castigarle por cumplir con sus obligaciones, pero Julie siguió hablando. Lo más conveniente era no opinar porque esa chica no le había dirigido más de una docena de palabras desde que se habían conocido.

—Así que voy a pasarme por casa de Tiffany para ver si quiere salir, porque ahora ya no tengo novio para el verano. Menuda

mierda. Supongo que tú saldrás con chicos universitarios. —Julie la miró con interés—. Irás a fiestas de fraternidades, fiestones con cerveza y esas cosas.

—Yo… Hay muchos hombres en Harvard.

—Harvard. —Julie puso los ojos en blanco—. ¿Hay alguno en Chicago para pasar el verano?

—No sabría decirte.

—Un universitario, eso es lo que necesito. ¿Quién quiere un fracasado que curra en el centro comercial? Necesito a alguien que sepa divertirse, que pueda llevarme a sitios y comprar alcohol. A menos que puedas entrar en los clubes, no lo consigues ni de coña. Ahí es adonde van. Solo necesito hacerme con un carnet falso.

—Yo puedo hacerlo.

En cuanto las palabras abandonaron su boca Elizabeth se preguntó de dónde habían salido. Pero Julie la agarró del brazo y le sonrió como si fueran amigas.

—¿Estás de coña?

—No. Bueno, no es muy difícil hacer un carnet falso con las herramientas adecuadas. Una plantilla, una fotografía, una máquina para plastificar y un ordenador con Photoshop.

—La cerebrito. ¿Cuánto costaría que me hicieras un carnet de conducir con el que pueda entrar en un club?

—Como he dicho, una plantilla…

—No, por Dios. ¿Qué quieres por ello?

—Yo… —Estaba negociando, se percató Elizabeth. Un trueque —. Tengo que comprar ropa, pero no sé qué debo comprar. Necesito que alguien me ayude.

—¿Una colega de compras?

—Sí. Alguien que sepa de ropa. Tú entiendes de eso.

La expresión malhumorada de Julie había desaparecido y su voz ya no sonaba aburrida; la chica tenía una sonrisa radiante.

—Esa es mi especialidad. Y si te ayudo a elegir algunos trapos, ¿me harás un carnet falso?

—Sí. Y además quiero ir contigo al club. Así que también voy a necesitar ropa para eso.

—¿Tú? ¿Salir de marcha? No es solo tu pelo lo que ha cambiado, Liz.

Liz. Era Liz.

—Voy a necesitar una foto y tardaré un poco en hacer los carnets. Podría tenerlos para mañana. ¿A qué club vamos a ir?

—Ya que estamos, iremos al club más guay de la ciudad. Warehouse 12. Brad Pitt estuvo allí cuando vino a la ciudad.

—¿Le conoces?

—Ojalá. Vale, vámonos de compras.

Aquello hizo que se sintiera aturdida; no solo que Julie la condujera a una tienda y cogiera ropa sin echarle más que un rápido vistazo, sino la idea en su conjunto. Una compañera de compras en vez de alguien que preseleccionaba lo que era apropiado y esperaba que ella solo expresara su conformidad. Alguien que agarraba ropa al azar y hablaba acerca de estar guapa, guay e incluso sexy.

Nadie le había sugerido jamás que podría estar sexy.

Se encerró en el probador con un batiburrillo de colores, lentejuelas, destellos metálicos. Se sentó y colocó la cabeza entre las rodillas.

Todo estaba sucediendo demasiado deprisa. Era como verse atrapada por un tsunami. La ola la arrastraba.

Le temblaban los dedos mientras se desvestía y doblaba su ropa con cuidado, y luego se quedó mirando todas las prendas colgadas en el diminuto cubículo.

¿Qué se ponía? ¿Qué iba con qué? ¿Cómo iba a saberlo?

—¡He encontrado un vestido alucinante!

Julie entró sin tan siquiera llamar. Elizabeth cruzó los brazos sobre los pechos.

—¿Aún no te has probado nada?

—No estaba segura de por dónde empezar.

—Comienza por esto. —Julie le pasó el vestido.

En realidad, con su altura resultaba más bien una chaqueta, pensó Elizabeth, y era de un rojo chillón y con los laterales fruncidos. Los finísimos tirantes eran de un brillante tono plateado.

—¿Qué hay que ponerse con esto?

—Unos taconazos de infarto. No, primero quítate el sujetador. No puedes llevar sujetador con este vestido. Tienes un cuerpo muy bonito —comentó Julie.

—Estoy predispuesta genéticamente y me mantengo en buena forma gracias al ejercicio diario.

—Ya te pillo.

Y el cuerpo humano desnudo, o casi desnudo, era algo natural, recordó Elizabeth. No era más que piel, músculos, huesos y nervios.

Dejó el sujetador sobre su ropa doblada y acto seguido se puso el ceñido vestido.

—Es muy corto —comenzó.

—Tendrás que deshacerte de esas bragas de cuello vuelto y comprarte un tanga. Esto sí que es perfecto para ir de marcha.

Elizabeth inspiró y se volvió hacia el triple espejo.

—¡Oh! —¿Quién era esa? ¿Quién era la chica del minivestido rojo?—. Parezco…

—Estás impresionante —declaró Julie.

Elizabeth vio que una sonrisa se dibujaba en su propia cara.

—Impresionante.

Compró ese vestido y otros dos más. Se llevó camisetas de tirantes que dejaban el ombligo al aire y pantalones de talle corto. Compró tangas. Y se dejó llevar por aquel tsunami hasta unos zapatos con el tacón plateado, con los que tendría que practicar.

Y rió como cualquier chica que va de compras con una amiga en un centro comercial.

También compró una cámara digital. Observó a Julie mientras se maquillaba en el lavabo. Le hizo varias fotos con el fondo gris claro de la puerta del cubículo.

—¿Funcionará?

—Sí, puedo hacer que funcione. ¿Qué edad deberías tener? Creo que es mejor ceñirse lo más posible a la edad legal. Puedo utilizar todos tus datos y cambiar solo el año de nacimiento.

—¿Lo has hecho antes?

—He experimentado. He leído y estudiado acerca del fraude de identidad, delitos cibernéticos. Es interesante. Me gustaría…

—¿Qué?

—Me gustaría estudiar delitos informáticos y prevención e investigación más seriamente. Me encantaría entrar en el FBI.

—¿En serio? Como Dana Scully.

—No sé quién es.

—*Expediente X*, Liz. ¿Es que no ves la tele?

—Tengo limitado a una hora a la semana el tiempo para ver la televisión popular y comercial.

Julie puso en blanco sus grandes ojos color chocolate.

—¿Qué tienes, seis años? Madre mía.

—Mi madre tiene opiniones muy tajantes.

—Estás en la universidad, por el amor de Dios. Ve lo que te dé la gana. En fin, me pasaré por tu casa mañana por la noche. Cogeremos un taxi desde allí. Pero quiero que me llames cuando hayas terminado los carnets, ¿vale?

—Sí.

—Te digo que romper con Darryl es lo mejor que he hecho. De lo contrario me habría perdido todo esto. Nos vamos de fiesta, Liz. —Riendo, Julie hizo un bailecito con las caderas allí mismo, en el aseo de señoras—. ¡Va a ser la bomba! Tengo que irme. A las nueve en punto. No me falles.

—No lo haré.

Eufórica por todo lo sucedido ese día, Elizabeth cargó con las bolsas hasta el coche. Ya sabía de lo que hablaban las chicas del centro comercial.

De chicos. De hacerlo; Julie y Darryl lo habían hecho. De ropa. De música. Tenía una lista mental de artistas que tenía que investigar. Actores de televisión y cine. De otras chicas. De lo que llevaban otras chicas. De con quién lo habían hecho otras chicas. Y, una vez más, de chicos.

Comprendía que las discusiones y los temas variaban según el estatus social y entre generaciones. Pero era algo de lo que ella había estado excluida hasta ese día.

Y creía que le caía bien a Julie, al menos un poco. Tal vez empezaran a salir. Quizá saldrían también con la amiga de Julie, Tiffany, que lo había hecho con Mike Dauber cuando el chico volvió a casa para las vacaciones de primavera.

Conocía a Mike Dauber, había sido compañero suyo en una clase. Y él le había pasado una nota en una ocasión. O le había pasado una nota para que se la pasara a otro, pero ya era algo. Era un contacto.

***

Al llegar a casa dejó las bolsas sobre la cama.

Esa vez iba a guardarlo todo a la vista. Y se desharía de aquello que no le gustaba —que era casi todo lo que poseía— y lo metería en cajas para la caridad. Vería *Expediente X* si quería y escucharía a Christina Aguilera, a 'N Sync y a Destiny's Child.

Y cambiaría de carrera.

Pensar en todo ello hizo que el corazón se le subiera a la garganta. Estudiaría lo que quería estudiar. Y cuando tuviera sus títulos en Criminología y en Ciencias Informáticas, solicitaría el ingreso en el FBI.

Todo había cambiado ese día.

Decidida, sacó el tinte para el cabello y fue al cuarto de baño. Lo preparó todo y realizó la prueba de alergia que recomendaban. Mientras esperaba recogió los mechones del suelo y a continuación hizo limpieza en el armario y en la cómoda, colgando o doblando su nueva ropa de manera ordenada.

Cuando le entró hambre bajó a la cocina, se calentó una de las comidas etiquetadas y se la tomó mientras leía con atención un artículo acerca de la falsificación de documentos de identidad en su ordenador portátil.

Después de lavar los platos volvió arriba. Con una mezcla de inquietud y excitación siguió las instrucciones del tinte y programó el reloj. Mientras se cumplía el tiempo dispuso todo lo necesario para hacer el carnet. Después abrió el CD de Britney Spears que le había recomendado Julie y lo puso en el reproductor de su portátil.

Subió el volumen para poder oírlo mientras se metía en la ducha para retirarse el tinte del cabello.

¡El agua salía negra!

Se lo enjuagó una y otra vez, apoyando las manos en la pared de la ducha cuando se le empezó a encoger el estómago a causa de la expectativa, y no sin cierto temor. Cuando el agua salió limpia retiró el exceso de humedad con una toalla y luego se envolvió la cabeza con otra.

Las mujeres llevaban siglos cambiándose el color del pelo, recordó Elizabeth. Utilizando bayas, hierbas, raíces. Era un… rito

iniciático, concluyó.

Era una elección personal.

Ataviada con el albornoz se miró al espejo.

—Es mi decisión —dijo, y se quitó la toalla.

Miró fijamente a la chica de piel clara y grandes ojos verdes, pelo negro, corto y de punta que enmarcaba aquel estrecho rostro de huesos marcados. Levantó una mano y se pasó los dedos por el cabello, palpando su textura, observando su movimiento.

Acto seguido se irguió y esbozó una sonrisa.

—Hola, soy Liz.

2

Teniendo en cuenta toda la ayuda que le había proporcionado Julie, a Elizabeth le pareció justo trabajar primero en el carnet de conducir de la chica. Crear una plantilla era muy sencillo. En todos los foros donde había consultado aseguraban que la calidad de la identificación dependía mucho del tipo de papel y el laminado.

Aquello no representaba un problema, ya que su madre no era partidaria de reducir el presupuesto para suministros escolares.

Con el escáner y el ordenador hizo una reproducción bastante decente y gracias al Photoshop añadió la fotografía digital y la modificó.

El resultado era bueno, aunque no lo suficiente.

Necesitó varias horas y tres intentos para sentir que había hecho algo que superaría la comprobación en un club nocturno. En realidad creía que podría incluso pasar una prueba más rigurosa de la policía. Pero esperaba que las cosas no llegaran a ese extremo.

Dejó a un lado el de Julie.

Elizabeth se percató de que era demasiado tarde para llamarla cuando miró la hora y descubrió que era casi la una de la madrugada.

Por la mañana, pensó, y comenzó con su propia identificación.

Primero la foto, decidió, y se pasó casi una hora con su nuevo maquillaje, imitando los pasos que le había visto dar a Julie en el centro comercial. Oscurecer los ojos, darle brillo a los labios y aplicar color en las mejillas.

No sabía que iba a ser tan divertido —y laborioso— jugar con tantos colores, pinceles y lápices.

Liz parecía mayor, pensó al estudiar el resultado. Liz parecía guapa y segura de sí misma; y normal.

Embriagada de éxito, abrió los productos para el cabello.

Descubrió que aquello resultaba más difícil, aunque creía que con cierta práctica acabaría aprendiendo. Pero le gustaban los descuidados y un tanto desaliñados mechones en punta. Aquel pelo corto, de un reluciente tono negro, era muy diferente de su melena castaña rojiza, larga, lacia e insulsa.

Liz era fresca. Liz podía y quería hacer cosas que Elizabeth ni siquiera había imaginado. Liz escuchaba a Britney Spears y llevaba vaqueros que dejaban el ombligo al descubierto. Liz iba a clubes los sábados por la noche con una amiga y bailaba, reía y… coqueteaba con chicos.

—Y los chicos coquetean con Liz —murmuró—. Porque Liz es guapa y divertida y no le tiene miedo a nada.

Tras realizar los cálculos, ajustar el ángulo y definir el fondo, utilizó su nueva cámara con un temporizador para tomar varias instantáneas.

Trabajó hasta pasadas las tres de la madrugada; el proceso le resultó más sencillo con el segundo documento. Eran casi las cuatro cuando dejó todas las herramientas y el equipo y se desmaquilló debidamente. Estaba segura de que no podría conciliar el sueño; su mente estaba llena de ideas, muy ocupada.

Se quedó dormida nada más cerrar los ojos.

Y por primera vez en su vida, salvo cuando enfermaba, durmió como un tronco hasta el mediodía. Lo primero que hizo fue correr al espejo para cerciorarse de que no lo había soñado.

Lo segundo fue llamar a Julie.

—¿Estamos listas? —preguntó la chica al descolgar el teléfono apenas repicó.

—Sí. Lo tengo todo.

—Y es bueno, ¿verdad? ¿Servirá?

—Son falsificaciones excelentes. No habrá ningún problema.

—¡Genial! Quedamos a las nueve en punto. Yo cogeré el taxi y te esperaré…, así que estate preparada. Y asegúrate de que das el pego, Liz.

—Anoche probé el maquillaje. Practicaré con él y con el pelo esta tarde. Y ensayaré con los tacones.

—Hazlo. Nos vemos luego. ¡Fiesta!

—Sí, yo… —Pero Julie ya había colgado.

Se pasó el día con lo que ya consideraba el «proyecto Liz». Se puso unos pantalones cortados y una camiseta, se maquilló la cara y se peinó. Después se colocó los zapatos nuevos y, cuando sintió que lo tenía dominado, empezó a bailar.

Practicó delante del espejo después de localizar una emisora de música pop en la radio. Ya había bailado antes así, sola, frente al espejo, imitando los movimientos que había observado a los chicos que bailaban en el instituto, cuando se había quedado al margen con tristeza, demasiado joven y vulgar como para llamar la atención de algún chico.

Se movía bien con los tacones, aunque girar con ellos le resultaba un tanto complicado, pero le gustaba que hicieran que su equilibrio no fuera tan firme, obligándole a relajar las rodillas y las caderas.

A las seis sacó su comida etiquetada y se la tomó mientras revisaba su correo electrónico. Pero no había ningún mensaje, nada en absoluto de su madre. Estaba convencida de que habría algo, un sermón, alguna cosa.

Pero la paciencia de Susan era infinita y su utilización del silencio, magistral.

Elizabeth decidió que esa vez no iba a funcionarle. Esa vez Susan iba a llevarse una buena sorpresa. Al marcharse había dejado tras de sí a Elizabeth, pero al regresar se encontraría a Liz. Y Liz no iba a asistir al programa de verano de la universidad. Liz iba a cambiar su horario y sus clases para el próximo trimestre.

Liz no iba a ser cirujana. Liz iba a trabajar para el FBI en el Departamento de Delitos Informáticos.

Se tomó treinta minutos para buscar universidades con los programas más prestigiosos en su nuevo campo de estudio. Tendría que trasladarse y eso podría suponer un problema. Si bien su fondo para la universidad estaba vinculado a un fideicomiso y procedía de sus abuelos, estos podían cerrarle el grifo. Le harían caso a Susan y seguirían su ejemplo.

De ser así solicitaría una beca. Su historial académico la respaldaría. Perdería un semestre, pero se buscaría un trabajo. Iría a trabajar. Se forjaría su camino hacia su propio destino.

Dejó todo a un lado y recordó que esa noche era para divertirse, para el descubrimiento. No para preocuparse ni hacer planes.

Subió a su habitación para vestirse para su primera salida nocturna. Su primera noche de verdadera libertad.

***

Como se había vestido tan pronto, Elizabeth tenía mucho tiempo para pensar, para cuestionarse las cosas, para dudar. Se había puesto demasiado elegante, se había maquillado poco y llevaba mal el pelo. Nadie la sacaría a bailar porque nadie lo hacía nunca.

Julie tenía dieciocho años, tenía más experiencia y sabía vestirse, sabía comportarse en situaciones sociales y hablar con los chicos. Ella estaba abocada a decir o hacer algo inapropiado. Avergonzaría a Julie y entonces ella no volvería a hablarle. Aquel débil vínculo de amistad se rompería para siempre.

Ella misma se generó tal estado de pánico y nervios que se sentía febril, indispuesta. Se sentó dos veces con la cabeza entre las piernas para combatir los ataques de ansiedad y aun así abrió la puerta, con las palmas sudorosas y el corazón desbocado, cuando Julie llamó.

—¡Madre mía!

—Está mal. Voy mal. —Todas las dudas y temores culminaron en autorrechazo y mortificación cuando Julie la miró—. Lo siento. Puedes llevarte tu carnet.

—Tu pelo.

—No sé en qué estaba pensando. Solo quería probar…

—¡Es la caña! Estás de escándalo. Jamás te habría reconocido. ¡Ay, Dios mío, Liz, aparentas veintiuno y estás sexy de la muerte!

—¿Sí?

Julie ladeó la cadera y apoyó una mano en la cintura, en un gesto desafiante.

—Qué guardadito te lo tenías.

El pulso palpitaba en su garganta como si tuviera una herida.

—Entonces ¿está bien? ¿Mi aspecto está bien?

—Estás mucho más que bien. —Julie agitó un dedo en el aire,

trazando un círculo, y recibió una mirada inexpresiva—. Date una vuelta, Liz. Déjame ver el paquete completo.

Emocionada, casi llorando, Elizabeth giró sobre sí misma.

—Oh, sí. Esta noche vamos a arrasar.

—Tú también estás impresionante. Siempre lo estás.

—Eres un solete.

—Me gusta tu vestido.

—Es de mi hermana. —Julie se dio una vuelta y posó con su minivestido negro con cuello halter—. Como se entere de que se lo he cogido me asesina.

—¿Es agradable? ¿Tener una hermana?

—No está tan mal tener una hermana mayor que tiene tu misma talla, aunque sea una zorra la mitad del tiempo. Déjame que vea el carnet. El taxímetro corre, Liz.

—Oh. Sí.

Liz abrió el bolso de noche que había elegido de la colección de su madre y sacó el carnet de conducir falso de Julie.

—Parece auténtico —declaró Julie después de examinarlo con el ceño fruncido, luego miró a Elizabeth con sus ojos oscuros como platos—. Ya sabes, parece de verdad.

—Me han salido muy bien. Creo que podría haberlo hecho mejor con un equipo más sofisticado, pero nos valdrán para esta noche.

—Incluso parecen auténticos al tacto —murmuró Julie—. Tienes talento, chata. Podrías ganar una fortuna. Conozco a chicos que pagarían una pasta por carnets como estos.

El pánico la dominó de nuevo.

—No puedes decírselo a nadie. Es solo para esta noche. Es ilegal y si alguien lo descubre…

Julie dibujó una cruz sobre su corazón y luego sobre los labios.

—Nadie lo sabrá por mí.

Bueno, salvo Tiffany y Amber, pensó. Le brindó una sonrisa a Elizabeth, segura de que podría convencer a su nueva mejor amiga para que hiciera solo un par más para sus amigas íntimas.

—Empecemos la fiesta.

Después de que Elizabeth cerrara la puerta y echara la llave, Julie la cogió de la mano y tiró de ella hasta el taxi que les estaba esperando. Tras montarse en el vehículo le dio al taxista el nombre

del club y luego se giró en su asiento.

—Vale, este es el plan. Lo primero es ir en plan frío.

—¿Debería haber cogido un jersey?

Julie rió y después parpadeó cuando se dio cuenta de que Elizabeth hablaba en serio.

—No, quiero decir que tenemos que ser guays, actuar como si fuéramos a clubes todo el tiempo. Como si esto no fuera algo especial para nosotras. Tan solo otra noche de sábado.

—Quieres decir que debemos estar tranquilas y que nos integremos.

—Eso es lo que he dicho. Una vez que estemos dentro cogemos una mesa y pedimos unos cosmos.

—¿Qué es eso?

—Ya sabes, como las chicas de *Sexo en Nueva York*.

—No sé lo que es eso.

—Da igual. Es lo último. Tenemos veintiuno, Liz; estamos en un club guay. Pedimos bebidas guays.

—Ah. —Elizabeth se acercó y bajó la voz—: ¿Y tus padres no sabrán si has bebido?

—Se separaron el invierno pasado.

—Oh. Lo siento.

Julie se encogió de hombros, mirando por la ventana durante un momento.

—Son cosas que pasan. De todas formas no veré a mi padre hasta el miércoles y mi madre está pasando el fin de semana fuera, en algún retiro con sus aburridos amigos. Emma tiene una cita; además, de todas formas no le importa. Puedo hacer lo que quiera.

Elizabeth asintió. Las dos estaban igual. No había nadie en casa de quien preocuparse.

—Tomaremos unos cosmos.

—Así se habla. Y miraremos el percal. Por eso bailaremos juntas al principio…, eso nos dará tiempo para echarle el ojo a los chicos… y dejar que ellos nos lo echen a nosotras.

—¿Por eso bailan juntas las chicas? Me lo he preguntado a menudo.

—Además es divertido…, y muchos chicos no bailan. ¿Llevas el móvil?

—Sí.

—Si nos separamos nos llamamos. Si algún chico te pide el teléfono no le des el número de tu casa. El del móvil vale, a menos que tu madre te controle las llamadas.

—No. Nadie me llama.

—Con lo cañón que estás, eso va a cambiar esta noche. Si no quieres que el chico tenga tu número, dale uno falso. Y a por el siguiente. De todas formas estás en la universidad, así que eres guay. Diremos que yo estoy estudiando Humanidades. ¿Qué estudias tú?

—Se supone que iba a ir a la facultad de Medicina, pero…

—Será mejor que te ciñas a eso. Cíñete a la verdad siempre que sea posible. Así no te lías.

—Entonces voy a estudiar Medicina y empiezo la residencia. —Solo pensar en ello le deprimía—. Pero no quiero hablar de la universidad a menos que tenga que hacerlo.

—Los tíos solo quieren hablar de sí mismos. Madre mía, casi hemos llegado. —Julie abrió su bolso, se miró en un espejito y se aplicó de nuevo brillo de labios, de modo que Elizabeth hizo lo mismo—. ¿Puedes pagar tú el taxi? Yo he cogido cien pavos de los ahorros secretos de mi madre, pero por lo demás estoy tiesa.

—Pues claro.

—Puedo devolvértelo. Mi padre es fácil de convencer.

—No me importa pagar. —Elizabeth preguntó al taxista cuánto le debía y calculó la propina.

—Jo, tía, tengo la piel de gallina. No puedo creer que vaya a ir al Warehouse 12. ¡Es la caña!

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Elizabeth cuando se apearon del taxi.

—Nos ponemos a la cola. No dejan entrar a todo el mundo, ya sabes, ni siquiera con carnet.

—¿Por qué?

—Porque es un club de moda, así que no dejan pasar a los zumbados ni a los feos. Pero siempre dejan pasar a las tías buenas. Y nosotras estamos muy buenas.

La cola era larga y la noche, calurosa. El tráfico pasaba de largo, el ruido que producía se escuchaba por encima de las

conversaciones de otros que esperaban. Elizabeth se empapó del momento; los sonidos, los olores, las imágenes. Era sábado por la noche, pensó, y ella estaba haciendo cola en un club de moda con la gente guapa. Llevaba un vestido nuevo —un vestido rojo— y unos tacones de infarto que la hacían sentir alta y poderosa.

Nadie la miraba como si aquel no fuera su sitio.

El hombre que pedía los carnets en la puerta vestía traje y zapatos muy relucientes. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta que dejaba su cara despejada. Una cicatriz le recorría la mejilla izquierda y tenía un pendiente de brillante en el lóbulo derecho.

—Es un gorila —le susurró a Julie—. He investigado un poco. Saca a la gente que causa problemas. Parece muy fuerte.

—Lo único que tenemos que hacer es conseguir que nos deje pasar.

—El club es propiedad de Five Star Entertainment. Está dirigido por Mikhail y Sergei Volkov. Se cree que tienen conexiones con la mafia rusa.

Julie puso los ojos en blanco.

—La mafia es italiana. Ya sabes, como *Los Soprano*.

Elizabeth no sabía qué tenía que ver la ópera con la mafia.

—Desde la caída del comunismo en la Unión Soviética el crimen organizado ha ido en alza. De hecho ya estaba muy organizado y dirigido por la SS, pero…

—Liz. Ahórrame la lección de historia.

—Sí. Lo siento.

—Tú le entregas el carnet y sigues hablando conmigo. —Julie alzó la voz de nuevo a medida que se acercaban a la puerta—. Darle la patada a ese perdedor ha sido lo mejor que he hecho en meses. ¿Te he dicho que me ha llamado tres veces hoy? Por Dios, como si eso sirviera de algo.

Una sonrisa rápida para el gorila y Julie le pasó el carnet mientras continuaba su conversación con Elizabeth.

—Le he dicho que lo olvidara. Si no tiene tiempo para mí, otro lo tendrá.

—Es mejor no comprometerse con una sola persona, por lo menos no en esta etapa.

—Tú lo has dicho. —Julie extendió la mano para que le pusieran el sello del club—. Y estoy lista para echar un vistazo al resto del ganado. Primer asalto para mí.

Rodeó al gorila mientras este realizaba el mismo registro y le ponía el sello a Elizabeth; su sonrisa era tan amplia que Elizabeth se sorprendió de que no se tragara entero al hombre.

—Gracias —le dijo cuando le puso el sello en el dorso de la mano.

—Divertíos, chicas.

—Nosotras somos la diversión —respondió Julie, luego agarró a Elizabeth de la mano y tiró de ella para atravesar la pared de sonido —. ¡Madre mía, estamos dentro!

Julie dejó escapar un grito, que quedó ahogado casi por completo por la música, dio un saltito sobre sus tacones y le dio un abrazo a Elizabeth.

Aturdida por el abrazo, Elizabeth se quedó rígida, pero Julie pegó otro saltito.

—Eres un genio.

—Sí.

Julie rió con expresión eufórica.

—Vale, una mesa, cosmos, baile y ojear el percal.

Elizabeth esperaba que la música ocultara el latido de su corazón como había hecho con el grito de Julie. Había mucha gente. No estaba acostumbrada a estar con tanta gente en un mismo lugar. Todo el mundo se movía o hablaba mientras la música sonaba a todo volumen en una avalancha que saturaba cada brizna de aire. La gente abarrotaba la pista de baile, sacudiéndose, girando, sudando. Se apiñaba en reservados, alrededor de mesas, en la larga curva de la barra de acero inoxidable.

Estaba decidida a mostrarse fría, aunque no iba a necesitar un jersey. El calor corporal vibraba en todas partes.

Atravesar la multitud, esquivando, zigzagueando y chocándose con otros cuerpos, hizo que a Elizabeth se le disparara el corazón. La ansiedad se apoderó de su garganta y le oprimía el pecho. Lo único que impedía que se diera la vuelta era que Julie la agarraba con fuerza.

Julie por fin fue directa hacia una mesa del tamaño de un plato

llano.

—¡Conseguido! Madre mía, parece que todo el mundo esté aquí. Tenemos que seguir buscando una mesa más cerca de la pista de baile. ¡Esto es la bomba!, ¿no te parece? El DJ lo está petando. —Por fin se centró en la cara de Elizabeth—. Oye, ¿estás bien?

—Está muy lleno y hace mucho calor.

—Bueno, sí. ¿Quién quiere ir a un club vacío en el que hace frío? Escucha, necesitamos bebidas ya, así que voy a la barra. Invito yo, ya que tú has pagado el taxi. De esa forma tendré tiempo para empezar a ojear el ganado. Haz tú lo mismo desde aquí. ¡Marchando dos cosmos!

Sin la mano de Julie para tranquilizarla, Elizabeth se agarró las suyas. Reconocía las señales, ansiedad, claustrofobia, y se concentró en regular su respiración. Liz no se dejaba llevar por el pánico solo porque hubiera sido tragada por una multitud. Clavó los ojos en los dedos de sus pies y fue subiendo poco a poco hasta lograr relajarse.

Cuando llegó al vientre se había tranquilizado lo suficiente como para asumir el papel de observadora. Los propietarios y el arquitecto habían hecho un buen uso del espacio del almacén; recrearon una atmósfera industrial urbana, con conductos y tuberías a la vista, y utilizaron las viejas paredes de ladrillo. El acero inoxidable, presente en barras, mesas, sillas y taburetes, reflejaba el color de las parpadeantes luces; otro pulso sincronizado con la música, pensó.

Escaleras de hierro abiertas a cada lado subían a una segunda planta, también abierta. La gente se apiñaba en las barandillas o se apretaban alrededor de las mesas. Con toda probabilidad había otra barra en ese nivel. Las copas eran ganancias.

Abajo, en una amplia plataforma elevada, al ritmo de las luces, pinchaba el DJ. Otro observador, decidió Elizabeth. Encaramado en una posición de autoridad y honor desde la que podía ver a la multitud. Su largo pelo negro se agitaba mientras trabajaba. Llevaba una camiseta serigrafiada. No alcanzaba a distinguir el dibujo a causa de la distancia, pero era de un naranja chillón sobre la tela negra.

Justo debajo de su podio, varias mujeres se movían de manera insinuante, meneando las caderas como una invitación para

aparearse.

Ya calmada se entregó a la música. Le gustaba el contundente y repetitivo ritmo, el retumbar de la percusión, el ronco y metálico rasgueo de la guitarra. Y le gustaban las distintas formas de moverse de los bailarines. Con las manos hacia arriba, con los brazos doblados como un púgil con los puños cerrados, con los codos salientes, las piernas separadas y levantando los pies.

—Guau. ¡Guau! —Julie dejó las copas de cóctel llenas de un líquido rosa sobre la mesa antes de sentarse—. Casi me las echo por encima viniendo hacia aquí, lo que habría sido una putada. Cuestan ocho dólares cada una.

—Las bebidas alcohólicas generan el mayor margen de beneficios en clubes y bares.

—Supongo. Pero están buenas. He bebido un poco de la mía y ¡está de vicio! —Rió arrimándose a ella—. Deberíamos hacer que nos duraran hasta que encontremos a unos tíos que nos paguen las copas.

—¿Por qué iban a pagarnos las copas?

—Tía, somos unos pibones y estamos disponibles. Bebe un poco, Liz, y vamos ahí a enseñar lo que tenemos.

Elizabeth tomó un sorbito de forma obediente.

—Está bueno. —Saboreándolo, tomó otro traguito—. Y es muy bonito.

—¡Quiero soltarme el pelo! Oye, me encanta esta canción. Hora de menear el culo.

Una vez más Julie la cogió de la mano.

Cuando la multitud la rodeó, Elizabeth cerró los ojos. Solo la música, pensó. Solo la música.

—Oye, bailas bien.

Elizabeth abrió los ojos de nuevo con cautela, concentrándose en Julie.

—¿Qué?

—Temía que fueras un pato mareado, ya sabes. Pero sabes moverte. Sabes bailar —le explicó.

—Ah. La música es tribal y está pensada para estimular. Es solo cuestión de coordinar las piernas y las caderas. E imitar. He observado mucho bailar a los demás.

—Vale, lo que tú digas, Liz.

A Elizabeth le gustaba mover las caderas. Al igual que los tacones, hacía que se sintiera poderosa, y la manera en que el vestido le rozaba la piel añadía un elemento sexual. Las luces hacían que todo pareciera irreal, y la música en sí lo engullía todo.

Su incomodidad con la aglomeración cesó, de modo que rió con sinceridad cuando Julie chocó las caderas contra las suyas.

Bailaron un rato más. De vuelta a la minúscula mesa, bebieron sus cosmos y cuando una camarera se acercó, Elizabeth pidió dos más sin pensarlo.

—Bailar me da sed —le dijo a Julie.

—Yo ya llevo un puntito de borrachera. Y ese tío de allí nos está echando el ojo. ¡No, no mires!

—¿Cómo voy a verle si no miro?

—Confía en mí; es una monada. Dentro de un momento voy a lanzarle la miradita y a sacudirme el pelo, entonces podrás girarte en el taburete como quien no quiere la cosa. Es rubio y con el pelo un poco rizado. Lleva una camisa blanca ajustada y una chaqueta negra con vaqueros.

—Oh, sí, le he visto antes en la barra. Estaba hablando con una mujer. Ella tenía el pelo rubio y largo y lucía un vestido rosa chillón muy escotado. Él llevaba un pendiente de aro dorado en la oreja izquierda y un anillo de oro en el dedo corazón de la mano derecha.

—Joder, ¿tienes ojos en la espalda, como mi madre solía decir? ¿Cómo lo sabes si no has mirado?

—Le he visto cerca de la barra —repitió Elizabeth—. Me he fijado en él porque la mujer rubia parecía muy cabreada. Y lo recuerdo porque tengo memoria eidética.

—¿Es mortal?

—No, no es un tipo de enfermedad ni una afección. Oh. —Elizabeth se sonrojó un poco y encorvó los hombros—. Estabas bromeando. Se le suele llamar memoria fotográfica, pero no es correcto, ya que es algo más que visual.

—Pues vale. Prepárate.

Pero Elizabeth estaba más interesada en Julie; la miradita incluía ladear la cabeza, una sonrisa pausada y reservada y desviar la mirada hacia él con los ojos entornados. A aquello siguió un

rápido meneo de cabeza, que hizo que su cabello se agitara.

¿Era algo innato? ¿Era una conducta aprendida? ¿Una mezcla de ambas cosas? En cualquier caso, Elizabeth creía poder emularlo, aunque ya no tenía pelo que menear.

—Mensaje recibido. Oh, tiene una sonrisa preciosa. Ay, Dios mío, viene hacia nosotras. Viene de verdad.

—Pero querías que lo hiciera. Por eso… le has enviado el mensaje.

—Sí, pero… debe de tener unos veinte años por lo menos. Seguro. Tú sígueme el rollo.

—¿Perdona?

Elizabeth alzó la vista tal como hizo Julie, pero no se arriesgó a sonreír. Antes tenía que practicar.

—Me pregunto si puedes ayudarme con una cosa.

Julie se sacudió el pelo de manera diferente.

—A lo mejor.

—Me preocupa que la memoria me esté fallando, porque jamás me olvido de una mujer hermosa, pero no os recuerdo a ninguna de las dos. Dime que no habéis estado aquí antes.

—Es la primera vez.

—Ah, eso lo explica todo.

—Supongo que tú vienes mucho.

—Cada noche. Es mi club… es decir —repuso con una sonrisa deslumbrante—, soy accionista.

—¿Eres uno de los Volkov? —Elizabeth habló sin pensar. Acto seguido sintió que se ponía roja cuando él volvió sus ardientes ojos azules hacia ella.

—Soy Alex Gurevich, primo de los dueños del local.

—Julie Masters —le tendió una mano, que Alex asió y besó con elegancia en los nudillos—. Y esta es mi amiga Liz.

—Bienvenidas a Warehouse 12. ¿Lo estáis pasando bien?

—La música es genial.

Cuando la camarera llegó con las copas, Alex cogió la cuenta de la bandeja.

—A las chicas guapas que vienen a mi club por primera vez no se les permite que paguen las copas.

Julie le dio un toquecito en el pie a Elizabeth por debajo de la

mesa mientras le brindaba una amplia sonrisa a Alex.

—Entonces tendrás que unirte a nosotras.

—Lo haré encantado —le murmuró algo a la camarera—. ¿Estáis de visita en Chicago?

—Soy nacida y criada aquí —le dijo Julie tomando un buen trago de su copa—. Las dos lo somos. Hemos vuelto a casa durante el verano. Estamos en Harvard.

—¿Harvard? —Ladeó la cabeza; le brillaban los ojos—. Guapa y lista. Ya casi me he enamorado. Si sabes bailar, estoy perdido.

Julie tomó otro trago.

—Vas a necesitar un mapa.

Él rió y tendió ambas manos hacia ella. Julie asió una y se puso en pie.

—Venga, Liz. Vamos a enseñarle cómo se divierten un par de chicas de Harvard.

—Oh, pero si quiere bailar contigo.

—Con las dos. —Alex mantuvo la mano extendida—. Lo que me convierte en el hombre más afortunado de este lugar.

Se disponía a rehusar, pero Julie le lanzó otra versión de la miradita a espaldas de Alex, que entrañaba poner los ojos en blanco, fruncir las cejas y algunas muecas. Así que asió la mano de Alex.

En realidad no le estaba pidiendo bailar, pero Elizabeth le concedió cierto reconocimiento por su educación cuando podría haberla dejado sola, sentada a la mesa. Hizo todo lo posible por unirse sin interponerse. Daba igual, le encantaba bailar. Le encantaba la música. Le encantaba el ruido que la rodeaba, los movimientos, los olores.

Cuando sonrió no fue algo que hubiera practicado, sino una simple curvatura de labios. Alex le guiñó un ojo y le dedicó una amplia sonrisa mientras colocaba las manos en las caderas de la risueña Julie.

Entonces hizo una señal con la barbilla a alguien que estaba detrás de ella.

Mientras se volvía a mirar alguien la cogió de la mano y le dio una vuelta tan rápida que casi la hizo caer.

—Como siempre mi primo es un avaricioso. Él tiene a dos

mientras que yo no tengo ninguna. —Un exótico acento ruso teñía su voz—. A menos que te apiades y bailes conmigo.

—Yo…

—No digas que no, guapa. —La atrajo más cerca para mecerse con ella—. Solo un baile.

Elizabeth únicamente podía mirarle. Era alto, y sentía su cuerpo duro y firme contra el suyo. En tanto que Alex era la luz, él era la oscuridad. Largo cabello ondulado, ojos que casi parecían negros y piel bronceada. Cuando sonrió, unos hoyuelos aparecieron en sus mejillas. El corazón le dio un vuelco y se estremeció.

—Me gusta tu vestido —le dijo.

—Gracias. Es nuevo.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Y es mi color favorito. Soy Ilya.

—Yo soy… Liz. Soy Liz. Hum… *priyatno poznakomit'sya*.

—Yo también estoy encantado de conocerte. Hablas ruso.

—Sí. Bueno, un poco. Hum…

—Una chica guapa, vestida de mi color favorito y que habla ruso. Es mi noche de suerte.

No, pensó Liz mientras él se llevaba su mano a los labios, estrechándola aún contra él. Ah, no. Era su noche de suerte.

Era la mejor noche de su vida.

3

Fueron a un reservado. Todo sucedió de un modo tan natural, tan fluido, que pareció mágico. Tanto como la preciosa bebida rosa que apareció ante ella.

Era la Cenicienta del baile y la medianoche estaba a toda una vida de distancia.

Cuando se sentaron, él se mantuvo cerca, con la mirada clavada en su rostro y el cuerpo vuelto hacia el de ella, como si la multitud y la música no existieran. La tocaba mientras hablaba y cada roce de sus dedos sobre el dorso de la mano, el brazo o el hombro era increíblemente excitante.

—Bueno, ¿qué estudias en Harvard?

—Estoy en la facultad de Medicina. —Eso no sería cierto, se prometió, pero en esos momentos era la verdad.

—Un médico. Eso son muchos años, ¿no es cierto? ¿Qué clase de médico vas a ser?

—Mi madre quiere que siga sus pasos y sea neurocirujana.

—¿Eso es un cirujano del cerebro? Esos médicos importantes que hurgan en los cerebros. —Le acarició la sien con la yema del dedo—. Para eso debes de ser muy lista.

—Lo soy. Soy muy lista.

Él rió como si hubiera dicho algo fascinante.

—Es bueno que te conozcas a ti misma. Dices que eso es lo que quiere tu madre. ¿Es lo que quieres tú?

Elizabeth tomó un sorbo de su copa y pensó que él también era muy listo… o al menos muy astuto.

—No, en realidad no.

—Entonces ¿qué clase de médico quieres ser?

—No quiero ser médico.

—¿No? ¿A qué te gustaría dedicarte?

—Quiero trabajar en Delitos Informáticos para el FBI.

—¿El FBI? —Sus ojos negros se abrieron como platos.

—Sí. Quiero investigar delitos tecnológicos, fraude informático…, terrorismo, explotación sexual. Es un campo importante que cambia cada día a medida que la tecnología avanza. Cuanta más gente utilice y dependa de los ordenadores y aparatos electrónicos, más elementos criminales explotarán esa dependencia. Ladrones, artistas de la estafa, pedófilos e incluso terroristas.

—Esa es tu pasión.

—Yo… supongo que sí.

—Entonces debes dejarte llevar. Siempre debemos dejarnos llevar por nuestras pasiones, ¿verdad?

Cuando su mano le rozó la rodilla, una lenta y líquida sensación de calor se extendió por el vientre de Elizabeth.

—Nunca lo he hecho. —¿Aquello era pasión?, se preguntó. ¿Aquel calor fluido?—. Pero quiero empezar a hacerlo.

—Debes respetar a tu madre, pero ella también debe respetarte a ti. Eres una mujer adulta. Y una madre quiere que su hijo sea feliz.

—Ella no quiere que desperdicie mi intelecto.

—Pero el intelecto es tuyo.

—Empiezo a creer eso. ¿Tú vas a la universidad?

—Yo he acabado con eso. Ahora trabajo en el negocio familiar. Esto me hace feliz.

Le hizo una señal a la camarera para que les llevara otra ronda antes de que Elizabeth se diera cuenta de que su copa estaba casi vacía.

—Porque es tu pasión.

—Así es. Yo me dejo llevar por mis pasiones… como esta.

Iba a besarla. Tal vez no la hubieran besado antes, pero se lo había imaginado muy a menudo. Descubrió que la imaginación no era su fuerte.

Sabía que besar transmitía información biológica a través de las feromonas, que el acto estimulaba todas las terminaciones nerviosas de los labios y la lengua. Generaba una reacción química; una sensación placentera que explicaba por qué, salvo contadas excepciones, besar era parte de la cultura humana.

Pero comprendía que ser besada era muy diferente a elaborar teorías sobre ello.

Sus labios eran suaves y tersos y se frotaron con suavidad sobre los suyos, aumentando la presión despacio, poco a poco, mientras deslizaba la mano de su cadera a la caja torácica. El corazón le dio un vuelco a un palmo de su mano cuando él le coló la lengua entre los labios para rozar con indolencia la de ella.

Contuvo el aliento, luego lo soltó dejando escapar un sonido involuntario, casi de dolor…, y el mundo empezó a girar.

—Dulce —murmuró él, y la vibración de sus palabras contra los labios, la tibieza de su aliento en la boca, hicieron que un estremecimiento le recorriera la espalda—. Muy dulce. —Sus dientes le rozaron el labio inferior al apartarse para estudiarla—. Me gustas.

—Tú también me gustas. Me ha gustado besarte.

—Entonces debemos repetirlo mientras bailamos. —La hizo levantar y le rozó de nuevo los labios con los suyos—. No estás… ¿cuál es la palabra, cuál es?… hastiada. Esa es la palabra. No como tantas mujeres que vienen a bailar, beber y coquetear con hombres.

—No tengo demasiada experiencia en ninguna de esas tres cosas.

Aquellos ojos negros centelleaban bajo las parpadeantes luces.

—Pues los demás hombres no son tan afortunados como yo.

Elizabeth volvió la cabeza para mirar a Julie mientras Ilya la arrastraba a la pista de baile y descubrió que a su amiga también la estaban besando. No de manera tierna ni despacio, pero a Julie parecía gustarle; de hecho estaba participando con mucho entusiasmo, con…

Entonces Ilya la estrechó entre sus brazos, meciéndose con ella a diferencia del resto de bailarines, que se movían aceleradamente, meneándose y dando vueltas. Moviéndose suavemente mientras él acercaba la boca a la suya una vez más.

Elizabeth dejó de pensar en reacciones químicas y terminaciones nerviosas. Al contrario, se esforzó al máximo en participar de forma activa. El instinto hizo que levantara los brazos para rodearle el cuello. Cuando percibió el cambio en él, la dureza cada vez mayor que se apretaba contra ella, fue consciente de que se trataba de algo

normal, casi involuntario.

Pero le pareció maravilloso de todas formas. Esa reacción la había provocado ella. Él la deseaba y nadie lo había hecho nunca.

—Qué me haces —le susurró al oído—. Tu sabor, tu olor.

—Son las feromonas.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Las qué?

—Nada. —Y apoyó la cara en su hombro.

Reconocía que el alcohol le afectaba al juicio, aunque no le importaba. Aun sabiendo que la razón de que no le importara era esa influencia, alzó de nuevo la cara. Esa vez ella inició el beso.

—Deberíamos sentarnos —dijo él tras largo rato—. Haces que se me doblen las rodillas.

La cogió de la mano mientras regresaban a la mesa. Julie, con los ojos demasiado brillantes y la cara roja, se puso en pie de un salto. Se tambaleó un instante, rió y agarró el bolso.

—Enseguida volvemos. Vamos, Liz.

—¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? Al lavabo.

—Oh. Disculpadnos.

Julie se cogió de su brazo para no perder el equilibrio y por solidaridad.

—Ay, Dios mío. ¿Te lo puedes creer? Nos hemos ligado a los tíos más buenos del club. Joder, son muy sexis. Y el tuyo tiene acento. Ojalá el mío lo tuviera, pero besa mucho mejor que Darryl. ¿Sabes?, prácticamente es el dueño del local y tiene una casa en el lago. Vamos a largarnos todos e iremos allí.

—¿A su casa? ¿Crees que deberíamos hacerlo?

—Oh, claro que deberíamos. —Julie abrió la puerta del aseo de un empujón y echó un vistazo a la hilera de retretes ocupados—. ¡Típico, y tengo que hacer pis! ¡Voy un poco pedo! ¿Cómo es tu chico…? ¿Besa bien? ¿Cómo se llama?

—Ilya. Sí, es muy bueno. Me gusta mucho, pero no estoy segura de que debamos ir con ellos a casa de Alex.

—Oh, relájate. No puedes fallarme. Voy a hacerlo con Alex y no puedo ir allí con él yo sola…, no en la primera cita. Tú no tienes por qué hacerlo con Ilya si es que eres tan virginal.

—El sexo es un acto natural y necesario no solo para la procreación, sino también, como sin duda sucede en los humanos, para obtener placer y distender el estrés.

—Te pillo. —Julie le dio con el codo—. Así que ¿no crees que sea una puta por hacerlo con Alex?

—El que a las mujeres se nos tache de putas o fáciles por mantener relaciones sexuales por placer, en tanto que se considera algo vital en los hombres, es una desafortunada consecuencia de una sociedad patriarcal. La virginidad no debería ser un premio que ganar o proteger. El himen no tiene propiedades provechosas, beneficios ni poderes. A las mujeres se nos debería, se nos tendría que permitir nuestra propia gratificación sexual, tenga o no por objeto la procreación o si la relación es monógama, igual que el hombre es libre de hacerlo.

Una pelirroja flaca se ahuecó el pelo y le brindó a Elizabeth una deslumbrante sonrisa al pasar.

—Cántalo bien alto, hermana.

Elizabeth se arrimó a Julie cuando la mujer se dispuso a salir sin detenerse.

—¿Por qué tengo que cantar? —susurró.

—Es solo una expresión. Sabes, Liz, te tenía por una mojigata que no se deja tocar de cintura para abajo, y solo por encima de la ropa de cintura para arriba.

—Que no tenga experiencia no me convierte en una puritana.

—Lo pillo. Sabes, pensaba darte la patada en cuanto entrara y ligara, pero eres divertida…, aunque la mitad de las veces hables como una profesora. Siento haberlo pensado.

—No pasa nada. No lo has hecho. Y sé que no soy como tus amigas.

—Oye. —Julie le rodeó los hombros con el brazo para darle un apretón—. Ahora eres mi amiga, ¿vale?

—Eso espero. Yo nunca…

—¡Oh, gracias a Dios! —Tras exclamar con entusiasmo, Julie emprendió una tambaleante carrera cuando se abrió la puerta de uno de los retretes—. Así que vamos a ir a casa de Alex, ¿verdad?

Elizabeth echó un vistazo al atestado aseo de señoras. Todas las mujeres se estaban retocando el maquillaje y el pelo, esperando en

la cola, riendo y charlando. Ella era probablemente la única virgen de la habitación.

La virginidad no era un premio, concluyó. Aunque tampoco era una carga. Era algo suyo, y le correspondía a ella conservarla o perderla. Era su elección. Su vida.

—¿Liz?

—Sí. —Después de tomar aire para serenarse, fue hacia el siguiente retrete desocupado—. Sí —repitió cerrando la puerta y los ojos—. Iremos. Juntas.

***

En la mesa, Ilya levantó su cerveza.

—Si estas chicas tienen veintiuno yo tengo dieciséis.

Alex se limitó a reír y a encogerse de hombros.

—Se acercan lo suficiente. Y la mía está cachonda, créeme.

—Está pedo, Alexi.

—¿Y qué? Yo no la he obligado a beber. Estoy listo para un poco de carne fresca y pienso follar esta noche. No me digas que tú no tienes pensado tirarte a la morena buenorra, tío.

—Es dulce. —Una sonrisa afloró en los labios de Ilya—. Y un poco inmadura. No está tan pedo como la tuya. Si está dispuesta, me la llevaré a la cama. Me gusta su forma de pensar.

Alex hizo una mueca.

—No me jodas.

—No, en serio. Aporta algo. —Miró en derredor. Demasiado de lo mismo, pensó de las mujeres que pasaban, totalmente predecible —. Refrescante…, esa es la palabra.

—La rubia lo está arreglando para que vayamos a mi casa. Todos. Me ha dicho que no irá a menos que vaya su amiga. Puedes quedarte con la habitación libre.

—Prefiero mi casa.

—Mira, o las dos o ninguna. No me he pasado dos horas camelándomela para que su lindo culito se pire porque tú no puedes ligarte a la amiga.

Ilya clavó los ojos en su cerveza.

—Puedo ligármela, *dvojurodny brat.*

—¿Y cómo crees que te la ligarás mejor, primo? ¿Con la mierda de apartamento en el que todavía vives o con mi casa en el lago?

Ilya se encogió de hombros.

—Yo prefiero mi sencilla casa, pero vale. Iremos a la tuya. Nada de drogas, Alexi.

—Oh, por el amor de Dios.

—Nada de drogas. —Ilya frunció el ceño y golpeó un dedo contra la mesa—. Mantente dentro de la legalidad. No las conocemos, pero creo que la mía no lo aprobaría. Dice que quiere ser del FBI.

—¿Estás de coña?

—No. Nada de drogas, Alexi, o no voy… y tú te quedas sin follar.

—Vale. Aquí vienen.

—Levántate. —Ilya le dio una patada por debajo de la mesa—. Finge que eres un caballero.

Ilya se puso en pie y le tendió una mano a Liz.

—Nos encantaría irnos de aquí —anunció Julie echándose encima de Alex—. Nos encantaría ver tu casa.

—Entonces eso es lo que haremos. No hay nada como una fiesta privada.

—¿A ti te parece bien? —murmuró Ilya cuando se disponían a salir.

—Sí. Julie tiene muchas ganas de ir y las dos vamos juntas, así que…

—No, no te pregunto qué quiere Julie. Te pregunto qué quieres tú.

Elizabeth le miró, sintiendo alivio y un cosquilleo. A él le importaba lo que ella quería.

—Sí. Quiero ir contigo.

—Es estupendo. —Le cogió la mano y se la llevó al corazón mientras se abrían paso entre la gente—. Quiero estar contigo. Y puedes contarme más cosas sobre Liz. Quiero saberlo todo de ti.

—Julie dice que los chicos…, los hombres…, solo quieren hablar de sí mismos.

Ilya rió, rodeándole la cintura con el brazo.

—Entonces ¿cómo aprenden a conquistar a las mujeres?

Cuando llegaban a la puerta, un hombre vestido con traje se acercó y le dio un golpecito a Ilya en el hombro.

—Un momento —le dijo Ilya a Liz cuando se hizo a un lado.

No alcanzaba a oír demasiado, y además hablaban en ruso. Aunque a juzgar por la cara de Ilya, pudo ver que no le satisfacía lo que estaba oyendo.

Pero estaba razonablemente segura de que el *chyort voz'mi* que gruñó era una maldición. Le indicó al hombre que esperara y condujo a Liz afuera, donde aguardaban Julie y Alex.

—He de ocuparme de algo. Lo siento.

—No pasa nada. Lo comprendo.

—Gilipolleces, Ilya, deja que se encargue otro.

—Es trabajo —replicó Ilya de manera concisa—. No tardaré mucho; no más de una hora. Vete con Alexi y tu amiga. Yo iré en cuanto acabe.

—Oh, pero…

—Vamos, Liz, no pasa nada. Puedes esperar a Ilya en casa de Alex. Tiene todo tipo de música… y una televisión de pantalla plana.

—Espérame. —Ilya se inclinó y le dio un beso largo y profundo a Elizabeth—. Yo iré pronto. Conduce con cuidado, Alexi. Llevas una carga valiosa.

—Así que ahora tengo dos mujeres hermosas para mí solo. —Alex agarró a las chicas del brazo, poco dispuesto a desaprovechar la ventaja—. Ilya se toma todo muy en serio. A mí me gusta la fiesta. Somos demasiado jóvenes para tomarnos las cosas tan en serio.

Un todoterreno negro se arrimó al bordillo. Alex hizo una señal y acto seguido enganchó las llaves que le lanzó el aparcacoches. Abrió la puerta. Atrapada por la educación y el compromiso, Liz subió a la parte de atrás. Contempló la entrada del club, estirando el cuello para no perderla de vista ni siquiera cuando Alex se puso en marcha mientras Julie cantaba al son del equipo de música.

***

No le parecía correcto. Sin Ilya la excitación y la expectación se disiparon, haciendo que todo resultara anodino y aburrido. Combinado con el alcohol, ir en el asiento de atrás le provocó un ataque de náuseas. Mareada y súbitamente agotada, apoyó la cabeza en la ventanilla.

No la necesitaban, pensó Elizabeth. Julie y Alex cantaban y reían. Él conducía demasiado rápido y tomaba las curvas de un modo que hacía que el estómago le diera un vuelco. No iba a vomitar. Mientras una oleada de calor la recorría, se esforzó por respirar de manera pausada y regular. No iba a humillarse poniéndose a vomitar en el asiento de atrás del todoterreno de Alex.

Bajó la ventanilla unos centímetros para dejar que el aire le diera en la cara. Quería tumbarse, quería dormir. Había bebido demasiado y aquella era otra reacción química más.

Y ni mucho menos tan agradable como un beso.

Se concentró en respirar, en el aire que le azotaba la cara, en las casas, los coches y las calles. En cualquier cosa salvo en su estómago revuelto y en su cabeza.

Mientras él recorría Lake Shore Drive pensó en lo relativamente cerca que estaba de su casa en Lincoln Park. Si pudiera ir a casa podría tumbarse en silencio, dormir hasta que se le pasaran las náuseas y el mareo. Pero cuando Alex aparcó junto a una preciosa finca tradicional de dos plantas pensó que al menos podría salir del coche y poner los pies en tierra firme.

—Tiene unas vistas impresionantes —estaba diciendo Alex cuando Julie y él se apearon—. Pensé en comprarme un apartamento, pero me gusta la intimidad. Aquí hay mucho espacio para celebrar fiestas y nadie se queja porque la música está demasiado alta.

Julie se tambaleó y rió con cierta exageración cuando Alex la agarró y le apretó en el culo con la mano.

Elizabeth fue tras ellos, como una sujeta velas, sintiéndose descompuesta.

—Vives aquí tú solo —logró decir.

—Dispongo de mucho espacio para tener compañía. —Abrió la puerta principal con la llave e hizo un gesto—: Las damas primero.

Y al pasar Elizabeth le dio una palmadita juguetona en el

trasero.

Quería decirle que tenía una casa preciosa, pero lo cierto era que todo resultaba demasiado brillante, demasiado nuevo, demasiado moderno. Todo lleno de aristas, superficies radiantes y reluciente piel. Una barra de color rojo chillón, un enorme sofá negro de cuero y una gigantesca televisión de pantalla plana dominaban el salón, cuando las amplias puertas y ventanas de cristal que conducían a la terraza deberían haber sido el punto focal.

—Oh, Dios mío, me encanta esto. —Julie se dejó caer en el sofá y se estiró—. Es decadente.

—Esa es la idea, nena. —Cogió un mando a distancia, pulsó un botón y una música atronadora lo inundó todo—. Os prepararé una copa.

—¿Sabes hacer cosmos? —le preguntó Julie—. Me encantan los cosmos.

—Te lo prepararé.

—¿Podría tomar un poco de agua? —inquirió Elizabeth.

—Oh, Liz, no seas aguafiestas.

—Estoy un poco deshidratada. —Y necesitaba más aire, por Dios —. ¿Te parece bien si echo un vistazo fuera? —Se encaminó hacia las puertas de la terraza.

—Claro. Mi casa es tu casa.

—¡Quiero bailar!

Mientras Julie se levantaba como podía y se ponía a menearse y contonearse de manera erótica, Elizabeth abrió las puertas y escapó. Imaginaba que la vista era maravillosa, pero todo se tornó borroso cuando fue tambaleándose hasta la barandilla y se apoyó en ella.

¿Qué estaban haciendo? ¿En qué estaban pensando? Aquello era un error. Un error estúpido e insensato. Tenían que marcharse. Tenía que convencer a Julie de que se marcharan.

Pero aun con el ruido de la música podía oír la risa empapada en cosmo de Julie.

Quizá si se sentaba allí unos minutos, se despejaba la cabeza y esperaba a que el estómago se le calmase… Podía decir que le había llamado su madre. ¿Qué más daba otra mentira en una noche llena de ellas? Inventaría alguna excusa, un pretexto lógico para

marcharse. Una vez que se le despejara la cabeza.

—Aquí estás.

Se volvió cuando Alex salió.

—Una de cada. —En una mano llevaba un vaso de agua con hielo, dorado bajo la escasa luz, y en la otra una copa de cóctel de aquella preciosa bebida, que en esos momentos hacía que se le revolviese el estómago.

—Gracias. Pero creo que solo quiero el agua.

—Tienes que mantener el subidón, nena. —Pero dejó la copa a un lado—. No tienes por qué estar aquí fuera tú sola. —Cambió de posición, apoyando la espalda contra la barandilla—. Los tres podemos divertirnos. Puedo ocuparme de las dos.

—No creo que…

—¡A saber si Ilya va a venir! Trabajo, trabajo y trabajo, es lo único que hace. Pero se ha fijado en ti. Yo también. Vuelve dentro. Nos lo pasaremos bien.

—Creo que… voy a esperar a Ilya. Tengo que ir al baño.

—Tú te lo pierdes, nena. —Aunque se limitó a encogerse de hombros, Elizabeth creyó captar una chispa mezquina en sus ojos—. Ve a la izquierda. Está al lado de la cocina.

—Gracias.

—Si cambias de opinión, ya sabes —le dijo cuando ella corrió hacia la puerta.

—Julie. —La agarró del brazo mientras esta trataba de realizar un tambaleante giro discotequero.

—Me lo estoy pasando de muerte. ¡Es la mejor noche de mi vida!

—Julie, has bebido mucho.

Después de un resoplido, Julie se zafó de Elizabeth.

—Eso es imposible.

—Tenemos que irnos.

—¡Tenemos que quedarnos y divertirnos!

—Alex me ha dicho que las dos deberíamos irnos a la cama con él.

—Hum. —Con una carcajada, giró de nuevo—. Solo hace el tonto, Liz. No te pongas en plan cerebrito conmigo. Tu chico llegará en unos minutos. Tómate otra copa y relájate.

—No quiero beber más. Me encuentro mal y quiero irme a casa.

—Nada de ir casa. Allí a nadie le importas una mierda. ¡Vamos, Lizzy! Baila conmigo.

—No puedo. —Liz se llevó la mano al estómago mientras una película de sudor le cubría la piel—. Tengo que…

Incapaz de contenerse, corrió hacia la izquierda y vislumbró a Alex apoyado contra la puerta de la terraza, sonriéndole.

Con una especie de sollozo atravesó la cocina tambaleándose y estuvo a punto de caerse sobre las baldosas cuando salió disparada hacia la puerta del baño.

Se arriesgó a perder el medio segundo que tardó en echar el pestillo a la puerta para después caer de rodillas delante del retrete. Vomitó algo viscoso de color rosa y por los pelos consiguió tomar aire antes de hacerlo de nuevo. Las lágrimas resbalaban por su cara cuando se levantó, utilizando el lavabo como apoyo. Con la vista borrosa abrió el grifo del agua fría para echarse un poco en la boca y sobre la cara.

Temblando, levantó la cabeza y se vio en el espejo; estaba blanca como el papel y tenía el rímel y el delineador corridos bajo los ojos, dando la impresión de que tuviera moratones recientes. Buena parte del maquillaje descendía por las mejillas, como lágrimas negras.

Se sintió dominada por la vergüenza mientras un nuevo ataque de arcadas hacía que se arrodillase otra vez.

Estaba exhausta y la habitación le daba vueltas, de modo que se hizo un ovillo sobre el suelo y lloró. No quería que nadie la viera así.

Quería irse a casa.

Quería morirse.

Se quedó tumbada, tiritando, con la mejilla contra las frías baldosas, hasta que pensó que podía arriesgarse a sentarse erguida. El cuarto apestaba a vómito y a sudor, pero no podía salir hasta que se hubiera limpiado.

Hizo lo que pudo con el jabón y el agua, frotándose la cara hasta que la piel se le enrojeció, deteniéndose a cada minuto para doblarse en dos y luchar contra las arcadas.

Estaba pálida y tenía manchas en la cara a causa de los

esfuerzos, los ojos vidriosos y enrojecidos. Le temblaban las manos, con lo que el intento de retocarse el maquillaje fue casi peor que si no hubiera hecho nada al respecto.

Tendría que tragarse la humillación. Saldría a la terraza, al aire fresco, y esperaría hasta que llegara Ilya. Entonces le pediría que la llevara a casa; esperaba que él lo comprendiera.

Él no querría volver a verla. Jamás la besaría otra vez.

Causa y efecto, recordó. Había mentido, había mentido una y otra vez, y el resultado era aquella nueva humillación y, lo que era aún peor, aquella vislumbre de lo que podría ser y perder al mismo tiempo.

Bajó la tapa del retrete y se sentó agarrando el bolso, preparándose para dar el siguiente paso. Sin apenas energía se quitó los zapatos. ¿Qué más daba? Le dolían los pies y ya era medianoche para Cenicienta.

Atravesó la cocina, con sus enormes electrodomésticos negros y sus encimeras de un cegador color blanco, con tanta dignidad como pudo reunir. Pero cuando se disponía a girar hacia el salón vio a Alex y a Julie desnudos, manteniendo relaciones sexuales sobre el sofá de piel.

Aturdida, fascinada, se quedó petrificada durante un momento, observando los tatuajes de la espalda de Alex moverse mientras embestía con las caderas. Julie dejaba escapar gemidos guturales debajo de él.

Avergonzada por haberse quedado mirando embobada, Elizabeth retrocedió con sigilo y utilizó la puerta junto a la cocina para acceder a la terraza.

Iba a quedarse sentada en la oscuridad, al aire libre, hasta que hubieran terminado. No era una puritana. A fin de cuentas solo era sexo. Pero deseaba con todas sus fuerzas que hubieran mantenido relaciones detrás de una puerta cerrada.

Luego ansió tener agua para calmar su dolorida garganta y una manta porque tenía frío; estaba pasando frío y se sentía vacía y muy, muy frágil.

Entonces se quedó dormida, acurrucada en la silla en un oscuro rincón de la terraza.

No sabía qué la había despertado (voces, un estrépito), pero se

espabiló y dejó a un lado el agarrotamiento. Vio en su reloj que solo había dormido unos quince minutos, aunque se sentía aún peor que antes.

Tenía que irse a casa. Se aproximó a la puerta con suma cautela para ver si Julie y Alex habían acabado.

No veía a Julie, solo a Alex, que no llevaba puesto más que unos calzoncillos negros, y a dos hombres totalmente vestidos.

Se acercó un poco más, mordiéndose el labio. Tal vez habían ido a decirle a Alex que Ilya se había retrasado. Ay, Dios, ojalá estuviera allí y la llevara a casa.

Al recordar su aspecto se mantuvo en la sombra y se dirigió hacia la puerta que Alex había dejado abierta.

—Por el amor de Dios, habla en inglés. He nacido en Chicago. —Cabreado, Alex fue hacia la barra y se sirvió un vaso de vodka—. ¿Qué es tan importante que no puede esperar hasta mañana, Korotkii?

—¿Por qué dejar para mañana lo que puedes hacer hoy? ¿Es lo bastante americano para ti?

El hombre que había hablado era corpulento y atlético. Las mangas cortas de su camisa negra se ceñían a sus bíceps. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes. Al igual que Alex, era rubio y guapo. ¿Sería un pariente?, se preguntó Elizabeth. El parecido era sutil, pero estaba presente.

El hombre que le acompañaba era más alto, más mayor, y su postura era la de un soldado.

—Sí, eres todo un yanqui. —Alex apuró el vodka de un trago—. La oficina ya ha cerrado.

—Y trabajas tan duro. —La suave voz de Korotkii se deslizaba sobre las palabras, pero bajo aquella fluidez y el fascinante acento, había roca pura, afilada—. Requiere trabajo duro robarle a tu tío.

Alex se detuvo mientras vertía polvo blanco de una bolsa transparente en un pequeño espejo cuadrado sobre la barra.

—¿De qué estás hablando? Yo no robo a Sergei.

—Robas a los clubes, al restaurante; sisas de los timos de internet, de los beneficios de las putas. De todo lo que puedes echar mano. ¿Crees que eso no es robarle a tu tío? ¿Crees que es imbécil?

Alexi hizo una mueca, cogió una delgada herramienta metálica y

empezó a cortar el polvo con ella.

Elizabeth se percató de que se trataba de cocaína. Ay, Dios, ¿qué había hecho al ir allí?

—Sergei tiene mi absoluta lealtad —repuso Alexi mientras separaba las rayas de cocaína— y mañana hablaré de esto con él.

—¿Crees que no sabe cómo pagas el Rolex, los Armani y Versace, esta casa, todos tus otros juguetitos… y tus drogas, Alexi? ¿Crees que no sabe que has hecho un trato con la poli?

La pequeña herramienta repiqueteó cuando Alex la dejó caer.

—Yo no hago tratos con polis.

Estaba mintiendo, pensó Elizabeth. Podía verlo en sus ojos, percibirlo en su voz.

—Te pillaron hace dos días por posesión. —Korotkii señaló la cocaína con asco—. Y sí llegaste a un acuerdo con ellos. Traicionar a tu familia a cambio de tu libertad, de tu buena vida. ¿Sabes lo que les ocurre a los ladrones y los traidores, Alexi?

—Hablaré con Sergei. Se lo explicaré. Tenía que darles algo, pero era una trola. Solo una trola. Les engañé.

—No, Alexi, te engañaron ellos a ti. Y has perdido.

—Hablaré con Sergei.

Cuando retrocedió, el segundo hombre se movió con la rapidez de un rayo y le sujetó los brazos a la espalda.

El pánico estalló en su cara y, presa del miedo, habló en ruso.

—No lo hagas. Yakov, somos primos. Nuestras madres son hermanas. Tenemos la misma sangre.

—Eres una deshonra para tu madre, para los de tu sangre. De rodillas.

—No. No lo hagas.

El segundo hombre empujó a Alexi al suelo.

—No. Por favor. Somos familia. Dame una oportunidad.

—Sí, suplica. Suplica por tu miserable vida. Dejaría que Yegor te hiciera pedazos, pero tu tío ha dicho que seamos clementes por el bien de su hermana.

—Por favor. Tened clemencia.

—Esta es tu clemencia. —Korotkii sacó una pistola de la espalda, apretó el cañón contra la frente de Alexi y disparó.

A Elizabeth se le doblaron las piernas. Cayó de rodillas, con la

mano sobre la boca para contener el grito.

Korotkii habló en voz baja cuando puso el arma en la sien de Alexi y disparó dos veces más.

Su expresión no cambió en ningún momento, se mantuvo como una máscara mientras cometía el asesinato. Luego se puso en alerta cuando levantó la vista y la dirigió hacia la cocina.

—No me siento bien, Alex. Tengo que tumbarme o tal vez deberíamos… ¿Quiénes sois vosotros? —dijo Julie al entrar.

—¡Ah, me cago en la puta! —farfulló, y disparó a Julie dos veces —. ¿Por qué no sabíamos que estaba con su zorra?

El segundo hombre se acercó al cuerpo y meneó la cabeza.

—Esta es nueva. Muy joven.

—Ya no envejecerá más.

A Elizabeth se le oscureció la visión. Era un sueño. Una pesadilla causada por la bebida y los vómitos. Despertaría en cualquier instante. Acurrucada en la oscuridad, miró a Alex. Se percató de que casi no había sangre. Si fuera real, ¿no habría más sangre?

Despierta, despierta, despierta.

Pero el terror aumentó cuando vio entrar a Ilya.

Iban a matarle también. El hombre le dispararía. Tenía que ayudarle. Tenía que…

—Joder, ¿qué has hecho?

—Lo que se me ha ordenado.

—Las instrucciones eran romperle los brazos y hacerlo mañana por la noche.

—Las órdenes han cambiado. Nuestro informador nos dio el soplo. Alexi se alió con la pasma.

—Joder. Qué hijo de puta.

Elizabeth vio con horror que Ilya le propinaba tres patadas al cuerpo muerto de Alex.

Uno de ellos, pensó. Era uno de ellos.

Ilya se detuvo, se apartó el pelo y luego vio el cuerpo de Julie.

—Ah, joder. ¿Eso era necesario?

—Nos había visto. Nos dijeron que su puta se había ido con otro tío.

—Esta tuvo la mala suerte de que estuviera buscando carne fresca. ¿Dónde está la otra?

—¿La otra?

Aquellos preciosos ojos negros se convirtieron en hielo.

—Había dos. Esta y otra; pelo negro y corto, vestido rojo.

—Yegor.

Con un gesto, el hombre alto sacó una navaja y fue escaleras arriba. Ilya hizo algunas señales y, siguiendo órdenes, Korotkii se dirigió a la cocina en tanto que Ilya fue hacia las puertas de la terraza.

—Liz —murmuró—. No pasa nada, Liz. Yo cuidaré de ti.

Sacó una navaja de su bota, la sujetó a la espalda y encendió las luces de fuera.

Vio los zapatos de Liz, escudriñó la terraza y corrió hasta la barandilla.

—Aquí no hay nadie —le dijo Korotkii desde la entrada.

—Lo había. Encontradla.

4

Corrió a ciegas, con los ojos como platos y vidriosos; el aliento surgía de sus pulmones en medio de sollozos y resuellos. No podía liberar el grito que le quemaba en la garganta. Ellos podrían oírla. Y si la oían, si la atrapaban, la matarían.

Como a Julie.

Reprimió las ganas de correr hacia la calle. Podía haber más, más hombres como Ilya. ¿Cómo podía saber que el coche al que parase no era uno de ellos? ¿Cómo podía saber si al golpear la puerta de una casa quien saliera no era uno de ellos?

Tenía que correr, que alejarse tanto y tan rápido como pudiera. Tenía que esconderse.

Si había una valla, la saltaba. Si se encontraba con un seto, se abría paso y lo atravesaba. Cuando el suelo le arañó y desolló los pies, se tragó los gritos de dolor. Se ocultó de la luz de la luna, escarbando como un topo en busca de lugares oscuros.

Un perro ladró de manera frenética cuando cruzó el patio de alguien a toda velocidad.

No permitas que lo oigan, no permitas que vengan.

No mires atrás.

Sintió una punzada en el costado. Durante un aterrador momento mientras caía hacia delante pensó que le habían disparado. Pero se quedó tendida en el suelo, acurrucada, mientras las ásperas bocanadas de aire le raspaban la garganta.

Un calambre. Solo había sido un calambre. Pero este llegó acompañado de náuseas. A cuatro patas, quiso vomitar, lloró, sintió arcadas, con espasmos secos.

Estoy en shock, se dijo mientras le castañeteaban los dientes. Sudoración y tiritera a un mismo tiempo, sensación de mareo y

náuseas, pulso acelerado. Estaba conmocionada y sobresaltada y tenía que pensar.

Se frotó los brazos con las manos para entrar en calor mientras luchaba por regularizar su respiración. Avanzó a gatas para recuperar el bolso que había salido disparado de su mano al caer. Había logrado sujetarlo durante la caída, de modo que se consoló al darse cuenta de que no había perdido el control por completo.

Tenía que llamar a la policía; necesitaba ayuda.

—Saca el teléfono —susurró dándose instrucciones a sí misma—. Pulsa el uno en la memoria. Diles… diles…

—Nueve, uno, uno, ¿cuál es su emergencia?

—Ayúdeme. ¿Puede ayudarme?

—¿Cuál es la naturaleza de su emergencia?

—Les ha disparado. —Las lágrimas le empañaron los ojos e incluso la voz—. Les ha disparado y yo he huido.

—Señora, ¿está informando de un tiroteo?

—Los ha matado. Ha matado a Julie. Yo he escapado.

—Voy a enviar ayuda. Dígame su situación.

—No sé dónde estoy. —Se tapó la boca con la mano, luchando por no derrumbarse—. Hui. Simplemente hui. Creo que estoy cerca de Lake Shore Drive. Espere. ¿Esperará? No se vaya.

—Estoy aquí. ¿Cómo se llama?

—Soy Elizabeth. Elizabeth Fitch.

—Elizabeth, ¿reconoce alguna cosa? ¿Algún punto de referencia, una dirección?

—Voy a buscar. Estoy detrás de una casa. Una vivienda de piedra gris con torrecillas. —Fue cojeando hacia la casa, temblando de forma violenta cuando entró en el radio de alcance de las luces de seguridad—. Tiene… tiene un camino pavimentado y un garaje grande. Porches abiertos y… y jardines.

—¿Puede caminar hasta la calle?

—Eso hago. Puedo ver la carretera. Hay farolas. Si voy donde hay luz, ellos vendrán y me verán.

—Siga caminando. No cuelgue el teléfono, Elizabeth. Estamos utilizando su señal para encontrarla.

—Veo una placa con una dirección. Veo números. —Los leyó de uno en uno.

—La policía va de camino. La ayuda llegará pronto, Elizabeth. ¿Está herida?

—No. No estoy herida. Estaba fuera cuando llegaron. Estaba en la terraza. Ellos no lo sabían. No me vieron. Él les disparó. Les disparó. Ha matado a Julie.

—Lo siento. ¿Dónde ha sucedido eso?

—No lo sé. No conozco la dirección. Estaba en Lake Shore Drive. No deberíamos haber ido allí. No deberíamos haber ido a esa casa. Julie está muerta.

—¿Quién es Julie, Elizabeth?

—Ju… Julie Masters. Mi amiga Julie. Viene un coche. Tengo que esconderme.

—Es el coche patrulla. Es la ayuda.

—¿Está segura? —El pánico le oprimía el pecho, cortándole el suministro de aire—. ¿Está segura?

—Los tengo en la radio ahora mismo, aproximándose a la dirección. Voy a decirles que apaguen la luz azul. Usted lo verá.

—Sí. Sí. Oh, Dios mío. Lo veo. —Se acercó tambaleando a la luz —. Gracias.

—Ahora está a salvo, Elizabeth.

Quisieron trasladarla al hospital, pero la condujeron a comisaría al ver que se ponía más nerviosa. Se acurrucó bajo la manta que uno de los agentes le echó sobre los hombros y siguió temblando en la parte de atrás del coche patrulla.

La llevaron a una habitación con una mesa y sillas. Uno de los agentes permaneció allí mientras el otro iba a por un café para ella.

—Cuéntame qué ha pasado.

Elizabeth recordaba que le había dicho cómo se llamaba. El agente Blakley. Tenía cara seria y ojos cansados, pero le había dado una manta.

—Fuimos al club. Julie y yo fuimos al club.

—Julie Masters.

—Sí.

—¿Qué club?

—El Warehouse 12. Yo… —Tenía que contarles la verdad; no más mentiras—. Fabriqué carnets falsos para las dos.

La cara del agente apenas reveló sorpresa mientras escribía en su

pequeña libreta.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis. Voy a cumplir diecisiete en septiembre.

—Dieciséis —repitió, estudiándola, con la voz y los ojos impertérritos—. ¿Dónde están tus padres?

—Solo está mi madre. Se encuentra fuera de la ciudad en una convención médica.

—Habrá que avisarla.

Elizabeth se limitó a cerrar los ojos.

—Sí. Es la doctora Susan L. Fitch. Se hospeda en el hotel Westin Peachtree Plaza, en Atlanta.

—De acuerdo. Y tú falsificaste los carnets para conseguir entrar en Warehouse 12.

—Sí, lo siento. Puede arrestarme, pero tiene que encontrar a los hombres que han matado a Julie.

—Has dicho que estabais en una casa, no en un club.

—Conocimos a Alex en el club. Fuimos a su casa. No deberíamos haberlo hecho. Habíamos estado bebiendo. No deberíamos haber bebido. Yo me sentí indispuesta y luego salí fuera porque… —Las lágrimas rodaban de nuevo por sus mejillas—. Salí fuera y llegaron dos hombres. Dispararon a Alex, y cuando Julie entró en el salón, le dispararon también. Yo hui.

—¿No sabes dónde está la casa?

—Podría encontrarla. Podría llevarle o dibujarle un mapa. Pero no sé la dirección. Fue una estupidez. Fui una tonta. Por favor, no podemos dejarla allí.

—¿Sabes el nombre completo del tal Alex?

—Yo… ¡Sí! —Gracias a Dios—. Alex, pero el hombre que le mató le llamaba Alexi. Alexi Gurevich.

Blakley se quedó inmóvil y sus ojos se tornaron más agudos.

—¿Me estás diciendo que estabas en casa de Alexi Gurevich y que has presenciado un doble asesinato?

—Sí. Sí. Sí. Por favor.

—Solo un minuto.

Se levantó cuando el segundo agente entró con el café. Blakley le murmuró algo. Lo que le dijo, fuera lo que fuese, hizo que su compañero le lanzara una mirada rápida a Elizabeth antes de salir

de manera apresurada del cuarto.

—Dada tu edad —le dijo Blakley— vamos a avisar a Protección de Menores. Vendrá un detective a hablar contigo.

—Pero Julie… ¿Puedo llevarle antes a la casa? La dejé. La dejé allí.

—Sabemos dónde vive Gurevich.

La dejó sola, pero al cabo de un cuarto de hora entró alguien y le dio una taza de sopa de pollo de una máquina expendedora. Había pensado que sería incapaz de comer, pero con el primer sorbo su maltrecho estómago le suplicó más.

A pesar de la comida y el café, una sensación de tortuosa fatiga se extendió por su cuerpo. Elizabeth se rindió a ella, apoyando la cabeza sobre la mesa y cerrando los ojos.

Fuera de la habitación el detective Sean Riley se acercó al espejo polarizado junto a su compañera.

—Así que esa es nuestra testigo.

—Elizabeth Fitch, dieciséis años; hija de la doctora Susan L. Fitch, jefa de cirugía del Silva Memorial. —Brenda Griffith tomó un buen trago de su café de Starbucks. Era policía desde hacía quince años, de modo que una llamada en plena noche era rutina. Pero el café ayudaba a mitigar el golpe—. Los de Protección de Menores están de camino.

—¿Tenemos confirmación?

—Gurevich recibió un tiro en la frente y dos detrás de la oreja. Calibre pequeño, a quemarropa. La víctima femenina… su carnet dice Julie Masters… veintiún años, pero de acuerdo con la testigo la edad es falsa. Los agentes en el escenario informan que recibió dos disparos en la cabeza.

—Putos dieciséis. —Riley, veterano con veinte años de experiencia, dolor crónico de espalda y escaso cabello castaño, meneó la cabeza—. Tiene suerte de estar viva.

—Ya que lo está averigüemos qué sabe. —Brenda salió—. Deja que lleve yo las riendas; sé indulgente. Si la mitad de lo que dice en su declaración es verdad, ha tenido una noche de perros. Aquí llegan los de Protección de Menores.

—Voy a llevarle una Coca-Cola a la chica o algo —dijo Riley—. Los dos empezaremos siendo indulgentes.

Elizabeth despertó con un ataque de pánico y miró a la guapa mujer de pelo negro, que llevaba recogido en una impresionante coleta.

—Lo siento. No pretendía asustarte. Soy la detective Griffith. Esta es la señorita Petrie de Protección de Menores. Mi compañero vendrá enseguida. Ha pensado que a lo mejor te apetece un refresco.

—Me he quedado dormida. ¿Cuánto…? —Echó un vistazo a su reloj—. Ay, Dios mío. Casi es de día. Julie…

—Siento muchísimo lo de tu amiga.

—Es culpa mía. No deberíamos haber ido. Sabía que estaba mal. Solo quería… Fabriqué carnets de conducir falsos.

—Eso he oído. ¿Puedo ver el tuyo?

—De acuerdo.

Elizabeth sacó el carnet de su bolso.

Griffith lo estudió, le dio la vuelta y, enarcando las cejas, miró a Elizabeth.

—¿Me estás diciendo que lo has hecho tú?

—Sí. He estado experimentando cómo se hace. Y Julie quería ir a Warehouse 12, así que los hice. Sé que es ilegal. No hay excusa. ¿Estoy arrestada?

Griffith miró a Petrie y de nuevo a Elizabeth.

—Creo que vamos a posponer eso. ¿Conocías a Alexi Gurevich antes de anoche?

—No. Se acercó a nuestra mesa. Habíamos bebido cosmos. —Se llevó las manos a la cara—. Dios mío, ¿ha sucedido de verdad? Busqué el club en internet antes de ir. Nunca había estado en un club nocturno. Leí algunos artículos que decían que se sospechaba que los propietarios formaban parte de la mafia rusa. Pero no se me ocurrió pensar que…, cuando se acercó, y después Ilya…

—¿Ilya? ¿Ilya Volkov?

—Sí. Bailamos con ellos y nos sentamos en un reservado y él me besó. Nadie me había besado antes. Quería saber lo que se sentía. Era tan amable conmigo y entonces… —Se interrumpió. La chispa de miedo apareció en sus ojos cuando se abrió la puerta.

—Elizabeth, este es mi compañero, el detective Riley.

—Te he traído una Coca-Cola. Mi hija no puede vivir sin una por

la mañana.

—Gracias. Se supone que no debo beber… —Elizabeth dejó escapar una media carcajada—. Es una estupidez, ¿verdad? He bebido alcohol hasta emborracharme, he visto asesinar a dos personas y no quiero desobedecer la directriz de mi madre sobre los refrescos. —Abrió la lata y vertió el líquido en un vaso de plástico —. Gracias —repitió.

—Elizabeth. —Griffith esperó hasta que tuvo de nuevo la atención de la chica—. ¿Os marchasteis Julie, Gurevich, Ilya Volkov y tú de Warehouse 12 y fuisteis a la residencia de Gurevich?

—No. Solo los tres. Ilya tenía que ocuparse de algo en el club. Iba a venir…, y lo hizo, pero más tarde. Después.

—¿Asesinó Ilya Volkov a Gurevich y a Julie?

—No. Fue un hombre llamado Yakov Korotkii. Puedo describirle o hacer un dibujo o trabajar con un dibujante de la policía. Recuerdo su cara. La recuerdo muy bien. Tengo memoria eidética. No olvido. No olvido —reiteró elevando la voz y temblando.

—Detectives —comenzó la señorita Petrie—. Elizabeth ha sufrido un trauma severo. Ya ha tenido suficiente por esta noche.

—No. No. Necesito ayudar. Necesito hacer algo.

—Tenemos el permiso de su madre para interrogarla —puntualizó Griffith.

—¿Mi madre?

—La hemos avisado. Regresará por la mañana.

Elizabeth cerró los ojos.

—De acuerdo.

—Elizabeth, esto es importante. ¿Cómo sabes que el hombre que mató a Gurevich y a Julie era Yakov Korotkii?

—Alex le llamó por su apellido cuando hablaban. Julie… ella debía de estar en el baño. Me quedé dormida un rato fuera, en la terraza. Sus voces…, la de Alex y las de los dos hombres…, me despertaron.

—Dos hombres.

—El otro era más alto, más corpulento. Korotkii le llamó Yegor. Korotkii dijo que Alex había robado a su tío. Alex le llamó…, al tío…, Sergei. Él lo negó, pero estaba mintiendo. Podía ver que estaba mintiendo. Korotkii estaba… ¿Ha visto a una cobra matar a

un ratón? ¿Cómo lo observa, con qué paciencia? ¿Cómo parece disfrutar de esos momentos previos al ataque tanto como del ataque en sí? Así era él. Alex se mostraba displicente, como si él estuviera al mando. Pero no lo estaba. Korotkii estaba al mando. Y Alex sintió miedo cuando Korotkii le dijo que sabían que estaba cooperando con la policía. Que Sergei lo sabía. Suplicó. ¿Necesita saber lo que se dijeron?

—Ya volveremos a eso.

—El hombre corpulento obligó a Alex a ponerse de rodillas. Y entonces Korotkii sacó una pistola de la espalda. Debía de llevar una pistolera, aunque yo no la vi. Y le disparó allí mismo. —Elizabeth se llevó los dedos a la frente—. Le puso la pistola en la frente y le disparó. No hizo casi ruido. Luego le disparó dos veces más. Aquí. —Señaló detrás de la oreja.

»Casi grité. Tuve que taparme la boca con la mano para no hacerlo. Korotkii llamó a Alex… Es un insulto ruso muy fuerte.

—Hablas ruso.

—No de manera fluida. No había escuchado antes esa expresión, pero era… muy gráfica. Solo lo menciono para resaltar la rapidez con que sucedió todo. Insultó a Alex a pesar de que estaba muerto. Luego entró Julie desde la cocina. Hay un aseo al lado de la cocina. Ella dijo «No me siento bien, Alex. Tengo que tumbarme o tal vez deberíamos…», y al verles les preguntó quiénes eran. Eso fue lo que alcanzó a decir. Korotkii se dio la vuelta y le disparó. Ella cayó al suelo. Vi que estaba muerta, pero él le disparó otra vez. Y maldijo en ruso. No pude oír nada durante un minuto. Escuchaba gritos en mi cabeza. No podía pensar. Luego oí a Ilya. Creí que iban a matarle a él también. Quería avisarle, ayudarle. Y entonces…

—Descansa un momento —le dijo Riley con suavidad, en un tono que Griffith sabía que no era su tono indulgente, sino de sincera preocupación—. Tómate tu tiempo.

—Hablaban en ruso, pero pude entenderlo todo… o casi todo. Ilya estaba furioso, aunque no tanto porque Alex estuviera muerto.

Cerró los ojos, tomó aire y transmitió la conversación que había escuchado palabra por palabra.

—Eso es muy preciso —comentó Riley.

—Tengo memoria eidética. Hui porque Ilya sabía que yo había

ido a la casa. Sabía que preguntaría por mí. Sabía que iba a matarme a mí también. Así que hui. No me fijé hacia dónde corría… tan solo corrí. Me dejé los zapatos. No podía correr con los tacones, por eso los dejé en la terraza. No pensé; solo reaccioné. Si hubiera pensado, me los habría llevado conmigo. Deben de haber encontrado los zapatos. Así que saben que lo vi. Saben que lo oí todo.

—Vamos a protegerte, Elizabeth. Te lo prometo. —Griffith estiró el brazo y puso su mano sobre la de ella—. Vamos a mantenerte a salvo.

Griffith salió de la habitación con Riley y se echó las manos a la cabeza.

—Joder, Riley. ¡Joder, joder, joder! ¿Sabes lo que tenemos?

—Tenemos a una testigo presencial con la memoria de un ordenador y que habla ruso. Tenemos al hijo de puta de Korotkii, al escurridizo cabrón de Ilya Volkov. Y si Dios quiere llegaremos hasta Sergei. Si la chica aguanta, le cortará la columna vertebral al clan de los Volkov.

—Aguantará. —Griffith miró hacia la puerta con una expresión dura y centelleante en los ojos—. Hay que llamar a los jefazos y llevarla a un piso franco. Vamos a necesitar a los U.S. Marshal.

—Y una mierda.

—O los llamamos o nos lo quitan. Si los llamamos nosotros, seguimos en el caso.

—Hay que joderse, detesto cuando tienes razón. Pongámonos en marcha. ¿Sabes qué otra cosa he notado sobre la testigo?

—¿El qué?

—Que parecía casi tan angustiada porque su madre vaya a venir como por el resto.

—Me parece que el que la castiguen es el menor de sus problemas.

***

Elizabeth dejó que todo se tornara borroso. Daba igual a dónde la llevaran; solo quería descansar. De modo que durmió en el coche

con los dos detectives y la señorita Petrie. Cuando el vehículo se detuvo bajó de él sin quejarse y entró en una pequeña casa de madera como si fuera sonámbula. Aceptó la camiseta y los pantalones de algodón que le dio la detective Griffith e incluso consiguió cambiarse en el diminuto dormitorio con las estrechas camas gemelas. Le daba miedo soñar, pero estaba indefensa ante el agotamiento.

Se tumbó sobre la cama y utilizó la manta del policía para taparse. Al cerrar los ojos sintió que las lágrimas se deslizaban a través de las pestañas.

Después no sintió nada.

Despertó a mediodía, con sed y hambrienta.

No sabía qué iba a pasar. Durante toda su vida había sabido con exactitud lo que se esperaba de ella y cuándo se esperaba. Pero ya no había una lista ni un horario por el que regirse.

Le avergonzaba tener hambre, desear un café, darse una ducha, un cepillo de dientes. Actividades cotidianas y corrientes. Julie jamás volvería a tener hambre ni a hacer cosas normales.

Pero se levantó, haciendo una pequeña mueca de dolor cuando las magulladas plantas de sus pies tocaron el suelo. Se dio cuenta de que le dolía todo el cuerpo. Debía sufrir, concluyó, debería sentirse desgraciada.

Entonces se acordó de su madre. Su madre iba de camino, tal vez ya hubiera vuelto. Decidió que aquello era un castigo mayor que el dolor y el hambre.

A la espera de la represalia, entreabrió la puerta con cuidado y pegó el oído.

Oyó voces, solo un murmullo, y olió a café. Haciendo otra mueca se dio cuenta de que ella también olía. Deseaba el castigo, pero esperaba poder darse una ducha antes de que este le fuera aplicado.

Salió y se dirigió hacia el sonido de las voces.

Y se quedó petrificada.

Había un desconocido en la pequeña cocina blanca y amarilla. Un hombre alto, casi desgarbado, que se estaba sirviendo un café de un pequeño recipiente en una ancha jarra blanca. Se detuvo y le brindó una sonrisa.

Vestía vaqueros y camisa blanca… y llevaba una pistolera.

—Buenos días. O tardes. Soy el marshal John Barrow. No pasa nada, Elizabeth. Estamos aquí para protegerte.

—Usted es un marshal.

—Así es. Más tarde vamos a trasladarte a otro piso franco.

—¿Está aquí la detective Griffith?

—Vendrá más tarde. Te ha traído algo de ropa y otras cosas. —Hizo una nueva pausa cuando Elizabeth se le quedó mirando sin decir nada—. Tú le diste tu llave y le dijiste que no pasaba nada si iba a tu casa y cogía algo de ropa, tu cepillo de dientes y ese tipo de cosas.

—Sí. Lo recuerdo.

—Seguro que te vendrá bien un café y una aspirina.

—Yo… me gustaría darme una ducha, si le parece bien.

—Claro. —Sonrió de nuevo y dejó el recipiente y la jarra. Tenía los ojos azules, pero no como los de su madre. Los de él eran de un tono más intenso, y cálidos—. Iré a por tu bolsa. Estoy aquí con la marshal Theresa Norton. Quiero que te sientas segura, Elizabeth… ¿te llaman Liz?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Julie me llamaba Liz. Solo Julie me llamaba así.

—Siento mucho lo de tu amiga. Lo has pasado muy mal, Liz. Theresa y yo vamos a cuidar de ti.

—Me matarán si me encuentran. Eso lo sé.

Aquellos cálidos ojos azules la miraron fijamente.

—No te encontrarán. Y no dejaré que te hagan daño.

Deseaba creerle. Tenía una cara interesante. Delgada, como el resto de su persona, casi como la de un erudito.

—¿Cuánto tiempo tengo que esconderme?

—Vayamos poco a poco. Iré a por tus cosas.

Elizabeth se quedó donde estaba hasta que él regresó, con su bolsa de viaje Pullman.

—¿Por qué no preparo algo de comer mientras tú te aseas? —sugirió—. Soy mejor cocinero que Terry. Eso no es decir mucho, pero no te envenenaré.

—Gracias. Si no es molestia.

—No lo es.

—Lo siento. No sé dónde está el baño.

—Por ahí. —Señaló—. Y luego a la derecha. —La vio marcharse y acto seguido cogió su café y lo miró. Lo dejó una vez más cuando su compañera entró desde el exterior—. Se ha levantado —le dijo—. Joder, Terry, más bien parece que tenga doce que veintiuno. Jamás deberían haberla dejado entrar en ese club.

—Viste el carnet que falsificó. Podría ganarse la vida así. —Baja, fuerte y muy guapa, Terry se hizo con la cafetera—. ¿Qué tal lo lleva?

—Por los pelos, en mi opinión. Es educada como tu tía abuela Martha.

—Si tuviera una tía abuela Martha, sería una arpía de cuidado.

—No ha preguntado por su madre. Por Griffith sí, pero no por su propia madre. Eso dice mucho. Voy a prepararle unos huevos con beicon.

John abrió la nevera y sacó lo que necesitaba.

—¿Quieres que me ponga en contacto con el fiscal? Ya sabes que necesita hablar con ella lo antes posible —agregó Terry.

—Vamos a darle un poco de tiempo para que meta algo de comida en la tripa. Pero sí, mejor que se reúna con ella aquí antes de que la traslademos. Y mejor si ella dispone de un poco de tiempo antes de que se dé cuenta de que podría pasarse meses viviendo en un piso franco.

—Puede que años. ¿Cómo puede alguien lo bastante listo como para ir a Harvard…, a los dieciséis, nada menos…, acabar mezclado con los Volkov?

—A veces basta con tener dieciséis años. —John puso el beicon en la sartén y dejó que chisporroteara.

—Haré la llamada. Les diré que dentro de dos horas para darle tiempo a que se vista, coma y se tranquilice.

—De paso comprueba la hora estimada de la llegada de su madre.

—Lo haré.

5

Cuando Elizabeth bajó de nuevo vestida con unos vaqueros y una camiseta azul sin mangas, con un delgado volantito de encaje en los bordes, él había llenado un plato con beicon, huevos y tostadas.

—¿La detective Griffith te ha traído todo lo que necesitabas?

—Sí. No sabía qué hacer con la maleta. Me ha dicho que no íbamos a quedarnos aquí.

—No te preocupes por eso. Come antes de que se enfríe.

Elizabeth miró el plato.

—Es mucha comida.

¿Beicon? A su nutricionista le daría un infarto. Pensar en su reacción la hizo sonreír.

—Pareces hambrienta.

—Sí, lo estoy. —La sonrisa permaneció en su lugar cuando alzó la mirada hacia él—. Se supone que no debo comer beicon.

—¿Por qué?

—Es carne procesada, sodio y grasa animal. No figura en mi lista de alimentos permitidos. Mi madre y mi nutricionista elaboraron un plan de comidas muy específico.

—¿En serio? Bueno, es una pena dejar que se desperdicie.

—Sí que lo es. —El olor la atrajo hasta la mesa—. Y se ha tomado la molestia de cocinar para mí. —Se sentó, cogió una loncha de beicon y mordió un trozo, cerrando los ojos—. Está bueno.

—Todo está mejor con beicon. —Puso un vaso de zumo y tres aspirinas junto a su plato—. Bebe y tómate esto. Veo que tienes resaca.

La sonrisa de Elizabeth se esfumó.

—No deberíamos haber bebido.

—No, no deberíais haberlo hecho. ¿Siempre haces lo que debes?

—Sí. Es decir, hasta antes de ayer. Y si ayer hubiera hecho lo que debía hacer, Julie seguiría viva.

—Liz, Julie está muerta porque Yakov Korotkii es un asesino, porque los Volkov son gente muy mala. Julie y tú hicisteis algo estúpido. Esa chica no merecía morir por ello. Y tú no eres responsable. Tómate las aspirinas, bébete el zumo y come.

Elizabeth obedeció más por la costumbre de obedecer que por el deseo de hacerlo. Pero, oh, la comida estaba muy buena, era muy reconfortante.

—¿Me cuenta qué va a pasar ahora? No sé lo que va a ocurrir y es más fácil saber lo que se espera de mí.

Él se llevó el café a la mesa y se sentó con ella.

—Buena parte de lo que pase a continuación depende de ti.

—Porque mi testimonio en cuanto a lo sucedido, lo que vi, lo que oí, será necesario para condenar a Yakov Korotkii por asesinato y al otro hombre por complicidad. Y a Ilya como cómplice encubridor. Además podría implicar a Sergei Volkov, aunque puede que no sean más que rumores, no lo tengo claro. Él sería el objetivo más deseado, ya que parece ser la cabeza, o una de las cabezas, de la organización.

John se recostó en la silla.

—Pareces entender bien la situación, tal y como está ahora mismo.

—He estado siguiendo cursos de justicia penal y leyendo mucho.

—¿Desde ayer?

—No. —Estuvo a punto de reír, pero la risa se le quedó atascada en la garganta—. Desde que empecé la universidad. Me interesa.

—Pero estás estudiando Medicina.

Elizabeth miró el plato, cogiendo con cuidado un poco de huevos revueltos.

—Sí.

John se levantó, abrió de nuevo la nevera y sacó una Coca-Cola para él y otra más. Ladeó la cabeza a modo de pregunta.

—Se supone que no debo… Sí, por favor. Me gusta la Coca-Cola.

Él abrió ambas latas y se sentó cuando entró una mujer de baja estatura, con el pelo rubio recogido en una coleta.

—Liz, te presento a la marshal Norton. Terry, esta es Liz.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Mejor, gracias.

—Liz me estaba preguntando por el proceso, aunque parece entenderlo bien. Terry se ha puesto en contacto con el despacho de la Fiscalía. Habrá un representante de Protección de Menores presente cuando hablen contigo, si tu madre no llega a tiempo. Liz, tu colaboración es voluntaria, pero…

—Podrían retenerme como testigo presencial. No será necesario. Tengo que colaborar, tengo que testificar. ¿Va a decirme si los Volkov son de la mafia rusa?

—Lo que creemos y lo que podemos demostrar…

—Quiero saber qué creen —le interrumpió Elizabeth—. Me parece que debería conocer mi situación. Puede que sea menor a efectos legales, pero no soy una niña. Tengo un coeficiente intelectual de doscientos diez y una excelente capacidad de comprensión. Sé que me he comportado de forma estúpida, pero no soy tonta. Entiendo que si he presenciado dos asesinatos llevados a cabo por orden de lo que sería el *pakhan*, el jefe, soy un objetivo. Si testifico, Korotkii o alguien como él hará todo lo posible para acabar conmigo. Aun después de que testifique, y sobre todo si mi testimonio lleva a una condena, seré un objetivo. Por venganza. —Hizo una pausa y tomó un sorbo de Coca-Cola de la lata. Estaba buenísima—. Anoche no estaba en condiciones; hoy pienso mejor. A causa de la bebida, los vómitos y luego el shock. No evalué la situación por entero. Pero ahora lo hago. Si los Volkov son solo muy mala gente, una banda de matones y criminales no del todo estructurada, la situación es complicada. Si pertenecen al crimen organizado, si son de la mafia rusa, es mucho más que eso. Quiero saberlo.

Vio que los dos marshal intercambiaban una mirada.

—En cuanto pueda acceder a un ordenador —agregó Elizabeth— podré investigar y descubrir la respuesta por mí misma.

—Seguro que podrías —murmuró John—. Creemos…, joder, sabemos que los Volkov pertenecen al crimen organizado. Sabemos que están metidos hasta el cuello en la trata de seres humanos y el tráfico de armas, en el fraude informático, su especialidad,

extorsión, robo y drogas. Son una gran organización con considerables intereses legítimos, o lo bastante legítimos, tales como clubes nocturnos, restaurantes, clubes de striptease y bienes inmuebles. Las autoridades han logrado hacerles daño, pero la estructura sigue intacta. Sabemos que Korotkii es su sicario, su matón. Pero no hemos podido acusarle de nada.

—Disfrutó matando a Alex. Sentía un gran desprecio hacia él. Con Julie… matar a Julie le molestó. Nada más y nada menos. Lo siento, no puedo terminarme la comida.

—No pasa nada.

Se observó las manos durante un momento y alzó la vista de nuevo para mirar a John a los ojos.

—No podré regresar a Harvard. No podré volver a casa. Si testifico tendré que entrar en el Programa de Protección de Testigos. ¿No es eso lo que ocurrirá?

—Te estás adelantando un poco —le dijo Terry.

—Siempre me adelanto. Anoche no lo hice y el precio ha sido terrible. ¿Podré ir a otra universidad con otro nombre?

—Podríamos hacer que eso fuera posible —adujo John—. Cuidamos bien de nuestros testigos, Liz. Eso también puedes comprobarlo en el ordenador.

—Lo haré. No saben quién soy. Quiero decir que a Ilya solo le dije mi nombre de pila. Él solo conoce a Liz… y en realidad siempre he sido Elizabeth. Y yo… antes de ir al club me corté y me teñí el pelo. Este no es mi aspecto normal.

—Me gusta tu cabello —intervino Terry—. Es un corte que te sienta bien.

—Parezco diferente. Con el maquillaje, el vestido y el pelo, anoche parecía otra persona. Quizá haya un modo de testificar sin que averigüen quién soy. Sé que no hay muchas probabilidades, pero quisiera intentarlo. Por ahora, en cualquier caso.

Terry se movió cuando sonó su teléfono móvil. Lo sacó de la funda que llevaba atada al cinturón.

—Norton. Sí. Entendido. —Lo guardó de nuevo—. Tu madre viene de camino.

—De acuerdo. —Se levantó y llevó su plato al fregadero—. Yo lavaré los platos.

—Te echaré una mano —se ofreció John.

—No. Si no le importa, me gustaría estar a solas un rato antes de que llegue mi madre.

—Claro. —Le puso la mano en el hombro—. Todo saldrá bien, Liz.

Ella se limitó a asentir y a mantener las manos ocupadas, fuera de la vista para que nadie pudiera ver que le temblaban.

Cuando los agentes de paisano llevaron a su madre hasta la puerta ya sentía que había recuperado el control. En la poco amueblada habitación, Elizabeth se puso en pie cuando Susan entró. Una sola mirada le dijo que la disculpa que había practicado distaba mucho de ser adecuada.

—Por Dios bendito, Elizabeth, ¿qué te has hecho en el pelo?

—Yo… —Desconcertada, se llevó la mano a la cabeza—. Lo siento.

—No me cabe la menor duda.

—Doctora Fitch, soy el marshal Barrow y esta es la marshal Norton. Comprendemos que es una situación muy difícil. Tomemos asiento y le explicaremos las precauciones que estamos tomando para proteger a su hija.

—Eso no será necesario. Ya me han informado. Si nos disculpan, quisiera hablar con mi hija a solas.

—Lo siento, doctora Fitch, para su protección es necesario que al menos uno de nosotros esté junto a Elizabeth en todo momento.

Elizabeth desvió la mirada hacia él, preguntándose por qué la había dejado sola en la cocina.

—De acuerdo. Siéntate, Elizabeth. —Susan permaneció de pie—. No hay ninguna explicación aceptable ni razón lógica para tu comportamiento. Si los hechos que me han relatado son exactos, has infringido la ley al falsificar documentos que utilizaste para entrar en un club nocturno con otra menor, donde consumisteis alcohol. ¿Son exactos estos hechos?

—Sí. Sí, son exactos.

—Agravaste la situación demostrando un mal criterio aún peor al acompañar a su casa a un hombre al que acababas de conocer. ¿Tuviste relaciones sexuales con ese hombre?

—No.

—Es imperativo que tu respuesta sea sincera, ya que puedes haber contraído una enfermedad de transmisión sexual o haberte quedado embarazada.

—No he mantenido relaciones sexuales con nadie.

Susan la miró con la misma frialdad con la que podría haber examinado un espécimen bajo un microscopio.

—Soy incapaz de confiar en tu palabra. Te someterás a un examen médico lo antes posible. Las acciones tienen consecuencias, Elizabeth, como bien sabes.

—No practiqué sexo con nadie —respondió Elizabeth de manera taxativa—. Julie practicó sexo con Alex y ahora está muerta. Parece que las consecuencias son demasiado duras para la acción.

—Debido a tu comportamiento pusiste en grave peligro a otra chica y a ti misma.

Las palabras eran como piedras arrojadas contra sus extremidades, que le quebraban los huesos.

—Lo sé. No tengo excusa.

—Porque no la hay. Ahora una chica ha muerto y tú estás bajo la protección de la policía. Puede que también te enfrentes a cargos penales…

—Doctora Fitch —la interrumpió John—. Permítame que les asegure a Elizabeth y a usted que no se presentarán cargos.

—¿Es usted quien decide eso? —espetó, luego se volvió de nuevo hacia Elizabeth—. Soy consciente de que las chicas de tu edad a menudo muestran una manifiesta falta de juicio, que suelen desafiar a la autoridad. Por ello hice concesiones en nuestra conversación antes de marcharme a Atlanta. Sin duda espero algo mejor que esta debacle de alguien con tu intelecto, tus recursos y tu educación. No estás muerta porque Dios no ha querido.

—Hui.

—Por fin muestras algo de sentido común. Y ahora recoge tus cosas. Me encargaré de que uno de los ginecólogos del personal te examine antes de ir a casa.

—Pero… no puedo irme a casa.

—No es el mejor momento para exhibir un inoportuno alarde de independencia.

—Elizabeth está bajo la protección de los U.S. Marshal —

comenzó John—. Es el único testigo de un doble homicidio. El hombre que cometió dichos asesinatos es sospechoso de ser un sicario de los Volkov, la *bratva*. La mafia rusa, doctora Fitch, por si no le han informado de ese hecho.

—Estoy al tanto de lo que Elizabeth le ha contado a la policía.

Elizabeth conocía ese tono; el tono de la jefa de cirugía que no consentía estupideces, no admitía argumentos ni aceptaba discusiones.

—También se me ha informado de que ese hombre no la vio y que ni él ni sus cómplices saben su nombre. Pretendo llevarme a mi hija a casa, donde será convenientemente disciplinada por su desafortunado comportamiento.

—Puede pretender lo que guste, doctora Fitch, pero Liz está bajo la protección de los U.S. Marshal. —John habló con tanta calma, con tanta naturalidad, que Elizabeth no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando—. Esta noche se la trasladará de este lugar a otro que nos parece más seguro. Su residencia no es una ubicación fiable y su seguridad es nuestra prioridad. Como asumo que será la suya.

—Tengo recursos para contratar seguridad privada si es necesario. Me he puesto en contacto con mi abogado. No pueden obligar a Elizabeth a testificar en este asunto.

—No me están obligando. Yo he accedido a testificar.

—Tu juicio continúa siendo lamentable. La decisión es mía.

John la había llamado Liz, pensó Elizabeth. La había llamado Liz y había desafiado la directriz de la doctora Susan L. Fitch… en su propia cara. Así que iba a ser Liz. No iba a derrumbarse como Elizabeth.

—No, no lo es. —El mundo no se acabó al pronunciar aquellas palabras—. Tengo que testificar. No puedo irme a casa.

Una ráfaga de sorpresa se superpuso a la fría y brutal ira que mostraba la cara de Susan.

—¿Te imaginas siquiera las consecuencias de esto? No podrás participar en el programa de verano ni estudiar en Harvard en otoño. Retrasarás y perjudicarás tu educación y pondrás tu vida…, tu vida, Elizabeth…, en manos de gente cuyos verdaderos planes son condenar a ese hombre, sin importar lo que eso te cueste a ti.

—Julie está muerta.

—Nada puede cambiar eso, pero esta decisión podría arruinar tu vida, tus planes, tu futuro.

—¿Cómo podría irme a casa como si nada de esto hubiera sucedido? ¿Regresar a mi vida? Y a tus planes, porque nunca han sido los míos. Si su objetivo es condenar a los asesinos, lo acepto. El tuyo es que yo no haga nada, que te obedezca y lleve la vida que tú has proyectado para mí. No puedo. Ya no puedo seguir haciéndolo. Tengo que intentar hacer lo correcto. Esa es la consecuencia, madre. Y tengo que aceptar las consecuencias.

—Solo agravarás tu error.

—Doctora Fitch —comenzó John—. El fiscal federal viene de camino para hablar con Liz…

—Elizabeth.

—Escuche lo que tiene que decir. Los pasos que van a darse. Puede tomarse un poco de tiempo. Comprendo que esto es un shock. Las trasladaremos a su hija y a usted a un nuevo lugar, donde puede tomarse unos días para considerarlo, para hablarlo.

—No tengo la más mínima intención de ir a ninguna parte contigo ni tengo obligación alguna de ir a ningún lado con usted. Espero que recobres el juicio en un par de días —le dijo a Elizabeth —, una vez que te des cuenta de los límites de tus actuales circunstancias y del auténtico alcance de esas consecuencias. Le diré al doctor Frisco que estás enferma y que te pondrás al día con el trabajo. Piénsalo con mucho detenimiento, Elizabeth. Algunos pasos que se dan jamás pueden desandarse. —La doctora Fitch esperó, apretando la boca al ver que Elizabeth no respondía—. Ponte en contacto conmigo cuando estés lista para volver a casa. Agentes — les dijo, y se encaminó hacia la puerta.

John llegó antes.

—Un momento, doctora. —Cogió su radio—. Soy Barrow. La doctora Fitch va a salir. Hay que escoltarla hasta su residencia.

—Entendido. Aquí todo despejado.

—No aprueba mi decisión ante esta situación —adujo Susan.

—Usted ni necesita ni quiere mi aprobación, pero no. No la apruebo en absoluto.

—Tiene razón. Ni necesito ni quiero su aprobación. —Salió sin mirar atrás.

Cuando John regresó dentro, vio a Terry sentada en el brazo del sillón de Elizabeth, con una mano posada en el hombro de la chica.

—La gente reacciona ante el miedo y la preocupación de formas distintas —comenzó John.

—Ella no estaba asustada ni preocupada, o no principalmente. Sobre todo está furiosa y contrariada. Eso lo entiendo.

—Se equivoca —le dijo Terry—. Sé que es tu madre, pero está muy equivocada.

—Ella jamás se equivoca y jamás ha sido una madre. ¿Les importa que me vaya a mi cuarto un rato?

—Claro que no. Pero, Liz —agregó John cuando Elizabeth se disponía a subir—, nadie lleva siempre la razón.

—Puta —farfulló Terry entre dientes cuando Elizabeth abandonó la habitación—. Zorra sin corazón. Mira que venir aquí, sin un solo pelo fuera de su sitio, y vapulear a esa chica en semejante trance.

—No la ha tocado en ningún momento —murmuró John—. No ha rodeado a esa chica con los brazos, no le ha preguntado qué tal estaba ni le ha dicho que se alegraba de que no estuviera herida. Joder, si la vida de esa chica ha sido así, Protección de Testigos podría ser una mejora.

***

Elizabeth se pasó dos horas con el señor Pomeroy de la Fiscalía del Estado. Tuvo que pasar por todo una vez más, cada paso de aquella noche, esa ocasión con interrupciones que exigían explicaciones, que volviera atrás, saltara hacia delante y retrocediera de nuevo. Había otros tres con él, todos vestidos con traje negro. Uno de ellos tomaba notas a pesar de que estaban grabando la entrevista.

Los detectives Riley y Griffith también habían ido, de modo que la casa parecía muy pequeña, abarrotada.

En un momento dado Pomeroy se recostó en la silla, frunciendo el ceño.

—Bien, Elizabeth, admites que habías bebido alcohol. ¿Cuántas copas? ¿Tres, cuatro? ¿Más?

—Un poco más de cuatro. No pude terminarme la última.

Cuando llegamos a casa de Alex bebí un poco de agua. Él me preparó otra copa, pero no la quise. No me sentía bien.

—De hecho vomitaste. Después de vomitar te quedaste dormida fuera, en la terraza. ¿Con qué frecuencia bebes?

—No bebo. Quiero decir que he tomado pequeñas cantidades de vino, ya que mi madre cree que debo desarrollar un paladar sofisticado, pero nunca antes había tomado un cóctel.

—Así que era tu primera experiencia con esa clase de bebida alcohólica y consumiste casi cinco copas en toda la noche, vomitaste y te quedaste dormida… o perdiste el conocimiento… fuera. Sin embargo ¿afirmas que puedes identificar a los individuos que entraron en la casa y dispararon a Alexi Gurevich y Julie Masters? ¿Y a qué distancia?

—A unos tres metros. Pero estoy segura. Los vi con mucha claridad. Estaban bajo la luz.

—¿No te encontrabas indispuesta después de beber todo ese alcohol y divertirte hasta vomitar?

Avergonzada, bajó la mirada a sus manos, que se agarraba sobre el regazo.

—Estoy segura de que mi tiempo de reacción fue deficiente, así como mi juicio. Pero no mi vista ni mi oído.

Pomeroy hizo una señal a uno de los hombres que le acompañaban. El agente se aproximó para dejar varias fotografías sobre la mesa.

—¿Reconoces a alguno de estos sujetos? —le preguntó.

—Sí. —Señaló el de la esquina derecha—. Ese es Yakov Korotkii. Es el hombre que disparó a Alex y después a Julie. En la foto tiene el pelo más largo.

—¿Conoces a este hombre? —le preguntó Pomeroy—. ¿Le conocías de antes?

—No le conozco. Solo le he visto una vez y únicamente la noche pasada, cuando disparó a Alex y a Julie.

—De acuerdo. —Pomeroy recogió el conjunto de fotos y el agente dejó otro montón—. ¿Reconoces a alguno de los que figuran en las imágenes?

—A este hombre. Le llamaron Yegor. No sé el apellido. Estaba con Korotkii. Sujetó a Alex y luego le obligó a ponerse de rodillas.

—Y una vez más.

Nuevamente retiraron las fotos y las sustituyeron por otras.

—Ese es Ilya. —Apretó los labios porque le temblaban—. Ilya Volkov. Llegó cuando… cuando Alex y Julie ya estaban muertos. Solo unos minutos después. Estaba furioso. Hablaba en ruso.

—¿Cómo sabes que estaba furioso?

—Hablo ruso, no muy bien. Dijeron… Lo traduciré. ¿Le parece bien?

—Sí.

Tomó aire y les relató la conversación.

—Después hui. Sabía que empezarían a buscarme y que si me encontraban me matarían porque lo había visto todo. Cuando dejé de correr llamé al 911.

—Bien. Lo hiciste muy bien, Elizabeth. Vamos a detener a estos hombres. Puede que sea necesario que los identifiques de nuevo en una rueda de reconocimiento. No podrán verte.

—Sí, lo sé.

—Tu testimonio ayudará a meter entre rejas a unos hombres muy peligrosos. La Oficina de la Fiscalía te está muy agradecida.

—De nada.

Él sonrió.

—Volveremos a hablar. Vamos a vernos mucho en las próximas semanas. Elizabeth, si necesitas cualquier cosa, lo que sea, uno de los agentes te lo traerá o puedes ponerte en contacto conmigo. Quiero que estés lo más cómoda posible.

—Gracias.

La tensión de la que no había sido consciente se esfumó al marcharse el fiscal.

Igual que había hecho antes Terry cuando se fue la madre de la chica, Griffith se sentó en el brazo de su sillón.

—Ha sido duro contigo porque va a ser difícil. Lo que estás haciendo, lo que el equipo de la defensa hará para desacreditar tu testimonio… No va a ser nada fácil.

—Lo sé. ¿Aún es usted parte de la investigación?

—Es una investigación conjunta porque Riley y yo presionamos. Es cosa de los federales, pero nosotros seguimos a bordo. ¿Qué tal lo llevas?

—Estoy bien. Todo el mundo ha sido muy considerado. Gracias por traerme mis cosas.

—No hay problema. ¿Necesitas algo más?

—Quisiera mi ordenador. Se lo habría pedido antes, pero no pensaba con claridad.

—No podrás enviar correos electrónicos a nadie ni entrar en las salas de chat ni postear mensajes en foros.

—No es para eso. Quiero estudiar e investigar. Si pudiera tener mi ordenador, algunos de mis libros…

—Veré lo que puedo hacer.

Con eso tendría que bastarle.

Cuando cayó la noche la metieron en un coche con John y Terry. Griffith y Riley iban detrás en otro vehículo; más agentes iban delante.

Mientras circulaban por la autopista Elizabeth recordó que hacía solo veinticuatro horas se había puesto su nuevo vestido rojo y sus zapatos brillantes de tacón alto.

Y Julie, con los ojos chispeantes y la voz excitada, iba sentada a su lado en un taxi. Viva.

En esos momentos todo era diferente otra vez.

Aparcaron directamente dentro del garaje de una sencilla casa de dos plantas con un amplio patio. Salvo por el coche, el garaje estaba vacío, sin herramientas, cajas ni otros trastos.

La puerta que conducía al interior disponía de una cerradura de seguridad.

Algunas hebras grises salpicaban el cabello castaño oscuro del hombre que abrió la puerta. Aunque casi tenía la misma altura que John, era más corpulento; ataviado con unos vaqueros y una camisa tipo polo, y con el arma enfundada en el costado, parecía musculoso.

Dio un paso atrás para que pudieran pasar a la cocina, que era más grande que la de la otra casa. Los electrodomésticos eran más modernos y el suelo de baldosas, de color beige.

—Liz, este es el marshal Cosgrove.

—Soy Bill. —Le tendió la mano y le brindó una sonrisa de aliento a Elizabeth—. Bienvenida. La marshal Peski, Lynda, está comprobando el perímetro. Nosotros te protegeremos esta noche.

—Oh… Pero…

—Nosotros volveremos por la mañana —le dijo John—. Pero nos ocuparemos de que estés instalada antes de irnos.

—¿Por qué no te acompaño arriba y te enseño tu habitación? —sugirió Terry. Antes de que Elizabeth pudiera aceptar u objetar algo, Terry había cogido la maleta y comenzado a subir.

—Parece más joven de lo que imaginaba —comentó Bill.

—Está agotada y todavía tiene la mirada un poco ausente. Pero la chica es fuerte. Aguantó dos horas con Pomeroy sin una sola queja. El jurado la va a adorar.

—Una adolescente va a acabar con los Volkov. —Bill meneó la cabeza—. Quién iba a decirlo.

***

Sergei Volkov estaba en la flor de la vida. Era un hombre rico que había nacido en la más absoluta pobreza. A los diez años ya era un ladrón consumado, que se conocía cada rincón, cada guarida, de su miserable gueto en Moscú. Había matado a su primera víctima a los trece, destripándole con una navaja de combate de fabricación americana que le había robado a un rival. Le había roto el brazo a su adversario, un astuto chaval de dieciséis años.

Todavía conservaba aquella navaja.

Había ascendido en el escalafón de la mafia moscovita; se convirtió en brigadier antes de su decimoctavo cumpleaños.

La ambición le había impulsado más arriba hasta que, junto con su hermano Mikhail, había tomado el mando de la mafia con un despiadado y sangriento golpe mientras la Unión Soviética se derrumbaba. A ojos de Sergei, fue un momento de oportunidad y cambio.

Se casó con una mujer guapa de gusto refinado. Ella le había dado dos hijas, y a él le había sorprendido cuánto las había querido desde que nacieron. Había llorado al coger en brazos a cada niña por primera vez, rebosante de dicha, éxtasis y orgullo.

Pero cuando por fin tuvo en brazos a su hijo no hubo lágrimas. La dicha, el éxtasis y el orgullo que sintió eran demasiado

profundos como para poder expresarlos con lágrimas.

Sus hijos, su amor y su ambición le empujaron a emigrar a Estados Unidos. Allí podría ofrecerles oportunidades, una vida más acomodada.

Y había estimado que había llegado el momento de expandirse.

Había visto casarse a su hija mayor con un abogado y había sostenido en brazos a su primer nieto. Y había llorado. Había montado una galería propia para su hija menor, su artista, su soñadora.

Pero su hijo… Ah, su hijo, su empresario licenciado por la Universidad de Chicago, era su legado. Su chico era listo, fuerte, lúcido y despiadado.

Todas las esperanzas y deseos del joven muchacho del gueto de Moscú se habían cumplido en su hijo.

En esos momentos trabajaba a la sombra en el jardín de su propiedad en el distrito de Gold Coast, esperando a que Ilya llegase. Sergei era un hombre duro y apuesto, con mechones blancos entretejidos en su oscuro cabello y pobladas cejas negras sobre unos ojos del color del ónice. Se mantenía escrupulosamente en forma y satisfacía a su esposa, a su amante y a la puta de turno.

Sus jardines eran otra fuente de orgullo. Como era natural contaba con paisajistas y jardineros, pero pasaba horas a la semana cavando en la tierra y plantando algún nuevo espécimen con sus propias manos cuando podría estar jugando al golf.

Si no se hubiera convertido en un *pakhan*, Sergei creía que podría haber llevado una vida feliz y muy sencilla siendo jardinero.

Ataviado con unos pantalones holgados, con los tatuajes en forma de estrella de sus rodillas manchados de tierra y mantillo, continuó cavando hasta que oyó aproximarse a su hijo.

—Caca de gallina —dijo Sergei—. Es barata, fácil de encontrar y hace que las plantas crezcan felices.

Confuso, como de costumbre, por el amor que su padre sentía por la tierra, Ilya meneó la cabeza.

—Y huele a caca de gallina.

—Un pequeño precio a pagar. Mis hostas lo agradecen, y ¿ves eso de ahí? Mi pulmonaria pronto florecerá. Hay tantos secretos en los matices y las sombras. —Sergei alzó la vista entonces,

entrecerrando un poco los ojos—. ¿Y bien? ¿La has encontrado?

—Todavía no. Pero lo haremos. Tengo a un hombre buscando en Harvard. Pronto sabremos su nombre y, a partir de ahí, la tendremos a ella.

—Las mujeres mienten, Ilya.

—No creo que mintiera en esto. Ella estudia Medicina allí y no es feliz. Su madre es cirujana aquí, en Chicago. Creo que eso también es verdad. Estamos buscando a la madre. —Ilya se acuclilló—. No iré a prisión.

—No, no irás a prisión. Ni tampoco Yakov. También estoy trabajando en otras posibilidades. Pero no me complace que uno de mis brigadieres más valiosos esté ahora en una celda.

—No dirá nada.

—Eso no me preocupa. No dirá nada, del mismo modo que Yegor tampoco dirá nada. ¿La policía estadounidense? *Musor*. —Los descartó con un gesto, como si fueran basura—. No se quebrarán como ellos. Ni se quebrarán si no somos capaces de convencer al juez sobre la fianza. Pero esa chica me preocupa. Ilya, me preocupa que estuviera allí y siga con vida. Me preocupa que Yakov no supiera que ella y la otra estaban allí.

—Si no me hubieran entretenido, yo habría estado allí y lo habría impedido. Entonces no habría testigo.

—La comunicación fue un problema. Y también nos hemos ocupado de eso.

—Dijiste que le tuviera vigilado, papá, que estuviera cerca de él hasta que pudiera ser castigado por robar. —Ilya se enderezó y se quitó las gafas de sol—. Le habría cortado la mano yo mismo por robarle a la familia. Tú se lo diste todo, pero él quería más. Más dinero, más drogas, más mujeres, más aparentar. Mi primo. *Suki* —espetó la palabra que significaba traidor en ruso—. Nos escupió a la cara una y otra vez. Fuiste bueno con él, papá.

—Era el hijo de la prima de tu madre. ¿Cómo no iba a hacer todo lo que pudiera? Aun así tenía esperanzas.

—Los acogiste a Yakov y a él.

—Y Yakov ha demostrado ser digno de ese regalo una y otra vez. ¿Alexi? —Sergei se encogió de hombros—. Caca de gallina —dijo con una media sonrisa—. Ahora será fertilizante. Las drogas. Su

debilidad. Por eso fui tan estricto con tus hermanas y contigo. Las drogas son solo un negocio. Por culpa de las drogas…, esa fue la raíz de todo…, él nos robó, nos traicionó a nosotros y a su propia sangre.

—De haberlo sabido habría estado allí para verle suplicar como una mujer. Para verle morir.

—La información de su arresto, del trato que el muy cabrón hizo con la policía, nos llegó esa misma noche. Tuvimos que encargarnos de él con rapidez. Todos cometemos errores, como dicen los americanos. Tú nunca has sido aficionado a ir de putas con Alexi en el pasado. Su gusto siempre fue menos refinado que el tuyo.

—Tenía que mantenerme cerca —repitió Ilya—. Y la chica era fascinante. Fresca, pura. Triste. Un poco triste. Me gustaba.

—Hay muchas otras. Ella ya está muerta. Bueno, te quedas a cenar. Eso nos complacerá a tu madre y a mí.

—Por supuesto.

6

Pasaron dos semanas y el principio de otra. Elizabeth podía contar con los dedos de una mano las veces que le habían permitido salir de la casa. Y nunca sola.

Nunca estaba sola.

Ella, que en otro tiempo había anhelado la compañía, sentía que la falta de soledad era más restrictiva que las cuatro paredes de su habitación.

Tenía su ordenador portátil. Le habían bloqueado el acceso al correo electrónico y a las salas de chat. Por puro aburrimiento y curiosidad, atravesó esos bloqueos. No tenía planeado contactar con nadie, ni mucho menos, pero aquello le proporcionó satisfacción.

Se guardó aquel triunfo para sí.

Tenía pesadillas y también las mantuvo en secreto.

Le llevaron libros y varios CD de música. Solo tenía que pedirlo. Devorar ficción popular y la música que tanto desaprobaba su madre debería haberle procurado una sensación de libertad. En cambio solo sirvió para poner de relieve lo mucho que se había perdido y lo poco que sabía del mundo real.

Su madre no fue a visitarla.

Cada mañana John y Terry relevaban al turno de la noche y cada tarde Bill y Lynda los relevaban a ellos. De vez en cuando cocinaban; el desayuno parecía ser la especialidad de John. La mayoría de las veces llevaban la comida ya preparada. Pizza o hamburguesas, pollo o comida china. Movida por la culpa y en parte como defensa, Elizabeth comenzó a experimentar en la cocina. Por lo que podía ver, las recetas eran simples fórmulas; la cocina, una especie de laboratorio.

Y al experimentar encontró una afinidad. Le gustaba picar y

remover, los aromas y las texturas.

—¿Qué tenemos en el menú?

Sentada a la mesa, Elizabeth levantó la vista cuando entró John.

—Se me ha ocurrido probar este salteado de pollo.

—Suena bien. —Se sirvió un café—. Mi mujer hace salteado para engañar a los chicos y que coman verduras.

Sabía que su mujer, Maddie, y él tenían dos hijos. Un chico de siete años llamado Maxfield, por el pintor Maxfield Parrish, y Emily, por Emily Brontë, de cinco.

John le había enseñado las fotografías que llevaba en la cartera y le había contado divertidas historias sobre ellos.

Para que le viera como persona; eso lo entendía. Y lo había conseguido, pero también la había obligado a darse cuenta de que no había pequeñas y divertidas historias sobre ella de cuando era niña.

—¿Se preocupan por ti? ¿Porque perteneces a las fuerzas de la ley?

—¿Max y Em? Son demasiado pequeños para preocuparse. Saben que persigo a los malos, y ahora mismo no va más allá de eso. ¿Y Maddie? —Se sentó con su café—. Sí, un poco. Es parte de mí. Y las largas horas, el tiempo que paso fuera de casa, puede resultarle duro.

—Me dijiste que era taquígrafa judicial.

—Sí, hasta que tuvimos a Max. Aquel día en el tribunal fue el mejor de mi vida, aunque casi no era capaz de recordar ni mi nombre con ella allí sentada. Era la mujer más guapa que había visto. No sé cómo tuve tanta suerte como para convencerla de que saliera con alguien como yo, y mucho menos para que se casara conmigo.

—Eres un hombre de bien —comenzó Elizabeth—. Físicamente atractivo. Eres amable y tienes una amplia visión del mundo e intereses variados. Y el hecho de que ocupes una posición de autoridad y lleves un arma puede resultarle atractivo a una mujer desde una perspectiva visceral.

Sus ojos risueños la miraron por encima de la taza de café.

—Liz, eres distinta a todo el mundo.

—Ojalá no lo fuera.

—No. Eres una buena chica, increíblemente lista, valiente y compasiva…, y tú también tienes aficiones diversas. Yo no puedo abarcar tanta variedad. Ciencia, aplicación de la ley, salud y nutrición, música, literatura y ahora la cocina. ¿Quién sabe qué será lo siguiente?

—¿Me enseñarás a manejar una pistola?

John dejó la taza de café.

—¿Cómo se te ha ocurrido eso?

—Podría ser una de mis aficiones.

—Liz.

—Tengo pesadillas.

—Oh, cielo. —Puso una mano sobre la de ella—. Cuéntamelo.

—Sueño con aquella noche. Sé que es una reacción normal, y también de esperar.

—Eso no hace que resulte más fácil.

—No, no hace que resulte más fácil. —Bajó la mirada al libro de cocina, preguntándose si algún día su mundo volvería a ser tan simple como lo eran los ingredientes y medidas de una receta—. Y sueño que entro en la habitación y hago la rueda de reconocimiento. Solo que él me ve, Korotkii me ve. Sé que lo hace porque sonríe. Y se lleva la mano a la espalda, como hizo aquella noche. Y todo se mueve a cámara lenta cuando saca la pistola. Nadie reacciona. Me dispara a través del cristal.

—Él no te vio, Liz.

—Lo sé. Eso es racional y lógico. Pero se trata de miedo y agitación; temores y emociones subconscientes. Procuro no obsesionarme con ello e intento mantenerme ocupada.

—¿Por qué no llamo a tu madre?

—¿Para qué?

El sincero desconcierto de Liz hizo que John reprimiera una maldición.

—Sabes que tenemos un psicólogo a tu disposición. Nos dijiste que no querías hablar con uno, pero…

—Sigo sin querer hacerlo. ¿De qué va a servir? Comprendo lo que está pasando y por qué. Sé que es un proceso que mi mente tiene que atravesar. Pero Korotkii me mata, sabes. O en la casa porque en mis sueños me encuentra o en la rueda de

reconocimiento porque me ve a través del cristal. Temo que dé conmigo, que me vea y me mate. Y me siento impotente. No tengo poder ni ningún arma. No puedo defenderme. Y quiero hacerlo. No quiero sentirme impotente.

—¿Y crees que aprender a disparar te ayudará a sentir que tienes algo más de control, que eres menos vulnerable?

—Creo que es una respuesta.

—Entonces te enseñaré. —Sacó su arma, le quitó el cargador y lo dejó a un lado—. Esta es una Glock 19. Es un arma reglamentaria. Tiene quince balas en el cargador.

Elizabeth la cogió cuando él se la ofreció.

—Es de polímero. Lo he consultado.

—Por supuesto.

—No pesa tanto como creía. Pero no está cargada, así que eso le resta peso.

—Por ahora seguirá descargada. Vamos a hablar sobre seguridad.

Ella dirigió la vista hacia sus ojos.

—De acuerdo.

Después de algunas nociones básicas, hizo que Elizabeth se levantara y le enseñó a apuntar, a sujetarla. Y entonces llegó Terry.

—Por Dios bendito, John.

—No está cargada —se apresuró a decir Elizabeth.

—Repito; por Dios bendito.

—Danos un minuto, Liz.

—Oh. Está bien. —Con mayor desgana de lo que había imaginado, le devolvió el arma a John—. Estaré en mi cuarto.

—¿En qué coño estás pensando? —exigió Terry en cuanto Elizabeth salió.

—Quiere aprender a manejar una pistola.

—Bueno, y yo quiero a George Clooney desnudo en mi cama, pero no he intentado secuestrarle. Aún.

—Tiene pesadillas, Terry.

—Mierda. —Terry abrió la nevera de golpe y sacó una Coca-Cola —. Lo siento, John, todo esto es una mierda para esa cría. Pero dejar que maneje tu arma de servicio no es la respuesta.

—Ella cree que sí. No quiere sentirse impotente. ¿Quién puede

culparla? Podemos pasarnos el día entero diciéndole que está a salvo, que la protegeremos, pero sigue estando desvalida. No se trata simplemente de lo que le decimos, sino también de lo que ella siente.

—Eso ya lo sé, John. Lo sé. Entiendo que está asustada y que tiene que estar muerta de aburrimiento. En realidad eso no podemos cambiarlo.

—Su vida jamás volverá a ser la misma, Terry, y eso tampoco podemos olvidarlo. No podemos obviar que no es tan solo la testigo, es una adolescente. Si aprender a manejar un arma de forma segura le ayuda, entonces me ocuparé de que lo haga. Porque lo menos que se merece es una noche de sueño como es debido.

—Mierda —repitió Terry—. Vale, lo pillo. Sí. Pero…

—¿Pero?

—Estoy pensando.

—Bien, tú sigue dándole al coco. Yo voy a probar con el argumento que te funcionó a ti con el jefe. Quiero autorización para llevarla a la galería de tiro.

—Frota la lámpara mágica ya que estás. A lo mejor eso ayuda.

John se limitó a sonreír y, sacando su móvil, se fue a la habitación contigua.

Terry exhaló un suspiro. Después de reflexionar durante un momento, sacó otra Coca-Cola y subió al dormitorio de Elizabeth. Al llegar llamó a la puerta.

—Entra.

—Jugar con pistolas siempre me da sed. —Terry se acercó a la cama, donde estaba sentada Elizabeth, y le ofreció el refresco.

—Espero que no estés enfadada con John. Ha sido culpa mía.

—No estoy enfadada. —Terry se sentó a su lado—. Me ha pillado por sorpresa, eso es todo. John me ha dicho que estás teniendo pesadillas. Que sientes miedo. Puedo decirte que no temas, pero lo cierto es que, en tu lugar, me pasaría lo mismo.

—No pude hacer nada. En las pesadillas tampoco puedo hacer nada, así que me mata a mí también. Quiero aprender a cuidar de mí misma. Vosotros no vais a estar siempre aquí. Ni John ni tú, ni Bill ni Lynda. Ni quienquiera que envíen. Algún día no estaréis a mi lado y he de saber que puedo cuidarme sola. Mi madre no vendrá

conmigo.

—No sabes…

—Sí lo sé —replicó con calma, sin emoción, sorprendida de sentirse calmada e insensible—. Cuando llegue el momento en que me reubiquéis y me deis una nueva identidad, ella no vendrá conmigo. Su vida está aquí, su carrera está aquí. Pronto cumpliré diecisiete. Puedo solicitar la emancipación si es necesario. La conseguiría. Cuando cumpla los dieciocho tendré algo de dinero de mi fondo fiduciario. Y más cuando cumpla los veintiuno. Puedo estudiar y puedo trabajar. Y ahora ya sé cocinar un poco. Pero no puedo defenderme sola si algo sucede.

—Eres lo bastante lista como para haber investigado un poco sobre el programa. No hemos perdido a ningún testigo que haya seguido las directrices de seguridad.

—He seguido las directrices de otra persona durante toda mi vida, así que estoy acostumbrada a eso.

—Oh, Liz. Joder.

—Me he puesto en plan pasivo-agresivo —declaró Elizabeth con un suspiro—. Lo siento. Pero el caso es que jamás dejarán de buscarme. Creen en la venganza y en el resarcimiento. Sé que haréis cuanto esté en vuestras manos para impedir que den conmigo, pero tengo que saber que, si ocurriera lo peor, si me encontraran, puedo defenderme.

—Hay otras formas de defenderse aparte de con una pistola.

—Y sin embargo tú llevas una.

—Dos. —Terry se palmeó el tobillo—. Arma de refuerzo autorizada. Si quieres aprender a disparar, John es tu hombre. Pero hay más formas. Yo podría enseñarte algo de defensa personal. Combate cuerpo a cuerpo.

Intrigada, Elizabeth se echó hacia atrás.

—¿Aprender a luchar de verdad?

—Estaba pensando más bien en movimientos defensivos, pero sí, aprender a luchar.

—Me encantaría. Soy buena alumna.

—Eso ya lo veremos.

John se detuvo ante la puerta abierta.

—A las cinco de la madrugada. Estate preparada. Tenemos

permiso para utilizar la galería de tiro.

—Gracias. Muchísimas gracias.

—¿Terry?

—A las cinco. Joder. Me apunto.

***

Tres veces por semana, antes de que saliera el sol, John la llevaba a la galería de tiro en el sótano. Se acostumbró a la sensación de la pistola en las manos, a la forma, el peso y el retroceso. Él le enseñó a apuntar al cuerpo, a agrupar los disparos, a recargar.

Cuando se enteró de que el juicio se había pospuesto, desahogó su frustración en la galería.

En días alternos, Terry le enseñaba defensa personal. Aprendió a utilizar el peso y el equilibrio de su oponente en su favor, a zafarse, a dar un puñetazo impulsando toda la fuerza desde el hombro.

Seguía teniendo pesadillas, pero no todas las noches. Y en ellas a veces ganaba.

Cuando pasó el primer mes, su antigua vida parecía menos suya. Vivía en la austera casa de dos plantas con la alta verja de seguridad y dormía cada noche con una pareja de marshal montando guardia.

Lynda le prestaba novelas románticas, de misterio y de terror de su colección personal. Cuando el verano estaba en su punto álgido en el mes de agosto, Lynda le cortó el pelo otra vez, con considerable más maña, y le enseñó a retocarse las raíces. Durante las largas y tranquilas tardes, Bill le explicó cómo jugar al póquer.

Y el tiempo pasó lentamente, como la eternidad.

—Me gustaría tener algo de dinero —le dijo a John.

—¿Necesitas un préstamo, niña?

—No, pero gracias. Quisiera mi propio dinero. Tengo una cuenta de ahorros y quiero sacar algo.

—Llevarte al banco entrañaría un riesgo innecesario. Si necesitas algo, te lo traeremos nosotros.

—Mi madre podría sacarlo. Es como lo de disparar. Es por seguridad. —Lo había pensado muy bien. Había tenido tiempo para

reflexionar con detenimiento—. Cuando por fin testifique y me reubiquéis, creo que todo sucederá muy rápido. Me gustaría disponer de dinero, de mi propio dinero, cuando eso pase. Quiero saber que puedo comprar lo que necesite y no sentirme obligada a pedir.

—¿Qué cantidad tienes en mente?

—Cinco mil.

—Eso es mucho dinero, Liz.

—No tanto. Voy a necesitar un ordenador nuevo y otras cosas. Quiero pensar en el mañana en vez de en el presente. Hoy sigue siendo hoy.

—Es frustrante tener que esperar, lo sé.

—Lo retrasarán tanto como puedan, con la esperanza de encontrarme. Con la esperanza de que pierda el valor. Pero no pueden aplazarlo de forma indefinida. He de pensar en el resto de mi vida. Dondequiera que esté, quienquiera que sea. Quiero volver a la universidad. Tengo un fondo para la universidad que habría que transferir. Pero hay otros gastos.

—Deja que vea qué puedo hacer.

Elizabeth sonrió.

—Me gusta cuando dices eso. Con mi madre siempre es sí o no. Raras veces, si acaso alguna vez, dice quizá, porque no es concluyente. Tú dices que verás lo que puedes hacer, que no es un quizá ni tampoco indica indecisión. Significa que harás algo al respecto. Que lo intentarás. Es mucho mejor que un no y casi tan bueno como un sí.

—En fin. —Vaciló un instante—. Nunca mencionas a tu padre. Sé que no forma parte de tu vida, pero dadas las circunstancias…

—No sé quién es. Fue un donante.

—¿Un donante?

—Sí. Cuando mi madre decidió tener un hijo, vivir esa experiencia, investigó a numerosos donantes, sopesando sus capacidades. Atributos físicos, historial médico, familiar e intelectual, etcétera. Seleccionó al mejor candidato y lo organizó para que la inseminaran. —Hizo una pausa bajando la vista a sus manos—. Ya sé lo que parece.

—¿De veras? —murmuró.

—Superé sus expectativas en el ámbito intelectual. Mi salud ha sido siempre excelente. Soy fuerte físicamente. Pero no ha sido capaz de establecer un vínculo conmigo. Esa parte del proceso falló. Siempre me ha procurado el mejor cuidado, la mejor nutrición, protección y educación posibles. Pero no ha podido quererme.

Aquello hizo que a John se le revolviera el estómago y se le encogiera el corazón.

—Ella es la fracasada.

—Sí, lo es. Y saber que su parte del proceso falló hace que le resulte muy difícil sentir o mostrar algún afecto hacia mí. Durante mucho tiempo pensé que la culpa era mía. Pero sé que eso no es cierto. Lo supe cuando me dejó. Me dejó porque podía, porque tomé una decisión que le permitió marcharse. Podía hacer que se sintiera orgullosa de mí, orgullosa de lo que ha logrado conmigo, pero nunca he podido hacer que me quiera.

John no pudo evitarlo. La atrajo hacia sí y le acarició el pelo hasta que ella exhaló un largo suspiro y se apoyó en él.

—Estarás bien, Liz.

—Quiero estarlo.

John miró a los ojos a Terry por encima de la cabeza de Liz y vio el brillo de las lágrimas y la pena reflejada en ellos. Pensó que era bueno que ella lo hubiese escuchado. Porque la chica tenía a dos personas que se preocupaban por ella y que harían lo que fuera necesario para asegurarse de que estuviera bien.

***

Sergei se reunió con su hermano y su sobrino, así como con Ilya y uno de sus brigadieres de más confianza. Los niños chapoteaban en la piscina bajo la atenta mirada de las mujeres mientras los demás se sentaban en torno a largas mesas de picnic, repletas de abundante comida. Había bebidas frías en grandes cubos de acero inoxidable con hielo. Algunos de los chicos más mayores jugaban en el césped a la petanca o al voleibol en tanto que su ruidosa música sonaba de manera incesante.

Pocas cosas complacían tanto a Sergei como una ruidosa y

multitudinaria fiesta con la familia y los amigos. Él se encargaba de la enorme barbacoa que su hija mayor y su yerno le habían regalado por su cumpleaños, agradeciendo aquella tradición estadounidense. Su Rolex de oro y el crucifijo que colgaba de su cuello relucían bajo el brutal sol veraniego; sobre la camisa y los pantalones de algodón llevaba un delantal de color rojo chillón que invitaba a todos a besar al cocinero.

Cuando el humo comenzó a salir de la parrilla le dio la vuelta a las gruesas hamburguesas, los perritos calientes y las largas brochetas de verduras marinadas en su adobo secreto.

—La madre va al hospital —dijo Misha, el sobrino de Sergei—. Pasa allí muchas horas al día, y a menudo se queda hasta la noche. Una vez por semana, más o menos, cena con el hombre con el que se acuesta. Cuatro veces por semana va al elegante gimnasio en el que tiene un entrenador personal. Va al salón de belleza a arreglarse el pelo y hacerse la manicura. Vive la vida como si no tuviera una hija.

Sergei se limitó a asentir mientras depositaba las brochetas en una fuente.

—He registrado su casa —agregó el brigadier—. Revisé su teléfono. Llamadas al hospital, a su novio, a otro médico, al salón para pedir cita. No hay ninguna a la policía ni a los Marshal ni al FBI.

—Debe de ver a la chica —insistió Mikhail. Era más orondo que su hermano, y anchos mechones canosos salpicaban su pelo—. Es la madre. —Echó un vistazo a la piscina, donde su esposa estaba sentada, riendo con su hija, mientras sus nietos jugaban en el agua.

—Creo que no están unidas. —Ilya tomó un trago de su cerveza.

—Una madre es una madre —insistió Mikhail—. Ella sabrá dónde está su hija.

—Podemos cogerla —sugirió Misha—. De camino al hospital. Podemos… persuadirla para que nos diga dónde está la chica.

—Si la madre es una madre no dirá nada. —Sergei comenzó a colocar las hamburguesas en otra fuente—. Morirá antes de hablar. Si no es una madre, y mi información es que no lo es, puede que no lo sepa. Si la cogemos, trasladarán a la chica y pondrán más guardias. Así que vigilemos a la madre que no es tal madre.

—En la casa —intervino el brigadier— no hay nada de la hija fuera de su dormitorio. Y allí tampoco hay mucho. Lo que hay está empaquetado en cajas. Como en un almacén.

—Ya lo veis. —Sergei asintió—. Yo tengo un método diferente que pondrá fin a esto sin dejar ningún rastro. Dile a Yakov que tenga paciencia un poco más de tiempo, Misha. La próxima vez que demos una fiesta será para celebrar su regreso. Pero ahora… —dijo levantando la fuente repleta de hamburguesas y perritos calientes— vamos a comer.

***

Mientras el verano parecía no terminar nunca, Elizabeth recordó que si estuviera en casa muy probablemente se habría dado por vencida y estaría soportando el programa de verano en el hospital. Por lo demás, no habría hecho nada diferente de lo que hacía en la actualidad.

Estudiar, leer. Salvo que en esos momentos escuchaba música y veía películas en DVD o en la televisión. Gracias a las reposiciones de *Buffy cazavampiros* creía que había comenzado a entender el argot contemporáneo.

Cuando pudiera regresar a la universidad podría saber más sobre el lenguaje, podría encajar mejor.

Para continuar con su búsqueda de seguridad siguió yendo a la galería de prácticas. Había aprendido defensa personal y a jugar al póquer.

Nada podía devolverle la vida a Julie, y pensar en «qué hubiera pasado si» era un proceso inútil. Lo más lógico era examinar las ventajas de su reclusión veraniega.

Jamás sería cirujana.

En algún momento asumiría una nueva identidad, una nueva vida, y encontraría el modo de aprovecharla al máximo. Podría estudiar lo que quisiera. Tenía el presentimiento de que unirse al FBI ya no era una opción, pero no lo había preguntado. Tal vez fuera una tontería, pero no conocer una respuesta definitiva le dejaba un resquicio de esperanza.

Aceptó la rutina, se habituó a ella.

Su cumpleaños no cambió sus costumbres. Solo significaba que ese día cumplía diecisiete. Ni se sentía ni parecía diferente. Ese año no habría cena de cumpleaños —entrecot con verduras asadas, seguidas de tarta de zanahoria— ni la más remota posibilidad de recibir el coche que su madre le había prometido. Supeditado a sus logros académicos y deportivos, desde luego.

Simplemente era otro día más; un día menos para su comparecencia en el tribunal y lo que consideraba la libertad.

Dado que ni Terry ni John habían mencionado su cumpleaños, asumió que lo habían olvidado. A fin de cuentas, ¿por qué tendrían que acordarse? Se regaló a sí misma un día sin estudios y decidió que prepararía una cena especial, sin entrecot, a modo de celebración personal.

Estaba lloviendo a mares. Se dijo que aquello hacía que la cocina resultara más acogedora. Contempló la posibilidad de preparar una tarta, pero aquello resultaba egoísta. Y aún no había probado suerte con el horno. Hacer espaguetis con albóndigas partiendo de cero ya le parecía suficiente desafío.

—Dios mío, huele de fábula. —Terry se detuvo en el centro de la cocina e inspiró hondo—. Casi haces que me piense lo de aprender a cocinar otra cosa que no sea macarrones con queso.

—Me gusta cocinar, sobre todo cuando es algo nuevo. Nunca he hecho albóndigas. Es divertido.

—Cada uno se divierte como quiere.

—Puedo ponerte un poco de salsa y albóndigas en un recipiente para que te lo lleves a casa. Solo tendrías que añadir la pasta. He preparado mucha comida.

—Bueno, Lynda ha llamado para decir que está enferma, así que tendrás a Bill y a Steve Keegan. Seguro que se pondrán las botas.

—Oh. Siento que Lynda no se encuentre bien. —Rutina, pensó Elizabeth. Siempre se sobresaltaba cuando esta cambiaba—. ¿Conoces al marshal Keegan?

—En realidad no. John le conoce un poco. Lleva cinco años en el cuerpo, Liz. No te preocupes.

—No lo haré. Lo que sucede es que tardo un poco en acostumbrarme a la gente nueva, supongo. Da igual. Después de

cenar voy a leer y seguramente me acostaré pronto.

—¿El día de tu cumpleaños?

—Oh. —Elizabeth se sonrojó un poco—. No estaba segura de que lo supieras.

—Aquí no tienes secretos. —Riendo, Terry se acercó para oler de nuevo la salsa—. Comprendo que te guste leer, pero ¿no se te ocurre nada más divertido que hacer en tu cumpleaños?

—En realidad no.

—Pues entonces necesitas ayuda. —Le dio una palmadita en el hombro antes de salir.

Leer era divertido, se dijo Elizabeth. Miró la hora que era y reparó en que el cambio de turno se produciría pronto. La salsa podría hervir a fuego lento hasta que Bill y el nuevo marshal quisieran cenar, pero había hecho mucha comida, así que prepararía dos recipientes para John y para Terry.

Como un regalo de cumpleaños al revés, decidió.

—Ha llegado la ayuda.

Elizabeth, con el brazo estirado para coger unos recipientes con tapa de un armario alto, se dio la vuelta.

Terry estaba allí de pie, con una amplia sonrisa en la cara y una caja envuelta en papel rosa brillante con un gran lazo blanco. A su lado, John sujetaba una pequeña bolsa de regalo con una blanca caja de pastelería.

—Me habéis… me habéis traído regalos.

—Claro que te hemos traído regalos. Es tu cumpleaños. Y tenemos tarta.

—Tarta.

John dejó la caja sobre la mesa y levantó la tapa.

—Bizcocho relleno de chocolate y recubierto de crema de mantequilla.

—La he elegido yo —añadió Terry con orgullo—. Felicidades, Liz.

—Gracias. —En la tarta ponía lo mismo, en elegantes letras rosas. Tenía capullos rosados y hojas verde claro—. No es tarta de zanahoria —murmuró.

—Mi religión me prohíbe cualquier dulce hecho con verduras —le dijo Terry.

—Está muy buena, de verdad. De hecho esta tiene mucha mejor pinta. Esta parece… una tarta de cumpleaños de verdad. Es preciosa.

—Tendremos que hacer hueco para la tarta y el helado —repuso John—. Después de esta cena tan especial. Íbamos a traer pizza, pero empezaste con esas albóndigas, así que nos adaptamos.

Todo se iluminó, como si el sol atravesara la torrencial lluvia.

—Vais a quedaros.

—Te repito que es tu cumpleaños. De ningún modo voy a perderme el helado y la tarta. Esperaremos a los demás para cenar, pero creo que deberías abrir los regalos ya.

—¿De verdad? ¿Está bien que lo haga?

—Es evidente que el genio no comprende el poder del cumpleaños. Toma. —Terry le puso la caja en las manos a Elizabeth—. Abre el mío. Me muero por ver si te gusta.

—Ya me gusta. —Y comenzó a despegar la cinta con mucho cuidado.

—Lo sabía. Es una de esas —explicó Terry— que tarda diez minutos en abrir un regalo en vez de rasgar el papel.

—El papel es muy bonito. No esperaba nada.

—Deberías… —replicó John—. Deberías empezar a esperar cosas.

—Es la mejor sorpresa. —Después de doblar el papel, Elizabeth abrió la tapa. Sacó la fina chaqueta de punto con volantitos en la parte delantera y diminutas violetas repartidas por la prenda—. Es preciosa. Oh, hay una camiseta a juego.

—No es el conjunto típico de tu madre —declaró Terry—. Puedes ponértelo con vaqueros o con una falda. Está hecho para ti.

Nadie le había dicho nunca que estaba hecha para llevar volantes y violetas.

—Me encanta. Me encanta de verdad. Muchísimas gracias.

—Mi turno. He tenido un poco de ayuda para elegirlo. Así que si no te gusta, échale la culpa a mi esposa.

—¿Ella te ha ayudado? Qué amable. Tienes que darle las gracias de mi parte.

—A lo mejor deberías ver primero qué es.

Nerviosa y emocionada, hurgó dentro del papel de seda para

coger la pequeña cajita. Los pendientes eran un trío de finas gotas de plata unidas por una diminuta perla.

—Oh, son maravillosos. Son preciosos.

—Sé que siempre llevas esas bolitas de oro, pero Maddie pensó que tal vez te gustaran estos.

—Me gustan. Me encantan. Solo tengo las bolitas de oro. Me perforé las orejas el día antes de… el día de antes. Estos son mis primeros pendientes de verdad.

—Feliz diecisiete cumpleaños, Liz.

—Venga, pruébatelos —le ordenó Terry—. Sabes que te mueres de ganas.

—Sí que es verdad. ¿Os parece bien?

—El poder del cumpleaños. Adelante.

—Gracias. —Presa de la emoción, envolvió a Terry en un abrazo —. Muchas, muchas gracias. —Luego hizo lo mismo con John—. Soy feliz. Tengo diecisiete y soy feliz. —Agarró sus regalos y corrió hacia las escaleras.

—Es un éxito. —Terry exhaló un largo suspiro—. Nos ha abrazado y ella nunca da abrazos.

—Nunca los ha recibido. Le he proporcionado a su madre un número de una línea segura… otra vez. Le he dicho que íbamos a comprar una tarta para Liz por su cumpleaños y que lo organizaríamos para traerla aquí. Ha declinado. De forma educada.

—Una puta educada sigue siendo una puta. Me alegraré cuando esto haya terminado para Liz, lo sabes. Y para nosotros. Pero voy a echar de menos a esa chica.

—Yo también. Voy a telefonear a Maddie para decirle que a Liz le han gustado los pendientes. —Echó un vistazo al reloj—. Luego llamaré para comprobar la hora de llegada de Cosgrove y Keegan. Espero que me digan que ya están de camino.

—Yo pondré la mesa y veré si puedo adornarla para que parezca una celebración.

Sacó platos y cubiertos y pensó en unas flores.

—Oye, John. —Siguiendo un impulso, fue hacia el salón—. Comprueba si Cosgrove puede hacer una parada para comprar unas flores. Vamos a hacerlo bien.

Él asintió con aire distraído y continuó hablando con su esposa.

—Sí, le han encantado. Está arriba, probándoselos. Oye, ponme a los niños. Es probable que no pueda llegar a casa hasta después de que se hayan ido a dormir.

Terry regresó a la cocina, pensando que debería probar un poco de esa salsa de tomate, solo para asegurarse de que estaba pasable. John la llamó cuando se disponía a coger una cuchara.

—Ya llegan.

—Recibido. —Con una mano en el arma a causa de la costumbre, Terry fue a la puerta del garaje y esperó la señal. Tres golpes rápidos y tres pausados.

—Llegáis a tiempo para un banquete. Tenemos…

Bill entró como un rayo.

—Puede que tengamos problemas. ¿Dónde está John?

—En el comedor. ¿Qué…?

—Bill cree haber visto un coche que nos seguía —repuso Keegan —. ¿Dónde está la testigo?

—Está… —Algo iba mal. Algo no encajaba—. ¿Habéis informado? —preguntó Terry, y sacó su teléfono.

Casi esquivó el primer golpe, de modo que le rozó la sien. La sangre se le metió en el ojo cuando fue a por su arma y gritó a John:

—¡Fallo de seguridad!

La culata de la pistola de Keegan la golpeó con brutalidad en la nuca. Terry perdió el conocimiento, volcando una silla con un estrépito sobre las baldosas.

Con el arma desenfundada, John se pegó a la pared del comedor. Tenía que llegar a las escaleras, tenía que llegar hasta Liz.

—No le dispares —dijo Keegan en voz baja mientras enfundaba su pistola y cogía la de Terry—. Recuerda que no queremos que tenga ningún agujero.

Bill asintió.

—Le tengo, John. Tengo al cabrón. ¡Terry ha caído! ¡Ha caído! Keegan está informando. Asegura a la testigo.

John oyó la voz de Keegan por encima del tamborileo de la lluvia, comunicando la situación con rapidez.

Y escuchó el crujido de un tablón del suelo.

Salió con el arma levantada. Vio que Bill avanzaba hacia él, vio

sus ojos.

—Baja la pistola. ¡Bájala!

—¡Terry ha caído! Van a intentarlo por delante.

—¡Baja la pistola, ahora!

John vio que Bill miraba hacia la izquierda. Dio media vuelta y propinó un codazo hacia atrás con fuerza antes de que Keegan pudiera asestarle un golpe. Cosgrove disparó cuando John se lanzó a la derecha. La bala le alcanzó en el costado; quemaba como si le hubieran marcado a fuego. Devolvió el disparo pensando en Elizabeth y corrió hacia las escaleras. Otra bala le perforó la pierna, pero no aminoró el paso. Vislumbró a Keegan colocándose en posición al tiempo que disparaba.

Y un tercer impacto le alcanzó en el vientre.

Se le nubló la vista, pero de algún modo siguió avanzando. Divisó a Elizabeth, que salió corriendo de su dormitorio.

—Entra. ¡Vuelve dentro!

Caminó dando tumbos, empujó a Elizabeth dentro y echó el pestillo antes de caer de rodillas.

—Oh, Dios mío. —Ella cogió la camisa que acababa de quitarse y la utilizó para presionarla contra su abdomen.

—Son Cosgrove y Keegan.

—Son marshal.

—Alguien ha llegado hasta ellos. —Rechinando los dientes, se atrevió a echar un vistazo a la herida del vientre y sintió que se mareaba—. Oh, joder. Puede que estuvieran sucios desde el principio. Terry ha caído. Es posible que esté muerta.

—No.

—Saben que estoy aquí contigo, que dispararé a cualquiera que intente cruzar la puerta. —Mientras pudiera sujetar un arma—. Pero saben que me han alcanzado. —La cogió de la muñeca con la mano izquierda—. Es grave, Liz.

—Te pondrás bien. —Pero no podía parar la hemorragia. Su camisa estaba empapada y la sangre no dejaba de manar, como una riada—. Llamaremos pidiendo ayuda.

—He perdido el teléfono. Keegan tiene contactos…, está bien relacionado en el cuerpo. Se mueve rápido. No sé quién más podría estar implicado. No puedo saberlo. No es seguro, Liz. No es seguro.

—Tienes que estarte quieto. He de parar la hemorragia.

Presiona, se dijo. Presiona más.

—Deberían haberme atacado. Planean otra cosa. No es seguro. Escucha. Escucha. —Sus dedos se le clavaron en la muñeca—. Tienes que salir. Por la ventana. Baja, salta. Pero vete. Corre. Escóndete.

—No voy a abandonarte.

—Vas a marcharte. Coge tu dinero. No puedes confiar en la policía, ahora no. Hay más implicados. Tiene que haberlos. Coge tu dinero, lo que necesites. Rápido. Joder. ¡Muévete!

Elizabeth lo hizo para evitar que se alterara. Pero no iba a dejarle.

Metió el dinero en una bolsa, algo de ropa al azar y su ordenador portátil.

—Ya está. No te preocupes —le dijo—. Vendrá alguien.

—No, no lo harán. Tengo un disparo en las tripas, Liz, he perdido mucha sangre. No voy a salir de esta. No puedo protegerte. Tienes que huir. Coge mi arma de refuerzo, en la funda del tobillo. Cógela. Si uno de ellos te ve, si va a por ti, úsala.

—No me pidas que te abandone. Por favor, por favor. —Apretó la cara contra la de él. Estaba muy frío. Demasiado frío.

—No te lo pido. Te lo ordeno. Es mi trabajo. No me conviertas en un fracasado. Vete. Vete ya.

—Conseguiré ayuda.

—Corre. No te detengas. No mires atrás. Sal por la ventana. Ahora. —John esperó hasta que ella lo hizo—. Cuenta hasta tres —le ordenó mientras se arrastraba hasta la puerta—. Luego vete. Yo los mantendré alejados de ti.

—John.

—Haz que me sienta orgulloso, Liz. Cuenta.

Ella contó y se deslizó fuera. Se agarró a la tubería mientras la lluvia le azotaba la cara. No sabía si aguantaría su peso, aunque no creía que importara. Entonces oyó los disparos y se descolgó por ella como si fuera un mono.

Consigue ayuda, se dijo, y comenzó a correr.

Se había alejado menos de cincuenta metros cuando la casa explotó a su espalda.

BROOKS

Esto sobre todo: sé fiel a ti mismo, y a eso seguirá, como la noche al día, que no podrás ser entonces falso para nadie.

William Shakespeare

7

Arkansas, 2012

A veces ser el jefe de policía de una pequeña localidad enclavada en los Ozarks, como un gato dormido en el pliegue de un codo, era un asco.

Como, por ejemplo, tener que arrestar a un tipo con el que jugabas al fútbol en el instituto porque al crecer se convirtió en un gilipollas. Si bien Brooks consideraba que ser un gilipollas era un derecho divino más que un delito, Tybal Crew estaba en esos momentos durmiendo la mona tras haberse tomado demasiados tragos de Rebel Yell.

Brooks consideraba que pasarse con el whisky era, en ocasiones, otro derecho divino. Pero cuando ese exceso causaba de forma invariable que un hombre llegara tambaleándose a casa y le propinara a su esposa un par de buenos puñetazos en la cara, traspasaba la línea y pasaba a ser un delito.

Y era una mierda. Una auténtica mierda.

Y más mierda aún, tan seguro como que las margaritas florecían en primavera, era que Missy Crew, la antigua capitana del equipo de animadoras del instituto Bickford, entrara corriendo en la comisaría antes del mediodía afirmando que Ty no la había atizado, no, señor. Que se había golpeado con una puerta, con una pared, o se había tropezado en las escaleras.

Ni la charla, la comprensión, la irritación, el encanto o las amenazas la persuadían a ella, ni a él, de que necesitaban ayuda. Se besaban y hacían las paces como si Ty hubiera estado en la guerra durante un año, y seguramente se iban a casa a follar como conejos.

Al cabo de una semana o dos Ty le echaba el guante a otra

botella de Rebel Yell y todo empezaba otra vez.

Brooks estaba sentado en su reservado preferido del Emporio del Café de Lindy, dándole vueltas a la situación mientras se tomaba el desayuno.

Nadie preparaba los huevos fritos con beicon y patatas fritas como Lindy, pero ni la grasa ni el crujir del beicon sirvieron para levantarle el ánimo.

Había regresado a Bickford hacía seis meses para ocupar el puesto de jefe de policía tras el infarto que había sufrido su padre. Loren Gleason, que había intentado enseñar a Ty y a casi todos los demás estudiantes los misterios del álgebra, se recuperó. Y con la dieta y el ejercicio que la madre de Brooks le había impuesto al pobrecillo, estaba más sano de lo que sin duda había estado en toda su vida.

Pero, de todos modos, el incidente había dejado conmocionado a Brooks y le había hecho añorar su hogar. Así que después de diez años en Little Rock, de diez años en el Departamento de Policía de Little Rock, los cinco últimos como detective, había presentado su dimisión y ocupado el puesto de jefe de policía, que había quedado vacante hacía poco.

Generalmente era estupendo estar en casa. No había sido consciente de lo mucho que lo había echado de menos hasta que había regresado para quedarse. Se le pasó por la cabeza que lo más seguro era que dijera lo mismo sobre Little Rock si volvía algún día, pero por el momento Bickford le sentaba bien. Genial.

Aun cuando el trabajo era un asco.

Le gustaba desayunar una o dos veces a la semana en la cafetería de Lindy, le gustaba la vista de las montañas al otro lado de la ventana de su despacho y la rutina del trabajo. Le gustaba el pueblo, los artistas, los alfareros, los tejedores, los músicos; los que hacían yoga, los videntes y todas las tiendas, los restaurantes y las tabernas que atraían a los turistas para que probaran sus mercancías.

Los hippies habían llegado y se habían asentado en los sesenta; sabía Dios por qué su madre, que había cambiado su nombre, Mary Ellen, por el de Sunshine y aún atendía por Sunny, había llegado dando tumbos desde Pennsylvania una década más tarde. Y de ese

modo Sunshine había conquistado, o corrompido, dependiendo de quién contara la historia, a un joven profesor de matemáticas de primer curso.

Habían intercambiado sus votos personales a la orilla del río y se habían instalado en una casa. Algunos años y dos hijos después, Sunny había cedido a la suave aunque persistente presión que solo su padre sabía ejercer y habían legalizado su situación.

A Brooks le gustaba hacer rabiar a sus hermanas con que era el único Gleason que había nacido dentro del matrimonio. Ellas replicaban que también era el único Gleason que tenía que ir armado para desempeñar su trabajo.

Se recostó en la silla con su café, para empezar el día poco a poco mientras observaba el trajín al otro lado de la ventana.

Aunque era demasiado temprano para que la mayoría de las tiendas estuvieran abiertas, el Jardín de las Verduras tenía el cartel de abierto. Procuraba comprar en los distintos establecimientos, de modo que pasaba a por sopa de vez en cuando, si bien era un carnívoro redomado y no le encontraba el sentido a algo como el tofu disfrazado de carne.

La panadería, bueno, estaba haciendo negocio. Y el Cup O’Joe sin duda tenía el mostrador a reventar. Febrero apenas había dado paso a marzo, pero los turistas del norte a menudo bajaban a primeros de año para escapar de lo más crudo del invierno. Los perales de flor mostraban sus capullos. Dentro de una semana se abrirían. Los narcisos abarrotaban las aceras, amarillos como barras de mantequilla.

La camioneta de Sid Firehawk pasó con un petardeo estruendoso. Tras exhalar un suspiro, Brooks tomó nota mental de advertirle a Sid que reemplazara el maldito silenciador.

Borrachos que pegaban a sus mujeres y contaminadores acústicos, pensó Brooks. Distaba mucho de la División de Robo y Homicidios. Pero en general le iba bien. Incluso cuando era una mierda.

Y cuando no lo era, concluyó, enderezándose en su asiento para obtener una mejor panorámica.

En su fuero interno podía reconocer que había ocupado aquel asiento temprano por si acaso ella bajaba a la ciudad.

Abigail Lowery, la del cabello castaño intenso, el culo estupendo y un aire de misterio. Unos ojos verdes felinos preciosos, pensó, aunque casi siempre los ocultaba detrás de unas gafas de sol.

Abigail caminaba con paso decidido. Nunca paseaba, deambulaba ni erraba. Solo iba a la ciudad cada dos semanas y compraba provisiones. Siempre a primera hora, pero nunca el mismo día. En raras ocasiones entraba en una de las otras tiendas y solía hacerlo todo con rapidez.

Le gustaba eso de ella. La resolución, la celeridad. Creía que había más cosas de ella que podrían gustarle, pero se mostraba reservada hasta el punto de que un ermitaño parecería una criatura de sociedad.

Conducía un enorme todoterreno negro, aunque, que él supiera, no salía mucho.

Por lo que tenía entendido, se quedaba en sus tierras, preciosas y limpias como la patena, según los tipos de FedEx y UPS a los que había sonsacado información de manera sutil.

Sabía que en primavera plantaba un huerto y un jardín de flores, que tenía su propio invernadero y un gigantesco bullmastiff pinto al que llamaba Bert.

Era soltera, o al menos no vivía nadie con ella salvo Bert, y no llevaba alianza. Los mensajeros la tenían por educada y generosa, pues les daba propina en Navidad, aunque se mostraba distante.

La mayoría de los vecinos del lugar la calificaban de rara.

—¿Te la lleno? —preguntó Kim, la camarera, enseñándole la jarra de café.

—No te diré que no, gracias.

—Debe de estar funcionando. Al entrar parecías más cabreado que el pitufo gruñón y ahora eres todo sonrisas. —Le dio una palmadita en la mejilla.

Kim tenía un aire maternal, lo que hizo que su sonrisa se ensanchara, ya que apenas tenía cinco años más que él.

—Hace funcionar el motor.

—Yo diría que ella es quien lo hace funcionar. —Kim alzó la barbilla en dirección a Abigail, que entraba en el comercio situado en la esquina próxima—. Es guapa, eso lo ve cualquiera, pero es una extraña. Lleva casi un año viviendo en la ciudad y jamás ha

puesto un pie ni aquí ni en ninguno de los otros restaurantes. Tampoco ha visitado las tiendas y negocios. Casi todo lo pide por internet.

—Eso he oído.

—No tengo nada en contra de las compras por internet. Yo misma lo hago. Pero tenemos mucho que ofrecer aquí mismo. Y apenas habla. Siempre es amable cuando lo hace, pero apenas dice una palabra. Se pasa casi cada minuto del día allí arriba, en su casa. Sola.

—Callada, educada y reservada. Debe de ser una asesina en serie.

—Brooks. —Kim profirió un bufido y se fue a la siguiente mesa, meneando la cabeza.

Brooks se echó un poco de azúcar en el café y lo removió de forma perezosa, con la vista clavada en la tienda. No había razón para que no pudiera acercarse, se dijo. Podía pasarse sin prisas, tal vez comprar unas latas de Coca-Cola para la comisaría o… ya se le ocurriría algo.

Levantó la cadera para coger su cartera y sacó unos billetes. Acto seguido se levantó.

—Gracias, Kim. Hasta luego, Lindy.

El hombre delgaducho con la trenza gris hasta el culo profirió un gruñido y agitó su paleta.

Salió a la calle. Tenía la altura de su padre, y habida cuenta del régimen posterior al infarto de Loren, compartían la misma constitución larguirucha. Su madre afirmaba que su cabello negro como el carbón se debía al bravo algonquino que capturó a su tataratatarabuela, y posiblemente otro tatara más, y la convirtió en su esposa.

Pero claro, a menudo su madre no decía más que tonterías, y por lo general a propósito. Sus cambiantes ojos avellana podían pasar de un color verdoso al ámbar o mostrar motas azules. Su nariz estaba un poco desviada a la izquierda, resultado de una bola rasa en la tercera base, un mal salto y un fallo de coordinación. Si alguna mujer le preguntaba, a veces le decía que se lo debía a una pelea a puñetazos.

A veces también él decía tonterías, como su madre.

El lujoso mercado vendía comida sofisticada a precios exorbitantes. Le gustaba el olor de las hierbas frescas, los intensos colores de los productos, el brillo de las botellas llenas de aceites especiales, incluso el brillo de los útiles de cocina que no tendría ni idea de cómo utilizar.

En su opinión, un hombre podía apañárselas de maravilla con un par de buenos cuchillos, una paleta y una espumadera. Todo lo demás solo era para fardar.

En cualquier caso, cuando necesitaba comprar comida, una tarea que detestaba tanto como el raticida, frecuentaba el Piggly Wiggly.

Fue sencillo localizarla mientras estaba eligiendo una botella de aceite caro, seguida de uno de esos extraños vinagres.

Y aunque no fue tan fácil de detectar, se percató de que llevaba un arma bajo la chaqueta con capucha.

Continuó por el corto pasillo mientras pensaba.

—Señorita Lowery.

Ella volvió la cabeza, y Brooks tuvo una buena vista de sus ojos por primera vez. Grandes y verdes, como el musgo que crecía en las sombras de un bosque.

—Sí.

—Soy Brooks Gleason. Soy el jefe de policía.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué no deja que le lleve esa cesta? Debe de pesar.

—No, gracias. Yo puedo.

—Nunca he podido imaginar qué hace la gente con esas cosas. Vinagre de frambuesa —agregó dando un golpecito a la botella de su cesta—. No me parece una combinación viable. —Al ver la mirada impertérrita de ella, Brooks probó suerte con una de sus mejores sonrisas—. Frambuesas, vinagre. En mi cabeza no casan. ¿A quién se le ocurren estas cosas?

—A la gente que cocina. Si me disculpa, yo…

—Yo soy hombre de filete a la brasa.

—Entonces no necesita vinagre de frambuesa. Discúlpeme. Tengo que pagar la cuenta.

Si bien según su experiencia aquella sonrisa solía cambiar las tornas con una mujer, se negaba a dejarse llevar por el desánimo. Se limitó a caminar con ella hasta el mostrador.

—¿Qué tal le va en la casa del viejo Skeeter?

—Muy bien, gracias.

Sacó una delgada cartera de un compartimento cerrado con cremallera de su bolso, ladeándola para que él no pudiera echar un vistazo, se percató Brooks.

—Yo crecí aquí y me mudé a Little Rock durante una temporada. Regresé unos seis meses después de que usted llegara. ¿Qué le trajo a Bickford?

—Mi coche —replicó, y consiguió que el empleado reprimiera una carcajada.

Tenía una cáscara dura, pero había partido nueces más fuertes aún, dijo para sus adentros.

—Un coche bonito, además. Me refería a qué le trajo a esta parte de los Ozarks.

Ella sacó el dinero y se lo entregó al empleado cuando este le dijo cuánto era el total.

—Me gusta la topografía. Me gusta la tranquilidad.

—¿No se siente sola allí?

—Me gusta la tranquilidad —repitió, y cogió el cambio.

Brooks se apoyó en el mostrador. Ella estaba nerviosa, podía notarlo. No lo dejaba entrever, ni en su cara ni en sus ojos ni en su lenguaje corporal. Pero él podía sentirlo.

—¿Qué hace allí?

—Vivir. Gracias —le dijo al empleado cuando este hubo metido la compra en la bolsa que ella había llevado consigo.

—De nada, señorita Lowery. Hasta la próxima.

Ella se cargó la bolsa al hombro, se puso las gafas de sol y salió sin decir nada más.

—No le gusta conversar demasiado, ¿verdad? —comentó Brooks.

—No. Es muy educada, pero no habla mucho.

—¿Siempre paga en efectivo?

—Ah…, supongo que sí, ahora que lo menciona.

—Bien. Cuídese.

Brooks le dio vueltas a aquello de camino a su coche. Una cosa era la falta de destreza o de ganas de conversar. Pero el arma añadía un elemento nuevo.

Mucha gente que conocía llevaba armas, aunque no tantos las

escondían debajo de una chaqueta con capucha para salir a comprar vinagre de frambuesa.

Al parecer tenía por fin una excusa para acercarse hasta su casa.

Antes pasó por la comisaría. Tenía a sus órdenes a tres ayudantes a jornada completa en turnos rotatorios, a dos a media jornada y a un operador en la centralita a jornada completa y otro a tiempo parcial. Llegado el verano, cuando el calor los azotaba, pondría a los de media jornada a jornada completa para ayudar a bregar con los ánimos exaltados, el vandalismo fruto del aburrimiento y los turistas que prestaban más atención a las vistas que a la carretera.

—Ty está siendo un tocapelotas. —Ash Hyderman, su ayudante más joven, estaba en su mesa con aire enfurruñado. Durante el invierno había intentado dejarse crecer una perilla sin demasiada suerte, pero no se había dado por vencido. Parecía que se hubiera manchado el labio superior con sirope de caramelo—. Le he llevado el desayuno como me dijiste. Apesta igual que una puta barata.

—¿Y tú cómo sabes a qué huele una puta barata, Ash?

—Tengo imaginación. Me voy a casa, ¿vale, Brooks? He hecho el turno de noche desde que metimos al apestoso de Ty de nuevo en el calabozo. Y ese puto colchón casi me destroza la espalda.

—Tengo que salir. Boyd aparecerá en cualquier momento. Él puede hacerse cargo. Alma también está al llegar. Estaremos cubiertos en cuanto estén aquí.

—¿Adónde vas? ¿Necesitas refuerzos?

Brooks pensó que a Ash nada le gustaría más que el que una banda de malhechores irrumpiera en la ciudad, arremetiendo contra todo. Solo para poder actuar como refuerzo.

—Solo quiero comprobar algo. No tardaré mucho. Localízame en la radio si pasa cualquier cosa. Dile a Boyd que intente inculcar algo de sentido común a Missy cuando venga gritando que Ty no la ha tocado. No servirá de nada, pero debería intentarlo.

—El caso es que me da que a ella debe de gustarle, Brooks.

—A nadie le gusta que le arreen un puñetazo en la cara, Ash. Pero puede convertirse en un hábito. Por ambas partes. Estoy en la radio —repitió, y se marchó.

***

Abigail lidió con los nervios, el mal humor y la irritación que le producía que un jefe de policía chismoso, sin nada mejor que hacer que acosarla, hubiera arruinado una tarea que le gustaba en particular.

Se había mudado a aquel precioso rincón de los Ozarks precisamente porque no deseaba que ni vecinos ni gente ni interrupciones alteraran la rutina que se había impuesto.

Recorrió la serpenteante carretera privada que llevaba a su casa en el bosque. Había tardado semanas en idear un sistema de sensores que no se disparara si algún conejo o ardilla se aproximaba a la vivienda. Más tiempo aún para instalar sensores y cámaras y probarlos.

Pero había merecido la pena. Le encantaba aquella casa de troncos rústicos y porches cubiertos. Nada más verla pensó que era un cuento de hadas y un hogar.

Sabía que era un error. Había desterrado las ataduras, pero se había enamorado del lugar. Tan maravillosamente tranquilo que podía escuchar el burbujear y el murmullo del arroyo. Tan privado y aislado, rodeado por un frondoso bosque. Y tan seguro.

Ella misma se había ocupado de la seguridad y no confiaba en nadie.

Bueno, pensó cuando detuvo el coche, salvo en Bert.

El enorme perro estaba sentado en el porche cubierto de la parte delantera de la cabaña de dos plantas. En posición de alerta, con los ojos brillantes. Cuando se bajó del coche, le hizo la señal para que se relajara. Fue dando brincos hasta ella, meneando con alegría sus casi sesenta kilos de peso.

—Este es mi chico. El mejor perro del mundo. Tan listo. Qué listo eres. —Le frotó con energía antes de coger la bolsa del supermercado—. No te vas a creer la mañana que he tenido. —Sacó las llaves mientras caminaban juntos hacia la casa por el estrecho camino de piedra—. Estaba a mis cosas, comprando comida, cuando el jefe de policía entró en la tienda para interrogarme. ¿Qué te parece? —Abrió los dos cerrojos, la cerradura reforzada con palanca y entró para desactivar la alarma, introduciendo un código que

cambiaba cada tres o cinco días—. Eso mismo pienso yo. —Cerró la puerta y colocó la tranca—. Ha sido un grosero.

Cruzó el salón que había amueblado de forma que propiciara la relajación. Le encantaba acurrucarse allí, con el fuego crepitando en la chimenea y Bert a sus pies, leyendo o viendo un DVD. Y no tenía más que pulsar una tecla para que la imagen de las cámaras de seguridad apareciera en el gran televisor de plasma.

Regresó a la cocina tras cruzar la zona de despacho secundaria que había dispuesto en vez de un comedor.

Por la fuerza de la costumbre comprobó las cerraduras de la puerta trasera y los chivatos que había colocado en las ventanas. Pero no le daba miedo el lugar. Por fin creía que había encontrado un sitio donde no tenía miedo. Pese a todo, la vigilancia nunca estaba de más. Encendió el televisor de la cocina para sintonizar las cámaras de seguridad. Podría guardar los comestibles, los que había logrado comprar antes de que la interrumpieran, y realizar una inspección del perímetro.

Le dio a Bert una de las golosinas gourmet para perros que guardaba en una pequeña lata. Se había convencido a sí misma de que el animal era capaz de diferenciarlas de las galletas más corrientes.

Como su guardaespaldas que era, Bert se merecía lo mejor.

—Tengo trabajo que hacer cuando acabe esto. Tengo que ganarme mis honorarios de la cuenta Bosto. Luego saldremos a hacer algo de ejercicio. Dame una hora y después… —Se detuvo, y Bert se puso alerta cuando pitó la alarma del camino—. Hoy no esperamos ninguna entrega. —Posó la mano en el arma enfundada a un costado—. Lo más probable es que sea alguien que se haya equivocado al tomar un desvío. Debería instalar una verja, pero tenemos demasiadas entregas.

Frunció el ceño mientras veía aproximarse el coche, luego fue hasta el ordenador e hizo zoom sobre la imagen.

—Oh, por Dios. ¿Qué quiere ahora? —Su tono de voz hizo que Bert gruñera—. Almohada. —La palabra clave para transmitir la orden de que se tumbara hizo que el perro se relajara de nuevo, aunque no dejó de observarla en busca de alguna señal de peligro —. Almohada —repitió, luego le indicó con un gesto que la

siguiera.

A Bert se le daba muy bien disuadir a los visitantes.

Desactivó la alarma, abrió la puerta principal y salió al porche cuando el jefe de policía aparcaba detrás de su todoterreno.

Aquello le puso nerviosa. No le había cortado el paso, o no del todo. Podía rodearle si era necesario. Pero la intención era clara y no le gustaba.

—Señorita Lowery.

—Jefe Gleason. ¿Hay algún problema?

—Bueno, es curioso que lo pregunte, porque es lo mismo que iba a decirle yo. Antes de nada permita que le comente que tiene un perro muy grande.

—Sí que lo es.

Con la cadera ladeada y los pulgares enganchados en los bolsillos delanteros, su lenguaje corporal proclamaba relajación y desenfado. Pero Abigail se fijó en que sus ojos eran perspicaces, vigilantes. Los ojos de la autoridad.

—¿Va a arrancarme el cuello si me acerco hasta ahí?

—No a menos que yo se lo diga.

—Entonces le agradecería que no lo hiciera. ¿Por qué no vamos dentro?

—¿Por qué íbamos a entrar?

—Es más cordial. Aunque estamos bien aquí fuera. Este lugar tiene buen aspecto. Mejor de lo que recordaba. —Señaló un trozo de tierra que ella había delimitado y cubierto con plástico negro—. ¿Va a decantarse por las flores o por las verduras?

—Flores. Si ha venido hasta aquí para preguntarme si hay algún problema, le diré que no. Aquí no hay ningún problema.

—Entonces tengo otra pregunta. ¿Por qué lleva un arma?

Abigail sabía que su sorpresa inicial debía de haberse notado y deseó tener puestas sus gafas de sol.

—Vivo sola. No le conozco y ha venido sin que le invitara, así que tengo una pistola y un perro por protección. Tengo licencia.

—Está bien que la tenga. El caso es que iba armada cuando entró a comprar un sofisticado vinagre. No creo que necesitara protección en la tienda gourmet.

Avispado y vigilante, pensó de nuevo, y se reprendió por no

haber llevado un arma más pequeña.

—Tengo licencia para llevar armas ocultas. Estoy ejerciendo mis derechos.

—Voy a pedirle que me enseñe su permiso, si no le importa.

—Sí que me importa. ¿Por qué la gente dice eso cuando sabe muy bien que a la persona que se lo dice sí que le importa?

—Por pura educación, supongo. —Él hablaba con tono amable, paciente; Abigail consideraba aquella habilidad un don y un arma —. Quiero ver la licencia, solo para verificarlo…, Abigail, ¿verdad?

Ella se dio la vuelta sin mediar palabra y sacó las llaves. Sintió que él la seguía hasta el porche.

—Se la traeré.

—Sabes, haces que me pregunte por qué estás tan empeñada en mantenerme fuera de la casa. ¿Tienes un laboratorio de metanfetamina, un burdel, traficas con armas o preparas explosivos?

—No me dedico a nada de eso. —Su cabello, una melena sencilla de color castaño dorado que le llegaba a los hombros, se agitó cuando se volvió—. No le conozco.

—Soy Brooks Gleason, el jefe de policía.

Sí, decidió, cualquier persona capaz de mostrar sarcasmo con una voz lánguida tan agradable, con una sonrisa tan abierta, tenía talento.

—Su nombre y ocupación no alteran el hecho de que no le conozco.

—Entendido. Pero tienes un perro enorme que me está mirando con cara de pocos amigos porque sabe que estás molesta y que yo soy la causa. Debe de pesar unos cincuenta kilos.

—Casi sesenta.

Brooks estudió a Bert largo rato.

—Peso casi catorce kilos más, pero él tiene los dientes más afilados y tú llevas un arma.

—Usted también. —Abigail empujó la puerta, y cuando Brooks entró, levantó la mano—. Quiero que espere aquí. Voy a ponerle en guardia. Le frenará si no se queda aquí quieto. No tiene derecho a pasearse por mi casa.

—De acuerdo.

—Bert. Espera. —Se volvió hacia las escaleras y comenzó a subir.

—Define frenar.

A punto de perder la paciencia —el jefe de policía parecía tener toda la del mundo— se detuvo y espetó:

—Quédese donde está y no tendrá que averiguarlo.

—Vale. —Exhaló cuando ella desapareció escaleras arriba. El perro y él se miraron el uno al otro—. Bueno, Bert, ¿qué hacéis por aquí para divertiros? Nada de charla, ¿eh? Bonito sitio. —Brooks se quedó muy quieto por pura precaución y solo volvió la cabeza—. No hay problema.

Y cerraduras triples, una tranca de seguridad, ventanas de seguridad y un sistema de alarma de primera.

¿Quién coño era Abigail Lowery y a qué o a quién temía?

Ella volvió abajo con un documento en la mano y se lo entregó.

—¿Una Glock 19? Es un arma seria.

—Todas las armas son cosa seria.

—No te equivocas. —Le devolvió la licencia mirándola a los ojos —. Y tampoco te equivocas al decir que no me conoces. Puedo darte el nombre de mi antiguo capitán en Little Rock. Estuve diez años en la policía de allí antes de regresar a casa. Soy un buen policía, Abigail. Si me cuentas en qué clase de lío estás metida, intentaré ayudarte.

El jefe Gleason no era el único con habilidades, recordó. Mantuvo la mirada y la voz firme y serena.

—No estoy metida en ningún lío. Solo vivo mi vida. Tengo trabajo pendiente y seguro que usted también. Me gustaría que se marchara ya.

—De acuerdo. Si cambias de opinión… —Sacó una tarjeta y la dejó sobre la mesa junto a la puerta principal—. Mi número de móvil también está ahí. Si quieres ayuda, llama.

—No necesito ayuda.

—Tienes una tranca de seguridad y cerraduras de alto nivel en la puerta principal, rejas en las ventanas y un sistema de alarma mejor que el de mi banco. No creo que todo eso sea para impedir que salga el perro. —Abrió la puerta y se dio la vuelta para mirarla—. ¿Te gustan los rompecabezas?

—Sí, pero no veo que eso sea relevante.

—A mí también me gustan. Nos vemos, Bert. —Dicho eso, salió.

Abigail se acercó a la puerta y echó la llave, luego cerró los ojos, se arrodilló en el suelo y apretó la cara contra el fuerte cuello del perro.

8

Boyd Fitzwater, barrigón y de pelo canoso, se encargaba del mostrador de recepción de la comisaría. Dejó de teclear con dos dedos en el ordenador cuando Brooks pasó por allí.

—Missy Crew ha venido. Tal y como esperabas, el ojo a la funerala de anoche fue un accidente. Esta vez se ha puesto creativa. Dice que se tropezó con la alfombra y que Ty intentó cogerla.

—¿Se cayó sobre su puño?

—Eso es justo lo que argumenta. Y que él, al estar borracho, calculó mal cuando intentó ayudarla.

—¿Y cómo explica que el vecino nos llamara porque salió corriendo de la casa medio desnuda y gritando?

—¿Eso? —Con una sonrisa tirante, Boyd meneó la cabeza—. Pues dice que vio un ratón a pesar del moratón que tenía en el ojo. Que reaccionó de forma exagerada y que el vecino no debería habernos molestado. Y antes de que lo preguntes, afirma que la razón de que Ty la golpeara anoche es que estaba muy confusa. Porque técnicamente la golpeó, pero solo porque intentaba impedir que se cayera.

—¿Le has soltado?

—No podía hacer mucho.

—No, pero esta mierda tiene que acabarse. El próximo aviso que recibamos sobre ellos quiero que quien esté de servicio me llame. Quiero encargarme yo.

—Tú mismo. Lo he intentado, Brooks. Hasta hice que Alma hablara con ella, pensando que podría hacerle caso a otra mujer.

—Bueno, pues no lo ha hecho.

Alma Slope entró desde la sala de descanso. Ese día tenía las uñas pintadas de un azul eléctrico, a juego con el enorme collar de

cuentas que lucía en el cuello. Llevaba la mata de rizado cabello rubio cobrizo sujeto con una flor azul de seda.

Tomó un sorbo de la taza de café que llevaba en la mano y dejó en el borde una nítida marca de atrevido pintalabios rojo. Sus ojos verde claro, lo único pálido en su persona, asomaban tras unas gafas de montura de ojo de gato tachonadas de diamantitos falsos.

Su rostro, con su red de finas y diminutas arruguitas, mostraba irritación cuando se llevó una mano a la cadera de sus desgastados Levi's.

Alma decía que tenía sesenta años, pero había confesado tener sesenta desde antes de que Brooks se marchara a Little Rock, y no era capaz de imaginar la verdadera edad de su operadora.

No estaba seguro de que la propia Alma lo supiera ya.

—Me la llevé a la sala de descanso, hice que se sentara y le dije cuatro verdades. Ella empezó a llorar, así que pensé que estaba consiguiendo algo. Pero me habló de cuánto quería a Tybal y que él solo se pone así cuando está bebido. Y el colmo de los colmos: que todo irá bien si consigue quedarse embarazada.

—Por Dios.

—Dice que lo está intentando por todos los medios. Y que una vez que tengan un bebé, Ty sentará la cabeza.

—Quiero que me llames cuando recibas otro aviso —repitió Brooks—. Gracias por intentarlo, Alma. Puedes empezar a patrullar, Boyd. Yo tengo papeleo pendiente.

—Ya voy.

—¿Quieres un café, jefe? —le preguntó Alma.

—No te diré que no.

—Yo te lo traigo. No tengo mucho que hacer. Hoy es un día tranquilo.

—Ojalá siga así.

Entró en su despacho, encendió el ordenador y cogió el viejo muelle espiral Slinky de su mesa. Mientras se acercaba a la ventana, movilizó las manos arriba y abajo para que la espiral se moviera con un susurro. Le gustaba su sonido, lo encontraba relajante, como una vieja manta o andar descalzo sobre la hierba calentada por el sol.

Él mismo se consideraba, y también aquellos que lo conocían, un

hombre de buen carácter. Algunos dirían que demasiado tranquilo. De modo que le resultaba sorprendente lo mucho que le había cabreado el incidente con Abigail Lowery.

El perro, por ejemplo. Una mala bestia preciosa, pero le había quedado claro que si daba un solo paso en falso, o si a ella le venía en gana, esa preciosa mala bestia le habría clavado los dientes.

A Brooks no le molestaban las situaciones inestables, pues le gustaba calmar las aguas, encontrar la respuesta o la solución. Hacer su trabajo, poner paz. Pero de ningún modo quería encontrarse en una situación tan delicada de desventaja con una mujer armada y su enorme perro guardián.

No había infringido ninguna ley, pensó. Ni una sola. Y sin embargo…

Mucha gente era hostil por naturaleza. Nunca había comprendido a ese tipo de personas, pero las conocía, había tratado con ellas. Con aquella mujer había algo más. Muchísimo más.

Le había parecido una extraña e interesante mezcla de nervios y confianza en sí misma, directa y reservada. Tenía acento del norte, pensó. Aún no había cumplido los treinta, si no se equivocaba, y, exceptuando a Alma, normalmente no lo hacía.

Era más bien delgada, pero denotaba fortaleza. Guapa, aunque no llevaba maquillaje, y vestía ropa sencilla. Buenas botas, muy gastadas. Sin joyas, pintaúñas ni colores vivos.

No me mires, no te fijes en mí. Eso era lo que en su opinión decía.

—¿Qué te ha calentado? —Alma entró y le dejó el café sobre la mesa—. Estás liado con tu juguete —agregó cuando Brooks se dio la vuelta.

—Solo estoy pensando.

—¿Algo que ver con la mujer que compró la casa del viejo Skeeter?

—¿Es que ahora te dedicas a leer la mente?

—Eso se lo dejo a mi hija.

—¿Qué tal le va a Caliope?

La hija de Alma leía el tarot, las palmas, el aura…, y formaba parte del círculo íntimo de amigas de su madre.

—La otra noche trabajó en una fiesta de compromiso. Le han

salido otros tres clientes gracias a eso.

—Me alegro por ella.

—Es un modo de ganarse la vida. He oído que has tenido lo que podría considerarse una conversación con la señorita Lowery en la tienda gourmet.

—No es de las que les gusta hablar. —Se sentó, cogió su taza de café y apoyó las botas sobre la mesa. Una invitación a que Alma tomara asiento—. ¿Qué sabes?

—No mucho, lo cual me saca de quicio. Lo que le sonsaqué a Dean McQueen mientras se ocupaba de la venta de la propiedad es que ella se puso en contacto con él vía correo electrónico. Vio el anuncio por internet, hizo algunas preguntas y le dio las gracias educadamente. Unos días más tarde le envió otro mensaje con una oferta. No era el precio que pedían, pero Dean me dijo que estaba un poco por encima de lo que esperaba conseguir y que le ofreció metálico.

—Metálico.

—Así es. Dinero contante y sonante. Los Skeeter no se lo pensaron dos veces. Bueno, ya conoces a Dean, es un vendedor y le gusta largar. Dice que no consiguió sacarle mucho más que sí y no. Le transfirió el depósito desde un banco en Kansas City. Llegó en coche con ese perro suyo para liquidar la deuda, tirando de un remolque. Firmó los papeles, entregó el cheque de caja, esa vez de un banco en Fairbanks, Alaska. Dean quiso llevarla a comer para celebrarlo, pero ella se negó en redondo. Quiso acercarla a la propiedad para mostrársela y también lo rechazó de plano. Cogió los documentos, las llaves, les dio las gracias a todos y se acabó.

—Es un rompecabezas —murmuró Brooks.

—¿Sabes la gente que dice «Vive y deja vivir»? No viven mucho, por lo que a mí respecta. —Se levantó cuando la radio de la centralita sonó—. Será interesante descubrir de qué va esa chica.

—Lo será —convino Brooks. Mientras Alma salía a atender la radio, sonó su teléfono—. Departamento de Policía de Bickford, al habla el jefe Gleason —respondió dejando por el momento a Abigail Lowery en un segundo plano.

Se encargó del papeleo, de atender las llamadas telefónicas e hizo una ronda de patrulla a pie, durante la que escuchó al dueño

de una tienda de cerámica quejarse una vez más de que el propietario de la tienda de velas de al lado le bloqueaba la entrada de mercancías con su coche.

Y una vez más habló con el infractor.

Fue a comprar un sándwich de jamón y queso, y mientras comía a deshora en su mesa, se dispuso a resolver el rompecabezas.

Comprobó su matrícula al tiempo que se comía las patatas que acompañaban el sándwich. Leyó su fecha de nacimiento, reparando en que tenía veintiocho años, de modo que no se había equivocado en eso. Su permiso de conducir no tenía restricciones. Era donante de órganos, con un expediente de tráfico limpio.

Accedió a la base de datos y buscó sus antecedentes penales.

No tenía.

Eso debería ser suficiente, se dijo. De acuerdo con los datos, era una ciudadana que cumplía con la ley, sin tan siquiera una multa por exceso de velocidad.

Pero…

Por curiosidad la buscó en Google. Encontró varias entradas con el nombre, pero ninguna de ellas era su Abigail Lowery.

Absorto en la tarea, continuó escarbando. Tenía su nombre, dirección, número de matrícula y datos de su permiso de conducir. Dado que sabía que poseía licencia, comenzó con el registro de armas.

—Vaya, menudo arsenal —murmuró.

Además de la Glock 19, tenía permiso para una Glock 36, una Glock 26, una Beretta de 9 mm, un Sig de largo alcance, un Colt Defender de 9 mm y un Smith & Wesson de 1911, y un par de Walther P22.

¿Qué había hecho esa mujer que necesitaba tantas armas de fuego? Por Dios bendito, él era policía y, aparte de su arma de servicio, solo tenía dos más.

—¿Quién coño eres?

—Hola, Brooks.

La explosiva rubia estaba de pie en la entrada, en una especie de pose. El cabello de Sylbie caía en relucientes ondas sobre los hombros de una blanca camisa de encaje, sujeta flojamente con un cinturón sobre los vaqueros, que eran como una fina capa de

pintura en torno a sus largas piernas. Sus ojos le recordaban a los de un tigre, ambarinos y un tanto feroces.

En el instituto la había deseado más que a su propia vida. Y cuando fue suya, su vida había sido un balancín de dicha y misterio.

De manera automática puso el salvapantallas.

—¿Qué tal, Sylbie?

—Oh, muy bien. Llevo trabajando desde el amanecer, así que me estoy tomando un pequeño descanso. —Entró en el despacho con aquellas largas piernas y se apoyó en la esquina de su mesa en medio de una provocativa nube de perfume—. Se me ha ocurrido venir para ver si quieres que pasemos la noche juntos.

—Tengo muchas cosas que hacer aquí.

—Si el jefe de policía no puede tomarse la noche libre, ¿quién puede?

—La ley nunca descansa.

Ella rió y se apartó aquella gloriosa melena.

—Vamos, Brooks. He pensado en comprar una botella de buen vino. —Se inclinó—. Y tú puedes aprovecharte de mí.

Aquello no hizo que se sintiera varonil, aunque tenía que reconocer que las pocas veces que habían estado juntos desde su vuelta había tenido la sensación de que era él de quien se estaban aprovechando.

Si bien no le había importado en esos momentos. Pero después…

—Es una agradable invitación, pero esta noche tengo trabajo.

—Pásate después.

—Me parece que no.

—Estás hiriendo mis sentimientos.

—No es esa mi intención.

Pero tampoco quería que le echaran el guante de nuevo. Habían recorrido un largo camino desde el instituto, cuando ella conquistó su corazón para luego destrozarlo…, y estaban mucho más cerca de sus dos divorcios que de aquella época.

—Si quieres hacerte el difícil —comenzó bajándose de la mesa.

—No estoy jugando. —Se le habría subido al regazo si no se hubiera puesto en pie—. Mira, Sylbie… —Dado que se encontraba de cara a la puerta, vio a Abigail en la entrada y no pudo evitar sentir vergüenza—. Señorita Lowery —dijo antes de que ella

pudiera retirarse.

—Siento interrumpir. Ya volveré.

—No, no pasa nada. Hablaré contigo más tarde, Sylbie.

—Voy a comprar ese vino —murmuró, y le lanzó una sonrisa pausada. Luego se dio la vuelta e inclinó la cabeza mientras estudiaba a Abigail—. Tú eres la mujer esa que vive en la casa de Skeeter.

—Sí.

—Todo el mundo se pregunta qué coño haces allí tú sola.

—Pues no debería.

—La gente siente curiosidad. Es algo natural. Soy Sylbie MacKenna.

—Una de las alfareras locales. Tu trabajo es muy bueno. Compré uno de tus cuencos. —Abigail miró a Brooks de nuevo—. Puedo hablar con usted más tarde, jefe Gleason.

—Ya estás aquí. Sylbie tiene que marcharse.

—Qué formal. No solía serlo. —Le brindó a Abigail una sonrisa cómplice—. Te veré luego, Brooks.

—Es muy atractiva —comentó Abigail apenas Sylbie salió.

—Siempre lo ha sido.

—Siento haber interrumpido. La mujer, su…

—¿Operadora?

—Sí. Me ha dicho que tendría que venir.

—No pasa nada. Toma asiento.

—¿Puedo cerrar la puerta?

—Claro.

Después de cerrarla y sentarse en la silla del visitante, se hizo el silencio durante unos segundos.

—¿Te preocupa algo? —le preguntó a Abigail.

—Sí. Me he dado cuenta de que no he manejado bien la… situación de esta mañana. Ni en la tienda ni cuando vino a mi casa. No estaba preparada.

—¿Es que tienes que prepararte para tener una conversación?

—No soy una persona sociable, así que no mantengo demasiadas conversaciones, sobre todo con personas. No sé hacerlo. En la tienda me sentí incómoda por el interés que mostró por lo que estaba comprando.

—Mi interés por lo que estabas comprando era una estratagema para conversar.

—Sí.

Todo en ella desprendía calma y serenidad, pensó. Consideró que era el polo opuesto de Sylbie, que siempre irradiaba calidez, siempre parecía estar en movimiento.

—Este es un pueblo pequeño, Abigail. Un pequeño pueblo turístico lleno de seguidores del movimiento New Age y de viejos hippies, hippies de segunda generación y artistas. Somos gente amistosa.

—Yo no. Lo siento si le parezco maleducada, pero es un hecho. No soy una persona amable y me he mudado aquí por la tranquilidad y la soledad. Cuando vino a mi casa tan pronto después de lo sucedido en la tienda, me puso nerviosa y furiosa. Tengo mis razones para ir armada. No estoy obligada a compartirlas. No he hecho nada malo.

—Bueno es saberlo.

—Me gusta mi propiedad y la tierra que la rodea. Me gusta este pueblo. Me siento cómoda aquí. Solo quiero que me dejen tranquila.

—Lo que Sylbie ha dicho acerca de la curiosidad es cierto. Es algo natural. Cuanto más misteriosa seas, más preguntas se hará la gente.

—No soy misteriosa.

—Eres un misterio andante. —Se levantó y rodeó la mesa. Mientras lo hacía vio que ella se preparaba, se mantenía alerta, aun cuando se apoyó en la parte delantera de su mesa. Deseaba preguntarle quién le había hecho daño, de qué tenía miedo. Pero la perdería si lo hacía—. Eres una mujer muy atractiva que vive sola… con un enorme y musculoso perro, fuera del pueblo. Nadie sabe a ciencia cierta de dónde has venido, por qué has venido aquí ni cómo te ganas la vida. Y dado que estamos en el sur, nadie sabe quiénes son tus parientes. Eres una desconocida, así que la gente te concederá cierta libertad. Por aquí nos gustan los excéntricos, encajan bien en la comunidad. Si la gente decide que eres una excéntrica dejará de hacerse preguntas.

—Según ciertos criterios, soy excéntrica. Puedo serlo aún más si eso satisface a todos.

Brooks le brindó una sonrisa, no pudo evitarlo.

—No cabe duda de que eres diferente. ¿Cómo te ganas la vida, Abigail? Si no es un misterio o un asunto de seguridad nacional, deberías poder decírmelo. Y eso sería una conversación fácil.

—Soy programadora informática y diseñadora de software independiente. También creo sistemas de seguridad y optimizo o rediseño sistemas ya existentes, principalmente para empresas.

—Es interesante. Y no resulta tan difícil hablar de ello.

—Gran parte de mi trabajo es muy delicado. Todo es confidencial.

—Entiendo. Debes de ser muy lista.

—Soy muy lista.

—¿Dónde estudiaste?

Ella le miró, fría, serena y contenida.

—Verá, cuando hace tantas preguntas no da la sensación de que sea una conversación. Parece un interrogatorio.

—Está bien. Hazme tú una pregunta.

Ella le miró a los ojos con el ceño fruncido.

—No tengo ninguna.

—Si tan inteligente eres, se te ocurrirá alguna. —Se apartó de la mesa, fue hasta la pequeña nevera y sacó dos latas de Coca-Cola. Le dio una a ella y abrió la segunda—. ¿Pasa algo? —le dijo al ver que ella miraba fijamente la lata que sujetaba en la mano.

—No. No. Vale, una pregunta. ¿Por qué entró en la policía?

—Lo ves, esa es buena. —La señaló con aprobación y luego se apoyó de nuevo en la mesa. A través de la ventana a su espalda se veían las montañas—. Me gusta solucionar problemas. Hay muchas cosas en las que creo y otras muchas en las que no, pero una en la que sí creo es que existe el bien y el mal. Bueno, no todo el mundo comprende el bien y el mal del mismo modo. Puede ser algo subjetivo. Cuando eres policía, a veces todo es blanco o negro, y otras veces tienes que decidir; en esta situación, con estas personas, ¿está mal o solo es algo que hay que arreglar?

—Eso parece muy confuso.

—En realidad no lo es. Se trata de solucionar problemas, y el único modo real de hacerlo es utilizar la cabeza. Y el instinto.

—El intelecto es una medida más exacta que las emociones. El

intelecto maneja hechos. Las emociones son variables y nada fidedignas.

—Y humanas. ¿De qué sirven las leyes si no son humanas?

Dejó la Coca-Cola para coger la de ella. A continuación se la devolvió después de abrirla.

—¿Quieres un vaso?

—Oh. No, muchas gracias. —Tomó un pequeño sorbo—. Jefe Gleason.

—Brooks. ¿No vas a preguntarme por qué me llamo Brooks?

—Supongo que es un nombre de familia.

Él la señaló de nuevo.

—Pues supones mal. Bueno, ¿no sientes curiosidad?

—Yo… Sí, un poco.

—Brooks Robinson.

—¿Cómo dice?

—Me lo temía. Béisbol, Abigail. Brooks fue uno de los mejores tercera base que jamás ha existido. Mi madre es de Baltimore, donde jugaba él. Es una obsesa del béisbol. Incluso cuando llegó aquí, a finales de los setenta, seguía este deporte y adoraba a los Orioles de Baltimore. Según ella, cuando vio a Brooks ganar el trofeo de jugador más valioso en el Campeonato Mundial contra los Cincinnati Reds en 1970, juró que cuando tuviera un hijo lo llamaría Brooks.

—Debe de tomarse el béisbol muy en serio.

—Oh, así es. ¿De dónde viene Abigail?

—Solo es un nombre.

—Me gusta Abigail. Clase a la antigua usanza.

—Gracias. —Se puso en pie—. Tengo que irme. Aún me queda trabajo por terminar. Le pido disculpas si le he parecido grosera esta mañana y espero haber aclarado las cosas.

—Te agradezco que hayas venido. Lo que te he dicho esta mañana sigue en pie. Si necesitas cualquier cosa, llama.

—No lo haré, pero gracias por la Coca-Cola y la conversación. —Le devolvió la lata—. Adiós.

Cuando se marchó, Brooks examinó la lata. Se preguntó qué decía de él que estuviera pensando en serio en enviarla para que tomaran las muestras de ADN y las huellas.

No parecía lo correcto, en varios sentidos, decidió. Pero se la llevó al cuarto de baño y vertió el contenido por el lavabo. De nuevo en su despacho, metió la lata vacía en una bolsa de pruebas y la guardó en el último cajón de su mesa.

Solo por si acaso.

El día dejó a Brooks inquieto, y no era su estado de ánimo habitual. No le apetecía estar solo y, dado que le había dicho a Sylbie que tenía trabajo en vez de decirle «No, gracias», no podía justificar dejarse caer por el bar McGrew's para tomarse una cerveza, jugar una partida de billar y charlar un poco.

En lugar de dirigirse a su casa, condujo hasta el final de Shop Street, giró a la izquierda y aparcó en el camino de entrada de la laberíntica casa, sin terminar del todo, detrás del Prius de su madre.

Había un andamio situado a un costado, donde podía ver el avance del mural que estaba realizando en la actualidad. Hadas muy sexis de cabello vaporoso y delicadas alas. Justo debajo del tejado, fibrosos hombres y mujeres de piel dorada montaban a lomos de dragones con escamas iridiscentes de color rubí, esmeralda o zafiro.

Era un trabajo impresionante, pensó. Tal vez un poco raro para un hogar, pero a nadie le pasaría desapercibida la casa de los O'Hara-Gleason.

Entró en el porche de color rojo cereza hacia la puerta flanqueada por duendes de orejas puntiagudas.

Y se vio envuelto por música, olores y colores. Allí reinaba el desorden y la comodidad, todo dominado por el arte de su madre y animado por las flores que su padre llevaba a casa como mínimo dos veces a la semana.

Tulipanes para celebrar la primavera que llegaba, se dijo Brooks. De todos los colores del arcoíris y metidos en jarrones, cuencos y macetas dispersos por toda la habitación. El gato negro al que su padre llamaba Chuck estaba acurrucado en el sillón y apenas entreabrió los ojos para reconocer la presencia del recién llegado.

—No, no te levantes —le dijo Brooks en medio del estruendo de la música de Fergie que llenaba la casa.

Volvió atrás, pasando el despacho de su padre, la diminuta y abarrotada biblioteca, y entró en el corazón de la casa: la cocina.

Era el espacio más grande y en ella se mezclaba lo más moderno, en los elegantes electrodomésticos —la vitrocerámica con parrilla cubierta y el expositor de vinos con la puerta de cristal—, con el encanto de las exuberantes macetas de hierbas y un próspero limonero enano en flor. Cristalitos facetados de diversas formas titilaban en las ventanas y atrapaban el sol. La luz se colaba por la claraboya del techo abuhardillado, por encima de la profusión de flores, vides y frutas que su madre había pintado sobre el pálido tono amarillo.

Podía oler a pan recién horneado y la tentación de lo que fuera que removía en el fogón mientras cantaba junto con Fergie. Era una verdadera rival para Fergie, pensó Brooks.

Por lo que a él concernía, su madre podía hacer casi cualquier cosa, podía hacerlo todo.

Su cabello castaño con reflejos dorados caía en una trenza por la espalda, y llevaba unos pendientes de plata en las orejas. Sus pies descalzos se movían al ritmo de la música.

Un símbolo de la paz tatuado en el tobillo derecho anunciaba su sensibilidad de los sesenta.

—Hola, guapa.

Ella ahogó un grito, luego se dio la vuelta con una carcajada y los ojos castaños colmados de afecto.

—Hola, guapo. No te he oído entrar.

—No puedes oír nada. Niños, ¿cuántas veces tengo que deciros que no subáis tanto la música?

—Ayuda al proceso creativo. —Pero cogió un mando a distancia y silenció a Fergie—. ¿Qué tal?

—Como siempre. ¿Dónde está papá?

—Tenía una reunión con los padres. Llegará pronto a casa. ¿Te quedas a cenar?

—¿Qué hay?

—Sopa minestrone, pan de romero y ensalada variada.

—Me quedo. —Brooks abrió la nevera, sacó una cerveza y la meneó.

—Bueno, si insistes.

—Insisto. —Sacó otra cerveza y abrió las dos.

—Bueno. —Le dio un codazo en el abdomen—. ¿Qué pasa?

Conozco esa cara.

—Tú me la diste.

—E hice un trabajo estupendo. ¿Tienes problemas, cielo?

—En realidad, no. Sylbie ha venido a la comisaría esta tarde.

Su madre tomó un traguito de cerveza.

—Mmm.

—Me conozco tus «mmm». Quería quedar esta noche.

—Y sin embargo aquí estás, en la cocina de tu madre, eligiendo sopa minestrone en vez de sexo.

—Haces una sopa minestrone de chuparse los dedos. Le he mentido.

—Eres una *rara avis*; un policía honesto.

Esa vez fue él quien le dio un codazo flojito.

—Lo que pasa es que te aferras a ese desdén propio de los hippies por la autoridad. De todas maneras, una cosa es mentir a un sospechoso; eso forma parte del trabajo, y otra muy distinta es mentir. No me gusta.

—Lo sé. ¿Por qué lo has hecho?

—Para evitar una escenita, supongo, lo cual es una estupidez, ya que solo lo estoy posponiendo. No quiero volver al instituto. Ya estuve allí, ya hice todo aquello, ya tuve mi chaqueta de estudiante. Y ella no me quiere a mí; solo quiere a alguien. El sexo es una pasada, pero nada más lo es.

—Así que estás buscando algo más que sexo. —Sunny se limpió una lágrima imaginaria—. Mi chico se hace mayor.

—Puede. No lo sé. Pero lo que sí sé es que no quiero que sea con Sylbie. Espero la salida fácil. Que se fije en alguien y que pierda interés en mí.

—Pensaba que no querías volver al instituto.

—Ya. Sé que tengo que arreglarlo y que debería haberlo hecho hoy, cuando pasó a verme. Me cabrea no haberlo hecho. Así que lo solucionaré pronto.

—Bien. No es una mujer feliz, Brooks. Equipara su valía a su físico y su sexualidad, y no será feliz hasta que deje de hacerlo. Creo que podría ser feliz, y hacer feliz a alguien, en cuanto se dé cuenta de que tiene más que ofrecer. Tú limítate a recordar que puedes solucionar el problema, pero no puedes arreglarla a ella.

—Tienes razón. Me esforzaré.

—En fin, ¿qué más? Te preocupa otra cosa. —Le dio un golpecito con el dedo en la sien.

—Hoy he conocido a Abigail Lowery de manera oficial.

—Oh, vaya, esto es bueno. Lo bastante como para que cojas una silla y me cuentes hasta el último detalle. —Se sentó en la encimera del desayuno y dio una palmadita en el taburete de al lado—. Hace tiempo que me muero de ganas de conocerla. ¿Cómo es?

—Al principio habría dicho que grosera, brusca y nada amable, pero con algo más de trato he de achacarlo a que no se le da bien la gente.

—Pobrecilla.

—La pobrecilla lleva una Glock en la cadera cuando va a la tienda gourmet.

—¿Una pistola? ¿Cuándo entenderá la gente que ir armada es buscarse…?

Se interrumpió cuando Brooks le puso un dedo en los labios.

—Conozco tu opinión sobre las armas, el control de estas y lo que entiendes como una perversión de la Segunda Enmienda, Sunshine.

Ella resopló y se encogió de hombros.

—No está de más repetirlo a menudo. Pero sigue.

Le habló de lo sucedido en el mercado, de que había ido a su casa, del perro, de las cerraduras. Cuando llegó a lo de investigar la matrícula y el número de armas registradas que poseía, Sunny decidió que la historia requería de una segunda cerveza.

—¿De qué tiene miedo?

—¿Lo ves? Eso es. Eso es lo que quiero saber. Y como jefe de policía de esta zona es lo que tengo que averiguar. Pero, para terminar, entonces llegó Sylbie.

Una vez le contó el resto, a Sunny se le había pasado la indignación por el tema de las armas y su atención se centró en otra cosa.

—Eso me parte el corazón.

—¿El qué?

—Cielo, está muy sola. ¿Cómo se le va a dar bien la gente si se ha encerrado en sí misma y para protegerse de Dios sabe qué? No

me parece uno de esos obsesos con sobrevivir a las catástrofes ni una chiflada que piensa que tiene que acumular armas y cerraduras para la llegada de la revolución o el arrebatamiento. Dices que se dedica a la programación y a la seguridad. Puede que descubriera o inventara algo. Y que ahora el Gobierno vaya tras ella.

—¿Por qué siempre es el Gobierno, mamá?

—Porque resulta que a menudo lo es, por eso. Puede que haya sido espía cibernética o algo por el estilo.

—Te quiero.

Sunny entrecerró los ojos y le propinó una débil patada en la espinilla.

—Estás usando esas palabras para ser gracioso y condescendiente.

Brooks no pudo evitar una sonrisita arrogante.

—Digamos que no me parece de las que espían.

—Bueno, se supone que no deben parecerlo, ¿no? Se supone que deben integrarse.

—En tal caso, es una espía penosa porque no socializa con nadie.

—De acuerdo, a lo mejor está huyendo de un novio maltratador.

—No he encontrado ninguna denuncia por malos tratos en su expediente.

—Algunas mujeres no acuden a la policía. Algunas huyen sin más.

Pensó en Missy y en su último ojo a la funerala.

—Y algunas se quedan. Lo que sí sé, teniendo en cuenta hasta qué punto se ha armado y encerrado, es que aquello de lo que huye, si tal es el caso, es grave. Y que si la encuentra, lo hará aquí. Yo soy responsable de este lugar y, le guste o no, también de ella.

—Te quiero.

—¿Lo dices en plan gracioso y condescendiente?

—No. —Le tomó el rostro entre las manos—. Simplemente es un hecho.

9

Mientras Sunny recorría la carretera hacia la cabaña de Abigail Lowery, dudaba que su hijo lo aprobara. Pero tenía la costumbre de hacer lo que le venía en gana, siempre y cuando no hiriera a nadie, a menos que lo mereciera. En tal caso la visita de su hijo a aquel lugar el día anterior le daba la excusa perfecta para dejarse caer por allí.

Aparcó y chasqueó la lengua para sus adentros al ver el todoterreno, que tanto combustible consumía.

Pese a todo, aprobaba la casa y la forma de integrarse en el paisaje. Alcanzaba a ver los macizos que estaba preparando para plantarlos en primavera. Y la esquina de un invernadero suscitó su interés y su envidia.

Era una bonita mañana para hacer una visita, concluyó; la primavera se respiraba en el aire, las hojas formaban un precioso halo verde en los árboles y los cerezos silvestres salpicaban los alrededores.

Aquella mañana había horneado una tarta de arándanos a modo de seguro. Nadie se resistía a la tarta de arándanos.

Se bajó del coche, se acercó y llamó a la puerta.

Cuando esta se abrió unos centímetros, esbozó una deslumbrante sonrisa.

—Hola. Soy Sunny O'Hara, la madre de Brooks.

—Sí.

—Sé que Brooks vino a verte ayer y se me ocurrió que yo debía hacer lo mismo. Pensé, bueno, esta chica lleva casi un año aquí y no le he hecho ninguna visita.

—Gracias, señora O'Hara, pero…

—Sunny, por favor. Te he hecho una tarta de arándanos.

—Oh.

Sunny jamás había visto a nadie tan desconcertado por una tarta en toda su vida.

—Gracias. Es muy amable por su parte. Me temo que tengo trabajo, así que…

—Todo el mundo puede tomarse unos minutos de descanso. ¿Te llaman Abby?

—No, no, no me llaman así.

—Bueno, Abigail es un nombre muy dulce y anticuado. Abigail, he de decirte ya mismo que soy una mujer que suele salirse con la suya. Te será más fácil invitarme a entrar unos minutos que tenerme rondando por aquí hasta que lo hagas. Bien, supongo que llevas un arma encima o que la tienes cerca. No apruebo las armas, pero no te sermonearé. Aún. —Le dedicó otra sonrisa tan deslumbrante como su nombre—. Yo no llevo ninguna encima ni nada que sea peligroso. Salvo la tarta. Tiene calorías por un tubo, pero estás tan delgada como un palillo, así que puedes permitirte algunas calorías.

—No quiero ser maleducada, pero…

—Oh, supongo que sí quieres —la interrumpió con considerable animación—. ¿Quién podría culparte? Te propongo un trato. Invítame a entrar y cómete un trozo de tarta. Luego puedes ser maleducada y yo no me ofenderé por ello.

Atrapada e irritada, Abigail apartó la mano del arma sujeta debajo de la mesa situada al lado de la puerta.

No dudaba que la mujer fuera la madre de Brooks Gleason. Tenía la misma naturaleza avasalladora disfrazada de amabilidad, la misma estructura ósea.

Sin mediar palabra, abrió la puerta y se hizo a un lado.

—Vamos, tranquila, no ha sido tan… tan… Oh, qué perro tan bonito. —Sin rastro de temor, Sunny le puso la tarta en las manos a Abigail y se acuclilló—. Hola, grandullón. —Levantó la vista—. ¿Puedo acariciarle? Perdimos a nuestro Thor hace seis semanas. Tenía diecisiete años cuando lo dejamos ir y estaba ciego como un topo.

—Lo siento muchísimo.

—Oh, yo también. Lloré a moco tendido. Aún nos queda el viejo

Chuck. Es nuestro gato, pero no es lo mismo. Pronto vamos a acoger a otro perro, pero no estoy preparada para querer de ese modo otra vez. Duele mucho cuando tienes que decir adiós.

Impotente, Abigail aferró la tarta.

—*Ami* —le dijo al perro—. *Ami*, Bert. Ahora ya puede acariciarle.

Bert se entregó a las caricias e incluso dejó escapar un débil gruñido de placer.

—¿*Ami*? Es francés. ¿Eres francesa?

—No. Hablo francés.

—¿Y tú, Bert? ¿Tú también hablas francés? Eres muy guapo. Tiene los ojos de color avellana, un poco como los de Brooks. Qué perro tan bueno.

Se le empañó la mirada y sorbió por la nariz para contener las lágrimas al tiempo que se enderezaba.

—Lo siento. Aún no he superado la pérdida.

—La muerte es difícil de superar.

—Muy cierto. —Sunny se echó la trenza hacia atrás y exhaló un suspiro al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor—. Eres muy organizada, ¿verdad?

—Supongo… supongo que sí. Prefiero las cosas en orden.

—Imagino que a mí me gusta el caos, por lo general. En fin, no soy capaz de mantener nada ordenado mucho tiempo. Tengo un cuadro que quedaría de lujo en tu salón. A eso me dedico. Soy artista.

—Entiendo.

—Sobre todo pinto composiciones fantásticas y mitológicas. Hadas, sirenas, dioses y diosas, dragones, centauros; ese tipo de cosas.

—La mitología es un campo fértil para artistas y narradores. Ah… ¿pintó usted los murales de la casa al final de Shop Street?

—Sí. Es nuestra casa.

—Es muy interesante. Es un trabajo muy bueno.

—Gracias. Disfruto mucho con ello. ¿Qué tal un café para acompañar esa tarta?

Abigail bajó la mirada a la tarta.

—Señora O’Hara.

—Sunny.

—Sunny. No soy una buena compañía.

—Oh, cielo, no pasa nada. Yo sí.

Por incómodo y perturbador que pudiera ser, tenía que ser más fácil, y más eficaz, dejar que la mujer tuviera sus minutos. Y ahí se acabaría todo.

—Prepararé café.

Se dispuso a ir a la cocina, pensando por segunda vez en dos días que tenía a alguien en su casa. Pese a todo, la mujer no pretendía hacerle daño. A menos que…

—¿Te ha pedido tu hijo que vengas aquí?

—No. De hecho no va a estar nada contento conmigo por entrometerme cuando se entere. Pero yo… ¡Oh! ¡Oh! Me encanta tu cocina. Mira qué encimeras tan espaciosas. Yo tengo esta misma vitrocerámica; un modelo anterior. Y cultivas tus propias hierbas. Yo también. Fíjate, ya tenemos algo en común. Me encanta cocinar. Es como pintar, solo que mezclas hierbas, especias y salsas en lugar de pinturas.

—Yo lo considero una ciencia. Existe una fórmula. Si te apartas de la fórmula, puedes crear algo nuevo o ligeramente diferente.

Sunny se limitó a sonreír.

—Lo mires por donde lo mires, no tendrías una cocina así a menos que te guste cocinar y que se te dé bien.

Se acercó para echar un vistazo por la ventana.

—Envidio tu invernadero. Yo tengo uno diminuto que construimos Loren y yo. No tenemos espacio para uno más grande. Veo que has plantado lechugas. Parece un huerto de buen tamaño.

—Cultivo la mayoría de las verduras y hierbas.

—Nosotros también. Vine aquí en los setenta con un grupo de otros espíritus libres. Formamos una especie de comunidad de artistas, podría llamarse así…, y cultivábamos nuestra propia comida, tejíamos nuestra ropa…, vendíamos nuestras mercancías. Muchos de nosotros seguimos aquí. Viejos hippies.

—Erais parte de la contracultura.

—Me gusta pensar que lo sigo siendo.

Mientras Abigail preparaba el café y sacaba tazas y platos, Sunny echó un vistazo a la zona de despacho. Y enarcó las cejas al

ver las imágenes del camino de entrada, la zona trasera y los costados en la pantalla del ordenador.

—¿Qué te parece? Nadie te pilla por sorpresa, ¿verdad? Trabajas con sistemas de seguridad, ¿no?

—Así es.

—Hubo un tiempo aquí en el que nadie cerraba la puerta con llave por la noche, y si tenías una tienda y necesitabas salir de repente, solo tenías que dejar una nota y punto. La gente podía entrar y dejar el dinero sobre el mostrador si quería comprar algo antes de que volvieras. A veces el progreso y el cambio son buenos; otras, no.

—Más vale estar seguro.

Brooks había dicho que no se le daba bien la gente. Pero la chica había puesto unos platos bonitos, había vertido leche en una jarrita, colocado un azucarero y servilletas de tela. Sabía atender a las visitas, aunque las visitas se presentaran sin ser invitadas y no fueran particularmente gratas.

Sunny tomó asiento junto a la encimera. Imaginaba que Abigail tenía dos taburetes solo porque se vendían juntos. Sunny añadió leche y una considerable cantidad de azúcar a su café y luego le dio unas palmaditas al otro taburete.

—Ven a sentarte. Háblame de Abigail.

—No hay mucho que contar.

—Siempre hay algo. ¿Qué te gusta hacer?

—Me gusta mi trabajo. —Abigail tomó asiento con manifiesta desgana.

—Compadezco a las personas que no les gusta. ¿Y aparte del trabajo?

—Trabajo mucho. —Se esforzó por encontrar más cosas al ver que Sunny se limitaba a enarcar las cejas—. Bert requiere ejercicio, así que paseamos o hacemos senderismo. Parte del atractivo de esta propiedad fue que contaba con bastante terreno. Trabajo en el invernadero o en el jardín. Es gratificante. Me gusta leer, ver la tele…

—A mí también, más de lo que debería, según dicen. Pero ¿qué sabrán? Y te gusta la soledad.

—Así es.

—Mientras criaba a mis tres hijos solía pensar que pagaría lo que fuera con tal de disponer de unas horas a solas.

—No sabía que tu hijo tenía hermanos.

—Dos hermanas mayores.

—Eres muy joven para tener hijos de esa edad; en la treintena, supongo.

—Tenía diecinueve cuando vine a Bickford. Me había pasado unos dos años dando tumbos.

—Tú… ¿te fuiste de casa a los diecisiete?

—El día después de graduarme en el instituto. Había invertido mucho tiempo en ello como para irme antes. Pero en cuanto terminé, me largué. —Sunny chasqueó los dedos—. No me llevaba bien con mis padres, lo que no es sorprendente, ya que lo veíamos todo, y quiero decir todo, desde lados opuestos. Aún es así, casi siempre, pero nos hemos reconciliado. Cuando vine aquí conocí a un joven profesor. Era tímido, dulce y listo, y tenía unos preciosos ojos de color avellana. Le seduje.

—Entiendo.

—Esa parte fue fácil; yo era bastante seductora —adujo con una carcajada—. Lo difícil fue darme cuenta de que estaba haciendo el amor con alguien de quien me había enamorado. Estaba muy segura de que no quería esa clase de vida. El hombre, la casa, las raíces, la familia. Pero él era irresistible. Quería casarse conmigo. Le dije que no, que no quería nada de eso.

—El matrimonio como institución forma parte de nuestro tejido cultural, pero no es más que una especie de contrato, e innecesario, ya que se rompe con facilidad.

—Podrías estar pronunciando mis propias palabras de aquella época. Cuando me enteré de que estaba embarazada de Mya, accedí a una especie de atadura de manos. Por entonces estaba coqueteando con la Wicca. Tuvimos una preciosa ceremonia junto al río y nos mudamos a una minúscula cabaña… Oh, ni la mitad de grande que esta. Tampoco había agua corriente y a mí no me importaba.

El recuerdo le hizo exhalar un suspiro.

—Tuve dos bebés allí. Y no estaba tan bien. Mi hombre quería un matrimonio de verdad, una casa de verdad. Dejó que me saliera

con la mía durante casi tres años. Me di cuenta de que era hora de dejar que él se saliera con la suya. Así que cogimos a las niñas, fuimos al juez de paz y firmamos un acuerdo legal. Y con el dinero que yo había ganado con mis obras, pues tenía un contrato para pintar tarjetas de felicitación y era razonablemente lucrativo, y con el dinero que él había ahorrado como maestro, compramos esa ruina de casa al final de Shop Street. Empezamos a repararla y llegó Brooks. Jamás he lamentado un solo momento. Ni uno solo.

Abigail no estaba segura de que pudiera considerarse una conversación cuando un desconocido te hacía un resumen de la historia de su vida. Pero era fascinante.

—Eres muy afortunada.

—Oh, sí que lo soy. ¿Qué tal está la tarta?

Abigail parpadeó y bajó la mirada. Había estado tan absorta en la historia de Sunny que casi se había comido la mitad.

—Está buenísima.

—Te daré la receta.

—Nunca he hecho tarta. Estoy yo sola. Hacer una tarta no me parece práctico.

—No hay nada práctico en una tarta. Haremos un trueque. Te cambio la receta por una de las tuyas.

—No sé qué te gusta.

—Sorpréndeme.

Tras un debate interno, Abigail fue hasta su ordenador portátil, abrió su archivo de recetas e imprimió de inmediato la de pollo a la pimienta.

—Puedes acomodar las especias a tu gusto.

—Tiene una pinta estupenda. Creo que me pasaré por la tienda de camino a casa, compraré lo que no tenga y la probaré esta noche. Vamos, deja que te apunte la receta de la tarta. —Sacó una libreta y un bolígrafo del bolso.

—¿Te la sabes de memoria?

—Llevo haciendo esta tarta demasiados años como para poder contarlos. Es la favorita de Loren.

—Sonríes cuando pronuncias su nombre.

—¿De veras? Llevamos casados, y cuento desde la atadura de manos, treinta y seis años. Aún me hace feliz.

Aquella, pensó Abigail cuando se quedó sola de nuevo, era la declaración más vital y convincente sobre una relación. Aquella felicidad podía perdurar.

Estudió la receta que tenía en la mano. Más tarde la pasaría al ordenador. Recogió los platos y las tazas de forma diligente y con cierta sorpresa se fijó en la hora.

No sabía cómo, pero acababa de pasar más de treinta minutos en la cocina, tomando tarta y café y manteniendo una conversación fascinante con una desconocida.

—Supongo que eso significa que ya no es una desconocida.

No podía decidir cómo le hacía sentir, no era capaz de comprenderlo. Dirigió la vista a su trabajo y luego a su perro.

—Mierda. Vamos a pasear.

***

—¿Que has hecho qué? —Brooks miró a su madre boquiabierto.

—Me has oído perfectamente. Le he llevado una tarta a Abigail. Hemos mantenido una agradable charla mientras tomábamos tarta y café. Me cae bien.

—Mam…

—Creo que decir que no se le da bien la gente es bastante acertado. No es tímida, solo está oxidada en lo que se refiere a relacionarse. En cuanto empezamos, todo fue bien. Hemos intercambiado recetas.

—¿Habéis…? —Sentado a su mesa, Brooks apoyó la cabeza entre las manos—. Pero ¿no oíste lo que te dije anoche?

—Claro que sí.

—Puede que esté huyendo. Puede que tenga problemas. Si esos problemas dan con ella, puede ser peligroso. ¿Y tú te presentas allí con una tarta como si tal cosa?

—De arándanos. He tenido que hacer dos para no herir los sentimientos de tu padre. Tiene una cocina increíble. Y viendo la receta que me ha dado, apuesto algo a que es toda una cocinera. Además, tiene cámaras, o algo parecido, instaladas por toda la propiedad. Lo he visto en la pantalla de su ordenador. Tiene

imágenes de la entrada, la parte de atrás, etcétera.

—Joder.

—Le ha hablado en francés al perro.

Aquello hizo que Brooks levantara la cabeza de nuevo.

—¿Qué?

—Me pregunto por qué le habrá enseñado francés al perro, nada más. Tiene unos modales exquisitos. Te escucha con todo el cuerpo. Tiene algo que me conmueve. Te juro que he tenido ganas de acariciarla como he hecho con el perro.

—¿Que tú… que has acariciado a ese monstruoso perro?

—Ella le ha dicho en francés que no pasaba nada. Ha sido muy dulce. Le es muy fiel, de eso no cabe la menor duda. No se ha apartado más de sesenta centímetros de ella. Es un perro muy bueno, y estoy segura de que es un compañero estupendo. Pero esa chica necesita un amigo. En fin, tengo que irme corriendo a la tienda para comprar unas cosas. Quiero probar la receta que me ha dado.

—Mamá, no quiero que vuelvas por allí hasta que sepa más.

—Brooks.

Tenía treinta y dos años, y aquel tono, aquella mirada de su madre, aún podía hacer que se le encogieran las pelotas.

—Eres un hombre adulto, pero aún no ha llegado el día en que puedas decirme lo que tengo que hacer. Si quieres averiguar más cosas sobre ella, ¿por qué no vas allí y eres amable, como he hecho yo?

—¿Y le llevo tarta?

—Podrías probar con una botella de vino.

***

Llevó un buen pinot grigio de gama media. Parecía algo razonable, amistoso, sin excesivas connotaciones. Le estaba dando demasiadas vueltas al asunto, de modo que dejó de pensar y se limitó a conducir hasta allí.

La lluvia caída la noche anterior había contribuido a que todo reverdeciera un poco más. En esos momentos el sol de última hora

de la tarde se colaba entre aquellas verdes ramas, salpicaba la carretera y se reflejaba en las aguas del pequeño arroyo que discurría a un costado.

Mientras recorría el camino de entrada vislumbró el humo que salía de la chimenea.

Entonces la vio.

Estaba de pie, con el enorme perro pegado al tacón de sus botas negras, que le llegaban hasta la rodilla. Llevaba vaqueros, una chaqueta negra de cuero y una pistola sujeta a la cadera.

Decidió no pensar demasiado en que todo en ella en aquel preciso instante le parecía sexy a más no poder.

Simplemente era así; incluso la tensa irritación que denotaba su cara le parecía sexy.

Agarró la botella de vino y se apeó del coche.

—Buenas tardes.

Se aproximó a ella como si no llevara una Glock, como si no tuviera un perro que sin duda le clavaría los dientes en la yugular antes de que tuviera oportunidad de desenfundar su propia arma.

Ella miró la botella que llevaba.

—¿Qué es eso?

—En realidad, es un par de cosas. La primera, es un vino muy bueno. La segunda, es una disculpa.

—¿Por qué?

—Mi madre. La otra noche fui a cenar a su casa y mencioné que había estado aquí. Se aprovechó de eso. Siento… siento mucho la intromisión.

—Así que viene… vienes a importunar para disculparte por una intromisión.

—Técnicamente. Pero es un vino muy bueno. En fin, ¿has ido a dar un paseo?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tienes barro en las botas. Anoche llovió un poco. Hace que reverdezca todo, pero también hace que haya barro. ¿Vas siempre armada cuando paseas al perro?

Abigail siempre llevaba pistola, y punto, pero eso no era asunto suyo.

—He estado practicando el tiro al blanco. El vino no era

necesario.

—Es cierto, pero es uno de esos agradables beneficios que acompañan las disculpas. —Giró la botella para que el precioso vino pajizo atrapara la luz—. ¿Dónde tienes el blanco para practicar?

—¿Por qué haces tantas preguntas? ¿Por qué seguís viniendo por aquí, con vuestro vino y vuestra tarta? ¿Qué le pasa a la gente? ¿Por qué sonríes?

—¿Qué quieres que responda primero? —Se encogió de hombros al ver que ella se limitaba a mirarle con frialdad—. Por orden, entonces. Soy un hombre curioso por naturaleza, y policía, además. Así que las preguntas son parte de mí. Parte de esa curiosidad la he sacado de mi madre, que vino hasta aquí con una tarta porque es curiosa. Y porque es una mujer amable. Lo del vino ya te lo he explicado. Desde mi punto de vista, no nos pasa nada. Simplemente somos como somos. Tu punto de vista puede que sea diferente. Estaba sonriendo porque me preguntaba si tenías cierto mal genio. Hace que te ilumines. Es agradable ver la luz. ¿Me he dejado algo?

Sus ojos eran ambarinos bajo el sol de última hora de la tarde y su sonrisa, atractiva. Abigail pensó que tenía ese estilo desenfadado y coloquial como otros hombres poseían calcetines.

—Te crees encantador.

—Sí. Probablemente sea un defecto, pero ¿quién es perfecto? He respondido a tus preguntas, aunque tú no has respondido a la mía. ¿Dónde has practicado?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Por un par de razones. La primera es esa dichosa curiosidad otra vez. La segunda, como policía que soy, sabiendo que hay una mujer que suele ir armada, me gustaría asegurarme de que es capaz de manejar lo que lleva.

—Soy una tiradora excelente.

—Eso dices tú. Yo podría decirte que bailo el tango igual que un argentino, pero a menos que te lo demuestre, podría estar mintiendo… o exagerando.

—Dudo que todos los argentinos bailen el tango.

—Pues como uno que sepa bailarlo, entonces.

—Si te demuestro mi destreza como tiradora, ¿me dejarás en paz?

—Bueno, Abigail, no puedo hacer un trato así. A lo mejor tengo que volver. ¿Y si un grupo de fanáticos intentan secuestrarte? ¿O de extraterrestres? Tenemos unas cuantas personas por aquí que juran haber visto extraterrestres…, del tipo de E. T., me refiero. De hecho, Beau Mugsley afirma que es abducido dos veces al año de manera invariable.

—Eso es ridículo.

—No según Beau Mugsley. No le hagas hablar sobre sondas anales. Y, dejando eso a un lado, eres una mujer fascinante.

—No quiero serlo.

—¿Lo ves? Ahora eres aún más fascinante.

—Y si existe vida inteligente en otros planetas, dudo mucho que se pasen el tiempo intentando abducir a alguien que se ocupa de sus asuntos.

—Nunca se sabe, ¿verdad?

Abigail no podía discutir con alguien como él, alguien que decía cosas sin sentido y que se mostraba tan cordial. Si a eso se le sumaba la tenacidad y la curiosidad de policía, concluyó que estaba atrapada.

—Satisfaré tu inmerecida preocupación sobre mi destreza con una pistola. Luego puedes marcharte.

—Es un buen punto de partida. —Reparó en que ella colocaba una mano sobre la cabeza del perro antes de darse la vuelta—. Mi madre dice que tu perro habla francés —comentó Brooks cuando la alcanzó—. Yo di dos años en el instituto, en parte… vale, solo porque la profesora de francés estaba buena. Como un tren. No se me quedó mucho, pero me pasé dos años mirando a la señorita Gardner, que estaba como un queso.

—Los estudios demuestran que los adolescentes varones suelen tomar decisiones basadas en el sexo. Muchos no llegan a superarlo.

—No puedes culparnos por nuestra composición genética. Una instalación impresionante. —Hizo una pausa para estudiar la zona de tiro al blanco.

Había esperado encontrarse un par de dianas circulares, pero tenía un trío de siluetas de estilo policial accionadas mediante poleas y reforzadas con gruesos paneles acolchados. Había protectores para ojos y oídos en un banco de madera junto con

siluetas extras. Calculó que debía de haberlas puesto a más de quince metros.

—No tengo un segundo par de cascos ni gafas protectoras —le dijo cuando se los puso.

—No hay problema.

Brooks retrocedió y se tapó los oídos con las manos mientras ella se los colocaba.

Se percató de que se trataba de la posición de un policía y que la adoptaba con un movimiento fluido y experto. Disparó seis veces sin inmutarse y luego enfundó el arma antes de recoger el blanco.

—Magnífica serie —observó. Los seis bien centrados, separados por escasa distancia y formando un dibujo casi perfecto.

—Como puedes ver, soy una tiradora excelente. Soy muy diestra.

—No cabe duda —le dijo mientras ella recogía los plomos y los echaba en un cubo—. ¿Te importa que pruebe?

Abigail no respondió, pero se quitó los cascos y las gafas y se los pasó a él. Luego volvió la vista hacia donde estaba el perro, esperando pacientemente.

—Almohada.

—¿Qué?

—Le hablaba a mi perro. Si no…, protestará cuando saques el arma.

—No queremos que eso pase. —Brooks le entregó la botella de vino a Abigail y se colocó las gafas y los protectores para los oídos.

—Utilizas una Glock 22. —Se fijó Abigail—. Es una buena arma.

—Cumple con su trabajo. —Tomó posición, distendió los hombros y disparó seis veces.

Volvió la mirada hacia el perro mientras enfundaba la pistola. Bert no se había movido.

Abigail recogió el blanco y se tomó un momento para estudiar la serie, que era casi idéntica a la que ella había hecho.

—Tú también eres un excelente tirador.

—Siempre he pensado que ya que tienes que ir armado, más vale darle al blanco al que apuntas. Tengo buena mano con un arma de cañón largo. Mi madre, como hippy, se oponía a las pistolas. A lo mejor por eso perfeccioné mi destreza con ellas. La típica rebelión,

supongo.

—Sí. —Levantó la vista hacia él—. ¿Has disparado a alguien?

—Hasta ahora no. Me gustaría seguir diciendo eso. He tenido que sacar el arma algunas veces, pero nunca he tenido que dispararla.

—¿Podrías hacerlo?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes si nunca lo has hecho?

—Proteger y servir. —La miró, sus mutables ojos estaban serios—. Proteger es lo primero. No podría llevar una placa si no pudiera defender a alguien. Pero ojalá nunca tenga que meterle una bala a nadie. —Él también recogió los plomos—. ¿Y tú?

—¿Si he disparado a alguien? No. Pero claro, diría que no aunque lo hubiera hecho. Decir lo contrario solo acarrearía más preguntas.

—No te equivocas. ¿Podrías?

—Sí, podría. —Aguardó un momento—. No me preguntes cómo lo sé.

—No tengo que hacerlo. ¿Te queda algo de tarta? Y antes de que me preguntes por qué, te lo voy a explicar. Ahora que nos hemos demostrado mutuamente lo buenos que somos disparando, se me ha ocurrido que podríamos abrir esa botella y tomar una copa de vino y un trozo de tarta.

—El vino era una estratagema.

Poseía el encanto de su madre, decidió, y lo más probable era que también tuviera su misma maña para salirse con la suya. No tenía sentido negar que le resultaba atractivo físicamente. Su reacción hormonal hacia su físico, su constitución, su comportamiento e incluso su voz era del todo natural.

—No puedo comerme toda la tarta. Es demasiado para una sola persona.

—Es una lástima desperdiciarla.

Guardó los protectores dentro del banco.

—De acuerdo. Puedes tomarte ese trozo de tarta y esa copa de vino. Pero no voy a practicar sexo contigo.

—Ahora has herido mis sentimientos.

—No lo he hecho. —Decidiendo dejar clara su postura, se

encaminó hacia la casa—. Me gusta el sexo.

—Bueno, acabamos de encontrar otra cosa en común. Si esto sigue así, dentro de una semana seremos amiguísimos.

—Si quisiera amigos me uniría a un club de lectura.

Se estaba soltando, pensó Brooks, encantado con el sarcasmo.

—Me gusta leer, que es otro signo de afinidad. Pero estábamos hablando de sexo.

—El acto sexual es una función física normal y una experiencia placentera.

—Hasta ahí pensamos igual.

Ella sacó las llaves y abrió la puerta. Una vez dentro conectó la alarma.

—Puede ser que me encuentres físicamente atractiva a cierto nivel.

—A todos, en realidad.

—Y puede que esa sea la razón de que hayas venido aquí con vino. Me tomaré una copa con gusto, pero no practicaré sexo contigo.

—Vale. —Encantado con ella, la siguió hasta la cocina—. ¿Alguna razón en particular para no practicarlo, aparte de que ni siquiera hemos compartido la tarta de arándanos?

—Haces demasiadas preguntas. Responderlas es molesto y agotador.

—Puñetera curiosidad. Joder, Abigail, ¿has sonreído?

—Seguramente sea una mueca.

—Ahora has hecho un chiste. En cualquier momento te pondrás un gorrito de fiesta y empezarás a bailar sobre la mesa.

—Eres gracioso. Yo no, así que valoro a alguien que tiene gracia natural. —Se quitó la chaqueta, abrió la puerta de lo que Brooks supuso era un pequeño cuarto del lavadero y la colgó en una percha —. Y eres físicamente atractivo y estás en forma. Prefiero practicar sexo con alguien que esté en buenas condiciones.

Ella cogió un sacacorchos y, aunque él se lo habría arrebatado y abierto el vino en su lugar, se dispuso a hacerlo de manera enérgica y eficiente.

Qué coño, pensó, y se sentó.

—¿Hasta ahora lo único en mi contra es la curiosidad?

—Hay otras cosas. La proximidad, por ejemplo, que haría que resultara incómodo y problemático cuando ya no me acostara contigo.

—¿Qué te hace pensar que vas a querer dejar de acostarte conmigo?

Sacó dos copas, dos platos de postre y dos tenedores.

—La ley de la probabilidad.

—Ah, eso. Yo desafío la ley de la probabilidad.

—Mucha gente cree que es así. Pero no. —Sirvió el vino, estudiándole al tiempo que le ofrecía la copa—. Me gusta tu nariz.

—Abigail, me tienes fascinado, joder. ¿Por qué te atrae mi nariz?

—Te la has roto en algún momento. La ausencia de simetría añade carácter e interés a tu rostro. Me gusta el carácter.

—Y aun así nada de sexo para mí.

Ella sonrió de nuevo, esta vez una amplia sonrisa.

—Estoy segura de que tienes otras opciones.

—Eso es verdad. Hago que cojan número, como en el supermercado. —Esperó hasta que ella sacó la tarta y la destapó—. ¿Quieres saber por qué yo no voy a mantener relaciones sexuales contigo?

Brooks se dio cuenta de que la había sorprendido. De que había avivado su curiosidad.

—Sí, me gustaría.

—Eres atractiva y estás muy… en forma. Tienes una manera de mirarme que parece que estés atravesándome. No sé por qué eso es sexy, pero lo es. Necesitas ayuda.

—No quiero ayuda.

—No he dicho que la quieras. La necesitas, y yo siento debilidad por la gente que necesita ayuda. Me gusta tu perro aunque imagino que es tan peligroso, o casi tanto, como esa Glock que llevas sujeta a la cadera. Me encanta cómo hablas, como si no estuvieras muy acostumbrada a hacerlo. Me gustaría sentir tu boca bajo la mía. Eso me gustaría más de lo que había pensado. Pero no. —Con un suspiro exagerado, levantó las manos y las dejó caer—. Siempre voy a tener preguntas. Así que eso es un problema. Y aunque soy un hombre y siempre estoy listo para practicar sexo si una mujer se me

cruza, suele gustarme conocerla primero. Cena, conversación, ese tipo de cosas.

—Una cita. Yo no tengo citas.

—Sabes, oírte decir eso no me sorprende. Bueno, ya hemos compartido una actividad; hemos disparado al blanco. Hemos intercambiado información y puntos de vista. Ahora estamos compartiendo vino y tarta. Si lo exagero podría convertirlo en una cita.

La mirada que le echó podía definirse como de nerviosismo.

—No es una cita.

—Según tu opinión. —Hizo un gesto señalándola con el tenedor lleno de tarta—. Yo tengo la mía. Eso significa que lo único que me impide practicar sexo contigo es mi naturaleza curiosa. Eso puedo superarlo. Puedo decidir que no supone un problema para mí; entonces lo único que me impide tener sexo contigo es que tú estés dispuesta.

—No lo estoy, así que si vamos a seguir hablando, deberíamos hacerlo sobre otra cosa. No ha sido un desafío —agregó en cuanto se le ocurrió—. No pretendía plantearte un desafío sexual.

—No, comprendo que no querías hacerlo, pero eso parecía. Y es muy jugoso. Como la tarta. —Cogió otro trozo—. ¿Has diseñado tú este sistema de seguridad?

Ella parecía recelosa otra vez.

—Sí.

—¿También las cámaras?

—Sí. Obviamente no fabrico los aparatos.

—Obviamente. —Se inclinó a un lado para estudiar su ordenador—. Menudo equipo.

—Es mi trabajo.

—Me las apaño con el ordenador. Puedo hacer lo que tengo que hacer, normalmente buscar lo que necesito buscar. Pero mi padre es un máquina. Cuando tengo un problema, él es mi hombre. Debe de ser el cerebrito de las matemáticas que hay en él. ¿Eras un cerebrito en matemáticas?

Abigail recordó que en otro tiempo era un cerebrito en todo. Tal vez aún lo fuera.

—Me gustan las matemáticas. Son pura lógica.

—Debería habérmelo imaginado. —Se enderezó y tomó un poco de vino—. Me gusta tu casa. Mi madre quiere tu cocina.

—Deberías regalarle un perro —dijo Abigail.

—¿Qué?

—Dice que no está preparada, pero por su modo de comportarse y de reaccionar con Bert quedó claro que sí lo está. Echa de menos tener un perro en su vida. Ella… Lo siento. —Sus mejillas se sonrojaron—. No es asunto mío.

—Por aquí no paramos quietos. Quería a ese perro. Todos lo queríamos. Nos quedamos hechos polvo cuando tuvimos que sacrificarlo. —Miró a Bert y resistió el impulso de acariciarle porque temía perder su mano—. ¿De verdad piensas que está lista para empezar con otro?

—No debería haber sacado el tema.

—Lo has hecho. Y te estoy pidiendo tu opinión.

—Entonces sí. Me parece que siente que sería desleal si comprara otro perro. Pero un regalo, de uno de sus hijos, eso es diferente, ¿no?

—Lo es. Gracias. Le has caído bien a mi madre.

—A mí también. Deberías llevarte el resto de la tarta y su plato. —Abigail se levantó para tapar lo que quedaba.

—Aquí tienes tu sombrero; hasta la próxima.

—No llevabas sombrero.

—Es una expresión. Es como decir «No dejes que la puerta te golpee en el culo cuando salgas».

—Ah. Entonces sí, tienes que irte. Yo tengo que dar de comer a mi perro y tengo trabajo pendiente. Por favor, dile a tu madre que me ha encantado la tarta.

—Lo haré. —Se puso en pie y cogió el plato.

—Y gracias a ti por el vino. Te acompaño.

Al llegar a la puerta esperó a que ella abriera y desactivara la alarma. Luego dejó el plato en la mesita.

—Dile a tu perro que se relaje.

—¿Por qué?

—Porque quiero tocarte y voy a necesitar las manos para conducir después de hacerlo. No quiero que me arranque una.

—No me gusta que me toquen.

—Te gusta el sexo. Un beso está a caballo entre que te toquen y tener sexo. ¿No sientes curiosidad, Abigail?

—Un poco. —Estudió su rostro como si tuviera rayos X y después miró al perro—. *Ami* —le dijo posando con suavidad una mano en el brazo de Brooks—. *Ami*, Bert.

A pesar de todo se puso tensa cuando Brooks le cogió la mano…, la misma con que manejaba su pistola.

—*Ami* —murmuró Brooks—. De eso sí me acuerdo. Así que vamos a ser amigos.

Le puso la otra mano en la mejilla y se arrimó despacio mientras ella le observaba. Aquella expresión dispuesta y firme en sus ojos tocó alguna fibra sensible en él. El beso fue ligero, un poco más allá de la línea de la amistad, suave. Sus labios se encontraron, sus ojos se cruzaron.

Se acercó un poco más, cuerpo contra cuerpo, hasta que ella posó la mano en su hombro y la deslizó hacia su nuca, enroscándola en su pelo. Hasta que su lengua tocó la suya y aquellos ojos siempre alerta adquirieron un tono verde más intenso.

Luego Brooks retrocedió y le soltó la mano. Entonces cogió la tarta, meneando la cabeza.

—Sabes que voy a tener que volver.

—Es un error.

—¿Para quién?

—Para los dos.

—Distintos puntos de vista, acuérdate. —Se inclinó y esa vez le rozó los labios con los suyos de forma rápida y amistosa—. Volveré. Hasta luego, Bert —agregó cuando salió y se dirigió a su coche.

Abigail cerró la puerta y echó la llave antes de escuchar el motor encenderse. Exhaló el aire y miró al perro.

—Es un error —repitió.

10

Brooks pasó la mayor parte del día metiéndole el miedo en el cuerpo a tres ladronzuelos de tiendas preadolescentes, bregando con un accidente de tráfico —lo que entrañaba principalmente evitar que los dos conductores llegaran a las manos—, ocupándose del papeleo resultante y escuchando a Sid Firehawk quejarse cuando por fin le citó en comisaría por el tema del estruendoso silenciador.

Para recompensarse optó por hacer un viajecito rápido a la panadería para comprar un café y unas galletas de canela, pero Alma asomó la cabeza en su despacho. De sus orejas colgaban unos símbolos de la paz multicolor del tamaño del puño de un bebé.

—Ha llamado Grover. Parece ser que hay una disputa en la galería Ozarks Art.

—¿Qué tipo de disputa?

—Solo ha dicho que las cosas se estaban calentando un poco y que te pidiera que te pasases por allí.

—De acuerdo. Me acercaré. Podría hacer una parada en la panadería a la vuelta, por si quieres alguna cosa.

—Apártate de mí, Satanás.

—Solo preguntaba. —Brooks se levantó de su mesa y cogió su chaqueta.

—Si una galleta de chocolate con nueces de macadamia y un café con leche desnatada aparecieran en mi mesa por arte de magia, yo no tendría culpa alguna.

—Nadie podría culparte.

Mientras salía se preguntó por qué Alma se tomaba el café con leche desnatada cuando iba a comerse una galleta. Pero aquel era uno de los misterios femeninos que no le quitaban el sueño.

Echó un vistazo al cielo mientras caminaba. Las temperaturas se

negaban a estabilizarse; tan pronto se disparaban como caían en picado y colisionaban en medio, como una alfombra de bienvenida para los tornados. Pero el cielo se mantenía despejado, con el mismo tono inofensivo de la tela vaquera desgastada.

Cruzó hacia Shop Street, satisfecho al ver el ajetreo de lugareños y turistas típico de las tardes de sábado. Pasó por la tienda gourmet, pensó en Abigail y recorrió otra manzana hasta la galería Ozarks Art.

No vio señales de disputa a través del escaparate. De hecho no había ni rastro de Grover, tampoco de clientes ni de nadie más. La pequeña campana tintineó cuando entró. Echó una ojeada a la galería principal y sus paredes de cuadros, expositores que exhibían esculturas, estantes de cristal soplado artesanal y cerámica local.

En el aire flotaba la fragancia de un bosque en primavera que salía de uno de esos ambientadores de difusor. Obra de Grover, pensó de manera distraída. El hombre parecía un gnomo escapado de un cuento y era un genio con los aromas.

Retrocedió en dirección al almacén y la oficina, sin ver a nadie en el mostrador de la caja registradora.

Y entonces escuchó el repicar de unos tacones sobre el suelo de madera.

Sylbie, con el cabello suelto y los ojos soñolientos, salió de la parte posterior de la galería.

—Bueno, aquí estás…, jefe.

—¿Cuál es el problema, Sylbie?

—Yo te lo diré. —Le hizo una señal con el dedo y se echó el pelo hacia atrás, liberando su fragancia personal al tiempo que abría la puerta de la trastienda—. Aquí dentro.

—¿Dónde está Grover?

—Volverá en unos minutos. Alguien tiene que vigilar el local.

Brooks sintió que la trampilla crujía bajo sus pies.

—Sylbie, Grover llamó a comisaría y dijo que había una disputa que requería de intervención policial.

—Es cierto, pero no tiene por qué haberla. Ven atrás y lo solucionaremos.

—Lo resolveremos aquí.

—De acuerdo. —De pronto llevaba un vestido blanco y negro, y

un instante después, ya no.

—Joder, Sylbie.

Ella rió, retirándose el cabello y liberando su perfume antes de apoyarse sobre el quicio de la puerta, desnuda salvo por un par de zapatos rojos de tacón de aguja que dejaban al descubierto una vislumbre de las uñas de los pies pintadas del mismo tono.

—No viniste a verme la otra noche, Brooks. Tuve que beberme ese vino yo solita.

—Te dije que estaba ocupado. Vuelve a vestirte.

—Vaya, eso es algo que no recuerdo que me hayas dicho en el pasado.

Clavó los ojos en los de ella, sorprendido y un tanto desconcertado porque le costara tan poco esfuerzo impedir que se fueran de ese lugar.

—Te lo digo ahora. Ponte el vestido, Sylbie.

—Acércate y oblígame.

—¿Qué te pasa? —exigió—. Has convencido a Grover para que llamara a comisaría y solicitase la presencia de un agente.

—No de cualquier agente, cielo. —Frunció los labios en un beso —. Te quería a ti.

—Cierra la boca —espetó; raras veces sacaba a pasear su temperamento—. Si dentro de diez segundos no te has puesto ese vestido, te arrestaré.

—Oh…, es así como quieres jugar.

—Mírame, joder. ¿Te parece que estoy jugando?

Su tono, su cara, por fin calaron en ella. El mal humor iluminó sus ojos cuando se agachó y se puso de nuevo el vestido.

—No creas que puedes hablarme de ese modo.

—Haré algo más que hablar si vuelves a hacer algo semejante. Soy el puto jefe de policía, Sylbie. Estoy de servicio.

Ella se subió los tirantes del vestido de un tirón, con aire desafiante.

—Como si alguna vez pasara algo por aquí.

—Te diré una cosa que sí va a pasar. Voy a buscar a Grover y a multarle por denuncia falsa.

—No lo harás.

—Ya lo creo que sí.

Ella dio un rápido paso adelante.

—No lo hagas, Brooks. No lo hagas. Solo lo ha hecho porque yo se lo he pedido.

—Pues así aprenderá para la próxima. Y tú también.

—¿Por qué te comportas así? —Las lágrimas se abrieron paso a través del mal genio—. Lo haces para que tenga que arrojarme a tus pies, y lo único que consigues es cabrearte. En el instituto no podías quitarme las manos de encima.

—Ya no estamos en el instituto. Y no quiero volver a esa época.

—No me deseas.

Brooks conocía bien aquellas lágrimas. Había cruzado a nado mares y mares en el pasado y eran bastante sinceras.

—Sylbie, eres hermosa, probablemente la mujer más hermosa que haya visto. Tienes talento y cuando te lo propones eres una compañía interesante. Pero no te deseo como entonces. No quiero lo que teníamos antes.

—No me dijiste eso hace un par de semanas, cuando estabas encima de mí en mi cama.

—No, no lo hice y lo lamento, Sylbie. —Por lo que a él concernía, tenía mucho de lo que lamentarse—. El sexo siempre fue bueno entre tú y yo, pero nunca tuvimos mucho más que eso.

—¿Qué más te da siempre que eches un polvo?

—Cielo, tendrías que tener mejor concepto de ti misma. Yo lo tengo.

—Algo te pasa. —La ira y la vergüenza tiñeron su rostro—. Tendrías que desearme cuando me ofrezco a ti.

—Si eso es lo único que quieres, sabes que hay muchos que estarán dispuestos.

—Pero tú no.

—No, yo no. —Se dio cuenta de que habían llegado al final de aquel camino y sintió un cierto alivio—. Ya no. Puede que nos caigamos mejor sin sexo de por medio. Una cosa sí te prometo, y más vale que me hagas caso. Si vuelves a hacer algo tan estúpido y peligroso, verás el interior de una de las celdas del calabozo.

Su rostro aún estaba enrojecido, pero su expresión era dura y fría.

—Has cambiado, Brooks.

—Dios, eso espero. Más vale que vigiles la galería hasta que vuelva Grover. —Se dispuso a marcharse, echando una última mirada por encima del hombro—. Es un vestido bonito, Sylbie. Déjatelo puesto.

Cuando salió, vio a Grover —orondo, con los hombros encorvados y calvo— sentado en el banco entre su tienda y la siguiente, fumándose un Marlboro.

—Ah, hola, jefe.

—Hola, Grover. Ven conmigo.

—Ah…

—Hacer una denuncia falsa conlleva una multa y tú vas a pagarla.

—Pero yo…

—La próxima vez que una mujer guapa te pida que hagas una estupidez, piénsatelo dos veces.

—Pero ella me dijo…

—Eso háblalo con Sylbie. Te estoy diciendo que no llames pidiendo ayuda a menos que la necesites. No me hagas perder el tiempo ni a mí ni al Departamento de Policía de Bickford. Podría meterte en la cárcel por lo que has hecho.

El rostro de Grover se llenó de manchas rojas y blancas mientras se levantaba con las piernas temblorosas.

—¿En la cárcel? ¡Santo Dios! Yo solo…

—No vuelvas a hacerlo. La multa es de doscientos dólares.

Brooks estaba preparado para coger a Grover si se desmayaba, pues lo consideraba muy posible.

—Yo-yo-yo…

—Te la voy a dejar en veinticinco dólares, aplicándote un descuento por estupidez. Pásate al final del día y págala o te la subo a doscientos. ¿Queda claro?

—Sí, señor. Lo siento. Pensé que…

—No, no pensaste. La próxima vez lo harás.

—Yo la pagaré, Grover. —Sylbie salió—. Es culpa mía. Yo pagaré la multa.

—Me da igual de dónde salga el dinero, pero paga a las cinco.

—No tenías por qué asustarle tanto. —Sylbie se sentó en el banco, tiró de Grover para que hiciera lo mismo y le echó el brazo

sobre los encorvados hombros—. Ha sido culpa mía.

—No te lo discuto. Paga la sanción y todo olvidado.

Aunque había perdido las ganas de galletas, cruzó hasta la panadería y recogió el pedido de Alma. Se lo dejó sobre la mesa antes de meterse en su despacho para extender la multa.

Le dio vueltas a qué poner como cargo, luego optó por «sembrar la alarma». Parecía encajar y no avergonzaría a nadie.

La llevó fuera y la dejó junto al café con leche de Alma.

—Grover o Sylbie vendrán a pagar la multa. No preguntes.

—Siempre que alguien escucha «No preguntes», está obligado a hacerlo.

—No cuando ese alguien acaba de invitarte a un café con leche y una galleta de chocolate con nueces de macadamia.

Alma tamborileó las uñas con las puntas azules sobre el vaso desechable de café.

—Así que esto es un soborno.

—Podría llamarse así. No preguntes, Alma. —Levantó la vista cuando entró Ash.

—He tenido que echar a unos patinadores del aparcamiento junto al banco. Otra vez. Y he parado a Doyle Parsins por exceso de velocidad. Otra vez. Hay gente que nunca aprende. ¿Tienes galletas?

—Galleta —dijo Alma—. En singular. Y es mía.

—Me he dado una vuelta por el parque de la liga infantil. He visto al crío de Draper hacer un triple. Y me he puesto eufórico. Una galleta sería la guinda del pastel.

Alma sonrió mientras le daba un mordisco muy despacio y ponía los ojos en blanco de placer.

—¡Mmm-mmm!

—Qué mala eres.

Dejándolos a lo suyo, Brooks regresó a su despacho y cerró la puerta. Pasó algo de tiempo investigando a Abigail Lowery, que según descubrió tenía un máster en Informática y otro en Ingeniería de Seguridad, ambos por el MIT. Realmente impresionante.

Eso le llevó un rato, pero averiguó que trabajaba de forma independiente para una empresa llamada Global Network.

Cambió de objetivo y buscó la empresa.

Era una compañía privada, descubrió. Fundada por una tal Cora Fiense, de treinta y tres años. Sin fotografía en su expediente, al menos que él pudiera encontrar. Pero ojeó un par de artículos que describían la pequeña y exclusiva empresa montada por una agorafóbica que evitaba los medios de comunicación.

La web oficial no facilitaba información real de la propietaria ni de los empleados, sino que simplemente exponía que Global ofrecía análisis y diseño de sistemas de seguridad.

Se recostó en la silla y se preguntó por qué insistía. Por lo que sabía, ella no había hecho nada. Le gustaba Abigail, pero tenía una sensación de inquietud que no podía ignorar. Una sensación de inquietud que le decía que si seguía rascando descubriría algo… más.

Apagó el ordenador al oír que llamaban a su puerta.

—Sí.

—Se acabó mi turno —le dijo Alma—. He desviado las llamadas a tu móvil. Ash estará en la centralita hasta las ocho; Boyd está de patrulla.

—Perfecto.

—Sylbie y Grover han venido juntos y han pagado la multa.

—Bien.

—No sé si la galleta ha sido soborno suficiente. De todas formas tu turno acaba dentro de diez minutos. Vete a casa.

—Puede que lo haga. Gracias, Alma.

Comprobó su agenda y se dio cuenta de que el lunes tenía la reunión mensual con la junta de concejales; ¡qué divertido! Y tendría que completar sus revisiones e inspecciones trimestrales para finales de mes. Podía irse a casa y adelantar parte del trabajo. Desde luego su calendario social no rebosaba de actividades.

Era culpa suya, reconoció. Podía pasarse por el bar o llamar a uno de sus amigos para ver qué tal iba todo. Sin embargo no estaba de humor.

El incidente con Sylbie le había dejado un poco deprimido e irritable. Y cachondo. Y eso último le cabreaba.

Porque a pesar del desconcierto, la sorpresa y el enfado, se había sentido tentado. Solo un poco.

Resultaba difícil culparse por ello, se dijo mientras se levantaba

e iba hasta la ventana. Un hombre tendría que llevar un año muerto para no sentirse tentado por Sylbie en cueros.

En esos momentos estaba tenso e inquieto. Antes de ese paseo a la galería Ozarks Art había estado de muy buen humor. Se sentía frustrado, pensó, pues se había privado de un polvo rápido y ardiente, un buen café y una galleta.

Pero Sylbie tenía razón. Había cambiado. Esperaba no perder nunca su gusto por el sexo rápido y ardiente, pero ya no deseaba pagar el precio, en forma de remordimiento y vacío que llegaban después, cuando aquello carecía de relevancia.

Lo que necesitaba era una distracción. Quizá se acercara a casa de Mya, gorroneara algo de cena y pasara un rato con los chicos. Nada como un par de críos revoltosos luchando por la Wii o la PlayStation para hacer que un hombre se olvidara del sexo.

Apagó el ordenador y una vez más cogió su chaqueta. Le dio las buenas noches a Ash al salir. Siguiendo un impulso, fue corriendo a la floristería y llegó cinco minutos antes de que cerraran.

Supuso que un ramo de tulipanes era un buen canje por una comida y la distracción.

Salió de la ciudad y se dispuso a girar hacia la enorme y ruidosa casa junto al río de su hermana mayor. No se dio cuenta de que había cambiado de opinión hasta que se encaminó hacia la otra dirección.

***

Abigail tenía un agradable fuego en la chimenea. Sobre el fogón, una olla con sopa de pasta *fagioli* hervía a fuego lento. Había horneado un pequeño pan de aceitunas y preparado una ensalada mixta que pretendía aliñar con una vinagreta de frambuesa.

Había terminado todo el trabajo que se había propuesto para ese día. Había pasado noventa minutos haciendo pesas y cardio y había sacado a Bert a hacer ejercicio.

Iba a premiarse con la cena y una película…, tal vez incluso con una sesión doble, con palomitas para la segunda.

Teniendo en cuenta todas las interrupciones, había tenido una

semana muy buena y productiva. Sus honorarios por el trabajo que acababa de terminar engordarían su cuenta bancaria y contribuirían a su tranquilidad.

¿Y el domingo? Dejaría descansar el ordenador. Limpiaría las armas, trabajaría en el jardín y el invernadero y quizá saliera a hacer algo de senderismo. Luego aprovecharía los restos de la sopa y dedicaría toda la tarde a leer.

Para ella, eso constituía un fin de semana perfecto.

—Creo que una de acción y aventuras, seguida de una comedia —le dijo a Bert mientras removía la sopa—. Y vino. El jefe de policía tenía razón. Es un vino muy bueno. Ya no hará frío suficiente para encender la chimenea por las noches mucho más tiempo, así que deberíamos aprovechar. Creo que deberíamos… —Los dos se pusieron alerta cuando su sistema pitó—. Viene alguien —murmuró apoyando la mano sobre el arma que llevaba a la cadera.

Fue hacia el ordenador, hizo zoom para asegurarse de que era Brooks quien iba al volante y que estaba solo. Después de reflexionar un momento se desabrochó la pistolera. Él le haría más preguntas si la veía armada dentro de su casa un sábado por la noche.

Así que la metió en un cajón y esperó hasta que él aparcó. Al menos esa vez lo hizo al lado de su coche, no detrás.

Fue hasta la puerta, giró la llave y levantó la tranca. Luego apoyó la mano en la pistola sujeta bajo la mesita mientras abría a medias.

Y frunció el ceño un poco más cuando vio los tulipanes.

—¿Por qué te disculpas esta vez?

—Por nada. Ah, las flores. Es gracioso. Iba a utilizarlas para sobornar a mi hermana para que me diera de cenar y al final he acabado viniendo aquí.

Sus ojos parecían más ambarinos bajo la luz crepuscular, y la sonrisa desenfadada que le brindó no parecía del todo sincera.

—¿Para sobornarme a mí con ellas?

—No se me había ocurrido. ¿Conseguirán que me dejes entrar?

Ella abrió la puerta unos centímetros más.

—Son muy bonitas. Deberías regalárselas a tu hermana.

—Es probable, pero te las regalo a ti. He tenido un día asqueroso. No ha empezado así, pero ha acabado siendo una mierda. Iba a pasarme por casa de Mya con el fin de utilizar a su familia para deshacerme del mal humor. Luego he imaginado que no iba a funcionar.

—No es muy probable que estar aquí mejore tu estado de ánimo.

—Ya lo ha hecho. —La obsequió con una sonrisa que casi, solo casi, alcanzó sus ojos—. Algo huele realmente bien, aparte de ti.

—No sé por qué has venido aquí.

—Yo tampoco estoy seguro. Puedes cerrarme la puerta en las narices. Aun así te regalo las flores.

Nadie le había regalado flores, y estuvo a punto de decirlo antes de contenerse.

—Iba a tomarme una copa del vino que trajiste y ahora me das flores. Haces que me sienta obligada.

—Lo acepto, lo cual te demuestra la mierda de día que he acabado teniendo.

Abigail se hizo a un lado y cerró la puerta con llave después de que él entrara. Y cuando se dio la vuelta, Brooks le ofreció los tulipanes.

—Gracias, aunque las hayas comprado para tu hermana.

—Aun así, de nada.

—Van a necesitar agua.

La siguió a ella, y al olor de la comida, hasta la cocina.

—Es una noche ideal para tomar sopa y encender el fuego —comentó con la esperanza de compartir ambas cosas—. Puede que más tarde hiele un poco. Entonces mañana la temperatura se disparará por encima de los 21 ºC. ¿Alguna vez has vivido un tornado?

—Estoy preparada. —Cogió de un armario un jarrón de cerámica en tonos verdes y marrones.

—¿Es de una de nuestras tiendas?

—Sí. Los artistas locales son muy buenos.

A continuación sacó un contenedor de nutrientes para flores de debajo del fregadero y añadió una cucharadita antes de llenar el jarrón de agua. Brooks se sentó sin decir nada mientras ella colocaba los tulipanes.

Los dejó sobre la encimera, luego le estudió como él estudiaría a un sospechoso.

—Puedes tomarte una copa de vino.

—Te lo agradezco.

Cogió la botella, dos copas y las llenó.

—Parece que quieres hablarme del problema que has tenido. No sé por qué ibas a querer hacerlo, ya que no soy parte de tu círculo.

—Puede que sea por eso. Otra razón es que me he dado cuenta de que formas parte de él, de manera indirecta.

—¿Cómo puede ser?

—Te lo contaré. —Probó el vino, pero ella no bebió ni se sentó. Así que Brooks se encogió de hombros—. Vale. Hoy he tenido un incidente raro e incómodo con una mujer. En el instituto ella era el amor de mi vida. ¿Sabes lo que quiero decir?

Abigail tenía una imagen, clara como el cristal, del rostro de Ilya Volkov. Suponía que era lo más parecido, y no lo suficiente.

—En realidad no.

—¿Nada de desgarradores enamoramientos?

—Tomé cursos acelerados, así que iba por delante de mi grupo de edad.

—De todas formas. En fin, sobre lo mío. —Levantó la copa, hizo un brindis y bebió—. Fue mi primera chica. La primera siempre tiene cierto influjo sobre ti, ¿verdad?

—Te refieres a la primera consumación sexual. Yo no tengo ninguna atadura emocional con mi primer compañero sexual.

—Eres un público difícil, Abigail. Cuando me abandonó por un universitario de primer año capitán de fútbol americano, me dejó hecho polvo. Como si me hubiera atizado una patada en los huevos o un puñetazo en los dientes.

—No entiendo por qué alguien hace daño a un compañero antes de dejarlo y comenzar una relación con otro. Siento que ella lo haya hecho.

—Lo superé, o creía que lo había hecho. Entonces me mudé a Little Rock y estuve allí diez años. Cuando regresé, la mujer en cuestión se estaba deshaciendo del marido número dos.

—Entiendo.

Brooks se dio cuenta de lo que parecía todo aquello, de lo que

representaba Sylbie…, todo visto desde la perspectiva de él.

—No es tan insensible como parece, pero aún estoy un poco mosqueado y eso influye. Así que cuando regresé y acepté este trabajo, estuve ocupado los dos primeros meses instalándome. Además, mi padre no estaba bien.

—Lo siento. Espero que esté mejor.

—Lo está, gracias. Está bien. Hace un tiempo Sylbie y yo rememoramos el pasado, podríamos decir.

—Tuviste relaciones sexuales con ella.

—Así es, una o dos veces. Hace un par de semanas repetimos. Pero no había chispa. —Estudió su vino con el ceño fruncido—. A lo mejor no se puede volver atrás.

—¿Por qué querrías hacerlo si ese pasado fue un error?

—Bien pensado. Pero, ya sabes, el sexo. Decidí que tenía que resistirme a repetirlo y que tendría que decírselo…, cosa que debí hacer de inmediato en vez de posponerlo, de evitarlo. Esta tarde ella…, bueno, lo que ha hecho ha sido encargarse de que el tipo que lleva la tienda en la que exhibe parte de su arte y trabaja a tiempo parcial me llamara para que fuera allí. De manera oficial.

Su estilo coloquial era como el de su madre, pensó Abigail. Personal, disperso. Fascinante.

—¿Informó de un delito?

—Una disputa que requería de mi intervención. En cambio estaba sola, con la idea de que le diéramos uso a la trastienda.

—¿Para tener relaciones sexuales?

—Sí. Estoy bastante seguro de que ese era el plan, sobre todo porque cuando no di saltos ante la idea, ella se quitó el vestido. Simplemente… —explicó agitando la mano— lo dejó caer, y de repente estaba allí de pie, desnuda y con unos zapatos rojos.

—Es una mujer segura de sí misma y sin duda estaba convencida de que tú aceptarías.

—Lo es hasta cierto punto. Pero yo no acepté. Yo…

—Antes has dicho que ha sido raro e incómodo.

—Lo ha sido. No es que no estuviera…

—Estabas excitado. Es natural.

—Fue un acto reflejo. Pero sobre todo me cabreó. Estaba de servicio, joder, y ella engatusó a una presa fácil para que me

llamara.

Abigail consideró aquello un ejemplo fascinante de la dinámica y la mala comunicación entre los humanos.

—Da la impresión de que posiblemente no entienda hasta qué punto te tomas en serio tus deberes.

—No soy un adolescente cachondo. Soy el puto jefe de policía.

El estallido de genio y la culpa que lo envolvía de manera manifiesta aumentaron su interés.

—Todavía estás furioso con ella y contigo mismo por ese acto reflejo natural.

—Supongo que sí. He tenido que decirle que no la deseaba…, en parte por lo que había pasado ya contigo y en parte porque, joder, no ha demostrado ni un mínimo de respeto hacia ninguno de los dos. En parte también porque sabía que iba a tener que darle un toque de atención al pobre Grover por hacer la llamada y darle un susto de muerte para que no volviera a cometer otra estupidez como esa.

—Esas son muchas partes.

—Y hay otra más. Cuando estaba mirando a esa hermosa mujer desnuda, a la que en otro tiempo amé como solo puedes hacerlo cuando tienes dieciséis, me di cuenta de que no la deseaba por todas las razones que acabo de enumerar. Y porque te deseo a ti.

Abigail se alejó para remover la sopa de nuevo. Era lo propio, supuso, ya que él removía algo dentro de ella.

—Te he dicho que no voy a mantener relaciones sexuales contigo. ¿Crees que lo he hecho para avivar tu interés?

—No. Creo que solo dices lo que tienes en la cabeza, a excepción de lo que tienes guardado tras siete llaves ahí dentro. Pero supongo que no habrías sacado el tema si no hubieras sentido cierto deseo.

Ella se volvió de nuevo, manteniéndose al otro lado de la encimera y de él.

—Es probable que haya sido una insensatez por tu parte haber venido aquí cuando aún sigues un poco cabreado y muy posiblemente todavía experimentas cierta excitación residual fruto de este incidente.

—Dios, me encanta tu forma de hablar. Y tienes razón, no ha sido lo más inteligente.

—Si lo reconsiderara porque…

Se interrumpió cuando él levantó una mano.

—¿Me haces un favor? No lo reconsideres ahora mismo. Si cambiaras de opinión, me resultaría difícil rechazarte. Si no lo hicieras, bueno, me sentiría deprimido. No he venido a por sexo, aunque, como te he dicho, me sería difícil rechazarte. Olvidémonos de eso por esta noche. Estoy dispuesto a conformarme con un poco de esa sopa y algo de conversación.

Abigail no deseaba que le gustase, no quería sentirse atraída por un hombre, un agente de policía, que con su charla conseguía atravesar sus defensas y se sentaba en su cocina, suscitando su interés con una historia personal.

Por lógica debería decirle que se marchara. Pero no quería hacerlo, y se preguntó qué pasaría si hacía algo un poquito tonto.

—Tenía planeado ver una película mientras cenaba.

—Me gusta el cine.

—Iba a ver *Magnolias de acero*.

Él dejó escapar un larguísimo suspiro.

—Probablemente me lo merezco.

Cuando ella sonrió, a Brooks le pareció que la habitación entera se iluminaba.

—En realidad iba a ver *La jungla 4.0*.

—Debería haberte comprado más flores.

***

Brooks descubrió que ella era una cocinera magnífica y que a él le gustaba el vinagre de frambuesa. También averiguó que cuando veía una película lo hacía en silencio, sin hablar, volcando toda su atención.

Aquello estaba bien, sobre todo porque el perro parecía haberse habituado a su presencia lo suficiente como para acurrucarse y dormir a los pies de Abigail. Aunque a Brooks no le cabía la menor duda de que si cometía el más mínimo error, Bert se pondría alerta y le inmovilizaría con aquellos imperturbables ojos, si no con los dientes.

Se obligó a relajarse. Buena comida, una excelente película, un crepitante fuego y una mujer callada. Cuando aparecieron los créditos, Abigail se levantó para recoger los platos.

Como era de esperar, el perro se puso alerta y le lanzó a Brooks una mirada que decía «Te estoy vigilando, colega».

—Yo lo haré.

—No. Tengo mi forma de hacerlo.

—Entonces te ayudaré a llevarlos. —Apiló los cuencos antes de que ella pudiera rechazar su oferta—. Me has puesto de buen humor, Abigail —le dijo mientras volvían a la cocina.

—Me alegra haber podido ayudarte. —Dejó los platos en la encimera y se volvió hacia él—. Deberías irte ya.

Brooks tuvo que reírse.

—Vale. Escucha, ¿por qué no te devuelvo el favor por el cambio de humor y te llevo a cenar?

—Acabamos de cenar.

—Otro día.

—Yo no salgo a cenar por ahí.

—¿Nunca?

—Por norma estoy más cómoda aquí.

—Pues entonces traeré la cena. Se me da muy bien comprar pizza.

A Abigail le gustaba la pizza.

—No es necesario.

—Tampoco lo era dejarme tomar sopa y ver a Bruce Willis. Considéralo un modo de equilibrar la balanza. Apuesto a que te gustan las cosas equilibradas.

—No soy una buena compañía.

—En eso te equivocas. Te llamaré.

—No te he dado mis números de contacto.

—Abigail. —Le acarició la mejilla con un dedo, un gesto tan desenfadado e íntimo que hizo que el pulso se le acelerara—. Soy policía.

No podía olvidarse de eso, se dijo. No podía permitirse olvidarlo.

—Te acompaño a la salida.

—¿Tienes que recordarle al perro que soy un amigo cada vez que te bese? —le preguntó cuando ella hubo abierto la puerta.

—No a menos que le dé una orden distinta.

—Vale.

Esa vez le puso las manos en las caderas y se arrimó a ella. Le capturó la boca mientras sus manos ascendían por su cuerpo, despertaban nervios, avivaban necesidades.

Abigail se olvidó por un momento. Con el fresco aire de la noche, con su boca tibia, el placer del contacto hizo que se olvidara de todo. Se permitió aceptarlo, dejar que su cuerpo se apretara contra él. Entreabrió los labios, le rozó con la lengua y los dientes; disfrutó de aquel maravilloso peso líquido en su vientre.

Deseaba… deseaba tener su carne bajo las manos, su carne caliente y húmeda deslizándose sobre la suya. Deseaba, cuánto deseaba, sentir sus manos, su boca en los pechos, sobre su cuerpo. Y deseaba el diestro y fuerte embate de él en su interior.

Anhelaba aquel primitivo contacto humano como no se había permitido anhelar desde hacía casi un año.

Cuando él puso fin al beso, su mente y su cuerpo estaban en guerra. Si dejaba que su cuerpo ganara…

Entonces él le dijo:

—Buenas noches, Abigail.

—Buenas noches.

—Tómatelo con calma, Bert. —Él salió fuera y Abigail agradeció la fresca ráfaga de aire. Entonces se detuvo, volvió la vista hacia ella con aquellos camaleónicos ojos y aquella sonrisa serena y espontánea—. Vino, conversación, la cena, una película y un beso de buenas noches. Definitivamente una segunda cita.

—No…

—Puedes buscar la definición. Yo diría que la hemos clavado. Estoy deseando que llegue la cita número tres.

Cuando ella cerró la puerta sin decir palabra, Brooks esbozó una amplia sonrisa.

La excitación, pensó mientras se dirigía al coche sonriendo, no siempre era un mero acto reflejo. A veces era una consecuencia.

11

Después de su reunión del lunes con la junta de concejales, en la que siempre se sentía como un fraude, Brooks se dirigió a la cafetería de Lindy con Russ Conroy. Un viejo amigo, actual concejal y candidato a alcalde recién anunciado para las elecciones de otoño.

—Alcalde Conroy.

—Ese es el plan. Vota temprano, vota a menudo.

Brooks meneó la cabeza. Habían estudiado juntos desde el jardín de infancia hasta que se graduaron en el instituto. Habían jugado juntos al béisbol, con Russ en el montículo y Brooks en la tercera base. Habían mentido y se habían quejado sobre chicas primero, más tarde sobre mujeres…, y si Russ había dicho la verdad al respecto, habían perdido la virginidad la misma semana.

Había sido el padrino de Russ en su boda tres años antes y padrino de su hija cuando Cecily nació unos dieciocho meses más tarde.

Había visto a Russ, un bajito pelirrojo, con la cara llena de pecas y los dientes demasiado grandes, pasar de recadero gruñón en el bonito hotel que poseían los Conroy a atlético y fornido director del mismo.

Su amigo, cuyos lemas habían sido «Ámalas y déjalas» y «Vámonos en coche a Cayo Hueso», se había convertido en un hombre de negocios astuto, un marido cariñoso y un padre devoto hasta decir basta.

Pero nunca esperó que llegara el día en que depositara su voto por el alcalde Russell Conroy.

—¿Por qué es ese el plan?

—Se me daría bien. —Russ abrió la puerta de la cafetería y agitó un dedo a la camarera mientras se dirigía a un reservado—.

Bickford se ha portado bien conmigo. Me ha dado un hogar, un medio para ganarme la vida y mucho más; me ha dado a Seline y a CeeCee. Quiero una oportunidad para ayudar a que crezca… y permanezca estable, fomentar el comercio turístico por doquier.

—Serías bueno en eso. —Brooks se recostó cuando Kim les servía café sin que lo pidieran y Russ se la camelaba.

Se dio cuenta de que seguramente había nacido para ello.

—Alcalde Conroy —murmuró Brooks mientras alzaba su café.

—Jefe Gleason.

—¿No es como una patada en los cojones? Somos los adultos. Sobre todo tú, papi.

—Papi por partida doble en septiembre.

—¿Otra vez? ¿En serio?

El rostro de Russ brillaba de orgullo y placer.

—Real como la vida misma.

—Oye, enhorabuena, Russ. Haces un buen trabajo en ese aspecto.

—Lo vamos a mantener en secreto durante otro mes, pero se acabará sabiendo. —Se inclinó un poco hacia delante. Durante las tranquilas mañanas de los lunes en la cafetería, todos prestaban atención a los rumores—. Seline vomita como un surtidor por las mañanas. Un par de profesores, incluyendo a tu padre, se han fijado en que…, bueno, dicen que está radiante.

—A mí no me ha dicho ni una sola palabra, y eso que le vi ayer.

—Seline le pidió que no lo hiciera. Tu padre es una tumba.

—Sí que lo es.

—Bueno, ahora que soy un viejo hombre casado y padre de una niña y de otro que viene en camino, he de vivir a través de las aventuras de otro. —Russ meneó las cejas—. ¿Cita caliente el pasado fin de semana?

—Me llamaron justo antes de las once para ayudar a disolver una pelea en el Beaters. Al parecer Justin Blake se mete en todos los charcos.

—Ese chico es un gamberro.

—Además de agresivo, consentido y aún menor de edad. Y a eso hay que sumarle los problemas de abuso de sustancias. A su papaíto no le hizo gracia que metiese a su primogénito en una celda.

—Lincoln es un antiguo gamberro con dinero que lo respalda. Me sorprende que sirvieran al crío en el Beaters.

—Según todos los testigos con los que hablé, no lo hicieron. Se abrió paso por la fuerza, estando ya como una cuba, y luego se puso farruco cuando no quisieron servirle e intentaron echarle. De todas formas el propio Blake arrastró a su abogado con él hasta la comisaría.

—No parece que pasaras una noche de sábado demasiado divertida.

—Ni gran parte del domingo —agregó Brooks—. Pero el chaval salió bajo fianza. Tendrá que ir a clases para el tratamiento del alcohol, prestar servicios comunitarios y pagar una multa y los desperfectos. Apenas ha cumplido los diecinueve y ya le han echado a patadas de dos universidades, le han detenido dos veces conduciendo borracho y tiene más infracciones de las que puedo contar. Le han retirado el permiso de conducir durante otro año, pero parece que eso no le impide emborracharse o colocarse y pirarse luego a otro lugar a buscar pelea.

—Ah, la juventud.

Brooks señaló con el café en la mano.

—Nosotros no éramos tan estúpidos ni tan arrogantes.

—Éramos bastante estúpidos, pero no, no tanto. Nunca nos pusimos al volante después de ponernos hasta el culo de cerveza que no podíamos comprar ni beber porque éramos demasiado jóvenes. —Russ se recostó y se retiró de la cara un mechón de su pelo color zanahoria—. Necesitas una noche de sábado libre, chaval. Ya sabes que Seline tiene una lista de amigas solteras que se muere de ganas de emparejar contigo.

—Antes te mato a ti y ya sabes que, siendo jefe de policía, sé cómo quedar impune.

—Lo decía por decir. A menos que sigas dándole a la zambomba con Sylbie.

—Eso se acabó. Se terminó para siempre.

—Entonces…

—En realidad, últimamente he pasado algo de tiempo con Abigail Lowery.

—¡No jodas! —Con los ojos chispeantes, Russ se arrimó otra vez

—. Cuenta, cuenta. Y quiero decir que no te dejes nada.

—Tengo que irme a trabajar.

—No puedes soltarme una bomba así y dejarme a medias.

—Digamos que es interesante, misteriosa y sexy sin proponérselo. Tiene un perro lo bastante grande y listo como para manejar maquinaria pesada. Y sabe disparar una Glock.

—Entonces ¿por qué pasa tiempo contigo?

—Porque no dejo de cruzarme en su camino. Tengo que marcharme. Invítame al café y votaré por ti.

—Eso era lo que quería oír. Oye, pásate a cenar y tráete a la chica.

—Aún estoy intentando que se acostumbre a dejarme entrar en su casa —le dijo Brooks cuando se levantó del reservado—. Sacarla por ahí va a requerir más esfuerzo.

***

A última hora de la tarde Brooks se tomó un rato libre para hacer unos recados con el fin de llevar a cabo una misión. Cuando hubo terminado y fue a casa de sus padres, su padre se había quitado ya la ropa de trabajo para ponerse la que utilizaba para trastear en el jardín.

Sunny y Loren estaban trabajando en uno de los macizos del jardín delantero, plantando jóvenes y coloridas plantas de verano.

Los dos llevaban sombrero. Su padre, una maltrecha gorra de béisbol que se remontaba a los días de tercera base de Brooks; su madre, un sombrero de paja de ala ancha, con un ramillete de flores rojas sujeto con un lazo.

Le encantaba verlos trabajar juntos, hombro con hombro, con la música brotando por las ventanas y puertas cubiertas con mosquiteras; todo abierto de par en par, a pesar de que el aire aún era fresco.

Cuando Brooks aparcó, Loren se levantó sobre sus largas piernas. Tenía un color saludable en la cara, pensó Brooks, y una sonrisa natural. El cabello que se le rizaba bajo la gorra mostraba gran cantidad de canas, aunque seguía siendo espeso.

Tal vez un día dejara de ver a su padre como lo había hecho en el hospital antes del *bypass*. Tal vez dejara de verle pálido y canoso, viejo y un tanto asustado.

Su madre se puso en pie después, plantando los brazos en jarras. Brooks también recordaba el miedo en sus ojos. Había logrado disimularlo bien mientras esperaban, se paseaban de un lado para otro y rezaban. Pero el miedo había brillado en sus ojos.

En esos momentos tenían el aspecto que debían tener, pensó. Sucios por encontrarse trabajando en el jardín, contentos de verle y aún inseparables.

Se bajó del coche, esperando con toda su alma no haber cometido un terrible error, y sacó un transportín de la parte de atrás.

—Hola —comenzó su padre.

—Hola, papá. Hola, mamá.

—¿Qué tienes ahí?

—Te he traído un regalo.

Mientras hablaba, el contenido de la jaula despertó con un ladridito que denotaba nerviosismo y alegría.

—Oh. —Sunny se llevó las manos a la espalda—. Brooks, ya te lo he dicho, no estoy preparada para…

—Lo puedo devolver. ¿Conoces a Petie, de la perrera municipal? Ha hecho una excepción para que puedas echar un vistazo al perro aquí, y que él te lo pueda echar a ti, antes de tramitar todos los papeles que he rellenado.

—Brooks, no puedo… ¡Ay, Dios mío, mira qué carita!

—Petie dice que es una mezcla de pastor y retriever, y a saber qué más. Pero tiene un carácter dulce, y también pelotas. Las de verdad tienen que desaparecer, esas son las reglas, pero es un mamoncete muy valiente.

—Oh, Brooks. Loren, haz algo.

—Tenemos que dejarle salir, ¿no te parece? —Loren le rodeó los hombros con el brazo a Sunny—. Echarle un buen vistazo al menos.

—Anda que eres de ayuda. De acuerdo, déjale salir de ahí. No está bien que esté encerrado en una jaula como un delincuente.

—Eso es. —Brooks dejó el transportín en el suelo, abrió la puerta y sacó un bulto, que no dejaba de menear la cola, dar

lametazos y ladriditos—. Tiene unas diez semanas. Si no encuentra un hogar en, digamos, otro mes, se acabó lo que se daba. La milla verde. La silla eléctrica.

Sunny cruzó los brazos despacio.

—Para.

—Es perro muerto —agregó Brooks mientras su madre suspiraba y su padre se esforzaba por no reírse—. ¿Qué? —Se acercó el hocico del perro a la oreja—. ¿Estás seguro? Vale. Dice que quiere que te diga… «Nadie sabe los problemas que he visto» —canturreó con tono sombrío.

—Oh, dame ese cachorro. —Sunny dio un paso y cogió al perro, al que el amor a primera vista le hacía temblar mientras le lamía la cara—. Oh, mierda. Mierda. ¡Mierda! —repitió una tercera vez. Las palabras quedaron amortiguadas con el pelaje del cachorro.

Junto a ella, Loren le enseñó los pulgares levantados a su hijo antes de alborotarle el pelo de la cabeza al perro.

—¿Ha cenado ya?

—Aún no, pero tengo todo lo que necesitáis en el coche. Claro está, si mamá está dispuesta a salvarle la vida.

—Al menos debí darte una azotaina. —Levantó en vilo al perro de modo que sus patas quedaron en el aire. Su cola no dejaba de agitarse—. Loren, va a escarbar en los macizos y a cagarse en el suelo. Mordisqueará todo lo que pueda con esos dientecillos de leche.

—Oh, sí. —Loren alargó el brazo y le hizo cosquillas en la panza al cachorro—. Dará muchos problemas.

Sunny bajó al cachorro y lo apretó contra su pecho.

—Ven aquí, mocoso.

—¿Me hablas a mí? —le preguntó Brooks.

—Eres el único mocoso que veo en mi jardín. —Cuando estuvo lo bastante cerca, le agarró de la oreja y le acercó a ella—. Gracias. —Luego apoyó la cabeza en el hombro de su hijo y lloró un poco—. El amor siempre encuentra el camino. No creía que tuviera la capacidad de hacerlo otra vez, de sentir esto otra vez. Pero el amor siempre encuentra un camino. —Sorbió por la nariz y se enderezó —. Voy a llevármelo atrás para enseñarle dónde se supone que tiene que hacer sus necesidades. Podéis sacar sus trastos del coche.

—¿Qué te ha hecho traerle un cachorro? —preguntó Loren.

—En realidad alguien me dio la idea y yo la he llevado a la práctica.

—Es una buena idea. Vamos a por sus cosas.

—He pensado que debía tener sus propias cosas, así no parecería un sustituto. Así que le he comprado de todo —dijo Brooks mientras empezaban a descargar—. Juguetes, una cama, huesos para masticar, correa, collar, cuencos, comida para cachorros. Estos son sus papeles. Tiene que ir al veterinario para que le pongan el resto de las vacunas y le… —Imitó el movimiento de unas tijeras con los dedos—. Le llevaré la copia a Petie mañana.

—Cuidaremos de él. Esto significa muchísimo para ella y para mí. He echado de menos tener un perro. Seguro que también le levanta el ánimo al viejo Chuck.

—A lo mejor consigue que ese gato se baje del sillón un par de veces al día.

—A lo mejor. Tu madre va a estar ocupada con ese cachorro durante una temporada. ¿Qué te parece si pongo unas hamburguesas en la parrilla?

—Me parece… Joder —replicó cuando sonó su radio—. Aquí el jefe Gleason.

—Oye, Brooks, ¿estás aún en casa de tus viejos?

—Sí, justo en el jardín —le dijo a Alma.

—La anciana señora Willowby ha vuelto a informar de un intruso.

—Vale, estoy a dos minutos. Yo me ocupo. —Se encogió de hombros cuando cortó la comunicación—. La señora Willowby notifica la presencia de un extraño una vez a la semana. Algún ruido típico de la casa, los grifos gotean, el reflejo del sol en la ventana, y ya piensa que van a por ella. Tendré que quedarme a tomar té aguado y galletas rancias después de registrar la casa.

—Entonces te esperaremos para hacer esas hamburguesas.

—Sería estupendo. No debería llevarme más de media hora.

—Aquí estaremos.

***

Una o dos veces por semana, cuando el trabajo se lo permitía, Abigail le dedicaba unas horas por la noche a sus asuntos personales. Normalmente pagaba las facturas que no tenía domiciliadas cuando las recibía y hacía sus compras online cuando la necesidad, o a veces el capricho, lo exigía. Seguía las noticias, un puñado de blogs de manera semanal o diaria e incluso se permitía cierto tiempo al día para juegos.

Dado que había diseñado y programado uno, y que esperaba hacer más algún día, sentía la necesidad de mantenerse al tanto de las tendencias y la tecnología actuales.

Pero un par de veces a la semana se dedicaba a piratear.

Echó un vistazo a su madre entrando en sus cuentas bancarias, de corretaje y horario laboral del hospital.

Sabía que la doctora Susan L. Fitch planeaba tomarse tres semanas de vacaciones en mayo para recorrer la Provenza. Sabía qué hoteles había reservado, qué servicio de chárter privado iban a utilizar ella y su compañero de los últimos meses, un tal Walter P. Fennington III.

Sabía un poco sobre la vida, las actividades y las finanzas de su madre. No se habían visto ni habían hablado desde la noche en que Susan la dejó con Terry y John en la primera casa franca en Chicago. Pero de vez en cuando echaba un vistazo por curiosidad y para asegurarse de que los Volkov no habían tomado represalias.

¿Por qué habrían de hacerlo?, se preguntó Abigail. Tenían topos en la policía. Y dichos topos reconocían que Susan Fitch ni sabía ni le interesaba saber nada sobre la hija que con tanta meticulosidad había concebido para luego abandonarla.

Echó un vistazo a la familia de John. Esperaba que a él le alegrara que su esposa se hubiera vuelto a casar ocho años después de su muerte. Le alegraría ver que sus hijos estaban bien y que al parecer eran felices. Sabía dónde vivían, dónde trabajaban, en qué universidad estudiaban. Asimismo estaba al tanto de que los padres de Terry se habían mudado a Sarasota.

Había programado una alerta automática para que cualquier mención en los medios referente a los Volkov apareciera en su ordenador. Los seguía con suma atención. Ilya estaba prometido; la boda iba a celebrarse en otoño. Su futura esposa procedía de una

rica familia con lazos con otra familia de la mafia. Abigail lo consideraba una especie de fusión, aunque imaginaba que Ilya estaba bastante satisfecho, ya que la mujer era muy hermosa.

Acceder a los ordenadores de Ilya de forma regular requería más esfuerzo, más tiempo y mucha más investigación. Pero no le importaba. En cada visita copiaba y se descargaba todos sus archivos y correos electrónicos, los guardaba y luego revisaba todas las páginas que visitaba.

La gente como él pensaba que era cuidadosa, pero no lo era. Abigail suponía que entendía su negocio casi tan bien como él. Conocía su vida, la de su prometida, la de sus amiguitas; cómo gastaba su dinero, dónde se compraba la ropa, los zapatos.

Todo.

Y sabía que los Volkov seguían buscándola.

Ya no era una prioridad, pero por lo que podía extrapolar, era más que un cabo suelto. Elizabeth Fitch era una cuestión de principios.

Tenían que encontrarla y eliminarla. Mientras Sergei Volkov fuera el jefe de la *bratva*, ella seguiría siendo un objetivo. Y no le cabía la más mínima duda de que seguiría siéndolo cuando Ilya ocupara su lugar de manera oficial.

Sabía que Yakov Korotkii continuaba como sicario. Había recopilado una lista, que ampliaba durante esos rastreos ilegales, de gente a la que creía que había eliminado. Sabía, ya que también había entrado en esas agencias, que el FBI, los U.S. Marshal y la INTERPOL, entre otras, tenían listados similares.

Pero no pesaba ninguna imputación sobre Korotkii. Quizá gracias a ella, era una herramienta privilegiada y bien protegida.

También tenía conocimiento de que el FBI y los U.S. Marshal seguían buscándola. O más bien continuaban buscando a Elizabeth Fitch.

Todavía era una testigo de los asesinatos de Julie Masters y Alexi Gurevich, además de persona de interés en las muertes de John Barrow y Theresa Norton.

John le había dicho la verdad, la había protegido hasta el final. No podía confiar en nadie. Para los Volkov era un objetivo que liquidar tanto por una cuestión de orgullo y principios como por el

posible testimonio que pudiera prestar. Para las autoridades era una testigo del asesinato de dos marshal o, dependiendo del análisis, una fugitiva que, bien por desesperación, bien por aburrimiento o por locura, podía haber incapacitado a un marshal, matado a otro y herido a un tercero, ya que Cosgrove había recibido un disparo en la cadera durante el altercado.

Algunos sostenían la teoría de que había sido ella quien había provocado la explosión de gas para encubrir sus crímenes mientras huía.

Imaginaba que el plan de acabar con su vida había estado fraguándose días, incluso semanas, antes de su decimoséptimo cumpleaños. Keegan y Cosgrove lo habían puesto en marcha.

Ella tenía que haber muerto en la explosión junto con John y Terry.

Raras veces pensaba en aquellos primeros momentos de su huida, en aquel primer año escondiéndose, en el terror y el sufrimiento que había padecido. Pero había encontrado su camino.

Tenía una vida y pretendía conservarla.

Con el perro a sus pies, accedió con muchísimo cuidado a las cuentas de Ilya. Este cambiaba las contraseñas de forma rutinaria y actualizaba la seguridad, los cortafuegos.

Pero ella se había pasado diez años estudiando, desarrollando y programando sistemas; todos los pormenores. Daba igual lo que él instalara, pues ella podría atravesarlo. Le proporcionaba una gran satisfacción invadirle, fisgar en su mundo privado, violar su privacidad.

Lo único que lamentaba era que él nunca lo sabría.

Nunca tendría miedo como lo había tenido ella.

Pero le hacía perder dinero.

De vez en cuando, cuando se hartaba, cuando estaba segura de los datos y de su propia seguridad, encontraba la forma de filtrar cierta información a una agente del FBI que había investigado a fondo y a la que creía conocer tan bien como se conocía a sí misma.

Fuera quien fuese en el momento.

Firmaba los breves mensajes llenos de datos como *tvoi drug*. La palabra rusa para «tu amigo». Había expedientes, perfiles, búsquedas, indagaciones de *tvoi drug*. La mayoría creía que el

informante era un hombre y que estaba conectado con la *bratva* de los Volkov.

Tvoi drug había costado vidas. Abigail esperaba haber salvado algunas. En su opinión, su mayor logro había sido reunir información suficiente para conseguir que se hiciera una redada en un almacén del sur de Chicago y desmantelar y destruir la banda de prostitución forzada que operaba desde allí.

En esos momentos estudiaba la actividad reciente. Códigos, frases encriptadas, nombres falsos. Pasó por alto la información de estafas básicas a través de internet. Si los federales no podían ocuparse de aquello ellos solitos, no merecían la más mínima ayuda.

Pero el blanqueo de dinero sí lo tuvo en cuenta.

Reducir, aunque fuera un poco, los beneficios de los Volkov le proporcionaba satisfacción. Quizá no la satisfacción profunda y visceral de saber que había jugado un pequeño papel en la liberación de más de veinte chicas de la esclavitud sexual, pero mermar su recaudación hacía que dirigir su negocio les resultara más complicado.

Sí, el blanqueo de capitales sería su nuevo proyecto personal. Lo consideraría una especie de regalo de bodas para Ilya.

Se puso a compilar retazos de información de los correos de Ilya, el contable y un puñado de otros contactos. Siempre le sorprendía lo que la gente revelaba al teclear en el ordenador, lo descuidada que era. Mientras trabajaba pensaba en ruso, sumergiéndose por entero. Tanto era así que cuando sonó el teléfono farfulló una maldición en ruso.

No estaba esperando ninguna llamada, pero algunos clientes preferían las conversaciones telefónicas o de texto al correo electrónico. Echó un vistazo a la pantalla y frunció el ceño.

Brooks había conseguido hacerse con el número de su móvil. En realidad no era tan difícil, pero habría requerido de cierto tiempo y esfuerzo.

¿Por qué lo había hecho?

Respondió con cautela:

—Hola.

—Hola. Soy Brooks.

—Sí, lo sé.
—¿De qué te gusta la pizza?
—De… Da igual.
—Los ingredientes de la pizza son importantes, Abigail. Son vitales.
Suponía que tenía razón. Y deseó que todo en él no la atrajera e hiciera sentir confusa.
—Sobre todo me gustan las aceitunas negras y el pimiento picante.
—Hecho. ¿Alguna objeción al pepperoni?
—No.
—Perfecto. Llegaré en una media hora.
—No te he pedido que te pases por aquí.
—Sí, ya me he dado cuenta. En serio, tienes que empezar a pedírmelo.
—Estoy trabajando.
—Van a ser las siete. Tomémonos un descanso. Además, tengo noticias para ti.
—¿Qué noticias?
—Van con la pizza. Dentro de media hora. Hasta luego.
Abigail dejó el móvil y se quedó mirándolo.
No estaba preparada. ¿Por qué siempre la interrumpía y se acoplaba cuando no estaba preparada? Ahora tendría que dejar el trabajo.
Y había planeado cenar salteado de pollo.
Brooks esperaría conversación y no estaba segura de tener más cosas de las que hablar. Entre su madre y él habían agotado todo lo que ella consideraba temas triviales.
Pese a todo, se preguntaba qué había querido decir con «noticias».
Resignada, apagó el ordenador y luego metió de mala gana la pistola y la funda en el cajón.
Suponía que también esperaría una copa, de modo que contempló su equilibrada selección de vinos y optó por un buen chianti.
Entonces se detuvo, clavando la mirada en la botella.
Iba a cenar con él otra vez. Con esa eran ya dos veces en una

semana, sin incluir la tarta de arándanos.

Estaba saliendo con el jefe de policía.

—Por el amor de Dios. ¿Cómo lo ha hecho? Yo no salgo con nadie. No puedo salir con nadie.

Dejó el vino e hizo otra cosa que tampoco hacía; se paseó de un lado para otro. Tenía que encontrar una solución, una resolución para aquella… situación. Si se negaba a las claras a verle solo conseguiría que él pusiera mayor empeño y recelara aún más. En cualquier caso, sus intentos en ese campo habían fracasado.

Comprendía el concepto de perseguir y conquistar. Los hombres se sentían desafiados, impulsados a persuadir, capturar y seducir. Quizá debería reconsiderar el mantener relaciones sexuales con él. Con el sexo, la persecución terminaría, el desafío desaparecería. Su interés comenzaría a menguar.

Aquellas eran razones lógicas.

También tenía la ventaja de eliminar aquel anhelo. Una vez hubiera satisfecho sus propias necesidades físicas, su reto como hombre, su interés se desvanecería y ella no tendría motivos para pensar en él en momentos inoportunos. Todo volvería a la normalidad y la rutina.

Consideró válida la teoría.

Mantendrían relaciones sexuales, y luego cada uno seguiría con su vida y sus planes por separado.

Aliviada, satisfecha con su bien ponderada decisión, subió arriba seguida por Bert para cerciorarse de que no había nada en su dormitorio, su cuarto de baño ni en ninguna otra parte de ese piso que pudiera llamarle la atención a Brooks.

No tendría motivos para preguntar por el segundo dormitorio, y la puerta estaba bien cerrada. Se tomó otro momento, preguntándose si romper con sus costumbres —buenas costumbres — y mantener un encuentro íntimo con un lugareño en su propia casa era lo más juicioso.

Creía que sí. Creía que era capaz de encargarse de aquella única anomalía.

Echó una ojeada al ordenador de su dormitorio cuando la alarma de seguridad pitó y le murmuró a Bert que se sentara.

Brooks llegaba pronto, pensó mientras veía su coche dirigirse

hacia la casa.

Le gustaba la pizza, se dijo de camino al piso inferior. Le gustaba el sexo. Mientras abría la puerta se aseguró a sí misma que era un plan infalible y que ambas partes estarían de acuerdo.

12

Ahí estaba ella, pensó Brooks, con su canino compañero a su lado y aquellos ojos que protegía con tanto celo que no le cabía duda de que guardaban secretos.

En esa ocasión ella no proyectaba irritación, y sin embargo observaba cada uno de los movimientos de Brooks cuando bajó de la camioneta con la pizza y un paquete de seis botellines de Rolling Rock.

Abigail y Bert siguieron mirándolo cuando llegó al porche y se inclinó para besarla.

—Hola.

—Hola. —Ella se hizo a un lado y luego repitió su rutina de echar todos los cerrojos—. Has traído cerveza. He puesto vino a respirar, pero…

—Eso también me vale. Dejaremos esto en la nevera. —Le pasó los seis botellines y se sacó un hueso de cuero sin curtir del bolsillo—. Esto es para Bert, si te parece bien.

El regalo la conmovió. Fuera o no una estratagema, pensó que demostraba amabilidad.

—No lo aceptará de ti.

—Pues dáselo tú.

Le pasó el hueso, viendo que la mirada de Bert se paseaba del uno al otro y al hueso. Pero no movió ni un músculo.

—Ha sido muy amable de tu parte. Le gustan. —Se volvió hacia el perro y le murmuró una orden. Bert plantó el trasero en el suelo.

—Eso no era francés.

—No, era italiano. —Le dio el hueso a Bert, seguido de otra orden.

—También habla italiano. Qué perro tan sofisticado. Está

sonriendo.

—Los perros no sonríen.

—Vamos, mira esos ojos. Está sonriendo. ¿Dónde quieres que deje la pizza?

—Mejor en la cocina. Estás de buen humor.

—Estoy a punto de comer pizza con una preciosa mujer a la que le gustan los pimientos picantes, también mis favoritos. Y ha abierto una botella de vino. Y no entro a trabajar hasta las ocho. Sería imbécil si no estuviera de buen humor.

—No eres imbécil. —Bajó las copas—. Y aunque tu trabajo conlleva un alto nivel de estrés, raras veces pareces estresado. Eso he observado.

—Me gusta el trabajo.

—Pero si tu padre no se hubiera puesto enfermo, aún seguirías en Little Rock.

—Sí, es probable. Mi destino era volver a casa, aceptar el cargo de jefe de policía e instalarme de nuevo aquí.

Ella meneó la cabeza mientras sacaba los platos. Se le ocurrió que sí tenía más temas de conversación.

—No existe la predestinación, el destino ni el azar. La vida es una serie de decisiones y circunstancias, acción y reacción, y del resultado de las decisiones de otras personas. La enfermedad de tu padre te predispuso a elegir este trabajo en ese momento. Creo que fue una elección basada en el amor y la lealtad, pero no que estuviera predestinada.

Brooks sirvió el vino.

—Creo en el poder de decisión y en el destino.

—¿Cómo? No podemos tener poder de decisión y libre albedrío y aun así estar predestinados.

—Es un enigma, ¿verdad?

Parecía muy cómodo en su cocina, en su espacio, con sus vaqueros y su camiseta, sus zapatillas hasta el tobillo y su desgastada chaqueta de cuero. ¿Debería preocuparle eso?

—¿Por qué no comemos en el porche de atrás? Hace una noche preciosa.

Aquello la desconcertó. Ella nunca comía fuera, y jamás salía sin un arma.

—Mira cómo giran esos engranajes. —Le rozó la sien con el dedo—. Imagino que te has pasado la mayor parte del día encerrada. No puedo creer que compraras este sitio si no apreciaras una suave noche de primavera.

Otra decisión más, pensó.

—De acuerdo. —Abrió el cajón y sacó la pistolera—. No salgo fuera sin mi pistola.

—Vale. —La Glock 19 de nuevo; su favorita, al parecer—. Ojalá me contaras qué es lo que te da miedo.

—No tengo miedo. —Si era una mentira, no era demasiado importante. Se consideraba bien preparada y segura como para tener miedo de verdad—. Prefiero tener un arma cuando estoy fuera.

—De acuerdo. —Esperó mientras ella se ponía la pistolera y abría la puerta de la cocina—. Pero cuando decidas contármelo, encontraré la forma de ayudarte.

—¿Cómo sabes que no soy una delincuente? ¿Una prófuga de la justicia?

—¿Crees en el instinto?

—Sí, desde luego. Es…

—No tienes que explicarlo. Tan solo achácalo a eso.

Tenía una pequeña mesa en el porche y una única silla. Brooks dejó la pizza y volvió dentro a por la silla de oficina.

—Se está bien aquí fuera; la vista, el aire. Has empezado a plantar el jardín. —Se sentó en la silla de oficina y tomó un trago de vino—. ¿Qué tienes en el invernadero?

—Plantas. Flores, algunas verduras. Tengo algunos árboles frutales pequeños. Se crían bien en el entorno del invernadero.

—Seguro que sí.

A la señal de Abigail, Bert se tumbó a sus pies y comenzó a mordisquear el hueso que Brooks le había llevado.

—Está sonriendo otra vez.

En esa ocasión ella meneó la cabeza, pero también esbozó una pequeña sonrisa.

—Tienes una naturaleza soñadora.

—Puede que eso sea lo que contrarresta el estrés. —Brooks cogió la porción de pizza que ella le había servido, se colocó el plato en el

regazo y estiró las piernas, guardando silencio. Ella hizo lo mismo —. No vas a preguntarme. —Decidió Brooks—. Tienes mucho autocontrol, Abigail.

—¿Cómo dices?

—Te he dicho por teléfono que tenía noticias, pero no vas a preguntarme al respecto. La mayoría de la gente no habría tardado ni tres minutos en hacerlo.

—A lo mejor era otra estratagema.

—Esta vez no. —Esperó unos minutos y exhaló un enorme suspiro—. Y ahora no me vas a preguntar porque quieres fastidiarme. —Su sonrisa brotó de nuevo, y maldito fuera si no le proporcionaba una sensación de victoria cada vez que hacía que los labios de Abigail se curvaran—. Vale, vale, si me vas a dar la lata, te lo diré. He seguido tu consejo. He rescatado un perro de la perrera para mi madre.

—¿Está contenta?

—Ha llorado, en el buen sentido. Mi hermana me ha enviado hoy un mensaje de texto para decirme que soy un mamón y que mamá la sigue queriendo más a ella. Es la mediana. Y estaba bromeando —agregó al ver que Abigail fruncía el ceño—. Nos gusta pincharnos unos a otros. Tras un intenso debate, durante el que me comí mi hamburguesa y mantuve la boca cerrada, los felices papás pusieron a su nuevo hijo, porque, créeme, así es como van a tratarlo, el nombre de Platón. Mi padre quería ponerle Bob o Sid, pero mi madre afirma que el cachorro tiene aspecto de ser reflexivo y muy brillante y se merece un nombre importante.

—Es una buena elección. Los nombres con consonantes fuertes son más fáciles de utilizar en el adiestramiento. Son buenas noticias. Noticias alegres.

—Eso creo. —Sacó su teléfono móvil, que llevaba sujeto al cinturón—. Tengo una foto. —Buscó en la galería y se la enseñó.

—Es muy guapo y tiene unos ojos inteligentes y alerta. —Y le enternecía mirarlos, imaginarle en un buen hogar rebosante de cariño—. Eres un buen hijo.

—Ellos hacen que me resulte fácil serlo. ¿Qué hay de tus padres?

—Solo está mi madre. No estamos unidas.

—Lo siento. ¿Dónde está?

—Hace años que no tenemos contacto.

Brooks dedujo que se trataba de un tema prohibido. Muy prohibido.

—Yo he acabado hablando con mis padres casi cada día. Uno de los pros, o los contras, dependiendo de cómo lo mires, de vivir en un pueblo pequeño.

—Creo que en tu caso debe de ser una ventaja y un consuelo.

—Sí. Era algo que di por sentado cuando crecía, pero eso es lo que hacen los chicos. Dan las cosas por sentadas. Cuando vivía en Little Rock hablaba con ellos o les enviaba correos electrónicos muy a menudo. Y venía casi cada mes a verlos a ellos, a mis hermanas y a los amigos que aún viven aquí. Pero nunca pensé en regresar.

—Estabas contento viviendo y trabajando en Little Rock.

—Sí, lo estaba. Pero cuando mi padre enfermó, no solo sentí que tenía que volver, sino que me di cuenta de que deseaba hacerlo. —La señaló con un dedo—. El destino.

Ella meneó la cabeza y le obsequió con aquella sonrisa a la que tanto se estaba aficionando.

—Tienes un núcleo familiar muy unido.

—Podría decirse así. ¿Qué tal está la pizza?

—Muy buena. Cuando me la preparo yo, hago la masa de harina de trigo integral, pero esta me gusta más.

—¿Preparas tu propia pizza? ¿De caja?

—Si está en una caja, no la preparas tú.

—Casi todo lo que yo cocino viene en una caja. ¿Haces pizza casera?

—Sí, cuando me apetece.

—Ni siquiera mi madre lo hace. —Sirvió otra porción en el plato de Abigail y en el suyo y después rellenó las copas de vino—. A lo mejor podrías enseñarme el invernadero más tarde.

—No cultivo marihuana.

Brooks se echó a reír con tantas ganas que ella se sobresaltó un poco.

—Eso sí que sería interesante. Pero no estaba pensando en eso. Me interesa porque he crecido con dos aficionados a la jardinería. Por no mencionar que por aquí no tenemos a muchos que cultiven marihuana, ni para uso personal ni como segunda fuente de

ingresos. Mi madre lo hacía hasta que empezó a tener niños. Y todavía discute a la menor oportunidad para que la legalicen.

—Legalizar, fiscalizar y gravar el cultivo de marihuana eliminaría el gasto de fondos invertidos para tratar de hacer cumplir las leyes en curso y generaría unos ingresos considerables.

—Es cuestión de opinión, otra vez.

El perro se sentó y miró a Abigail.

—*Allez* —le dijo, y bajó del porche en dirección a un árbol.

—Vuelta al francés. ¿Te acaba de pedir permiso para mear?

—No abandonaría el porche sin mi permiso. —Se removió en su silla y tomó un sorbo de vino—. Lo he reconsiderado.

—Demasiado tarde, ya vas por la segunda porción.

—No hablo de la pizza. He reconsiderado lo de mantener relaciones sexuales contigo.

Brooks daba gracias por haber tragado ya el vino o de lo contrario se habría atragantado.

—¿En serio?

—Sí. Después de sopesar los pros y los contras, he decidido que el sexo contigo sería mutuamente satisfactorio. Eres atractivo y agradable. Y limpio. Besas muy bien, y aunque he descubierto que eso no es siempre un indicio fiable de la habilidad en la cama, a menudo es así. Si estás de acuerdo podemos terminar de cenar. Después podría enseñarte el invernadero y luego podríamos entrar y tener sexo. Me estoy tomando la píldora, aunque te pido que uses condón.

Brooks casi se había quedado sin palabras.

—Toda una oferta, sí, señor.

—¿No aceptas? —Abigail no había tenido en cuenta una negativa—. Creía que me deseabas físicamente. ¿No es así?

Brooks dejó su plato y se puso en pie. Demasiado furioso como para preocuparse por lo que el perro pensara o hiciera, tiró de Abigail para que se levantara y la atrajo con brusquedad contra su cuerpo.

Esa vez no fue un beso suave ni una exploración tierna. Explotó como metralla de una bomba incendiara atravesando sus sentidos. Perdió el equilibrio y se desmoronó. Tuvo que aferrarse a él para no caer.

—Espera. Espera.

Tal vez fue el temblor en su voz, o el grave gruñido del perro, pero aunque no la soltó, aflojó un poco.

—*Ami*, *ami*. —La mano le temblaba igual que la voz cuando la posó brevemente en la mejilla de Brooks. Luego le hizo una señal al perro—. *Ami*, Bert. Almohada. —Cuando el perro se sentó, Abigail dejó escapar un trémulo suspiro—. Creía que me estabas haciendo daño.

—¿Era así?

—No. Pero me gustaría sentarme.

—Mírame.

Ella tomó aire de nuevo para luego alzar la mirada hacia él.

—Estás furioso.

—No, no lo estoy. No sé lo que siento, pero no estoy furioso.

—No me deseas.

—¿Tengo que responder otra vez a esa pregunta? Y, si es así, ¿voy a necesitar una ambulancia cuando tu perro acabe conmigo?

—Yo… oh. ¡Oh! —Brooks percibió la humillación en aquel sonido cuando ella cerró los ojos y asintió—. Lo entiendo. He sido demasiado franca, demasiado pragmática. Debería haber esperado a que tú abordaras el tema o, si eso fallaba, no debería haber sido tan calculadora. De verdad, me encantaría sentarme.

Brooks la soltó y se sentó junto a ella.

—En primer lugar, que estés dispuesta a acostarte conmigo solo me produce buenas vibraciones. El problema, por mi parte, es que tengo la sensación de que lo estás tratando como si fuera una tarea que quieres tachar de tu lista de cosas pendientes.

Había acertado de pleno, pensó, tanto en la forma como en la intención.

—Lo siento. Pensé que era el enfoque correcto. No estás furioso, pero como mínimo te sientes un poco insultado. Lo lamento. —Reunió el coraje suficiente para mirarle—. Sé cómo abordar las cosas con cierta gente. Soy consciente de ello. Esta ha sido una presentación tan pésima y degradante como la de la mujer de la galería Ozarks Art.

—Yo no diría tanto. Y tenía la esperanza de que lo reconsideraras en algún momento.

—No iba a hacerlo, y entonces…, estaba nerviosa y he manejado mal el asunto.

—¿Nerviosa?

—No es así como suelo… No sé cómo explicarlo.

—No sin contarme más de lo que quieres. De acuerdo. Probemos con esto. Vamos a terminarnos la copa de vino y luego me enseñas el invernadero. Y ya veremos cómo van las cosas.

—No se me da bien ver cómo van las cosas.

—A mí se me da genial. Vamos a probar. Si no te gusta cómo van, siempre podemos hacerlo a tu manera. Supongo que no pierdo nada.

—Quieres decir que tendrás sexo de todos modos.

Brooks rió de nuevo, estiró el brazo y le asió la mano para darle un apretoncito.

—Qué mujer. Veamos si… Joder —se interrumpió cuando sonó su móvil—. Sigue pensando en eso. Sí, Ash, ¿qué pasa?

Abigail vio el cambio que se operó en su cara mientras escuchaba, la vio adquirir una expresión impertérrita y un tanto severa.

—No, has hecho bien. Voy para allá. Espérame, ¿me oyes? Espera hasta que llegue. —Cuando colgó, le dijo a Abigail—: Lo siento.

—No pasa nada. —Pero no le miró cuando se levantó para recoger los platos.

—Este tipo de cosas forma parte del paquete —añadió.

—Eso lo entiendo, por supuesto. Pero estás fuera de servicio.

—¿Así que debo de estar utilizándolo como excusa? No. —Le puso la mano en el brazo con suavidad—. No, Abigail. Ordené que quienquiera que recibiera la llamada sobre este problema en concreto, lo cual era inevitable, se pusiera en contacto conmigo. Estuviera o no de servicio. Tengo que ocuparme de esta situación.

—Entiendo. De verdad que lo entiendo.

—Me gustaría volver.

—No tienes que sentirte…

—Abigail, me gustaría volver, si me es posible. Si no puedo, te llamaré. No estoy seguro de cuándo será.

—Porque tienes que ver cómo va la cosa.

—Justamente. Tengo que irme. —Se inclinó y la besó—. Pero preferiría quedarme.

Le creía, y creer en él entibió algo dentro de ella al tiempo que él salía del porche y rodeaba la casa en dirección a su coche.

Así que esa noche el trabajo era una mierda, pensó Brooks mientras conducía hacia la casa de Tybal y Missy Crew. Pero había pensado bastante en aquel problema desde la última vez que Ty se había emborrachado y se había comportado como una bestia. Esa noche Brooks pretendía arreglarlo de un modo u otro.

***

Todas las ventanas de casa de los Crew resplandecían como si fuera Navidad en tanto que los vecinos se congregaban en los jardines, como si el altercado doméstico se considerara una fiesta. Ash impidió que se acercaran a la casa, donde la música folk manaba a todo volumen a través de la puerta abierta de par en par y se escuchaba algún que otro estruendo.

Cuando Brooks se apeó de su vehículo, Jill Harris, de la casa de la izquierda, se le acercó.

—Alguien tiene que entrar ahí antes de que destroce lo que queda de esa casa.

—¿Missy está dentro?

—Salió corriendo, descalza, llorando y echando sangre por la boca. No puedo seguir llamando para avisar si no van a hacer algo al respecto.

—¿Presentará una denuncia?

—Tengo que vivir al lado. —Con su metro cincuenta y dos de altura, Jill cruzó los brazos sobre su chaqueta de punto rosa—. Intenté hablar con Missy una vez, mientras estaba sentada en mi cocina con una bolsa de guisantes congelados en su ojo morado. Acabó diciéndome que era una puta vieja que no sabía ocuparme de mis propios asuntos. Ahora no me habla. ¿Cree que quiero que venga a golpearme la puerta la noche que se emborrache?

—De acuerdo, señora Harris. Vamos, Ash.

—¿Quieres que envíe a alguien a buscar a Missy?

—No. Está por aquí cerca, en alguna parte, o se ha ido cagando leches a casa de su hermana. Sabía que íbamos a venir. —Una parte de él se preguntó si Missy había acabado disfrutando de todo aquel drama y no le gustó la idea—. Esperará a que nos lo llevemos —prosiguió Brooks— y luego volverá a casa y esperará hasta mañana para venir a decirnos que se resbaló con el jabón o alguna otra gilipollez. Quiero que estés preparado, pero no hables con él. No quiero que digas nada.

—Eso puedo hacerlo.

Brooks no tuvo que llamar, ya que Missy había dejado la puerta abierta de par en par al huir. Se quedó en la escalera de entrada y gritó.

—No sé si nos oirá —comenzó Ash.

—Lo hará. No vamos a entrar. Vamos a quedarnos aquí, donde tenemos más de una docena de testigos.

—¿Para qué?

—Para esperar lo que suceda a continuación. ¡Ty! Tienes visita en la puerta.

—¡Estoy ocupado! —Brooks vio que la lámpara salía volando por el salón—. Estoy redecorando.

—Ya lo veo. Necesito un minuto de tu tiempo.

—Pues pasa. ¡Únete a la puta fiesta!

—Si entro te llevaré a rastras a la cárcel. Si sales aquí solo charlaremos un poco.

—Hay que joderse. ¿Es que no puede uno ocuparse de algunas tareas en su propia casa? —Ty fue tambaleándose hasta la puerta, con los ojos vidriosos y la cara salpicada de sangre como consecuencia, supuso Brooks, de los cristales que había hecho añicos—. Hola, Ash. Bueno, agentes, ¿qué puedo hacer por la jodida policía esta noche?

—Me parece que le has estado dando con ganas al Rebel Yell —le dijo Brooks antes de que Ash se olvidara y respondiera.

—No hay ninguna ley que lo prohíba. Estoy en mi hogar, puto dulce hogar. No estoy conduciendo. No estoy manejando maquinaria pesada. —Se descojonó de la risa y tuvo que agacharse y resollar cuando las carcajadas le dejaron sin respiración.

—¿Dónde está Missy?

—Ni puta idea. He venido a casa y la cena no estaba puesta en la mesa. Pero sí tenía tiempo para lloriquear. Lloriquear, lloriquear y lloriquear, y dar la tabarra, la tabarra, la tabarra. Que si dónde he estado, que si qué he estado haciendo y con quién.

—¿Por eso le has pegado?

Aquellos ojos vidriosos se tornaron astutos.

—Ya sabes lo patosa que es. Y cuando se pone a lloriquear y a dar la tabarra no ve tres en un burro. La estúpida zorra se chocó contra una puerta. Después se largó. —Gesticuló y vio a los vecinos —. Esa panda de gilipollas no tiene nada mejor que hacer que quedarse ahí fuera. Estoy en mi casa. —Ty se señaló los pies para demostrarlo.

—Redecorando.

—¡Eso es!

—Si pasaras menos tiempo redecorando y más tiempo follándote a tu mujer a lo mejor no se chocaba con las paredes ni se largaba.

—Voy a comprar un poco de pintura y… ¿Qué has dicho?

—Ya me has oído. —A su lado, Ash se quedó boquiabierto, pero Brooks mantuvo los ojos clavados en Tybal—. Supongo que ese miniespagueti que tú llamas polla ya no se te empina.

Ty se balanceó sobre sus botas del cuarenta y ocho y medio y parpadeó con los ojos inyectados en sangre.

—Más vale que cierres la puta boca.

—Pero claro, cuando tienes la polla del tamaño de un pepinillo, ¿para qué intentar que se te empine?

—Fuera de mi propiedad, hijo de puta.

Ty le empujó y se dio por satisfecho. Pero Brooks quería pillarle por los huevos.

—¿No sabes hacerlo mejor? —Brooks le miró con desprecio—. Es de suponer que un pelele sin polla empuje como una chica. La próxima vez me tirarás del pelo y te pondrás a llorar.

A pesar de que estaba preparado para el puñetazo, y de que Ty estaba borracho como una cuba, este arremetió contra él con cierta fuerza. Brooks notó el sabor de la sangre mientras Ash dejaba escapar un atónito «¡Santo Dios!».

Y con un alarido, Ty embistió.

Brooks se hizo a un lado, giró el pie lo suficiente para que Ty se

tropezara y cayera de bruces en el jardín.

—Ahora sí que la has cagado. Estás arrestado por agredir a un agente.

—Te mataré.

Después de levantarse como pudo, Ty se abalanzó sobre Brooks con los puños en alto.

—Añade resistencia a la detención. —Brooks esquivó o bloqueó la mayoría de los puñetazos—. ¿Quieres echarme una mano para reducir al prisionero, Ash?

—Sí, señor. —Saliendo de su mudo asombro, Ash se acercó corriendo.

—¡Quítame las manos de encima, jodido chupapollas! —Ty intentó golpear a Ash, y aunque erró el blanco, le alcanzó en el hombro.

—Eso es un segundo cargo por agresión a un agente. Me parece que está claro que alegaremos también embriaguez y alteración del orden público.

Entre los dos le redujeron en el suelo y le esposaron. Mientras arrastraban a Ty, que no dejaba de resistirse ni de maldecir, Brooks observó las caras de los vecinos reunidos en los jardines.

—En breve enviaré a un agente —les dijo levantando la voz—. Os tomará declaración a todos. No quiero gilipolleces, ¿me oís? Decid lo que habéis visto. Al que no lo haga le acusaré de obstrucción a la justicia. No me pongáis a prueba.

Le puso la mano en la cabeza a Ty, le empujó dentro del coche patrulla y luego se limpió la sangre del labio con el dorso de la mano.

—Ayudante Hyderman, sígueme a comisaría.

—Sí, jefe.

Hizo caso omiso de las voces de Ty mientras conducía hasta la comisaría y también se esforzó por no prestar atención a su dolorida mandíbula. La mirada de advertencia que le lanzó a Ash hizo que el ayudante mantuviera la boca cerrada cuando metieron a Ty en una celda.

—Quiero un abogado. Pienso demandarte y luego te daré una paliza por esa gilipollez que has dicho.

—¿Qué gilipollez? —Brooks cerró la puerta con la llave.

—¡Esa gilipollez de que no tengo polla ni consigo que se me empine para follarme a Missy! ¡Hijo de puta!

—Joder, Ty, debes de estar más borracho de lo que pareces. No te he visto la polla desde que nos duchábamos después de la clase de gimnasia cuando íbamos al instituto, y no puedo decir que prestara demasiada atención por aquel entonces. Yo no he dicho nada parecido.

—¡Mentiroso de mierda, has dicho que era del tamaño de un… de un… de algo pequeño!

—Estás borracho y tenías la música a todo volumen. No sabes ni lo que has oído. Ayudante, ¿he dicho algo que afectara a la virilidad del prisionero?

—Yo… ah. No he oído nada.

—Voy a ocuparme de que el ayudante Fitzwater vaya a tomar declaración a los testigos. Esto es lo que va a pasar ahora, Ty, y esta vez deberías prestar atención. Tendrás tu abogado, por supuesto. Lo vas a necesitar. Voy a presentar cargos por agresión, resistencia a la detención, disputa doméstica y alteración del orden público. Vas a ir a la cárcel y no solo por una noche. Esta vez no.

—Gilipolleces.

—¿Agredir a un agente de policía? Eso es un delito. Tienes dos cargos, además del de resistencia a la detención. Te pueden caer cinco años.

Su enrojecida cara iracunda se puso blanca.

—Gilipolleces —replicó con voz temblorosa.

—Piénsalo. Un abogado podría reducirlo a…, bueno, dieciocho meses, con libertad condicional. Pero te prometo que vas a cumplir condena.

—No puedes enviarme a prisión. Tengo que ganarme la vida.

—Yo no llamaría ganarse la vida a lo que has estado haciendo los últimos dos años.

Pensó en Tybal en el centro del campo, veloz y con un brazo como un cohete. En Ty y en Missy, la pareja dorada durante todos los años de instituto.

Y se dijo que lo que había hecho, lo que haría, era por aquella deslumbrante y dorada pareja.

—Reflexiona sobre ello esta noche, Ty. Piensa en pasar los

próximos dos años o más encarcelado en Little Rock. En la oportunidad que podría darte de vivir ese tiempo en libertad bajo fianza, supeditado a asistir y terminar la rehabilitación de alcohólicos, control de la ira y terapia de pareja.

—No sé de qué me hablas. —Ty se sentó pesadamente en el catre y apoyó la cabeza entre las manos—. No me siento bien.

—Estás enfermo. Piensa en ello. —Brooks retrocedió y cerró la puerta que daba al calabozo.

—Le has provocado.

—¿De qué hablas, Ash?

—Vamos, jefe, aquí no puede oírnos. Le has provocado para que te agrediera.

—Ash, solo lo diré una vez. Tarde o temprano la cosa no va a quedarse solo en un labio partido o un ojo morado para Missy. Los vecinos se cansarán de avisarnos. Puede que a uno de ellos se le meta en la cabeza pararle los pies él mismo. O que Missy se harte de que le pegue y coja una de las armas que tienen en la casa. O que él se canse de que ella salga corriendo y la golpee con tanta fuerza que ya no pueda correr más.

—Nunca había destrozado la casa como esta noche.

—No. Está yendo a peor. No quiero que alguna noche me avisen para que vaya allí y tener que encontrarme con el cadáver de uno o de los dos.

—¿Puedes hacer lo que le has dicho? ¿Puedes obligarle a ir a rehabilitación y todo lo demás?

—Sí, voy a asegurarme de que lo haga. ¿Oficialmente? Lo que me has oído decirle esta noche es lo que le pregunté al principio; si ha pegado a Missy, dónde estaba ella, cuál era el problema, etcétera. ¿Queda claro?

—Muy claro.

—De acuerdo. Voy a redactar el informe y a decirle a Boyd que vaya allí a tomar declaración a esos testigos y que se asegure de que Missy ha vuelto a casa.

—Vendrá mañana, como siempre.

Sí, lo hará, pensó Brooks. Pero esa vez tendrá que tomar una decisión diferente.

—Y yo me ocuparé de ella. Tú puedes irte a casa.

—No, señor. Me quedo aquí esta noche.

—Tú te encargaste la última vez.

—Me quedo. Deberías ponerte hielo en la mandíbula. Te ha pegado un buen puñetazo. Quizá por la mañana puedas traer algunos bollitos de pasas de la panadería.

—Lo haré. ¿También café del sofisticado?

—Tienen uno con chocolate y nata montada.

—Sé cuál es. ¿Qué tal el hombro?

—No está mal. Es posible que me salga un cardenal, pero es que pega bien. Tybal es un buen tipo cuando no está borracho. Si lo que has hecho surte efecto, puede que le vaya bien.

***

Le llevó más de lo que había esperado, pero Abigail aún tenía las luces encendidas cuando regresó a su casa. El cuarto ibuprofeno que se había tomado mitigó el dolor de la mandíbula y lo rebajó a una irritante molestia. Aquello habría estado bien de no ser porque hacía que fuera consciente de las otras zonas en que Ty le había plantado el puño o la bota.

Debería marcharse a casa, se dijo mientras se bajaba del vehículo. Debería irse a casa, quedarse una hora entera bajo la ducha caliente, beberse dos dedos de whisky e irse a dormir.

De todos modos el asunto de Ty le había estropeado el buen humor.

Dado que había conducido hasta allí, se limitaría a pedirle un beso de buenas noches.

Ella abrió la puerta antes de que llamara y permaneció de pie, en aquella postura alerta tan típica en ella, estudiando su rostro.

—¿Qué ha pasado?

—Es una larga historia.

—Necesitas una compresa fría —le dijo al tiempo que retrocedía.

Era la primera vez que le dejaba pasar sin que él se lo pidiera o tuviera que emplear el ingenio para conseguirlo. De modo que entró.

—He tardado un buen rato. Lo siento.

—He estado trabajando un poco.

El perro y ella se dieron la vuelta y regresaron a la cocina. A continuación abrió el congelador, sacó una compresa y se la ofreció.

—La gente suele conformarse con guisantes congelados.

—Esto es más eficaz y más económico.

Brooks se sentó, colocándoselo sobre la mandíbula.

—¿Te suelen pegar en la cara a menudo?

—No. ¿Y a ti?

—Hacía tiempo que no. Se me había olvidado cuánto duele. No tendrás un whisky a mano, ¿verdad?

Sin decir nada, Abigail se volvió hacia un armario. Sacó una botella de Jameson —y Brooks deseó besarle los pies allí mismo— y le sirvió un par de dedos en un vaso ancho.

—Gracias. —El primer trago se llevó consigo parte de su mal humor—. ¿Hay algo que no tengas a mano?

—Cosas que creo que no me sirven para nada.

—Claro, claro.

—¿Quieres contarme esa larga historia?

—Cielo, soy de los Ozarks. Las largas historias son una forma de vida.

—De acuerdo.

Abigail sacó un segundo vaso, se sirvió whisky y de inmediato tomó asiento.

—Dios mío, eres una mujer sosegada.

—En realidad no.

—Ahora mismo lo eres, y es justo lo que necesito. —Se recostó, haciendo caso omiso de las punzadas, y tomó otro trago de whisky de manera pausada—. Bueno, Tybal y Missy. Cuando íbamos al instituto eran la pareja de oro. ¿Sabes a qué me refiero?

—Eran el centro de atención.

—El rey y la reina. Él era la figura del deporte. El *quarterback* de manos mágicas. El centro campo con brazo de cañón. Ella era la capitana de las animadoras, guapa a rabiar. Él se fue a Arkansas con una beca deportiva, y ella le acompañó. Por lo que he oído, allí también brillaron. Hasta el penúltimo año, cuando Ty se jodió la rodilla durante un partido. Todo eso de que iba a ser profesional se

fue a la mierda. Acabaron regresando a la ciudad. Rompieron, volvieron, rompieron otra vez, etcétera. Luego se casaron. —Tomó otro sorbo. Entre eso, el ibuprofeno y la serenidad que desprendía Abigail, se sentía mejor—. Estuvo un tiempo entrenando al equipo del instituto, pero la cosa no fue bien. Supongo que le faltaba nervio. Así que se puso a trabajar en la construcción. Missy intentó ser modelo, pero no funcionó. Ahora trabaja en la floristería La Maceta. Creo que no estaban preparados para que todo dejara de brillar, así que lidiar con la vulgaridad les pasó factura. Ty se entregó a la bebida, al Rebel Yell.

—¿Rebel Yell, como el «grito rebelde» del ejército confederado durante la guerra de Secesión?

—En este caso es la marca de un whisky ni mucho menos tan bueno como el que tú me has servido. En definitiva, mi antecesor en este trabajo me avisó del problema. La conducción bajo los efectos del alcohol, las peleas y las D y D…, es decir…

—Disputas domésticas. Se vuelve violento y la maltrata cuando bebe.

—Eso es. Durante este último año ha empeorado.

—¿Por qué no le habéis arrestado?

—Lo hemos hecho, pero acaba con una amonestación o prestando servicios a la comunidad. Missy no presenta cargos cuando la pega y niega que haya sucedido nada. Se cae, se resbala, se choca con la puerta.

—Ella se lo permite.

—Así es. Y el caso es que la gente hace la vista gorda. El éxito que tenían perdura mucho tiempo en un pueblo pequeño como este. Pero yo he estado una temporada fuera, así que puede que lo vea, que los vea, de otro modo. Dado que los repetidos intentos de que reciban terapia, rehabilitación o asesoramiento han fracasado, he procedido de otra manera.

—De ahí tu herida.

—Podría decirse. Cuando mi ayudante ha llamado para informar de que ya estaban otra vez, lo que significaba que Ty había llegado borracho a casa, le había pegado y ella había huido, conseguí que Ty saliera a la entrada de su casa, a plena vista de las catorce personas que estaban viendo el espectáculo en la calle. Tenía la

música a tope para que le acompañase mientras destrozaba todo lo que podía de la vivienda. Eso ha sido una ventaja, ya que nadie, excepto Ty y mi ayudante, pudo oírme provocar a ese gilipollas borracho poniendo en duda el tamaño y la virilidad de su pene. Si eso no hubiera funcionado, estaba dispuesto a insinuar que la sufrida e imbécil de su mujer podría encontrar el tamaño y virilidad de mi pene más de su gusto. —Exhaló un profundo suspiro y meneó la cabeza—. Me alegra no haber llegado a eso. Me pegó un puñetazo en la cara delante de testigos y ahora está reflexionando sobre la posibilidad de cumplir condena por uno o dos delitos.

—Ha sido una muy buena estrategia. Los hombres sois muy sensibles con el tema de vuestros genitales.

Brooks se atragantó un poco con el whisky, luego se frotó la cara con la mano mientras soltaba una carcajada.

—Bien sabe Dios que lo somos. —Entonces se puso serio y tomó otro sorbo—. Bien sabe Dios que lo somos.

—Tu método no ha sido convencional, pero el resultado ha sido bueno. Sin embargo estás un poco triste. ¿Por qué?

—En otro tiempo fue amigo mío. No el mejor, ni mucho menos, pero lo fue. Me caían bien y supongo que a mí también me gustaba ver ese brillo. Siento verles caer tan bajo. Siento contribuir a que caigan tan bajo.

—Estás equivocado. Dependerá de ellos aplicarse y buscar ayuda para sus problemas, pero mientras sean incapaces de hacerlo, jamás los resolverán. Lo que has hecho le deja solo dos alternativas; ir a la cárcel o aceptar ayuda. Es muy probable que cuando esté sobrio y se enfrente a esas decisiones y consecuencias, elija buscar ayuda. Dado que ella parece ser codependiente, también lo hará. Creo que tus actos entran dentro de las funciones y la naturaleza de tu trabajo. Así como de los parámetros de la amistad.

Brooks dejó el whisky que aún no se había terminado.

—Me estaba diciendo a mí mismo que debería haberme ido a casa con mi mal humor, mis dolores y mis molestias. Me alegra mucho no haberlo hecho. —La tomó de las manos—. Déjame que te lleve a la cama, Abigail.

Ella mantuvo la vista clavada en la suya.

—De acuerdo.

13

De acuerdo. A Brooks le sorprendió que aquello resultara tan dulce, tan cautivador, que ella lo hiciera tan fácil.

De acuerdo.

Se puso en pie e hizo que ella se levantara.

—A lo mejor podrías enseñarme el camino.

—Te refieres al dormitorio.

—Sí. Ya estoy de sobra familiarizado con lo que vamos a hacer allí.

La sonrisa titiló en los ojos de Abigail, en las comisuras de su boca.

—Me sentiría decepcionada si eso no fuera cierto.

Fue con ella de la mano hasta el salón y escaleras arriba.

—Teniendo en cuenta lo que vamos a hacer, y con la esperanza de que no cuestiones mi tamaño y virilidad para la hazaña, ¿qué tal lleva Bert el proceso?

—Está muy bien adiestrado, así que en teoría no interferirá.

Brooks volvió la cabeza para mirar al perro.

—«En teoría» es un término peligroso. Y al decir que no interferirá, ¿te refieres a que no me arrancará la garganta?

—No lo hará.

Al llegar a la puerta del dormitorio, la hizo volverse hacia él, estudiándola con los ojos entrecerrados.

—Estoy intentando averiguar si estás siendo graciosa.

—El humor puede atenuar la incomodidad, si es que la hay. No sabría decirlo. Pero si Bert creyera que me estás haciendo daño, o que intentas hacérmelo, su primera respuesta sería protegerme…, detenerte. Te ha visto tocarme y le he enseñado que eres un amigo y que se quede tumbado. Ve que te he traído arriba de forma

voluntaria, que te toco.

Abigail le puso una mano en el pecho, luego miró al perro y le dio una orden.

—¿Qué idioma es ese? —preguntó Brooks cuando Bert se encaminó a la amplia cama de perro, la rodeó tres veces y se tumbó con un suspiro.

—Farsi.

—¿En serio? ¿Bert y tú habláis farsi?

—No muy bien, pero estoy en ello. Le he dicho que descanse. No quiero echarle de la habitación. No lo entendería.

—Vale. ¿Eso que hay en la cama es un osito de peluche?

—Los perros son animales gregarios.

—Ajá, ¿y un osito de peluche es la jauría de Bert?

—Le reconforta. Me gustaría preparar la cama.

—Te echo una mano.

—No. Tengo mi…

—Tu manera de hacer las cosas. Vale. —Se alejó y estudió el ordenador, muy similar al que tenía abajo.

—Da qué pensar. —Dobló el edredón y lo guardó dentro del banco acolchado a los pies de la cama—. Me dedico a ello. Creo firmemente en la seguridad y siento que es mi obligación utilizar y probar productos y sistemas.

—Creo que eso es verdad. Pero no toda la verdad. —Se dio la vuelta y vio con agradecimiento que ella sacaba un condón del cajón de la mesilla y lo dejaba sobre la misma—. Y no tenemos por qué hablar de ello ahora. ¿Te parece bien que deje mi arma sobre esta mesa?

—Sí. ¿Me desnudo?

—No. Yo también tengo mi forma de hacer las cosas. —Después de despojarse de la pistola, fue hacia ella y le acarició el cabello, la mejilla, el hombro—. Quiero descubrir por mí mismo lo que hay ahí debajo.

La besó, tanteándola, excitándola, mientras sus dedos continuaron acariciándole el rostro, el costado, para subir por su espalda con ligereza, pues podía sentir que se estaba conteniendo, reprimiendo.

—Tienes unas buenas manos.

—Aún no les he dado demasiado uso en lo que a ti respecta.

—Pero lo harás. Me gustaría verlo —le dijo mientras empezaba a desabrocharle la camisa—. No vistes de uniforme como tus ayudantes.

—Perdí la costumbre. No me apetecía mucho retomarla.

—Me gusta que no lo hagas. Muestras tu autoridad de forma diferente. —Le abrió la camisa y desplegó las manos sobre su pecho —. Estás en muy buena forma.

—Gracias.

Alzó la mirada hacia él.

—Yo también.

—Ya me he fijado.

—Soy muy fuerte para mi constitución, y mi resistencia es excepcional.

—Eres lo más sexy que he conocido, en los aspectos más extraños.

Despojó a Abigail de la camisa y la dejó caer.

—Yo…

—Chis. —Posó los labios sobre los de ella mientras la empujaba sobre la cama.

El perro no rechistó, pero Brooks podía sentir su mirada vigilante clavándosele en la espalda mientras descendía sobre Abigail.

Su piel era suave, cálida y tersa; los músculos de sus brazos, sus hombros, firmes. Y aunque su boca buscó la suya y respondió con la misma avidez, todo su cuerpo permanecía tan alerta como el perro.

—Cierra los ojos —murmuró mordisqueándole la garganta y ascendiendo de nuevo.

—Me gusta ver —repitió.

—Cierra los ojos un minuto y siente, sin más.

Esperó hasta que lo hizo y después los cerró él también. Se dejó sumergir un poco más.

Ella sintió. Terminaciones nerviosas, puntos de presión, texturas; todo ello resultaba más erótico con los ojos cerrados. Una especie de intercambio de control.

Estaba a salvo, recordó. Era competente. Y tenía necesidad.

—No pienses. —Brooks le rozó la mandíbula con los dientes—.

Solo déjate llevar.

No estaba segura de saber cómo apartar los pensamientos, pero guardó silencio, ya que él parecía preferirlo así, e intentó dejar que su mente se relajara.

Diferente, todo era diferente allí, con él. Deseaba analizar por qué, pero era demasiado agradable experimentar, sin más.

Solo esta vez, se dijo.

Se relajó debajo de él. Un poco. Lo suficiente. Brooks recorrió con los labios la suave elevación de su pecho por encima del inicio de su sostén, deslizando la lengua bajo el algodón, y escuchó que ella contenía la respiración. De modo que se demoró en aquel punto, excitándola mientras sus manos vagaban con libertad.

Ella había abierto una de las ventanas hasta la mitad para que la brisa nocturna entrase, transportando la fragancia del bosque, el murmullo del riachuelo.

La luz de la luna se filtraba en rayos difusos.

Brooks le desabrochó el botón de los pantalones, se los bajó unos centímetros y notó la rugosidad de una diminuta cicatriz en el hueso de la cadera.

Se tomó su tiempo, deseaba ir despacio, para descubrirla, para descubrir los ángulos, las curvas y oquedades; el sencillo y limpio aroma de su piel; el modo en que los músculos de su vientre se estremecían cuando sus labios la rozaban ahí.

Su respuesta era igual de sencilla, la entrega, el contacto, la fluidez con que levantó las piernas y las caderas cuando siguió desvistiéndola.

Y entonces…

Estalló debajo de él, levantando la espalda y moviendo sus largas y firmes piernas como un látigo al tiempo que giraba aquel cuerpo ceñido entre las sábanas para finalmente colocarse encima de él. Acto seguido se apoderó de su boca, haciendo pedazos su languidez y reduciendo a cenizas cualquier asomo de debilidad. Respiraba de forma entrecortada cuando le rozó el hombro con los dientes y se deslizó hacia abajo, ágil y letal como una serpiente, para mordisquearle el pecho mientras sus manos le tironeaban el cinturón.

Brooks se impulsó hacia arriba para atraer de nuevo su boca

hacia la de él, para alimentarse del calor que ella irradiaba. Con urgencia, con urgencia y avidez.

Abigail arqueó la espalda, flexible como la cuerda de un arco, y le apretó la cara contra su pecho.

—Lo necesito. —Se oyó gemir Abigail mientras se colocaba a horcajadas y se mecía sobre él hasta que Brooks hundió los dedos en sus caderas para no suplicar—. Lo necesito.

Se batía en una vorágine de determinación y movimiento. Atrapado en la tormenta con ella, se dejó llevar, se dejó azotar, mientras se devoraban el uno al otro.

Demasiado, pero no suficiente, pensó Abigail de manera frenética mientras todas aquellas necesidades se abrían paso por la fuerza. Tenía que alcanzar el clímax antes de que aquel inmenso placer la hiciera pedazos. El cuerpo de Brooks, fuerte, duro, enardecía tantos deseos; su boca y sus manos, tantas sensaciones. Él podía llevarla a aquel momento de alivio y liberación.

Desesperada, agarró el condón y lo abrió sin miramientos.

—Déjame a mí —susurró, sorprendida al ver que las manos le temblaban un poco mientras se lo colocaba.

Acto seguido se alzó sobre él. Bajo la suave luz de la habitación Brooks pudo ver la intensidad de sus ojos, el brillo de su piel. Entonces lo tomó en su interior. Todo se detuvo durante un sobrecogedor instante. La vista, el sonido, el movimiento. Aquellos ojos fieros permanecieron clavados en los suyos mientras sus cuerpos se unían.

El ojo de la tormenta, pensó Brooks, y acto seguido le arrastró con ella.

Le cabalgó como si le fuera la vida en ello, con apremiante y calculada velocidad. Brooks siguió su ritmo, embate tras enloquecido embate, con el corazón reverberando al compás de tan delirantes acometidas.

Cuando de su garganta brotó un sollozo y un grito, aquellos fascinantes ojos se cerraron, aquel deslumbrante cuerpo se arqueó al tiempo que alzaba los brazos para colocarlos alrededor de la cabeza en una imagen de absoluto y lascivo placer.

Abigail abrió los ojos de nuevo cuando Brooks tiró de ella y se colocó encima. Su boca claudicó, suave e inflamada, cuando la

capturó, cuando saboreó el repentino grito de sorpresa que dejó escapar en el momento en que se hundió en su interior.

Esa vez fue él quien la cabalgó, llevándola a la cima de nuevo, buscando el placer sin piedad mientras ella temblaba y se aferraba a él. Sintió que el orgasmo la atravesaba y que le clavaba las uñas en la espalda. Y dejó que su propia liberación le desgarrara.

Tardó un momento, o dos, en darse cuenta de que se había derrumbado sobre ella, resollando como un corredor de maratón después de cruzar la línea de meta.

Se quitó de encima de Abigail y se tumbó de espaldas, con la esperanza de que si sufría un infarto tuviera piedad y le hiciera la reanimación cardiopulmonar.

Logró pronunciar un ronco y reverente «¡Uau!».

Entonces echó un vistazo y vio que Bert seguía en su cama, pero se había levantado y estaba mirando.

—No sé si tu perro siente curiosidad o simplemente está celoso, pero a lo mejor podrías informarle de que estás bien.

Le dio a Bert la orden de que descansara. A pesar de que se tumbó, no apartó los ojos de la cama.

—¿Estás bien? —le preguntó Brooks al ver que no decía nada.

—Sí. Han pasado meses desde la última vez que me acosté con alguien. Sé que te he metido prisa.

—Según mi perspectiva, creo que nos hemos compenetrado muy bien. Joder, tienes un cuerpazo, Abigail. Perfecto de la cabeza a los pies.

—El tuyo me gusta mucho. Está muy bien proporcionado y tiene un excelente tono muscular.

Aquello le complació enormemente, de modo que se arrimó para darle un beso. La sonrisa se le borró de la cara cuando la miró a los ojos. Un hombre que se había criado con una madre y dos hermanas sabía cuándo una mujer estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Qué sucede?

—Nada. El sexo ha sido extraordinario. Gracias.

—Joder, Abigail.

—Tengo sed —se apresuró a decir—. ¿Quieres agua?

Salió sin ponerse nada encima. Aquello le sorprendió, ya que la había clasificado como tímida en ese terreno. Pero claro, esa mujer

era todo un enigma.

—Tú conoces sus secretos —le dijo a Bert—. Es una lástima que no puedas hablar.

Abigail bajó a la cocina a pesar de que tenía agua almacenada en el piso de arriba. Necesitaba un rato a solas.

Era consciente de que el sexo y los instantes posteriores constituían un momento muy vulnerable, para el cuerpo y para la mente. Se había enorgullecido de ser capaz de participar de forma activa y recuperar el control y las facultades con rapidez. De inmediato, en realidad.

¿Por qué estaba alterada y…? No estaba del todo segura de qué era lo que experimentaba. Podía deberse a que le conocía un poco más en el aspecto personal, a diferencia de los otros compañeros de cama que había escogido. Pero lo único de lo que podía estar segura era de que la experiencia había sido diferente a todo cuanto había conocido.

¿Por qué tenía ganas de llorar? Si hubiera estado sola se habría acurrucado en la cama y habría llorado hasta librarse de aquel inexplicable sentimiento.

No estaba siendo racional ni inteligente. El sexo había sido muy muy bueno. Él también había disfrutado. Le gustaba su compañía y tal vez eso formara parte de la preocupación que la invadía. Pero estaba cansada de sentir preocupación.

—Es algo que hago sin más —murmuró, y sacó dos botellas de agua fría de la nevera.

Fue dándole vueltas a aquello mientras volvía arriba. Brooks estaba sentado en la cama y la observó al entrar.

—No sé cómo comportarme —barbotó (¡ya estaba!), y le entregó una botella de agua.

—¿A qué aspiras?

—A la normalidad.

—La normalidad. —Asintió, giró el tapón del botellín y tomó un par de tragos—. Vale, en eso puedo ayudarte. Vuelve a la cama.

—Me encantaría volver a tener relaciones sexuales contigo, pero…

—¿Quieres que te enseñe lo que es normal?

—Sí.

—Pues entonces vuelve a la cama.

—De acuerdo.

Se tumbó a su lado, tratando de no ponerse rígida cuando la atrajo hacia sí. Pero en vez de iniciar el acto sexual, la acomodó para que apoyara la cabeza sobre su hombro y amoldara el cuerpo al de él.

—Esto es muy normal, de acuerdo con mi criterio. O lo sería si te relajaras.

—Es agradable. —Leía libros, veía películas. Sabía que esa clase de cosas sucedían. Pero nunca antes lo había probado. Jamás había sentido deseos de hacerlo—. Es cómodo, y tu cuerpo está caliente.

—Después de todo el calor que hemos generado no creo que vaya a enfriarme hasta que lleve una semana muerto.

—Eso es un chiste y un cumplido. —Abigail alzó la cabeza para mirarle, con una sonrisa—. Así que, ja, ja, gracias.

—Ahí lo tienes, otra vez estás siendo graciosa. —Le tomó la mano y se la puso sobre el corazón—. Y eso que estoy demasiado débil para reírme. Me has vuelto del revés, Abigail. Eso es otro cumplido —agregó al ver que ella no respondía.

—Tengo que pensar en uno para ti.

—Bueno, si tienes que pensarlo…

—No quería decir… —Le miró de nuevo, mortificada, y entonces captó aquel brillo en sus ojos—. Me estabas tomando el pelo.

—Lo ves, en mi escala de normalidad, esta es la parte en que nos decimos lo alucinantes que hemos estado. Sobre todo tú a mí.

—Porque el ego de un hombre suele estar correlacionado con su destreza sexual.

—Es una forma de verlo. No por nada cosas como que has visto a Dios o que la tierra se ha movido son clichés.

—La tierra está en constante movimiento, así que no es un buen halago. Uno mejor sería que la tierra ha dejado de moverse, aunque eso sería imposible, y un desastre si sucediera.

—De todas formas me lo tomaré como un cumplido.

La mano de Brooks le acariciaba la espalda del mismo modo que a veces ella hacía con Bert. No era de extrañar que al perro le encantara. Su corazón recuperó el ritmo y en su interior todo se distendió.

La normalidad, pensó, era tan maravillosa como siempre había imaginado.

—Cuéntame una cosa. Solo una cosa sobre ti. No tiene por qué ser importante —añadió al notar que se ponía tensa—. No es necesario que sea un secreto. Solo algo sobre ti. Podría ser tu color favorito.

—No tengo un color favorito porque hay demasiados. A menos que te refieras a los colores primarios.

—Vale, lo del color es demasiado complicado. Cuando eras pequeña, ¿qué querías ser de mayor? Yo primero. Quería ser Lobezno.

—¿Querías ser un lobezno? Eso es muy raro.

—Un lobezno no. Lobezno…, de los *X-Men*.

—Ah. Sé quién es. El superhéroe mutante de las novelas gráficas y películas.

—El mismo.

—Pero ¿cómo ibas a ser él si él ya existía y su existencia era ficticia?

—Tenía diez años, Abigail.

—Ah.

—¿Y tú?

—Se suponía que iba a ser médico.

—¿Se suponía que ibas a ser? —Esperó un momento—. No querías ser médico.

—No.

—Entonces no has respondido a mi pregunta. ¿Qué querías ser de mayor?

—Se suponía que iba a ser médico y creía que tendría que serlo, así que cuando tenía diez años no pensaba en ser otra cosa. Eso no es una respuesta. La tuya ha sido mejor.

—No es una competición. En fin, puedes ser Tormenta. Es muy sexy.

—El personaje que Halle Berry interpreta en el cine. Es muy guapa. Controla el clima. Pero Lobezno no practica sexo con ella. Siente algo por Jane, la doctora, y ella se debate entre Cíclope y Lobezno.

—Te conoces la dinámica de las relaciones de *X-Men*.

—He visto la película.

—¿Cuántas veces?

—Una vez, hace años. Me pareció interesante que Lobezno no recordara su pasado, y su reticente instinto protector hacia Pícara le otorgaba profundidad. Es un buen personaje para que lo emule un chico joven. Los autores forjaron una situación complicada para Pícara, ya que su mutación hace que le sea imposible tocar a otra persona, en un contacto de piel a piel. La escena del principio entre su novio y ella fue muy triste.

—Recuerdas muchos detalles para haberla visto tan solo una vez.

—Tengo memoria eidética. A veces releo libros o veo películas por segunda o tercera vez, pero no porque no me acuerde.

Brooks cambió de posición para poder mirarla.

—Ahí lo tienes, me has contado algo. Así que lo tienes todo almacenado aquí arriba. —Le dio con el dedo en la sien—. ¿Por qué no tienes una cabeza más grande?

Ella rió, pero luego se detuvo, con incertidumbre.

—¿Ha sido un chiste?

—Sí. —Le apartó el pelo de la mejilla y posó sus labios en ella—. ¿Has preparado tortitas alguna vez?

—Sí.

—Bien, porque así te acordarás de cómo se hacen.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres tortitas?

—Por la mañana. —Sus manos ascendieron por su cuerpo, rozándole los pezones con los pulgares.

—¿Quieres dormir aquí esta noche?

—¿Cómo si no voy a conseguir esas tortitas que me vas a preparar?

—Yo no duermo con nadie. Jamás he dormido con un hombre toda la noche.

Las manos de Brooks titubearon durante una fracción de segundo, luego continuó su exploración.

—Entonces no sabes si roncas.

—¡No ronco!

—Ya te avisaré.

Había muchas razones por las que no podía, no debía,

permitirlo. Pero él la estaba besando otra vez, la estaba tocando otra vez, excitándola de nuevo.

Le diría que no. Después.

***

Despertó justo antes del amanecer y se quedó muy quieta. Podía oírle respirar de manera pausada y regular. Un sonido diferente, más suave, que el de Bert. Bert sí roncaba. Un poco.

Se había quedado dormida, dormida de verdad, después de que hubieran tenido sexo por segunda vez. No le había pedido que se fuera, como había sido su intención. No había realizado la última inspección a la casa y los monitores. No había colocado su arma en la mesilla, a su lado.

Simplemente había adoptado aquella cómoda y normal posición y se había quedado dormida mientras él le hablaba.

No solo era de mala educación, decidió, sino que también resultaba aterrador. ¿Cómo podía haber bajado la guardia hasta ese punto con él? ¿Con alguien?

¿Qué iba a hacer? Tenía una rutina en la que no se incluía un invitado a pasar la noche.

Tenía que dejar salir a Bert, darle de comer, comprobar los monitores, los correos electrónicos y mensajes de trabajo.

¿Qué iba a hacer?

Se suponía que tenía que preparar tortitas.

Cuando se levantó de la cama, la respiración del perro había cambiado. Vio que abría los ojos en la penumbra y que meneaba la cola como hacía por las mañanas.

Le susurró en alemán la orden de que saliera mientras cogía su bata y Bert se desperezaba. Salieron juntos en silencio de la habitación y fueron abajo.

Cuando la puerta se cerró, Brooks abrió los ojos y sonrió. Debería haber imaginado que era de las que se levantaban temprano. A él no le habría importado quedarse durmiendo otra hora, pero teniendo en cuenta el panorama, podía levantarse.

Y tal vez pudiera convencerla para que volviera a la cama una

vez hubiera dejado salir al perro para que hiciera sus necesidades matutinas. Salió de la cama y fue al baño. En cuanto hubo vaciado la vejiga, pensó en el café. Entonces se pasó la lengua por los dientes.

No le pareció bien fisgonear para ver si tenía un cepillo de dientes de más, pero no tenía nada de malo birlarle un poco de dentífrico.

Abrió el cajón del pequeño armario del lavabo, vio el tubo de Crest enrollado de forma pulcra y una pistola Sig.

¿Quién coño guardaba una semiautomática en el cajón, junto al hilo dental y la pasta de dientes? Un arma cargada, según comprobó.

La noche anterior le había contado una cosa, recordó. Tan solo tendría que persuadirla para que le dijera más.

Se frotó el dentífrico sobre los dientes con el dedo y luego salió a por sus pantalones. Cuando bajó olió a café recién hecho y escuchó el murmullo de las noticias de la mañana.

Abigail estaba junto a la encimera, removiendo en un cuenco azul oscuro lo que esperaba que fuera masa de tortitas.

—Buenos días.

—Buenos días. He preparado café.

—Lo he olido mientras dormía. No roncas.

—Ya te dije que… —Se interrumpió cuando él posó los labios sobre los suyos.

—Solo lo comprobaba —le dijo al tiempo que cogía una de las jarras que ella había sacado—. Te he mangado un poco de pasta de dientes. —Sirvió café para él y para ella y vio que Abigail alzaba la vista hacia él—. ¿Quieres contarme por qué tienes una Sig en el cajón del baño?

—No. Tengo permiso.

—Lo sé, lo he comprobado. Tienes varios permisos. ¿Tienes azúcar? Ah, sí, aquí está. —Metió en el azucarero la cuchara que ella había colocado al lado de la jarra y se puso dos cucharadas colmadas—. Podría seguir investigando esto, aquello y lo de más allá. Se me da bien investigar. Pero no lo haré. No investigaré nada más a menos que te lo haya contado antes.

—No me vas a investigar mientras me acueste contigo.

Sus ojos verdes con motas doradas centelleaban cuando bajó la mirada.

—No nos insultes a ambos. No voy a investigar porque no quiero hacerlo a tus espaldas, porque somos… lo que quiera que seamos en este punto. Me gustaría acostarme contigo otra vez, pero no es una condición. Quiero seguir viéndote porque disfrutamos mutuamente, dentro y fuera de la cama. ¿Me equivoco?

—No.

—No me gusta mentir. No es que no lo haya hecho ni lo vaya a hacer en el trabajo. Pero fuera de ese ámbito no miento. No lo haré contigo, Abigail, y continuar investigándote sin que tú lo sepas me parece lo mismo que mentir.

—¿Por qué debería creerte?

—Eso depende de ti. Lo único que puedo hacer es contártelo. Este café está cojonudo, y no solo porque no haya tenido que preparármelo yo. ¿Tortitas?

—Sí.

—Ahora me pareces aún más guapa que hace diez segundos. ¿Me voy a encontrar otra pistola cuando saque platos y otras cosas para poner la mesa?

—Sí.

—Eres la mujer más interesante que conozco. —Abrió el armario del que le había visto sacar los platos para la pizza.

—Creía que ibas a dejarlo.

—¿Dejar el qué?

—Una vez que nos acostáramos, pensé que ya no querrías estar aquí, que dejarías de hacerte preguntas.

Brooks abrió el cajón para coger los cubiertos y reparó en la Glock.

—Puede que lo hayas olvidado, pero la tierra dejó de moverse. —Sacó los cubiertos mientras ella vertía masa en la plancha—. No es solo sexo, Abigail. Sería más fácil si lo fuera. Pero hay… algo. Aún no sé qué coño es, pero hay algo. Así que vamos a aguantar y a ver qué pasa.

—No sé cómo hacer eso. Ya te lo he dicho.

Brooks cogió su café de nuevo y se acercó para darle un beso en la mejilla.

—A mí me parece que lo estás haciendo muy bien. ¿Dónde está el sirope?

ABIGAIL

¿Qué es el carácter sino la determinación del incidente?
¿Qué es el incidente sino el ejemplo del carácter?

HENRY JAMES

14

Despertar con Brooks, preparar el desayuno y lidiar sin más con el cambio en su rutina alteró la agenda de Abigail. Él se había tomado su tiempo para desayunar. Siempre parecía tener algo de qué hablar y no dejaba de desordenar sus pensamientos. Cuando se marchó, ya llevaba más de una hora de retraso según sus planes para ese día, por no mencionar el tiempo que había perdido la noche anterior.

De modo que en vez de llegar al mercado tan pronto como abrían, tenía que completar la investigación y documentación sobre la operación de blanqueo de dinero de los Volkov entre Chicago y Atlantic City. Si no le pasaba los datos a su contacto en el FBI en los próximos dos días, perderían la entrega más importante del mes.

Aquellas cosas llevaban su tiempo, pensó mientras se ponía a trabajar. Tiempo para recopilar, desencriptar, correlacionar y enviar datos. Su información tenía que ser clara y del todo precisa.

Y quizá esa vez acusaran a Ilya de algo. Quizá esa vez pagara. O como mínimo, igual que en ocasiones anteriores, le habría causado problemas y frustración y costado dinero y hombres.

En sus fantasías, su trabajo llevaba a los Volkov a la ruina, los desenmascaraba, los dejaba sin un céntimo. Korotkii, Ilya —todos ellos— pasaban el resto de sus vidas en prisión. Keegan y Cosgrove eran descubiertos, caían en desgracia y eran condenados.

Y cuando se dejaba llevar por esas fantasías, de algún modo todos sabían que ella era la responsable de hacerlos pagar.

Pese a todo, no era suficiente. Julie había muerto a los dieciocho años. John y Terry perdieron la vida mientras trataban de protegerla.

Era mejor ser realista y hacer lo que pudiera para socavar sus beneficios, sus rutinas, su equilibrio.

Trabajó hasta la tarde antes de quedar satisfecha. Decidió que lo mejor era descansar una o dos horas y volver con la mente despejada para verificar la información una última vez antes de enviarla.

Iría a hacer la compra a pesar de que no era el momento indicado. No era el indicado, y punto. Luego regresaría a casa y llevaría a Bert a hacer algo de ejercicio y entrenamiento.

Después de eso volvería a revisar los datos y crearía la ruta hasta la dirección de correo electrónico de su contacto, que rebotaría a través de múltiples servidores. Finiquitado eso, haría algo de duro y sudoroso ejercicio, ya que tras completar su tarea querría ese desahogo físico.

Con la noche libre, dedicaría algunas horas a trabajar en el virus que había empezado a desarrollar en los últimos dieciocho meses.

Cambió de arma, sujetándose la Glock, que era más compacta, y la ocultó debajo de una sudadera con capucha. Muy pronto las temperaturas subirían demasiado como para llevar chaqueta y tendría que utilizar una pistolera para el tobillo.

Mientras revisaba y activaba la alarma y dejaba salir a Bert para ponerlo de guardia, contempló la posibilidad de adquirir una nueva pistola. Esa noche podría recompensarse con algo de tiempo para ver armas.

La idea la relajó, y reconoció que resultaba agradable conducir hasta la ciudad bajo el sol de la tarde y ver la luz filtrarse por las tiernas hojas, aún sin abrirse.

Vislumbró retazos de la delicada cortina de latreas escamosas y el audaz amarillo de los dientes de perro, que atrapaban la moteada luz del sol a lo largo de la ribera, justo antes de que el agua del riachuelo se precipitara de forma veloz y brusca sobre las rocas. Entre aquellas jóvenes hojas verdes, los ciruelos silvestres añadían color y dramatismo.

Todo transmitía frescura, novedad y esperanza. El despertar de la primavera ofrecía el inicio de un nuevo ciclo. Era su primera primavera completa en aquel nuevo lugar, aquel rincón que tanto deseaba que fuera su hogar.

Doce años. ¿Serían suficientes? ¿Sería aquel el sitio definitivo en el que asentarse? Plantar su huerto y atenderlo, verlo crecer y

recoger sus frutos. Hacer su trabajo, pagar sus facturas; vivir, sin más.

¿Por qué tendrían que encontrarla allí, en aquellas montañas, en aquella quietud? ¿Cómo iban a relacionar a Abigail Lowery con aquella joven que había sido tan tonta, tan imprudente… y un blanco tan fácil?

Siempre y cuando estuviera preparada, se mantuviera alerta y siguiera pasando desapercibida, siempre que siguiera siendo invisible, podría formar un hogar y tener una vida.

Permanecer a salvo. Mientras permaneciera a salvo podría continuar debilitando a los Volkov y pagando aquella deuda.

Al llegar a Shop Street pensó en lo mucho que le gustaba el pueblo. Le encantaban sus bonitas calles y sus concurridas tiendas, el color que se colaba en todo, los soleados narcisos y dorados tulipanes plantados en macetas y barriles. Los turistas aportaban más movimiento; desconocidos que pasaban por allí. Algunos volverían casi con toda probabilidad para disfrutar de otras vacaciones o de una visita corta. Pero iban a ese pueblo por la tranquilidad, el paisaje, el senderismo, el folklore y la artesanía local. No por los clubes nocturnos ni el ajetreo urbano, el tipo de entretenimiento que atraía a hombres como Ilya.

Seguía teniendo mucha confianza en no volver a verle ni a él ni a nadie relacionado con él paseando por aquellas calles, pescando en los riachuelos, explorando las montañas.

Y si alguien de los U.S. Marshal, el FBI e incluso la policía de Chicago visitaba la zona, sin duda no la reconocería. Estaba en un lugar diferente, tenía doce años más y llevaba el pelo con un color y corte distintos.

Si se fijaban con atención tal vez la reconocieran. Pero no había motivos para buscar a Elizabeth Fitch allí, en el precioso pueblo turístico de los Ozarks.

Si ese día llegaba, sabía lo que tenía que hacer para escapar, para cambiar y ocultarse en otro lugar.

Pero ese no era el día, se prometió mientras aparcaba cerca de la tienda. Y cada vez que constataba el aplazamiento de ese día representaba un regalo.

Se apeó del coche y presionó el botón de la llave para cerrarlo.

Mientras escuchaba el clic vio a Brooks cruzando la calle hacia ella.

No sabía qué hacer con la rápida aceleración de su pulso, con el débil aleteo de… algo en su estómago. Brooks caminaba como si tuviera todo el tiempo del mundo, pensó, y aun así cubrió la distancia con rapidez. Llegó hasta ella antes de que pudiera decidir qué hacer o qué decir.

—O se trata de una coincidencia perfecta o de muy buena suerte.

Le cogió la mano, siempre estaba tocándola, y le regaló una sonrisa.

—Voy a la tienda.

—Ya lo suponía. Pasea conmigo primero. Eres justo lo que necesito.

—¿Para qué?

—En general, digamos. He tenido una mañana complicada y aún no me lo he sacado de encima.

—Necesito provisiones.

—¿Tienes alguna cita después?

—¿Cita? —La gente los estaba mirando. Podía sentir sus ojos en la nuca—. No.

—Bien. Pues demos un paseo hasta el parque. Me tomo media hora libre. Tú no sueles ir a comprar a estas horas de la tarde.

—Me gusta salir temprano. —Pero tendría que integrarse más, comprendió. La rutina jamás debía notarse.

—¿Has hecho algo interesante esta mañana?

No sabía cómo, pero estaban paseando y él la llevaba aún de la mano. ¿Qué se suponía que tenía que hacer al respecto?

—Perdona, ¿qué?

—Esta mañana, ¿has hecho algo interesante?

Pensó en el blanqueo de dinero, en las mafias rusas, en el FBI.

—Nada en particular.

—Ahora tú me preguntas a mí si he hecho algo interesante.

—Ah. De acuerdo. ¿Lo has hecho?

—He pasado gran parte de la mañana recibiendo gritos o rapapolvos. Tal y como esperaba, Missy vino para declarar que se había tropezado y que quería que soltara a Ty. No le han hecho gracia los cargos que hay contra él ni sus consecuencias. Ahora que

Ty está sobrio se lo está tomando mejor que ella.

Cuando Brooks levantó la mano para saludar a alguien al otro lado de la calle, Abigail trató de no hacer una mueca.

Aquello no era ser invisible.

—Una vez terminó de gritarme —prosiguió Brooks—, se puso a llorar como una Magdalena. Cuando dejé que hablaran, los dos lloraron a mares. Después de eso buscó y trajo a un abogado que ha sido un mindundi toda su vida. Ahí es donde entra la parte del rapapolvo. Cree que estoy abusando de mi autoridad al ofrecerle rehabilitación y asesoramiento a cambio de un juicio y una posible pena de cárcel.

—No tienes autoridad para ofrecer un trato.

—Los dos tenéis razón, así que le dije al abogado que no pasaba nada. Que Ty podía quedarse donde estaba hasta que fuéramos ante el juez y se celebrara una vista previa para fijar la fianza, etcétera. Y que podía arriesgarse a pasarse los próximos años a la sombra.

Hizo una pausa y le dijo a una mujer bajita que estaba regando una tina de bulbos frente a la librería llamada Lee más libros:

—¿Cómo está, señora Harris?

—Voy tirando, Brooks. ¿Y tú?

—No me puedo quejar. ¿Por dónde iba? —le preguntó a Abigail.

Esta podía sentir los ojos de la diminuta mujer clavados en ella mientras continuaba andando por la acera, cogida de la mano de Brooks.

—Le has dicho al abogado que Ty podía arriesgarse a pasarse los próximos años a la sombra. En serio, tengo que…

—Eso es. Así que, llegados a ese punto, Missy y Ty empezaron a gritarse el uno al otro. Personalmente no entiendo a la gente que sigue junta cuando siente tanto resentimiento y desprecio y se dirige al otro con semejantes insultos. Pero Ty se calentó tanto como para tomarla conmigo y juró que terminaría lo que empezó anoche y me daría una paliza.

—Suena dramático y preocupante.

—No puedo decir lo contrario. La promesa de Ty no le gustó al mindundi porque echaba por tierra su alegación de que tenía las facultades mermadas, o lo que coño fuera que pensara alegar. Aún menos le gustó que Ty metiera los brazos entre los barrotes y le

agarrara del cuello.

De repente, hizo un gesto y saludó.

—Hola, Caliope. Esas rosas son preciosas.

Una mujer con una falda larga y colorida, un enorme sombrero de paja y unos floreados guantes de jardinería le devolvió el saludo desde su jardín.

—Sabía que ibas a decirlo.

Él se rió.

—Es la hija de Alma. Es vidente.

Abigail se dispuso a explicarle lo mucho que dudaba que la mujer de los preciosos rosales poseyera el don de la videncia, pero Brooks continuó con la historia:

—Reconozco que mis reflejos no fueron lo bastante rápidos como para apartar a Ty del mindundi, debido a todos los gritos y a la reprimenda.

Tal vez la cabeza le diera algunas vueltas, pero Abigail estaba siguiendo bastante bien el hilo.

—Has dejado que tu prisionero estrangulara a su abogado y te ha parecido gratificante, pues a ti también te hubiera gustado hacerlo.

Brooks balanceó la mano con que sujetaba la de ella y le brindó una amplia sonrisa.

—Aunque no me deja en muy buen lugar, esa es la verdad. El mindundi se ha largado en el acto… y lo que Ty pensaba de él, dicho a grito pelado cuando el mindundi en cuestión se marchaba, eran insinuaciones onanistas que no creo que el mindundi pueda soportar. Missy salió corriendo detrás del mindundi, gritando y sollozando. Y como resultado del drama y la agonía, me he cogido esta media hora de descanso para pasarla con una mujer preciosa.

—Creo que hay personas que piensan que las reglas, o la ley, no deberían aplicarse en su situación particular porque son pobres o son ricos, están tristes, están enfermos o lamentan lo que han hecho. Cualquier justificación que convenga a su carácter o circunstancias personales.

—Eso no te lo puedo discutir.

—Pero el sistema judicial a menudo da crédito a esa actitud al hacer tratos con aquellos que han infringido las reglas o la ley por

esas mismas razones.

—Eso tampoco te lo puedo discutir, pero la ley y el sistema tienen que respirar un poco.

—No entiendo.

—La ley necesita cierto espacio, cierta flexibilidad, para tener en cuenta el factor humano, las circunstancias. —Al escuchar el sonido de una bocina, miró hacia la calle y saludó a un hombre con una enorme barba negra que conducía una oxidada camioneta—. La persona que roba una barra de pan —prosiguió sin perder un segundo— porque se muere de hambre o está desesperada no debería ser tratada del mismo modo que aquel que roba con la intención de venderla para sacar un beneficio.

—Es posible. Pero si la ley fuera más coherente, aquellos que roban para sacar provecho tendrían menos oportunidades de repetir el delito.

Brooks le sonrió de un modo que hizo que se preguntara si había dicho algo encantador o estúpido.

—¿Alguna vez has pensado en ser policía?

—No exactamente. En serio, debería volver y…

—¡Brooks! Trae aquí a esa chica.

Abigail se dio la vuelta sobresaltada y se quedó mirando la casa con dragones, sirenas y hadas. Y vio a la madre de Brooks bajando de un pequeño andamio. Llevaba un peto manchado de pintura y unas zapatillas en el mismo estado. Un pañuelo rojo chillón le cubría el pelo.

En cuanto sus pies tocaron tierra, el cachorro, que había comenzado a ladrar y a bailotear al escuchar su voz, dio un salto tan alto que ejecutó una voltereta en el aire antes de acabar despatarrado en el suelo.

La mujer rió y lo cogió en brazos al tiempo que le soltaba la correa.

—¡Vamos! —le llamó—. Ven a presentarle a Abigail a tu hermano pequeño.

—Además, ahora mismo es también su hijo favorito —le dijo Brooks a Abigail—. Vamos a saludar.

—En serio, debería volver al mercado.

—¿Es que no me han gritado ni sermoneado suficiente por un

día? —Le lanzó una mirada lastimera y afligida—. Ten un poco de compasión, ¿quieres?

No podía ser invisible si la gente reparaba en ella, pensó, y era peor si dejaba ver a las claras que quería ser invisible. Aunque deseaba que Brooks le soltara la mano, pues le parecía un gesto demasiado íntimo, cruzó la breve distancia hasta el jardín de la que consideraba una casa mágica.

—Esperaba que pasaras a visitarme —le dijo Sunny a Abigail.

—En realidad iba a…

—La he convencido para que diera un paseo antes de ir a la tienda.

—No tiene sentido desperdiciar un día como este metido entre cuatro paredes. Te presento a Platón.

—Es muy guapo.

—Y un granujilla. Me encantan los granujillas —repuso Sunny acariciando al cachorro con la nariz, y luego a Brooks—. Además es muy listo.

—¿El perro o yo?

Sunny rió, dándole una palmadita afectuosa en la mejilla a su hijo.

—Los dos. Este se sienta cuando se lo pido, pero aún no se queda quieto. Observad. Platón, siéntate. —Sunny dejó al cachorro en el suelo, mantuvo una mano sobre su trasero mientras con la otra buscaba en el bolsillo una diminuta golosina para perros—. Siéntate. ¡Ahí está, es un genio! —Dejó que el cachorro devorara la golosina cuando su trasero tocó el césped. Pero al cabo de dos segundos ya se había levantado y estaba dando saltos y meneando la cola, y luego apoyó las patas a la altura de las espinillas de Abigail—. Estamos trabajando con sus modales.

—Solo es un bebé. —Incapaz de resistirse, Abigail se acuclilló y sonrió cuando Platón intentó subirse a sus rodillas. Después rió cuando dio un salto y la lamió—. Tiene una mirada feliz. —Le cerró la mandíbula con suavidad cuando trató de mordisquearla—. Ahora no. Sí, eres muy guapo y muy feliz.

Como si el cumplido le abrumara, Platón se tumbó en el suelo y rodó para dejar la panza hacia arriba.

—Y tiene buen gusto —comentó Sunny mientras Abigail le

frotaba la tripa—. Mis dos chicos lo tienen. Tú también tienes una mirada feliz hoy, Abigail.

—Me gustan los perros. —Pero dirigió la vista hacia la vivienda y cambió de tema—. Tu casa es muy interesante y colorida. Debe de resultar gratificante compartir tu arte con quienquiera que pase.

—Me mantiene alejada de líos. Casi siempre.

—Es maravilloso. He disfrutado viendo lo que has hecho, y sigues haciendo, desde que me mudé aquí. Me gusta que no tenga sentido. —Cuando Sunny rió, Abigail sintió que una sensación de calor ascendía hasta su nuca—. No me he expresado bien. Quería decir que…

—Sé perfectamente lo que querías decir y tienes toda la razón. A mí también me gusta. Pasad dentro. He preparado té helado de melocotón y tengo algunas de esas galletas de jengibre con glaseado de limón que te encantan, Brooks.

—No me vendría mal una galleta. —Bajó la mano y le acarició el cabello a Abigail.

—Muchísimas gracias, pero tengo que ir a la tienda y volver a casa con mi perro. —Abigail cogió al cachorro al levantarse, entregándole su inquieto cuerpecito a Sunny—. Ha sido agradable verte de nuevo y conocer a Platón.

Se movió tan rápido como le fue posible, tratando de estimar la línea que diferencia el apresurarse y el huir.

La habían cautivado, la habían seducido. El hombre, la madre e incluso el perrito. Se había dejado arrastrar. Conversaciones, invitaciones, tarta, sexo.

La gente la había visto pasear con Brooks. La había visto de la mano con él y hablar con su madre. Y la gente hablaría de ello. De ella.

Que no formara parte de la red social no significaba que fuera ajena a su funcionamiento.

No podía ser la mujer corriente que pasaba casi desapercibida y que vivía en la estructura social de Bickford, si se convertía en parte de dicha estructura a través de Brooks.

¿Por qué no se comportaba según el perfil masculino básico? Había tenido sexo. Había conquistado. Ahora debería pasar al siguiente desafío.

Reaccionó sin pensar cuando alguien la agarró del brazo. El instinto hizo que girara el tronco a la vez que lanzaba un puño, preparada ya para el siguiente golpe.

Brooks le bloqueó el puño con la mano un centímetro antes de que le alcanzara y tuvo que mantener el equilibrio y retroceder.

—¡Uau! —Consiguió bloquear el segundo golpe por los pelos—. Excelentes reflejos, Xena.

—Lo siento. —El simple viaje a la tienda adquirió la categoría de pesadilla—. Me has asustado.

—Eso como poco. Por suerte yo también tengo buenos reflejos. De lo contrario luciría otro moratón en la cara.

—Lo siento mucho —repuso con rigidez—. Te has acercado por detrás y me has agarrado.

—Ya lo pillo. —Le acarició el cabello como si deseara tranquilizarla—. Cielo, al final vas a tener que contarme quién te ha hecho daño.

—No me hables de esa forma. Esto no va como se suponía que debía ir. Ya has tenido sexo.

—Creo que los dos lo tuvimos, sí. ¿Por qué no me das una pista de cómo se suponía que tenía que ir?

—Se suponía que tenías que desaparecer. —Alterada, se pasó la mano por el pelo y echó un vistazo a su alrededor—. No puedo discutir esto ni aquí ni ahora. No entiendo por qué hay que hacerlo. Se supone que ya no tienes que estar interesado.

—Para tratarse de alguien tan lista, eres más burra que un arado. He mantenido relaciones sexuales contigo porque estoy interesado. Y desde que nos hemos acostado, aún lo estoy más.

—¿Por qué? No, no respondas. Tú siempre tienes respuesta para todo. Me confundes. No quiero sentirme así.

—Así ¿cómo?

—¡Qué sé yo! Tengo que ir a la tienda, tengo que irme a casa y tengo que terminar mi trabajo y…

—Tienes que respirar. —Le puso las manos en los hombros—. Respira, Abigail.

—Tengo que respirar.

Cerró los ojos, luchando contra el ataque de pánico. Oh, Dios, oh, Dios, ¿por qué no se había quedado en casa?

—Bien, toma aire otra vez. Despacio, así. Bueno, esto es lo que vamos a hacer.

—No me digas lo que vamos a hacer. Se supone que no hay un nosotros.

—Al parecer sí que lo hay. ¿Qué te parece «esto es lo que te sugiero que hagas»? ¿Por qué no vamos a mi despacho? Allí puedes sentarte y beber un poco de agua.

Ella meneó la cabeza.

—Tengo que ir a la tienda.

—Vale, vete a la tienda. Más tarde, sobre las seis o seis y media, saldré de trabajar. Llevaré un par de filetes y los haremos a la parrilla. Cenaremos y veremos cómo podemos solucionarlo.

—No tenemos por qué cenar ni resolver nada. Solo tengo que…

Con suma delicadeza, con gran sosiego, posó los labios en los de ella. Cuando levantó la cabeza, Abigail exhaló de manera trémula.

—Me da la impresión de que eso es lo que no quieres sentir. Pero lo sientes, y yo también. Así que tenemos que resolverlo.

—No vas a desaparecer.

—Veamos cómo se resuelve. Si llega el caso, desapareceré. No voy a hacerte daño, Abigail, y estoy haciendo lo imposible por no hacerte infeliz. Pero cuando dos personas sienten algo, tienen que respetar eso lo suficiente como para intentar resolver las cosas.

—Tú no lo entiendes.

—No, cielo, no lo entiendo. Pero quiero hacerlo. Vamos a la tienda.

—No quiero que me acompañes. Quiero estar sola.

—De acuerdo. Te veré esta noche.

Una conversación más, se dijo mientras se marchaba a toda prisa. Una más en la que permanecería serena y racional. Simplemente le explicaría que no estaba interesada ni dispuesta a mantener una relación. Su trabajo la tenía demasiado ocupada como para permitirse distracciones tales como cenas, compañías e invitados a pasar la noche.

Se mostraría firme; él sería sensato.

Pondrían fin de manera amistosa a aquello, fuera lo que fuese, que jamás debería haber empezado.

En cuanto llegara a casa practicaría lo que iba a decirle y cómo

iba a hacerlo.

Estaría preparada.

***

Pospuso el entrenamiento, recordando que su prioridad era, y siempre sería, el trabajo. Tal vez compartimentar resultara un poco más complicado de lo que esperaba, pero revisó con atención todos los datos que había recopilado e hizo algunos pequeños ajustes. A continuación redactó el mensaje de correo electrónico.

> Puede que le resulte útil la información. Gracias por su atención y cualquier actuación que estime apropiada.
>
> TVOI DRUG

Utilizando la ruta que ya había creado para enviar el mensaje, hizo que rebotara a través de varios servidores y cerró la cuenta de correo temporal. Tal y como le sucedía a menudo, pensó que habría disfrutado hablando con su contacto del FBI, intercambiando ideas y opiniones, pero tenía que conformarse con deducir información de la comunicación o archivo ocasional que pirateaba.

Después de apagar el ordenador, guardó su copia de los datos bajo llave.

—Vamos a dar un paseo —le dijo a Bert—. Practicaré lo que he de decirle a Brooks mientras caminamos. Mañana todo volverá a ser como debe ser. Además, tenemos que trabajar para ganarnos la vida, ¿verdad? —Mientras se guardaba las llaves en el bolsillo, Bert se frotó el cuerpo contra su pierna—. Hoy he conocido a otro perro. Es muy dulce. Creo que te gustaría. —Cuando salió fuera, Bert la siguió pisándole los talones—. Te gustaría tener un amigo. El año que viene buscaré un cachorro. Tú me ayudarás a adiestrarle y será un buen compañero para los dos. Es lo único que necesitamos, ¿verdad? Es lo único que necesitamos.

Rodeó la casa con Bert para echar un vistazo a su huerto recién plantado.

—Hay que atenderlo y es el momento de pensar en sembrar algunas flores más. Ya es hora. He estado distraída, pero

retomaremos nuestros horarios. Tengo que trabajar más en el virus. Algún día, cuando llegue el momento oportuno y lo haya optimizado, vamos a infectar a los Volkov como una plaga, Bert. —Exhaló un suspiro—. Pero ahora no puedo pensar en eso. Tengo que resolver este problema.

Se desabrochó la sudadera mientras se adentraban en el bosque, con la mano sobre la culata de su pistola.

Los ciruelos silvestres aparecieron ante sus ojos, fragantes pétalos entre la tierna profusión de vegetación, y el sauce que alguien había plantado hacía años tendía sus delicados dedos hacia las agitadas aguas del riachuelo.

La quietud, los aromas y colores la calmaron mientras paseaba entre el sol y la sombra.

Temblando de emoción, Bert le lanzó una mirada y, a su orden, bajó corriendo alegremente la pendiente de la ribera para meterse en el agua. Como de costumbre, rió al ver a aquel perrazo jugar como un cachorrillo en una piscina infantil.

Le concedió su momento mientras escudriñaba el bosque. Los pájaros canturreaban, un estímulo musical acompañado por el martilleo de un pájaro carpintero en busca del almuerzo. El sol que se filtraba a través de las jóvenes hojas arrojaba una luz difusa.

Sabía que mientras paseaban la luz se tornaría más intensa y la vista se abriría a las montañas. Le encantaba mirar desde el terreno alto, estudiar el ascenso y descenso de la tierra. Y en ese lugar, bajo las suaves luces y sombras, con el canto de los pájaros y el murmullo del arroyo, el chapoteo del perro…, en ese rincón se encontraba más a gusto que en la casa.

Iba a comprar un banco. Sí, se metería en internet y buscaría algo orgánico y silvestre. Algo que diera la impresión de que podría haber crecido allí. Claro que los bancos no crecían en ninguna parte, pero proyectaría esa ilusión. Y podría sentarse donde el mundo se abría a las montañas, mientras su perro jugaba en el riachuelo. Quizá algún día se sintiera lo bastante a salvo como para llevarse un libro. Tanto como para sentarse en medio del bosque, con las montañas extendiéndose ante ella, y leer mientras Bert chapoteaba.

Pero tenía que dejar de pensar en el futuro. Tenía que

enfrentarse al presente inmediato o la noche que se avecinaba.

—De acuerdo. —Le hizo una señal al perro, manteniendo la distancia cuando él salió del riachuelo para sacudirse el agua del pelaje—. «Brooks —comenzó mientras caminaban—, aunque te encuentro atractivo y disfruto del sexo contigo, no estoy en situación de empezar una relación…» No, «no estoy dispuesta a comprometerme en una relación». Eso es más tajante. «No estoy dispuesta a comprometerme en una relación». Él preguntará por qué. Esa es su pauta, así que he de tener una respuesta preparada. «Mi trabajo es mi prioridad y no solo supone mucho tiempo, sino que además requiere de toda mi atención».

Lo repitió, probando distintos tonos de voz.

—Debería bastar con eso, pero es perseverante. Tendría que mencionar que aprecio su interés. No quiero enfurecerle ni disgustarle, ni tampoco herir su orgullo. «Agradezco tu interés. Es halagador». Halagador está bien. Sí.

Inspiró hondo, aliviada de que el pánico no regresara.

—Sí —repitió—. Podría decirle «Me halaga tu interés». Y es verdad. Es más fácil parecer sincera si eres franca. «Me halaga tu interés y he disfrutado de nuestras conversaciones». ¿Debería mencionar el sexo de nuevo? ¡Por Dios! ¿Cómo hace estas cosas la gente? ¿Por qué lo hace? Es todo tan complicado y estresante.

Al salir de los árboles levantó la cara hacia el sol y sintió su calor y su luz. Y se maravilló al contemplar las montañas. Había tanta gente, con tantas conexiones; todas aquellas relaciones interpersonales. Padres, hijos, hermanos, amigos, amantes, profesores, empleados, vecinos.

¿Cómo lo hacían? ¿Cómo se mezclaban y manejaban todas esas necesidades y dinámicas? ¿Todas esas esperanzas y sentimientos?

Era más fácil vivir tranquilamente y solo, con un horario particular, con metas personales, satisfaciendo tus propias expectativas y necesidades, sin verte obligado a sumar a otros a la mezcla.

Era lo que había hecho su madre, y era obvio que Susan Fitch tenía éxito en todos los frentes. Sí, la hija había acabado siendo una decepción, pero claro, eso era lo que sucedía cuando añadías a otro individuo.

—Yo no soy mi madre —murmuró Abigail posando una mano en la cabeza de Bert—. No quiero serlo. Pero aunque quisiera tener relaciones y complicaciones, no puedo. No es posible. Así que vamos a probar otra vez. «Aunque te encuentro atractivo»… —comenzó.

Trabajó el contenido, el tono y la estructura del discurso, e incluso el lenguaje corporal, durante casi una hora, puliéndolo mientras Bert y ella volvían a la casa.

Asumiendo que la discusión y la cena iban a ser civilizadas, abrió una botella de shiraz. Y se tomó media copa para calmar los nervios. A las seis y media tuvo que esforzarse para no pasearse de acá para allá o servirse otra media copa de vino.

Cuando él llegó a las siete menos cuarto, sus nervios habían tenido tiempo para volver a revolucionarse. Repitió para sus adentros el discurso preparado, utilizándolo para tranquilizarse mientras abría la puerta.

15

Brooks era una auténtica delicia para la vista, pensó. Tal vez la reacción química que experimentaba en su presencia tardara un tiempo en disiparse.

—Lo siento, llego tarde. —Fue hasta el porche con una bolsa de la compra bajo el brazo—. He traído un par de cosas.

—Está bien.

—Hola, Bert. —Brooks le acarició la cabeza al perro cuando entró en la casa y luego cambió de posición y rozó los labios de Abigail con los suyos—. ¿Qué tal?

—Estoy bien, gracias. Llevaré la compra a la cocina.

—Ya lo hago yo. —Señaló con un gesto el vino sobre la encimera mientras dejaba la bolsa—. Estupendo.

—Dijiste bistec. Esto acompaña bien a las carnes rojas.

—Bien, porque tengo un par de hermosos filetes de carne.

—No me dijiste qué querías tomar con el bistec, así que no sabía qué preparar.

—Nada. Lo traigo yo. —Sacó dos enormes patatas y una bolsa de preparado para ensalada.

—¿Qué es eso? —Abigail señaló la bolsa.

—Ensalada. Es un preparado para ensalada.

—Preparado para ensalada. —A pesar de los nervios, sus labios se curvaron—. Tengo una gran variedad de verduras frescas para ensalada.

—Verduras que tienes que cortar, etcétera. Lo bueno de los preparados es que ya están casi hechos. ¿Por qué no te sientas? Yo pondré las patatas.

No creía que debiera sentarse. No había practicado lo de sentarse.

—¿Te gustaría tener nuestra conversación antes de cenar?

—¿Solo vamos a tener una?

—¿Cómo dices?

Brooks la miró mientras llevaba las patatas al fregadero para lavarlas.

—¿Solo una conversación? ¿Y si hablamos antes de la cena, durante e incluso después?

—Bueno, sí, por supuesto. Pero me refiero a la conversación sobre la situación. ¿Deberíamos tenerla ahora o prefieres esperar a después de cenar?

—¿Qué situación?

—Tú y yo… Esta conexión social. La relación interpersonal.

Brooks dejó las patatas en la encimera y, con una sonrisa tan cálida que hizo que algo dentro de ella le doliera, le tomó el rostro entre las manos.

—Relación interpersonal. Estoy prácticamente loco por ti. —La besó con pasión, durante largo rato, hasta que aquel dolor se extendió—. ¿Te importaría darme un poco de vino?

—Yo… sí. No, quiero decir que no me importa servirte vino. Tenemos que discutir…

—¿Sabes qué? «Discutir» suena como si fuéramos a meternos en política. —Miró el horno con el ceño fruncido durante un instante, luego se dispuso a poner las patatas a asar—. ¿Por qué no lo dejamos en «hablar»?

—De acuerdo. Tenemos que hablar.

—Sobre nuestra conexión social y relación interpersonal.

Ella se puso tensa en un acto reflejo.

—Te estás riendo de mí.

—Un poquito. Esto va a llevar un rato. Quizá podríamos sentarnos. Podría encender la chimenea.

Demasiado acogedor, pensó.

—Brooks.

—Así que sabes pronunciarlo.

—¿Pronunciarlo?

—Mi nombre. Es la primera vez que lo haces.

Eso no podía ser verdad. ¿O sí?

—Me desconciertas. Ni siquiera he empezado y ya me estás

confundiendo.

—Te preocupa lo que está pasando entre nosotros. ¿Es eso?

Aliviada por empezar, tomó aire.

—Aunque te encuentro atractivo y disfruto del sexo contigo, no estoy dispuesta a comprometerme en una relación.

—Ya lo has hecho.

—Yo… ¿Qué?

—Esto es una relación, Abigail, así que ya te has comprometido en una.

—No pretendía hacerlo. No estoy dispuesta a continuar comprometida en una relación.

—¿Por qué?

—Me halaga tu interés y he disfrutado con nuestras conversaciones. Sin embargo mi trabajo me exige mucho tiempo y toda mi atención. Prefiero no distraerme y creo que tú necesitas una compañera más dispuesta y familiarizada con el trato social.

Brooks tomó un trago de vino.

—¿Lo has practicado? —La señaló con el dedo—. Lo has hecho.

El cuerpo de Abigail se tensó de la vergüenza.

—No veo por qué querer articular mis pensamientos y opiniones de manera clara te resulta divertido.

El tono glacial de su voz no sirvió para disminuir la sonrisa de Brooks.

—Supongo que tendrías que estar en mi lado de la habitación.

—Eso es solo otro modo de decir punto de vista, que en gran parte es la lógica por la que te riges.

—Sí, a mi modo de ver cuenta mucho. Abigail, supongo que tienes que trabajar más tu discursito, porque casi todo no es más que una gilipollez.

—Si no eres capaz de mantener un debate racional, deberías irte.

Con la copa de vino en la mano y el cuerpo apoyado en la encimera, permaneció tan relajado como ella tensa.

—No tenías pensado entablar una discusión. Ibas a recitar tu discurso ensayado y se suponía que yo debía largarme. Abigail, si quieres que me vaya, creo que vas a tener que decirme qué te preocupa, de qué tienes miedo y qué es lo que sientes.

—Te he dicho que no estoy interesada.

—Pero no estás siendo sincera. No quiero estar con una mujer que no quiere estar conmigo. Así que si ese es el caso, dímelo, ten la gentileza y el respeto suficiente hacia mí para explicármelo. Yo prepararé los bistecs, cenaremos como es debido y me iré. Es todo lo justo que puedo ser.

—Te lo he dicho. Mi trabajo…

—Abigail.

Aquella palabra destilaba todo un mundo de paciencia e hizo que se pusiera furiosa.

—¿Por qué contigo nada sale como se supone que debe ser? ¿Por qué no reaccionas de manera lógica? No puedo mantener una discusión con alguien que se niega a ser racional.

—Aun a riesgo de que te cabrees, me parece que estoy siendo tan racional como cualquiera.

—Pues déjalo.

—¿Que deje de ser racional?

Abigail levantó las manos en el aire.

—¡No puedo pensar!

—Respóndeme a esto. ¿Sientes algo por mí?

—No quiero sentir nada.

—Lo tomo como un sí. ¿Por qué no quieres reconocerlo?

—Porque no sé qué hacer al respecto. No sé qué hacer contigo. Con esto. Solo quiero que haya tranquilidad otra vez. Solo quiero mi rutina. Creo que eso es razonable. —Su voz se tornó más aguda, rayando el pánico, pero no podía evitarlo—. No hay tranquilidad cuanto tú estás aquí, y todo se desprograma y se vuelve impredecible. Ni siquiera puedo ir a la tienda porque luego me sorprendo paseando contigo y hablando con tu madre y jugando con un cachorro. Y tu madre me ofrece té de melocotón helado. Solo quiero que me dejen tranquila. Sé estar sola.

—Vamos a tomar un poco el aire.

—¡No quiero!

—Cielo, estás temblando y tienes problemas para respirar. Vamos a descansar un minuto y a tomar un poco el aire, vamos a tranquilizarnos.

—¡No cuides de mí! He cuidado de mí misma desde que tenía diecisiete años. No necesito a nadie.

Brooks abrió la puerta trasera.

—Vamos, Bert. —Y cogiendo a Abigail de la mano, tiró de ella para hacerla salir—. Si ese es el caso, entonces ya es hora de que tengas a alguien a quien le importes y que esté dispuesto a cuidar de ti de vez en cuando. Ahora, respira, joder.

—No digas tacos.

—Respira y no tendré que hacerlo.

Se apartó de él y se apoyó en el poste del porche. Las lágrimas llegaron junto con su aliento, de modo que apretó la frente contra la madera.

—Si quieres que me arrodille, esa es la forma de conseguirlo. —Brooks se frotó la cara con las manos, tratando de serenarse—. Abigail, si soy el responsable de hacerte tan desgraciada, tienes mi palabra de que te dejaré en paz. Pero ojalá me permitieras ayudarte.

—No puedes ayudarme.

—¿Cómo lo sabes?

Volvió la cara hacia él.

—¿Por qué te importa?

—Si no entiendes por qué alguien querría hacerlo, es que no has tenido suficiente interacción social ni relaciones interpersonales.

—Te estás burlando de mí otra vez.

—Esta vez no. —No la tocó, pero su voz era una suave caricia para sus nervios a flor de piel—. Yo siento algo por ti. Aún no sé qué, pero me gusta lo que siento.

Ella meneó la cabeza.

—No es más que una reacción química.

—Eso ya lo has dicho. Estudié química en el instituto y se me daba de pena. ¿Soy yo quien te hace tan desgraciada?

Deseó decir que sí porque creía que él se marcharía y no volvería a acercarse. Pero no podía mentirle cuando la miraba a los ojos.

—No. Verte me hace feliz. No quiero ser feliz gracias a ti.

—Así que ser feliz te hace desgraciada.

—Sé que no suena racional, pero es acertado. Siento haberme comportado así.

—No te disculpes. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo azul doblado—. Toma.

Despreciándose a sí misma, Abigail se sonó la nariz.

—Gracias.

—Voy a hacerte una pregunta. Si no estás lista para responderla, dímelo. Pero no me mientas. ¿Se trata de un marido, ex marido, novio o algo parecido que te ha hecho daño?

—No. No. No hay nadie en ese sentido. Nadie me ha hecho daño.

—Lo llevas escrito en todo tu ser. ¿Me estás diciendo que nadie te ha hecho daño físico?

—Sí. —Y más calmada, se secó los ojos con el suave y descolorido pañuelo y miró hacia su invernadero—. Puedo cuidarme sola. No tengo maridos, novios ni relaciones.

—Ahora tienes una…, me refiero a la relación. —Se acercó y le alzó la barbilla con una mano; le enjugó las lágrimas casi secas de las mejillas con la otra—. Vas a tener que poner a trabajar ese cerebrito tuyo para enfrentarte a ello.

—No soy como otra gente, Brooks.

—Eres única. ¿Por qué deberías serlo?

—Tú no lo entiendes.

—Pues ayúdame a entenderlo.

¿Cuánto podía contarle? Si comprendía solo lo suficiente tal vez acabara todo.

—Quiero mi copa de vino.

—Te la traeré.

Antes de que ella pudiera hacer un comentario, Brooks pasó dentro. Abigail se tomó un momento para ordenar sus pensamientos. Era inútil desear más tiempo para prepararse, se dijo.

—No necesito que hagas cosas por mí —comenzó cuando él salió con las copas de vino—. Para mí es importante hacerlas yo misma.

—¿El vino? ¿En serio? —Se llevó su copa hasta la escalera del porche y se sentó—. La educación también es importante. Simples detalles de cortesía. Mi madre es una mujer muy capaz e independiente, pero yo le he llevado su copa de vino en más de una ocasión. Desde mi punto de vista, según lo que sé, tú eres tan capaz como cualquiera. Eso no significa que no pueda tener un detalle contigo.

—Es estúpido. —Un poco perdida, miró el pañuelo y le dio la

vuelta—. Detesto ser estúpida. De todas formas no era eso lo que iba a decir.

—¿Por qué no te sientas aquí y me dices lo que quieres?

Abigail vaciló, pero luego le indicó a Bert que podía ir al jardín y se sentó.

—Soy capaz de muchas cosas, pero no creo que sea capaz de mantener una relación.

—¿Por qué?

—Cuando mi madre decidió que quería un hijo, buscó donantes.

—Así que no estaba con nadie.

—No. Con nadie con quien quisiera procrear.

Procrear, pensó Brooks. Era una palabra muy reveladora.

—Había llegado a un punto en su vida en que quería un hijo. Eso no es relevante —decidió Abigail—. Quería descendencia y tenía requisitos muy específicos y detallados para el donante. Mi madre es una mujer muy inteligente y naturalmente quería producir una… descendencia inteligente. Requería un alto nivel intelectual, buena salud, incluyendo el historial médico familiar. Tenía requisitos físicos con respecto al aspecto y al tipo de constitución, a la fortaleza.

—Ya me hago una idea.

—Cuando hubo decidido el donante, fijó la cita para la concepción a través de la inseminación artificial, ajustada a su agenda personal y profesional. Naturalmente contrató los mejores servicios de atención prenatal disponibles y nací mediante una cesárea programada. Resulté estar sana y tener el peso y el tamaño adecuados. Por supuesto ya había contratado a una enfermera, así que me proporcionaron una atención excelente y me hacían pruebas y exámenes regulares para cerciorarse de que mi desarrollo era fuerte.

El canto de los pájaros, tan alegre, parecía fuera de lugar, así como el repentino y exuberante revoloteo de un colibrí en dirección a una maceta de clavelinas escarlatas.

—¿Sabes todo esto porque lo descubriste o porque ella te lo contó?

—Ella me lo contó. Lo he sabido siempre. Saberlo formaba parte de mi educación. La educación, junto con mi salud física, era una

prioridad. Mi madre es increíblemente guapa y se llevó cierta decepción porque, si bien mis rasgos eran bastante agraciados y mi color de pelo estaba bien, no estaba a la altura en cuanto a la apariencia que ella había esperado, aunque lo compensaba mi intelecto, mis habilidades motoras y mi retentiva. En general estaba muy satisfecha.

—Oh, cielo.

Se encorvó cuando él le pasó un brazo por los hombros.

—No te apenes por mí.

—Vas a tener que aguantarte.

—Te cuento esto para que entiendas mi dotación genética esencial. Mi madre, aunque satisfecha conmigo en general, jamás me quiso ni me deseó. Jamás aceptó que pudiera tener mis propias metas, deseos o planes. Los que ella tenía para mí eran muy específicos y detallados. Durante mucho tiempo creí que no me quería porque era deficiente en algún aspecto, pero acabé comprendiendo que simplemente no quería a nadie. No tiene capacidad ni aptitud para amar ni la habilidad para mostrar afecto. Teniendo en cuenta la genética y el entorno, yo también carezco de esa habilidad. Puede que no tenga aptitudes para las relaciones, pero comprendo que las emociones y el cariño son necesidades básicas para su desarrollo y mantenimiento.

Menuda sarta de sandeces, pensó Brooks. Pero compuso su respuesta con sumo tacto.

—A ver si lo he entendido bien. Resulta que como tu madre es fría, egoísta y parece tener los sentimientos de una pulga de mar, tú estás predestinada genéticamente a ser igual.

—Eso es muy duro.

—Puedo ser aún más duro.

—No es necesario. Cuando tienes en cuenta la genética y el entorno, lo que a menudo se denomina innato y adquirido…

—Ya sé qué coño es.

—Ahora estás furioso.

—Eso es decir poco, pero no lo estoy contigo. Deja que te haga otra pregunta. Si eres genéticamente incapaz de amar y sentir afecto, ¿cómo es que adoras a ese perro y que él te quiere a ti? Y no intentes achacarlo al adiestramiento.

—Nos necesitamos mutuamente.

—La necesidad es solo una parte. Si se hiciera daño o se pusiera enfermo y no pudiera ejercer como perro guardián, ¿te desharías de él?

—Claro que no.

—Porque sería insensible, egoísta y vil, y tú no eres ninguna de esas cosas. Y porque le quieres.

—Es un perro, no una persona. Hay gente que tiene fuertes sentimientos por y hacia los animales y que no tiene esos mismos sentimientos por y hacia las personas.

—Tú sientes algo por mí.

Sin una respuesta conveniente que dar, Abigail miró su copa de vino.

—¿Qué hay de tu padre?

—Donante.

—Vale, ¿qué hay del donante? Si no te dijo quién era concretamente, seguro que tú lo averiguaste. Eres demasiado lista como para dejarlo pasar.

—Ella no me dijo su nombre ni ciertos detalles. Cuando tenía doce años, yo… accedí a la información.

—Tenía informes guardados.

—Mi conclusión fue…, es…, que le parecía importante estar al tanto de su salud, de cualquier área potencialmente problemática. De modo que sí, guardaba informes. Me colé en ellos.

—A los doce.

—Siempre me han interesado los ordenadores. Descubrí que era físico. Muy respetado y con mucho éxito. Tenía veintipocos años cuando donó; era varios años más joven que mi madre.

—¿Sabe de tu existencia?

—No. Eso es algo que no se hace.

—Podrías haberte puesto en contacto con él.

—¿Para qué? ¿Para qué trastornar su vida, su familia? Tenemos una conexión biológica, pero nada más.

—Él tiene una familia.

—Sí, se casó a los treinta y uno. Cuando accedí a la información tenía un hijo y estaba esperando otro. Ahora tiene tres. Yo no soy uno de ellos. Soy el resultado de una donación.

—¿Sigue casado?

—Sí.

—Así que puede desarrollar y mantener una relación. También tienes sus genes.

Durante un momento, un prolongado momento, Abigail contempló el vuelo del colibrí, aquel borrón color zafiro, hasta que se perdió de vista.

—¿Por qué ibas a querer estar con alguien cuyas habilidades y aptitud para las conexiones personales están atrofiadas?

—A lo mejor me gusta la idea de verlas crecer, de ser parte del proceso. Además está el hecho de que estoy colado por ti. Suma esos factores.

—Existen otras razones por las que no debería permitir que esto continuara. No puedo contarte cuáles son.

—Todavía. Sé que estás huyendo de algo que te asusta tanto que necesitas un perro, toda esta seguridad y todas esas armas. Sea lo que sea, hace que te recluyas tras tantas cerraduras, reales y metafóricas. Cuando confíes en mí lo suficiente, cuando comprendas que necesitar ayuda no es lo mismo que ser débil y dependiente, me lo contarás. Pero por ahora debería encender esa parrilla.

Abigail se levantó cuando él lo hizo.

—¿Cuánto de tu interés por mí se debe a que te preguntas qué hay detrás de esas cerraduras?

Ella necesitaba sinceridad, tal vez más que la mayoría, de modo que iba a ser honesto.

—Así es como empezó. Aún me hago preguntas, en parte porque un policía siempre se las hace. Pero ¿ahora mismo? Cuando has abierto esas cerraduras, aunque sea un poco, me has conquistado, Abigail. Me has conquistado —repitió tomándole la mano y presionándola sobre su corazón.

Ella se miró la mano, sintiendo aquel latido fuerte y regular. Y se dejó llevar, se permitió posar la mejilla en ese punto. Cuando los brazos de Brooks la rodearon, cerró los ojos con fuerza y las emociones brotaron con rapidez, con potencia y rapidez. Ser abrazada así, en una fresca noche de primavera, por alguien a quien le importaba… Era un milagro, incluso para una persona que no creía en ellos.

—Sigo sin saber qué hacer con lo que siento, contigo. Con todo esto.

—Veamos cómo va.

—Puedo intentarlo. ¿Te quedarás esta noche?

Brooks la besó en la coronilla.

—Creía que no me lo ibas a pedir nunca.

Abigail se apartó, mirándole a los ojos para serenarse.

—Iré a preparar un aliño para la ensalada —le dijo, y vio que un veloz destello de humor iluminaba la cara de Brooks.

—Sería fantástico.

Cuando ella entró, Brooks fue hasta la parrilla y retiró la tapadera. Oh, le había atrapado, sin duda; más de lo que resultaba cómodo, pensó. Pero creía que se acostumbraría a ello, igual que creía que abrir esas cerraduras, poco a poco, merecería la pena.

***

En Chicago, a solo dos manzanas del club en que había conocido a Elizabeth Fitch una noche de verano, Ilya recorría el sucio apartamento que albergaba una de sus operaciones de fraude informático más lucrativa. A menudo supervisaba aquella zona él mismo, por lo que si bien su presencia generaba cierto nerviosismo, el trabajo continuaba sin problemas.

Varios operadores manejaban los ordenadores, enviando de manera masiva correos basura con ofertas de empleo para trabajar en casa, farmacias canadienses, citas online, descargas gratuitas. Algunos generarían tarifas, atendidas por operadores al teléfono que timaban a aquellos lo bastante ingenuos o desesperados como para llamar. Otros simplemente robaban información de la tarjeta de crédito, que podía traducirse en beneficios rápidos o en robo de identidad.

Allí los gastos generales eran bajos; el beneficio, alto y estable.

Él mismo había diseñado una versión de la clásica estafa nigeriana que continuaba siendo su mayor fuente de ingresos.

Aquello le hacía sentirse muy orgulloso.

Disfrutaba del trabajo y lo consideraba un ejercicio intelectual.

El negocio marchaba bien y había crecido desde el año anterior. Ninguna advertencia publicada en la red u ofrecida cada noche en las noticias ponía freno al ansia de la naturaleza humana por el dinero fácil.

Y las únicas armas que necesitaba para despojar a los imbéciles de la pasta eran un ordenador y un teléfono.

Aceptaba la violencia, la infligía cuando era necesario, la ordenaba cuando estaba justificada. Pero prefería el delito sin derramamiento de sangre.

Se consideraba un hombre de negocios y pronto tendría una esposa y formaría una familia. Enseñaría a sus hijos a ser los directivos de la empresa y a dejar la sangre a los demás. Los hombres como Korotkii siempre serían útiles, pero tenía planes más importantes para los hijos que tuviera.

Disfrutaba escuchando los teléfonos sonar y a los «operadores» leer el guión preparado, improvisando cuando era necesario. «¡Sí, usted puede ganar dinero desde casa! Incrementar sus ingresos, fijar su propio horario. Por una pequeña tarifa le proporcionaremos todo lo que necesita».

Naturalmente no proporcionarían nada de utilidad, pero la tarifa ya estaría depositada. El pardillo perdería apenas cuarenta dólares. Un pequeño precio, en realidad, por una lección aprendida.

Habló brevemente con el supervisor, anotó los ingresos del día y luego se dirigió a la puerta de salida.

También disfrutaba del suspiro de alivio común que exhalaban cuando él se marchaba.

Había nacido para ser poderoso y se envolvía con ese poder con la misma naturalidad con que llevaba los trajes de Versace que tanto le gustaban.

Salió del edificio de apartamentos hacia su coche. Se montó atrás, sin decirle nada al chófer. Mientras el todoterreno se apartaba de la acera, le envió un mensaje de texto a su amante, diciéndole que esperaba que estuviera preparada para él dentro de dos horas. Luego le envió otro a su prometida para recordarle que llegaría tarde, pero esperaba haber terminado la reunión y otros negocios para medianoche.

El vehículo se detuvo de nuevo delante de un restaurante,

cerrado esa noche para una fiesta privada.

Su padre insistía en mantener aquella reunión en persona cada mes, aunque en opinión de Ilya habría podido conseguirse lo mismo y con igual eficacia a través de Skype y de conferencias telefónicas.

A pesar de todo, Ilya reconocía cierta importancia a las conexiones personales, y allí habría buena comida, buen vodka y la compañía de otros hombres.

Una vez dentro, entregó su abrigo de cachemira a una guapa morena de ojos azul oscuro. Cuando el tiempo se lo permitiera, le gustaría follársela mientras llevaba aquellas gafas de montura negra.

Su padre ya estaba sentado junto con otros a la gran mesa preparada en el comedor principal. La sonrisa de Sergei se ensanchó al ver a su hijo.

—Ven, siéntate, siéntate. Llegas tarde.

—Tenía asuntos que atender. —Ilya se inclinó, besó a su padre en ambas mejillas y después a su tío—. Tengo las cifras de la operación de la calle Cincuenta y uno. Quería dártelas esta noche. Quedarás muy satisfecho.

—Muy bien. —Sergei le sirvió vodka a Ilya antes de llenarse su propio vaso. A los setenta, seguía siendo robusto, un hombre que disfrutaba al máximo de los placeres y recompensas de la vida—. Por la familia —brindó—. Por los amigos y los buenos negocios.

Hablaron de negocios mientras comían, y en esas reuniones siempre tomaban comida tradicional rusa. Ilya se sirvió una cuchara de sopa de remolacha al tiempo que escuchaba los informes de los brigadieres y soldados de confianza. Por respeto, hizo preguntas solo cuando recibió el consentimiento de su padre. Durante el estofado de cordero lechal, Ilya informó de los negocios que supervisaba de manera personal.

Discutieron los problemas; el arresto de un soldado acusado de traficar con droga; una puta que había requerido de disciplina; el interrogatorio y eliminación de un supuesto informante.

—Misha os hablará —declaró Sergei— de los movimientos de nuestra gente dentro de la policía.

Ilya apartó su plato. Demasiada comida en el estómago, y no disfrutaría de su amante al máximo. Miró a su primo mientras

tomaba un trago de vino.

—Pickto dice que no ha sido capaz de descubrir cómo la información de algunos de nuestros negocios le está llegando al FBI.

—Entonces ¿por qué le pagamos? —exigió Sergei.

—Sí, tío, eso mismo acabo de preguntar yo. En algunas ocasiones nos ha advertido a tiempo de que protegiéramos nuestros intereses, pero no puede identificar al contacto dentro de la agencia ni el método por el que obtienen la información. Hay tres personas que cree que pueden ser el contacto, pero mantienen un absoluto hermetismo al respecto. Nos pide más tiempo y recursos.

—Más dinero.

—Para sobornos, dice.

Misha, en la actualidad padre de cuatro hijos, continuó comiendo con fruición. Ilya sabía que su primo no tenía una amante que satisfacer.

—No pongo en duda su lealtad, pero empiezo a pensar que él y los otros dos que tenemos dentro no ocupan un puesto lo bastante alto en la cadena de mando como para satisfacer nuestras necesidades.

—Investigaremos a esas tres personas. Ilya, Misha y tú os ocuparéis de este asunto. Sea quien sea ese agente del FBI, quienquiera que sea el informador, le pondremos fin a este asunto. Esto nos cuesta dinero, hombres, tiempo. Y es una ofensa. —Sergei apartó su plato—. Esto me lleva a un viejo asunto. No nos hemos olvidado de Elizabeth Fitch.

—No hay contacto con la madre —comenzó Ilya— ni con la policía, que hayamos podido averiguar. Si aún está viva, lo hace presa del miedo. No supone una amenaza.

—Mientras viva será una amenaza. Y un insulto, además. Pagamos al tal Keegan y nos es útil. Pero no la ha encontrado. Los demás no pueden localizarla. Es solo una mujer. —Estrelló el puño sobre la mesa—. ¿Cómo vamos a conservar nuestro orgullo intacto si nos derrota una sola mujer?

—No dejaremos de buscar —le aseguró Ilya.

—No, jamás dejaremos de hacerlo. Es una cuestión de honor. ¿Yakov?

—Sí, tío.

Los años habían sido amables con Korotkii, como solían serlo con un hombre que disfrutaba de su trabajo.

—Habla con Keegan. Recuérdale por qué esto es importante. Y habla también con Pickto. El dinero es una motivación, sí. Pero también el miedo. Mételes el miedo en el cuerpo.

—Sí, tío.

—Bien. Muy bien. Y ahora —dijo Sergei juntando las manos— vamos a tomar el postre.

16

Parecía fácil, casi natural. Se preguntó si había traspasado alguna frontera y ya vivía en la normalidad que siempre había anhelado. No sabía cuánto iba a durar, de modo que cada momento de aquella fluida y natural normalidad resplandecía y era tan valioso como los diamantes.

Brooks pasaba casi todas las noches con ella. Unas veces cocinaba ella; otras, él compraba la comida. Se sentaban fuera o daban un paseo hasta su rincón favorito con vistas a la montaña. Él le ayudaba con el huerto, le enseñaba a jugar al «gin rummy» en una noche lluviosa y luego fingía indignarse cuando le daba una paliza en varias partidas.

Le hacía reír.

Cuando la tocaba en la oscuridad, todas las preocupaciones, todas las dudas que bullían en su interior desaparecían. Cada vez que despertaba con él a su lado en la cama, el dichoso sobresalto de sorpresa la acompañaba durante horas.

Aprendió cosas sobre los vecinos del lugar, componiendo imágenes en su cabeza a partir de las historias divertidas o los comentarios improvisados que él hacía. El dependiente que solía atenderla en la tienda se erigía como campeón indiscutible del concurso de comer tartas que se celebraba en el parque cada Cuatro de Julio. El director del banco, tan formal, era un mago aficionado que amenizaba fiestas para niños. El amigo más antiguo e íntimo de Brooks estaba esperando su segundo hijo.

A Brooks podían llamarle del trabajo por la noche, y en un par de ocasiones tuvo que ocuparse de un aviso en plena madrugada. Siempre que se encontraba sola, la casa le transmitía una sensación diferente. No como durante el día, cuando su trabajo y su rutina se

desarrollaban de manera fluida, sino como si algo esencial faltara.

Cuando eso sucedía trataba de ignorar la persistente sensación de que cuando todo terminara, nada volvería a parecer equilibrado y completo del todo. De modo que se concentraba en el presente, en la hora, el día, la noche. Y después en lo que seguía.

Trataba de relajarse y ver cómo iban las cosas.

Se encontraban de pie, estudiando el macizo de flores que acababan de terminar. La mayoría de las plantas las había cultivado en el invernadero, y verlas plantadas en la tierra tal y como había imaginado le proporcionaba una gran satisfacción.

Descubrió que tener ayuda no disminuía esa satisfacción.

Le gustaba sentirse un poco sucia, un poco sudorosa, un poco cansada. Por suerte solo tenía que meter en el horno la lasaña de espinacas que había preparado antes.

—Tienen un aspecto muy vistoso.

—Tienen un aspecto genial —la corrigió.

—Tienen un aspecto genial. Pero tendrán mejor aspecto dentro de unas semanas. Ha sido agradable tener ayuda.

Brooks le regaló una amplia sonrisa.

—¿En serio?

—En serio. ¿Te apetece una cerveza?

—Estoy de servicio, así que mejor no. Pero me vendría bien una Coca-Cola.

—Vale.

Era tan fácil, pensó mientras volvía dentro. Le gustaba llevarle un refresco, prepararle la comida. Había descubierto que cocinar para alguien aparte de sí misma le producía una enorme satisfacción. Del mismo modo que le alegraba que él se ocupara de llevar pizza, comida china o preparar unas hamburguesas en la parrilla.

Con él todo le resultaba saturado —la casa, su vida, su rutina—, pero en cierto modo le parecía más grande. Le había preocupado que su trabajo, su agenda profesional y personal, se resintiera al tener a otra persona ocupando su tiempo y espacio, pero había sido muy productiva durante las últimas semanas. Muchas de las tareas o quehaceres menores le llevaban menos tiempo, ya que Brooks colaboraba o simplemente se ocupaba de hacerlos él mismo.

No vivían juntos, recordó mientras vertía la Coca-Cola sobre el hielo. No podía dejar que las cosas fueran tan lejos. Pero él tenía un neceser con artículos de aseo en el cuarto de baño y algo de ropa en su armario.

Le gustaba observar sus cosas cuando él no estaba. Tan solo mirar su camisa, su maquinilla de afeitar, un par de calcetines.

Le servían como una evidencia tangible de que él estaba en su vida.

O la vida que intentaba forjarse.

Miró por la ventana al oír el ladrido del perro y la risa de Brooks.

Bert corría detrás de la pelota amarilla de tenis como si su mundo dependiera de que la atrapara. El juego no solo era divertido, sino también un buen ejercicio. Pese a todo, resultaba extraño ver al perro responder con tanta facilidad.

Ami, pensó.

Sí, se habían hecho amigos.

Cogió su vaso de agua con hielo y lo llevó fuera junto con la Coca-Cola de él.

—Gracias. Este perro perseguiría la pelota hasta Texas si pudiera lanzarla tan lejos.

—Le gusta correr y es bueno para él. Le gusta que le lances la pelota tú porque puedes arrojarla más lejos que yo.

—Me obliga a hacer ejercicio. A este paso no voy a necesitar entrenarme en el campo los sábados.

Abigail se sintió aliviada cuando sonó el teléfono. Brooks no le había vuelto a preguntar, no la presionaba. Pero intuía que le gustaría que fuera al parque el sábado, cuando jugaba al béisbol.

No estaba preparada, y no sabía si algún día estaría lista para enfrentarse a la gente que iría, que hablaría con ella o de ella.

Cogió la mojada y mordisqueada pelota de tenis y la lanzó para que Bert continuara con el juego.

—Voy de camino. —Oyó que decía Brooks. Y después, cuando se colgó el móvil del cinturón, maldijo—: Mierda.

—¿Hay algún problema?

—Un niño rico y consentido se pone hasta el culo y luego destroza la habitación de un hotel y le da un puñetazo al director.

—Oh. ¿Tu amigo Russ Conroy?

—Sí. Justin Blake es el niño rico y consentido. Ha intentado pelear con el guardia de seguridad del hotel y ahora lo tiene retenido hasta que llegue yo. Lo siento.

—Es tu trabajo.

—Y esto me va a llevar un buen rato, ya que hay de por medio un gilipollas problemático y gamberro; su insufrible, permisivo e influyente papaíto; y el sufrido abogado al que el comportamiento del chico le permite llevar unos mocasines de Gucci y beber Chivas Regal. A lo mejor no puedo volver esta noche.

—No pasa nada.

—Para ti es fácil decirlo; no vas a perderte la lasaña.

—Te guardaré un poco. Se conserva bien.

—Gracias. Te llamaré de todas formas. Tengo que asearme un poco antes de marcharme. —La tomó de las manos y se inclinó para besarla—. Te voy a echar de menos.

Le gustaba pensar que así sería…, un poco, en cualquier caso. Que alguien la echara de menos era una novedad en su vida.

El perro se acercó corriendo cuando Brooks volvió adentro, luego se quedó quieto, resollando un poco, con la pelota en la boca y los ojos clavados en la puerta.

—Volverá si puede —le dijo Abigail—. También tenemos que estar cómodos sin él. Es importante que estemos bien solos.

Cuando le lanzó de nuevo la pelota, pensó que se prepararía una ensalada para cenar. Comer lasaña sola parecía demasiado solitario.

***

El hotel de los Ozarks se erigía sobre una suave colina justo dentro de los límites del pueblo. La mansión victoriana de cuatro plantas había sido construida por un exitoso contrabandista en los años veinte como una casa de campo. Su éxito cesó de golpe antes de que se aboliera la ley seca, cuando un rival le disparó con un rifle Henry mientras el hombre se paseaba por su terraza con un puro cubano y una buena copa de aguardiente casero.

La viuda nunca regresó a la casa, y en los años posteriores cayó

en desuso. El hijo mayor, al que le gustaba apostar a los caballos, la vendió en cuanto cayó en sus manos.

El abuelo de Russ la reconstruyó y rediseñó sin casi ayuda, y la inauguró como un hotel en la primavera de 1948. Aunque no fue un éxito rotundo durante la época de Cecil Conroy, logró mantenerse. Cuando la comunidad de artistas tomó forma en los setenta y ochenta, fue el motivo en muchos lienzos, uno de los cuales tuvo la buena fortuna de captar la atención de un rico coleccionista de Nueva York.

Inspirado por el cuadro, el coleccionista, así como algunos de sus amigos y socios, empezó a frecuentar el hotel; lo convirtió en la base de sus escapadas, interludios de negocios y placeres y citas clandestinas.

Como resultado, a comienzos de siglo, el hotel se había ganado un remozado y la ampliación de un spa y una piscina cubierta.

La cuarta planta incluía servicio de mayordomo las veinticuatro horas y albergaba la suite más prestigiosa del edificio.

Brooks se encontraba con Russ en esa habitación de lujo con sus tenues paredes doradas, sus relucientes antigüedades y su deslumbrante arte local.

Los cristales facetados rotos de la otrora magnífica araña de luces de salón centelleaban sobre el pulido suelo de madera de castaño. El pesado jarrón de cristal artesanal, que sin duda habían arrojado contra el televisor de plasma de sesenta pulgadas, yacía hecho añicos sobre la alfombra tejida a mano, manchada por los restos de una de las tres botellas vacías de vino tinto. Los fragmentos de una lámpara Tiffany brillaban sobre trozos de platos rotos, comida tirada, jaboneras a rebosar de colillas y un surtido desparramado de DVD porno.

Había quemaduras de cigarrillo en el tapizado de seda azul y dorado del sofá, que parecían horrendos ojos.

—Y tendrías que ver el dormitorio —comentó Russ, con el labio partido e hinchado—. Hijos de puta.

—Siento todo esto, Russ.

—Hay manchas de vino y orina en la bañera de hidromasaje del baño principal. Uno de ellos ha roto el grifo del lavabo. No me preguntes por el retrete.

—Vamos a necesitar fotografías del antes y el después. ¿Puedes darme un cálculo aproximado de los desperfectos, solo para hacerme una idea?

—Más de setenta y cinco mil dólares, probablemente cerca de los cien mil. Por Dios, no lo sé, Brooks. Podría ser más una vez que miremos debajo de lo que se ve a simple vista. Y el olor.

—¿Cuántos había aquí?

—Tres. También había chicas entrando y saliendo. Hicieron la reserva a nombre del padre de Justin y utilizaron su tarjeta de crédito para registrarse. Justin y una muchacha. Eso fue la pasada tarde. Anoche, en algún momento…, comprobaremos los vídeos de seguridad del vestíbulo…, llegaron los otros dos compañeros, su pandilla habitual, Chad Cartwright y Doyle Parsins, y otras dos jóvenes más. No existe ninguna ley que impida recibir visitas en tu habitación. Se quedaron a pasar la noche. Los empleados de recepción y de seguridad recibieron quejas de los demás clientes por el ruido. Lo que puedo decirte es que las chicas se han marchado esta tarde y que los otros tres se han pasado el día fumando marihuana, llamando al servicio de habitaciones y viendo porno. Alrededor de las seis empezamos a recibir quejas otra vez; gritos, estruendos, risotadas y golpes. Habían bloqueado la maldita puerta y no querían abrir a la encargada de la planta. Entonces he subido yo. Joder, podía olerse la marihuana desde el puto vestíbulo.

Brooks se limitó a asentir, dejando que Russ se desahogara. A su amigo aún le temblaban las manos a causa de una mezcla de rabia y pena.

—Le he dicho a ese cabrón de mierda que si no abría las puertas llamaría a la policía y a su padre. No es que tú no impongas respeto, Brooks, pero creo que ha sido la amenaza de llamar a su viejo, y a los padres de los demás, lo que ha surtido efecto. Entonces el muy mamón se ha burlado de mí. Me ha mirado con desprecio y me ha dicho que me dieran por el culo. Que la habitación estaba pagada. Podía ver lo que habían hecho, o al menos parte. Divisé a los otros dos despatarrados en el suelo. Estaba demasiado cabreado como para permitirlo, ya sabes lo que quiero decir.

—Lo sé.

—Le he dicho a la encargada de la planta, que estaba conmigo,

que llamara a seguridad. Es entonces cuando ese cabrón de mierda me ha dado un puñetazo. —Con cuidado, se frotó el labio roto con la yema del dedo—. Carolee…, ya conoces a Carolee.

—La conozco.

—Ella ha cogido el *walkie-talkie*, ha llamado a Ben y le ha dicho que subiera con dos de los botones más grandotes. Carolee piensa con la cabeza. Para entonces ya tenía a ese imbécil contra la puerta y los otros dos estaban tan mamados que se meaban de la risa. Y entonces se ha apoyado en la puerta, le ha lanzado a Carolee esa sonrisa de comemierda y le ha dicho que pasara, que él se la follaría como nunca lo habían hecho.

—Joder.

Esforzándose por tranquilizarse, Russ se frotó los ojos con los dedos.

—No quería marcharse, Brooks. Ben y los demás han venido corriendo y ha sido entonces cuando ha empezado a dar patadas, a asestar puñetazos y se ha puesto a gritar. Carolee ha llamado de inmediato a comisaría, y Boyd ha venido rápido. He avisado a Ash como apoyo, y entre todos hemos considerado que debían notificarte.

—Habéis hecho bien. Lo más probable es que le robara la tarjeta de crédito a su padre, aunque los padres le apoyarán, dirán que le dejaron utilizarla. No se puede demostrar lo contrario, pero los desperfectos de este lugar, las agresiones… —Brooks se dio cuenta de que él también necesitaba calmarse—. Le diré a Boyd que traiga a Alma; ella saca buenas fotos. Documentará todo esto, y Boyd realizará un registro oficial delante de ella, de Carolee y de ti en busca de sustancias ilegales. Aunque se hayan fumado y esnifado todo lo que tenían, quedarán rastros. Joder, puedo ver los porros mezclados con los cigarrillos en esas jaboneras. Su papaíto no va a librar de esta a ese depravado imbécil a base de dinero. No si presentas cargos.

—Puedes apostarte el culo a que lo haré.

—Bien. Voy a llamarlos ahora. Si dejas a Carolee a cargo de esto, puedes venir conmigo. Haz una declaración oficial y presenta cargos. Da parte a tu aseguradora y hazme un inventario y una estimación de daños formales.

Russ asintió. El vivo color rojo de su cara comenzaba a tornarse en una enfermiza palidez, que no era mucho mejor.

—Ya les he llamado.

—De acuerdo. ¿Primero necesitas algo de tiempo?

—No. —Russ se cubrió la cara con las manos y se frotó con fuerza—. Dios mío, siento náuseas. Tengo que contárselo a mis padres. Me pone enfermo lo que han hecho aquí, pero no necesito tiempo.

—Pues pongámonos en marcha.

Brooks pensó que él mismo podría escribir la historia en tres actos; a Justin Blake le entraba uno de sus ramalazos; avisaban a las autoridades y se llevaban detenido al arrogante gilipollas. Antes de que pudieran decirle que tenía derecho a guardar silencio, llegaba Lincoln Blake, acompañado del abogado.

En el tiempo que Brooks tardó en ir al hotel, examinar los daños más graves, hablar con Russ y regresar a comisaría, Lincoln Blake ya había llegado con su abogado.

Blake se puso en pie.

Presentaba una estampa imponente con su amplio pecho cubierto por un traje de corte impecable y su ancho cuello aprisionado por una corbata de rayas. Sus fríos ojos azules encastrados sobre una afilada nariz.

Llevaba el cabello gris pizarra cortado al estilo militar, aunque se rumoreaba que Blake se había librado de que le llamaran a filas, cuando había servicio militar que eludir.

—Russell, tengo entendido que mi hijo y sus amigos pueden ser los responsables de unos pequeños desperfectos en tu hotel. Quiero asegurarte que si se demuestra que es así, nos ocuparemos de todo. No te preocupes, tranquilo.

—Señor Blake, le pido disculpas por ser grosero, aunque en este momento no parezca sincero. Ahora mismo no quiero conversar con usted. Brooks, te espero en tu despacho, si te parece bien.

—Adelante.

—Relájate, Russell —comenzó Blake, pero Russ siguió andando como si no le oyera. La cara de Blake se tornó severa—. Un hotelero debe comprender que cierto porcentaje de los gastos generales tiene que destinarse a cubrir destrozos y al desgaste causado por el uso.

—Blake, yo tampoco tengo demasiadas ganas de hablar contigo.

Dado que Brooks le superaba en altura, Blake no podía mirarle con aire de superioridad, aunque el sentimiento era evidente.

—Eres un empleado público de esta ciudad y con esa actitud no vas a durar ni un año en tu puesto.

—Me arriesgaré. Supongo que vas a decirme que Justin tenía permiso para utilizar tu tarjeta de crédito para pagar la suite del hotel, el servicio de habitaciones y diversos cargos.

—Por supuesto.

—Entonces eso es asunto tuyo. El resto, es mío.

—Quiero que suelten inmediatamente a mi hijo. Pagaremos los desperfectos ocasionados, como es natural.

—Entonces tienes que saber que esos daños se aproximan, si no sobrepasan, a las seis cifras. Sí. —Brooks asintió cuando Blake abrió los ojos como platos y su rostro enrojeció—. Han hecho un verdadero destrozo en esa suite.

—Si Russell Conroy o su padre, a quien siempre he respetado, creen por un solo segundo que pueden inflar este asunto para aprovecharse…

—Dos de mis agentes están en el hotel en estos momentos, documentando los daños. El representante del seguro también viene de camino para hacer lo mismo. Yo vengo de allí y lo he visto con mis propios ojos. Mis hombres también realizarán un registro en busca de sustancias ilegales, ya que el lugar apesta a marihuana. No sé de dónde han sacado tu hijo o sus amigos el vino tinto, el coñac, la cerveza y el resto de bebidas alcohólicas, cuyas botellas están desperdigadas por toda la puñetera suite, pero ninguno de ellos tiene la edad legal para consumir alcohol. Sumado a eso, tu hijo ha agredido a Russ; no me des voces esta vez —espetó Brooks—. Ha atacado a Russ delante de testigos. También ha agredido a un guardia de seguridad enfrente de todos.

—Quiero hablar con mi hijo. Ahora.

—No. Yo lo interrogaré y tu abogado puede estar presente y hablar con él. Aunque no tenga la edad legal para beber alcohol, es legalmente un adulto. Puede que no tenga mucho sentido, pero esa es la ley. Hablarás con él cuando yo haya acabado. Y te recuerdo que no puedes comprar a los Conroy como haces con el resto. No

van a dejarse comprar. Esta vez Justin va a pagar por lo que ha hecho.

—Presiona demasiado, Gleason, extralimítate en esto y perderás tu trabajo.

—Como te he dicho, me arriesgaré. Bien, supongo que Justin ha pedido un abogado, pero voy a comprobarlo. Hasta que no me asegure de que ha ejercido ese derecho, nadie conversará con él.

Brooks se acercó a Jeff Noelle, uno de sus ayudantes a tiempo parcial, que estaba haciendo lo que podía para ser invisible.

—¿Ha pedido un abogado, Jeff? ¿Lo sabes?

—Sí, señor. Estaba pidiendo a gritos un abogado cuando Ash y Boyd los trajeron. También gritó a los otros dos prisioneros que cerraran la boca.

—De acuerdo entonces. —Brooks volvió—. Tienes un cliente, Harry.

—Me gustaría hablar con mi cliente en privado ahora.

—Claro. Jeff, acompaña al señor Darnell.

—Sí, jefe.

Haciendo caso omiso de Blake, Brooks fue a su despacho y cerró la puerta.

—Justin ha pedido un abogado, como era de esperar. Ahora tendrán su charla y luego hablaré yo con él. ¿Quieres un café? —le preguntó a Russ.

—No. Tengo agua. No creo que mi estómago pueda soportar nada más.

—Voy a tomarte declaración oficial. Vamos a hacer esto sin saltarnos un solo paso, Russ. Te aviso que Blake va a intentar presionaros a tu familia y a ti para que aceptéis un soborno y dejéis que el chico se libre de esto.

Las mejillas de Russ se pusieron de un rojo casi tan vivo como su pelo.

—No hay dinero suficiente en el mundo. Mi madre compró esa araña en Waterford, Irlanda, y la trajeron en barco hasta aquí exclusivamente para ese salón. Era su orgullo y su alegría. Solo por eso, Brooks.

—Lo sé. Voy a grabar esto.

—Vale. —Russ cerró los ojos un instante y asintió—. Vale.

Cuando terminaron, Brooks estudió la cara de su amigo durante largo rato. Aquel color iracundo había desaparecido, de modo que las pecas resaltaban como manchas en la macilenta palidez de su rostro.

—Me gustaría que Jeff te llevara a casa, pero querrás regresar al hotel.

—Tengo que hacerlo.

—Lo sé. Él te llevará. A mí me queda un buen rato aquí. Si quieres me pasaré por tu casa cuando haya terminado.

—Te lo agradecería, Brooks. De todas formas, llámame si puedes para decirme cómo crees que están las cosas.

—Lo haré, y me acercaré a donde estés después. No quiero que nadie limpie aún el destrozo, ¿de acuerdo?

—¿Cuánto tiempo crees que…? Da igual. —Russ alzó una mano —. De acuerdo.

—Le he dicho a Boyd que precinte la puerta con cinta policial. Sé que no es lo que te gustaría, pero cuanto más rigurosos seamos, más posibilidades tendremos de llegar a buen puerto si los Blake deciden ir a juicio.

—Haz lo que tengas que hacer.

—Una última cosa. —Brooks abrió un cajón y sacó una cámara digital—. Di mierda.

Russ dejó escapar una pequeña carcajada y suspiró. Luego frunció el ceño ante la cámara.

—Mierda.

Cuando Brooks salió de su despacho reparó en que Blake ya no estaba. Lo más probable era que se hubiera marchado a acosar al alcalde o a quemar las torres de telefonía haciendo llamadas al representante estatal o al puto gobernador.

—Es una verdadera lástima —dijo Alma, y le entregó un sobre a Brooks—. He tomado un montón de fotografías, como me has dicho. A mí casi se me parte el corazón también.

—Esto nos ayudará. —Boyd sostenía en la mano tres bolsas de pruebas—. Tenemos la marihuana, la cocaína y algo de oxicodona para rematar.

—Eso servirá. ¿Lo has registrado?

—Todo de forma oficial. Conseguimos la videocámara como

pediste, y Ash ha grabado mientras yo hacía el registro. No se puede documentar mejor.

—Buen trabajo, a todos. ¿Sigue Harry ahí dentro?

—No ha salido.

—Voy a empezar con el cabecilla. Boyd, ¿por qué no te llevas a Chad Cartwright?, y tú, Ash, habla con Doyle Parsins. Recordadles sus derechos otra vez, ¿me oís? Y grabadlo todo. Si alguno de ellos dice «abogado», parad.

—Aún no han pedido uno ni tampoco hacer una llamada —le informó Ash—. La última vez que miré, estaban inconscientes.

—Dales un toque de atención.

Brooks volvió a la diminuta sala de conferencias. Llamó a la puerta y la abrió.

—Es hora de que tú y yo tengamos una charla, Justin.

Justin continuaba repanchingado en la silla, con un hombro apoyado descuidadamente sobre el respaldo. Tan solo esbozó una sonrisa torcida.

—Jefe, si me permites hablar un momento contigo —le dijo Harry. A continuación se puso en pie y le murmuró algo a Justin que hizo que el chico encogiera un hombro.

Luego salió y cerró la puerta. Era una cabeza más bajo que Brooks y unos quince años mayor. En los viejos tiempos Harry había sido el entrenador del equipo de la liga infantil en que jugaba Brooks y lo había llevado a ganar el campeonato.

—Brooks, entiendo que estos tres jóvenes han causado daños en la suite del hotel y comprendo que no tienen edad legal para beber alcohol. El hecho es que pagarán los desperfectos, si en efecto los hay, y que a mi cliente se le permitirá un tasador independiente en ese asunto. Ambos sabemos que beber sin tener la edad legal no va a ir a ninguna parte. Puede que una colleja y algo de asesoramiento. En cuanto a la denuncia de agresión, Justin me ha dicho que Russ estaba comprensiblemente afectado y que ha habido un forcejeo. Ahora…

Brooks sacó la fotografía del labio partido e hinchado de Russ de su expediente.

—¿Te parece un forcejeo?

Harry miró la foto y suspiró, pasándose las manos por el corto

pelo castaño.

—¿Nunca te cansas de este numerito?

Harry agitó una mano y meneó la cabeza.

—Tengo que hacer mi trabajo, Brooks.

—Sabes, hay días en que pienso que mi trabajo es una mierda. El tuyo es peor. —Brooks abrió la puerta. Sacó una grabadora y la dejó sobre la mesa. Se fijó en que la noche había restado a Justin parte del aspecto de príncipe dorado. Bien, pensó Brooks, mirando aquellos ojos chulescos inyectados en sangre—. ¿Te han leído tus derechos, Justin?

—Sí. Y tengo el derecho de mandarte a tomar por culo.

—Justin —le advirtió Harry.

—Libertad de expresión.

—Yo ejerceré el mismo derecho. Querrás echarle un vistazo a esto, abogado. —Brooks esparció las fotos sobre la mesa cuando se sentó.

Mientras Harry las estudiaba, Brooks hizo lo mismo con el chico.

Justin Blake, único hijo de Lincoln y Genny Blake, había nacido con dinero, prestigio y buen aspecto. Rasgos cincelados, boca malhumorada, chispeantes ojos azules y un espeso cabello rubio, que sin duda le había garantizado su cuota de chicas durante los años de instituto.

Podría haberse convertido en alguien, a lo mejor aún podía, pero hasta el momento el dinero, el prestigio y el buen físico se habían convertido en arrogancia, un temperamento mezquino y una absoluta falta de respeto hacia cualquier tipo de autoridad.

—Justin Blake, se te acusa de destrucción de la propiedad, vandalismo, consumir alcohol sin tener la edad legal y tres cargos por agresión.

—Menuda cosa.

—Oh, lo será. Así como los cargos por posesión de drogas. Tenemos la marihuana, la cocaína y la oxicodona que los imbéciles de tus amigos y tú teníais en la suite.

Justin se limitó a sonreír con arrogancia.

—No sé de qué estás hablando.

—Ya tenemos tus huellas en el sistema. Apuesto a que las encontraremos en esa bolsa de marihuana, en la de coca y puede

que en la de las pastillas. Estás en libertad condicional, y uno de los términos de esa libertad es que nada de drogas, nada de beber y nada de problemas. Tú has hecho un triplete.

—Mi padre me sacará en una hora. Si Harry quiere ganarse sus enormes honorarios, arreglará el resto antes de que amanezca.

—No y no. Esta vez no. Russell Conroy acaba de presentar cargos oficialmente. Mis ayudantes han entrevistado a los testigos. Como puedes ver, tenemos los destrozos que has causado documentados gráficamente. Hemos incautado las drogas, el alcohol y en breve buscaremos a las chicas a las que invitaste anoche. Se me acaba de ocurrir que la guinda del pastel sería que una de ellas resultara ser menor de dieciocho años, porque entonces añadiré estupro y corrupción de una menor. Pero aun sin la guinda, esta vez no te vas a librar con la condicional, asesoramiento ni servicios a la comunidad. Vas a cumplir algún tiempo en la trena.

Justin le enseñó el dedo corazón.

—Una hora.

—Has violado la condicional, y ¡mira qué hora es! Son más de las ocho. Demasiado tarde para una vista para fijar la fianza esta noche. Vas a ser un invitado en nuestras refinadas instalaciones hasta las diez de mañana, cuando iremos ante el juez y lo expondremos todo.

—Gilipolleces.

—Gleason —comenzó Harry—, los padres de mi cliente son respetados miembros de la comunidad. Creo que podemos dejar a Justin bajo su supervisión sin ningún temor.

Brooks le lanzó una mirada dura como el granito.

—Eso no va a pasar. Se queda. Tal vez no sea capaz de impedir que el juez le conceda la libertad bajo fianza mañana, pero hasta entonces es mío.

—No eres nadie. Solo un segurata sobrevalorado que intenta dárselas de machito. Mi padre podría comprarte y venderte una docena de veces con solo calderilla. No puedes hacerme nada.

—Sería una lástima que midieras tu propia valía según la cuenta bancaria de tu padre…, si es que me importara algo tu retorcido niño interior. Lo que puedo hacerte es lo siguiente: puedo arrestarte y acusarte, cosa que ya he hecho. Puedo encarcelarte hasta que un

juez me diga lo contrario. Puedo, y créeme, lo haré, testificar en tu juicio, si decides ir a juicio, y contar hasta el más mínimo detalle de tu comportamiento violento, inútil y destructivo.

—Me gustaría hablar a solas de nuevo con mi cliente.

—Ya has estado más de media hora con él.

—Brooks, necesito un momento a solas con mi cliente.

—De acuerdo. En cuanto hayas terminado, va directo a una celda.

Brooks salió de la sala. Los gritos tardaron menos de diez segundos en escucharse. Sabía que era indigno de él, y probablemente nada profesional, pero que le partiera un rayo si no le alegraba oír a Justin montar una pataleta digna de un mocoso de dos años.

17

En el silencio de la casa, con el perro roncando a sus pies, Abigail analizó los archivos pirateados del FBI. Le alegraba que la agente especial Elyse Garrison hubiera seguido la pista que le había filtrado y hubiera ahondado en ella. Los cinco millones seiscientos mil dólares que el FBI había confiscado en la operación representaban un mordisco lo bastante cuantioso como para hacer daño, en su opinión. Al igual que las seis detenciones.

No bastaba, ni mucho menos, para sacar a los Volkov del negocio, pero los enfurecería y haría que escarbaran más profundamente en su organización tratando de encontrar la fuente de las filtraciones.

Satisfecha, cerró los archivos y se dijo que debería irse a acostar. Era casi medianoche y habían conseguido dos nuevos contratos esa semana. Necesitaba estar despejada para empezar a trabajar por la mañana.

Pero no se sentía cansada. Estaba inquieta, admitió. Y lo que estaba haciendo, disfrazado de trabajo e investigación, era esperar a que sonara el teléfono.

Se preguntó cuántas veces se había quedado desconcertada al leer un libro o ver una película en que una mujer permanecía a la espera de la llamada de un hombre. Le parecía que las mujeres que lo hacían no solo carecían de autoestima, sino que además eran tontas de remate.

En esos instantes solo podía sentirse desconcertada consigo misma.

No le agradaba la sensación que experimentaba, aquella mezcla de nervios y ansiedad. Débil, sí, pero presente.

Ni siquiera quería aquella relación, se recordó, y mucho menos

quería encontrarse en la incómoda y nada grata situación en que se hallaba.

No necesitaba llamadas de teléfono, cenas en compañía ni conversaciones… ni nada de aquello. Todas esas cosas interferían en su rutina, alteraban su horario y, más importante aún, solo generaban complicaciones que no podía permitirse.

Pese a todo tenía que reconocer que era agradable tener esas experiencias y olvidar, aunque fuera solo unos minutos. Y ser simplemente Abigail.

La Abigail por la que él se sentía atraído y de cuya compañía disfrutaba.

Pero ¿acaso no era la misma trampa en la que había caído hacía años? ¿Convencerse de que podía ser lo que no era, tener lo que no podía tener?

Que Brooks no hubiera llamado era algo bueno; no, era lo mejor. Podía empezar a readaptarse de inmediato, a retomar la vida que tenía antes de que él apareciera.

Se prepararía un té de hierbas, se lo llevaría arriba y leería hasta quedarse dormida. Aquello era sensato. Así era ella.

El perro se despertó al instante en cuanto ella se levantó. La siguió a la cocina y, cuando vio que llenaba la tetera de agua caliente, se sentó a esperar.

Tenía un buen perro, pensó mientras ponía la tetera en el fuego, una casa cómoda y segura y un trabajo gratificante. Esas eran las únicas cosas que necesitaba para estar satisfecha, y satisfacción era lo único que requería.

Y sin embargo, cuando sonó la alarma no experimentó la chispa de tensión ni la sensación de alerta habituales. En cambio sintió una fulminante llama de esperanza. Irritada por ello, se volvió hacia el monitor y vio a Brooks conduciendo hacia la casa.

Decidió que daba muchas cosas por supuestas al presentarse allí después de medianoche. Deseó haber apagado las luces y haberse ido a acostar. Si lo hubiera hecho, al menos no tendría una razón para pensar que le había estado esperando.

Le diría que la había pillado yéndose a dormir y que estaba demasiado cansada para tener compañía. Simple y, una vez más, sensato, pensó mientras iba hacia la puerta.

Abrió cuando él se apeaba del coche, y bajo la luz de sus focos de seguridad vio en su cara, en su forma de moverse, agotamiento, ira y tristeza.

—Lo siento. —Se detuvo un instante al pie de la escalera del porche, bañado por aquella potente luz—. Debería haber llamado antes. Debería haberme marchado a casa.

—No lo has hecho.

—No. Las cosas se complicaron. —Se pasó la mano por el pelo —. Y me he presentado aquí antes de pensar siquiera en lo tarde que es. Aún estás levantada.

—Sí. —Su resolución se hizo pedazos mientras estudiaba su rostro—. Me estaba preparando un té. ¿Quieres una taza?

—Suena bien. —Subió las escaleras—. Siento no haberte avisado de que iba a tardar tanto.

—Tenías trabajo. Y yo también he estado ocupada.

Sin decir más, la rodeó con los brazos y apoyó la cara en su cabello. No por placer, comprendió Abigail. Tardó un momento en descifrar la naturaleza del abrazo. Buscaba consuelo, se dijo. Había acudido a ella en busca de consuelo y jamás nadie lo había hecho.

Comenzó a darle palmaditas en la espalda —tranquilo, tranquilo —, pero se detuvo. Y, cerrando los ojos, trató de imaginar qué querría ella. En su lugar le frotó la espalda, en pequeños círculos colmados de ternura, hasta que le oyó suspirar.

—La tetera está hirviendo —le dijo cuando oyó el pitido.

—Sí.

Pero Brooks la abrazó un instante más antes de apartarse.

—Deberías entrar. Tengo que cerrar la puerta con llave.

—Yo lo haré.

—No, yo…

No se sentiría del todo a salvo si no lo hacía ella misma.

—Vale. Yo iré a retirar la tetera del fuego.

Cuando terminó, le encontró sirviendo el agua hirviendo en la rechoncha tetera en que ya había puesto las hojas.

—Melisa, ¿verdad? Mi madre prepara lo mismo algunas noches.

—Es relajante.

—No me vendrá mal.

Sacó una segunda taza y otro platito.

—¿Tu amigo está bien?

—No mucho.

—Oh. —Lamentó al instante su anterior irritación y se dio la vuelta—. ¿Estaba herido?

—No físicamente, aparte del puñetazo en la cara, aunque no es la primera vez que se lleva uno. Y probablemente no será la última.

En silencio colocó las tazas, la tetera, el azucarero y las cucharillas sobre la mesa.

—Deberías sentarte. Pareces muy cansado. Tendremos que compartir el colador del té cuando se empape. Solo tengo uno.

—No pasa nada.

Sin saber qué hacer, se quedó de pie cuando él tomó asiento.

—¿Quieres comer algo? Tengo lasaña. Puedo calentarla.

—No. No, pero te lo agradezco.

—Estás muy triste —barbotó.

—Supongo que en parte sí. También me he cabreado mucho. Tengo que serenarme antes de ocuparme de lo de mañana.

—¿Quieres contármelo o prefieres que cambie de tema?

Brooks esbozó una pequeña sonrisa.

—Deberías sentarte, Abigail, y tomarte el té.

—No sé si esto se me da bien —dijo apenas se sentó.

—¿El qué? ¿Beber té?

—Consolar a alguien. O tranquilizar a alguien. Dado que estás furioso y triste, deberían ser ambas cosas.

Posó la mano sobre la de ella durante un instante y después sirvió el té.

—Vamos a averiguarlo. La familia de Russ es la propietaria del hotel desde hace tres generaciones. Para ellos no es solo un negocio ni un modo de ganarse la vida.

—Es una parte fundamental de su historia familiar y del lugar que ocupan en la comunidad.

—Sí. Ese hotel rebosa orgullo y amor. Justin Blake, ¿has oído hablar de los Blake?

—Sí. Son una familia local muy rica e influyente.

—Justin es un gilipollas consentido y un gamberro, con una ristra de detenciones por conducir borracho y con mala actitud. Tendría un historial tan largo como mi brazo si su padre no

utilizara su dinero e influencia, o la presión política, lo que quiera que funcione, para librarle. El chico no tiene respeto por la ley ni por ninguna otra cosa.

—Es difícil que lo tenga si le permiten que se comporte mal con total impunidad. Lo siento —se apresuró a decir—. Se supone que debo escucharte.

—Nada de se supone. En cualquier caso, su última fechoría: él y un par de gilipollas con los que sale reservaron la mejor suite del hotel y la han destrozado. La han destruido.

—¿Por qué?

—Por diversión, por aburrimiento, porque podían. Elige lo que quieras. —Brooks se encogió de hombros y a continuación se frotó la cara—. Russ fue a la suite para hablar con ellos cuando los clientes se quejaron del ruido. El resultado es que Justin le ha dado un puñetazo a él, lo ha intentado con el de seguridad y ha sido arrestado. Y esta vez no se va a ir de rositas. Todo indica que los daños sobrepasarán los cien mil dólares. Puede que incluso más.

—Eso es mucho.

—Sí, lo es, y Russ y sus padres no cederán cuando Lincoln Blake les presione. He tenido un cara a cara con él y con el chico esta noche.

—Tú tampoco vas a ceder.

—No, no voy a hacerlo. Justin y sus colegas van a pasar la noche en una celda. Mañana saldrán bajo fianza; Blake se ocupará de ello. Pero Justin tiene dos alternativas. O se declara culpable y cumple condena o va a juicio y cumple condena, pero esta vez va a ir a la cárcel. Y de un modo u otro, los Blake van a pagar hasta el último centavo de los daños. Joder, estoy que echo chispas. —Se levantó y fue hasta la ventana—. Debería irme a casa.

—¿En tu casa no estarías cabreado?

—Estaría cabreado en cualquier parte. Ese gilipollas seboso, pagado de sí mismo y fumador de puros se piensa que puede amenazarme con hacerme perder el trabajo, ¿y se cree que me voy a cagar patas abajo?

—¿El padre?

—Sí, el padre.

—¿Puede hacer que te despidan?

—Si puede, entonces que se metan el trabajo por el culo. No lo quiero si no puedo desempeñarlo bien. No si un gilipollas con demasiados privilegios puede hacer lo que le salga de los cojones mientras yo tengo que mirar para otro lado.

—El dinero es poder —repuso Abigail con voz queda—, pero no es el único poder.

—Supongo que lo veremos. He ido a hablar con los padres de Russ, con él y con Seline, su mujer, después de despachar al abogado. La señora Conroy ha llorado. Esa mujer dulce y divertida, que siempre tiene a punto un tarro con galletas de mantequilla de cacahuete, se ha venido abajo y se ha puesto a llorar. Debería haber encontrado un modo de encerrar a ese pedazo de cabrón antes de que las cosas llegaran tan lejos.

—Es inútil que te culpes por lo que ha hecho esa persona o por lo que su padre ha sido capaz de hacer, sobre todo cuando la pauta se estableció antes de que tú asumieras el puesto de jefe de policía. Lo lógico es arrestarle, cosa que ya has hecho, y recopilar pruebas para que el fiscal ayude a conseguir un veredicto de culpabilidad en el proceso. No he mostrado comprensión. —Se percató.

Brooks se recostó y cogió su té.

—Pero ha funcionado muy bien. Conozco la lógica, Abigail.

—Pero le han hecho daño a tu amigo y a su familia. Un daño emocional, así como económico, físico y delictivo. La gente debería pagar por sus malas acciones. Deberían tener consecuencias. Debería haber justicia. —Cerró el puño sobre la mesa durante un momento antes de obligarse a relajarlo—. Es difícil no sentirse triste y furioso, e incluso desesperanzado, cuando ocurren cosas malas, porque el miedo, las influencias y el dinero a menudo pesan más que la justicia.

Brooks se inclinó hacia delante, posando la mano sobre la de ella.

—¿Quién te ha hecho daño? —le preguntó. Ella meneó la cabeza, sin decir nada—. Todavía no, entonces.

—¿Qué harás mañana?

—Tengo una reunión a las siete y media con el fiscal para revisarlo todo una vez más. Habrá una lectura de cargos y una vista para fijar la fianza. Supongo que dejarán libres a Justin y a los otros

hasta el juicio. No creo que intente declararse culpable para llegar a un acuerdo de inmediato. Quizá lo haga una vez se acerque el juicio o si los abogados no la cagan. Los Conroy están lo bastante cabreados como para poner además una demanda civil. No pienso desanimarles. Es hora de que la presión la ejerza el otro bando.

—Entonces sabes qué tienes que hacer y cómo. ¿Son violentos?

—Al chico le gusta destrozar cosas.

—Me refiero a si podría intentar hacerte daño a ti o a la familia de tu amigo. Utilizar la violencia para intimidar.

—No sabría decirlo con seguridad, pero yo no iría tan lejos. El arma preferida de Blake es el dinero.

Abigail pensó en ello.

—No creo que puedan hacer que te despidan.

—¿No?

—Objetivamente, tu familia es una parte integral de la comunidad. Se les quiere y respeta. A ti también te quieren y te respetan por derecho propio. Asimismo asumo que como familia empresarial desde hace generaciones, con una importante propiedad en el pueblo, a tu amigo y a su entorno familiar también se les valora. Su propiedad ha sufrido daños por culpa de una conducta imprudente y egoísta, de modo que la comprensión e indignación están de su parte. Esos sentimientos también son armas. Haciendo una extrapolación a partir de lo que has dicho esta noche, presupongo que los Blake son temidos pero no demasiado apreciados. Probablemente hay mucha gente en la comunidad a la que le encantaría que el hijo fuera castigado por sus actos.

—¿Extrapolación? Bueno, ¿cómo puedes utilizar palabrejas como esa y aun así conseguir que me sienta mucho mejor?

—¿De veras?

Esa vez no retiró la mano cuando la posó sobre la de ella.

—Tenías razón al decir que estaba triste. Lo estaba, y también furioso y frustrado, y habrá que añadir una gran dosis de autocompasión. Ahora solo estoy apenado y cabreado, y con unas ganas enormes de patearle el culo a alguien…, legalmente hablando.

—¿Eso es bueno?

—Es muy bueno. —Le dio un apretón en la mano—. Debería

marcharme.

—Deseo que te quedes.

Brooks le movió la mano de modo que sus dedos se entrelazaran.

—Gracias a Dios.

—Deberíamos irnos a acostar.

—Eso mismo pienso yo.

—Es tarde —le dijo levantándose para recoger las cosas—. Estás cansado. Y creo que todavía un poco triste. El sexo libera endorfinas, así que, para abreviar, te sentirías… —Se interrumpió cuando se dio la vuelta y vio que le sonreía.

—Estoy medio enamorado de ti —le dijo— y me dirijo a toda prisa hacia los tres cuartos.

Algo dentro de ella estalló como un rayo de sol antes de desvanecerse en un ataque de pánico.

—No lo hagas.

—No creo que sea algo que se hace o no se hace. Es algo que sucede o no sucede.

—Es una mezcla de atracción sexual y física, junto con la novedad y la tensión entre inclinaciones comunes y conflictos de interés. La gente suele confundir la reacción hormonal y ciertas compatibilidades con lo que cree que es amor.

Él siguió sonriendo cuando se levantó, pero el brillo de sus ojos hizo que ella diera un paso atrás con cautela mientras él se le acercaba.

Entonces Brooks le puso las manos en los hombros y bajó la cabeza para rozarle los labios con los suyos.

—Chis —le dijo besándola otra vez—. No te conviene decir qué siento y qué no, o podría volver a cabrearme. Y no queremos eso, ¿verdad?

—No, pero…

—Chis —le susurró contra los labios—. Mi preciosa Abigail, tan desconfiada e inteligente. Tan nerviosa.

—No estoy nerviosa.

—Nerviosa —repitió deslizando los dedos a lo largo de sus pechos en tanto que su boca continuaba jugueteando con la de ella. Frotándola, rozándola, acariciándola—. Te inquietas cuando no estás segura de qué va a pasar, cuando no has pensado todos los

pasos o hay un pequeño rodeo. Me gustan tus nervios.

—¿Por qué?

—Y me gusta ese «¿por qué?» que denota curiosidad. —Le subió la camiseta y se la quitó, observando su sorpresa (y sí, algo de nervios) danzar en sus ojos—. Me gusta saber que no has llegado a descifrarme a mí, lo nuestro, nada de esto. —Sus manos ascendieron por ambos costados, sobre sus pechos, para descender después—. Acción y reacción, ¿no? Me gustan tus reacciones.

Reconocía que estaba nerviosa. Sus nervios parecían deslizarse sobre su piel, bajo ella, enroscarse en su vientre, rodear su corazón para acelerar su ritmo. Dentro de su cuerpo todo parecía blando, luego afilado, flojo y después enredado. ¿Cómo iba a continuar?

—Deberíamos ir arriba.

Sintió los labios de Brooks rozando su garganta y los dedos recorriendo su espalda.

—¿Por qué? —murmuró, y le abrió el cierre del sujetador—. Me gusta tu cocina. —Cambió el peso de una pierna a otra para quitarse los zapatos—. Se está caliente. Y es eficiente. Me gusta tu tacto bajo mis manos, Abigail.

Se sumergió en el beso de cabeza, como una desgarradora zambullida que la dejó mareada y débil. Seducción. Aunque jamás se había permitido que la sedujeran, pues era innecesario, su mente reconoció la sensación. Y su cuerpo sucumbió a ella.

Ansiando sentir su piel, sus músculos, sus huesos, introdujo las manos bajo su camisa y encontró aquella tibieza, aquella solidez y suavidad. Su aliento se tornó en jadeo cuando Brooks la levantó para sentarla sobre la encimera de la cocina. Antes de que la sorpresa calara del todo en ella, su boca se apoderó de su pecho.

Era tan ardiente, tan húmeda, tan fuerte, que dejó escapar un súbito grito de aturdido placer. Más tarde pensaría que el orgasmo que la atravesó había sido resultado de la sorpresa tanto como de aquellas sensaciones. Pero en esos momentos la pilló desprevenida, la dejó temblorosa e indefensa.

—Brooks.

Deseaba pedirle que esperara, que aguardara hasta que estuviera preparada, pero su boca estaba de nuevo sobre ella, subyugándola tan rápido, tan profundamente, que solo pudo estremecerse y

claudicar.

Brooks se percató de que jamás la habían tomado antes. No así, de un modo en que su rendición era absoluta, en que no podría aislar una pequeña parte de sí misma para tratar de hacerse con el mando de la situación.

Y por Dios que deseaba poseerla, destruir aquel fascinante control innato.

Le bajó la cremallera y la alzó para despojarla de los vaqueros. Sin darle tiempo para que se recuperase, se apoderó de su boca una vez más, bebiéndose su instintiva protesta. La acarició de manera provocativa y tierna. Ya estaba excitada, mojada, al borde del precipicio. Deseaba que explorara aquella sensación, que la retuviera hasta que la inundara, hasta que la anegara por entero.

Deseaba verla mientras lo hacía.

El aire, tan denso y dulce, hacía que se sintiera ebria con cada aliento que tomaba. El placer que Brooks le proporcionaba era tan completo, tan absoluto, que parecía atrapada en su interior, sumergida y empapada en él. Brooks apresó uno de sus pezones entre los dientes y la llevó a un exquisito punto que rayaba en el dolor mientras avivaba aún más aquella hoguera.

Cuando creyó que no podía soportarlo más, que no podía contenerlo, todo se tornó resplandeciente y libre. Se oyó gemir, un prolongado y gutural sonido, al tiempo que su cabeza caía sobre el hombro de Brooks.

Deseó enroscarse alrededor de él, acurrucarse en su pecho, pero Brooks la inclinó hacia atrás, se rodeó la cintura con sus piernas y se hundió en ella.

Una nueva descarga, un nuevo placer. Potente, veloz y furioso. Un progresivo torrente que acabó transformándose en la salvaje barrida de una ola gigante. Brooks la arrastró, la sumergió en ella, hasta que aquella violenta ola la arrojó a la superficie. Solo podía flotar a la deriva hasta que Brooks se unió a ella.

Poco a poco sintió el corazón de Brooks martilleando contra el suyo y sus resuellos junto al oído. Sintió la suave superficie de la encimera debajo de ella y la luz de la cocina sobre los párpados cerrados.

Necesitaba unos instantes, solo un momento para recobrar el

equilibrio, y luego podría…

Brooks la sorprendió de nuevo cuando la bajó de la encimera para cogerla en brazos.

—No tienes que…

—Chis —le dijo una vez más, y la llevó arriba, a la cama.

***

Abigail fue la primera en bajar por la mañana y solo pudo detenerse y quedarse mirando. Se había dejado las luces encendidas, un negligente desperdicio de energía. Pero parecía incapaz de sentirse demasiado molesta por ello. La ropa estaba tirada por el suelo; la suya y la de él.

Contempló la encimera con una especie de perplejidad y asombro. Jamás había entendido el encanto de practicar sexo en lugares extraños y poco habituales. ¿Qué sentido tenía cuando una cama, incluso un sillón, sería más cómodo y mejor? Aunque había disfrutado del sexo en la ducha de vez en cuando.

Era obvio que había sido demasiado estrecha de miras, si bien se preguntaba cuánto iba a tardar en realizar de nuevo las tareas básicas de la cocina sin alterarse.

Por el momento puso en marcha la cafetera y después recogió la ropa y la dobló. Cuando Brooks bajó, desnudo, había ordenado la cocina y empezado a preparar el desayuno.

—Parece que me dejé la ropa aquí abajo. —Claramente divertido, cogió los vaqueros que ella había doblado y se los puso —. No tenías que levantarte tan temprano ni mucho menos cocinar.

—Me gusta levantarme temprano y no me importa hacer el desayuno. Tienes un día difícil por delante. Te sentirás mejor con el estómago lleno. No es más que una tortilla y tostadas.

Cuando se dio la vuelta, él se había puesto la camisa y la miraba, solo la miraba, con aquellos ojos inteligentes que cambiaban de color.

—Ojalá no me miraras así.

—Así ¿cómo?

—Como si… —Se volvió para servir el café—. Qué sé yo.

Brooks se acercó a ella por detrás, le rodeó la cintura con los brazos y depositó un beso en un lado de su cuello.

—Pasando la tercera base y rumbo a casa —murmuró.

—Eso es una expresión de béisbol. No estamos jugando a béisbol. No sé lo que significa.

Hizo que se diera la vuelta y la besó en la boca con suavidad.

—Sí que lo sabes. No hay por qué sentir pánico. —Le masajeó los hombros para aliviar la tensión—. Nos lo tomaremos con calma. ¿Qué tipo de tortilla?

—De tres quesos con espinacas y pimiento.

—Suena de maravilla. Ya me ocupo yo de las tostadas.

Brooks se movía por su cocina como pez en el agua, como si ese fuera su lugar. El pánico ascendió por su garganta de nuevo.

—Yo no… —¿Cómo lo decía la gente?—. No estoy hecha para esto.

—¿Para qué?

—Para nada de lo que estamos haciendo.

—Yo sí. —Metió el pan en la tostadora y se apoyó en la encimera—. No estaba seguro de que tuviera sentido hasta que llegaste tú. Pero se me da bien todo esto. Desde mi punto de vista, a ti también. Así que ya veremos.

—No soy quien crees que soy.

La estudió, asintiendo despacio.

—Tal vez no en todos los detalles. Probablemente no. Pero te miro, Abigail, te escucho, y en lo que de verdad cuenta, eres quien creo que eres.

—Ese no… —Estuvo a punto de decirle que aquel no era su nombre. ¿Cómo se había involucrado tanto, cómo podía haber sido tan imprudente?—. Eso no puedes saberlo.

—Sé que no era eso lo que ibas a decir. Se me da bien calar a la gente. Forma parte del empleo. Sé que tienes miedo de algo o de alguien. Has sufrido uno o dos golpes duros y has hecho todo lo posible para protegerte. No puedo culparte por ello.

La luz se derramaba a través de la ventana situada detrás de él, formando un halo alrededor de su cabello. Rozó el pelo negro, aún despeinado de dormir, con sus manos.

—No sé qué decirte.

—Veo muchos secretos en tu mirada y un peso enorme sobre los hombros. Voy a seguir creyendo que un día vas a compartir esos secretos y ese peso conmigo y que resolveremos lo demás una vez confíes en mí.

Ella meneó la cabeza sin mediar palabra y se dio la vuelta para servir las tortillas en los platos.

—No deberíamos estar hablando de esto, y mucho menos ahora. Llegarás tarde a tu reunión y yo tengo dos nuevos compromisos en los que trabajar.

—Enhorabuena. ¿Por qué no compro algo para cenar esta noche?

—Tengo lasaña.

—Eso es aún mejor.

Abigail dejó los platos cuando el pan saltó de la tostadora y acto seguido se sentó con cierto mal humor.

—No te he invitado a cenar.

—Ya hemos superado eso.

—No sé cómo superarlo.

Brooks llevó las tostadas a la mesa y colocó una en el plato de ella. Luego tomó asiento.

—Tiene una pinta estupenda.

—Cambias de tema o consientes en vez de debatir. Porque estás muy seguro de que al final te saldrás con la tuya.

—A ti también se te da bien calar a la gente. —Probó la tortilla —. Está muy rica. Podrías ganarte la vida así.

—Eres frustrante.

—Lo sé, aunque lo compenso siendo tan guapo.

Abigail no quería sonreír, pero no pudo evitarlo.

—No eres tan guapo.

Brooks rió y se tomó el desayuno.

Cuando se marchó, ella consideró sus opciones.

No podía contárselo, eso era evidente, pero hipotéticamente, ¿cuál sería el resultado previsible si lo hiciera?

Se la buscaba para interrogarla por los asesinatos de dos marshal. Como agente de la ley, estaría obligado a entregarla. Era muy poco probable que sobreviviera para prestar testimonio. Los Volkov encontrarían la forma de llegar hasta ella y liquidarla, sin

duda mediante uno de sus topos en la policía.

Pero, hipotéticamente hablando una vez más, si Brooks la creía, si aceptaba que perdería la vida en caso de que él hiciera su trabajo, se sentiría menos inclinado a cumplir con su deber.

Trató de imaginar que era capaz de hablar con él sobre John y Terry, sobre Julie y todo lo que había sucedido desde aquellas terribles noches. No podía imaginárselo, no podía teorizar acerca de lo que sentiría si hablara con él, con alguien, si compartiese esa carga.

Brooks era amable y defendía la justicia; hacía lo correcto por razones justas. En muchos aspectos, en los aspectos básicos y vitales, le recordaba a John.

Si se lo contaba, si él la creía, podría sentirse impelido a protegerla, a ayudarla, igual que John. ¿Y no pondría su vida en peligro por esa causa?

Otra razón más para seguir su propio consejo, para seguir adelante como había hecho durante doce años.

Pero ahora todo había cambiado, recordó. Nada era como había sido.

De modo que si se lo contaba, porque el equilibrio ya se había alterado, tendría que estar preparada para marcharse, para huir de nuevo, para cambiar de nombre otra vez…, tanto si la creía como si no.

Por tanto, ateniéndose a la lógica, a la razón, no podía contárselo. La relación perdería intensidad con el tiempo hasta que el equilibrio reapareciera, hasta que su vida fuese como antes.

Sus conclusiones deberían haber hecho que se sintiera más segura, más calmada y convencida. En cambio la llenaron de desdicha e inquietud.

18

La mañana discurrió tal y como Brooks había imaginado, con algunos puntos extras para los chicos buenos.

Se esperaba que Justin y los imbéciles de sus colegas salieran bajo fianza y había calculado que el juez impondría una sanción lo bastante elevada como para que les escociera un poco. La había fijado tan alta que les escocería mucho.

Harry puso objeciones, por supuesto —tenía que hacer su trabajo—, pero el juez se había mantenido firme. Tal vez los Conroy no tuvieran los bolsillos tan llenos como los Blake, pero eran igual de respetados y muchísimo más apreciados.

Esa vez Justin había dado una patada al gato equivocado, en opinión de Brooks.

Desde su posición en la sala de justicia, vio a Blake ponerse furioso, a Justin burlarse y a los otros dos procesados mantener la cabeza y la mirada gachas mientras sus padres estaban sentados con expresión impertérrita.

Tuvo que esforzarse por no sonreír de oreja a oreja cuando el juez accedió a la demanda del fiscal, por la cual los tres acusados tendrían que entregar sus pasaportes.

—¡Esto es insultante! —Blake se levantó de golpe ante el fallo del juez, y esa vez Brooks hizo un bailecito dentro de su cabeza—. No toleraré que se insinúe que mi hijo huiría de estas ridículas acusaciones. ¡Queremos un juicio!

—Lo tendrás. —El juez Reingold, que jugaba al golf con Blake todos los domingos, golpeó con su martillo—. Y muéstrame respeto en esta sala, Lincoln. Siéntate y no alborotes o haré que te echen de aquí.

—No creas que puedes sentarte ahí y amenazarme. Yo te ayudé

a colocarte esa toga.

Los ojos de Reingold centellearon tras sus gafas de montura metálica.

—Y mientras la lleve me mostrarás respeto. Siéntate y cállate o te juro por Dios que te acusaré de desacato.

Blake empujó a Harry cuando el abogado trató de intervenir.

—Yo te enseñaré lo que es desacato.

—Acabas de hacerlo. —Reingold golpeó de nuevo con el martillo—. Son quinientos dólares. Alguacil, eche al señor Blake de la sala antes de que sean mil.

Con la cara enrojecida y los dientes apretados, Blake giró sobre los talones y se dispuso a marcharse por su propio pie. Se detuvo brevemente para fulminar a Brooks con la mirada.

Brooks se mantuvo sentado durante el resto de las disputas legales, la exposición, las amonestaciones y el establecimiento de fechas. Aguardó hasta que Justin y sus amigos fueron conducidos de nuevo a sus celdas hasta que se depositaran cada una de sus fianzas.

Más que satisfecho, Brooks tuvo que contenerse para no dar un saltito de alegría cuando se acercó a hablar con Russ y su familia. No le cabía la menor duda de que la presencia de la familia Conroy al completo —el labio partido de Russ, las lágrimas apenas contenidas de la señora Conroy— habían influido en el fallo de Reingold.

—Ese pomposo abusón de Blake ha empeorado las cosas para esos violentos chicos y para sí mismo. —Seline, cuyos ojos oscuros brillaban en contraste con su sosegado carácter, rodeaba de manera protectora con un brazo los hombros de su suegra—. Me encanta. Ojalá hubiera abierto la boca otra vez y le hubiera costado más pasta.

—No estaba seguro de que Stan le plantara cara a Lincoln. —Mick Conroy señaló el estrado con la cabeza—. Hace que me sienta un poco mejor. Voy a llevarme a tu madre a casa —le dijo a Russ.

—¿Quieres que te acompañe, mamá?

Hilly, con los ojos aún empañados y el vivo cabello que había heredado su hijo recogido en una descuidada coleta, negó con la cabeza. A continuación le dio un beso en la mejilla a Russ.

—Estaremos bien. Brooks —le dijo tras darle también un beso—,

te estamos agradecidos.

—No es necesario.

—Todavía está triste —murmuró Seline cuando sus suegros se marcharon—. Hilly no ha podido enfadarse por ello. Quiero que se enfade. Se sentirá mejor cuando lo haga.

—Tú ya estás lo bastante cabreada por todos.

Seline sonrió un poco.

—Bien lo sabe Dios. Tengo que ir al colegio. Seguro que los chicos ya habrán traumatizado a mi sustituto. —Le dio un fuerte abrazo a Brooks y acto seguido se volvió hacia Russ y se abrazó a él durante un interminable minuto—. No te preocupes demasiado, guapo —añadió.

—Deja que te invite a un café —le dijo Brooks a Russ cuando se quedaron solos.

—Debería irme al hotel.

—Tómate unos minutos y relájate.

—No me vendría mal. De acuerdo. Te veré allí.

En cuanto Brooks entró en el bar, Kim agarró la cafetera y se fue directa hacia él. Señaló un reservado, le dio la vuelta a la taza que había sobre la mesa y la llenó.

—¿Y bien? —preguntó.

—Solo café, gracias.

Le dio un pequeño empujón en el hombro.

—¿Cómo voy a mantener mi estatus de reina de las noticias si tú no me chivas nada? ¿Quieres que me degraden?

—Desde luego que no. No podemos consentir una cosa así. Han salido bajo fianza.

Kim puso cara de absoluta decepción.

—Debí suponer que Stan Reingold se comportaría como una comadreja por Lincoln Blake.

—Bueno, yo no diría eso, Kim. Sabía que saldrían bajo fianza. Lo que no esperaba es que el juez les impusiera una tan alta, y puedo garantizarte que tampoco Blake.

—Algo es algo.

—Y les ha confiscado el pasaporte hasta el juicio.

—Vaya, vaya. —Asintió frunciendo los labios—. Retiro lo dicho. Eso ha debido de ser como una patada en el gordo culo de Blake.

—Oh, yo diría que lo ha sentido. Se le ha calentado la boca y el juez le ha puesto una multa de quinientos dólares por desacato.

Esa vez le palmeó el hombro a Brooks.

—Te estás quedando conmigo.

—Te lo juro por Dios.

—Lo retiro todo por partida doble. La próxima vez que Stan Reingold venga por aquí le invitaré a tarta. ¿Has oído eso, Lindy? —le dijo al hombre que estaba en la parrilla—. Stan Reingold le ha puesto una multa por desacato de quinientos dólares a Lincoln Blake.

Lindy se volvió con los brazos en jarras, sujetando la paleta con una mano.

—Ya era hora de que pagara por su desprecio, porque el muy hijo de perra está forrado. Ese café corre de mi cuenta, Brooks. —Lindy señaló hacia la puerta—. Y el suyo también.

Kim vio entrar a Russ y llenó la segunda taza.

—Siéntate aquí, cielo. —Se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla—. Y el café u otra cosa que pidas es gratis. Asegúrate de decirles a tus padres que cualquier persona de bien de esta ciudad lamenta mucho lo sucedido y que está con ellos al cien por cien.

—Lo haré. Gracias, Kim. Significa mucho.

—Pareces exhausto. ¿Qué te parece un buen trozo de esa tarta de manzana que tanto te gusta para espabilarte?

—Ahora mismo no podría. Quizá la próxima vez.

—Os dejo para que podáis hablar, pero si necesitáis algo, dadme una voz.

Brooks fingió enfurruñarse.

—A mí no me ha ofrecido tarta.

Russ logró esbozar una débil sonrisa.

—Antes tiene que sentir pena por ti. ¿Sabías lo de los pasaportes?

—Tenía entendido que íbamos a solicitarlo, pero no imaginaba que Reingold fallaría a nuestro favor. Me ha sorprendido, y eso es nuevo para mí.

—Ha dejado que el chico de Blake se fuera de rositas muchas veces en el pasado.

—Pues sí, y creo que empieza a estar agobiado. Es el compañero de golf de Blake, pero no puede, y creo que no lo hará, restarle importancia a esto. Creo que su señoría estaba muy cabreado esta mañana. Y creo que Blake no va a permitir que Harry convenza a su chico de que se declare culpable de un delito menor. Quiere ir a juicio porque cree a pies juntillas que él y los suyos son demasiado importantes como para agachar las orejas ante la ley. Ese chico va a caer, Russ, y puede que el batacazo sea más duro de lo esperado. No me da ninguna pena.

—Tampoco puedo decir que sienta lástima.

Brooks se inclinó hacia delante.

—Quería hablar contigo unos minutos porque estoy convencido de que Blake va a hacer todo lo que pueda para comprarte u obligarte a retirar los cargos por agresión. Se piensa que si consigue esto, solo será cuestión de dinero. Paga cuatro cuartos, por así decirlo, intenta manipular para alcanzar los servicios comunitarios y algo de rehabilitación, y el chico logra la libertad condicional.

La magullada boca de Russ adoptó un sesgo adusto.

—Eso no va a pasar, Brooks. ¿Has visto a mi padre esta mañana? Parece haber envejecido diez años de golpe. Me importa una mierda haber recibido un puñetazo, y si no fuera por todo lo demás, lo habría dejado pasar. Pero no voy a dejarlo correr para que ese puto cabrón se libre de esta.

—Bien. Si Blake empieza a hostigarte, avísame. Mencionaré cargos por acoso y órdenes de alejamiento.

Russ se recostó, y su sonrisa surgió con mayor naturalidad.

—¿A por cuál de ellos vas de verdad?

—Tal y como lo veo, es un dos por uno. Los dos necesitan una buena patada en el culo. No sé si Justin nació siendo un gilipollas, pero es evidente que su papaíto le ha ayudado a ser un gilipollas de marca mayor. —Removió el café, pero se dio cuenta de que no le apetecía—. No he visto a la madre en la sala.

—Se rumorea que la señora Blake está avergonzada y agotada. Que está harta. Y que Blake le ha ordenado que tenga la boca cerrada. Él lleva la casa.

—Puede ser, pero no dirige esta ciudad.

—¿Y tú sí, jefe?

—Lo mío es proteger y servir —repuso Brooks echando un vistazo por la ventana—. Los Blake van a aprender lo que significa eso. ¿Y tú, señor alcalde?

—Puede que sea más difícil ganar las elecciones con Blake apoyando a cualquier otro candidato que se presente, pero estoy en ello.

—Por los nuevos tiempos. —Brooks levantó su taza en un brindis—. Por los buenos tiempos.

—Qué chispa tienes esta mañana, tío. ¿Se debe todo al fallo de Reingold?

—Eso no ha estado nada mal, pero hay una mujer fascinante y preciosa de la que me estoy enamorando. Hasta las trancas.

—Qué rapidez.

—Lo llevo en la sangre. Mis padres solo tuvieron que mirarse el uno al otro, prácticamente, y eso fue todo. Me ha pillado, Russ. Justo por aquí. —Se llevó el dedo al corazón.

—¿Seguro que no es bastante más abajo?

—Por ahí también. Pero, joder, Russ, me vuelve loco. Me basta pensar en ella para perder la cabeza. La miro y…, te juro que podría mirarla durante horas. Días. —Brooks soltó una pequeña carcajada, teñida de cierta sorpresa—. Estoy acabado. *Caput*.

—Si no la traes a cenar, Seline va a convertir mi vida en un infierno.

—Lo intentaré. Supongo que las mujeres de mi familia me van a pedir lo mismo de un momento a otro. Abigail es la clase de mujer con la que hay que ir poco a poco. Hay algo —agregó—. Algo de su pasado. Aún no está lista para contármelo. También estoy trabajando en eso.

—Así que ¿todavía no se ha dado cuenta de que vas a seguir escarbando, hurgando e insistiendo hasta que obtengas lo que quieres saber o consigas lo que deseas?

—La estoy deslumbrando a base de amabilidad y encanto.

—¿Cuánto crees que te va a durar eso?

—Aún tengo más en la reserva. Necesita ayuda. Lo que pasa es que no lo sabe o no está preparada para aceptarla. Todavía.

***

Abigail pasó la mañana delante del ordenador, rediseñando y personalizando el sistema de seguridad para un bufete de abogados de Rochester. Estaba especialmente satisfecha con los resultados, ya que había conseguido el trabajo por recomendación y casi lo había perdido porque el socio principal se había resistido cuando ella se había negado a reunirse con él en persona.

Creía que los demás socios y él quedarían más que satisfechos con el sistema y sus sugerencias. ¿Y si no era así? Era el precio que tenía que pagar por hacer negocios según sus reglas.

Para descansar la mente, se puso a pensar en la jardinería.

Quería un jardín de mariposas en el rincón sur de su cabaña y había leído e investigado para lograr su objetivo de la forma más efectiva. Con Bert a su lado, reunió las herramientas y cargó la carretilla. Le agradó ver que el pequeño huerto que ya había plantado iba tan bien; al pasar por allí olió las hierbas expuestas al sol. El agua discurría por el estrecho arroyo, y los pájaros trinaban. Una juguetona brisa se colaba entre la espesura, y un cerezo silvestre asomaba como un florido fantasma.

Mientras delimitaba la parcela con cuerda y estacas se dio cuenta de que era feliz. Feliz de verdad. Con la primavera, con el trabajo, con su casa. Con Brooks.

¿Había sido feliz alguna vez? Sin duda hubo momentos —al menos durante su infancia, en la breve temporada pasada en Harvard e incluso antes de que todo cambiara por completo— en que lo había sido.

Pero no podía recordar haberse sentido así. Nervios. Brooks tenía razón sobre los nervios, y no estaba del todo segura de que eso le gustara. Pero por encima de los nervios había una especie de ligereza con la que no sabía qué hacer.

Cuando puso en marcha el arado rotovator, tarareó al ritmo del sonido rotatorio del motor, así como del burbujeante arroyo y del trino de los pájaros. No, no sabía qué hacer con ello, pero si pudiera habría aferrado con fuerza, con mucha fuerza, aquellos momentos, aquellos sentimientos, para siempre.

Tenía un trabajo gratificante, tenía la jardinería, que le gustaba

más de lo que había imaginado. Tenía un hombre al que respetaba y con quien disfrutaba —mucho más de lo que jamás habría imaginado—, y que iba a cenar, a hablar, a reír, con ella.

No podía durar, pero ¿qué sentido tenía hacer planes, sentirse feliz? Aferrarse con fuerza, recordó mientras añadía abono a la tierra. Por el momento.

Volvió con la carretilla al invernadero, pasando sobre el intenso olor de la tierra húmeda —flores en pleno esplendor, puntiagudas y fuertes plantas verdes—, y seleccionó aquellas que había cultivado para aquel proyecto del jardín de mariposas.

Bien, trabajo físico en la cálida tarde. Aquello también la hacía feliz. ¿Iba a empezar a pensar que tenía semejante capacidad para la felicidad?

Realizó cuatro viajes, con la Glock sujeta a la cadera y el perro trotando tras ella, antes de empezar a componer el plan que había bosquejado en las frías noches de invierno.

Las lobelias escarlatas, las equináceas purpúreas y el fragante heliotropo se mezclaban con la delicada lantana y la profusión de verbenas, el encanto de los áster de otoño y la elegancia de los lirios orientales para suministrar néctar. Tenía girasoles, malvarrosas y asclepias como plantas huésped con el fin de tentar a las mariposas adultas a poner sus huevos y a las jóvenes orugas a alimentarse.

Colocó y reorganizó, agrupó y reagrupó, desviándose poco a poco de su diseño inicial, en cierto modo matemático, cuando se percató de que una disposición menos calculada y estricta le resultaba agradable.

Por si acaso, sacó su teléfono móvil y tomó fotos desde diversos ángulos antes de coger la pala y cavar el primer agujero.

Una hora más tarde retrocedió y examinó sus avances antes de entrar a por hielo para añadírselo al té que había dejado reposar al sol.

—Va a quedar precioso —le dijo a Bert—. Y podremos sentarnos en el porche a ver las mariposas. Creo que también atraeremos a los colibríes. Me encantará ver crecer y florecer todo esto, observar las mariposas y los pájaros. Estamos echando raíces, Bert. Cuanto más profundas son, más las quiero.

Cerró los ojos y alzó la cara hacia el sol.

Oh, le encantaba el sonido del aire, su olor. Adoraba el ritmo de trabajo y el placer que encontraba en él; las situaciones de quietud, las de ajetreo. Le encantaba sentir a su perro contra la pierna y el sabor del té frío en la garganta.

Amaba a Brooks.

Abigail abrió los ojos de golpe.

No, no, simplemente se había visto superada por los momentos felices vividos en ese lugar. Por la euforia de tener todo lo que deseaba. Y se había permitido mezclar aquello con lo que él le había dicho esa mañana, con su forma de mirarla.

Acción y reacción, se dijo. Nada más.

Pero ¿y si era algo más?

Sonó la alarma, lo que hizo que su espalda y sus hombros se pusieran rígidos al tiempo que se llevaba la mano a la culata de su Glock.

No estaba esperando ningún paquete.

Fue con rapidez hasta el monitor que había colocado en el porche. Recordó el coche antes incluso de distinguir al conductor. La madre de Brooks —¡Santo Dios!— y otras dos mujeres, hablando y riendo mientras Sunny conducía hacia la casa.

Antes de que pudiera decidir qué hacer, el coche dobló la última curva. Sunny tocó el claxon con alegría cuando vio a Abigail.

—¡Hola! —gritó Sunny por la ventanilla antes de que las tres se bajaran.

La mujer que iba delante tenía que ser la hermana de Brooks, pensó Abigail. El color del pelo, la estructura ósea y la forma de los ojos y de la boca eran demasiado similares como para no deberse a la genética.

—¡Mira! Un jardín de mariposas.

—Sí. He estado trabajando en él esta tarde.

—Bueno, va a ser maravilloso —le dijo Sunny—. ¡Qué bien huele el heliotropo! Tengo a Platón en el coche. ¿Crees que a Bert le gustaría conocerle?

—Yo… supongo que sí.

—Mamá está tan preocupada por presentar a los perros que no se ha preocupado por los humanos. Soy Mya, la hermana de Brooks, y esta es nuestra hermana mediana, Sybill.

—Es un placer conoceros a ambas —acertó a decir Abigail, cuya mano estrecharon con entusiasmo.

—Nos hemos tomado el día libre —repuso Mya con una amplia sonrisa; una mujer larguirucha, con el pelo negro con mechas cortado al estilo *pixie*—. Trabajo, hijos, hombres. Hemos hecho una elaborada comida de chicas y ahora nos disponemos a ir de compras.

—Se nos ha ocurrido que a lo mejor te gustaría acompañarnos —adujo Sybill.

—¿Acompañaros? —Desconcertada, aturdida, Abigail trató de seguirles el ritmo.

—De compras —repitió Mya—. Después iremos a tomarnos unos margaritas bien fríos.

El cachorro se puso a dar saltos, a rodar por el suelo y a mordisquear a Bert, que estaba sentado, agitado, con la mirada puesta en Abigail.

—*Ami. Jouer.*

Bert se agazapó al instante, con la cabeza gacha, levantando y meneando la cola, y acto seguido empujó a Platón para hacerle dar una torpe voltereta.

—¡Ay, qué ricura! —declaró Sunny.

—No le hará daño al cachorro.

—Cielo, eso ya lo veo. Ese grandullón es tan manso como un corderito, y bien sabe Dios que a Platón no le vendrá nada mal corretear un poco. Se ha pasado toda la tarde dentro del coche o sujeto con la correa. ¿Conoces ya a mis dos chicas?

—Sí.

—Estamos intentando convencerla para que deje la pala y nos acompañe a ir de compras y a tomar margaritas. —Sybill le brindó a Abigail una cálida sonrisa, que dejó a la vista unos hoyuelos.

—Gracias por pedírmelo. —Abigail percibió la tirantez en su voz al compararla con el desenfado que transmitían las de ellas—. Pero tengo que terminar de plantar. He empezado a hacerlo más tarde de lo que tenía pensado.

—Bueno, pues está precioso. —Sybill se aproximó para verlo mejor—. Yo no he heredado la mano que tienen mis padres para la jardinería, así que me da envidia.

—Ha sido muy amable por vuestra parte pasaros por aquí para invitarme.

—Así es —convino Mya—, aunque Syb y yo queríamos sobre todo echarte un vistazo más de cerca y ver a la mujer que le tiene sorbido el seso a Brooks.

—Ah.

—No eres la clase de mujer que imaginaba que iba a pescarle.

—Ah —fue lo único que se le ocurrió decir a una aturdida Abigail, otra vez.

—Cualquier cosa que se le pasa por la cabeza a Mya —comenzó Sunny rodeando a su hija con el brazo—, lo suelta a bocajarro.

—Puedo ser discreta y diplomática, pero no es algo natural para mí. En fin, lo decía como un cumplido, como algo bueno.

—¿Gracias?

Mya rió.

—De nada. En el pasado Brooks solía fijarse en el físico sin que le importase demasiado que la chica tuviera la cabeza hueca. Pero bueno, aquí estás tú, guapa y natural, lo bastante fuerte y lista para vivir sola, lo bastante inteligente para plantar un jardín bien diseñado…, yo sí tengo mano para la jardinería…, y además, por lo que me han contado, tienes tu propio negocio. Y viendo el enorme pistolón que llevas sujeto a la cadera, supongo que sabes cuidarte solita.

—Sí, así es.

—¿Alguna vez le has disparado a alguien?

—Mya. No le hagas caso, Abigail —le dijo Sybill—. Es la mayor y tiene la boca tan grande como un buzón de correos. ¿Estás segura de que no te apetece acompañarnos?

—Tengo que terminar el jardín, de verdad, pero gracias.

—Vamos a hacer una barbacoa el domingo por la tarde —anunció Sunny—. Brooks te traerá.

—Oh, gracias, pero…

—Nada sofisticado. Solo una barbacoa en el patio trasero. Y tengo algunos lirios amarillos que debo dividir. Te daré algunos. Les encantará ese rinconcito soleado junto al arroyo. Voy a por el cachorro y te veremos el domingo.

—Ya llevas un tiempo viéndote con Brooks —comentó Mya.

—Supongo.

—¿Te has dado cuenta de que tiene la costumbre de machacarte de manera amable hasta que se sale con la suya?

—Sí.

Mya le guiñó un ojo y esbozó una amplia sonrisa.

—Le sale de forma natural. Hasta el domingo.

—No te preocupes. —Sybill sorprendió a Abigail al cogerle la mano mientras su hermana se alejaba para ayudar a su madre con el cachorro—. Todo irá bien. ¿Tu perro sabe comportarse bien en presencia de niños?

—No le haría daño a nadie.

A menos que yo se lo ordene, pensó.

—Pues tráetelo. Te sentirás más a gusto teniendo al perro contigo. Somos gente muy agradable y dispuesta a que nos guste cualquiera que haga feliz a Brooks. Estarás bien —le dijo, y le dio un apretoncito en la mano antes de soltarla y volver al coche.

Hubo un sinfín de risas y parloteo, muchas despedidas con la mano y pitidos de claxon. Estupefacta, Abigail se quedó inmóvil con su perro al lado, que estaba como loco de contento, y levantó una mano de forma educada cuando las mujeres de la familia O'Hara-Gleason se marcharon.

Era como ser atropellada por una apisonadora hecha de flores, pensó. En realidad no dolía, sino que todo era precioso y fragante. Aunque te habían atropellado de todas formas.

No iba a ir, desde luego. Sería imposible en muchísimos sentidos. Tal vez escribiera una cordial nota de disculpa a la madre de Brooks.

Volvió a ponerse los guantes de jardinería, pues deseaba terminar el macizo; además, había dado como excusa el terminarlo, de modo que debía hacerlo.

Nunca nadie le había pedido que fuera de compras y a tomar margaritas, y mientras cavaba se preguntó cómo sería. Sabía que la gente compraba incluso cuando no necesitaba nada. Ella no le veía el atractivo, aunque sabía que otros sí.

Pensó en aquel día, hacía tanto tiempo, en el centro comercial con Julie. Qué divertido había sido, qué excitante y liberador había resultado probarse ropa y zapatos con una amiga.

Claro que no habían sido amigas. No amigas de verdad. Todo el interludio se había basado en el azar, las circunstancias y la necesidad mutua.

Y aquel interludio había desencadenado el desastre y la tragedia.

Aplicando la lógica era consciente de que la inofensiva rebelión de comprar ropa y zapatos no había sido la causa de la tragedia. Ni siquiera su propia imprudencia y estupidez de falsificar los carnets ni acceder a ir al club habían originado los hechos que tuvieron lugar a posteriori.

La responsabilidad era de los Volkov y de Yakov Korotkii.

Y sin embargo ¿cómo no iba a relacionarlo, cómo no iba a sentir el peso de la culpa aun después de que hubiera pasado tanto tiempo? La discusión con su madre había puesto en marcha la reacción en cadena que había concluido con la explosión en la casa franca. Si no era responsable absoluta, había sido uno de los eslabones de esa cadena.

Y aun así, mientras plantaba se preguntó cómo era estar en un coche lleno de mujeres que reían, comprar cosas innecesarias, beber margaritas y cotillear.

Y cuestionarse eso restó cierto brillo al placer de los sonidos y olores de su soledad.

Lo plantó todo, añadió más y trabajó toda la tarde hasta que empezó a anochecer, cargando sacos de mantillo hasta el macizo. Sucia, sudorosa y satisfecha, instaló los aspersores justo cuando la alarma pitó de nuevo.

Esa vez vio a Brooks dirigiéndose hacia la casa.

Se percató de que casi había perdido la noción del tiempo. Su intención había sido entrar y poner la lasaña a calentar en el horno antes de que él llegara. Y sin duda esperaba haber limpiado al menos un poco.

—Vaya, fíjate. —Brooks se apeó del coche, con un ramo de lirios morados en la mano—. Ahora estas parecen un poco insignificantes.

—Son preciosas. Es la segunda vez que me regalas flores. Eres el único que lo ha hecho.

Para sus adentros, Brooks prometió hacer ese tipo de regalos a menudo. Le entregó el ramo y sacó un hueso para Bert.

—No me he olvidado de ti, grandullón. Plantar ese macizo ha

debido de llevarte medio día.

—No tanto, pero sí me ha llevado su tiempo. Quiero mariposas.

—Vas a tenerlas. Es precioso, Abigail. Y tú también.

—Estoy sucia —le dijo retrocediendo cuando él se inclinó para besarla.

—No me importa lo más mínimo. Sabes que te habría echado una mano. Se me da bien.

—Me puse a ello y me enredé.

—¿Qué te parece si sirvo una copa de vino para los dos? Podemos sentarnos aquí fuera y admirar tu obra.

—Necesito darme una ducha y poner a calentar la lasaña.

—Anda, ve a ducharte. Yo puedo preparar la cena y servir la bebida. Por lo que veo, hoy tú has trabajado más que yo. Trae. —Le cogió el ramo—. Las pondré en agua. ¿Qué? —dijo al ver que ella se le quedaba mirando.

—Nada. Yo… No tardaré.

Brooks concluyó que Abigail no sabía bien qué hacer cuando alguien le ofrecía la más mínima ayuda. Pero la había aceptado, pensó mientras entraba y llenaba el jarrón de agua. Y sin protestar ni poner excusas. Aquello era un paso adelante.

Dejó las flores en la encimera. Supuso que ella se preocuparía del arreglo más tarde y seguramente cuando él no estuviera. A continuación encendió el horno, lo puso a temperatura baja y metió la lasaña.

Llevó el vino y dos copas al porche principal y, después de servirlo, cogió su copa y se apoyó en el poste para estudiar las flores.

Tenía suficientes conocimientos del cultivo de plantas como para estar seguro de que el trabajo le había llevado horas. Sabía lo bastante sobre jardinería artística como para estar seguro de que tenía un don para el color, la textura y la fluidez.

Y sabía lo bastante sobre la gente como para estar seguro de que plantarlo era otra señal de propiedad, de establecerse en un lugar. Su casa, hecha a su manera.

Una buena señal.

Se volvió hacia Abigail cuando esta salió. El cabello mojado se le rizaba un poco en torno a la cara y olía a fresco, como la primavera.

—Es mi primera primavera desde que volví a los Ozarks —le dijo cogiendo la otra copa y ofreciéndosela a ella—. Veo todo cobrar vida otra vez. Las montañas reverdecen, la eclosión de flores silvestres, los ríos que discurren en medio de todo esto. La luz, las sombras, el sol sobre los campos de cultivo recién sembrados. Todo se renueva para otra estación. Y sé que no hay otro sitio en el que desearía estar. Este vuelve a ser mi hogar, para el resto de mi vida.

—Yo me siento igual. Es la primera vez que me pasa algo así. Y me gusta.

—Me alegro. Te miro a ti, Abigail, oliendo a primavera, con tus plantas en plena floración, los ojos tan serios, tan increíblemente hermosa, y siento lo mismo. No existe otro lugar. No existe nadie más.

—No sé qué hacer con lo que me haces sentir. Y me da miedo pensar cómo será mi vida si esto cambia y no vuelvo a experimentar la misma sensación.

—¿Cómo te hago sentir?

—Feliz. Muy feliz. Y aterrorizada y confusa.

—Nos concentraremos en la felicidad hasta que te sientas cómoda y segura.

Abigail dejó la copa, fue hacia él y le abrazó.

—Puede que jamás lo haga.

—Has salido fuera sin tu arma.

—Tú llevas las tuyas.

Brooks sonrió contra su cabello.

—Algo es algo. Eso es confianza, y es un buen comienzo.

Ella no lo sabía, no podía analizar nada con todos esos sentimientos.

—Podemos sentarnos en los escalones y tú puedes contarme qué ha pasado esta mañana.

—Podemos hacerlo. —Brooks le alzó la cara y la besó con suavidad—. Porque me siento bien al respecto.

19

Él le puso al corriente mientras las sombras se extendían y su nuevo jardín absorbía el suave rocío de los aspersores.

Siempre le había resultado fascinante la ley, los pros y los contras del proceso, la falta de lógica —y, en su opinión, a menudo la parcialidad— que el factor humano infundía en las reglas, códigos y procedimientos. La justicia era muy clara para ella, pero la ley que la impartía, que la ejecutaba, era turbia y escurridiza.

—No entiendo que haya que soltarlos solo porque tengan dinero.

—Son inocentes hasta que se demuestre lo contrario.

—Pero son culpables —insistió— y hay pruebas. Reservaron la habitación y causaron los destrozos. Justin Blake agredió a tu amigo delante de testigos.

—Tiene derecho a un juicio.

Ella meneó la cabeza.

—Pero ahora están libres para utilizar el dinero o la intimidación contra esos testigos y los demás implicados o para huir o propiciar aplazamientos. Tus amigos han sufrido una pérdida y las personas responsables están libres para continuar con sus vidas y sus asuntos. El sistema legal es muy imperfecto.

—Puede que así sea, pero sin él reinaría el caos.

Por su experiencia, el caos venía con él.

—Las consecuencias, el castigo y la justicia deberían ser rápidos y constantes, sin que nadie pudiera librarse gracias al dinero, a avispados abogados y a sentencias carentes de lógica.

—Imagino que la mayoría de delincuentes piensan eso cuando les echan el guante.

Abigail le miró con el ceño fruncido.

—Arrestas a gente que infringe la ley. Sabes que han violado la

ley cuando lo haces. Deberías sentirte frustrado, incluso furioso, al reconocer que uno de ellos encuentra una forma de librarse gracias a una laguna legal o que debido a un fallo humano no es castigado por su delito.

—Prefiero que un hombre culpable quede libre a que caiga un inocente. A veces hay razones para infringir la ley. No hablo de los tres gilipollas que tenemos aquí, sino en términos generales. —Obviamente relajado, Brooks estiró las piernas y acarició a Bert con el pie—. No siempre es blanco o negro, correcto o incorrecto. Si no tienes en cuenta todos los matices y las circunstancias no has hecho justicia.

—Tú lo crees así. —Los músculos de su abdomen se retorcieron, se contrajeron—. Crees que pueden existir motivos para infringir la ley.

—Claro que los hay. Defensa propia, defensa de otros. O a veces algo tan simple como correr con el coche. ¿Su mujer está de parto? No pienso citarle por exceder el límite de velocidad de camino al hospital.

—Tendrías en cuenta las circunstancias.

—Claro. En la época en la que patrullaba nos avisaron de una agresión. El tipo en cuestión entró en un bar y le dio una paliza a su tío. Le llamaremos tío Harry. Bueno, tuvimos que detener al agresor, pero resulta que el tío Harry había estado molestando a la hija de doce años del atacante. Sí, debería haberse limitado a llamar a la poli y a Servicios Sociales, pero ¿hizo mal al romperle la cara a ese desgraciado? Yo no lo creo. Tienes que considerar todo el conjunto, sopesar las circunstancias. Eso es lo que se supone que tienen que hacer los tribunales.

—Perspectiva —murmuró Abigail.

—Sí. Perspectiva. —Le acarició el brazo con un dedo—. ¿Has infringido la ley, Abigail?

Sabía que era una puerta que Brooks la invitaba a cruzar. Pero ¿y si se cerraba a su espalda?

—Jamás me han puesto una multa por exceso de velocidad, pero he superado el límite permitido. Voy a ver cómo va la lasaña.

Cuando Brooks llegó unos minutos después, ella estaba de pie junto a la encimera, cortando unos tomates.

—He cogido algunos tomates y un poco de albahaca del invernadero.

—Has estado ocupada.

—Me gusta estar ocupada. He terminado un proyecto un poco antes de lo que pensaba, así que me he premiado trabajando en el jardín. Y he tenido visita.

—¿De veras?

—Tu madre y tus hermanas.

Brooks estuvo a punto de llenarle la copa hasta el borde.

—¿Me lo repites?

—Han pasado por aquí. Habían tenido lo que tu madre ha denominado una comida de chicas e iban a ir de compras y a tomar margaritas helados. Me han invitado a acompañarlas.

—Ajá.

—Mya me ha explicado que básicamente han venido a examinarme. Me ha gustado su sinceridad, aunque en ese momento me ha resultado un poco desconcertante.

Brooks emitió un sonido que bien podría haber sido una carcajada.

—Puede serlo.

—Platón estaba con ellas. Bert se lo ha pasado bien jugando con él.

—Seguro que sí.

—Se ríen mucho.

—¿Bert y Platón?

—No. —Aquello le hizo reír—. Tu madre y tus hermanas. Parecen muy alegres. Parecen amigas además de parientes.

—Yo diría que lo son. Lo somos.

—Tu otra hermana, Sybill, es de carácter dulce y amable. Tú tienes rasgos de las dos. Además os parecéis mucho físicamente, sobre todo Mya y tú.

—¿Te ha contado Mya historias embarazosas sobre mí?

—No, aunque me habrían interesado. Sospecho que sentía más curiosidad por mí. Me ha dicho que en lo referente a mujeres, a relaciones… —Abigail hizo una pequeña pausa mientras añadía los trozos de mozzarella a los tomates—. Que en el pasado solías fijarte en el físico sin que te importase demasiado que la chica tuviera la

cabeza hueca.

Brooks la observó mientras hablaba, mientras perfeccionaba el diseño del plato.

—Apuesto a que eso es textual.

—Parafrasear puede comunicar un tono diferente e incluso un significado distinto.

—No te lo discuto.

—¿Es verdad?

Brooks lo consideró, encogiéndose de hombros.

—Supongo que sí, ahora que lo pienso.

—Creo que es halagador.

Y además reflejaba la novedad a la que ella se enfrentó esa mañana. Una situación agotadora.

—Lo que me sorprende es que superándote tres a uno, aceptaran un no por respuesta.

—Estaba metida de lleno en el jardín. —Cogió la copa de vino y tomó un sorbo—. Sin embargo tu madre me ha invitado a una improvisada barbacoa este domingo.

Brooks rió y alzó la copa en un brindis.

—¿Lo ves? No han aceptado un no por respuesta.

Abigail no lo había considerado, pero en ese momento comprendió que él tenía razón.

—Parece que tu madre ha hecho caso omiso de mi razonable excusa para declinar la invitación. He pensado que lo mejor sería escribirle una educada nota de disculpa.

—¿Por qué? Mi madre prepara una ensalada de patatas impresionante.

—El domingo tengo programado trabajar en el jardín y realizar las tareas de la casa.

—Gallina.

—No me cabe duda de que tu madre prepara una gallina deliciosa, pero…

—No. Digo que eres una gallina. —Imitó un cacareo que hizo que ella frunciera aún más el ceño y se avivara su mal genio.

—No hay necesidad de ser grosero.

—A veces la sinceridad es grosera. Mira, no hay razón para que te pongas nerviosa por salir al patio y comer ensalada de patata. Te

divertirás.

—No, no me divertiré porque habré descuidado mi agenda. Y no sé comportarme en una barbacoa. No sé mantener una conversación con toda esa gente que no conozco, o que apenas conozco, ni cómo satisfacer la curiosidad de la que imagino seré objeto porque tú y yo hemos estado practicando sexo.

—Esos son muchos «no sé» —concluyó Brooks—, pero puedo ayudarte con todos ellos. Puedo echarte una mano con el jardín y las tareas del hogar con antelación. Mantener una conversación se te da bien, pero me pegaré a ti hasta que te sientas cómoda. Y puede que tengan curiosidad, pero están más que dispuestos a que les caigas bien porque a mí me gustas y a mi madre también. Además, te prometo una cosa.

Brooks guardó silencio y esperó hasta que ella le miró.

—¿Qué cosa?

—Prueba durante una hora y, si no lo pasas bien, me inventaré una excusa. Les diré que he recibido un aviso y nos iremos.

—¿Mentirías a tu familia?

—Sí, lo haría. Ellos sabrán que les miento y lo comprenderán.

Ahí estaba, pensó, una de las complicaciones implícitas en los deberes sociales y las relaciones interpersonales.

—Creo que lo mejor es evitar todo eso y enviar una nota de disculpa.

—Pues vendrá a por ti.

Aquello hizo que Abigail dejara de cortar los alimentos.

—Eso es mentira.

—Te lo juro por Dios, cielo. Se imaginará que eres demasiado tímida o cabezota. Si piensa que te cohíbes, te tratará como una madre y te llevará hasta allí. Si cree que eres terca, te llevará a empujones.

—No soy ni tímida ni cabezota.

—Eres ambas cosas y también un poco gallina.

De forma deliberada, Abigail dejó el cuchillo sobre la encimera con más fuerza de la necesaria.

—No me parece sensato que me insultes cuando te estoy preparando la comida.

—Y a mí no me parece que ser tímido o cabezota sea un insulto.

Y todo el mundo es un poco gallina, dependiendo de las circunstancias.

—¿Cuáles son las tuyas?

—Estás cambiando de tema, pero lo voy a pasar por alto. Las visitas semestrales al dentista, las arañas de jardín y el karaoke.

—El karaoke es divertido.

—No cuando canto yo. De todas formas, confía en mí. Prueba una hora. Una hora no te matará.

—Me lo pensaré.

—Me conformo con eso. Sé que ya te lo dije anoche, pero eso huele de maravilla.

—Con suerte esta noche será más tranquila que la pasada.

Resultó serlo hasta poco después de las dos de la madrugada.

Cuando la alarma sonó, Abigail se levantó de la cama, cogiendo el arma de la mesilla antes de poner los pies en el suelo.

—Tranquila. —La voz de Brooks permaneció absolutamente calmada—. Tranquilízate, Abigail. Tú también —le dijo al perro, que se colocó a los pies de ella con un gruñido.

—Viene alguien.

—Eso ya lo sé. No, no enciendas la luz. Si alguien pretende hacer alguna fechoría, es mejor que piense que no lo sabemos.

—No reconozco el coche —dijo cuando se volvió hacia el monitor.

—Yo sí. ¡Mierda! —Brooks exhaló un suspiro más por agotamiento que por irritación—. Es de Doyle Parsins, así que son Justin Blake y sus colegas Chad Cartwright y el propio Doyle. Deja que me vista. Yo me ocuparé.

—Solo hay dos personas en el coche.

Brooks se puso los pantalones de forma apresurada, agarró la camisa y se la colocó mientras se acercaba de nuevo para mirar el monitor.

—O Chad tiene algo de sesera y se ha quedado en casa o le han dejado para que dé la vuelta por detrás. Como no me parece que sean tan listos, yo diría que Chad ha pasado de la fiesta. —Brooks le puso una mano en el hombro con firmeza—. Esto no es por ti, Abigail. Relájate.

—No puedo relajarme cuando alguien se cuela en mi propiedad

a las dos de la madrugada. No es razonable que esperes que esté tranquila.

—Tienes razón. —La asió de los brazos con suavidad y se los acarició—. Solo digo que quieren fastidiarme a mí. No a ti. Lo más seguro es que se acerquen a hurtadillas…, mira ahí, están aparcando a cierta distancia de la casa. Tienen pensado rajarme los neumáticos y puede que pintar alguna obscenidad en el coche. Quieren que me lleve una desagradable sorpresa por la mañana. Joder, se lo tienen muy creído.

—Si están bajo la influencia de las drogas, es probable que no sean sensatos.

—La sensatez no es el fuerte de Justin, esté sereno o colocado.

Y al ir allí de esa forma le indicaba a Brooks que estaba yendo a peor, igual que le había pasado a Tybal.

Mientras les observaba se tomó el tiempo de abrocharse la camisa.

—Llama al 911. Ash está en la centralita esta noche. Infórmale de la situación. Yo voy a salir a ocuparme de esto.

Se calzó las botas por si tenía que perseguirlos y se colocó su arma.

—Bert y tú quedaos dentro.

—Ni necesito ni quiero que me protejan de un par de delincuentes.

—Abigail, la placa la llevo yo. —Su tono no consentía la más mínima discusión—. Y es a mí a quien han venido a joder. No tiene sentido que se cabreen contigo. Haz la llamada y espérame.

Fue abajo guiándose gracias al resplandor de los focos de seguridad exteriores y se tomó su tiempo. El arresto sería más limpio, más contundente, si les pillaba haciendo algo, o a punto de hacerlo, en vez de acercarse con sigilo y acallar las risitas de un par de chicos borrachos y/o colocados.

Abigail iba a tener su perspectiva de la justicia, pensó, ya que ese par iba a pasar en la cárcel el tiempo que restaba hasta el día del juicio.

Los vio a través de la ventana, y tal y como había previsto, se agacharon junto a su coche patrulla. Justin abrió una bolsa y le lanzó un bote de pintura a Doyle.

Dejó que empezaran. Habría que volver a pintar el coche patrulla, pero la prueba sería irrefutable.

Luego fue hasta la puerta principal, abrió las cerraduras y salió fuera.

—¿Os habéis perdido, chicos? —dijo alzando la voz. Doyle soltó el bote y se cayó de culo—. Eh, par de lelos, siento interrumpir vuestra excursión, pero creo que estáis allanando una propiedad privada. Añadiremos vandalismo a eso, y viendo que acabáis de dañar un coche que pertenece a la policía, es un cargo grave contra vosotros. Y seguro que voy a encontrar sustancias prohibidas y/o alcohol en vuestra posesión y en vuestra sangre. Resumiendo, chicos; estáis bien jodidos. —Brooks meneó la cabeza cuando Doyle trató de ponerse en pie—. Si huyes, Doyle, añadiré fuga y resistencia a la detención. Sé dónde vives, imbécil, así que estate quietecito. Justin, te conviene enseñarme las manos.

—¿Quieres verme las manos? —Justin clavó una navaja en la rueda trasera y luego se levantó—. Voy a rajarte la otra, gilipollas.

—A ver si lo tengo claro. Tienes una navaja. Yo tengo una pistola. ¿Lo ves? —Brooks la sacó como si tal cosa—. ¿Y yo soy el gilipollas? Justin, eres tonto del culo. Y ahora tira la navaja y echa un vistazo a tu amigo, que es un poquito más listo que tú. ¿Ves que está bocabajo, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza? Pues hazlo tú también.

Bajo los focos de seguridad, Brooks reparó en que Justin tenía las pupilas del tamaño de pelotas de ping-pong.

—No vas a dispararme. No tienes huevos.

—Yo creo que sí tiene. —Con su Glock favorita en la mano, Abigail salió desde un lateral de la casa—. Pero si él no se atreve, lo haré yo.

—¿Ahora te escondes tras las faldas de una mujer, Gleason?

Brooks se movió un poco. No solo para cubrir a Abigail en caso de que Justin fuera tan tonto como para atacarlos con la navaja, sino también porque no estaba seguro de que ella no fuera a disparar al muy imbécil.

—¿Te parece que me escondo?

—Me gustaría dispararle —declaró Abigail en tono familiar—. Se ha colado en mi propiedad y está armado, así que creo que estoy

en mi derecho. Podría herirlo en la pierna. Disparo muy bien, ya lo sabes.

—Abigail. —Dividido entre la diversión y la preocupación, Brooks avanzó un paso—. Tira esa navaja ya, Justin, antes de que la cosa se ponga fea.

—No vas a meterme en la cárcel.

—¿Cuántas veces vas a equivocarte esta noche? —preguntó Brooks.

Justin atacó.

—¡No le dispares, por Dios! —le gritó a Abigail.

Con el brazo izquierdo bloqueó la mano con la que el chico sujetaba la navaja y enseguida movió el codo derecho hacia arriba y golpeó a Justin en la nariz. Escuchó el gratificante crujido un instante antes de que empezara a manar sangre. Cuando el arma cayó al suelo, agarró a Justin del cuello de la camiseta y le empujó para que se hincara de rodillas.

Agotada ya su paciencia, Brooks tumbó a Justin bocabajo y le puso el pie en la nuca.

—Abigail, hazme un favor y ve a por mis esposas, ¿quieres?

—Las tengo.

Brooks enarcó las cejas cuando ella las sacó de su bolsillo trasero.

—Estás en todo. Lánzamelas.

Las cogió al vuelo y se arrodilló para sujetarle los brazos a la espalda a Justin.

—Doyle, sigue quietecito o la señorita Lowery podría pegarte un tiro en la pierna.

—Sí, señor. Le juro que no sabía que iba a hacer eso. Solo queríamos fastidiarle con el coche patrulla. Lo juro por Dios.

—Mantente calladito, Doyle, eres demasiado estúpido para hablar. —Brooks levantó la vista al oír la sirena—. Joder, ¿qué hace viniendo con la sirena puesta?

—Vi la navaja cuando le estaba informando de la situación. Tu ayudante se preocupó mucho.

—De acuerdo. Joder. Justin, acabas de atacar a un policía con una navaja. Eso es agresión con arma blanca a un agente policial. El fiscal podría incluso llevarlo a intento de asesinato cuando

añadamos las provocaciones. Estás acabado, chico, y no tenía por qué haber terminado así. Estás detenido por entrar sin autorización en una propiedad privada, vandalismo, hacer pintadas en un coche de la policía y agresión con arma blanca a un miembro del cuerpo policial. Tienes derecho a guardar silencio.

—Me has roto la puta nariz. Te mataré por esto.

—Hazte un favor y ejerce tu derecho a permanecer callado. —Terminó de leerle sus derechos mientras veía las luces del coche patrulla de Ash iluminar la carretera—. ¿Doyle? ¿Dónde está Chad Cartwright?

—No ha querido venir. Ha dicho que ya tenía bastantes problemas y que su padre le daría una patada en el culo si se metía en más líos.

—Una chispa de cordura.

Brooks se puso en pie cuando Ash salió como un rayo del coche.

—¡Jefe! ¿Estás bien? ¡Joder! Estás sangrando.

—¿Qué? ¿De dónde? ¡Mierda! —Brooks bajó la vista y masculló con asco—: Es la sangre de la nariz de Justin. Joder, me encantaba esta camisa.

—Deberías meterla en agua fría con sal.

Brooks y su ayudante miraron hacia donde estaba Abigail, con el perro en posición de alerta a su lado.

—Señorita —dijo Ash.

Las sirenas sonaron de nuevo.

—¿Qué coño pasa, Ash?

—Será Boyd. Cuando la señorita Lowery informó de que había visto una navaja y que solo veía a dos intrusos cuando se supone que esta panda son tres, se me ocurrió que debía llamar a Boyd como refuerzo. ¿Estás seguro de que no te ha herido?

—Sí, estoy seguro. Ha sido lo bastante tonto como para intentarlo, así que está acusado de agresión a un agente de policía. Supongo que Boyd y tú podéis llevaros a los dos a una celda. Yo iré en breve.

—De acuerdo, jefe. Siento las molestias, señorita Lowery.

—Usted no ha sido el responsable, ayudante Hyderman.

Brooks se acercó a ella.

—¿Por qué no os vais tú y Bert adentro? Yo iré en un par de

minutos.

—Sí.

Le hizo una señal al perro y regresaron por donde habían salido.

En la cocina recompensó a Bert con una de sus galletas favoritas y luego preparó café. Pensó un instante, abrió un envase con galletas para humanos, y las dispuso en un plato.

De algún modo le parecía lo indicado. Se sentó a la mesa y contempló a Brooks y a los demás en el monitor. El chico al que había llamado Doyle lloraba un poco, pero descubrió que no le tenía la más mínima compasión. Justin siguió mostrándose hosco, gruñendo como un perro rabioso; en su opinión, tenía una expresión de desprecio en los ojos, que sin duda en breve tendría hinchados y amoratados a causa de la fractura de la nariz.

Una vez los detenidos estuvieron en el asiento de atrás del coche patrulla del primer ayudante, Brooks habló unos instantes más con sus hombres y después les dijo algo que les hizo reír.

Dedujo que lo había hecho para romper la tensión. Sí, aquello era señal de un buen líder. Se disponía a levantarse para ir a abrir la puerta principal, cuando vio que Brooks se encaminaba hacia la parte posterior de la casa igual que había hecho ella. De modo que fue a por el café y le sirvió una taza, añadiendo la cantidad de azúcar que a él le gustaba.

Él entró y vio el plato.

—¿Galletas?

—Se me ha ocurrido que querrías comer algo.

—No me vendrá mal. Tengo que ir a comisaría para ocuparme de esto.

—Sí, claro.

Cogió el café y una galleta.

—No tengo que preguntar si estás bien. Firme como una roca en todo momento.

—Es un chico estúpido y violento, pero nunca hemos corrido auténtico peligro. Podría haberte herido, lo que habría sido angustioso. ¿Tenía razón?

—¿Quién y sobre qué?

—Justin Blake, cuando te ha dicho que no ibas a dispararle.

Brooks mordió la galleta y se recostó con aquel aire

despreocupado típico de él.

—En gran parte. Si hubiera tenido que hacerlo, lo habría hecho, pero no ha sido necesario. Mucho mejor así. ¿Le habrías disparado tú?

—Sí —respondió sin vacilar—. Me había preguntado si podría o lo haría, ya que es joven y estúpido, pero sí. Si te hubiera herido habría efectuado un disparo. Aunque tienes excelentes reflejos y él ha revelado su intención y ha sido lento por culpa de las drogas o el alcohol, supongo. No tenías miedo.

—Al principio hiciste que tuviera un poco. Te había dicho que te quedaras dentro.

—Y yo te había dicho que no necesitaba ni quería que me protegieran. Es mi propiedad y estaba armada.

—Como siempre. —Mordió de nuevo la galleta.

—Además, aunque no aparecía nada en el monitor, quería estar segura de que no había un tercero que pudiera rodearte.

—Te lo agradezco.

—Deberías poner la camisa en remojo antes de que la mancha se fije.

—Tengo otra limpia en la comisaría. Abigail, necesitaré que hagas una declaración. Puedes venir a comisaría o puedo enviar a uno de mis hombres para que te la tomen aquí.

—Oh. Sí, desde luego. Dadas las circunstancias, tú no puedes tomármela.

—No.

—Creo que es mejor ir a comisaría. Puedo hacerlo ahora.

—Mañana está bien.

—Si voy ahora, ya estará hecho. Preferiría acabar ya. Me cambiaré y me acercaré ahora.

—Puedo esperarte.

—No pasa nada. Deberías marcharte ya y hacer lo que tienes que hacer.

—Sí. Viendo cómo manejas esto me hace pensar que no es la primera vez que te enfrentas a una situación problemática. Espero que confíes en mí lo suficiente como para hablarme de ello algún día, pronto.

Abigail le rodeó la muñeca con los dedos, pues deseaba aquel

vínculo.

—Si pudiera contárselo a alguien, sería a ti.

—Vale, bien. —Dejó el café, le tomó el rostro entre las manos y la besó—. Gracias por el apoyo. Y por la galleta.

—No hay de qué.

***

Abigail entró en la comisaría treinta minutos después que Brooks. El ayudante de mayor edad —Boyd Fitzwater, recordó que se llamaba— se levantó de inmediato y rodeó su mesa para saludarla.

—Señorita Lowery, le agradecemos mucho que haya venido dadas las circunstancias. El jefe está en su despacho, hablando con el fiscal. Voy a tomarle declaración.

—De acuerdo.

—¿Le apetece un café o algo frío?

—No, gracias.

—Podemos sentarnos aquí mismo. Nadie nos molestará. Ash está dentro con el paramédico que hemos llamado para que atienda la nariz rota del hijo de Blake. —Sonrió mientras lo decía—. La tiene bien fracturada.

—Estoy segura de que una nariz rota es preferible a un balazo. Creo que el jefe Gleason habría tenido justificación para disparar su arma cuando Justin le atacó con la navaja.

—No se lo discuto. Pero podríamos empezar por el principio. Voy a grabarlo para que todo esté claro. También tomaré notas. ¿Le parece bien?

—Por supuesto.

—De acuerdo, entonces. —Boyd encendió la grabadora, recitó la fecha, la hora, los nombres de los implicados—. Señorita Lowery, ¿por qué no me cuenta lo que ha sucedido esta noche?

—A las dos de la madrugada, la alarma del perímetro señaló una brecha de seguridad. —Habló con claridad, con precisión—. Tal y como el jefe Gleason había indicado, Justin Blake suele ir con dos individuos. Quería cerciorarme de que no había un tercer hombre que pudiera rodear la casa. Mis alarmas no registraban nada, pero

pensé que era mejor asegurarme. Después de hablar por teléfono con el ayudante Hyderman, cogí a mi perro y salí por la parte posterior de la vivienda. Mi perro no evidenció signo alguno de haber detectado a alguien en esa área, de modo que rodeé la casa hasta la parte delantera, donde vi al jefe Gleason y a los dos intrusos. Uno, identificado como Doyle Parsins, ya estaba en el suelo, y Justin Blake continuaba en cuclillas junto a la rueda izquierda trasera del coche patrulla del jefe de la policía.

—¿Oyó hablar a alguien?

—Oh, sí, con mucha claridad. Era una noche tranquila. El jefe Gleason le dijo a Justin: «Te conviene enseñarme las manos». Debo añadir que en ese momento el arma del jefe Gleason estaba dentro de su pistolera. Justin le respondió: «¿Quieres verme las manos?», y clavó la navaja que sujetaba en la mano derecha en el neumático izquierdo de atrás.

Continuó, dándole a Boyd una declaración textual. Boyd la interrumpió una o dos veces para aclarar las cosas.

—Es una declaración muy minuciosa.

—Tengo memoria eidética; lo que podría llamarse memoria fotográfica —agregó, aunque siempre le molestaba explicarlo con tal inexactitud.

—Resulta muy útil, señorita Lowery.

—Eso espero. Habría matado a Brooks de haber podido.

Si bien se disponía a apagar la grabadora, Boyd alzó la mano y se sentó de nuevo.

—¿Cómo dice?

—Justin Blake. Habría apuñalado al jefe Gleason y le habría matado si hubiera tenido la oportunidad. Su intención estaba muy clara, al igual que su ira y, según creo, su miedo. Es lo único que sabe hacer, ¿entiende? Solo sabe hacer daño o eliminar aquello que se interpone en su camino, lo que interfiere. Hay gente que cree que sus deseos están por encima de todo y de todos.

Había visto matar, pensó. El chico le recordaba al frío y mecánico Korotkii. Carecía de su eficacia y su templanza. Pero le había hecho pensar en Ilya, en la cólera que había visto en su rostro cuando maldijo y le dio una patada a su primo muerto.

—Tal vez no haya asesinado ni infligido un grave daño físico

antes de esta noche. Creo que de haberlo hecho no habría sido tan inepto en su intentona. Pero si no hubiera sido esto, esta noche, habría sido otra persona, otra noche, alguien sin los recursos, los reflejos y la compostura del jefe Gleason. Habría habido más que limpiar que una nariz rota.

—Sí, señorita.

—Lo siento. Ha sido angustioso. Más de lo que creía. Mi opinión es irrelevante. Si no necesita nada más, me gustaría irme a casa.

—Puedo hacer que alguien la lleve.

—No, estoy bien para conducir. Gracias, ayudante, ha sido muy amable.

Se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo cuando Brooks la llamó. Fue hasta ella y le puso la mano en el brazo.

—Será un minuto —le dijo a Boyd, luego la acompañó fuera.

—¿Estás bien?

—Sí. Ya te lo he dicho.

—Y tú acabas de comentarle a Boyd que ha sido más angustioso de lo que creías.

—Lo ha sido, pero eso no significa que no esté bien. Aunque estoy cansada. Creo que me iré a casa y dormiré un poco.

—Bien. Te llamaré o me pasaré más tarde para ver qué tal estás.

—No tienes que preocuparte por mí. No lo necesito. —No lo quería, tanto como no deseaba que Justin Blake le recordara a Ilya Volkov—. ¿Has puesto la camisa en remojo en agua fría con sal?

—La he tirado a la basura. Vería su sangre en ella aunque no estuviera allí. Me importa muy poco esa prenda.

Abigail pensó en un bonito conjunto de chaqueta y camiseta manchado de sangre.

—Lo comprendo. Tú también estás cansado. —Se permitió tocarle la cara—. Espero que puedas dormir un poco.

—No me importaría. Conduce con cuidado, Abigail. —La besó en la frente y luego en los labios antes de rodear el coche para abrirle la puerta—. Tenías razón sobre lo que has dicho ahí dentro. Solo era cuestión de tiempo que sacara una navaja, una pistola o cogiera un bate e infligiera un grave daño a alguien.

—Lo sé.

—Ya no tienes que preocuparte más por él.

—Entonces no lo haré. —Llevada por la emoción, le rodeó con los brazos y le estrechó con fuerza—. Me alegro mucho de que tengas tan buenos reflejos.

Acto seguido se montó en el coche y se marchó.

20

Justo pasadas las tres de aquella tarde, Abigail vio en su monitor que un Mercedes se dirigía hacia su casa. Verlo hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. No reconocía el coche ni al conductor —treinta y tantos o cuarenta y pocos, hombros anchos, cabello corto y negro— ni al pasajero, de unos cincuenta años, pelo gris oscuro y cara ancha.

Tecleó el número de matrícula en su ordenador, recordándose que estaba preparada… para todo. Su rápida búsqueda en los archivos del Departamento de Tráfico arrojó como resultado el nombre de Lincoln Blake, y sus hombros se relajaron.

Una interrupción molesta, aunque no una amenaza.

Cuando Blake se apeó del asiento del pasajero se fijó en que parecía un tipo adinerado. Tuvo la impresión de que esa imagen de ricachón era intencional, con su impecable traje a medida y sus elegantes zapatos. El segundo hombre también iba de traje y llevaba un maletín.

Creyó ver un ligero bulto en la cadera derecha que alteraba la línea de su chaqueta. Llevaba un arma.

Bueno, pensó, ella también.

Consideró no hacer caso cuando llamaran a la puerta. No tenía ninguna obligación de abrir, de hablar con el padre del chico que había intentado matar a Brooks. Pero también contempló el hecho de que un hombre como Blake, a juzgar por todo lo que había escuchado e intuía sobre él, no iba a marcharse sin más. En cualquier caso, sentía cierta curiosidad.

Con Bert a su lado, abrió la puerta principal.

—Señorita Lowery. —Blake le ofreció una amplia sonrisa y la mano—. Perdone la molestia. Soy Lincoln Blake, uno de sus

vecinos.

—En realidad su casa está a varios kilómetros, al otro lado de Bickford. Por lo tanto no vive lo bastante cerca de mi propiedad como para que hable de vecindario.

—Aquí todos somos vecinos —repuso Blake con aire jovial—. Este es mi asistente personal, Mark. Me gustaría disculparme por la involuntaria invasión de su propiedad por parte de mi hijo la noche pasada. ¿Podemos entrar y hablar sobre este asunto?

—No.

Siempre le dejaba perpleja que la gente pareciera sorprenderse e incluso enfadarse cuando hacía una pregunta y obtenía un no por respuesta.

—Bueno, señorita Lowery, he venido hasta aquí para presentarle mis disculpas, pues tengo entendido que mi hijo le causó algunas molestias, y para resolver esto. Ayudaría que pudiéramos estar cómodos mientras lo hablamos.

—Estoy cómoda. Gracias por sus disculpas, señor Blake, aunque difícilmente proceden, ya que fue su hijo quien entró en mi propiedad sin permiso en plena noche y quien intentó apuñalar al jefe Gleason. Creo que la policía ya lo está solucionando, y en realidad no tenemos nada de qué hablar en este momento.

—Bueno, por eso mismo he pasado por aquí. Me desagrada mantener una conversación a través de una puerta.

—A mí me desagrada tener desconocidos en mi casa. Me gustaría que se marcharan. Puede hablar de esto con la policía.

—No he terminado. —La señaló con un dedo—. Tengo entendido que es amiga de Brooks Gleason y que…

—Sí, somos amigos. Si no lo fuéramos no habría estado aquí a las dos de la madrugada, cuando su hijo y su amigote entraron ilegalmente en mi propiedad con la intención de pintar el coche patrulla del jefe Gleason. Sin embargo mi vida privada no cambia los hechos.

—Es un hecho que usted no lleva viviendo aquí demasiado tiempo. No es plenamente consciente de mi posición en esta comunidad ni de la historia que hay detrás.

Se preguntó con toda sinceridad por qué ese hombre creía que nada de aquello era relevante, pero no se molestó en decírselo.

—Soy consciente, y su posición e historia no altera lo sucedido aquí esta madrugada. Es muy perturbador que a una la despierten de esa manera y presenciar cómo su hijo ataca al jefe Gleason con una navaja.

—Es un hecho —replicó Blake golpeándose la palma de la mano con el dedo índice— que era plena noche y por tanto estaba oscuro. No tengo la menor duda de que Brooks Gleason provocó a mi hijo y le amenazó. Justin tan solo se defendía.

—Eso es incorrecto —repuso Abigail con calma—. Mis luces de seguridad estaban encendidas. Tengo una vista excelente y estaba a menos de tres metros durante el intento de agresión. El jefe Gleason le pidió alto y claro a su hijo que le enseñara las manos, y cuando el chico lo hizo fue para rajarle la rueda del coche patrulla primero y para amenazar a Brooks con la navaja después.

—Justin…

—No he terminado de corregir sus errores —puntualizó e hizo que Blake se quedara callado por la sorpresa—. Solo entonces, cuando su hijo le amenazó verbal y gestualmente, Brooks sacó su arma. Y ni aun así su hijo soltó la navaja. En cambio, a pesar de que yo salí con mi propia pistola, su hijo atacó a Brooks con el arma blanca. En mi opinión Brooks habría tenido motivos de sobra para disparar a Justin en aquel momento, pero optó por desarmarle cuerpo a cuerpo, con gran riesgo para su propia seguridad.

—Nadie la conoce por aquí. Es una mujer rara y solitaria, sin pasado ni historia en la comunidad. Cuando declare esos ridículos hechos en el tribunal, si es que atestigua, mis abogados harán pedazos su testimonio y la humillarán.

—No lo creo, pero estoy segura de que sus abogados harán su trabajo. Si eso es todo, me gustaría que se marchara.

—Espere un puto minuto.

Blake dio un paso adelante, y Bert se agitó y gruñó.

—Está molestando a mi perro —adujo Abigail con frialdad—. Y si su asistente intenta usar su arma, soltaré a mi perro. Le aseguro que actuará con mayor rapidez de la que él puede desenfundar su pistola. Y yo también estoy armada, como puede ver. Soy muy buena tiradora. No me gusta que unos extraños vengan a mi casa e intenten intimidarme y amenazarme. Me desagradan los hombres

que crían a jóvenes violentos y furiosos. —Como Sergei Volkov, pensó—. No me gusta usted, señor Blake, y le pido que se marche por última vez.

—He venido aquí para arreglar esto con usted, para disculparme y ofrecerle una compensación por las molestias.

—¿Compensación?

—Diez mil dólares. Una generosa disculpa por un contratiempo, por un malentendido.

—Sin duda lo sería —convino Abigail.

—El dinero es suyo, en efectivo, si acepta que esto ha sido, en efecto, un malentendido.

—¿Me propone que acepte diez mil dólares en efectivo por distorsionar lo que ha sucedido aquí esta madrugada?

—No sea obstinada. Le sugiero que acepte el dinero que mi asistente lleva en el maletín como una disculpa y que simplemente reconozca que lo ocurrido aquí ha sido una equivocación. Además tiene mi palabra de que mi hijo no volverá a poner un pie en su propiedad.

—En primer lugar, su palabra no puede controlar el comportamiento de su hijo. En segundo lugar, es su hijo, no usted, quien debería pedirme perdón por lo de esta madrugada. Y por último, su propuesta constituye un soborno, un intercambio de dinero a cambio de que yo distorsione los hechos. Creo que intentar sobornar a una testigo en una investigación criminal es un delito. La solución más sencilla, y sin duda el mejor desenlace para usted, es que yo le diga que no, gracias. Y adiós.

Retrocedió y cerró la puerta, echando los cerrojos.

El hombre golpeó la puerta con el puño. Aquello no le sorprendió. Su hijo había heredado su mismo temperamento inestable y sus delirios de tener derecho a todo. Con la mano apoyada en la culata de la pistola, fue de nuevo hasta el monitor de la cocina y vio al asistente intentar tranquilizar a su jefe.

No quería llamar a la policía. Más problemas, más interrupciones, más mala educación.

Aquello la había alterado un poco, no tenía nada de vergonzoso reconocerlo. Pero había hecho frente a la intimidación, a las amenazas. Sin pánico, pensó, sin ganas de huir.

No creía en el destino, en que las cosas estuvieran preestablecidas, pero si lo aceptaba de algún modo, en teoría, había estado destinada a vivir aquellas dos experiencias —el recordatorio de Ilya primero y de su padre después— para demostrarse a sí misma que podía hacerles frente.

No volvería a huir. Si creyera en el destino.

—Les daremos dos minutos a partir de ahora para que recobre cierta compostura y se marche. Si no lo hace, saldremos de nuevo.

Pero decidió que esa vez tendría su arma en la mano, no en la pistolera.

Puesto que estaba resuelta, puso el cronómetro de su reloj en marcha y continuó observándole en el monitor.

La presión sanguínea del hombre debía de alcanzar unos niveles peligrosos, pensó, pues tenía la cara enrojecida y los ojos fuera de las órbitas. Podía ver el rápido ascenso y descenso de su generoso pecho mientras le gritaba a su ayudante.

Esperaba no tener que llamar para pedir asistencia médica, además de a las autoridades.

Lo único que deseaba hacer era terminar su trabajo y pasar un rato en el jardín y el huerto. Los problemas de aquel hombre no eran de su incumbencia.

Cuando el cronómetro marcó el minuto y cuarenta y dos segundos, Blake regresó al coche con paso airado. Abigail dejó escapar un pequeño suspiro de alivio cuando el ayudante dio la vuelta y se marchó.

Tantos años, pensó. ¿Acaso no resultaba irónico que fuera una vez más testigo de un delito y una vez más objeto de amenazas e intimidación?

No, no creía en el destino, y sin embargo…, sin duda parecía que el destino hubiera decidido enredar su vida y hacerla volver a su punto de partida.

Era algo en lo que pensar.

Echó un vistazo a su trabajo y suspiró de nuevo.

—Creo que nos vamos a dar un paseo —le dijo a Bert—. Ahora mismo estoy demasiado enfadada para trabajar.

Su ánimo mejoró al aire libre, se serenó cuando caminó entre los árboles, estudió el crecimiento de las flores silvestres y contempló

de nuevo su rincón privado con sus vistas de las montañas. Muy pronto empezaría a buscar el banco adecuado.

Se sentía… feliz, comprendió, cuando recibió un mensaje de texto de Brooks.

> ¿Qué te parece si compro comida china? No cocines. Seguro que estás cansada.

Pensó un poco y le respondió.

> No estoy cansada, pero me gusta la comida china. Gracias.

Instantes después recibió otro mensaje de texto.

> De nada.

Aquello le hizo reír y mejoró su humor un poco. Dado que ya estaba fuera, le dio a Bert una hora para hacer ejercicio y después regresó a casa para trabajar con la mente despejada.

Perdió la noción del tiempo, algo raro en ella, y se preparó para enfadarse de nuevo cuando su alarma pitó otra vez. Si aquel hombre tan desagradable había regresado, no sería tan educada, decidió.

Su humor cambió una vez más cuando vio el coche patrulla de Brooks. Un vistazo al reloj le indicó que había trabajado hasta pasadas las seis.

Nada de jardinería ese día, pensó, y le echó la culpa de tener que prescindir de ese placer al desagradable hombre y a su asistente de expresión pétrea.

Pero apagó el ordenador y fue hasta la puerta, feliz otra vez ante la perspectiva de cenar con Brooks.

Su sonrisa se tornó en preocupación cuando le vio la cara.

—No has dormido.

—He tenido que ocuparme de muchas cosas.

—Pareces muy cansado. Dame, deja que te ayude. Has traído muchísima comida para dos personas.

—Ya sabes lo que dicen de la comida china.

—No es verdad. No tendrás hambre una hora después de comer

como es debido. Veo que has traído *pijin* para acompañar.

—¿De veras?

—Cerveza china —dijo mientras entraba delante de él—. Los aldeanos chinos la elaboraban ya en el año 7000 antes de Cristo.

—No creo que la Zhujiang que he traído sea tan vieja.

—Eso es un chiste. Se utilizaba…, no la marca que has traído…, en rituales. Hasta el siglo XVII no se introdujo en China la cerveza moderna.

—Bueno es saberlo.

—Tu voz también suena cansada. Deberías sentarte y tomarte una cerveza. Yo he dormido otras dos horas y he dedicado otra a dar un paseo. Me siento bien. Yo me ocuparé de la comida.

—Les he dicho que me pusieran de todo. No sabía qué te gustaba.

—No soy quisquillosa. —Abrió los recipientes—. Siento que hayas tenido un día tan complicado. Puedes contármelo si quieres.

—Abogados, discusiones, acusaciones, amenazas. —Abrió una cerveza y se sentó junto a la encimera—. Papeleo, reuniones. No tienes por qué poner todo eso en cuencos. Lo bueno de la comida china es que puedes comer directamente del recipiente.

—Lo cual es apresurado y menos relajante. —Creía que él necesitaba calmarse—. Puedo prepararte un plato si me dices qué te gusta.

—Lo que sea. Yo tampoco soy quisquilloso.

—Deberíamos dar un paseo después de cenar y luego deberías darte un baño caliente e intentar dormir. Pareces muy tenso y raras veces lo estás.

—Supongo que solo estoy cabreado por tener a unos abogados delante de mis narices que pretenden presionar e intimidarnos a mis ayudantes y a mí.

—Sí, es un hombre realmente insufrible. —Cogió arroz del envase, le puso encima cerdo agridulce y añadió un buñuelo, fideos y algunas gambas rebozadas—. He tenido que dar un paseo para librarme del mal humor después de que él se marchara hace varias horas.

—¿Se marchara? ¿Blake ha venido aquí?

—Esta tarde, con su asistente. Presumiblemente para disculparse

porque su hijo se colara sin permiso de forma involuntaria en mi propiedad. Pero eso no era más que una treta, y no demasiado bien disfrazada. Se molestó cuando no le dejé pasar para hablar del asunto.

—No me cabe duda. No le gusta que le rechacen. Menos mal que no le has abierto la puerta.

—Sí que lo he hecho, pero no le he invitado a entrar. —Probó la cerveza directamente de la botella, como Brooks—. ¿Eres consciente de que su asistente lleva pistola?

—Sí. ¿Me estás diciendo que te sacó un arma?

—Oh, no. No, no te alteres. —Su intención había sido que se relajara y había conseguido lo contrario—. Por supuesto que no. Tan solo me fijé en la caída de su chaqueta y después en su lenguaje corporal cuando Bert empezó a gruñir.

Brooks tomó un buen trago de cerveza.

—¿Por qué no me cuentas lo que ha dicho y hecho?

—Estás alterado —murmuró—. No tendría que haberlo mencionado.

—Sí que tenías que hacerlo.

—En realidad no era nada importante. Me ha dicho que venía a disculparse, y se ha indignado cuando me he negado a invitarle a entrar. Ha calificado lo sucedido de malentendido y ha afirmado que era culpa tuya. Yo le he sacado de su error, puesto que he sido testigo de ello. Ha insinuado que yo no entendía cuál era su posición en la comunidad y que mi relación contigo ponía en tela de juicio mi veracidad como testigo. No con esas palabras, pero eso era lo que quería decir. ¿Quieres que te relate la conversación exacta?

—Ahora no. Me conformo con lo más relevante.

—Lo más relevante. De acuerdo. Se ha disgustado y enfurecido cuando le he pedido que se marchara…, y le he advertido que si su ayudante le sacaba el arma a Bert, iba a soltarle y que este le desarmaría sin dificultad. Y les he recordado que yo también estaba armada.

—Joder.

—Lo estaba…, obviamente. Me ha parecido bien señalar lo evidente. El señor Blake reiteró que había venido a disculparse y

añadió que se había acercado hasta aquí para ofrecerme una compensación. Diez mil dólares si accedía y convenía que lo que había pasado era un malentendido. Eso me ha irritado.

—¿Cuántas veces le has pedido que se marchara?

—Tres. No me he molestado en repetírselo una cuarta, sino que le he dicho adiós y he cerrado la puerta. Él la ha aporreado durante casi dos minutos después de eso. Es un maleducado. A continuación su asistente le ha convencido para que volviera al coche.

Brooks se apartó de la encimera y se paseó por la cocina.

—¿Por qué no me has llamado?

—No había necesidad. Ha sido relativamente sencillo lidiar con él. Irritante pero sencillo. Yo… —Se interrumpió porque, cuando se volvió hacia ella, la ira controlada que mostraba su cara hizo que se le formara un nudo en la garganta.

—Escúchame. Dos hombres a los que no conoces se presentan en tu casa, uno de ellos armado. Se niegan a marcharse a pesar de que se lo pides en repetidas ocasiones. ¿Qué es lo sensato?

—Cerrar la puerta. Y eso es lo que he hecho.

—No, Abigail. Lo lógico es cerrar la puerta y llamar a la policía.

—No estoy de acuerdo. Siento si eso te cabrea, pero no lo estoy. Se han marchado.

Decidió evitar que se enfadara más no mencionando que había tenido intención de salir otra vez, con el arma en la mano, al cabo de dos minutos.

Más tarde se preguntaría si evitar ese tipo de cosas era una de esas complejidades de las relaciones interpersonales.

—Iba armada, Brooks, y Bert estaba alerta. No corría ningún peligro. De hecho, Blake se alteró tanto que te habría llamado a ti y habría pedido asistencia médica si no se hubiera ido cuando lo hizo.

—¿Quieres presentar cargos?

—No. Estás furioso conmigo. No quiero que estés furioso conmigo. He hecho lo que he creído mejor en ese momento, en esas circunstancias. Si tu ego se siente amenazado porque no te he llamado pidiendo ayuda…

—Puede que un poco. Sí, he de reconocerlo. Y no voy a decir que no me alivie saber que estoy con una mujer que sabe apañárselas sola. Pero conozco a Blake. Ha intentado intimidarte.

—Sí, pero ha fallado.

—Basta con que lo haya intentado. Y ha tratado de sobornarte.

—Le he dicho que su intento de sobornar a una testigo en un asunto delictivo era ilegal.

—No me cabe duda. —Brooks se pasó la mano por el pelo y se sentó otra vez—. Tú no lo conoces. No sabes la clase de enemigo que te has ganado hoy, y créeme, te has ganado un enemigo.

—Creo que sí lo conozco —repuso en voz queda—. Creo que lo conozco muy bien. Pero tenerlo como enemigo no es culpa mía ni tuya.

—Puede que no. Pero las cosas son como son.

—Vas a enfrentarte a él por eso.

—Que no te quepa la menor duda, joder.

—¿No aumentará eso el nivel de animadversión?

—Tal vez. Pero si no hago nada al respecto, él lo verá como un punto débil. Podría volver, podría intentarlo de nuevo. Quizá imagina que no me lo has comentado y que buscas un soborno más cuantioso.

—He dejado muy clara mi posición.

—Si entiendes la clase de persona a la que te enfrentas, te darás cuenta de que eso importa muy poco.

Doce años huyendo, pensó. Sí que lo entendía.

—Tienes razón, pero era muy importante para mí en un sentido personal dejar clara mi postura.

—Vale, ya está hecho. Ahora te pido que si vuelve no le abras la puerta. Que me llames a mí.

—¿Que someta mi ego al tuyo?

—No. A lo mejor. Mierda, eso no lo sé y tampoco me importa demasiado.

Ella sonrió un poco.

—Esa sería otra cuestión.

La forma en que tomó aliento le indicó que Brooks estaba tratando de serenarse.

—Te lo pido porque se mostrará más amenazador si regresa. Te lo pido porque quiero que él comprenda que se tomarán medidas legales si intenta acosarte a ti o a cualquiera. Le he pedido lo mismo a Russ, a su mujer y a sus padres, y les he dicho a mis ayudantes

que se lo comenten a sus familias.

Abigail asintió, sintiéndose algo menos molesta.

—Entiendo.

—Está rabioso, Abigail. Su dinero y su posición, tal como él lo ve, no están consiguiendo librarle de esta. Su hijo está entre rejas y es muy probable que siga ahí por mucho tiempo.

—Quiere a su hijo.

—Eso tampoco lo sé, si te soy sincero. Pero reconozco que su ego está ligado a esto. No va a permitir que metan a su hijo en la cárcel. No va a permitir que manchen el apellido Blake. Utilizará todo lo que tiene para luchar contra esto, y si eso significa presionarte, lo hará.

—No le tengo miedo. Y también es muy importante para mí no tenerle miedo.

—Eso ya lo sé. No quiero que le tengas miedo, pero quiero que me llames si viene aquí otra vez, si intenta hablarte en la calle, si él u otra persona relacionada con él se ponen en contacto contigo de cualquier manera. Eres una testigo y estás bajo mi protección.

—No digas eso. —El corazón le dio un vuelco—. No quiero estar bajo la protección de nadie.

—Así son las cosas.

—No. No, no. —Tuvo un ataque de pánico, veloz y candente—. Me pondré en contacto contigo si vuelve, porque es inmoral que intente influirme para que mienta y es ilegal que me soborne. Pero ni quiero ni necesito protección.

—Tranquilízate, vamos.

—Soy responsable de mi persona. No puedo estar contigo si no lo entiendes y no lo aceptas. Yo soy responsable de mí misma.

Había retrocedido varios pasos y el perro se había colocado delante de ella.

—Abigail, puede que seas…, lo eres, en mi opinión…, capaz de enfrentarte a casi todo lo que se te pone por delante. Pero el deber me obliga a proteger a todos los que se encuentran dentro de mi jurisdicción. Eso te incluye a ti. Y no me gusta que utilices mis sentimientos hacia ti como un arma para conseguir lo que quieres.

—Yo no hago eso.

—Joder, sí lo has hecho.

—Yo no… —se interrumpió tratando de calmarse, de ser sensata —. No era mi intención. Te pido disculpas.

—A la mierda las disculpas. No vuelvas a valerte de lo que siento.

—Estás furioso conmigo. No pretendía utilizar tus sentimientos. No era mi intención. Soy torpe en este tipo de situaciones. Nunca he vivido algo así. No sé qué hacer, qué decir ni cómo argumentarlo. Lo único que quiero es que no te sientas responsable de mí de un modo especial. No sé cómo explicar lo mucho que me intranquilizaría el que lo hicieras.

—¿Por qué no lo intentas?

—Estás furioso y cansado, y la cena se ha quedado fría. —Se quedó paralizada al notar que las lágrimas rodaban por sus mejillas —. No quise que nada de esto pasara. No se me ocurrió que lo de Blake te disgustaría tanto. No estoy haciendo lo correcto, pero no sé qué es lo acertado. No quiero llorar. Sé que las lágrimas son otra arma y no quiero usarlas como tal.

—Ya sé que no.

—Yo… Calentaré la cena.

—Está bien. —Se levantó, cogió un tenedor del cajón y se sentó de nuevo—. Está bien —repitió después de probar un poco.

—Deberías utilizar los palillos.

—No les pillo el tranquillo.

—Podría enseñarte.

—Aceptaré tu oferta en otro momento. Siéntate y come.

—Yo… Sigues enfadado. Te reprimes porque he llorado. Así que las lágrimas son un arma.

—Sí, estoy cabreado y me reprimo porque estás llorando y obviamente destrozada por cosas que no me cuentas o que crees que no puedes confesarme. Me reprimo porque estoy enamorado de ti.

Las lágrimas que casi había controlado brotaron de nuevo, tan ardientes y súbitas como el pánico. Con un sollozo, fue tambaleándose hasta la puerta, se afanó en abrir las cerraduras y salió de forma precipitada.

—Abigail.

—No. No lo hagas. No sé qué hacer. Necesito pensar, recobrar la

compostura. Deberías marcharte hasta que pueda hablar de manera racional.

—¿Crees que voy a dejarte sola cuando estás tan trastornada? Te digo que te quiero y parece que te haya roto el corazón.

Abigail se volvió, con el puño apretado contra el corazón y los ojos empañados de lágrimas. Estaba emocionada.

—Nadie me ha dicho nunca eso. En toda mi vida nadie me ha dirigido jamás esas palabras.

—Te prometo aquí mismo que me las oirás a mí cada día.

—No… no, no prometas nada. No lo hagas. No sé lo que siento. ¿Cómo voy a saber si se debe solo a que me has dicho esas palabras? Resulta abrumador oírlas y mirarte y ver que las sientes de verdad. O al menos eso parece. ¿Cómo voy a saberlo?

—Uno no puede saberlo todo. A veces tienes que confiar. A veces solo tienes que sentir.

—Lo deseo. —Mantuvo la mano aferrada sobre su corazón, como si abrir los dedos fuera a hacer que todo se esfumara—. Lo deseo más de lo que puedo soportar.

—Pues cógelo. Está aquí mismo.

—No está bien. No es justo para ti. Tú no lo comprendes; no puedes.

—Abigail.

—¡Ese ni siquiera es mi nombre!

Se tapó la boca con la mano y sollozó. Brooks tan solo se acercó a ella y le limpió las lágrimas de las mejillas.

—Lo sé.

Hasta la más mínima gota de color desapareció de su rostro al tiempo que retrocedía y se agarraba al poste del porche.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Estás huyendo o escondiéndote de algo o de alguien. Puede que ambas cosas. Eres demasiado lista como para huir y esconderte con tu verdadero nombre. Me gusta Abigail, pero sé que ese no siempre ha sido tu nombre. Ese no es el problema. La cuestión es que confíes en mí lo suficiente como para contármelo. Y parece que estamos llegando a eso.

—¿Lo sabe alguien más?

—Estás muerta de miedo. Eso no me gusta. No veo por qué iba a

saberlo alguien o por qué iba a preocuparle. ¿Alguna vez has dejado que alguien intime tanto contigo como yo?

—No. Jamás.

—Mírame —le dijo con suavidad mientras se acercaba a ella—. Escúchame.

—Te escucho.

—Voy a decirte que no te fallaré. Tú vas a creerme y partiremos de ahí. Vamos a probar otra vez con esta parte. Estoy enamorado de ti. —La besó con suma ternura, manteniendo el beso suave hasta que ella no pudo dejar de temblar—. Bueno, tampoco ha sido tan difícil. Tú estás enamorada de mí. Puedo verlo y puedo sentirlo. ¿Por qué no intentas pronunciar las palabras?

—No sé. Quiero intentarlo.

—Trata de decirlas, comprobar qué sientes. No te tomaré la palabra.

—Yo… estoy enamorada de ti. Ay, Dios mío. —Cerró los ojos—. Parece real.

—Dilo de nuevo y bésame.

—Estoy enamorada de ti.

No inició un beso suave, sino que se lanzó de lleno. Famélica por aquella certeza, por aquel regalo, por su luz. Amor. Amar y ser amada.

No había creído en el amor. No había creído en los milagros.

Pero ahí estaban, formando parte de su vida.

—No sé qué hacer ahora.

—Lo estamos haciendo bien.

Abigail tomó aire y lo expulsó. Incluso eso parecía diferente. Más libre. Más pleno.

—Vamos a calentar la comida. Quiero enseñarte a utilizar los palillos y cenar contigo. ¿Podemos hacer eso? ¿Podemos estar tranquilos un rato?

—Claro que podemos. —Si necesitaba un poco de tiempo, podía dárselo—. Pero no te prometo nada con los palillos.

—Lo has cambiado todo.

—¿Para bien o para mal?

Abigail guardó silencio durante otro minuto.

—No lo sé. Pero lo has cambiado.

21

Cenar, la simplicidad y la rutina de aquel acto, la tranquilizó. Brooks no la presionó para que le contara más. Se percató de que eso era un don y un arma que él poseía. Sabía esperar. Y sabía cambiar el tono, darle su espacio, ayudarla a relajarse de manera que la tensión no enturbiara sus pensamientos.

Su torpeza con los palillos, si bien sospechaba que al menos parte de ella era deliberada, le robó una sonrisa.

Había reído más desde que él había entrado en su vida de lo que había reído antes de conocerle.

Solo por eso merecería la pena.

Podía negarse, pedir más tiempo. Brooks se lo daría y ella podría utilizarlo para buscar otra ubicación, otra identidad, hacer planes para huir de nuevo.

Y si huía otra vez jamás sabría qué habría pasado. Jamás sentiría lo que sentía en esos momentos, con él. Nunca más se permitiría intentarlo.

Podía encontrar alegría, seguridad. Ya lo había hecho antes. Pero jamás conocería el amor.

Tenía que decidir entre tomar el camino racional —marcharse y permanecer a salvo— o arriesgarlo todo, aquella seguridad, su libertad e incluso su vida, por amor.

—¿Podemos dar un paseo? —le preguntó.

—Claro.

—Sé que estás cansado —comenzó mientras salían—. Deberíamos esperar para hablar de… todo.

—Mañana es tan buen día como hoy.

—No sé si mañana tendré el coraje.

—Pues cuéntame de qué tienes miedo.

—De tantas cosas. Pero ¿ahora, principalmente? De que si te lo explico todo no sientas lo mismo por mí.

Brooks se agachó para coger un palo y lo lanzó. Bert miró a Abigail y fue a por él tras recibir la orden.

—El amor no se enciende o se apaga como una bombilla.

—No lo sé. Nunca he estado enamorada. Temo perderlo, temo perderte a ti. Y perder esto. Todo esto. Tú tienes un deber, pero, sobre todo, un código. Conocí a un hombre como tú, más parecido a ti de lo que en un principio pensé. Murió mientras me protegía.

—¿De quién?

—Es complicado.

—Vale. ¿Te quería?

—No como tú piensas. No era algo romántico ni sexual. Era una obligación. Pero se preocupaba por mí más allá de su deber. Fue la primera persona que cuidó de mí. —Se llevó una mano al corazón—. No por lo que yo representaba ni por lo que había logrado o se esperaba que lograse. Sino por quien era.

—Me dijiste que no sabías quién era tu padre, así que no es él. ¿Un policía? Deber. ¿Eras una testigo protegida, Abigail?

La mano le tembló. Se preguntó si Brooks lo había visto o si solo lo percibía. Pero él se la agarró, infundiéndole tibieza y calmándola.

—Me estaban protegiendo. Me habrían dado una nueva identidad, una nueva vida, pero… todo salió muy mal.

—¿Hace cuánto de eso?

—Tenía dieciséis años.

—¿Dieciséis?

—Cumplí diecisiete el día… —Recordó la sangre de John en sus manos—. No te lo estoy contando como debería. Nunca pensé que se lo fuera a explicar a alguien.

—¿Por qué no empiezas por el principio?

—No estoy segura de cuál es. Puede que fuera cuando me di cuenta de que no quería ser médico, y eso lo supe con seguridad en mi primer semestre del curso preparatorio para entrar en la facultad de Medicina.

—¿Después de que las cosas se torcieran?

—No. Para entonces había terminado el curso, requisito indispensable para acceder a la facultad. Si hubiera seguido, de

acuerdo con el plan de mi madre, habría empezado la carrera de Medicina el otoño siguiente.

—Has dicho que tenías dieciséis años.

—Sí. Soy muy lista. Asistí a cursos acelerados durante mis estudios. El primer trimestre en Harvard viví con una familia que ella seleccionó. Eran muy estrictos. Les pagó para que lo fueran. Luego pasé otro trimestre sola, en una residencia universitaria, pero con supervisión rigurosa. Creo que mi rebelión comenzó el día en que me compré mi primer par de vaqueros y una sudadera con capucha. Fue emocionante.

—Rebobina. A los dieciséis estabas en Harvard, haciendo un curso de acceso a la facultad de Medicina, ¿y te compraste tu primer par de vaqueros?

—Mi madre pagaba y supervisaba la adquisición de mi guardarropa. —Sonrió, pues aún le parecía increíble—. Era horrible. No te habrías fijado en mí. Deseaba tanto ser como las demás chicas. Deseaba hablar por teléfono o enviar mensajes de texto hablando de chicos. Quería tener el mismo aspecto que las chicas de mi edad. Y, Dios bendito, no quería ser médico. Quería entrar en el FBI para trabajar en su Departamento de Delitos Informáticos.

—Debí imaginarlo —murmuró.

—Hice cursos, estudié online. Si ella lo hubiera sabido… no sé qué habría hecho.

Se detuvo al llegar al rincón en que quería colocar un banco y se preguntó si alguna vez tendría motivos para comprar uno. Ahora que era demasiado tarde para dejar de hablar.

—Me había prometido el verano libre. Un viaje de una semana a Nueva York y después a la playa. Me lo había asegurado y eso me dio fuerzas durante el último trimestre. Pero lo había arreglado todo para que participara en uno de los programas de verano de un colega suyo. Estudio intensivo, trabajo de laboratorio. Habría quedado bien en mi expediente y acelerado mi carrera universitaria. Y yo…, por primera vez en mi vida, la desafié.

—Ya era hora.

—Quizá, pero eso puso en marcha una terrible cadena de sucesos. Ella estaba haciendo las maletas. Iba a sustituir a otro colega y a dar el discurso de apertura en una conferencia. Estaría

fuera una semana. Y discutimos. No, eso no es exacto. —Molesta consigo misma, Abigail meneó la cabeza. En tales momentos la exactitud era vital—. Ella no discutió. Simplemente las cosas se hacían a su modo y no tenía la menor duda de que entraría en razón. Concluyó que mi comportamiento, mis exigencias y mi actitud eran una fase normal. Estoy segura de que lo anotó en mi expediente. Y se marchó. La cocinera tenía dos semanas libres, así que estaba sola en casa. Se fue sin decir una sola palabra mientras yo estaba enfurruñada en mi cuarto. No sé por qué me sorprendió que me dejara de ese modo, pero me sorprendió de verdad. Luego me puse furiosa y quizá me alteré un poco. Cogí las llaves de su coche y me fui al centro comercial.

—¿Al centro comercial?

—Parece una tontería, ¿verdad? Mi primer soplo de libertad y me fui al centro comercial. Tenía la fantasía de deambular por el centro comercial con un grupo de amigas, riendo, hablando de chicos y ayudándonos a probarnos ropa. Y me encontré con Julie. Habíamos ido juntas al instituto durante un tiempo. Tenía dos años más que yo y era muy popular y muy guapa. Creo que habló conmigo ese día porque había roto con su novio y no tenía nada que hacer. Todo se desencadenó a partir de ahí.

Le habló de las compras, de cómo le había hecho sentir. Del tinte de pelo, de los planes para hacer un carnet falso e ir al club.

—Mucha rebeldía para un solo día.

—Creo que la tenía acumulada.

—Seguro. ¿Eras capaz de falsificar unos carnets aceptables a los dieciséis?

—Excelentes. Me interesaba mucho el robo de identidad y los delitos informáticos. Creía que tendría una carrera como investigadora.

—No me sorprende.

—Es halagador que lo digas. En otro tiempo me importaba mucho. Aquel día en el centro comercial le saqué una fotografía a Julie y me hice la mía más tarde. Me corté el pelo y me lo teñí de negro. Muy negro. Y compré maquillaje y lo usé tal y como Julie me enseñó. Había estudiado a las otras chicas de la universidad, así que sabía cómo aplicármelo.

—Espera un minuto, intento imaginarte con el pelo corto y negro. —La estudió con los ojos entrecerrados—. Un tanto gótica, un tanto a la moda.

—No estoy segura, pero tenía un aspecto muy diferente del que mi madre quería que tuviera. Supongo que ese era el propósito.

—Claro que lo era, y además tenías derecho. Cualquier chico lo tiene.

—Puede que eso sea cierto. Debería haberme detenido ahí. Debería haber sido suficiente. La ropa, el pelo y el maquillaje. Y el programa al que me había inscrito empezaba ese lunes y había decidido no ir. Se habría puesto furiosa y eso debería haber bastado. Pero no me detuve ahí.

—Estabas en racha —comentó—. Elaboraste los carnets falsos y fuiste al club.

—Sí. Julie lo eligió. Yo no conocía ninguno, pero busqué el que ella quería, así que sabía que era propiedad de una familia de la que se rumoreaba…, se sabía, en realidad…, que pertenecía a la mafia rusa. Los Volkov.

—Me suena vagamente. Por lo general en Little Rock no solemos lidiar con los rusos. Sí con algunas bandas criminales irlandesas e italianas.

—Sergei Volkov era…, es…, el *pakhan*, el jefe de la organización mafiosa de los Volkov. Su hermano y él eran los dueños del club. Más tarde me enteré que quien lo dirigía principalmente era el hijo de Sergei, Ilya. Su primo Alexi trabajaba allí, aparentemente. Una vez más, después supe que Alexi sobre todo bebía, consumía drogas y se lo montaba con mujeres que iban al club. No sabía ni comprendía nada de eso cuando le conocí.

»Julie y yo bebimos cosmos. Estaban de moda gracias a la serie de televisión *Sexo en Nueva York*. Bebimos y bailamos, y fue la noche más emocionante de mi vida. Y Alexi Gurevich vino a nuestra mesa.

Le contó todo, lo que le había parecido el club, lo que sonaba. Que Ilya se había acercado, la forma en que la había mirado. Que la habían besado por primera vez en su vida y que había sido un gángster ruso quien lo había hecho.

—Éramos tan jóvenes y estúpidas —prosiguió—. Yo no quería ir

a casa de Alexi, pero no sabía cómo negarme. Me sentía mal, y cuando Ilya tuvo que quedarse, prometiendo reunirse con nosotros más tarde, fue peor. En realidad la vivienda de Alexi no estaba lejos de la de mi madre. Solo pensaba en irme a casa, en tumbarme. Era la primera vez que me emborrachaba. Había dejado de ser agradable.

—Eso pasa.

—¿Alguna vez… cuando eras adolescente?

—Russ y yo nos emborrachamos juntos algunas veces antes de cumplir la edad legal y otras pocas después.

—Esa fue mi primera y última vez, y no he vuelto a tomar otro cosmos desde entonces. Solo verlos me produce náuseas. —Y también cierto miedo, reconoció para sus adentros—. Tenía una casa preciosa con vistas a un lago. Amueblada con demasiado cuidado, creo. Demasiado a la moda. Preparó más copas, puso música, pero tuve ganas de vomitar y utilicé el cuarto de baño al lado de la cocina. Me sentía muy mal, nunca me había visto en esa situación. Solo quería…

—¿Acurrucarte en el suelo y morir?

—Sí. Sí. —Rió un poco—. Supongo que es algo que mucha gente experimenta al menos una vez. Cuando salí seguía sin sentirme bien y vi… Julie y Alexi estaban practicando sexo en el sillón. Me quedé fascinada y horrorizada al mismo tiempo, y muy avergonzada. Salí a la terraza a través de la cocina. Con el aire fresco me sentí mejor. Me senté en una silla y me quedé dormida. Y las voces me despertaron.

—Estás helada. —Brooks le puso un brazo alrededor de los hombros porque había empezado a temblar.

—Aquella noche hacía frío, por la brisa que llegaba del agua o por mi indisposición o… por lo que sucedió a continuación. Ahora siento lo mismo. Me gustaría regresar. Quizá sea más fácil contártelo mientras caminamos.

—De acuerdo.

—Tenía pensado poner un banco aquí, algo orgánico. Algo que dé la sensación de que haya crecido aquí. Me gusta la vista y es muy tranquilo; solo se oye el murmullo del riachuelo y a los pájaros. ¿Sabes que a Bert le encanta jugar en el agua? Tengo la

impresión de que todo fuera mío. Es una tontería.

—No lo es.

Una tontería, repitió en su cabeza.

—Aquella noche miré a través de las puertas correderas de cristal y descubrí a dos hombres con Alexi. No vi a Julie. Al principio hablaron en ruso, pero yo había estudiado ruso. Me gustan los idiomas y se me dan bien. Entendía lo que decían. El hombre se llamaba Korotkii. Yakov Korotkii acusó a Alexi de robar dinero a la familia. Discutieron y al principio Alexi se mostró muy arrogante. Pero no duró mucho. Dijeron que había filtrado información a la policía porque había sido detenido por posesión de drogas. El otro hombre era grande y obligó a Alexi a ponerse de rodillas, y este tuvo miedo. Intentó negociar, amenazarlos, luego les suplicó. ¿Quieres cogerme la mano?

Brooks lo hizo y le dio un suave apretón.

—Para cuando lo necesites.

—He de terminar la historia. Korotkii le disparó una vez y luego otra en la sien. Le disparó como quien arranca el coche o se pone la camisa. Como si fuera algo normal. Entonces salió Julie. No estaba vestida, se sentía mal. Apenas habló, apenas vio nada, y Korotkii le disparó, como un acto reflejo, como quien mata a un mosquito. Dios mío. Dios mío.

—Vamos, tranquila, apóyate en mí.

Brooks le soltó la mano para rodearla con el brazo y atraerla contra su cuerpo mientras caminaban.

—Sin embargo Korotkii estaba furioso porque ignoraba que ella estaba allí, porque su información no la incluía a ella. Ni a mí. No sabía que yo estaba en la terraza, agazapada al otro lado de la puerta corredera, congelada. Simplemente congelada.

No debería haber salido, pensó Abigail. Las piernas le temblaban y el estómago se le había encogido. Deseó poder sentarse, deseó no seguir viendo, oyendo y sintiéndolo todo aún de forma tan vívida.

—Es suficiente por ahora —murmuró Brooks—. Volvamos dentro.

—Llegó Ilya. Me había besado, había sido el primero. Era tan guapo y había conseguido que me sintiera tan genuina. No creo que nunca me hubiera sentido tan auténtica. Salvo cuando me compré

los vaqueros y la sudadera con capucha, y después, cuando me teñí el pelo. Y luego, cuando Ilya me besó.

»Eso no es relevante.

—Sí que lo es.

—Llegó y se puso furioso. No porque hubieran asesinado a su primo, sino porque se suponía que Korotkii debía matar a Alexi la noche siguiente. Y supe que ese hombre, el primero que me había besado, iba a matarme. Él sabía que estaba allí e iban a buscarme y a matarme. Maldijo a Alexi y le dio una patada. Le dio una patada. Ya estaba muerto, pero Ilya estaba tan enfurecido que le dio una patada.

»Anoche vi a Justin Blake. Vi en él lo que vi en Ilya. Es más aterrador que cualquier arma.

Ya podía percibir el olor dulce y picante en el aire de manera vaga. Le reconfortó tanto como el brazo de Brooks rodeándola.

—Así que hui. Me había quitado mis zapatos nuevos, pero no pensé en eso. Corrí sin prestar atención hacia dónde. Cegada por el terror corrí, segura de que me atraparían y me matarían porque había desafiado a mi madre, porque había hecho lo que quería, y Julie estaba muerta. Ella solo tenía dieciocho años.

—Está bien. Todo está bien ahora.

—No está bien, y eso no es todo. Ni mucho menos. Me caí y el bolso se me soltó de la mano. Ni siquiera sabía que aún lo tenía. Mi teléfono estaba en el bolso, así que llamé a la policía. Vinieron y me encontraron. Les conté lo sucedido. Hablé con dos detectives. Los dos, Griffith y Riley, fueron amables conmigo. Me ayudaron.

—Vale, dame las llaves.

—¿Para qué?

—Vamos a entrar. Necesito tus llaves.

Abigail las sacó y se las dio.

—Me llevaron a un lugar seguro, a una casa franca. Se quedaron conmigo y luego vino John. Los marshal John Barrow y Theresa Norton. Tú eres como él, como John. Paciente, perspicaz y amable.

—Vamos a sentarnos. Voy a encender la chimenea y prepararte un té.

—No hace tanto frío como para encender el fuego.

—Quiero encender la chimenea. ¿De acuerdo?

—Por supuesto. —Abigail se sentó de manera obediente—. Me siento un poco rara.

—Tú quédate aquí y descansa un poco hasta que haya terminado.

—Llamaron a mi madre. Ella volvió. No quería que yo testificara ni que me quedara en la casa franca que los marshal tenían preparada ni que entrara en el programa.

—Estaba preocupada por ti —dijo Brooks mientras colocaba la leña.

—No, quería que iniciara el proyecto de verano, que regresara a Harvard y que fuera la neurocirujana más joven del Silva Memorial Hospital de Chicago. Estaba echando a perder sus planes y había invertido mucho tiempo y esfuerzo. Cuando no quise irme con ella, se marchó, tal y como había hecho el día en que todo empezó. No he vuelto a hablar con ella.

Brooks se sentó sobre los talones.

—No se merece una palabra, ni una sola palabra tuya.

Acercó una cerilla al papel que había arrugado y lo vio arder y prender las astillas. Así era como se sentía, listo para avivar la llama. Aquello era lo último que Abigail necesitaba.

—Voy a preparar el té. Descansa unos minutos.

—Quiero contártelo todo.

—Lo harás, pero tómate un descanso.

—¿Vas a llamar a los U.S. Marshal? ¿Al FBI?

—Abigail. —Le tomó el rostro entre las manos—. Voy a prepararte un té. Confía en mí.

Tenía ganas de golpear algo, de romper alguna cosa en pedazos, de estrellar el puño contra algo que le hiciera sangrar. Abigail había sido maltratada, tan seguro como si la hubiera encontrado llena de moratones y con los huesos rotos, por una madre que era capaz de darle la espalda a una chica traumatizada y aterrada.

Puso la tetera en el fuego. Abigail tenía que entrar en calor de nuevo, necesitaba sentirse segura y tranquila otra vez. Había querido saber lo que ella le contaba, pero deseó haberlo dejado estar, haberlo olvidado, por los dos.

Pese a todo, cuando la tetera comenzó a hervir, sacó su libreta y anotó todos los nombres que le había dado. Luego la guardó de

nuevo y preparó el té.

Abigail estaba sentada en el sillón, con la espalda erguida, muy pálida y con los ojos sombríos.

—Gracias.

Se sentó a su lado.

—Necesito decirte algunas cosas antes de que sigas con esto.

Ella contempló su té, armándose de valor.

—De acuerdo.

—Nada de esto fue culpa tuya.

Los labios le temblaron antes de apretarlos.

—Tengo cierta responsabilidad. Era joven, sí, pero nadie me obligó a fabricar los carnets ni a ir al club.

—Eso no es más que una tontería, porque ninguna de esas cosas te convierte en responsable de lo que pasó después. Tu madre es un monstruo.

Abigail levantó la cabeza de golpe, abriendo como platos sus sombríos ojos.

—Mi… eso… ella…

—Peor que eso. Es un puto robot y trató de convertirte en uno a ti también. Te hizo saber desde el principio que te había creado a su imagen y semejanza. Así que eras lista, guapa, gozabas de buena salud y estabas en deuda con ella por eso. Más gilipolleces.

—Mi herencia genética…

—Espera. No he terminado. Te obligaba a vestirte como ella quería, a estudiar lo que ella quería y apuesto a que te obligaba a relacionarte con gente que ella elegía, a leer lo que ella seleccionaba y a comer lo que ella ordenaba, joder. ¿Me equivoco? —le preguntó. Abigail solo pudo negar con la cabeza—. Puede que nunca te levantara la mano, puede que te vistiera, te alimentara y pusiera un bonito techo sobre tu cabeza, pero, cielo, te maltrató durante los primeros dieciséis años de tu vida. Muchos chicos se habrían escapado o hecho algo peor. Tú te cortaste el pelo y te colaste en un club. Si quieres culpar de lo sucedido a alguien aparte de a quien disparó y a su jefe, cúlpala a ella.

—Pero…

—¿Alguna vez has ido a terapia?

—No estoy loca.

—No, no lo estás. Solo lo pregunto.

—Fui a terapia desde que tuve uso de razón hasta que me marché de casa. Ella contrató a uno de los mejores terapeutas infantiles de Chicago.

—Tampoco tuviste poder de decisión en eso.

—No —respondió con un suspiro—. No, dejarme decidir no entraba en sus planes.

Brooks le tomó el rostro y posó los labios en los suyos.

—Eres un milagro, Abigail. Que seas hija de una persona tan despiadada, tan desalmada, y que seas quien eres y lo que eres. Recuérdalo. Puedes contarme el resto cuando estés preparada.

—¿Me besas otra vez?

—No tienes que pedírmelo dos veces.

De nuevo, tomó su rostro entre las manos y se inclinó para colocar los labios en los de ella con afecto. Abigail le asió las muñecas para aferrarle, para retener aquello un momento más.

No estaba segura de que él quisiera besarla cuando se lo confesara todo.

Le habló de John, de Terry, de la casa en sí, de su rutina, de los aplazamientos legales. Posponiéndolo un poco, reconoció. Le contó que Bill Cosgrove le enseñó a jugar al póquer y que Lynda le arregló el pelo.

—De un modo terrible, fue la mejor época de mi vida. Veía la televisión, escuchaba música, estudiaba, cocinaba, aprendía, tenía gente con quien hablar. John y Terry… Sé que era un trabajo, pero para mí eran mi familia.

»Entonces llegó mi cumpleaños. No creí que lo supieran o que le dieran importancia. Pero me trajeron regalos y una tarta. John me regaló unos pendientes. Me había perforado las orejas aquel día en el centro comercial con Julie, y él me compró mi primer par de pendientes de verdad. Y Terry me regaló un conjunto de chaqueta y camiseta; era tan bonito. Subí a mi cuarto para ponerme los pendientes y el conjunto. Era tan feliz. —Hizo una breve pausa, tratando de hallar el modo de asumir lo que jamás se había explicado del todo a sí misma—. No era como el día en el centro comercial. La felicidad no estaba alimentada por la rebeldía, la novedad y las mentiras. Era muy profunda, muy potente. Sabía que

iba a ponerme aquel conjunto y aquellos pendientes el día en que testificara en el juicio. Que aunque no pudiera hacer que Julie regresara, habría ayudado a hacer justicia por ella. Que cuando hubiera acabado, me convertiría en quien quería ser. Que independientemente del nombre que me asignaran, sería libre para ser yo misma.

»Y entonces… no sé todo lo que ocurrió. Solo puedo especular. He atado cabos de muchas formas. Lo más lógico es que Bill Cosgrove y el marshal que sustituía a Lynda aquella noche, cuyo nombre era Keegan, entraran por la cocina, como de costumbre. Creo que Terry estaba allí sola y que John se encontraba en el salón. Ella debió de notar algo sospechoso. No sé qué ni por qué. La mataron o la incapacitaron en aquel momento. Pero antes logró avisar a John, de modo que él estaba alerta. Pero no avanzó mucho, no pudo llegar a las escaleras sin exponerse.

»Oí los disparos. Todo sucedió muy rápido. Salí corriendo del dormitorio y vi a John. Cuando llegó hasta mí ya había recibido varios impactos. Estaba sangrando, de la pierna, el abdomen. Me metió de nuevo en el dormitorio y se derrumbó. No podía detener la hemorragia.

Bajó la mirada a sus manos.

—No pude detenerla. Sabía qué debía hacer, pero fui incapaz de ayudarle. No le quedaba mucho tiempo. Había que actuar rápido. Me dijo que huyera. Que cogiera lo que pudiera y saliera por la ventana. Que no podía confiar en la policía. Que si los Volkov tenían en nómina a Cosgrove y al otro, tendrían a más. Yo no quería dejarle en ese estado. Pero salí por la ventana con el dinero que tenía, mi ordenador portátil, algo de ropa y el arma que él llevaba en el tobillo. Iba a intentar llamar para pedir ayuda. Tal vez si lo auxiliaban no moriría. No sabía si Terry estaba viva o muerta. Apenas me había alejado una manzana, cuando la casa explotó. Creo que habían planeado volarla por los aires conmigo dentro. Habrían relevado a John y a Terry, se habrían inventado algo y volado la vivienda.

—¿Adónde fuiste?

—Fui a mi casa. Mi madre estaría en el trabajo y la cocinera ya se habría marchado. Todavía tenía mi llave. Fui allí para poder

esconderme hasta que mi madre llegara. Y descubrí que había metido todas mis cosas en cajas. Algunas ya no estaban. Teniendo en cuenta las circunstancias, no sé por qué aquello me afectó tanto.

—Yo sí lo sé.

—Bueno. Abrí su caja fuerte y le cogí dinero. Diez mil dólares. Estaba mal, pero le robé a mi madre y me marché. Nunca he vuelto. Caminé, traté de pensar. Había habido tormenta, pero ahora ya solo llovía. Simplemente llovía y estaba oscuro. Sabía que John y Terry estaban muertos y lo último que él me había dicho era que huyera. Vi una camioneta con matrícula de Indiana aparcada junto a una cafetería. Me metí en la parte trasera, debajo de una lona. Me quedé dormida en algún momento durante el trayecto y, cuando desperté, estaba en Terre Haute. Busqué un motel y pagué en efectivo. Fui a una droguería y compré tinte para el pelo de color rojo intenso. El cabello se me quedó naranja, pero parecía diferente. Me quedé dormida otra vez durante mucho tiempo. Luego puse la televisión y vi en la CNN el reportaje sobre John y Terry, sobre la casa. Sobre mí. Creían que yo estaba en el lugar de la explosión. Estaban buscando nuestros restos. Estuve a punto de llamar a la policía. Tenía la tarjeta de la detective Griffith, pero tenía miedo. Decidí que iba a esperar y a comprar un teléfono móvil. Uno desechable, por si acaso. Esperé otro día, comí en la habitación, apenas salí, vi las noticias e intenté averiguar más detalles en internet.

Hizo una pausa e inspiró hondo.

—Entonces descubrí más cosas. No creían que estuviera en la casa. Sabían que no estaba. Se especulaba que alguien me había secuestrado, también que había estallado y había disparado a John y a Terry y que luego había volado la vivienda. Cosgrove y Keegan se tenían el uno al otro para respaldar la historia de que habían llegado allí tarde por unos segundos. Y Cosgrove había sido herido.

—¿John le dio? ¿Qué hay de la balística?

—La bala le atravesó limpiamente. Dijeron que se apagaron las luces y que no podían estar seguros de quién les disparaba, pero que Keegan sacó a Cosgrove. La casa explotó mientras llamaba para informar.

»Así que hui. Cogí un autobús a Indianápolis. Compré provisiones, busqué otro hotel y me hice un nuevo carnet, y con eso

y algo de dinero le compré a un chatarrero un coche de segunda mano que me llevó a Nashville. Allí serví mesas durante tres meses. Luego me volví a cambiar el pelo, la identidad y me mudé.

Tomó aire de nuevo.

—Y apenas se mencionaba nada en las noticias y no era capaz de colarme en los archivos… ni de los U.S. Marshal ni del FBI. Fui al MIT con una identidad y un expediente académico falsos. Allí conecté con un estudiante, un chico. Él sabía mucho sobre el pirateo informático. Más que yo. Aprendí de él. Me acosté con él y luego desaparecí. Creo que yo le importaba un poco, pero le dejé con una nota apresurada en cuanto aprendí todo lo que podía enseñarme. Me mudaba cada pocos meses, un año a lo sumo. Cambiaba de identidad, modificaba mi aspecto. Los detalles no son importantes en realidad. —Hizo otra pausa—. Me buscaban para interrogarme por el asesinato de dos marshal.

Brooks no dijo nada, tan solo se puso en pie y fue hasta la ventana.

Y el mundo se vino abajo para Abigail. Iba a terminar con ella, pensó. Todo acabaría en ese momento.

—¿Les has seguido la pista a Cosgrove y a Keegan durante estos años?

—Sí. A Keegan le han ascendido varias veces.

—Bien, sabes dónde están y qué hacen. Eso nos ahorrará tiempo y esfuerzo.

—No te entiendo.

Se volvió hacia ella.

—¿No creerás que vamos a dejar que esos dos hijos de puta queden impunes después de haber asesinado a dos buenos policías y de implicarte a ti? ¿Después de obligarte a huir desde el día en que cumpliste diecisiete años? ¿Después de hacer todo eso para que otro asesino y sus putos amigos y cómplices, que son tan asesinos, ladrones e hijos de puta como él, puedan librarse de haber matado a una chica inocente?

Abigail tan solo se quedó mirándole.

—Me crees.

—Joder, pues claro que te creo. Es tan evidente que dices la verdad que te creería aunque no estuviera enamorado de ti.

—Todavía me quieres.

—Escúchame con atención. —Se acercó a ella e hizo que se levantara—. Espero…, no, exijo… más respeto por tu parte. No soy un asno pusilánime que escurre el bulto cuando todo no es perfecto. Te quería hace una hora. Te quiero ahora. Y voy a seguir queriéndote, así que acostúmbrate y deja de esperar que te defraude. Es insultante y me cabrea.

—Lo siento.

—Bien. Deberías sentirlo. —Tiró de ella para darle un beso y luego la soltó—. ¿Dónde aprendiste a disparar?

—John me enseñó al principio. Viví en Arizona durante una temporada e hice clases con un anciano. Era un teórico de la conspiración y un obseso de la supervivencia. Era interesante, aunque no del todo estable. Pero me caía bien y era muy culto. Estudié en diversas universidades bajo nombres falsos. Necesitaba aprender.

—¿Qué hay en la habitación de arriba que está cerrada con llave?

—Te lo enseñaré. —Le llevó hasta allí y abrió la triple cerradura —. Es la habitación del pánico —dijo mientras empujaba la puerta.

Y un puto arsenal, reparó Brooks. Pistolas, armas de cañón largo, cuchillos. Al pasar vio estanterías con comida enlatada, agua embotellada, un ordenador tan completo como el del piso de abajo, un retrete químico, ropa, pelucas, tinte para el pelo, pilas. Linternas, comida para perros, libros, un puñetero rezón y herramientas.

—¿Lo has montado tú solita?

—Sí. Necesitaba aprender, como te he dicho. Tengo varios carnets y pasaportes alternativos aquí, en una caja fuerte. Dinero en efectivo, tarjetas de crédito y el laminado y el papel que me hace falta para fabricar más documentos de identidad si es necesario. Va contra la ley.

—Oh, sí. Te arrestaré más tarde. Vale, sabes protegerte y haces planes por adelantado. ¿Cuánto llevas así?

—Doce años.

—Tiempo más que suficiente. Es hora de dejar de huir.

—Quiero hacerlo. Hoy he pensado que…

—¿Qué?

—Es irracional.

—Joder, Abigail. —Tuvo que reír, muy a su pesar—. Sé irracional.

—He pensado que parecía un círculo. Ver a Ilya en Justin, ver lo que imaginaba de Sergei Volkov en Lincoln Blake. Ver en ti mucho de lo que admiraba en John. Y reconocer que podía plantar cara a los Blake, que podía hacer lo correcto y no dejarme llevar por el pánico y huir. Parecía que podía dejar de huir, pero no sé si puedo hacerlo.

—Sí que puedes. Quiero otra cerveza. Quiero pensar. Encontraremos el modo y lo solucionaremos.

—Brooks…

—Cerveza, pensar y solucionar. Ya no estás sola, Abigail. Tendrás que acostumbrarte también a eso. ¿Cómo te llamas en realidad?

Abigail tomó aire.

—Elizabeth. —El nombre le sonaba extraño—. Elizabeth Fitch.

Brooks ladeó la cabeza.

—No te pega llamarte Elizabeth.

—Durante muy poco tiempo fui Liz.

—Sí, ese me pega más. Siento debilidad por Abigail, pero veo a Liz. Bueno. —Se acercó y le cogió la mano—. Encantado de conocerte, Liz.

22

Mientras estaba sentado, bebiéndose la cerveza y pensando, Brooks se dio cuenta de que aquello la había agotado. Contarlo y, según imaginaba, revivirlo. Abigail se había arrellanado en el rincón del sillón con languidez. De modo que continuó guardando silencio, dejando que ella se distanciara mientras el fuego seguía crepitando y la brisa azotaba las ventanas.

Se aproxima una tormenta, pensó.

Doce años huyendo. Ella había cumplido diecisiete y no tenía, o creía que no tenía, nada ni nadie de quien depender salvo de sí misma.

Se imaginó a sí mismo a los diecisiete, trató de rememorar cuál era su mayor preocupación o problema por entonces. Quería tener un bate más resistente, un guante de béisbol más rápido, recordó, que le llevara a cumplir su fantasía de estar a la altura de su nombre como un importante tercera base de la liga nacional.

Y anhelaba, deseaba, a Sylbie.

Y concluyó que aquello prácticamente lo había resumido todo.

Algo de estrés por los deberes de clase, las peleas con la tan deseada Sylbie, la irritación por las exigencias y reglas de sus padres. Pero había tenido padres, una familia, un hogar, amigos y una estructura.

No podía imaginar lo que había sido para ella tener diecisiete y temer constantemente por su vida. Presenciar un asesinato a sangre fría, ver al hombre que le había proporcionado una sensación de seguridad, e incluso una familia, morir desangrado y esforzarse tanto por obedecer su última orden.

John Barrow le había dicho que huyera, salvándole sin la menor duda la vida con esa orden. Y ella jamás había dejado de escapar.

Cambió de posición y la estudió mientras dormía. Había llegado la oportunidad de dejar de huir, pensó. El momento de confiar en alguien para que la ayudara, para que solucionara las cosas.

Sergei e Ilya Volkov, Yakov Korotkii, Alexi Gurevich.

Tenía que investigar un poco a los jugadores o utilizar las averiguaciones de Abigail. Imaginaba que todo lo que se sabía o pudiera saberse sobre ellos estaba en sus archivos. Y en su cabeza.

Lo mismo sucedía con los marshal Cosgrove y Keegan.

En su opinión, un policía corrupto se merecía compartir celda con aquellos a los que había metido entre rejas. ¿Un policía corrupto que mataba a otro agente para sacar provecho? Había un círculo especial en el infierno reservado para ellos. Deseaba contribuir a meter a Cosgrove y Keegan en las mismas entrañas de dicho círculo.

Tenía algunas ideas, desde luego, unas cuantas ideas al respecto. Deseaba meditarlas un poco, hacer esa investigación, revisarlo todo de forma concienzuda. Después de doce años, ¿qué importaban unos días o unas semanas más para analizar las cosas y prepararse? Y suponía que ella necesitaría parte de ese tiempo para adaptarse a la nueva situación. Tendría que convencerla para que le dejase hacer lo que había que hacer, una vez que decidiera qué era eso exactamente.

Por el momento imaginaba que lo mejor sería llevarla a la cama. A los dos les vendría bien dormir un poco.

Se levantó y se dispuso a cogerla en brazos, pero ella le dio un rodillazo en los testículos.

Brooks podría jurar que sintió que se le subían a la garganta y que luego se le quedaron allí atascados cuando ella le propinó un codazo en la laringe. Notó que los ojos se le ponían en blanco mientras caía al suelo como una piedra. Sin aliento.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Brooks! Lo siento.

Dado que el único sonido que pudo proferir fue un resuello, se dio por vencido tras un único intento. Iba a quedarse allí tumbado por el momento, tal vez para siempre.

—Debo de haberme quedado dormida. Me has asustado. —Intentó ponerle boca arriba y le retiró el pelo de la cara. El perro se la lamió de manera compasiva—. ¿Puedes respirar? ¿Estás

respirando? Estás respirando.

Brooks tosió y consiguió que un reguero de fuego descendiera hasta su entrepierna.

—Joder —acertó a decir, y tosió otra vez.

—Te traeré agua y hielo. Respira despacio.

Abigail debió de decirle al perro que se quedara con él, pues Bert se tumbó a su lado.

—¿A qué coño viene esto? —Cuando logró decir aquello, Bert le lamió la cara una vez más.

Brooks tragó saliva y luego se dio la vuelta para ponerse a cuatro patas. Se quedó en esa posición otro momento, preguntándose si iba a ponerle la guinda al pastel y a vomitar. Había logrado sentarse en el suelo, con el contenido del estómago todavía en su interior, cuando Abigail volvió a toda prisa con una compresa fría y un vaso de agua.

—No me pongas eso en las pelotas. Ya es bastante malo. —Cogió el vaso, y aunque los dos primeros sorbos le rasparon como esquirlas de cristal, la quemazón remitió poco a poco—. ¿A qué coño ha venido eso? —repitió.

—Ha sido un acto reflejo. Lo siento mucho. Estás muy pálido. Lo siento de verdad. Me he quedado dormida y estaba otra vez allí, en casa de Alexi. Ilya me encontraba y… creo que tú me has tocado y he creído que era Ilya, así que he reaccionado.

—Ya lo creo. Que Dios le ayude si lo intenta. Ahora es posible que no podamos tener hijos.

—Un golpe pequeño en los genitales no afecta a la fertilidad —comenzó, luego apartó la vista. También ella se quedó muy pálida—. Lo siento muchísimo —repitió.

—Sobreviviré. La próxima vez que vaya a cogerte en brazos para llevarte a la cama me pondré una coquilla. Ahora tendrás que llevarme tú a mí.

—Te ayudaré. —Le dio un beso suave en la mejilla.

—Diría que no es ahí donde me duele, pero si me besas donde siento dolor y tengo una reacción normal, puede que me mate. —La apartó y se puso en pie—. No es tan malo. —Se aclaró la garganta haciendo una mueca de dolor.

—Te ayudaré a subir las escaleras.

—Ya puedo yo. Solo voy a… comprobar las cosas. Por mi propia tranquilidad.

—De acuerdo. Dejaré salir a Bert antes de subir.

Cuando regresó, Brooks se había quedado solo con los bóxer, pero se encontraba junto al monitor, estudiándolo.

—¿Va todo… hum…?

—Sí. Tienes mucha puntería, asesina.

—Es una zona especialmente vulnerable en un hombre.

—Doy fe de ello. Quiero que en breve me enseñes cómo funciona el sistema. Cómo cambias de una cámara a otra, de qué forma acercas la imagen, cómo haces una panorámica…

—Es muy simple. ¿Prefieres que te lo explique ahora?

—Mejor mañana. Supongo que tienes mucha información sobre los Volkov y los agentes que tienen en el bolsillo. También quiero revisar eso.

—Sí.

Brooks captó su tono de voz.

—¿Qué?

—No te lo he contado todo.

—Ahora sería un buen momento para hacerlo.

—Antes me gustaría ducharme.

—Vale. —Y reordenar sus pensamientos, concluyó Brooks.

Ella sacó un camisón del cajón.

—Solo tardaré un minuto —le dijo, y entró en el cuarto de baño.

Brooks se preguntó qué más podría haber mientras escuchaba correr el agua y decidió que no tenía sentido especular. En su lugar preparó la cama y bajó la intensidad de las luces.

Cuando Abigail salió, cogió dos botellas de agua de la nevera. Le ofreció una a él y a continuación se sentó en un lateral de la cama.

—Si fuera tú, creo que me preguntaría por qué nunca he intentado acudir a las autoridades para contarles todo lo ocurrido.

—No sabías en quién confiar.

—Eso es cierto, al menos en un principio. Y tenía miedo. Durante mucho tiempo tuve pesadillas, flashbacks y ataques de pánico. Aún tengo ataques de vez en cuando. Bueno, tú mismo lo has visto. Y por encima de eso…, aunque tardé tiempo en comprenderlo, creía que tenía que hacer lo que John me había

dicho. Murió mientras me protegía. Todo sucedió tan rápido, de forma tan violenta, y fue tan apremiante, tan insistente. Ahora me doy cuenta de que los dos estábamos inmersos en las circunstancias. Y en aquel momento mi supervivencia dependía de que escapara.

—Si no hubieras huido, estarías muerta. Eso está claro.

—Sí, nunca me lo he cuestionado. Durante aquellos primeros días, semanas, vivía presa del pánico. Escapa, mantente alejada, mantente escondida. Si los Volkov me encontraban, me matarían. Si la policía me encontraba y estaba relacionada con los Volkov, me mataría. Si no estaba involucrada, podrían detenerme por asesinato. Así que hui y me escondí, tal y como te he contado.

—Nadie podría culparte por ello.

—Puede que no. Era joven y estaba traumatizada. Por inteligente que seas, a los diecisiete sigues siendo inmaduro e inexperto. Pero después de un tiempo comencé a pensar con más claridad, a ir más allá del momento. Tenía que haber otros como John y Terry. Otros que me creyeran, que me escucharan, que hicieran lo que estuviera en sus manos para poder protegerme. ¿Cómo iba a seguir huyendo, escondiéndome? ¿Cómo podía no hacer nada cuando era la única persona que había presenciado el asesinato de Julie, que sabía la verdad de cómo habían muerto Terry y John?

»Así que me colé en las bases de datos del FBI y de los U.S. Marshal.

—¿Puedes… puedes hacer eso?

—Lo hago de manera rutinaria, aunque aprendí mucho durante los dos primeros años después de desaparecer. Un poco del chico del que te he hablado y otro poco por mi cuenta. Quería averiguar todo lo que pudiera sobre Cosgrove y Keegan, y también sobre Lynda Peski. Ella llamó aquel día diciendo que estaba enferma. ¿Era verdad? ¿Era otro topo de los Volkov? En su historial médico se decía que había sido tratada por una intoxicación alimentaria, así que…

—¿Accediste a su historial médico?

—He infringido muchas leyes. Me dijiste que a veces es necesario infringir la ley.

Brooks se frotó la frente.

—Sí, eso dije. Dejemos eso aparcado. ¿Tenías…, cuántos años, unos diecinueve o veinte, y eras capaz de colarte en los archivos de las agencias gubernamentales?

—Habría sido una muy buena investigadora informática.

—La policía se lo pierde.

—Creía, y sigo creyendo, que Lynda Peski no estaba involucrada. No puedo estar segura, ni siquiera ahora, pero no había nada que indicara que fuera otra cosa que una buena marshal; ahora jubilada, casada y con dos hijos. Pero no puedo demostrarlo y no me parece seguro contactar con ella. Creía, y sigo creyendo, que los detectives Griffith y Riley son agentes de policía buenos y honestos. Pero tuve dudas, ya que pertenecían a la policía de Chicago, no a los federales, y estos a menudo asumen el mando y apartan a la policía local. Asimismo, necesitaba dinero. Tenía quince mil dólares cuando hui, pero los billetes de avión, la elaboración de documentos, el transporte, la ropa, etcétera, generan gastos. Trabajé como programadora. Desarrollé software y lo vendí. Resultó lucrativo.

—¿De veras?

—Sí, y desarrollé un juego de ordenador; en realidad tres relacionados entre sí. Eso fue mucho más lucrativo.

—¿Qué juego?

—Se llamaba Guerras urbanas. Mi investigación indicaba que la mayoría de jugadores son varones y que les gustan los juegos de guerra o de acción. Yo…

—Yo he jugado a ese juego. —La señaló con los ojos entrecerrados—. Russ y yo solíamos celebrar maratones siempre que volvía a casa desde Little Rock. Es sangriento y brutal. Y muy guay.

—A mi grupo le gustan los juegos sangrientos y brutales. Que haya tres también era clave. Si el primero se hace popular, el público meta querrá una secuela y pagará por ella. Pude vender el paquete de tres de golpe por una suma considerable. Me parecía menos complicado, dadas mis circunstancias, que un contrato basado en las regalías.

—¿Eres rica?

—Sí, tengo una gran fortuna que he incrementado con mi actual

negocio de seguridad.

Brooks le brindó una sonrisa.

—Me gusta tener una novia rica.

—Nunca he sido la novia de nadie.

—Bueno, yo te estoy introduciendo en eso. Porque eres rica.

Brooks la hizo sonreír.

—Me dijiste que me querías antes de saber que tenía dinero. Es menos complicado y estresante mudarse, contratar transporte privado y, si es necesario, equipar y asegurar un sitio nuevo si tienes dinero. No quería robarlo.

—¿Y podrías haberlo hecho?

—Oh, sí, por supuesto. Accedí a las cuentas bancarias de Cosgrove y Keegan y descubrí lo que creo que son los pagos de los Volkov. Podría haber desviado fondos. Incluso de los Volkov.

—Espera. —Levantó una mano y la movió en un círculo—. ¿Has accedido a la red informática de los Volkov?

—Sí. Te lo explicaré. Había asegurado el dinero que había ganado en varias cuentas distintas, bajo identidades diferentes. Me sentía más segura y menos aterrada teniendo dinero y la información que había recopilado. Quería más tiempo. Había empezado a investigar a una agente del FBI en concreto. Quería seguirla, analizar sus expedientes, sus informes, sus evaluaciones durante al menos un año antes de contactar. Me había mudado a Nueva York. Allí me sentía segura. Tanta gente y tan ocupada. Demasiado agobiada para fijarse en mí. Y por entonces podía trabajar casi por completo desde mi casa. —Abigail rememoró aquello casi con tristeza—. Tenía una bonita casa en el Soho. Fue allí donde contemplé la posibilidad de tener un perro. Por seguridad, por la compañía. Había emprendido mi negocio de seguridad y trataba con los clientes cara a cara. Yo iba a ellos, evaluaba su sistema y sus necesidades.

—¿Cuándo fue eso?

—Viví en Nueva York hace seis años. Tenía veintitrés, pero mi carnet decía que tenía veintiséis. En estos casos es mejor simular que se tiene más edad. Empecé desde abajo, diseñando e instalando sistemas de seguridad para casas y pequeños negocios, redes de ordenadores comerciales. Eso me dejaba mucho tiempo libre para

mi investigación. E investigando descubrí a la agente que podría ser la indicada. Aún quería lo mismo que a los dieciséis años; amigos, relaciones, normalidad. Y quería hacer lo correcto por Julie, por John y por Terry.

»Estuve allí más de un año, el período de tiempo más largo que me había quedado en un lugar. Pensé en comprarme una casa en el campo porque me di cuenta de que, aunque disfrutaba de la comodidad de la ciudad, prefería la tranquilidad. Pero allí, en el Soho, me sentía a salvo. Toda esa gente, un lugar tan bullicioso. Y había conseguido una cuenta importante; un bufete de abogados. Me había encargado de la seguridad personal de uno de los socios, y él se acordó de mí. Seis meses más, me dije. Me quedaré en Nueva York, terminaré el trabajo y continuaré con mi investigación. Luego, si estaba completamente segura de la agente del FBI, contactaría con ella y comenzaría el proceso.

—¿Qué sucedió?

—Estaba casi a punto. Había terminado el trabajo y eso hizo que consiguiera otro para uno de los clientes del bufete. Mi primera empresa. Era un buen trabajo, estimulante, exigente. Creí de verdad que mi vida estaba a punto de empezar otra vez. Y salí del edificio del cliente. En Houston Street, en el centro. Iba pensando en volver a casa, cambiarme de ropa e ir al supermercado a comprar una buena botella de vino para celebrarlo. Iba pensando que el plazo de seis meses que me había fijado para contactar con la agente casi se había cumplido. Iba pensando en comprarme un perro, en dónde querría vivir cuando pudiera volver a vivir de verdad. Iba pensando en cualquier cosa menos en los Volkov. Y él estaba justo allí.

—¿Quién?

—Ilya. Ilya Volkov y otro hombre; su primo, según descubrí más tarde. Se bajaron de un coche justo cuando me dirigía a la acera para parar un taxi. Y casi me tropecé con él. Tanta gente, una ciudad tan grande, y casi me tropecé con el hombre del que llevaba casi ocho años huyendo. Él empezó a sonreírme, como un hombre sonríe a una mujer que se le queda mirando, supongo. Y entonces me reconoció, y la sonrisa se esfumó.

—¿Te reconoció? ¿Estás segura?

—Dijo mi nombre. «Liz, aquí estás». Así de simple. Trató de

agarrarme y casi me coge del brazo. Sus dedos me rozaron la manga antes de que me diera la vuelta y echara a correr. Pensé que iba a dispararme por la espalda o a cogerme y a meterme en el coche por la fuerza.

Se llevó una mano al corazón y se frotó la zona cuando el ritmo comenzó a acelerársele como aquel día en Nueva York.

—Corrí hacia la calle. Estaba fuera de mí; casi me atropellan. No me importaba. Cualquier cosa sería mejor. Perdí los zapatos. Fue como aquella noche otra vez, huyendo descalza. Pero era más lista que entonces. Al principio me entró el pánico, pero estaba preparada. Me conocía las calles. Me las había estudiado y, en lugar de meterme entre el tráfico, me alejé y su chófer no pudo girar. No sé cuánto corrí antes de darme cuenta de que había escapado. Cogí un autobús y después un taxi.

Hacía demasiado calor, pensó, de modo que fue hasta la ventana y la abrió.

—Iba descalza, pero nadie pareció notarlo ni preocuparle. Es una de las ventajas de las grandes ciudades.

—Supongo que yo soy un chico de campo, ya que eso no me parece una ventaja.

—Aquel día lo fue. Cuando llegué a casa, saqué mi bolsa de emergencia. Habría vuelto a huir llevándome solo eso, pero me tranquilicé y metí en una maleta lo que creía que iba a necesitar. No estaba segura de cuánto tiempo tenía. No sabía si había visto de qué edificio salía, si había logrado averiguar el nombre que estaba utilizando, mi dirección. Tenía un coche a otro nombre en un garaje. Creí que el gasto bien merecía la pena. Y resultó que no me equivocaba. Llamé a un servicio de taxis privado para que me llevara hasta el garaje. Podrían seguirme hasta allí, pero eso requeriría tiempo. Pero para entonces yo ya me habría marchado, habría comprado un nuevo coche y habría cambiado de identidad.

—¿Adónde fuiste?

—Me mantuve en movimiento durante semanas. Me hospedaba en moteles y pagaba en efectivo. Vigilé el correo electrónico de Ilya. Me enteré de que no habían podido rastrearme durante varios días. Después de todo no había sido necesario que me escapara tan rápido. Y no fueron capaces de seguir mi rastro una vez abandoné

mi casa. Nadie me había visto marcharme ni me habían prestado atención. Pero aprendí una lección. Me había vuelto descuidada. Me había permitido hacer planes para llevar una vida normal hasta que, de algún modo, la estaba viviendo. Nunca iban a dejar de perseguirme, así que tenía que aceptar mi vida tal y como era y hacer lo que pudiera para conseguir justicia de otra forma para John, Terry y Julie.

»Estoy conectada al sistema de los Volkov; correo electrónico, archivos electrónicos e incluso mensajes de texto. Cuando tengo algo que parece valioso, filtro los datos de manera anónima a la agente del FBI que investigué y cumplió con mis requisitos. No sé cuánto tiempo más será seguro utilizarla como contacto. Si la gente de los Volkov la relaciona, podrían eliminarla. Creo que, como es lógico, intentarían utilizarla para dar con la fuente de las filtraciones antes de matarla. Pero puede que eso sea peor. Podrían torturarla, y ella sería incapaz de contarles nada porque no sabe nada. Yo estaría a salvo, pero ella no. Y tú tampoco, si te involucras en esto.

—En mi opinión, habrías sido una buena policía, informática o no. Pero yo soy un agente policial. Tú solo eres la novia rica de un policía.

—No hagas bromas. Si te relacionan conmigo, del modo que sea, te matarán. Pero no solo a ti. Matarán a tu familia. A tu madre, a tu padre, a tus hermanas, a sus hijos. A todo el que te importe.

—Yo cuidaré de mi familia, Abigail. Supongo que nos quedamos con Abigail por ahora. —Le acarició el pelo—. Tendré que acostumbrarme a Liz cuando esto haya terminado.

—Jamás terminará.

—Te equivocas. Quiero que me prometas una cosa. —Le tomó la barbilla con la mano para mirarla a los ojos—. Quiero que me des tu palabra. No me abandonarás. No huirás pensando que haces lo que es mejor para los míos y para mí.

—No quiero hacer una promesa que podría romper.

—Tu palabra. Yo voy a confiar en tu palabra y tú vas a confiar en la mía. Prométemelo y yo te juro que no haré nada sin tu pleno conocimiento y aprobación. Me comprometo aunque no es nada fácil para mí.

—¿No harás nada a menos que yo esté de acuerdo?

—Esa es mi promesa. Ahora quiero la tuya. No huirás.

—¿Y si me encuentran como hizo Ilya en Nueva York?

—Si tienes que huir, ven a mí.

—Eres como John. Ellos mataron a John.

—Porque él no sabía lo que se le venía encima. Y ahora, si me miras a los ojos y me dices que te preocupa en serio que la mafia rusa se infiltre en el Departamento de Policía de Bickford, cogeremos a Bert y lo que necesites y nos marcharemos esta noche. Tú eliges a dónde.

—No creo que eso vaya a pasar.

—Bien. Entonces prométemelo.

—Tú no harás nada sin decírmelo primero a mí y yo no huiré sin decírtelo antes a ti.

—Supongo que vale con eso. Ya has tenido suficiente por una noche. Vamos a dormir un poco. Voy a pensar en todo esto. Quizá tenga más preguntas, pero pueden esperar. Y después de que le haya dado vueltas un tiempo, hablaremos sobre lo que vamos a hacer. Y me refiero a los dos. Ya no estás sola. Ya no volverás a estarlo.

Brooks la urgió a meterse en la cama y la atrajo hacia sí después de apagar la luz.

—Bien. Me siento a gusto. Puede que tenga una pregunta para esta noche.

—De acuerdo.

—¿Te has colado en el sistema de la comisaría?

Abigail exhaló un suspiro y, en la oscuridad, no vio la sonrisa que Brooks esbozó al escucharlo.

—Consideré que era importante conocer detalles de la policía local. La seguridad de vuestro sistema no es demasiado buena.

—Tal vez deba comentarles a los concejales la posibilidad de contratarte para que lo soluciones.

—Soy muy cara. Pero dadas las circunstancias podría ofrecerte un enorme descuento sobre mi tarifa habitual. —Suspiró de nuevo —. Protegeré tu ordenador personal gratis.

—Joder. —Brooks no pudo evitar reírse—. ¿Entraste en mi correo electrónico personal y demás?

—Lo siento. No dejabas de venir por aquí y hacerme preguntas. Habías buscado información personal sobre mí. Bueno, los datos que yo había generado, pero resultaba igualmente inquietante.

—Supongo que sí.

—Deberías tener cuidado y no llamar imbécil al actual alcalde, aunque sea en un mensaje a tu buen amigo. Nunca se sabe quién podría ver tu correo personal.

—Es un idiota, pero lo tendré presente. —Volvió la cabeza para besarla en la coronilla—. Te quiero.

Abigail apretó la cara contra un lado de su cuello.

—Suena precioso dicho en la cama, en la oscuridad, cuando todo está en silencio.

—Porque es verdad. Y seguirá siendo verdad por la mañana.

Ella cerró los ojos, reteniendo las palabras mientras él la abrazaba. Y abrigó la esperanza de que, al despertar, él volviera a decírselas.

ELIZABETH

Que se haga justicia, aunque el cielo se derrumbe.

LORD MANSFIELD

23

Roland Babbett se registró en el hotel de los Ozarks una tarde de primavera en que hacía un calor más propio del mes de agosto. En su habitación, con una cautivadora vista de las montañas, colocó su ordenador portátil en la reluciente y antigua mesa. Agradecía los servicios; la conexión inalámbrica gratuita, la televisión de plasma, el mobiliario elegido con gusto, o eso imaginó, y la amplia ducha.

La mayoría de las veces trabajaba desde sórdidos moteles, con duchas manchadas de orín y apestosos trozos de jabón, o en el coche, donde las comodidades se limitaban a un bote de cristal que podía vaciar de orina de manera periódica.

Así era la vida de un detective privado.

Le gustaban incluso esos moteles sucios y las vasijas de cristal. Dos años como policía le habían enseñado que no trabajaba tan bien teniéndose que ceñir a reglas y reglamentos. Pero había sido un muy buen agente y aquello le había facilitado su transición a un empleo en Investigaciones Stuben-Pryce. En los casi diez años que llevaba trabajando allí, había demostrado ser de fiar, ingenioso y perseverante. Cualidades apreciadas por la agencia.

También le gustaban las gratificaciones y esperaba otra por aquella nueva tarea.

Deshizo la maleta; pantalones cortos y largos, camisetas, chándal y resistentes botas. Había elegido el guardarropa idóneo para su tapadera como fotógrafo independiente, una imagen que le permitiría deambular por la ciudad, por las afueras, tomar fotografías y hablar con los lugareños.

No le gustaba el cliente. Roland consideraba a Lincoln Blake un gilipollas integral; y al fruto de su semilla, un grano reventón en el culo de la sociedad.

Pero el trabajo era el trabajo, y Blake generaba muchos ingresos, pues era un verdadero gilipollas maquinador, entrometido y prepotente. Cuando el jefe le decía ve, Roland iba. Sobre todo porque tenía un hijo en un colegio privado, otro que empezaría las clases en otoño y —¡sorpresa, sorpresa!— un tercero en camino.

Amaba a su familia, y su sueldo en Stuben-Pryce, además de las gratificaciones, les permitía llevar una buena vida, que incluía una considerable hipoteca por su nueva casa de cuatro dormitorios en West Little Rock.

Así que, gilipollas o no, el cliente era quien mandaba. Si Blake quería saberlo todo, fundamentalmente los trapos sucios, acerca de una tal Abigail Lowery, Roland descubriría todo lo que pudiera saberse sobre ella. Lo mismo con Brooks Gleason, jefe de policía de Bickford y, de acuerdo con Lincoln Blake, amante de Lowery.

El cliente afirmaba que los dos en cuestión, junto con los Conroy —los propietarios del hotel con las agradables vistas y servicios— le habían tendido una trampa a su hijo para poder extorsionarle. Blake negaba de forma tajante y a voz en grito que su chaval hubiera causado los graves destrozos en la suite principal del hotel tal y como afirmaban y que hubiera agredido a Russell Conroy y atacado con una navaja al jefe de policía.

Roland, que no era tonto, en su fuero interno creía a pies juntillas que el hijo capullo había hecho todo aquello y más. Pero haría su trabajo y se ganaría su sueldo. Y pagaría las facturas.

Comprobó su equipo fotográfico, la grabadora, el portátil y el juego de ganzúas. A continuación llamó a su esposa para informarle de que había llegado sin incidentes.

Le dijo que desearía que ella estuviera allí, y era cierto. La habitación tenía una cama con dosel tamaño grande. El embarazo convertía a Jen en una máquina sexual.

Mientras se preparaba para su primer paseo por el pueblo, se prometió que volvería de visita con Jen después de que naciera el bebé, si sus padres aún se encontraban lo bastante encandilados como para quedarse con los tres niños durante un fin de semana largo.

Se cargó al hombro la bolsa con la cámara y se colgó al cuello la Nikon, sujeta con una cinta decorada con símbolos de la paz.

Ataviado con pantalones cortos, unas deportivas y una camiseta de R.E.M., se puso las gafas de sol y se miró en el espejo.

Esa mañana no se había afeitado adrede y pensó que ese aspecto dejado era la última pincelada a su look. Le gustaba encarnar personajes y, dada la elección, se ajustaba lo más posible a su disfraz. Natural, sencillo.

Se consideraba un tipo simpático. Podía hablar de cualquier cosa con todo el mundo, una herramienta tan vital como su ordenador. No era mal parecido, se dijo mientras añadía una gorra de Greenpeace al conjunto.

Pero empezaba a preocuparle la tendencia masculina a la calvicie. Tenía treinta y cuatro años y su hermano, solo dos años mayor que él, ya mostraba una calva del tamaño de un puño en la coronilla.

Se le pasó fugazmente por la cabeza la idea de comprar Minoxidil —¿por qué no probar medidas preventivas?— cuando dejara el hotel.

Había conseguido una habitación en la última planta, aunque el de recepción le había ofrecido otra, debido al ruido de las reparaciones. Pero había restado importancia al consejo y a los inconvenientes. De esa forma podría echar un vistazo a la suite que supuestamente no había destrozado el hijo del cliente, si uno creía en los gilipollas integrales.

Recorrió el pasillo y advirtió que la puerta estaba cerrada a cal y canto, con un cartel que pedía disculpas por las molestias causadas por los inesperados arreglos. El ruido, un tanto amortiguado, se asemejaba más al de una manifestación que al de unas obras de reparación.

Más tarde echaría un vistazo, cuando los obreros y el personal no estuvieran por allí.

Por el momento bajó las escaleras, ya que también le preocupaba un poco el aumento de la barriga típica de la mediana edad, y salió al calor de la calle.

Era un bonito pueblo, se dijo. A Jen le gustaría; las tiendas, el arte. Antes de marcharse compraría algunas cosas para ella y para los chicos, incluyendo al nuevo bebé, cuyo sexo y nombre desconocía aún.

Se fijó en que había muchos turistas. Un tipo con una cámara pasaría desapercibido. Hizo uso de la misma para tomar algunas fotos del hotel, enfocando de cerca las ventanas de la suite en cuestión, que tenía las cortinas echadas.

Tenía buen ojo para la fotografía. Pensó que cuando le llegara el momento de retirarse de la investigación privada, probaría con la fotografía como afición con que ganarse la vida. Deambuló por el pueblo, enfocando y disparando la cámara. Una ventana interesante, un primer plano de unas flores plantadas en un barril de whisky cortado por la mitad. A simple vista parecería alguien que daba una vuelta, sin un destino concreto.

Pero tenía las señas principales en la cabeza. Para acercarse a la casa de Lowery tendría que ir en coche, pero podía pasar a pie por el apartamento del jefe de policía y por la casa en que aún vivían sus padres. Solo para formarse una primera impresión del sitio, de la gente, pensó, y dedicó algo de tiempo a estudiar las ventanas del piso de Brooks Gleason, situado encima de una frecuentada cafetería.

Reparó en que tenía las persianas subidas. Allí no había nada que ver, concluyó. Dio la vuelta hasta la parte de atrás y sacó algunas fotos de las macetas mientras estudiaba la entrada posterior.

Cerraduras decentes aunque no imposibles de abrir, en caso de que tuviera la necesidad de fisgar dentro. Intentaría evitarlo si le era posible.

Con el mapa de la ciudad en la mano, cortesía del hotel, paseó por la acera.

Y se detuvo, absolutamente cautivado y deslumbrado por la casa del mural. Comprobó la dirección y confirmó que era, en efecto, la residencia de los padres del jefe de policía. La información que había recopilado con anterioridad decía que la madre era una artista y el padre, un profesor de instituto.

Tuvo que dar por sentado que la mujer del pañuelo arcoíris en la cabeza, subida a un andamio, con un peto salpicado de pintura, era la madre del sujeto.

Atado a la base del andamio había un cachorro que se había acurrucado a dormir a la sombra.

Impulsado por su propio interés tanto como por el trabajo, Roland tomó unas fotos y se aproximó. Cuando llegó al borde del jardín, el cachorro se despertó y se puso a ladrar como un loco.

Y la mujer miró hacia abajo, ladeando la cabeza.

—¿Puedo ayudarle?

—Siento interrumpir. Tan solo estaba dando una vuelta y…, esto es asombroso. ¿Lo ha pintado usted sola?

—Así es. ¿Está de visita?

—Pasando unos días en el pueblo. Soy fotógrafo y estoy visitando los Ozarks unos días. Quiero hacer una exposición.

—No le faltarán temas por aquí. Vale, Platón, ya bajo.

Descendió con agilidad y desató al perro, que al instante corrió a olisquear a Roland.

—Buen perro. —Se puso en cuclillas para frotar el pelaje del animal—. Supongo que le he despertado.

—Es un perro guardián muy feroz, como puede ver. Soy Sunny O'Hara —agregó tendiéndole la mano manchada con salpicaduras de pintura.

—Roland Babbett. ¿Le importa si tomo algunas fotografías de la casa? Es maravillosa.

—Adelante. ¿De dónde es, Roland?

—De Little Rock.

—Mi hijo vivió allí algunos años. Era detective de policía. Brooks Gleason.

—No puedo decir que le conozca, pero intentaré no meterme en líos.

Sunny sonrió al tiempo que lo hacía él.

—Eso está bien, porque ahora es el jefe de policía de aquí.

—Parece un pueblo agradable. Supongo que no tendrá demasiado jaleo.

—Oh, bueno, siempre hay algo. ¿Dónde se aloja?

—Estoy en plan derrochador, ya que acamparé durante la segunda mitad de este viaje. Estoy en el hotel de los Ozarks.

—No encontrará nada mejor; es una de las joyas de la corona de Bickford. Resulta que hace unos días tuvimos un pequeño problema allí. El gamberro de la ciudad y un par de sus amigotes destrozaron la suite del hotel.

—¿Es eso lo que pasa? Estoy en esa planta y me han dicho que habría algo de ruido. Las reparaciones están en marcha.

—Un montón de reformas. Tal vez le convendría cambiar de habitación.

—Oh, no me molesta. Duermo como un tronco. —Dejó que la cámara pendiera de su cinta de manera distraída y amistosa—. Aunque siento enterarme del problema. Es un hotel precioso. La arquitectura, el mobiliario. Tiene el ambiente de un hogar… con beneficios. ¿Por qué lo destrozaron?

—Supongo que hay gente a la que le gusta romper cosas.

—Es una lástima. Imagino que hasta en los pueblos pequeños y agradables hay gamberros. Procuraré no acercarme a él mientras esté aquí.

—Está en la cárcel y es probable que siga allí una temporada. Descubrirá que la mayoría de la gente que vive aquí es amable. Dependemos de los turistas y los artistas como usted. Menuda cámara tiene.

—Es mi pequeña. —Le dio un toquecito. Apreciaba las fotos que había hecho casi tanto como la información que Sunny le daba sin reservas—. Aún sigo utilizando carrete de vez en cuando, pero prefiero la fotografía digital.

—Si consigue algo que quiera vender, puede llevarlo a la galería de Shop Street. Compran mucha fotografía local.

—Agradezco la información. Un par de ventas me ayudarán a vivir de perritos calientes y judías durante las próximas semanas.

Charló con ella durante algunos minutos más y luego regresó al centro de la ciudad. Si se fiaba de Sunny O'Hara, al cliente no le iba a gustar nada el informe, pensó Roland.

Se dirigió a la cafetería. Por norma general, cafeterías y camareros eran buenas fuentes de información. Eligió un reservado con una buena vista del ajetreo cotidiano y dejó la cámara sobre la mesa con cuidado.

Estuvo tentado de hacerle una foto a la camarera; le encantaba empaparse del personaje y tenía un buen rostro, unas facciones interesantes.

—Café, por favor.

—¿Qué le parece si le traigo un trozo de tarta para

acompañarlo? La de cerezas está especialmente buena hoy.

—¿Tarta de cerezas? —Imaginó la barriga cervecera. Así que haría cincuenta abdominales extras aquella noche—. Me parece que no puedo negarme.

—¿Caliente? ¿Con helado de vainilla casero?

Vale, setenta y cinco abdominales extras.

—Sí, señora. No conozco a nadie con la suficiente fuerza de voluntad para decir que no a eso. Si está tan bueno como parece, voy a venir por aquí todos los días mientras esté en la ciudad.

—Lo está. ¿Está de visita? —preguntó, casi con el mismo tono desenfadado de Sunny.

Roland le contó la misma tapadera, e incluso le enseñó algunas fotografías que había tomado de la casa del mural.

—Nunca se sabe qué será lo próximo que pinte. Son unas fotos preciosas.

—Gracias.

—Iré a por su pedido.

Se echó azúcar al café mientras esperaba y estudió su guía como un buen turista. La camarera le llevó una generosa porción de tarta con helado ligeramente derretido sobre la cubierta de tiras de hojaldre entrelazadas.

—Suena y parece delicioso. —Roland tomó un trozo con el tenedor—. Y sabe aún mejor. Gracias, Kim.

—Buen provecho. —Ella miró hacia la puerta, y también él, cuando Brooks entró en la cafetería—. Hola, jefe.

Cuando la camarera señaló el reservado frente al de él, Roland decidió doblarle la propina.

—Solo café.

—No conoces la tarta de cerezas con helado. Sé de buena tinta que nadie puede rechazarla. —Le guiñó un ojo a Roland mientras hablaba, y él le hizo una señal con el tenedor cargado.

—Ahora mismo se desperdiciaría conmigo. ¡Abogados!

—Bueno, encanto, eso exige dos buenas bolas de helado de vainilla casero sobre la tarta.

—La próxima vez. Solo he venido a por una taza de café decente y cierto espacio para revisar mis notas.

—De acuerdo. ¿Son los abogados de Blake? —le preguntó

mientras le servía el café.

—Unos nuevos. A Harry lo ha largado y, entre tú y yo, creo que está dando saltos de alegría porque le hayan despedido. Blake ha contratado a un bufete del norte.

—¿Abogados yanquis? —Kim hizo una mueca burlona—. No debería sorprenderme.

—Trajes de Armani y maletines de Louis Vuitton, al menos según el asistente jurídico Big John Simpson, que se ocupa de la investigación del caso. Tienen mociones y más mociones. Para empezar quieren un cambio de jurisdicción. Al juez no le caen bien, así que algo es algo.

—Quieren alejarle de aquí, de la gente que sabe la clase de bicho despreciable que es el hijo de Blake.

—No puedo decir que los culpe. Pero los hechos son los hechos, aquí y en la luna. El problema es que los acontecimientos no siempre son suficientes en un juzgado.

Kim dio un paso atrás y plantó los brazos en jarras, con los puños cerrados.

—¿No creerás que se va a librar? No después de lo que hizo.

—No voy a pensar en ello porque si se va de rositas, puede que la próxima vez el chico mate a alguien; me lo dice el instinto.

—Dios mío, Brooks.

—Lo siento. —Brooks se frotó los cansados ojos—. Debería haberme llevado mi mal humor a mi despacho.

—Quédate ahí sentado y tómate el café, y no dejes que esto te afecte. —Se inclinó para darle un beso en la coronilla—. Hiciste lo que te correspondía y todo el mundo lo sabe. Solo puedes hacer tu trabajo.

—Siento que tenía que hacer más. En fin…, solo café.

—Pégame una voz si quieres algo más.

Se alejó meneando la cabeza y rellenó la taza de Roland a la que pasaba.

Roland se quedó sentado, meditando. Nada de lo que había dicho el policía le sonaba a falso. Él mismo aborrecía a aquel «bicho despreciable». Pero tal y como había dicho la sabia y maravillosa Kim, uno solo podía hacer su trabajo.

El suyo era encontrar cualquier cosa que pudiera inclinar la

balanza a favor del cliente.

Casi se atragantó con la tarta cuando una visión entró por la puerta.

Sabía que los pequeños pueblos del sur producían algunas bellezas y, en su opinión, las mujeres sureñas tenían el don de cultivar esa hermosura como rosas de invernadero. Quizá fuera el clima, el aire, la posibilidad de llevar aquellos vaporosos vestidos veraniegos como el que en aquel momento lucía la mujer que acababa de entrar. Quizá fuera su pausada forma de caminar o algún secreto que pasaba de madres a hijas.

Fuera lo que fuese, funcionaba.

Amaba a su esposa y, en los doce años que llevaban juntos, diez de los cuales con la alianza en el dedo, jamás se había descarriado. Pero un hombre tenía derecho a fantasear de tanto en tanto, cuando posiblemente la mujer más sexy que jamás hubiera existido se paseaba ante sus ojos.

Ella se acercó contoneando las caderas al reservado de Gleason y se sentó, como si fuera mantequilla fundida sobre una tostada caliente.

—No es un buen momento, Sylbie.

En el mundo de Roland, siempre era un buen momento para Sylbie.

—Solo tengo una pregunta. No voy a intentar recuperarte ni nada por el estilo. Ya aprendí la lección el pasado mes de marzo.

—Te lo agradezco, pero no es ni el momento ni el lugar.

—Pareces tenso, cansado y de mal humor. Lo siento. En otro tiempo fuimos amigos. —Apartó la mirada al ver que él no decía nada y exhaló un suspiro que hizo que sus exquisitos pechos se alzaran y descendieran—. Supongo que no éramos amigos, y puede que la culpa sea mía. He estado pensando mucho desde que me puse en ridículo ante ti.

—No vayas por ahí.

—Para ti es fácil decirlo, ya que no fuiste tú quien se quedó allí de pie, en pelotas.

Roland notó que se empalmaba y se disculpó con su esposa para sus adentros.

—Fue un error, y parte de la culpa es mía por no hablarlo

contigo. Tú lo sientes; yo lo siento. Vamos a olvidarlo.

—No puedo olvidarlo hasta que lo sepa.

—¿Hasta que sepas qué?

—¿Por qué ella y no yo? Eso es todo. Necesito que me digas por qué quieres estar con Abigail Lowery…, todos saben que estás con ella…, y no quieres estar conmigo.

Roland también quería saberlo, y no solo por el cliente. Había visto la foto de Lowery y era atractiva, claro. Guapa, puede que incluso hermosa de un modo sereno. Pero ¿al lado de la estupenda Sylbie? No era tarta de cerezas con helado.

—No sé explicártelo.

—Pues dime tan solo la verdad. ¿Es mejor que yo en la cama?

—Joder.

—No era la pregunta apropiada. —Con gesto impaciente, se retiró aquella gloriosa melena—. No pensaba averiguarlo, aunque me rondaba la cabeza. Solo dame algo que pueda comprender, ¿quieres?

—Me hace feliz. Cuando estoy con ella siento que es donde debo estar, donde he querido estar. Y todo lo que importa cobra sentido. No sé por qué una persona se enamora de otra, Sylbie. Simplemente sucede.

—¿Estás enamorado de ella?

—Estoy enamorado de ella.

Sylbie bajó la mirada a la mesa durante un instante.

—¿Puedo beber un poco de tu café?

—Claro.

Sylbie cogió la taza, hizo una mueca y la dejó después de tomar un sorbo.

—Siempre lo endulzas demasiado.

—Una mala costumbre.

—¿Alguna vez me has querido?

—Te deseaba. Había veces en que te deseaba tanto como si estuviera a punto de morir de hambre. La primera vez éramos demasiado jóvenes para saberlo. ¿La segunda? Puede que los dos intentáramos saberlo. Yo no podía hacerte feliz a ti y tú no podías hacerme feliz a mí. Y nada de lo que importaba de verdad tenía sentido.

—El sexo sí.

Brooks rió un poco.

—Vale, en eso tienes toda la razón. Pero el sexo, incluso el bueno, no puede ser el principio, el final y todo lo que hay en medio.

—Creí que lo había comprendido después de mi primer divorcio, pero supongo que no. Y el segundo… Nunca quise ser la clase de mujer con dos divorcios a la espalda. —Se dio la vuelta para mirar por la ventana—. Pero lo soy.

—A lo mejor deberías pensar en ello como en dos matrimonios. Supongo que las personas que se casan más de una vez son optimistas.

—Optimistas. —Con una media carcajada, apartó la taza de café —. Suena mejor que fracasado.

—No eres una fracasada, Sylbie.

—Estoy saliendo con Grover, más o menos.

—¿Estás…? Oh. —Brooks cogió su taza y la apuró—. Vaya.

—Lo sé. No es la clase de hombre en que me fijo. No es guapo y tiene algo de barriguita. Pero es muy dulce. Tú también lo eras, pero no lo apreciaba. Con él sí. Aún no nos hemos acostado, pero estoy a gusto con él. Me siento mejor conmigo misma. Supongo que somos amigos del modo en que tú y yo no lo éramos.

—Eso está bien.

—Me hace feliz y no me lo esperaba. Supongo que descubriré si puedo seguir siéndolo.

—Espero que así sea.

—Yo también. —Se levantó—. No creo que esté lista para decirte que yo también espero que sigas siendo feliz con Abigail Lowery, pero casi lo estoy.

—Es un comienzo.

—Hasta luego.

La mujer salió cimbreando las caderas. Roland decidió que tenía mucho en lo que pensar, pero dado que se había terminado la tarta, tendría que hacerlo en otra parte. De todas formas Gleason se marchaba, tras dejar el dinero del café en la mesa.

Tal vez se acercara hasta la casa de Lowery y tanteara el terreno.

***

Abigail se tomó un descanso y se dedicó a ojear recetas en internet. Aquello impedía que se preocupara, o mejor dicho, casi. Sabía que cuando Brooks regresara querría hablar de lo que iba a pasar. Le preocupaba lo que él pensara que debía suceder.

De modo que trabajó, hizo la colada, trabajó, quitó las malas hierbas del jardín, trabajó, ojeó recetas. Parecía no poder calmarse, concentrarse en una tarea hasta haberla terminado.

No era propio de ella.

Ojalá llegara Brooks.

Ojalá pudiera estar sola.

Ojalá supiera lo que deseaba en realidad. Odiaba la indecisión, la persistente ansiedad. No resultaba productiva.

Cuando sonó la alarma, se giró en la silla, convencida de que haberle contado la historia a Brooks, de que habérsela contado a alguien, había llevado a los Volkov hasta su puerta.

Era irracional. De hecho era ridículo, reconoció, pero se le aceleró el pulso mientras observaba en el monitor al hombre con la gorra de béisbol.

Se fijó en que llevaba una buena cámara, que las botas parecían bastante usadas y que tenía una mochila.

Un senderista o un turista que se había desviado hasta su propiedad a pesar de las señales. Era muy probable que fuera eso.

Cuando el intruso sacó los prismáticos y los apuntó hacia la cabaña, aumentó su ansiedad.

¿Quién era? ¿Qué hacía?

Se estaba acercando. Cada vez más.

Se detuvo de nuevo, observando con sus prismáticos plegables, moviéndose despacio hasta que Abigail tuvo la impresión de que estaba mirando justo una de las cámaras. Luego continuó dando vueltas en círculo.

Se quitó la gorra y se frotó el pelo antes de sacar una botella de agua y tomar un buen trago. Después de meter la mano en el bolsillo, cogió una brújula, dio un paso y se tropezó. Soltó la brújula, que cayó al suelo. Vio que su boca se movía mientras se agachaba para agarrarla de nuevo.

La meneó, levantó la cara al cielo y después se sentó en la tierra, apoyando la cabeza en las rodillas.

Permaneció en esa postura durante unos instantes antes de ponerse en pie. Se limpió la cara y acto seguido continuó hacia la cabaña.

Tras comprobar su arma, Abigail salió con el perro y dio la vuelta.

Podía oírle acercarse. No le pareció que lo hiciera con sigilo, pensó, e iba farfullando y le costaba respirar. Desde un lateral del invernadero le vio aparecer y le oyó decir «Gracias a Dios», alto y claro, al tiempo que se dirigía a la puerta de atrás.

Llamó y se limpió el sudor de la cara mientras esperaba. Luego golpeó de nuevo, con más fuerza.

—¡Hola! ¿Hay alguien? Por favor, que haya alguien.

Se encaminó hacia el porche y pegó la mano a la ventana de cristal.

Entonces Abigail salió de donde estaba, con el perro a su lado.

—¿Qué quiere?

El hombre se sobresaltó como un conejo, dando media vuelta.

—Por Dios, me ha dado un susto de muer… —Abrió los ojos como platos al ver la pistola y levantó las manos—. Dios mío, no me dispare. Estoy perdido. Me he desorientado. Solo busco el camino hasta mi coche.

—¿Qué estaba haciendo en el bosque, en mi propiedad? Está bien señalizada.

—Lo siento. Discúlpeme. Estaba tomando fotografías. Soy fotógrafo. Iba a tomar unas cuantas fotos, a adaptarme a las sensaciones, y me distraje y me adentré más de lo que pretendía. Lo siento, no debería haber ignorado las señales de prohibido el paso. Puede llamar a la policía. No me dispare. Me… me llamo Roland Babbett. Me alojo en el hotel de los Ozarks. Puede comprobarlo.

—Por favor, quítese la mochila, déjela en el suelo y apártese.

—Vale, claro.

No llevaba pistola; le había visto girar en círculo y la habría divisado. Pero podría llevar un arma en la mochila.

—Puede quedarse con lo que quiera —dijo cuando la dejó en el suelo—. Mi cartera está dentro. Puede coger el dinero.

—No quiero su dinero.

—Oiga, escuche. Me he perdido. Se me ha caído la brújula y se ha roto. He visto la cabaña con los prismáticos cuando estaba echando un vistazo. Solo he venido a pedir ayuda. Llame a la policía.

—¿Dónde ha dejado su coche?

—Si lo supiera no estaría perdido. No pretendo hacerme el listillo —se apresuró a añadir—. Salí de Bickford en dirección sur durante poco más de kilómetro y medio y luego paré en la cuneta. La luz era muy buena y también las sombras. Quería hacer algunas fotos. Fotografías, quiero decir —repuso observando el arma con recelo.

—Debería respetar la propiedad privada.

—Sí, tiene razón. Lo siento mucho.

—Si va por ahí, llegará a la carretera —le indicó—. Gire a la izquierda. Debería encontrar su coche a unos seiscientos cincuenta metros.

—De acuerdo. Gracias. Yo solo…

—Coja su mochila —le dijo al ver que se disponía a bajar del porche sin ella.

—Vale. —La asió; su mirada se desvió de la cara de ella, al arma, al perro y otra vez a la cara—. Gracias.

—De nada.

Abigail le vio alejarse con cierta prisa hasta que se perdió de vista. De nuevo en la casa, continuó vigilándole en el monitor mientras recorría a paso ligero el camino que llevaba hasta la carretera principal, mirando por encima del hombro cada pocos minutos.

Le había asustado, pensó. Bien, él también la había asustado a ella. Suponía que estaban en paz.

***

Roland sabía con exactitud dónde había dejado el coche.

No se había esperado que llevara pistola. Tampoco se había imaginado las cámaras. Le habían dicho que contaba con un sistema

de seguridad, incluyendo cámaras alrededor de la casa. Nadie le había mencionado que se adentraban en el bosque.

Si no hubiera divisado aquella cuando lo había hecho, habría echado por tierra todo el trabajo.

Lowery se había tragado el numerito del senderista asustado y perdido. ¿Por qué no habría de hacerlo? Le había apuntado con la Glock como alguien que sabía utilizarla. Como un profesional dispuesto a usarla.

Eso lo admiraba, en esos momentos, cuando ya no se encontraba delante del cañón.

Y el perro. Tenía conocimiento del perro, pero, por Dios bendito, era un bicho enorme.

Además estaban las cerraduras de la puerta trasera. Lo mejor que se podía conseguir, meditó mientras lanzaba la mochila en el asiento de atrás. Era muy bueno con las ganzúas, pero jamás lograría abrir esas. Lo cual era irrelevante, ya que no podría esquivar las cámaras sin un equipo especial.

Tanta seguridad resultaba excesiva.

El trabajo acababa de ponerse mucho más interesante. Cualquiera con una seguridad semejante, con un perro enorme, con esa actitud hostil…

Esa mujer tenía algo que esconder. Y a él le encantaba descubrir lo que la gente ocultaba.

24

Brooks entró en la cocina con un ramo de margaritas blancas, con el disco floral de un intenso color amarillo, y un hueso para Bert.

—Me has traído flores otra vez.

—Mi padre le regala flores a mi madre una o dos veces a la semana y he supuesto que se debe a que le hacen sonreír, como estás haciendo tú ahora.

—Me preocupaba que las cosas no estuvieran bien cuando vinieras esta noche, que resultara incómodo después de todo lo de ayer. Y me has traído un ramo.

—Pues ya puedes dejar de preocuparte.

Abigail cogió un jarrón, deseando tener un pequeño y bonito florero, y se prometió que compraría uno la próxima vez que fuera a la ciudad.

—Siempre que entro aquí hay algo que huele muy bien, además de ti.

—Es romero —le dijo—. Es muy fragante. He encontrado una nueva receta para el pollo que quería probar.

—Me alegra ser tu catador.

—Irá bien con el Pouilly-Fumé.

—Si tú lo dices. —Brooks le retiró el pelo de la cara y luego se deleitó acariciándole el cuello con la nariz—. ¿Qué tal has pasado el día?

—Estaba inquieta y distraída, pero he terminado algo de trabajo. Y me ha interrumpido un senderista perdido…, un fotógrafo. No entiendo por qué la gente no respeta las líneas de demarcación. Hay tanto terreno de acceso libre que no hay necesidad de entrar en una propiedad privada.

—La hierba siempre es más verde al otro lado de la valla. ¿Ha

venido a la casa?

—Sí. Ha disparado la alarma y le he visto en el monitor. Se ha caído y ha roto la brújula, y al parecer ha visto la cabaña con los prismáticos.

Brooks se detuvo mientras servía el vino.

—¿Prismáticos?

Abigail echó un vistazo al pollo.

—Sí. Me preguntaba si había visto la cámara con ellos, pero parece que estaba buscando el camino o algo de ayuda. He salido fuera y he rodeado el invernadero para poder acercarme a él por detrás.

—¿Has salido cuando un desconocido se aproximaba a la casa?

—Sé cuidarme sola. Lo he hecho durante mucho tiempo, ¿recuerdas? Estaba solo. Yo tenía mi pistola y a Bert. El tipo ha llamado a la puerta y ha hablado en alto. Y se ha quedado muy desconcertado cuando he aparecido con el arma.

Brooks terminó de llenar las copas y tomó un buen trago.

—Ya, eso lo entiendo.

—No pretendía asustarle. No debió entrar en una propiedad señalizada. Le he interrogado brevemente y luego le he orientado hacia donde había dejado el coche, si es que me ha dado las señas con exactitud. Se ha marchado a toda prisa.

—¿Una mujer armada con un perro enorme? Habría sido tonto de no irse. ¿Qué estaba haciendo aquí?

—Tomando fotografías. Me ha dicho que se llama Roland Babbett y que se aloja en el hotel de los Conroy.

—Eso es muy fácil de comprobar. —Brooks sacó su teléfono móvil—. ¿Qué aspecto tenía?

—Treinta y pico años. Uno ochenta de estatura y unos setenta y siete kilos de peso más o menos. Complexión media, pelo castaño claro, ojos marrones y mentón prominente. Llevaba una gorra color tierra con un logotipo de Greenpeace, una camiseta negra del grupo R.E.M., unos pantalones cortos con muchos bolsillos y botas de montaña. Tenía una mochila azul marino y una cámara Nikon colgada del cuello. La cinta tenía signos de la paz multicolores.

—Sí, habrías sido una buena policía —replicó Brooks—. Le he visto antes en la cafetería. Tarta de cerezas con helado.

—¿Qué significa eso?

—Nada. Solo es interesante. ¿A qué hora ha venido aquí?

—La alarma ha sonado a las 16.18.

—Es curioso. Le he visto en la cafetería del pueblo a las cuatro en punto. Menos de media hora después ha estado aquí.

La mano de Abigail aferró el tallo de la copa con fuerza.

—Crees que me han encontrado.

—Cielo, ¿te parecía un mafioso ruso? ¿Y sería su estilo mandar a un tío a fisgonear en el bosque?

—No. —Sus hombros se relajaron—. No iba armado. Al menos no llevaba una pistola encima. Los Volkov no enviarían a un hombre solo y desarmado.

—Creo que es una conclusión muy fiable. —Pero tenía intención de ser concienzudo, de modo que tecleó un número en su móvil—. Oye, Darla, ¿qué tal estás? Ajá. Esos catarros de primavera pueden ser un latazo. Descansa un poco. Sí, es esa época del año. Escucha, ¿has registrado a un huésped llamado Roland Babbett? No hay ningún problema. Ajá, hum. Supongo que tiene que haber de todo en esta vida, ¿verdad? Ajá. —Miró a Abigail poniendo los ojos en blanco—. Sí, Roland Babbett. ¿En qué habitación está? Bueno, Darla, no te lo pregunta cualquiera. Soy el jefe de policía. Solo estoy comprobando una cosa. Sabes que puedo llamar a Russ para preguntárselo. Ajá. ¿En serio? Mmm-hum. No, ningún problema, es solo algo rutinario. Cuídate ese catarro, ¿me oyes? Adiós. —Cogió la copa de nuevo—. Darla suele enrollarse un poco. Se aloja allí. Cogió una habitación, la pidió justo en la misma planta de la suite Ozarks.

—¿La que Justin y sus amigos destrozaron?

—Así es. ¿No te resulta curioso que viera al tal Babbett en la ciudad y que viniera aquí, con una cámara y unos prismáticos, y que se aloje al fondo del pasillo en que se encuentra esa suite en particular?

—Podría tratarse de una coincidencia, aunque parece planeado.

—Es una muy buena palabra para describirlo. Planeado por Blake. —Apoyando la cadera contra la encimera, cogió el vino—. ¿Qué te juegas a que si rasco un poco descubriré que Roland Babbett es un detective privado de una agencia cara?

—Creo que ganarías la apuesta. Sí que ha visto la cámara y ha pensado con rapidez, fingiendo haberse perdido. —Engañándola, pensó con considerable irritación—. Pero no entiendo qué saca viniendo aquí.

—Un poco de trabajo preliminar. Echar un vistazo a tu casa, formarse una opinión. Hoy ha tenido algo de suerte al divisar una de tus cámaras y utilizarla en su provecho para establecer contacto. No me cabe duda de que el recibimiento le ha hecho pasar un mal rato, pero de todas formas le ha dado resultado. Ha mantenido una conversación, te ha visto de cerca. Lo mismo que antes, cuando entré en la cafetería a tomarme un café estando él allí. Se quedó sentado, se comió la tarta y echó un vistazo y… ¡Mierda!

—¿Disculpa?

—Seguro que tenía los oídos bien abiertos. Sin duda escuchó casi cada palabra de mi conversación con Sylbie. La cual no pensaba mencionarte —agregó al ver que Abigail no decía nada—. Y ahora se me ocurre que no era lo correcto, porque supongo que ha sido una charla importante. Y tú formabas parte de ella.

—¿Has hablado de mí con ella?

—Y ese tonito, esa mirada, era el motivo por el que no iba a decírtelo.

—No sé a qué te refieres. —Se dio la vuelta para poner a cocer las judías verdes que había comprado esa semana y que ya había limpiado—. No tengo ningún tonito.

—Podrías cortar ladrillo con él. No es que importe. —No se molestó en disimular la sonrisa al darle un suave empujón en la parte baja de la espalda—. Resulta bastante halagador.

—Yo no me sentiría halagada. No me importa que hables de mí con tu antiguo… contacto.

—Conectar, eso es lo que Sylbie y yo jamás hicimos en realidad. Llegó mientras me estaba tomando el café y se sentó. En parte para disculparse por aquel, digamos desafortunado, incidente de marzo. Y en parte para hacerme una pregunta. Quería saber por qué tú y no ella.

Abigail retiró el pollo del fuego mientras le daba vueltas a aquello.

—Es un cuestionamiento válido, desde su punto de vista. Es lo

que tú pensarías. Según el mío, es incómoda y molesta. Una mujer con su físico estaría acostumbrada a tener a quien quiere y a mí no me vería con los mismos ojos, lo cual es muy justo. Por cierto que pueda ser, sigue siendo molesto. Te sientes complacido porque estoy molesta, y eso solo me irrita más.

—Antes de que te cabrees del todo, ¿no quieres saber qué le contesté?

—No es asunto mío lo que hayas dicho en una conversación privada. —Sacó los platos y los dejó con brusquedad—. Sí, quiero saberlo.

—Le he dicho que cuando estoy contigo siento que es lo correcto, que es donde debo estar. Que todo cobra sentido. Le he declarado que no sé por qué una persona se enamora de otra, que simplemente ocurre.

Abigail se dio la vuelta, mirándole a los ojos.

—Le has dicho que me quieres.

—Así es, porque te quiero.

—Estoy menos molesta.

—Bien. Vamos por buen camino. No quería tener esa conversación con ella, pero después de haberla tenido me doy cuenta de que ha sido algo bueno. Creo que nos entendemos mejor el uno al otro de lo que jamás lo hemos hecho y que eso nos facilitará las cosas.

—Sería más sencillo para mí si no estuviera tan dotada físicamente. Eso es una mezquindad. Y no me gusta ser mezquina y superficial.

—Como he crecido con dos hermanas puedo decir con seguridad que lo más probable es que ella piense lo mismo de ti. Pero el caso es que Roland Babbett lo ha escuchado todo.

—Nada de eso guarda relación con los cargos contra Justin Blake, si es que Babbett es en verdad un detective privado que trabaja para el padre del chico.

—No, pero es combustible. Igual que el que tú lleves una pistola y tengas un sistema de seguridad de primera. ¿Aguantarán tus referencias?

—Mi documentación e historial disponible soportarán una investigación policial estándar. No habría razón para cuestionarlos.

—Estamos hablando de un detective privado, no de la policía —puntualizó Brooks.

—Creo que soportarán una investigación rigurosa. Nunca he tenido ningún problema.

—¿Alguna vez te han arrestado o llevado a comisaría para interrogarte?

—No, pero mis clientes averiguan quién soy de forma rutinaria antes de contratarme. Debido a la delicada naturaleza de mi trabajo, y a mis honorarios, mi documentación y referencias son revisadas de manera meticulosa por cualquier cliente nuevo.

—Eso está bien. —Asintió, satisfecho—. Bueno es saberlo. Lo que me preocupa, y ahora mismo no es más que una leve preocupación, es que Babbett no estaría trabajando para un cliente que espera contratarte, sino para uno que busca trapos sucios, algo que utilizar para desacreditarte o amenazarte.

—Tendría que ser muy hábil y perseverante.

—Quizá tomemos algunas precauciones.

—Podrías intimidarle. Tienes autoridad y armas. Podrías encararte con él, asustarle y obligarle a marcharse.

—Tal vez, pero ese es el tipo de cosas que avivarían su curiosidad una vez que se hubiera ido. A menos que tenga algo con que hacer fuerza.

—No quiero marcharme.

—No vamos a permitir que eso suceda.

Odiaba aquel nuevo estrés, aquella complicación adicional que nada, absolutamente nada, tenía que ver con los Volkov.

—Si me hubiera quedado en la casa, si no hubiera abierto la puerta, o si me hubiera limitado a orientarle…

—No creo que eso hubiera servido de mucho. Está haciendo su trabajo. Lo que vamos a hacer…, o más bien lo vas a hacer tú, ya que eres mejor y más rápida…, es averiguar lo que podamos sobre él. Tenemos que saber a qué clase de hombre nos enfrentamos. Entretanto… quiero que mañana me prestes algunas de tus cámaras.

—¿Para qué?

—Para tomar las precauciones que te comentaba. ¿Te parece bien que el Departamento de Policía de Bickford tome prestado parte de tu equipo durante un día o dos?

—Sí. —Se sacó del bolsillo una anilla con llaves—. Llévate lo que quieras.

—Gracias. Me ocuparé de que Ash y Boyd vengan a por ello, si estás de acuerdo. Necesito hacer un par de llamadas para ponerlo en marcha.

—Entendido. Tengo que terminar de hacer la cena. —Con un poco de suerte eso le calmaría los nervios—. No quiero cocinar demasiado la verdura.

Tenía que hacer algo, debía mantenerse ocupada, de manera que el pánico no la dominara. Si realizaba las tareas normales —añadir tomillo fresco y mantequilla a las judías verdes, rociar el pollo con la salsa de vino y servirlo con patatas asadas— podría aferrarse a la ilusión de normalidad.

Había preparado y presentado la cena muy bien, pero apenas fue capaz de obligarse a tomar unos pocos bocados.

Tenía un plan de contingencia. Siempre lo tenía. Todos los documentos que necesitaba para asumir su próxima identidad se encontraban a buen recaudo dentro de su caja fuerte. Esperando.

Pero no quería utilizarlos, no pretendía convertirse en otra persona de nuevo. Aquello significaba que tendría que luchar para proteger quien era en la actualidad. Lo que tenía en ese momento.

—Aunque ese detective fuera muy hábil y muy persistente, le llevaría cierto tiempo desacreditar mis documentos y mi historial —comenzó—. Necesito más tiempo para planear y organizar cualquier tipo de contacto con la agente especial Garrison.

—¿Está en Chicago?

—Quería a alguien de Chicago, donde tienen su base los Volkov. Ella tendrá una motivación mayor y un mejor acceso. Su tiempo de respuesta será menor una vez que confíe en mi información.

—Bien pensado.

—Pero a menos que pueda preparar una alternativa, si establezco contacto directo, estará obligada a detenerme. Si tal cosa sucede, no creo que tenga tiempo ni oportunidad de limpiar mi nombre antes de que me eliminen.

Brooks extendió los brazos y le asió ambas manos.

—Nadie va a arrestarte, y puedes estar bien segura de que no te van a matar. Mírame. Cueste lo que cueste. Y he pensado en

alternativas y métodos.

—He considerado la posibilidad de enviar a la agente especial Garrison un correo electrónico a su cuenta personal para decirle quién soy y relatarle toda la historia, todos los detalles. Puedo hacerlo a través de múltiples servidores, como hago con la información que le envío, y sería imposible de rastrear. Pero podría filtrarse. Si la información que le proporciono cayera en malas manos, los Volkov no solo sabrán que sigo viva…

—Ilya Volkov te vio. Ya saben que estás viva.

—Pudieron comprobarlo hace cinco años, cuando residía en Nueva York. Podría haber sufrido un accidente o contraído una enfermedad terminal.

—Vale, es endeble, pero lo pillo.

—También sabrán que he accedido a sus cuentas, a sus archivos electrónicos y que le he pasado información al FBI. Naturalmente tomarían medidas para bloquearme el acceso, lo que me costaría tiempo y esfuerzo. Además serían mucho más cuidadosos con lo que escriben en sus mensajes y documentos electrónicos. Pero más aún, se enfurecerían y redoblarían sus esfuerzos por localizarme y eliminarme.

»Cuentan con informáticos muy hábiles. Parte de sus ingresos se debe al fraude informático, los timos y el robo de identidad.

—Tú eres mejor que ellos.

—Sí, lo soy, pero también he tenido mucho tiempo para estudiar y programar, para atravesar cortafuegos, eludir alertas. Con una seguridad más nueva y mejor, requeriría muchas horas hacerlo otra vez. En su lugar yo pondría trampas. Si cometiera un error podrían rastrearme. El tiempo, una vez más, es crucial. Cuando contacte con el FBI, si es que lo hago, el proceso de atrapar a Keegan y a Cosgrove, identificar a otros topos, arrestar a Korotkii, a Ilya…, todo eso tendría que llevarse a cabo con rapidez.

—Como fichas de dominó —sugirió.

—Sí, algo parecido. Por lo general los burócratas no actúan con rapidez.

—Lo harán.

—Es la palabra de una fugitiva, sospechosa, al menos para algunos, de matar o provocar las muertes de dos marshal, contra la

palabra de otros dos marshal, uno de los cuales ha sido condecorado y ascendido.

Brooks cubrió la mano inquieta de Abigail con la suya.

—Es el testimonio de una mujer que a los dieciséis años les entregó a un importante asesino de la mafia en una puta bandeja de plata. Fueron ellos quienes la cagaron.

—Eres parcial porque me quieres.

—Te quiero, pero también tengo buen instinto. ¿Piensas que el FBI, los U.S. Marshal y el Departamento de Policía de Chicago no harían lo que fuera para cortarle la columna vertebral a la organización de los Volkov? Tratarán contigo, Abigail.

Le exigió un gran esfuerzo apartar las manos de las de él.

—¿Me estás pidiendo que confíe en ellos para que me protejan?

—No. Te pido que confíes en ti misma y en mí para eso.

—Creo que eso puedo hacerlo.

—Entonces lo que necesitamos en primer lugar es un intermediario.

—No te entiendo.

—Alguien que hable por ti, que establezca contacto y abra la puerta a las negociaciones.

—No puedes…

—No —convino antes de que ella terminara—. No puedo ser yo. Estoy demasiado próximo a ti, emocional y geográficamente. Investigarán al intermediario. Pero no tendrán razones para relacionarnos ni a mí ni a ti con mi antiguo capitán del Departamento de Policía de Little Rock.

—No le conozco.

—Yo sí. Tú escúchame. El capitán Joseph Anson. Puedes investigarle. Es un policía honrado, condecorado, con veinticinco años de carrera. Tiene esposa, solo se ha casado una vez, y dos hijos. Es un buen jefe, un policía listo. Se ciñe a las reglas, aunque no tanto que no pueda saltarse alguna si es lo correcto. En el departamento se confiaba en él y se le respetaba porque es íntegro y honesto. Y tiene agallas.

Abigail se levantó y fue hasta la ventana para meditarlo. Un intermediario tenía mucho sentido, pues establecería un mediador razonable. Pero…

—¿Por qué iba a creerme ese hombre?

—Me creerá a mí.

—Aunque lo hiciera, ¿por qué iba a confiar en él la agente especial Garrison?

—Por su historial, su hoja de servicios, porque está limpio. Porque no tendría ningún motivo para mentir. Ya ha pasado sobradamente los treinta y le quedan pocos años para jubilarse. ¿Por qué iba a arriesgarse a perderlo todo mintiendo a los federales?

Abigail asintió, viéndole la lógica a aquello.

—Pero ¿por qué iba a arriesgarse involucrándose en esto?

—Porque es un buen hombre y un buen policía. —Brooks se levantó y fue hacia ella—. Porque ha criado a dos hijas, y si no es capaz de imaginárselas a ellas en tu lugar, yo haré que se las imagine.

—Me estás pidiendo que confíe en un hombre que no conozco, que nunca he visto en persona.

—Lo sé, y no creas ni por un segundo que no sé cuánto te estoy pidiendo. Si no puedes hacerlo, buscaré otro modo.

Abigail se volvió de nuevo hacia la ventana. El jardín y el huerto iban a las mil maravillas. Durante el último año su vida había sido tranquila en realidad. Y sin embargo nada había florecido hasta que le había abierto la puerta a Brooks.

—¿Le confiarías tu vida?

—Lo haría. Ahora tú eres mi vida.

—Oh, Dios mío, me dices eso y siento que me marchitaría si perdiera lo que he encontrado contigo. Haces que desee poner en riesgo la tranquilidad, Brooks, y creía que la tranquilidad era lo único que siempre había querido.

—No puedes seguir huyendo, Abigail. —La tomó de los hombros e hizo que se volviera hacia él—. No puedes aislarte de nuevo ni encerrarte en ti misma.

—Creía que podría, pero no, no puedo. Ya no. ¿Cómo lo harías tú?

—Iría en coche hasta Little Rock. No podemos correr el riesgo de llamar por teléfono o enviar un correo electrónico; no solo para no dejar un rastro, sino porque Anson es un hombre al que le gusta el

cara a cara. Podría estar allí en menos de dos horas, poner esto en marcha y regresar antes de mañana.

—¿Esta noche?

—¿Qué sentido tiene posponerlo? Tenemos la seguridad de que hay un detective privado trabajando en su ordenador ahora mismo, escarbando. Tenemos ventaja, ¿por qué malgastarla? —Se plantó—. Coge tu portátil o tu iPad. Documéntate sobre el capitán durante el trayecto. Si no quedas satisfecha, daremos media vuelta y regresaremos.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Siempre. Pero sobre todo en este caso para que él te vea y te escuche. Quiero que se lo cuentes del mismo modo en que me lo contaste a mí. Tienes miedo y no te culpo. —La estrechó entre sus brazos—. Quieres tomarte más tiempo, analizar, calcular, cuadrar los detalles. Pero eso no es lo que hiciste cuando saliste de aquella casa franca. Ni lo que hiciste en Nueva York, cuando te perseguían. Te guiaste por el instinto y los derrotaste.

—Me llevaré mi documentación alternativa y dinero en efectivo. Y mi bolsa de emergencia. Si esto sale mal, no volveré aquí.

—Si sale mal, me iré contigo.

—Sé que lo piensas ahora…

—Ahora es donde estamos. Coge lo que creas que necesitas.

—Quiero llevarme a Bert.

Brooks esbozó una sonrisa.

—No consentiría que fuera de otro modo.

***

Condujo el coche de Abigail. Los vecinos no prestarían demasiada atención a un todoterreno aparcado en la entrada de la casa de Anson, pero sí recordarían un coche patrulla de la policía de Bickford si algún agente con placa preguntara en un futuro.

Mientras conducía, Bert hizo lo que todos los perros hacían en un coche, asomar la cabeza por la ventanilla trasera con una mueca en la cara, en tanto que Abigail se dedicó a trabajar en su ordenador.

—Tu capitán Anson tiene una excelente hoja de servicios.

—Es un buen policía.

¿Una ventaja o una desventaja?, se preguntó Abigail.

—Si acepta ayudarnos, ¿sabrás si está diciendo la verdad?

—Sí. Confía en mí.

—Lo hago. —Miró el borroso paisaje a través de la ventanilla—. Más de lo que he confiado en nadie durante doce años. Si esto sale bien y otros me creen, se producirán arrestos, juicios, y tendré que testificar. Y podría haber consecuencias. Tienes que ser consciente de eso.

—Podríamos seguir como hasta ahora, podríamos dejarlo estar. Y los dos, creo que los dos, jamás volveríamos a sentirnos bien. Más seguros sí, pero no bien del todo.

—Sentirme segura me ha bastado durante mucho tiempo. —Le miró de nuevo, maravillada aún por cómo una sola persona podía cambiarlo todo—. Ya no. De todas formas no será suficiente con hacer daño a la organización de los Volkov, con perjudicarla simplemente. Para estar bien y a salvo tenemos que destruirla.

—Estoy en ello.

—Tengo algunas ideas. Pero no todas son estrictamente legales.

Vio la sonrisa dibujarse en el rostro de Brooks.

—Eso no me sorprende. ¿Qué tienes en mente?

—He estado trabajando en una cosa, pero necesito perfeccionarla un poco más. Es algo informático.

Brooks la miró a ella y después al ordenador.

—Cosas de empollones.

—Supongo. Sí, cosas de empollones. Si hacemos esto tendré que dedicar más tiempo y esfuerzo a los programas que he estado desarrollando. Entretanto, si tu capitán accede, tienes que decidir cómo vas a comunicarte con él. Una vez que contacte con el FBI sobre este asunto, monitorizarán sus comunicaciones.

—Pararemos de camino para pillar unos móviles de prepago. Eso debería ser suficiente por el momento.

—Debería.

Brooks alargó el brazo, posando brevemente la mano sobre la de ella.

—Vamos a encontrar un modo.

Abigail le creía. No tenía sentido, desafiaba toda lógica, y sin embargo le creía.

Se puso nerviosa cuando Brooks recorrió la tranquila calle del bonito vecindario. Viejos y frondosos árboles, verdes jardines, luces encendidas en las ventanas.

El capitán Anson podría arrestarla en el acto. Podría insistir en contactar con los federales.

Podría no estar en casa, lo cual resultaría decepcionante y, en cierto modo, más estresante.

Podría…

—Relájate —le dijo Brooks al detenerse delante de una amplia casa de dos plantas, con un garaje anexo y un precioso arce rojo en el jardín delantero.

—Eso es imposible.

Brooks se volvió para mirarla cara a cara.

—Sí o no, Abigail. Tú decides.

—Sí, pero no puedo relajarme. —Si se veía obligada a escapar, no permitiría que Brooks huyera con ella. No dejaría que renunciara a su vida, a su familia, a su mundo. Tenía un juego de llaves extra en la bolsa y podía salir y desaparecer si era necesario. Si eso sucedía…—. Pase lo que pase necesito que sepas que estas últimas semanas han sido las mejores de mi vida. Estar contigo me ha cambiado. Ya nada será igual para mí, y me alegro.

—Vamos a ganar, empezando desde ahora.

—De acuerdo.

Le ordenó a Bert que permaneciera en el coche y ella se bajó. Después de que Brooks rodeara el capó, la cogió de la mano. Abigail hizo cuanto pudo por concentrarse en ese contacto mientras el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

Se veía luz en la ventana y podía oler la primavera y el inminente verano en el aire; la hierba, el heliotropo, las clavelinas, algunas rosas tempraneras. Sintió que aumentaba su ansiedad, como un yunque en su pecho, y cerró los ojos para mitigarla durante un momento mientras Brooks llamaba a la puerta.

El hombre que abrió tenía los hombros anchos y el cabello, que había comenzado a escasear en las sienes, bastante canoso. Llevaba unos pantalones beige y una camisa azul de estilo golfista, con unas

gafas de leer colgadas del bolsillo por la patilla.

Iba descalzo, y Abigail alcanzaba a oír los comentarios de un partido de béisbol procedentes del interior.

Sus ojos eran de un acerado color azul, hasta que la sonrisa apareció en su cara.

—¡Me cago en la leche, pero si es el jefe Gleason!

—Me alegro de verte, capitán.

—¡Me cago en la leche! —repitió Anson, luego le dio un abrazo a Brooks con un solo brazo mientras evaluaba a Abigail—. ¿No me vas a presentar a la señorita?

—Abigail Lowery, te presento al capitán Joe Anson.

—Encantado de conocerte, Abigail. Tío, Nadine va a sentir mucho no haberte visto. Se ha llevado a su madre a un viaje de chicas…, algo de un spa…, por su cumpleaños. No vuelven hasta el domingo. Bueno, pasad.

El salón parecía confortable, pensó Abigail, sencillo y se notaba que lo usaban, con fotografías familiares enmarcadas en una estantería y unas bonitas macetas con plantas de interior en el alféizar de la ventana.

—Estaba viendo el partido en el cuarto de atrás. Dejadme que apague el televisor.

—Siento interrumpir y haber venido sin avisar.

—No es necesario. Es mi segunda noche solo y estoy más aburrido que una ostra. —Entró en la habitación al lado del salón. Segundos más tarde salió y un viejo labrador amarillo siguió a Anson con paso dificultoso—. Es inofensivo —le dijo Anson a Abigail.

—Me gustan los perros. Tiene una cara muy inteligente.

—Huck siempre ha sido muy listo. Ahora está casi ciego y más sordo que una tapia, pero no ha perdido la inteligencia. ¿Por qué no entramos al salón y nos sentamos? ¿Qué tal está tu padre, Brooks?

—Está bien. Muy bien.

—Me alegro de oírlo. ¿Y el trabajo?

—Me gusta, capitán. Me gusta el lugar donde estoy y quién soy allí.

—Es un buen policía —le comentó Anson a Abigail—. Me fastidió perderle. ¿Os apetece una cerveza?

—No te la voy a rechazar.

—Yo sí —repuso Abigail. Luego se dio cuenta de que, dicho así, parecía una grosería—. Es decir, preferiría agua.

—Claro. Tengo limonada. No está tan mal.

—Me encantaría, gracias.

A instancias de Anson, tomaron asiento en la zona de estar frente a la amplia cocina abierta. Al fondo, las grandes puertas de cristal conducían a un patio, donde alcanzó a ver lo que supuso era una enorme barbacoa bajo un tejadillo negro y varias sillas y mesas de jardín.

Mientras Anson iba a por las bebidas, el viejo perro se acercó con aire cansado, olisqueó a Abigail y después apoyó la cabeza en su rodilla.

Ella le acarició el hocico y le frotó las orejas.

—Si te molesta, dile que se siente.

—No me incomoda.

—Abigail tiene un perro. Un perro enorme. Bert está en el coche.

—¿Por qué coño le habéis dejado allí? Ve a buscarle. Nos llevaremos las bebidas fuera y dejaremos que los dos se conozcan y se hagan amigos.

—Bert estará encantado. Si estás seguro, iré a por él. Le he ordenado que se quedara, así que no saldrá del coche si va Brooks.

—Ve a por él y llévale a la parte de atrás. La puerta está a la izquierda.

—Gracias.

Cuando ella salió, Anson le pasó la cerveza a Brooks y señaló con el pulgar las puertas correderas.

—¿Qué sucede, Brooks? —le preguntó mientras salían.

—Es algo gordo.

—Tu chica lo disimula bien, pero está tan nerviosa que con esa energía podría iluminar toda la ciudad de Little Rock.

—Tiene motivos para estarlo. La he convencido para que viniera aquí, a verte a ti, porque necesita ayuda. Y porque estoy enamorado de ella.

Anson exhaló un suspiro y tomó un buen trago de cerveza.

—¿Qué clase de problemas?

—Quiero que te lo explique ella y necesito que la escuches. Hasta el final. Cuento contigo, capitán.

—No es de por aquí ni tampoco de donde tú vienes.

—No, pero Bickford es ahora su hogar. Los dos queremos que siga siendo así.

Oyeron que la puerta se abría y se cerraba. Huck levantó la cabeza; Anson sabía que no se debía al sonido, sino al olor.

Anson enarcó las cejas cuando Abigail llegó por un lateral de la casa con Bert.

—Es un perro enorme y precioso.

—Además está muy bien educado —le aseguró Abigail—. *Ami* —le dijo a Bert cuando Huck se acercó, inquieto, para oler al recién llegado—. *Ami. Jouer*.

Con las colas levantadas, los perros se olisquearon el uno al otro. Huck se aproximó a la valla, y Bert le imitó. A continuación se pusieron a jugar.

—A Huck aún le queda algo de vidilla. —Anson le ofreció la limonada a Abigail y le indicó que tomara asiento—. Brooks me ha dicho que tienes una historia que contarme, Abigail.

—Sí. Debería empezar diciendo que no me llamo Abigail Lowery. Técnicamente. Soy Elizabeth Fitch. Cuando tenía dieciséis años vi a un hombre llamado Yakov Korotkii, que es un lugarteniente de los Volkov, una familia del crimen organizado, matar a su primo Alexi Gurevich y a mi amiga Julie Masters.

Anson se recostó en su silla. Al cabo de un momento miró a Brooks.

—Me habías dicho que era algo gordo. —Acto seguido dirigió sus acerados ojos de nuevo hacia Abigail—. ¿Por qué no me hablas de eso?

25

Abigail no sabía si él la creía. Su cara no revelaba nada, ni sorpresa ni duda ni interpretación de la situación. Tal y como había hecho Brooks, interrumpió el relato algunas veces con preguntas, luego solo asintió, de modo que ella prosiguió con la historia.

Antes de terminar, los perros regresaron para que les frotaran y los dos se tumbaron, exhaustos de jugar, cuando Abigail guardó silencio.

—Recuerdo algo de lo que me cuentas —dijo Anson—. Fue una gran noticia en su momento, sobre todo dentro de la policía. Dos marshal asesinados, otro herido y la desaparición de la testigo en un caso de doble homicidio de la mafia. Tu nombre y tu cara salieron en todos los medios nacionales durante algunas semanas, y hubo una fluida comunicación entre agencias sobre ti.

—Sí, lo sé.

—Así como una orden de detención pendiente por abandonar el escenario del crimen. Una alerta y una orden de busca y captura. Querían interrogarte por el asunto de las muertes de aquellos marshal y por la explosión de la casa franca.

Abigail entrelazó los dedos sobre el regazo con fuerza.

—La comunicación interdepartamental indica que han creído en la palabra de Keegan y Cosgrove. Que me estén buscando para ser interrogada es simplemente una estratagema a fin de acusarme de homicidio o de complicidad en un homicidio.

—¿Cómo tienes conocimiento de la comunicación entre los departamentos policiales?

Brooks alargó el brazo sin decir nada para entrelazar los dedos con los de ella.

—Soy experta en informática y mi especialidad es la seguridad.

Además soy hacker.

—¿Me estás diciendo que puedes acceder a archivos confidenciales y comunicaciones dentro de los U.S. Marshal y del FBI?

—Sí. Soy muy hábil, y esto ha sido una prioridad para mí. Tanto Keegan como Cosgrove afirmaron en sus declaraciones que entraron, encontraron a Terry abatida en la cocina y su arma desaparecida. Cuando se disponían a informar, fueron tiroteados por personas desconocidas y Cosgrove fue herido. Mientras Keegan devolvía el fuego, las luces se apagaron. Keegan fue capaz de sacar a Cosgrove y notificar el incidente. Pero la casa explotó antes de que pudiera volver a por Terry o a buscarnos a John o a mí. También afirmó que creía haber visto a alguien huir.

—Eso resume prácticamente lo que recuerdo de aquello —convino Anson.

—Una de las teorías imperantes es que me entró el pánico o tal vez me harté y contacté con los Volkov para hacer un trato. Entonces ellos me siguieron el rastro hasta la casa franca, y yo luché con Terry cuando trataba de escapar. Que yo, o bien personas desconocidas relacionadas con los Volkov, disparé a John, abrí fuego contra Keegan y Cosgrove y escapé en medio de la confusión, o bien me atraparon. Los asesinos entonces volaron la casa para cubrir sus huellas… o lo hice yo.

—Una chica de dieciséis años se carga a dos marshal y vuela una casa por los aires. —Brooks meneó la cabeza—. Yo no me lo trago.

—Una joven muy inteligente que había sido entrenada personalmente en el manejo de las armas por uno de dichos marshal, que había solicitado y recibido cinco mil dólares en efectivo de su fideicomiso, que había falsificado documentos de identidad y que se había pasado un verano pensando en qué sería de ella una vez testificara mientras los engranajes de la ley se movían con lentitud. —Para Abigail, la lógica del argumento se sostenía con suficiente firmeza—. Es razonable creer que esa chica perdió la paciencia e intentó hacer que todo desapareciera.

—Razonable —comentó Anson— cuando no hay nada que rebata las declaraciones y la cronología, como una declaración contradictoria de un testigo presencial.

—No creo que la teoría de que yo asesiné a John y a Terry o que tuve que ver con sus muertes se sostenga —le dijo Abigail—. Pero creo que si me pillan, eso poco importará. Estaré muerta en veinticuatro horas. Podrían organizarlo para que pareciera un suicidio, aunque me decanto más por la eliminación directa.

—Hablas con mucha frialdad —observó Anson.

—He tenido muchos años para pensar en lo que me harían si pudieran.

—¿Por qué venir ahora?

Abigail miró a Brooks.

—Si no lo hago, no va a cambiar nada. Y ya han cambiado muchas cosas. Brooks me ha pedido que confíe en él y, por extensión, que confíe en ti. Lo estoy intentando.

—Ha estado pasando información sobre la organización de los Volkov a una agente del FBI con base en Chicago de forma anónima —explicó Brooks.

—¿Y tienes esa información porque has accedido a la red de los Volkov? —Anson se recostó e infló los mofletes—. Debes de ser una hacker del copón.

—Sí, lo soy. La organización de los Volkov se centra prácticamente en la informática y creen que están seguros y muy bien protegidos. Tienen excelentes informáticos —agregó—. Yo soy mejor que ellos. Además, en general Ilya es muy descuidado en ese aspecto. En mi opinión es pura arrogancia. Utiliza el correo electrónico y los mensajes de texto de manera rutinaria tanto en los negocios como en su correspondencia personal.

—Han efectuado cierto número de detenciones con esa información, capitán —intervino Brooks.

—¿Quién es tu contacto en el FBI?

Abigail miró a Brooks, quien asintió con la cabeza.

—La agente especial Elyse Garrison.

—¿Por qué no has acudido a ella con tu historia?

—Si se filtrara…, y sé que hay al menos un topo de los Volkov dentro de las oficinas de Chicago…, podrían cogerla, torturarla y matarla. Matarla al instante. Podrían utilizarla para tenderme una trampa. No han podido rastrear el contacto hasta mí. En cuanto lo hagan, su vida y la mía correrán grave peligro.

—Quieres a alguien que establezca contacto en tu lugar, alguien a quien, por mucho que investiguen, no puedan vincular en modo alguno con Elizabeth Fitch.

—Alguien —prosiguió Brooks— con una hoja de servicios impecable en la policía, alguien con posición y autoridad, con credibilidad. Alguien a quien Garrison pueda creer.

—Y si me meto en esto, tendré que ir a Chicago y establecer contacto. Y luego ¿qué?

—Se abre la puerta para que nosotros fijemos un encuentro entre Abigail y ella en una ubicación que nosotros elijamos.

—Yo continuaría supervisando las comunicaciones de la policía —explicó Abigail—, de modo que sabría si intentan tenderme una trampa o si algunos de los que creo o sospecho que están conchabados con los Volkov se enteran del contacto establecido.

—Estarías cruzando muchos límites. —Le lanzó una mirada fría y severa a Brooks—. Los dos.

—Dime, capitán, ¿qué posibilidades crees que tiene de sobrevivir para testificar si actúa conforme a la ley, con los topos infiltrados y los Volkov en plena forma?

—Yo creo en el sistema, Brooks. Pienso que la protegerían. Pero no puedo culparla por dudarlo. Si se tratara de alguien a quien yo quisiera, tampoco estoy seguro de que lo creyera.

Exhaló profundamente.

En el silencio del patio, interrumpido solo por los perros dormitando y el gorgoteo de una pequeña fuente de jardín, Abigail se preguntó si los zarpazos de los nervios bajo su piel no chirriaban como uñas sobre una pizarra.

—Tal vez podríamos hacerlo a vuestra manera y poner en evidencia a Keegan y a Cosgrove y a los que son como ellos —comenzó Anson—. Tal vez podríamos realizar algunas detenciones importantes que ocasionaran un daño severo a la organización de los Volkov. ¿Y después? ¿Estás dispuesto a entrar en el Programa de Protección de Testigos? —le preguntó a Brooks—. ¿A renunciar tanto al lugar donde te gusta estar como a quien eres?

—Sí.

—No —replicó Abigail de inmediato—. No. No habría accedido a venir aquí si creyera que ese sería el resultado. Elizabeth Fitch se

reunirá con la agente especial Garrison y testificará. Solo tres personas saben que Elizabeth Fitch y Abigail Lowery son la misma persona, y eso debe seguir siendo así. Si establecen una relación entre ellas, desapareceré. Puedo hacerlo.

—Abigail.

—No —repitió con voz serena, feroz, dirigiéndose a Brooks—. Necesitas hacer lo correcto y tienes que protegerme. Puedes hacer ambas cosas. Confío en ti para que lo hagas. Tú tienes que creer en mí. Volveré a ser Elizabeth Fitch para esto y luego ella se irá. Desaparecerá, y Abigail podrá vivir su vida. Sé cómo acabar con los Volkov, y de un modo que creo que jamás se recuperarán. No se trata de pistolas, navajas y sangre. Se trata de pulsaciones en un teclado.

—¿Vas a acabar con ellos con un ordenador? —exigió Anson.

Los ojos verdes y serenos de Abigail se clavaron en los suyos.

—Exactamente. Si puedo llevar a la práctica mi teoría y las autoridades hacen caso y actúan, esto acabará. Estoy poniendo mi vida en tus manos, capitán Anson, porque Brooks te respeta y confía en ti sin reservas.

—Vayamos dentro y tomemos un café —dijo Anson al cabo de un momento—. Y hablémoslo en profundidad.

***

Abigail insistió en conducir a la vuelta. Brooks apenas había dormido en treinta y seis horas y entraría de servicio dentro de otras seis. De modo que reclinó el asiento y durmió un poco durante el trayecto.

Y le dio tiempo a ella para que lo repasara todo una vez más.

Joseph Anson iría a Chicago y establecería contacto. No utilizaría ni revelaría el nombre de Abigail Lowery, sino que le diría a la agente Garrison que Elizabeth Fitch había acudido a él, le había contado la historia y le había dado el nombre de dicha agente. Le transmitiría información que Abigail había suministrado previamente a Garrison.

Si Garrison se ceñía a su pauta, informaría solo a su superior

directo. Luego comenzaría el proceso.

Había muchas cosas que podían salir mal.

Pero si todo iba bien…

Podría pertenecer al hombre que dormía a su lado. Tendría la posibilidad de descubrir qué hacer en una barbacoa casera. Podría convertirse en Abigail de modo que todo cuanto sucediera de ahí en adelante fuera real.

Por fin subiría al estrado en la sala del tribunal y contaría la verdad mientras miraba a los ojos a Korotkii, a Ilya y a Sergei Volkov. Podría hacerlo siendo Elizabeth.

No, siendo Liz, pensó. Al menos en su cabeza hablaría como Liz por Julie, por John y por Terry.

Y utilizaría todo lo que había descubierto en los últimos doce años para hacer pedazos la organización de los Volkov.

***

Brooks se despertó cuando ella tomó el desvío hacia su cabaña.

—He estado pensando —le dijo.

—Creía que estabas durmiendo.

—Un poco de cada. —Subió el asiento de nuevo y se frotó la cara con las manos—. En fin, estaba pensando que deberías pedirme que me mudara contigo. Ya vivo prácticamente aquí —agregó al ver que ella no decía nada—. Pero a lo mejor podrías hacerlo oficial.

—¿Quieres vivir aquí para poder protegerme?

—Eso sería un beneficio indirecto. Otras ventajas extras serían tener mis cosas a mano, un cajón y algo de espacio en el armario y acceso libre al sexo. Todo eso son pluses, pero la razón principal por la que quiero vivir aquí es porque te quiero y deseo estar contigo.

Abigail se quedó sentada durante un momento, contemplando la cabaña. Mío, pensó. La casa, el jardín y el huerto, el invernadero, el pequeño arroyo, el bosque. Había llegado a considerar que era suyo, a sentir que todo aquello le pertenecía. Por primera vez en su vida había llegado a pensar en un lugar como en su hogar.

Mío.

—Si te mudas aquí, necesitarás los códigos de seguridad y las

llaves.

—No me cabe duda de que sería práctico.

—Me gustaría meditarlo, si te parece bien.

—Claro.

Aquella única palabra, tan simple, dicha mientras salía del coche y abría la puerta de atrás para que bajara el perro, le dijo que Brooks estaba seguro de vencer cualquier objeción que ella pudiera poner y salirse con la suya.

Eso debería irritarle, pensó. Debería sentirse insultada. Y sin embargo no era así. Tan solo le recordó quién era él.

Suyo. Probó con esa palabra, se dejó sorprender por ella mientras esperaban a que Bert se aliviara después del viaje.

Suyo, en la preciosa noche estrellada, con las flores resplandeciendo, el murmullo del riachuelo y la suave brisa instando a las hojas a susurrar una respuesta.

Su casa, su jardín y su huerto, su invernadero, su arroyo y su bosque.

Mío era más seguro. Más tranquilo.

Suyo. Rebosaba de compromiso y preguntas.

Y promesa.

Abigail abrió la puerta principal y desactivó la alarma.

—¿Te gustaría vivir conmigo?

—Bueno, es un gran paso. Voy a tener que pensarlo.

—Pero si acabas de decir… —Al volverse vio su sonrisa y sintió que sus labios se curvaban en respuesta mientras cerraba con llave—. Estás bromeando.

—Me has pillado. —Brooks le puso las manos en los hombros e hizo que se volviera hacia él—. Pero es un paso enorme para ti, lo sé.

—Para ti es una progresión más natural. Has crecido en un hogar tradicional con dos padres.

—¡Vaya, mi madre se pillaría un rebote si la tacharan de tradicional! —Le rodeó los hombros con un brazo para conducirla arriba—. Que quede entre tú y yo.

—Nunca se me pasó por la cabeza compartir una casa con alguien. Y empiezo a creer que para mí es posible quedarme aquí, formar un hogar aquí.

—Créelo y no dejes de aceptarlo. No tiene sentido lanzar pensamientos negativos al universo.

—Positivos o negativos, los pensamientos no afectan a los sucesos.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Le tiró del pelo con ánimo juguetón—. No puedes saber lo que otra gente piensa, desea o cree a menos que te lo diga. ¿Y qué pasa con eso de que la fe mueve montañas?

—Nunca he visto moverse una montaña, mucho menos debido a la fe.

—Tienes un cerebrito literal. —Le dio un toquecito en la frente—. ¿Qué me dices de los volcanes? Un volcán mueve una montaña.

—Es ridículo presuponer que una grieta en la corteza terrestre, la divergencia y convergencia de las placas tectónicas, la expulsión de lava, gases y ceniza a través de dichas fracturas puedan ser causadas por la fe… o por la ausencia de la misma.

—¿Presuponer, eso he hecho? No sé qué bicho me ha picado. —Brooks le vio poner los ojos en blanco mientras iba hacia el cuarto de baño—. Fabriqué un volcán para un proyecto de ciencias en sexto curso. Era muy guay.

Por primera vez Abigail no cerró la puerta, sino que continuó hablando con él mientras se preparaba para irse a la cama.

—Es un muy buen proyecto para un estudiante joven.

—Además de guay. —Brooks entró en el baño y cogió su cepillo de dientes al tiempo que ella se lavaba la cara—. Quería llamarlo el Pedo del Diablo, pero mi padre me convenció de que mi puntuación se vería afectada negativamente.

—Muy sabio.

—Pero lo llamé así en mi cabeza, de manera que hizo que todo el bicarbonato, el colorante alimentario y el vinagre que componían la lava que salía expulsada de la masa de harina que recubría la botella de gaseosa con forma cónica resultara más memorable. Seguro que tú arrasabas en los proyectos de ciencias.

—Se me daban bien. —Le resultaba extraño, aunque de un modo interesante, compartir el lavabo con él—. Construí un volcán subacuático sobre placas tectónicas convergentes para demostrar cómo se formaban las islas.

Brooks bajó el cepillo de dientes y la miró en el espejo con los ojos entrecerrados.

—Un volcán subacuático.

—Sí. El agua caliente siempre se superpone a la fría y flota. Con el modelo de arcilla cocida…

—Arcilla cocida.

—Sí, y las placas por control remoto, logré recrear una erupción muy convincente.

—¿Cuántos años tenías?

—Nueve.

—Chulita.

—Disfrutaba siendo buena estudiante. Estás hablando sobre proyectos de ciencias para que me relaje y duerma mejor.

—A mí me está funcionando.

Cuando se tumbó a su lado en la oscuridad, dispuesta a conciliar el sueño, Abigail descubrió que también le había funcionado a ella.

***

Brooks arrestó a Roland Babbett como primera labor oficial de la mañana. Le había hecho sentir condenadamente bien llamar a la puerta de Babbett a las siete. Mejor incluso cuando Babbett, despeinado y con ojos soñolientos, abrió la puerta.

—¿Roland Babbett?

—Sí. ¿Hay algún problema?

—Lo hay para usted. Soy el jefe Gleason de la policía local de Bickford y este es mi ayudante, Boyd Fitzwater. Tengo una orden de detención contra usted.

—¿Uh?

—Y otra orden para registrar su habitación, sus pertenencias y su vehículo. Va a tener que vestirse y venir con nosotros.

—¿De qué va esto? ¿Estoy arrestado? Es una locura.

—No lo es considerando que tiene en su poder herramientas para perpetrar robos y que se valió de algunas para entrar de forma ilegal en la suite Ozarks a las dos y cuarto de esta madrugada. Suite que está cerrada con llave y precintada por la policía.

Los ojos de Roland, ya no tan soñolientos, realizaron un prolongado estudio del rostro de Brooks.

—Quiero hacer una llamada.

—No hay problema. Puede hacerlo una vez esté en comisaría. Le doy la oportunidad de que se vista o podemos arrestarle con el albornoz del hotel. Es muy bonito.

—Me gustaría vestirme.

—De acuerdo. Boyd, ¿por qué no le lees sus derechos al señor Babbett mientras se pone los pantalones? —Brooks le mostró la orden de registro antes de empezar a moverse por la habitación—. Hermosa vista. El señor Conroy sabe hacer las cosas. ¿Ha cenado en el restaurante?

—Servicio de habitaciones. —Roland se puso unos pantalones y una camiseta—. Tomé bistec.

—¿Qué tal estaba?

—Poco hecho, en su punto.

—Sí, lo preparan bien. —Abrió la mochila azul marino, la revisó y metió el juego de ganzúas en una bolsa de pruebas—. ¿Está de visita?

A pesar de las circunstancias, Roland soltó una carcajada.

—Todo el mundo me pregunta lo mismo. A estas alturas ya sabe que estoy aquí por trabajo.

—Stuben-Pryce, a las afueras de Little Rock. —La voz de Brooks se mantuvo calmada y suave, como leche caliente, mientras sellaba una minigrabadora en otra bolsa de pruebas—. Yo trabajé en el departamento de policía de allí. Seguramente usted también lo sepa ya. Es una agencia de lujo, con precios de lujo, señor Babbett.

—Trabajamos bien.

—No lo dudo. —Le brindó una sonrisa afable a Roland—. Es una lástima que no tenga mejor gusto en cuestión de clientes.

—No decido yo. ¿Le importa si me lavo los dientes y vacío la vejiga?

—Me molestaría que no lo hiciera.

Brooks continuó con el registro de la habitación en tanto que Boyd se quedaba de guardia en la entrada del baño.

—Esta es una ciudad tranquila —le dijo Brooks en tono familiar —. Oh, se anima de vez en cuando, sobre todo en esta época del

año y durante todo el verano. Mucho turista, muchas personalidades conflictivas, podría decirse, alteradas por tanto calor. Pero no solemos toparnos con detectives privados de lujosas agencias de la ciudad que lleven a cabo un allanamiento en nuestro hotel más representativo.

—Me va a caer una buena por esto. —En un gesto que reflejó su actitud, Roland escupió la pasta de dientes en el lavabo—. Voy a perder la prima. Tenía la esperanza de traerme a mi esposa para unas vacaciones sin niños, cuando nazca el bebé.

—¿Para cuándo lo esperan?

—Para el 15 de agosto.

—Octubre es una época preciosa en los Ozarks —comentó Brooks cuando Roland salió—. Será un placer tenerle por aquí cuando venga de visita. Boyd, termina tú con el registro. Yo me llevaré al señor Babbett.

—¿No va a esposarme?

Brooks le obsequió con aquella afable sonrisa otra vez.

—¿Quiere que lo haga?

—No. Se lo agradezco.

—Imagino que no va a escapar. Y si lo hiciera, ¿adónde iba a ir?

No huyó. Aunque hubiera tenido un sitio adonde ir, estaba acabado, su tapadera había sido descubierta y el trabajo se había ido al garete.

En la comisaría Brooks le dio una taza de café bastante decente, le dejó hacer una llamada y le permitió unos minutos de intimidad…, en una mesa, en vez de en una celda.

Después de haber telefoneado, Roland se quedó meditando.

—¿Ha terminado? —le preguntó Brooks.

—Sí. He terminado.

—¿Por qué no hablamos en mi despacho? ¿Jeff? —le dijo Brooks a su ayudante a media jornada—. No me molestes ni me pases llamadas, ¿de acuerdo? A menos que sea importante, claro.

—Sí, señor. Jefe.

—Tome asiento. —Brooks cerró la puerta de su despacho y se acercó para apoyarse en la mesa—. Bueno, voy a ir al grano. Se ha metido en un pequeño lío, Roland.

—Mi abogado viene de camino.

—Un abogado de lujo de una agencia de lujo, supongo. En cualquier caso, tenemos grabado su allanamiento. La cámara le pilló en el pasillo, delante de la puerta, y las otras cámaras le pillaron fisgando dentro de la suite. Tenemos sus ganzúas. —Como si se compadeciera, Brooks exhaló un suspiro y meneó la cabeza—. Hasta a un abogado de lujo le va a costar librarle de eso, ¿no le parece? Podría significar una condena corta y afectaría a su licencia. Y está esperando un bebé. Lamentaría que su esposa tuviera que visitarle en prisión en sus condiciones.

—Dudo que vaya a la cárcel, pero que afecte a mi licencia… Joder. —Roland se llevó las manos a la cara—. Quizá no pase nada. Es la primera mancha en mi expediente.

Brooks se encogió de hombros.

—Quizá.

—No suelo ser chapucero. Supuse que echar una ojeada sería pan comido. No vi las cámaras.

—No sea demasiado duro consigo mismo. No estaban ahí hasta después de que se pasara por casa de Abigail.

—Ajá. —Roland miró a los ojos a Brooks, comprendiendo a la perfección—. Su perro, su Glock y ella me dieron un susto de muerte.

—Usted también la asustó. Todavía es una chica de ciudad —mintió Brooks como si tal cosa—. Está sola allí, sin vecinos cercanos. Añada a eso cómo se gana la vida. Estoy seguro de que ya lo sabe. Trabajar en seguridad, siempre pendiente de cómo la gente la elude y por qué lo hace. Es un poco asustadiza.

—Sin duda tiene que serlo si coloca cámaras de seguridad en el bosque.

—Oh, siempre está experimentando, probando programas y lo que ella llama situaciones hipotéticas. Resulta que usted se metió en una. La inquietó tanto que se encerró en la casa hasta que llegué yo. Ya sabe, por si acaso era algún asesino del hacha en lugar de un fotógrafo que se había perdido.

—No parecía nada afectada —farfulló Roland.

—Bueno, Abigail lo disimula bien, y el perro ayuda a su confianza. Me habló de usted y eso me hizo pensar. Le dio usted su nombre real.

—Llevaba el carnet en la mochila. Ella tenía una pistola. No quería cabrearla contándole una mentira si hurgaba en la bolsa. Pero no pensé que ella o usted me investigaran.

—Policías. Somos escépticos y desconfiados por naturaleza. Así que, Roland, la cuestión es esta; sé quién contrataría a un detective privado de una agencia de lujo para investigarnos a Abigail y a mí, a los Conroy y al hotel.

—No puedo confirmarlo ni negarlo sin la presencia de mi abogado.

—No le estoy pidiendo que lo haga; se lo estoy diciendo. Lincoln Blake haría casi cualquier cosa para librar a ese gilipollas que tiene por hijo, incluido contratar a alguien que colocase pruebas falsas y mintiera en su declaración.

Roland, que hasta el momento había estado encorvado y mohíno en su asiento, se irguió.

—Escuche. Yo no hago eso, ni por un cliente ni por ningún precio. Ni tampoco la agencia. De lo contrario no tendríamos la reputación que tenemos.

—Extraoficialmente le diré que lo creo. Pero ¿oficialmente? —Brooks se encogió de hombros con despreocupación.

—¿Va a ofrecerme un trato?

—Puede ser. Russ Conroy es mi mejor y más antiguo amigo. Sus padres son como mi familia, y su madre se derrumbó y estuvo llorando después de ver lo que ese cabrón y sus amigos hicieron en esa suite. Ahora tiene un aspecto considerablemente mejor, pero… —Brooks cogió un expediente y se lo entregó a Roland—. Las tomamos después de que Justin Blake y los lerdos de sus amigos acabaran con el lugar.

—Joder —farfulló Roland mientras examinaba las fotos.

—Esa clase de destrozos no es algo involuntario, estúpido o de críos. Es crueldad pura y dura. Así es Justin. —Brooks alargó el brazo para recuperar el expediente—. Y cuando el cabronazo consiguió salir bajo fianza fue a la casa de la mujer de la que estoy enamorado; se acercó hasta allí colocado, armado y en plena madrugada. Fue lo bastante imbécil como para atacarme con la navaja que había llevado para rajarme los neumáticos. Disgustó a mi chica, y eso me disgusta a mí, Roland.

»Tal vez comprenda por qué ella reaccionó como lo hizo cuando usted se aproximó a la casa.

—Sí, tal vez. Sí.

—Justin provocó destrozos en esa suite por valor de más de cien mil dólares, me rajó la rueda, trató de herirme a mí y asustó a mi chica. Y eso supera con creces el haber sido un incordio para mí desde que acepté este trabajo. Va a ir a la cárcel por lo que ha hecho, Roland. Encargarme de que así sea será la misión de mi vida. Se lo ha ganado a pulso, y si el muy cabronazo me importara lo más mínimo, diría que lo necesita. Tiene algo retorcido, ese algo que vemos en otros que acaban muertos o matando a alguien.

—Me gustaría decir algo, extraoficialmente.

—De acuerdo. Quedará entre usted y yo.

—No me gusta trabajar para Blake. Es un hijo de puta. No hay nada de lo que ha dicho con lo que no esté de acuerdo. Pagaré las consecuencias si tengo que hacerlo, pero me jode que sea en nombre de ese par de gilipollas.

—No puedo culparle. Así que este es el trato, antes de que su abogado llegue. Márchese, Roland. No me refiero solo a que deje el pueblo…, aunque como le he dicho nos alegraremos de verle si vuelve de visita con su esposa. Me refiero a que deje este asunto. Está molestando a mis amigos, a mi chica. Y está perdiendo el tiempo porque Justin Blake no se va a librar de esta. No critico a nadie por hacer el trabajo para el que le han contratado; en el lado correcto de la justicia, claro está. Pero las cosas se le pueden complicar y puedo hacerlo de manera que su agencia salga perjudicada. Quizá no sea mucho, a fin de cuentas, pero no se me ocurre ninguna razón por la que su agencia quisiera recibir mala publicidad.

—Tengo que entregar mis informes.

—Hágalo. No ha encontrado nada sobre Abigail, sobre los Conroy o sobre mí porque no hay nada que encontrar. Pero si sigue investigándonos, lo descubriré y actuaré de forma diferente. Ha ahondado lo suficiente como para saber que la informática es un juego de niños para Abigail.

—Hay una amenaza implícita ahí.

—No estoy ocultando nada. Le estoy presentando los hechos tal

y como los veo. Puedo dejar pasar esto. Usted puede conservar su expediente limpio, entregar todos sus informes y marcharse a casa con su mujer. Su abogado no le conseguirá un trato mejor.

—¿Por qué lo hace?

—Por las razones que acabo de exponerle y por una más. No quiero encerrarle, Roland; eso es un hecho. Si me hubiera producido una impresión diferente, si creyera que es de los que disfruta trabajando para un hombre como Blake, que va más allá de entrar en una propiedad privada sin permiso o colarse en una habitación cerrada para echar un vistazo, ahora estaría en una celda. Y pondría todo mi empeño para que siguiera ahí.

—Me gustaría llamar a mi jefe e informarle de la situación.

—Adelante. —Brooks se apartó de la mesa.

—He conocido a su madre.

Brooks se apoyó de nuevo.

—¿De veras?

—Pasé por ahí mientras me formaba una impresión, como diría usted. Esa casa es impresionante.

—Nosotros tenemos debilidad por ella. Adelante, haga esa llamada —le dijo Brooks. A continuación salió de su despacho.

26

Abigail dejó todo lo demás a un lado y se centró por completo en la creación del virus. Había realizado numerosos intentos de esconderlo en el gusano que ya había creado, pero los resultados no eran satisfactorios.

Podría causar considerable daño con el gusano, pero con este software intruso abriendo agujeros en el sistema de los Volkov, el virus que le siguiera, propagándose a través de esos agujeros, sería devastador.

Para lograr todo lo que necesitaba tenía que ser rápido, muy completo y no disparar ninguna alarma.

Siempre había considerado el proyecto como una especie de hobby que esperaba amortizar algún día.

En esos momentos era una misión.

Si dispusiera de tiempo para desarrollar más versiones o pudiera permitirse el lujo de contratar a otro buen informático o a dos… Pero no lo tenía, de modo que especular resultaba inútil. Aquello solo podía hacerlo ella.

En cualquier caso, con el tiempo había desarrollado su propio lenguaje de programación —lo mejor para frustrar a cualquiera que intentase piratear sus archivos— y, aunque pudiera contratar a alguien, tendría que enseñarle su lenguaje y sus técnicas.

Hacerlo ella misma era más rápido y efectivo.

Realizó el siguiente test, vio sus códigos pasar volando y se dijo: ¡No, no, no! Mientras contemplaba la pantalla, se tomó un té verde helado para aclararse las ideas.

Ni el té ni los dos descansos que se había obligado a hacer para practicar yoga ni el silencio absoluto parecieron ayudarle.

Cuando sonó la alarma y Bert se puso alerta, echó un vistazo al

monitor. No esperaba que Brooks llegara tan pronto, pensó al divisar su coche patrulla, y entonces miró la hora.

Había trabajado toda la mañana y media tarde.

Seis horas, sin progresos apreciables.

Tal vez, después de todo, estaba por encima de sus capacidades.

Se dispuso a levantarse para abrirle la puerta, cuando recordó que le había dado las llaves y los códigos de seguridad. Un paso vacilante, reconoció, pero en aquel momento la ventaja era que no tenía que detenerse para abrirle la puerta.

Aun así, habría alguien en la casa, en su espacio. ¿Cómo iba a concentrarse en algo tan complejo, tan delicado, a menos que estuviera sola?

Lo cual hacía pedazos su fantasía de tener un laboratorio informático de última generación y un equipo de profesionales altamente cualificados. Pero aquello no era más que una ficción, ya que siempre había trabajado sola hasta que…

—Hola. —Brooks entró y dejó una bolsa sobre la encimera—. ¿Qué tal lo llevas?

—No tan bien como me gustaría. Tengo que probar otra secuencia y volver a realizar el test.

—¿Cuánto tiempo llevas con eso?

—No importa cuánto. Aún no está acabado.

—Vale. Desapareceré de tu vista en cuanto coloque esto. He traído algunas de mis cosas, así que me ocuparé de eso arriba. Si no terminamos al mismo tiempo, ya encontraré algo que hacer.

—Mmm —fue su única respuesta.

Trató de no ponerse tensa al escuchar la nevera y los armarios abrirse y cerrarse. Cuando se hizo de nuevo el silencio, exhaló un suspiro liberador y se sumergió de nuevo en el trabajo.

Se olvidó de que él estaba allí. Durante las dos horas siguientes se perdió en los códigos y las secuencias. Cuando el dolor de cabeza y de ojos la obligó a parar, se levantó a por una aspirina y a reponer fluidos.

Y se acordó de él.

Fue arriba. La quietud era tan absoluta que creyó que debía de estar durmiendo la siesta, pero no le encontró en el dormitorio. Abrió el armario, presa de la curiosidad.

Allí estaba su ropa, colgada con la de ella. Camisas, pantalones. Un traje.

Nunca le había visto vestido de traje. Pasó los dedos por la manga mientras estudiaba los zapatos y las botas ordenadas en el suelo.

Compartían un armario, pensó. De algún modo aquello era más íntimo y vital que dormir en la misma cama. Cruzó la estancia y abrió los cajones de la cómoda. Había tenido intención de reorganizarlos para dejarle espacio, pero se le había olvidado a causa del trabajo.

El propio Brooks se había ocupado de ello. Tendría que variar algunos de los cambios hechos por él, pero eran pequeñeces.

Después de cerrar los cajones, retrocedió y dio una vuelta por la habitación. ¿Debería comprar otra cómoda, un armario con cajones?

¿Iban a necesitarlo?

¿Iba a quedarse Brooks?

Un movimiento al otro lado de la ventana le llamó la atención, y al acercarse le vio, arrancando las malas hierbas del huerto con la azada. Había aporcado sus plantas de patatas, otra cosa que había querido hacer ese día.

El sudor le empapaba la camisa, hacía que sus brazos brillaran, y una gorra de béisbol le protegía la cara.

Y, oh, la emoción. La inesperada y vertiginosa emoción. Su ropa colgada en el armario con la suya mientras se encontraba delante de la ventana del dormitorio y le veía trabajar en el huerto bajo un cielo del azul de unos vaqueros descoloridos.

Dio media vuelta, se rodeó la cintura con los brazos y acto seguido bajó corriendo.

En la cocina encontró la comida que él había metido en la nevera y la docena de limones que ella había comprado unos días antes.

Preparó limonada, llenó dos altos vasos de cristal con hielo picado y la sirvió. Luego colocó la jarra y los vasos en una bandeja y lo llevó todo fuera.

—Hace demasiado calor para escardar —le dijo levantando la voz—. Te vas a deshidratar.

—Casi he acabado.

Se encaminó con la limonada hacia él mientras Brooks terminaba con el último surco.

—Está recién hecha.

Mientras el sudor le resbalaba por las sienes, Brooks se bebió medio vaso de un trago.

—Gracias.

—Has trabajado muchísimo.

Inclinado sobre la azada, estudió el huerto.

—Espero probar esas judías mantequeras cuando llegue la cosecha. Me encantan.

—Son habas.

—Estás en el sur, cielo. —Después de mover los hombros en círculos, apuró el resto de la limonada—. No había trabajado en un huerto desde que me fui a Little Rock. No me había dado cuenta de que lo echaba de menos.

—De todas formas, hace bochorno. —Le tocó la mano para que la mirara de nuevo—. No he sido demasiado amable antes.

—Está permitido que el trabajo se interponga de vez en cuando. El mío lo hace y lo seguirá haciendo.

—El mío, en este caso, resulta frustrante. Creía que estaría más cerca.

—No puedo ayudarte con eso. No entiendo una mierda de informática. Pero sé atender un huerto y poner en la parrilla los bistecs que he comprado, así que puedes dedicarle otro rato. —Ladeó la cabeza mientras la estudiaba—. Pero yo diría que ya es hora de tomarse un descanso, y necesito una ducha antes de comer.

—Estás todo sudado —convino, y le quitó la azada para llevarla hasta la pequeña caseta de jardín—. Puedo coger alguna lechuga y otras cosas para preparar una ensalada cuando hayas terminado.

—Estaba pensando en los dos.

—Tú ya has hecho más de lo que te corresponde en el huerto.

—No me refiero a eso. —La cogió de la mano y tiró de ella en dirección a la casa—. Hablo de los dos en la ducha.

—En realidad debería…

—Remójate conmigo. —Se detuvo para quitarse las botas sucias y los calcetines sudados—. ¿Alguna vez te he hablado de la poza

que solíamos frecuentar?

—No.

—No queda lejos de aquí, un poco más arriba en las montañas. En realidad es más bien un recodo del río, pero sirve igualmente.

Le quitó el vaso y dejó los dos sobre la encimera mientras cruzaba con ella la cocina.

—El agua está fría y es del color del tabaco, diría yo, pero limpia. Russ y yo y algunos otros solíamos subir allí con las bicis de montaña en los largos días de verano en que no teníamos clase, nos desnudábamos y nos refrescábamos. La primera vez que me bañé desnudo con una chica fue allí, en lo que los lugareños llaman «la poza de los helechos», porque hay frondosos helechos de cabeza de avestruz. Te llevaré algún día.

—Eso suena muy interesante, pero ahora mismo…

Brooks consiguió que entrara en el dormitorio y la hizo retroceder en dirección al baño.

—Tienes que desnudarte y mojarte. Déjame que te ayude.

—Pareces muy empeñado —comentó cuando él le quitó la camiseta por la cabeza.

—Oh, lo estoy. Sin duda.

Con un movimiento rápido le soltó el cierre del sujetador.

—Entonces supongo que no sirve de nada discutir.

—De nada.

Alargó la mano y abrió el grifo de la ducha que se encontraba detrás de ella para luego desabrocharle el botón del pantalón.

—Entonces debería colaborar.

—Es lo más sensato.

—Y yo prefiero hacer lo más sensato.

Abigail le quitó la camisa y la dejó caer al suelo.

—¡Aleluya! —Pero Brooks la apartó cuando ella se quiso arrimar a él—. Antes deja que me limpie parte del sudor.

—No me molesta. Es básico, natural y… —replicó posando los labios en un lado de su cuello— salado.

—Estás a punto de acabar conmigo, Abigail. Te lo juro por Dios.

Quería hacerlo, quería hacer que se muriera de deseo, de anhelo, y que se estremeciera tanto como hacía él con ella. Aceptó con agrado su olor almizcleño, el limpio sudor del trabajo físico,

mientras le despojaba de los pantalones y él hacía lo mismo con ella.

Y el agua fría cayó sobre su cabeza, por su cuerpo.

—Qué bien sienta —murmuró Abigail.

Tan bien como cuando la boca de Brooks se apoderó de la suya y sus manos tomaron su cuerpo. Cuando saboreó su deseo por ella, cuando sintió su necesidad de ella.

Se imaginó a los dos sumergiéndose en la poza de aguas color tabaco en el recodo de un río en el que crecían espesos y verdes helechos y la luz de la luna se colaba entre las copas de los árboles.

—Quiero ir a tu poza.

—Iremos.

—De noche —le dijo mientras echaba la cabeza hacia atrás, mientras sus labios le recorrían el cuello—. Nunca había sido una romántica, no hasta que te conocí. Pero haces que quiera luz de luna, flores silvestres y susurros en la oscuridad.

—Te daré todo eso y más. —Le retiró el pelo mojado, enmarcando su cara para acercarla a la de él—. Y aún más.

—Promesas y secretos, y todas las cosas que nunca he comprendido. Las quiero contigo. Te quiero tanto. Te quiero. Eso ya es más de lo que jamás he tenido.

—Mucho más.

La arrastró en aquel beso, largo, pausado y profundo, mientras el agua se deslizaba por sus cuerpos. Le habría dado la luna si pudiera y un océano de flores silvestres.

Promesas. Podía dárselas. La promesa de amarla, de ayudarla a encontrar la paz, un refugio seguro.

Y momentos como aquel, a solas, en que los dos pudieran cuidar el uno del otro, darse placer mutuo. Excluir al mundo y todos sus problemas, sus presiones y sus exigencias.

Abigail le enjabonó a él y él a ella, centímetro a centímetro. Excitándose, demorándose, prolongándolo. El olor a miel y almendras colmaba el aire, el resbaladizo y suave deslizar de manos, de cuerpos, la respiración rápida y entrecortada, el largo y grave suspiro.

De modo que cuando la cogió en vilo, cuando la llenó, hubo luz de luna y flores silvestres, susurros y promesas. Y más.

Hubo de todo, pensó Abigail mientras sucumbía.

***

La sensación de dicha la acompañó mientras estaba en la cocina, pensando en hacer algo interesante con patatas —a Brooks le encantaban— para acompañar el bistec y la ensalada. Observó con cierto remordimiento su ordenador al tiempo que servía limonada para los dos.

—Debería intentarlo de nuevo ahora que hemos disfrutado de nuestro descanso.

—Deja reposar un poco ese cerebrito tuyo. Vamos a sentarnos un minuto. Tengo un par de novedades para ti.

—¿Novedades? ¿Por qué no me las has contado aún?

—Cuando he llegado a casa estabas absorta —le recordó—. Después me distraje con el sexo en la ducha. —Se sentó junto a la encimera y, dado que ella ya le había servido, cogió su segundo vaso de limonada—. Supongo que vamos a ir por orden. Tenía que hablar con Roland Babbett. Las cámaras que me prestaste dieron resultado; le cazamos entrando en la suite Ozarks utilizando unas ganzúas.

—¿Le has detenido?

—Es una forma de hablar. He de decir que el tipo me ha caído bien una vez que conversamos y limamos asperezas.

Brooks se lo relató, pero Abigail no se sentó, sino que se mantuvo ocupada lavando y cortando en cuatro trozos las pequeñas patatas rojas.

—Le has dicho que me había asustado.

—Puede que haya cambiado un poco tu reacción, pero imagino que tu orgullo puede soportarlo.

—Has… lo has tergiversado para que él sintiera cierta compasión hacia mí y menos curiosidad sobre las cámaras, la pistola, etcétera.

—Me gusta la palabra «tergiversar». Es un término importante y más elegante que «mentir».

—Le has creído, además. Piensas que se marchará y no seguirá

con la investigación.

—Así es. En el fondo es un hombre de familia, Abigail, y con su esposa embarazada de su tercer hijo no quiere poner el peligro su medio de vida ni soportar las molestias y presiones de un juicio. Su agencia no querrá enfrentarse a la publicidad que podríamos generar, sobre todo cuando uno de sus trabajadores ha visto fotografías de los destrozos en el hotel. Y, aparte de eso, no le gustan ni Blake ni el chico.

—Pero trabaja para ellos.

—De manera indirecta, sí. Como agente público de la ley yo también trabajo para ellos de algún modo. Eso tampoco significa que me gusten.

—Tienes razón, desde luego.

—Le he ofrecido un buen trato con el que puede vivir en paz. Puede entregar sus informes, cumplir con el contrato del cliente y pasar a otra cosa.

—Si no hay más peligro por ese lado, ahora la lógica que empleaste para contactar con las autoridades, para seguir adelante y testificar, no se sostiene.

Brooks alargó el brazo para sujetarle las manos un momento, para hacer que le mirara.

—Se sustenta si consideras que a lo largo del camino algo como esto puede volver a pasar. Si tienes en cuenta que no vas a sentirte arraigada aquí del modo en que los dos queremos hasta que termines con esto.

—Eso es cierto, pero tal vez podamos aplazarlo, tomarnos más tiempo para… —Su voz se fue apagando al ver que él no decía nada, sino que solo la observaba—. Posponerlo es una excusa. Es miedo, no coraje.

—Jamás pondré en duda tu coraje ni criticaré la forma en que le has hecho frente a esto.

—Eso significa mucho para mí. Quiero que acabe, Brooks. Lo deseo. Y haber dado importantes pasos hacia esa conclusión es aterrador, pero también un alivio.

—Entonces espero que te sientas aliviada al saber que el capitán Anson está en Chicago. Tiene intención de contactar con la agente Garrison esta noche.

—¿Te ha llamado?

—A última hora de la tarde desde el teléfono de prepago.

—Le estoy agradecida. —Comenzó a picar el ajo, fijando la vista en las manos, en el cuchillo, mientras la presión aumentaba en su pecho—. Espero que ella le crea.

—Has elegido a una mujer lista, competente y honesta.

—Sí, fui muy minuciosa en mi elección.

—Anson es un hombre listo, competente y honesto. No podríamos haberlo hecho mejor.

—Ambos hemos tomado decisiones lógicas. Es bueno que esté ocurriendo rápido. Posponer las cosas no es juicioso una vez que se ha tomado una determinación, así que es mejor avanzar con celeridad. —Vertió en un bol un chorro de aceite de oliva y una cucharada de mostaza de Dijon. Tras un breve momento de distracción agregó unas gotas de vinagre balsámico—. Salvo la parte que me toca.

—Lo conseguirás.

—En este momento no confío demasiado en eso.

—Yo sí, así que te presto parte de mi confianza. —La observó echar una pequeña cucharada de salsa Worcester en el cuenco, seguida de algún aliño italiano que sabía que usaba sobre todo para los marinados. Añadió el ajo, algo de pimienta y una pizca de albahaca recién picada—. ¿Qué estás haciendo ahí, Abigail?

—Voy a bañar las patatas con esto y a hornearlas. Me lo estoy inventando —agregó mientras empezaba a batir la mezcla—. Es ciencia, y la ciencia me mantiene centrada. Experimentar resulta satisfactorio cuando los resultados lo son. Aun cuando no es así, el proceso de la experimentación es interesante.

Brooks no podía apartar los ojos de ella.

Abigail removió de nuevo la mezcla, la olió y con los ojos entrecerrados añadió alguna cosa más.

Estaba preciosa, pensó Brooks, con el pelo aún húmedo de la ducha y recogido en una pequeña y reluciente coleta castaña. Se había puesto una camisa sin mangas de un suave tono gris y unos vaqueros, que acababan en una vuelta justo por encima de las rodillas.

Una de sus pistolas de 9 mm se encontraba a su alcance sobre la

encimera, junto a la puerta de atrás.

Su rostro, aquellos salvajes ojos verdes, estaban serios, completamente serios, mientras colocaba las patatas en un cuenco grande, vertía la mezcla experimental sobre ellas y cogía una cuchara de madera.

—Cásate conmigo, Abigail —le dijo de repente. A ella se le cayó la cuchara, y Bert se acercó a olerla con delicadeza—. Bueno, me ha salido así —replicó al ver que ella se le quedaba mirando sin articular palabra.

—Estabas bromeando. —Recogió la cuchara, la dejó en el fregadero y cogió otra de un bote de cerámica—. Porque estoy cocinando y es una labor doméstica.

—No bromeo. Había imaginado que lo organizaría todo mucho mejor cuando te lo pidiera. Esa luz de luna que querías, flores, tal vez champán. Tenía pensado un picnic a la luz de la luna en ese rincón con vistas a las montañas que tanto te gusta. Pero aquí sentado, mirándote, ha salido sin más. —Rodeó la encimera, le quitó la cuchara para dejarla a un lado y así poderle coger ambas manos—. Así que cásate conmigo, Abigail.

—No piensas con claridad. No es algo que podamos considerar, mucho menos hablar, sobre todo cuando mi situación sigue siendo incierta.

—Las cosas siempre son inciertas. Esto no —añadió—. Te juro que le pondremos fin, que lo solucionaremos. Pero siempre habrá algo. Y creo que ahora es el momento perfecto, antes de que termine, antes de que esté resuelto, porque podemos comprometernos el uno con el otro cuando las circunstancias que nos rodean no son perfectas.

—Si sale mal…

—Pues sale mal. Lo nuestro no.

—El matrimonio… —Se soltó las manos y se afanó en remover el aliño con las patatas—. Al menos la mitad de las veces es un contrato civil que se rompe con otro documento. La gente se aventura en él prometiéndose que será para siempre, cuando en realidad…

—Te prometo que será para siempre.

—Eso no puedes saberlo.

—Lo creo.

—Tú… acabas de mudarte a mi casa. Apenas has colgado tu ropa en el armario.

—Te has fijado en eso, ¿verdad?

—Sí. No hace ni tres meses que nos conocemos. —Sacó una cazuela y, sin parar un solo segundo, puso las patatas dentro—. Tenemos una situación muy complicada que solventar. Si tienes las ideas muy claras sobre el tema y continúas teniéndolas, estaría dispuesta a discutir nuestros puntos de vista al respecto en un momento más oportuno.

—Posponerlo es una excusa.

Abigail metió la cazuela en el horno y se giró hacia él.

—Te parece inteligente lanzarme a la cara mis propias palabras.

—Creo que es apropiado.

—¿Y por qué haces que pierda los estribos? No me gusta perder los estribos. ¿Por qué a ti no te pasa?

—A mí no me molesta cabrearme. —Se encogió de hombros y cogió su vaso de limonada—. En estos momentos no lo estoy. Me interesa más ver que estás hecha un manojo de nervios porque te quiero y deseo casarme contigo.

—No me estoy poniendo hecha un manojo de nervios. Te he dado mi opinión sobre el matrimonio con claridad y…

—No, me has dado la opinión de tu madre.

Abigail agarró un paño de cocina con mucho cuidado y se limpió las manos.

—Eso ha estado fuera de lugar.

—No lo creo, y no lo he dicho para herirte. Me estás hablando con fría lógica y estadísticas. Esa es la costumbre de tu madre.

—Soy científica.

—Sí, lo eres. Pero también eres una mujer generosa y cariñosa. Una mujer que quiere luz de luna y flores silvestres. Dime qué es lo que quiere esa parte de ti, qué es lo que siente esa parte de ti, no lo que tu madre te metió en la cabeza mientras pudo.

—¿Cómo puede ser esto tan fácil para ti?

—Porque eres la mujer que he estado esperando. Porque nunca he sentido por nadie lo que siento por ti. Quiero pasar toda la vida contigo, Abigail. Quiero formar un hogar contigo, quiero formar

una familia contigo. Quiero tener hijos contigo, criarlos contigo. Si de verdad no quieres eso conmigo, te daré todo lo que tengo y abrigaré la esperanza de que cambies de opinión. Tan solo necesito que me digas que no lo quieres.

—¡Sí que lo quiero! Pero yo…

—Pero ¿qué?

—¡Qué sé yo! ¿Cómo puede alguien pensar cuando siente tantas cosas?

—Puedes hacerlo. Tienes un gran cerebro a juego con tu gran corazón. Cásate conmigo, Abigail.

Brooks tenía razón, por supuesto. Sí que podía pensar. Podía pensar en cómo había sido su vida antes de conocerle y cómo sería si aplastaba esos sentimientos y se apoyaba solo en la fría lógica.

—No podría poner mi verdadero nombre en la licencia matrimonial.

Brooks enarcó las cejas.

—Bueno, en ese caso, olvídalo.

La risa escapó de los labios de Abigail.

—No quiero olvidarlo. Quiero decir que sí.

—Pues di que sí.

—Sí. —Cerró los ojos sintiéndose embriagada de placer—. Sí — repitió, y le rodeó con los brazos.

—Esto es lo correcto —murmuró Brooks volviendo la cara para posar los labios en su húmeda mejilla—. Soy el hombre más afortunado del mundo. —La apartó para besarla en la boca, en la otra mejilla—. Mi madre dice que las mujeres lloran cuando son felices porque ese sentimiento les llena tanto que quieren dejarlo salir, compartirlo. Y las lágrimas contagian la felicidad.

—Parece verdad. Espero que las patatas me salgan bien.

Con una carcajada, Brooks apoyó la frente en la de ella.

—¿Estás pensando en las patatas? ¿Ahora?

—Porque me has pedido que me case contigo cuando estaba inventándome la receta. Si sale bien, será un plato muy especial. Les contaremos la historia a nuestros hijos.

—Si no salen buenas, se la podemos contar de todas formas.

—Pero no disfrutaremos de las patatas.

—Joder, cuánto te quiero. —La estrujó hasta que ella jadeó.

—Nunca pensé que tendría esto, nada de esto, y ahora tengo tanto. Vamos a formar una vida juntos y a crear una familia. Somos compañeros. —Dio un paso atrás y le agarró de las manos—. Y más. Uniremos nuestras vidas. Es asombroso que las personas lo hagan. Siguen siendo individuos, con su propio carácter, y sin embargo se convierten y actúan como una unidad. Tuyo, mío, pero también, y más poderoso aún, nuestro.

—Es una buena palabra; «nuestro». Vamos a usarla mucho.

—Debería salir a por nuestra lechuga para nuestra ensalada para que nosotros podamos tomar nuestra cena.

—Esa es otra palabra estupenda. «Nosotros».

—Esa me gusta más. —Se encaminó hacia la puerta, pero se quedó inmóvil cuando sus pensamientos se alinearon—. Emparejados. Fusionados.

—Si quieres emparejarte y fusionarte otra vez, será mejor que apagues las patatas.

—Ni escondido ni superpuesto ni adjunto. Integrado. Fundido. Caracteres diferentes, códigos individuales, pero fusionados en un solo ente.

—Me parece que ya no estás hablando de nosotros.

—Es la respuesta. Una amenaza conjunta, sí, eso ya lo había probado, pero tiene que ser más… diferente de una combinación. Hay que integrarlo. ¿Por qué no se me ocurrió antes? Puedo hacerlo. Eso creo. Tengo que probar una cosa.

—Ponte con ello. Yo puedo ocuparme de la cena. Aunque no sé cuándo tengo que sacar las patatas.

—Oh. —Echó un vistazo al reloj e hizo el cálculo—. Dales la vuelta dentro de otros quince minutos. Estarán hechas media hora después.

Al cabo de una hora había rectificado los cálculos, reescrito los códigos, reestructurado el algoritmo. Realizó los test preliminares y se fijó en los campos que tendría que ajustar u optimizar.

Cuando apartó el trabajo de su cabeza, no tenía ni idea de dónde estaban Brooks y Bert, pero vio que Brooks había dejado el horno a temperatura baja.

Los encontró a los dos en el porche de atrás; Brooks con un libro y Bert con un hueso.

—Te he hecho esperar para cenar.
—Solo tengo que poner los bistecs en la parrilla. ¿Qué tal ha ido?
—Necesita trabajo y dista mucho de ser perfecto. Aun cuando esté terminado, tendré que *romulanizarlo*.
—¿Qué?
—Oh, es un término que utilizo en mi lenguaje de programación. Los romulanos son una raza alienígena de ficción. De *Star Trek*. Me gusta *Star Trek*.
—A todos los cerebritos os gusta.
La forma en que utilizaba la palabra «cerebrito» parecía un apelativo cariñoso y siempre le hacía sonreír.
—No sé si eso es verdad, pero a mí sí me gusta. Los romulanos poseen un dispositivo de ocultación que hace invisible su nave espacial.
—Así que tienes que hacer que tu virus sea invisible. Tienes que *romulanizarlo*.
—Sí. Disfrazarlo de benigno, como un caballo de Troya, por ejemplo, es una opción, pero ocultarlo es mejor. Y es el modo correcto. Funcionará.
—Entonces tenemos mucho que celebrar.
Tenían la puesta de sol y lo que Abigail consideraba como su cena de compromiso.
Cuando salió la luna, sonó el teléfono móvil que Brooks llevaba guardado en el bolsillo.
—Es el capitán.
Abigail colocó las manos en el regazo, entrelazó los dedos y apretó. Se obligó a respirar despacio mientras escuchaba a Brooks hablar y descifraba lo que Anson le decía.
—Ha contactado —dijo cuando Brooks colgó el teléfono.
—Así es. Ella se ha mostrado escéptica, desconfiada. De lo contrario me habría decepcionado. Ha comprobado sus credenciales y le ha hecho un montón de preguntas. Le ha interrogado, básicamente. Conoce tu caso. Supongo que todo agente y todo marshal de Chicago lo conocen. Anson no puede jurar que ella le haya creído cuando le ha dicho que no sabía dónde estabas, pero no hay mucho que pueda hacer al respecto, ya que no existe ninguna

conexión ni comunicación entre vosotros.

—Pero necesitarán que vaya allí. Querrán entrevistarme, querrán entrevistar a Elizabeth Fitch, en persona.

—Tú eres quien controla eso. —Mirándola a los ojos, acarició las manos tensas de Abigail—. Irás cuando estés lista. Han estado hablando más de dos horas y han quedado en verse mañana. Sabremos más entonces.

—Ya habrá hablado con su superior.

—Diez minutos después de que Anson se marchara, salió y se metió en su coche. El capitán tampoco puede jurar que ella no se haya dado cuenta de que la seguía, pero lo hizo hasta la casa del subdirector. Anson ha llamado para ponernos al corriente justo después de que ella entrara. Ahora está dando vueltas. No cree que sea inteligente quedarse sentado en el coche frente a la casa.

—Ahora ya saben que sigo viva. Saben que soy *tvoi drug*.

—Según su punto de vista ambas cosas cuentan a tu favor.

—Es lógico. —Inspiró hondo—. Ya no hay vuelta atrás.

—Para ninguno de los dos.

—Quiero trabajar al menos una o dos horas más.

—Vale, pero no te esfuerces demasiado. Mañana tenemos una barbacoa.

—Oh, pero…

—Es algo simple y muy normal, y es un descanso que sin duda nos vendrá bien a los dos. Un par de horas lejos de todo esto. —Le acarició el pelo—. Todo saldrá bien, Abigail. Confía en mí. Y tenemos noticias. Estamos prometidos.

—Ay, Dios mío.

Con una carcajada, Brooks le tiró del cabello.

—Supongo que mi familia va a dar saltos de alegría. Tengo que comprarte un anillo —agregó.

—¿No deberías esperar para contárselo? Si algo sale mal…

—Nos aseguraremos de que no sea así. —Le dio un beso suave —. No trabajes hasta muy tarde.

Trabajar, pensó cuando él la dejó sola. Al menos ahí sabía lo que hacía, a lo que se enfrentaba. Ya no había vuelta atrás, recordó mientras se sentaba delante del ordenador. Para ninguno de los dos.

Y sin embargo se sentía más confiada ante la posibilidad de

acabar con la mafia rusa que ante la de asistir a una barbacoa familiar.

27

Se despertó del sueño con un gran sobresalto y en plena oscuridad.

Se dio cuenta de que no era un disparo, sino un relámpago. No una detonación, sino los restallidos de los rayos.

No era más que una tormenta, pensó. Solo viento y lluvia.

—¿Un mal sueño? —murmuró Brooks, y trató de cogerle la mano.

—La tormenta me ha despertado.

Abigail se levantó de la cama, inquieta, y fue hacia la ventana. Deseaba sentir el aire fresco, de modo que la abrió y dejó que el viento le rozara la piel, el cabello.

—Sí he tenido un sueño. —En medio de otro relámpago vio los árboles sacudirse y bambolearse—. En una ocasión me preguntaste si tenía pesadillas o flashbacks. No te respondí en realidad. No suelo tenerlos tan a menudo como antes, y los sueños son más bien una repetición que una pesadilla.

—¿No es lo mismo?

—Supongo que sí, básicamente.

Se quedó donde estaba; la brisa era una fría ráfaga y el cielo, un negro huevo resquebrajado por irregulares rayos.

Sabía que Brooks estaba esperando a que se lo contara. Tenía mucha paciencia, pero, a diferencia de su madre, la suya prodigaba amabilidad.

—Estoy en mi dormitorio de la casa franca. Es mi cumpleaños. Soy feliz. Acabo de ponerme los pendientes y el conjunto de chaqueta y camiseta que John y Terry me han regalado. Y en el sueño pienso lo bonitos que son, igual que hice entonces, y que me los pondré cuando testifique por los buenos y profundos sentimientos que me inspiran. Entonces oigo los disparos. —Dejó la

ventana abierta cuando se dio la vuelta para mirarle y se lo encontró sentado en la cama, observándola—. Todo ocurre muy despacio en el sueño, aunque no fue así como sucedió. Lo recuerdo todo, cada detalle, cada sonido, cada momento. Si tuviera la habilidad podría dibujarlo, escena por escena, y repetirlo como en una película de animación.

—Es duro para ti recordarlo con tanta claridad.

—Yo… —No se le había ocurrido eso—. Supongo que sí. Había tormenta, igual que hoy. Relámpagos, rayos, viento, lluvia. El primer disparo me sobresaltó. Hizo que se me acelerara el pulso, pero no creí realmente que fuera un disparo. Luego escuché los demás, y ya no hubo error posible. Estaba muy asustada, muy insegura, pero corrí a buscar a John. Solo que en el sueño de esta noche no era John quien me hacía pasar a la habitación, quien entraba tambaleándose detrás de mí, muriéndose, con la sangre manando de su cuerpo, empapándole la camisa que yo presionaba sobre la herida. No era John; eras tú.

—No es difícil comprenderlo —repuso Brooks. Gracias a otro rayo pudo verle, con los ojos despejados y serenos fijos en los suyos —. No es difícil colocarlo en su contexto.

—No lo es, no. El estrés, las emociones, el tener que revivir una y otra vez esos sucesos. Lo que sentía por John y por Terry, pero sobre todo por John, era una especie de amor. Ahora que entiendo esas cosas mejor, creo que estaba enamorada de él. De un modo inocente y no sexual, aunque intenso. Él juró protegerme, y yo confié en él. Tenía una placa, un arma y un deber igual que tú. —Fue hacia la cama, aunque no se sentó—. La gente dice «moriría por ti» a alguien a quien quiere. Nadie espera hacerlo, claro, ni tiene pensado hacerlo. Puede que lo crean, que lo digan en serio, o puede que sea una mera expresión de devoción. Pero ahora sé lo que significa. Tú antepondrías mi vida a la tuya para protegerme. Y eso me aterra.

Brooks le cogió la mano con la misma firmeza que denotaban sus ojos.

—John no tuvo ninguna señal de advertencia. No conocía al enemigo. Nosotros sí. No estamos cayendo en una emboscada, Abigail. Estamos tendiendo una.

—Sí. —Basta, se dijo. Basta—. Quiero que sepas que si te hieren durante la emboscada me sentiré muy decepcionada.

Brooks soltó una carcajada de sorpresa.

—¿Y si es solo una herida superficial? —Le cogió la mano de nuevo y tiró de ella.

—Muy decepcionada. —Se volvió hacia él cerrando los ojos—. Y no seré comprensiva.

—Eres una mujer fuerte con algunas posturas radicales. Supongo que tendré que evitar las heridas superficiales.

—Es lo mejor.

Se relajó en sus brazos, escuchando la tormenta arreciar en su paso hacia el oeste.

***

Por la mañana, con el cielo despejado y azul y la temperatura aumentando, trabajó durante otra hora.

—Tienes que dejarlo descansar un poco —le dijo Brooks.

—Sí. Tengo que hacer unos ajustes. Ya casi está, pero no es perfecto. No quiero hacer nada más hasta que considere algunas opciones. Ahora estoy comprobando otra cosa que no está relacionada con esto.

—He hablado con Anson. Va a reunirse con Garrison y con el subdirector Cabot dentro de unos noventa minutos.

—Estimo que voy a necesitar otro día para tener listo el programa. —Volvió la vista con brevedad—. No puedo informar a las autoridades de lo que planeo hacer. Es ilegal.

—Eso ya lo sé. ¿Por qué no me lo cuentas a mí?

—Preferiría esperar hasta tenerlo terminado, cuando esté segura de que puedo hacer lo que pretendo. —Iba a decir más, pero meneó la cabeza—. Eso puede esperar. No sé cuál es el atuendo apropiado para lo de esta tarde ni… —Se interrumpió, horrorizada, y giró en la silla—. ¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Qué? —Su repentina e intensa angustia hizo que a Brooks se le bamboleara el tazón de cereales que acababa de servirse—. ¿El qué?

—Tengo que llevar un plato para tu madre. Sabes muy bien que no estoy familiarizada con las reglas. Deberías habérmelo dicho.

—No hay reglas. Solo es…

—Lo dice aquí. —Apuntó a la pantalla con el dedo—. Los invitados suelen llevar algún plato, tal vez una especialidad personal.

—¿Dónde dice eso?

—En esta página. Estoy buscando la etiqueta en las barbacoas.

—Joder. —Dividido entre la diversión y el más puro asombro, se echó leche en el tazón—. Solo es una reunión, no es un acto formal en que haya que cuidar el protocolo. He comprado cerveza de más para llevar. Cogeremos una botella de vino.

—Tengo que preparar algo ahora mismo. —Fue como un rayo a la cocina y comenzó a rebuscar en la nevera y los armarios.

Brooks se quedó de pie, observándola mientras removía los cereales con la cuchara.

—Abigail, tranquilízate un poco. No tienes que llevar nada. Habrá mucha comida.

—¡Eso no importa! Orzo. Tengo todo lo que necesito para preparar pasta orzo.

—Vale, pero ¿qué es entonces lo que importa?

—Llevar un plato que haya preparado yo misma es una cortesía y una señal de agradecimiento. Si no lo hubiera comprobado, no lo habría sabido porque tú no me lo has contado.

Colocó una olla con agua en el fuego y le añadió sal.

—Deberían azotarme.

—Te parece divertido. —Cogió unos tomates deshidratados, aceite de oliva y aceitunas negras—. Aunque no sepa cómo funcionan esta clase de cosas, entiendo perfectamente que la opinión de tu familia sobre mí será importante.

—A mi madre y a mis hermanas ya les caes bien.

—Puede que se inclinen hacia eso hasta que asista como una maleducada a la barbacoa sin llevar un plato preparado. Ve al huerto a por una pequeña cabeza de achicoria roja.

—Encantado, pero no sé qué aspecto tiene eso.

Abigail le lanzó una mirada fulminante antes de salir como una exhalación a recogerla ella misma.

Sin duda aquello hizo que dejara de pensar en el virus informático ilegal y en la posibilidad de caer en las garras de los federales, pensó Brooks. Y dado que estaba acelerada, creyó que lo más prudente sería no ponerse en medio durante un par de horas. Cuando Abigail volvió a entrar, tomó nota mental de que la achicoria roja era la mata de hojas moradas, por si acaso volvía a surgir la duda en otra ocasión.

—Tengo que ir a comisaría durante un par de horas —comenzó.

—Bien. Márchate.

—¿Necesitas algo? Puedo comprar lo que sea a la vuelta.

—Lo tengo todo.

—Entonces te veo luego.

Brooks miró a Bert poniendo los ojos en blanco de camino a la puerta, como si le dijera «Buena suerte con ella».

Acababa de salir cuando sonó su móvil.

—Al habla el jefe Gleason.

—Hola, jefe. Hay un pequeño alboroto en la iglesia baptista de Hillside —le dijo Ash.

—No me ocupo de los alborotos en mi día libre.

—Bueno, es un alboroto entre el señor Blake y los Conroy, así que he pensado que a lo mejor querías encargarte.

—Joder, voy para allá. —Se montó en el coche y dio marcha atrás con el teléfono pegado a la oreja—. ¿Cómo es de grave?

—Acusaciones a gritos y fuertes insultos, con una alta probabilidad de que vaya a más. Yo también voy de camino.

—Si llegas antes que yo, empieza evitando que la cosa se desmadre.

Qué coño, pensó poniendo la sirena y pisando el acelerador cuando salió a la carretera principal.

No tardó mucho en llegar y casi aparcó morro con morro con el coche patrulla de Ash, ya que provenían de direcciones opuestas.

—Te has afeitado… —No podía llamarlo barba, en realidad, consideró Brooks—. El vello de la cara.

—Sí, me daba mucho calor.

—Ajá.

Tal y como Brooks había estimado, el alboroto ya se había convertido en un escándalo, y solo un suspiro separaba un

escándalo de una bronca, de modo que decidió esperar para chinchar a Ash por los cuatro pelos mal puestos que se había afeitado.

Lincoln Blake y Mick Conroy se encontraban en el medio de la trifulca, pero estaban rodeados por gente vestida con las mejores galas del domingo, personas que se frotaban las manos y tomaban partido en el recién segado césped de la ladera situada frente a la iglesia de ladrillo rojo.

Incluso el reverendo Goode, con la Biblia aún en la mano, se había puesto como un tomate hasta donde nacía su mata de blanco cabello.

—Vamos a tranquilizarnos —gritó Brooks.

Algunas de las voces callaron; algunos de los jaleadores se separaron cuando Brooks se abrió paso.

Blake había llevado consigo a su ayudante de expresión pétrea, y Brooks no tenía dudas de que iba armado. En Arkansas aún había leyes que prohibían llevar armas en la iglesia —sabía Dios por cuánto tiempo—, pero era muy posible que algunos de los reunidos en aquella verde ladera portaran una pistola junto con la corbata y los relucientes zapatos.

Si se le sumaban armas, un alboroto podía pasar del escándalo a la bronca y a un baño de sangre en menos de lo que canta un gallo.

—Estáis todos delante de una iglesia —habló con desaprobación, mezclada con cierta decepción—. Supongo que la mayoría de vosotros habéis asistido a misa esta mañana. Al llegar he oído algunas vulgaridades que no son apropiadas en este momento ni en este lugar. Bien, voy a pediros que mostréis un poco de respeto.

—Ha empezado Lincoln. —Jill Harris se cruzó de brazos—. En cuanto Mick salió de la iglesia, Lincoln se encaró con él.

—Un hombre tiene derecho a decir lo que le viene en gana. —Mojean Parsins, la madre de Doyle, se puso en guardia con la anciana Jill—. Y tú no deberías meter esa nariz de loro que tienes en asuntos que no te incumben.

—Podría hacerlo si no hubieras criado a un gamberro.

—Señoras. —Brooks se interpuso entre ellas sabiendo que se jugaba la vida, ya que las mujeres eran capaces de brincar y morder, y era muy posible que fueran armadas igual que sus

maridos—. Lo mejor sería que ustedes y todos los demás se fueran a casa ahora.

—Esa Lowery y tú le habéis tendido una trampa a nuestro hijo. Lincoln me ha contado lo que hiciste. Y los Conroy están intentando hacer el negocio del siglo con la travesura de un adolescente.

Hilly Conroy apartó a su marido de un codazo. A juzgar por su aspecto, Brooks decidió que por fin se había cabreado.

—Mojean Parsins, eso es mentira. Te conozco de toda la vida y puedo ver en tu cara que sabes que es una mentira.

—¡No me llames mentirosa! Tu chico ha descuidado ese hotel hasta convertirlo en una ruina, y tú estás intentando que mi hijo pague por ello.

—No te conviene comparar a tu hijo con el mío, Mojean. Si lo haces y tratas de difundir esas mentiras, lo lamentarás.

—Vete a la mierda.

—Ya basta. —Clint, el marido de Mojean, dio un paso al frente —. Ya basta, Mojean. Nos vamos a casa.

—¡Tienes que defender a tu hijo!

—¿Por qué? Tú le llevas defendiendo toda su vida. Aceptad mis disculpas, Hilly, Mick, por el papel que he jugado al convertir a Doyle en la vergüenza que es. Mojean, me voy al coche y me marcho a casa. Puedes venir o puedes quedarte, eso depende de ti. Si te quedas, no estaré en casa cuando llegues.

—No me hables así…

Pero él se dio la vuelta y se puso en marcha.

—¡Clint!

Después de mirar a su alrededor con los ojos como platos, fue corriendo tras él.

—Esto me ha dejado agotada —comentó Jill—. Me marcho a casa dando un paseo.

—¿Por qué no la acercamos Hilly y yo, señora Harris? —Mick la tomó del brazo—. Lamento mucho esto, Brooks.

—Tranquilo, lleva a casa a la señora Harris.

—Esto no ha acabado, Conroy.

Mick le lanzó a Blake una mirada fría teñida de cansancio.

—Te lo repito por última vez, no pienso negociar contigo. Aléjate de mí, de mi familia y de mis propiedades. Mantén a tu

asistente y los que son como él lejos de mí, de mi familia y de mis propiedades.

—Si crees que puedes sacarme más dinero te equivocas. Te he hecho una oferta justa.

—Vete a casa —le dijo Brooks a Mick. A continuación se volvió hacia Blake. No se molestó en mostrar desaprobación ni decepción. Fue directo a la aversión y dejó que se entreviera—. Más tarde hablaré con el señor y la señora Conroy.

—Para cuadrar vuestras historias.

—También conversaré con el reverendo y la señora Goode. ¿Quieres insinuar que vuestro ministro y su esposa también son unos mentirosos? El hecho es que mis ayudantes y yo hablaremos con todos los que han presenciado o han participado en este asunto esta mañana. Si descubro que ha habido cierto hostigamiento por tu parte, aconsejaré a los Conroy que soliciten una orden de alejamiento contra ti y contra quienquiera que hayas utilizado para acosarles. No te va a gustar. Menos aún te gustará si les conceden la orden y te la saltas.

—No puedes intimidarme.

—Tú eres un maestro en intimidar a los demás, así que sabes que no es eso lo que estoy haciendo. Te estoy resumiendo la situación. A lo mejor te conviene hablarlo con tus abogados antes de hacer algo que puedas lamentar. Por ahora te pido que circules. Tu esposa parece afligida y avergonzada.

—Mi esposa no es asunto tuyo.

—Eso es cierto. Lo será si provocas otra bronca.

—Lincoln. —El reverendo Goode se acercó; su rostro había recuperado su color normal y su voz volvía a ser serena—. Comprendo que estás confuso. Aquí me tienes si quieres desahogarte. Pero debo pedirte que te lleves a Genny a casa. Parece que no se encuentra bien. Por favor, no vuelvas a la casa de Dios con un propósito tan poco cristiano. Márchate ya, Lincoln, y atiende a tu esposa. Rezaré por ti y por tu familia.

—Guárdese sus rezos.

Blake se alejó con paso airado, dejando que su asistente se encargara de ayudar a Genny a bajar la pendiente en dirección al coche.

—Va a necesitar unas cuantas oraciones, reverendo.

Goode exhaló un suspiro.

—Lo hacemos lo mejor que podemos.

***

Abigail se cambió de ropa tres veces. Era del todo impropio de ella preocuparse por la vestimenta a menos que el propósito fuera adoptar una identidad o integrarse. Su investigación indicaba que el atuendo sería casual, a menos que se especificara lo contrario. Pero eso podía incluir un vestido o una falda informal, y no tenía ninguna de esas dos prendas en su armario.

Sentía que necesitaba adquirir algo de ropa.

Si lograban vencer —no, cuando lo lograsen, ya que no tenía nada de malo aplicar el pensamiento positivo de Brooks—, encontraría un uso para un guardarropa más amplio y variado.

Se decidió por unos pantalones pirata azul marino, una camisa roja y unas sandalias que se había puesto en raras ocasiones y que había comprado en un momento de debilidad. Dedicó un rato a maquillarse, algo que tampoco solía hacer desde que se convirtió en Abigail, ya que su objetivo había sido el de mezclarse con la gente y pasar desapercibida. Pero, en su opinión, no se le daba nada mal.

Haría uso de ese talento si (cuando) se transformara en Elizabeth para colaborar con las autoridades y declarar contra los Volkov.

Mientras veía en el monitor a Brooks regresando a casa, se puso los pendientes que John le regaló y que usaba cuando tenía la necesidad de sentir confianza en sí misma.

Al bajar encontró a Brooks en la cocina, contemplando una lata de Coca-Cola con el ceño fruncido.

—Ha pasado algo.

—No está relacionado. —Abrió la lengüeta y tomó un trago—. Ha habido un alboroto, casi una bronca, en la iglesia baptista de Hillside.

—La religión organizada tiene a sus espaldas un desafortunado historial de fomento de la violencia.

Brooks se pasó la lata fría por la frente.

—No tenía nada que ver con la religión. Blake ha estado molestando a los Conroy…, y esta mañana lo ha hecho en la iglesia, en público, poniéndose en ridículo, y ha perdido el control. No va a dejarlo estar. Voy a tener que hablar con los Conroy para que tomen medidas legales… —Por fin se centró en ella—. Estás muy guapa.

—Me he maquillado. He pensado que era lo apropiado.

—Muy guapa.

Cuando Brooks sonrió, la ira y el estrés que Abigail había visto en sus ojos se disiparon.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo consigues relajarte tan rápido?

—Voy a llevar a una mujer preciosa a una barbacoa y está claro que eso me calma el mal humor. ¿Dónde está lo que has preparado?

Abigail cogió el bol y luego sacó el paquete de seis botellines de cerveza de la nevera.

—Si crees que deberías continuar con eso ahora hasta solventar el problema, estoy segura de que tu familia lo entendería.

—No te vas a librar tan fácilmente. Qué colorido —comentó mientras cogía el recipiente—. ¿Estás lista?

—Supongo. —Le puso la correa a Bert—. Puedes informarme de manera concisa de los temas de interés de las personas que van a asistir. Eso me ayudaría a entablar conversación.

—Créeme, conversar no será un problema. —Agarró las cervezas antes de salir—. En cuanto anunciemos que vamos a casarnos, todas las mujeres se te van a echar encima con los planes de boda.

—No tenemos ningún plan.

—Confía en mí, cielo, los tendrás antes de que termine el día.

Abigail pensó en ello durante el trayecto, con el bol en el regazo y el perro olisqueando cada centímetro de la parte trasera del coche patrulla.

—Quizá no les agrade.

—¿El qué? ¿Que nos casemos? —Le lanzó una rápida mirada—. Les va a encantar.

—No creo que fuera así si conocieran la magnitud de la situación.

—Ojalá pudiera contárselo para demostrarte que te equivocas,

pero es mejor que no lo hagamos.

—Tú pareces muy tranquilo. He aprendido a mantener la calma cuando las cosas tienen que cambiar, pero esto es diferente. Es difícil estar calmada, esperar a que el capitán Anson llame, preguntarme lo que dirán y harán las autoridades. Pensar en testificar, en estar tan cerca de terminar el virus.

—Pase lo que pase, estaremos juntos. Eso hace que conserve la tranquilidad.

Abigail no podía afirmar lo mismo. Tenía el estómago encogido, el corazón en un puño; con cada kilómetro que recorrían, tenía que esforzarse por disimular los nervios. Intentó pensar en ello como en la entrada en una nueva comunidad, en la primera salida con una nueva identidad. Los nervios la carcomían cada vez que lo había hecho, pero sabía disimularlos, integrarse para que cualquiera que reparara en ella viera lo que ella quería que viese.

Le había funcionado durante doce años. Le había funcionado hasta que conoció a Brooks. Él había visto otra cosa, algo más, pero en esos instantes creía que era una bendición. Si no hubiera sido así, no tendría aquella oportunidad de disfrutar de una vida de verdad.

Y la vida de verdad que podría tener incluiría barbacoas en el jardín.

Cuando Brooks aparcó, pensó que ya había recuperado el control.

—Relájate —le dijo Brooks.

—¿Parezco tensa?

—No, pero lo estás. Yo llevaré eso; tú ocúpate de Bert.

Se colocó el recipiente bajo el brazo, agarró las seis latas y se encaminó hacia la casa, con Abigail sujetando la correa de Bert con firmeza.

Reconoció a tres de las mujeres; la madre de Brooks y sus dos hermanas, pero no a las demás, ni a los hombres ni a los niños. La idea de verse en medio de tantos desconocidos hizo que se le secara la garganta y se le acelerara el pulso.

Antes de que pudiera familiarizarse con la situación, Sunny dejó una fuente y se acercó a ellos sin demora.

—Aquí estáis.

—He tenido que ocuparme de un asuntillo —le dijo Brooks.

—Ya me he enterado. —Sunny dejó apabullada a Abigail con un rápido y fuerte abrazo antes de rascar a Bert—. Pero qué precioso estás. ¿Y qué es esto?

—Pasta orzo —acertó a decir Abigail—. Espero que se adecue a tu menú.

—Puesto que el menú es mucho de esto y más de aquello, irá bien. Y tiene muy buena pinta. Ve a dejar esto sobre la mesa, Brooks, y tráele algo de beber a Abigail. Ya tenemos la batidora de margaritas haciendo horas extras.

—Iré a por esa copa —le dijo a Abigail—. Enseguida vuelvo.

—Mi hija Mya, ya conoces a Mya y a Sybill, preparan unos margaritas de muerte. ¿Por qué no le sueltas la correa a Bert para que pueda jugar con Platón?

Abigail se puso en cuclillas mientras los perros se olían y meneaban el rabo.

—*Ils sont amis*. *Amis*, Bert. *C'est tout*.

—¿Se pone nervioso con niños corriendo de acá para allá? —preguntó Sunny.

—No. Es muy bueno y muy paciente. No atacaría a menos que yo le diera la orden. O si me atacaran a mí.

—Nos aseguraremos de que nadie te ataque. Ven a que te presente a Mick y Hilly Conroy. Somos viejos amigos. Y ese es su hijo, Russ, el mejor amigo de Brooks, con su mujer, Seline, y su pequeña CeeCee. Esta semana han tenido algunos problemillas —prosiguió Sunny mientras caminaban—. Espero levantarles el ánimo.

—Es una situación desafortunada. Brooks está muy preocupado.

—Todos lo estamos. Esta es Abigail —anunció Sunny cuando se unieron al grupo.

—Ya era hora. —La mujer más joven tenía la piel aceitunada, que resaltaba los vivos ojos verdes con que evaluaba a Abigail—. Empezaba a creer que Brooks te había inventado.

—No. No lo ha hecho.

Eso lo hice yo, pensó Abigail.

—Esta es Seline, y su CeeCee, y nuestro Russ. Estos son los padres de Russ, nuestros buenos amigos Mick y Hilly.

—Te he visto un par de veces por la ciudad —repuso Hilly—. Es un placer conocerte por fin.

—Gracias. Siento mucho lo de vuestro hotel. Es un edificio precioso.

—Eres muy amable. —Hilly inclinó la cabeza hacia el brazo de su marido, como si buscara consuelo—. Todo volverá a estar como antes y en mejor estado que nunca. ¿Verdad, Mick?

—Cuenta con ello. He oído que el hijo de Blake también te causó algún problema a ti.

—Quería causarle problemas a Brooks, pero no lo consiguió. Al parecer es una persona muy furiosa y muy estúpida con tendencias violentas. Debería pagar las consecuencias.

—Brindemos todos por eso —replicó Mya cuando se acercó con un margarita en cada mano—. Papá se ha llevado a Brooks un momento, así que te traigo yo la copa.

—Oh, gracias. Se ve… espumoso. —Probó un sorbo y descubrió que la delicada espuma portaba el fuerte sabor del tequila—. Está muy bueno.

—Pega fuerte, ¿verdad? —Sunny le puso el brazo sobre los hombros a Abigail mientras hablaba—. Tenías razón sobre Bert.

Siguiendo la dirección de su mirada, Abigail vio a Bert sentado servicialmente mientras el cachorro bailoteaba a su alrededor, una niña de largas piernas se abrazaba a su cuello y un niño que gateaba le acariciaba el lomo.

—Es muy educado —le aseguró Abigail—. Y creo que está disfrutando de la atención.

—Es tan grande como un caballo —comentó Seline.

Abigail se dispuso a disentir —a fin de cuentas, la talla media de un caballo sería considerablemente mayor—, pero recordó que no debía tomárselo todo en un sentido literal.

—Su tamaño debería intimidar a los intrusos.

—Darles un susto de muerte —puntualizó Russ—. Ahora que estamos esperando nuestro segundo hijo estoy convenciendo a Seline para que tengamos un labrador.

—Un caniche.

—Es un perro de chicas.

—Somos chicas. —Le dio un beso en la mejilla a su hija—. Te

superamos en número.

—Puede que este equilibre la balanza. —Acercó la mano al vientre de su mujer—. Un chico necesita un perro, no un caniche enano.

—Los caniches son listos.

—Tengo entendido que son una raza muy inteligente —convino Abigail—. Se cree que solo el border collie les supera en inteligencia. Son ágiles y, si se les entrena como es debido, muy hábiles y obedientes.

—¿Lo ves?

—Un labrador es un perro. Son listos —agregó apelando a Abigail.

—Sí, desde luego. Es la raza más popular en este país y en Gran Bretaña. Son unos perros guía excelentes. Son fieles y la mayoría tiene un lado juguetón muy desarrollado. Son maravillosos con los niños pequeños.

—Niños pequeños. —Russ cogió a CeeCee y la hizo reír cuando la lanzó al aire—. Ya tenemos uno y vamos a tener otro.

—Los caniches son buenos con los niños.

Sunny rió cuando Seline se volvió hacia Abigail.

—Menuda la has hecho. Estos dos recurrirán a ti como árbitro en esta batalla. Voy a salvarte y a enseñarte el jardín. La comida estará lista en unos minutos.

—Quizá debáis considerar un cruce de labrador y caniche —murmuró Abigail mientras Sunny se la llevaba de allí.

No era tan difícil, se percató. Durante unos veinte minutos paseó por el jardín, habló con los familiares y amigos de Brooks y respondió a las excitadas preguntas referentes a Bert de niños con los ojos como platos.

Cuando todo el mundo se arremolinó alrededor de las mesas de picnic, se sintió más tranquila. Y se relajó todavía más cuando la comida se convirtió en el centro de atención y ella dejó de serlo.

Una barbacoa en el jardín tenía sus ventajas, pensó. Una ubicación informal para relacionarse, un variado surtido de comida preparada por diversas manos. Era una especie de ritual y, en cierto modo, algo tribal; los adultos ayudaban a servir, alimentar o atender a los niños, los suyos y los que pertenecían a otros, con los

perros cerca y, a pesar de su mueca de desaprobación, disfrutando de los trozos de comida que les arrojaban.

Y le gustaban los margaritas con su toque espumoso.

—¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó Brooks.

—Sí. Tenías razón.

—No lo olvides. —Se inclinó para besarla y a continuación levantó su cerveza—. Creo que os va a interesar a todos —comenzó sin alzar la voz por encima de las conversaciones que surcaban la mesa—. Abigail y yo vamos a casarnos.

Y dichas conversaciones, hasta la última, cesaron en el acto.

—¿Qué has dicho? —exigió Mya.

—Lo que importa es lo que ha dicho ella. —Brooks cogió a Abigail de la mano—. Y ha dicho que sí.

—¡Ay, Dios mío, Brooks! —Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Mya. Cogió a su esposo de la mano, se la apretó y luego rodeó la mesa a toda prisa para abrazar a Brooks desde atrás—. ¡Ay, Dios mío!

Entonces pareció que todos se ponían a hablar a la vez; a Brooks, a ella, entre ellos. No sabía a quién responder ni qué decir. El pulso se le aceleró una vez más cuando Brooks, sentado a su lado, miró a su madre y ella a él.

—Mamá —le dijo.

Sunny asintió, exhaló un largo suspiro y se puso en pie. Él se levantó a la vez, al tiempo que ella extendía los brazos y le rodeaba con ellos.

—Mi pequeño —murmuró Sunny cerrando los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, miró a Abigail y le tendió una mano.

Sin saber qué hacer, Abigail se puso en pie.

—Señora…

Sunny meneó la cabeza, agarró la mano de Abigail y la incorporó al abrazo.

—Voy a llorar, solo medio minuto —les dijo Sunny—. Tengo derecho. Luego voy a entrar a por esa botella de champán que nos sobró de Nochevieja para que podamos brindar como es debido.

Los abrazó con fuerza y después retrocedió despacio para besar a Brooks en la mejilla. Para sorpresa de Abigail, Sunny le enmarcó la cara con las manos y le plantó los labios en ambos lados.

—Me alegro de esto. Voy a por ese champán.

—Sunny necesita un minuto. —Loren se levantó y fue hacia Brooks—. Está feliz, pero necesita un minuto. —Abrazó a su hijo y luego a Abigail—. Bienvenida a la familia. —Rió y la apretó con fuerza, haciendo que se pusiese de puntillas.

Todo el mundo se puso a hablar otra vez, y Abigail se vio inmersa en un remolino de abrazos, balbuceando respuestas a preguntas sobre el cuándo, el dónde y qué pasaba con el vestido.

Oyó el pop del corcho de champán por encima del bullicio de las preguntas, las risas y las felicitaciones. Entonces se apoyó sobre Brooks, alzó la mirada y se encontró con sus ojos.

Familia, pensó.

Podía tener una familia, y comprendió que, ya que podía tocarla con los dedos, haría cualquier cosa, lo que fuera, por conservarla.

28

Planes de boda. Abigail los veía como una pequeña y reluciente bola de nieve que rodaba montaña abajo. Creció, creció y creció, haciéndose más grande, cobrando velocidad, hasta que generó una inmensa, desorganizada y tremenda avalancha.

Aquella soleada tarde en el jardín de los Gleason, la avalancha la arrolló.

—Así que ¿estás pensando en la próxima primavera? —le preguntó Mya.

—¿Primavera? Yo…

—No. —Brooks le palmeó el muslo por debajo de la mesa—. No voy a esperar tanto.

—Hablas como un hombre que no tiene ni idea de lo que conlleva preparar una boda. Tuvimos diez meses para la de Sybill y Jake…, y trabajamos como mulos para que todo estuviera listo a tiempo.

—Pero fue preciosa —le recordó Sybill.

—Suponía que iríamos al juzgado —comenzó Abigail, y fue recompensada con una ronda de gritos ahogados por parte de las mujeres.

—Muérdete la lengua —replicó Mya señalándola con el dedo.

Sybill le dio un codazo en las costillas a su hermana.

—Tú quieres algo sencillo.

—Sí. Muy sencillo. —Abigail miró a Brooks.

—Sencillo, claro. Seguro que hay montones de cosas sencillas entre correr al juzgado y el bodorrio por todo lo alto que Mya está imaginando. Creo que en otoño; tiempo de sobra para armar algo de revuelo, pero no suficiente para alquilar una carpa de circo.

—¡Son menos de seis meses! Menos de seis meses para encontrar

el vestido perfecto, reservar el lugar adecuado, entrevistar a empresas de catering, fotógrafos…

—¿Fotógrafos? —interrumpió Abigail.

—Por supuesto. No puedes dejar que tu tío Andy haga las fotos de tu boda.

—No tengo ningún tío que se llame Andy.

Y siempre había evitado las fotografías. Ilya la había reconocido en una calle de Nueva York en cuestión de segundos. Si una foto suya aparecía en internet o en un periódico podría hacer que la descubrieran y acabara en desastre.

—Lo que nos lleva de nuevo a la lista de invitados. Puedo ayudaros con nuestra parte. Tengo la lista de mi boda y de la de Sybill. ¿Cuántos invitados calculas que asistirán por la tuya?

—Nadie.

—Oh, pero… —Mya no necesitó un codazo en las costillas ni la mirada de advertencia de Brooks para callarse. Siguió adelante como si el término «nadie» fuera del todo normal—. No cabe duda de que eso simplifica las cosas. Lo que necesitamos es una sesión de planificación, un almuerzo de chicas…, porque tú no tienes nada que hacer al respecto —le dijo a Brooks con una amplia sonrisa—. La novia es la protagonista de la boda.

—Me parece bien.

—Conozco una maravillosa tienda de novias en Little Rock —continuó Mya.

—Bodas Blancas —intervino Seline—. Es una maravilla. Allí encontré mi vestido.

—Tenemos que tomarnos un día todas, ir allí a echar un vistazo, comer y compartir ideas. Tendré que mirar mi agenda. —Mya sacó su teléfono y comenzó a pasar pantallas—. A lo mejor podemos fijarlo para la semana que viene.

—La semana que viene —acertó a decir Abigail.

—Siempre has sido una marimandona. —Sunny se recostó en la silla, tomándose su margarita—. Es una de las cosas que adoro de ella, Abigail, pero cuesta acostumbrarse. ¿Por qué no le damos unos días para que se haga a la idea de que está prometida, Mya?

—Soy mandona. —Mya rió y se retiró el pelo cuando su marido profirió un bufido—. Y cuando seamos hermanas será aún peor.

—Lo dice en serio —repuso Sybill.

Abigail escuchó el silencioso zumbido del teléfono móvil de Brooks vibrando en su bolsillo. Cuando bajó la mirada, él lo sacó y ojeó la pantalla.

—Lo siento, tengo que cogerlo.

La miró a los ojos brevemente mientras se levantaba y se alejó a cierta distancia.

Aquello parecía irreal. Mya continuó parloteando sobre tiendas de novias, flores, menú o bufet libre, y todo mientras Brooks hablaba con Anson acerca de decisiones que iban a poner su vida en peligro.

Como la bola de nieve otra vez, pensó, rodando, rodando, creciendo, haciéndose más pesada y voluminosa hasta que se llevaba la montaña consigo.

Ya no podía pararlo, recordó. Se había comprometido a seguir adelante.

—¿Estás bien? —le preguntó Sybill.

—Sí. Sí, estoy bien. Lo que pasa es que me siento un poco abrumada.

—Y no es más que el principio.

—Así es. —Abigail miró a Brooks—. Ha empezado.

Brooks regresó y le puso una mano en el hombro.

—Lo siento, tengo que ocuparme de esto.

—Pues ve a hacer de poli —le aconsejó Mya—. Nosotros podemos llevar a Abigail cuando nos vayamos.

—Oh. —A Abigail se le quedó la mente en blanco durante un instante—. Gracias, pero tengo que volver para terminar trabajo pendiente.

—Entonces te llamaré mañana o te enviaré un correo electrónico. Mejor un correo, así puedo pasarte algunos enlaces. Dame tu dirección…

—Mya. —Sunny enarcó las cejas—. ¿Qué ha pasado con esos días que íbamos a darle para que se hiciera a la idea?

—Vale, vale. No puedo evitar haber nacido para planear y organizar fiestas. Mándame un mensaje cuando te hayas habituado al plan de la boda.

Agarró una servilleta de papel y le escribió su dirección de

correo electrónico.

Abigail tenía la sensación de que iba a necesitar más que unos pocos días.

—Lo haré. Muchísimas gracias por esta maravillosa tarde.

—Abigail. —Sunny fue hacia ella, le dio un fuerte abrazo y le susurró—: No te preocupes. Yo entretendré a Mya una o dos semanas.

Tardaron un rato. Al parecer la gente no se despedía sin más en una barbacoa. Se abrazaban o estiraban una conversación, hacían planes futuros, jugaban con el perro. Incluso llamaban y decían adiós con la mano una vez que habías llegado al coche.

—Antes de que me cuentes lo que te ha dicho el capitán Anson quiero decirte que tu familia es…

—¿Ruidosa, avasalladora?

—No. Bueno, sí, pero no es lo que iba a decir. Afectuosa. De manera natural. Ahora te entiendo mejor después de haber pasado la tarde con ellos. Tu madre… No te compadezcas de mí. Te lo pido.

—Vale.

—Tu madre me ha echado el brazo sobre los hombros. Solo ha sido un gesto distraído. Dudo mucho que se haya dado cuenta siquiera, y ha hecho lo mismo con otros, infinidad de veces. Pero cuando lo ha hecho conmigo me he sentido…, he pensado…, así que esto es lo que hace una madre. Te toca, te abraza, solo porque sí. Por ninguna razón importante. Y entonces he decidido que si tenemos hijos quiero aprender a ser la clase de madre que puede tocarlos o abrazarlos sin pensar y sin ningún motivo en particular. Espero tener la oportunidad de hacerlo.

—Lo harás.

—Anson ha hablado con el FBI.

—Durante casi todo el día. Su opinión es que, al menos en principio, su intención había sido la de realizar una maniobra evasiva y llegar hasta ti. Pero él les ha pillado por sorpresa. Han tenido cuidado con lo que le contaban, pero está convencido de que van a vigilar a Cosgrove y a Keegan.

—¿Piensa que han creído mi historia?

—La has expuesto de forma detallada, incluso lo que John te dijo. Y has sido una fuente muy valiosa durante los últimos años.

¿Por qué ibas a mentir sobre Cosgrove y Keegan?

—No sería lógico.

—No, no lo sería. Quieren hablar contigo en persona. Quieren que vayas. Te prometen protección.

—Quieren interrogarme, asegurarse de que no fui cómplice en las muertes de John y de Terry. Cuando estén seguros, si es que llegan a estarlo, querrán que acceda a testificar contra Korotkii.

—Sí, y querrán más. Tienes una posición ventajosa con respecto a los Volkov y acceso a información que podría meter entre rejas a gran parte de la organización y desarticular el resto.

—Las autoridades pueden utilizar la información siempre que proceda de una fuente anónima. En cuanto se sepa que los datos han sido obtenidos por medios ilegales no podrán hacerlo.

—No, no podrían. Quizá consigan encontrar cierta flexibilidad.

Abigail consideró aquello, todo.

—No les voy a revelar el sistema aunque me concedan inmunidad por el tema del pirateo informático. Necesito el sistema para acabar con la red de los Volkov. No pueden hacer lo que yo pretendo, ni técnica ni legalmente. Volveré a quedar desprotegida a menos que consiga entrar en la red y desviar los fondos.

—¿Desviar…? ¿Tienes ese tipo de acceso a su dinero?

—Puedo tenerlo y disponer de una gran cantidad. ¿Y dónde depositarlo una vez esté lista para transferir fondos de varias cuentas? He pensado en generosas donaciones anónimas a las obras de caridad que me parezcan más apropiadas.

Brooks apartó la vista de la carretera para lanzarle una larga mirada.

—Vas a dejarles limpios.

—Sí. Creía que lo habías entendido. Si tienen aproximadamente ciento cincuenta millones en cuentas de los que disponer, pueden rehacer su vida sin problemas. Y además están los bienes inmuebles, pero tengo algunas ideas de cómo deshacerme de ellos.

—Deshacerte de ellos.

—Problemas con los impuestos, transferencia de escrituras; las autoridades pueden confiscar algunas propiedades, y lo harán, ya que han sido utilizadas para fines ilícitos. Pero otras están mejor enmascaradas. No lo estarán cuando yo haya terminado. No basta

con que testifique, Brooks —le dijo cuando detuvo el coche al llegar a la cabaña—. No basta con meter en prisión a Korotkii, y posiblemente a Ilya e incluso a Sergei. Con sus recursos y su dinero se reagruparán, se reharán… y sabrán que he sido yo quien les ha causado los problemas. Mi intención es que no sepan cómo se ha visto comprometida su red. Y no pretendo contárselo a las autoridades. No pueden autorizar lo que planeo hacer. —Se bajó del coche y le miró por encima del techo—. No volveré a una casa franca. No consentiré que sepan dónde estoy aunque acceda a testificar, si es que lo hago. No confío en su protección. Confío en mí misma y en ti.

—Vale. —Brooks abrió la puerta para que bajara el perro y luego le tendió la mano a ella—. Cuando llegue el momento buscaremos un lugar en Chicago. Tú y yo seremos los únicos que sepamos dónde está. Nos quedaremos allí. Tú escogerás el lugar de la reunión. Supongo que un hotel, quizá en Virginia o en Maryland, y no les dirás la ubicación hasta que estés dentro.

—Bien pensado. Pero no puedes estar conmigo.

—Sí que puedo. Siempre y cuando no me vean.

Aquello se terminaba en el acto, todo aquello se terminaba en el acto, a menos que estuviera con ella.

—Supongo que puedes tener ojos y oídos en la habitación del hotel para que yo pueda estar al tanto…, y así tendremos una grabación, en caso de que la necesitemos.

—No se me había ocurrido. Debería haberlo pensado, ya que sería lo mejor.

—Tú piensas, yo pienso; así se hace. —Se volvió hacia él para acercarse—. Cuando esto empiece tiene que suceder rápido. Todo tiene que suceder rápido y en el orden adecuado.

No le apartaría de su familia si las cosas salían mal. También se había dado cuenta de eso durante la barbacoa.

—Tengo que terminar el virus. Sin él esto no está completo del todo.

—Tú ponte con eso y yo empezaré a investigar por mi cuenta. Buscaré un sitio para la reunión.

—Virginia —dijo—. Condado de Fairfax. Está lo bastante lejos de Washington y a menos de una hora del pequeño aeropuerto

regional de Maryland. Fletaré un avión.

—¿Fletarás un avión? No jodas.

—Tal vez hayas olvidado que tienes una novia rica.

Brooks rió.

—No sé cómo se me ha podido olvidar.

—Si quieren confirmar la reunión y seguirme, podremos perderlos en esas carreteras, y es muy posible que busquen en el aeropuerto de Dulles o en el Reagan National.

—Tenemos un plan. —La besó—. Ve a jugar con gusanos.

***

Se mantuvo fuera de su vista durante la mayor parte del tiempo. Pero, joder, después de un par de horas delante del ordenador, un hombre querría disfrutar de una cerveza en una noche de domingo. Y de unas patatas fritas que había tenido que colar de contrabando, ya que Abigail no tenía ni un solo artículo de comida basura en la casa.

Cuando entró en la cocina, ella estaba sentada con las manos en el regazo, contemplando la pantalla. Abrió la nevera, cogió una cerveza y miró hacia ella; luego abrió el armario en el que había guardado las patatas. Sabor crema agria y cebolla.

Y ella se dio la vuelta.

—Te dejaré sola en un segundo.

—Lo he hecho.

Brooks estudió su cara y dejó la cerveza.

—Has terminado el virus.

—Sí. Y funciona. En teoría. Lo he comprobado varias veces. No puedo introducirlo en la red hasta que sea el momento, así que no puedo estar del todo segura. Pero lo estoy. Estoy segura de que funcionará.

Él sonrió, se acercó a ella y la alzó de los codos para darle un beso.

—Eres un genio.

—Sí.

—Entonces ¿por qué no pareces contenta?

—Lo estoy. Creo que estoy… paralizada. Pensé que podía hacerlo, pero cuando por fin lo he conseguido me he dado cuenta de que en realidad no creía que pudiera hacerlo. —Se presionó la sien izquierda con los dedos, ya que le dolía un poco—. No tiene sentido.

—Sí que lo tiene.

—Brooks. Puedo destruir su red, corromper todos sus archivos, todos sus programas. Puedo acabar con ellos, sin importar qué sistema operativo u ordenador utilicen. Puedo hacerlo y, haciéndolo inmediatamente después de desviar los fondos, estarán arruinados. En bancarrota. —Se llevó la mano al corazón—. Y antes de hacer eso puedo darles a las autoridades lo suficiente para cerrar una serie de operaciones, utilizar eso para procesar a otros lugartenientes y soldados, hasta que la organización de los Volkov quede tan hecha pedazos que jamás puedan recomponerse.

—Puedes hacerles un Humpty Dumpty.

Abigail dejó escapar una carcajada entrecortada.

—Sí. Sí. En realidad no creía que pudiera hacerlo —murmuró—. Si lo hubiera creído, lo habría hecho antes de acceder a testificar.

Brooks se mantuvo serio.

—¿Quieres echarte atrás en eso?

—Tú dejarías que lo hiciera. —Le enmarcó el rostro con las manos, como solía hacerle él a menudo—. Te quiero muchísimo. Dejarías que diera marcha atrás aunque eso vaya en contra de tu código ético. Pero no, no lo haré. No puedo. Es parte del conjunto, parte de quien quiero ser. Parte de quien tú esperas que sea.

—Solo espero que seas quien eres.

—Yo espero más ahora. Espero más de Elizabeth. Espero más de Abigail. Y quiero que ahora tú esperes más de mí. Mi testimonio, mi información, el pirateo, el supervirus. Es un todo. Cuando haya terminado, Elizabeth podrá irse con la conciencia tranquila. —Cerró los ojos, luego los abrió y le sonrió, clavándolos en los suyos—. Y Abigail podrá casarse contigo como ella misma. Deseo casarme contigo con toda mi alma. Hasta puede que quiera ir a una tienda de vestidos de novia.

—¡Vaya!

—Me asusta un poco, pero puede que quiera hacerlo.

—Ahora sí pareces feliz.

—Lo soy. Soy muy feliz. En cuanto encontremos un hotel, podré disponer el transporte. Podemos pedirle a tu capitán que fije el encuentro. Podemos iniciar la siguiente fase.

—Ya tengo el hotel. En Tysons Corner, Virginia. De clase media, junto a la autopista.

—Me gustaría ver la página web del hotel y un mapa de la zona.

—Ya lo suponía. Lo tengo guardado en mis favoritos en el ordenador.

—Podemos reservar las habitaciones y fijar el encuentro para mañana o pasado mañana. Menos tiempo para que las autoridades intenten encontrarme.

—Pasado mañana. Tengo que revisar el horario para que me cubran.

—Mejor. Yo tengo que organizarlo todo para que cuiden de Bert.

—Mi madre se lo quedará.

—Oh, pero… —Vaciló mirando al perro—. Pensaba en una perrera acreditada, con profesionales.

—¿Vas a meterle en una cárcel?

—Una perrera no es la cárcel. —Dos pares de ojos color avellana se clavaron en ella—. Le ha gustado estar allí esta tarde, pero me parece pedirles mucho a tus padres.

—Estarán encantados. Además, eso es lo que hace la familia. Acostúmbrate. Vamos, echa un vistazo al hotel. Yo voy a llamarles.

Brooks sacó su teléfono móvil mientras Abigail abandonaba la cocina.

—Me debes una —le dijo a Bert.

***

Todo estaba preparado, se dijo Abigail. Se encontraba en su habitación del pánico, eligiendo de manera cuidadosa lo que iba a necesitar para dar el siguiente paso.

Reservó habitaciones de hotel a dos nombres diferentes, a dos horas diferentes, desde dos ordenadores distintos. Brooks se registraría como Lucas Boman, el nombre de su primer entrenador

de la liga infantil. Crearía la identidad de Brooks al día siguiente. La suya, que le daría a Anson para que se la entregase a los federales una vez que Brooks y ella se hubieran registrado e instalado, sería Catherine Kingston, una identidad que ya tenía preparada. Echó un vistazo a su colección de pelucas y a su provisión de tinte para el pelo.

—¿Vas a ir de pelirroja? —comentó Brooks cuando ella cogió una peluca de melena corta color rojo y dorado.

—Mi color natural tiende hacia el caoba. No tengo una peluca que se asemeje a ese tono.

—Espera. —La estudió ladeando la cabeza—. ¿Eres pelirroja?

—Castaña más bien, aunque con reflejos rojizos.

—Solo quiero mencionar que he visto esa otra zona de ti y no es castaña con destellos rojizos.

—Lo sería, pero soy muy minuciosa cuando cambio de aspecto.

—Interesante. Muy interesante. A lo mejor deberías haber apuntado a la CIA.

—No despertó mi interés. Creo que esperarán que altere mi aspecto de algún modo para el encuentro. Debería bastar con esto, junto con algunos cambios con el maquillaje y algo de relleno. Pechos más grandes.

—No puedes equivocarte con pechos más grandes.

—Creo que mis pechos naturales son más que suficiente.

—Vamos a ver. —Ahuecó las manos sobre ellos, reflexionando —. Más que suficiente.

—Obsesionarse con el tamaño del pecho es tan estúpido como hacerlo con el del pene.

—Creo que mi pene es más que suficiente —replicó Brooks. Abigail rió y se volvió hacia el espejo—. Supongo que no vas a comprobarlo para asegurarte.

—A lo mejor más tarde.

Se puso la peluca con tanta rapidez y destreza que Brooks supo que había usado alguna muy a menudo.

—Es un cambio.

Prefería su cabello largo y el estilo menos estudiado, pensó.

—Sí. Puedo trabajar con esto. Voy a tener que comprar una que se asemeje más a mi color natural, una más larga que pueda peinar

de varias formas. Quiero parecerme a las fotos que tendrán de Elizabeth, aunque sean antiguas. Puedo utilizar lentes de contacto para cambiar el color de mis ojos, solo el tono, de manera sutil. Caderas más anchas, pechos más grandes. Oscurecer unos tonos la piel con algo de autobronceador. Sí, puedo trabajar con esto —repitió. Luego se quitó la peluca y la colocó en su base—. Los agentes de la CIA tienen que mentir y engañar. Supongo que es necesario para las tareas que realizan. Yo he mentido y engañado mucho durante los últimos doce años. Me gustaría tener una vida en la que la mentira y el engaño no formen parte de mi día a día. No puedo desechar todas las mentiras, pero… —Se volvió hacia él—. Tendré a una persona que sabe la verdad, que lo sabe todo, y a quien jamás engañaré. Eso es un regalo. Tú eres un regalo.

—Yo tengo a una persona que cree en mí lo suficiente como para contarme la verdad y confiar en mí de manera absoluta. Eso también es una bendición.

—Entonces los dos somos afortunados. —Fue hacia él y le tomó de la mano—. Creo que deberíamos irnos a acostar. Tengo que realizar algunos test para verificar que tu pene es más que suficiente.

—Es una suerte para los dos que siempre haya aprobado los exámenes con nota.

***

Su teléfono móvil sonó a las dos de la madrugada. Brooks se dio la vuelta en la cama y lo cogió.

—Al habla el jefe Gleason.

—Hola, Brooks, soy Lindy.

—¿Qué sucede, Lindy?

—Bueno, de eso quería hablarte. Tengo a Tybal aquí conmigo.

—Mierda.

—Sí, es una mierda, pero no del tipo que tú crees. Querrás escuchar lo que Ty tiene que decir.

Brooks se incorporó.

—¿Dónde estás?

—Ahora mismo estamos en mi camioneta a unos ochocientos metros de la casa de Lowery. Como tu coche no estaba en la ciudad he supuesto que estabas ahí.

—Eso es trabajo policial, Lindy. ¿Por qué no me reúno con vosotros en tu casa?

—Prefiero no hacer eso con la clase de mierda de la que estamos hablando. Será mejor que vayamos allí y lo hablemos en privado. La gente suele ver cosas en la ciudad aun a estas horas. Tal vez sobre todo a estas horas.

—Eso es cierto. Espera. —Tapó el teléfono con la mano—. Es Lindy…, ¿de la cafetería?

—Sí, sé quién es.

—Dice que está con Tybal Crew y que tienen que hablar conmigo en privado.

—¿Aquí?

—Si no fuera importante y no tuviera que ser en privado, Lindy no me llamaría a las dos de la madrugada.

—Iré a vestirme.

—Nos quedaremos abajo; no te molestaremos.

—Creo que si alguien tiene que venir aquí a estas horas para conversar contigo, yo debería escuchar lo que tiene que decir.

—De acuerdo. —Se puso de nuevo el teléfono en la oreja—. ¿Ty está sobrio?

—Ahora lo está, o casi.

—Venid. —Brooks dejó el teléfono y se pasó la mano por el pelo —. Siento esto.

—Hace unos días no habría dejado que nadie viniera aquí de esta forma. Pero no estoy nerviosa en realidad. Siento curiosidad. ¿Preparo café?

—No estaría nada mal.

Le agradaba pensar que las llamadas de madrugada y preparar café para gente con problemas formarían parte de la rutina en su futuro con Brooks.

Esperaba ser una buena esposa para un policía.

A pesar de todo, le agradaba en igual medida saber que Bert, al que había ordenado relajarse, estaba tumbado en el rincón de la cocina. Y también había tomado la precaución de activar el

salvapantallas en los ordenadores.

No sabía muy bien cómo dirigirse a dos hombres que iban a su casa en plena madrugada. Cuando llevó el café al salón, Brooks les abría la puerta principal.

Y Lindy, con su larga trenza canosa colgando a la espalda sobre una camiseta del grupo Grateful Dead, fue el primero en entrar.

—Señorita. —Inclinó la cabeza—. Quiero disculparme por molestarla a estas horas.

Acto seguido le dio un manotazo a Tybal en la tripa.

—Sí, señorita —respondió Tybal—. Siento molestarla.

—Estoy segura de que tienen buenas razones.

—Más les vale —farfulló Brooks—. Joder, Ty, apestas a whisky.

—Lo siento. —Las puntas de las orejas se le enrojecieron cuando agachó la cabeza—. Existen circunstancias atenuantes. Me había ganado mi ficha de los sesenta días sin beber y ahora tengo que empezar de cero.

—Todo el mundo tiene algún tropezón, Ty —le dijo Lindy—. Tu primer día empieza ahora.

—He estado asistiendo a reuniones. —Ty arrastró los pies, y a Abigail le pareció un oso desaliñado y avergonzado—. Lindy es mi padrino. Le he llamado. Sé que debería haberlo hecho antes de tomar esa copa, pero le he llamado después.

—Vale. Vale, sentaos —les ordenó Brooks—. Y contadme qué coño estáis haciendo aquí a las dos de la madrugada.

—La cosa es que se supone que tengo que matarte, Brooks. —Ty se retorció las manos, que eran del tamaño de un jamón—. No voy a hacerlo.

—Me alegra oírlo. Siéntate, joder.

—No sabía qué hacer. —Ty se acomodó en el sillón, con la cabeza gacha—. En cuanto se me pasó un poco el efecto del whisky y empecé a pensar, seguía sin saber qué hacer. Así que he llamado a Lindy, que me ha ayudado a espabilarme y lo ha hablado conmigo. Y me ha dicho que tenía que contártelo. A lo mejor Lindy puede explicarte algo. Yo no sé por dónde empezar.

—Tómate un café, Ty, y yo hablaré por ti. Parece que la mujer de Lincoln Blake le ha abandonado.

—¿Cuándo? —Brooks frunció el ceño mientras cogía su taza de

café—. La he visto esta misma mañana.

—En la iglesia, sí. Ya me he enterado; supongo que todo el mundo lo sabe ya a estas alturas. En mi opinión, esa fue la gota que colmó el vaso. Lo que he oído es que al llegar a casa ella hizo un par de maletas y se marchó. Carly, la hija de la señora Harris, estaba en la calle y la vio metiendo las maletas en el coche y le preguntó si se iba de viaje. La señora Blake le dijo, con toda la tranquilidad del mundo, que iba a dejar a su marido para no volver jamás. Se subió a su coche y se largó. Parece que Blake se encerró en su despacho durante el resto del día.

—Entonces no ha debido de encajarlo nada bien —comentó Brooks—. El orgullo de Blake ya había sufrido un duro golpe esta mañana.

—Merecido, ¿no? En fin, Birdie Spitzer trabaja para ellos, y no es de las chismosas, por eso ha conservado el trabajo, en mi opinión. Ella misma me lo ha contado. Supongo que era demasiado jugoso. Me ha dicho que oyó gritos, pero que habitualmente los oía, por parte de él en todo caso. Luego la señora se marchó y él se encerró. Birdie llamó a la puerta al cabo de un rato para preguntar si quería la cena, y él le dijo a voces que se fuera de la puta casa y que no volviera.

—¿Blake ha despedido a Birdie? —Sorprendido, Brooks enarcó las cejas—. Llevaba veinte años trabajando en esa casa.

—Veinticuatro el próximo mes de agosto, según lo que me ha dicho ella. Supongo que es otra de las razones de que haya contado la historia en la cafetería. No sabe si tiene trabajo o no, ni si aún lo quiere, en caso de que él espere que vuelva.

—Ahora está solo —repuso Abigail en voz queda—. Lo siento. No debería interrumpir.

—No pasa nada, y eso es cierto. Está solo en esa gran casa, con su hijo en una celda y sin su mujer. Especulando diría que se ha sentado a darle vueltas al tema y ha llegado a la conclusión de que el causante de su situación eres tú, Brooks.

—Es una conclusión errónea basada en un criterio incorrecto —comenzó Abigail—. Me refiero a la conclusión del señor Blake, no a la suya.

—Sí, señorita. —Lindy le brindó una amplia sonrisa—. Es un

modo amable de decir que es un gilipollas, si me permite que hable en plata.

—Sí, claro que se lo permito. Sí, es un gilipollas.

Brooks tomó un trago de café y centró la atención en Ty.

—¿Cuánto te ha pagado por matarme, Ty?

—¡Ay, Dios mío! —acertó a decir Abigail, y se puso en pie de golpe.

—Tranquilízate, cielo. Ty no va a hacerle daño a nadie. ¿Verdad, Ty?

—No, señor. No, señorita. He venido a contártelo, Brooks. Lindy me ha dicho que era lo mejor, así que aquí estoy.

—Dime lo que ha pasado con Blake.

—De acuerdo. Verás, me ha llamado a su casa. No había estado nunca allí, y menuda mansión. Como salida de una película. Creía que a lo mejor tenía algún trabajo para mí, y no me habría venido mal. Me ha hecho pasar a su despacho al instante, y él se ha sentado en su gran sillón de cuero. Me ha ofrecido una copa. Le he dicho que no, gracias. Pero me la ha servido de todas formas y la ha dejado a mi lado. Era mi marca. Tengo una debilidad, Brooks.

—Lo sé.

—Pero juro por Dios que no había bebido una sola gota desde que me arrestaste, no hasta esta noche. Estaba muy nervioso, allí sentado, en aquella casa elegante. Él no paraba de repetirme que una sola copa no iba a hacerme daño. Que si era un hombre o no. No he picado.

—Muy bien, Ty.

—Pero ha seguido repitiéndolo y diciendo que tenía un trabajo, pero que no contrataba a gallinas ni a… ¿Qué palabra ha sido la que te he dicho, Lindy?

—Eunucos. Qué hijo de puta…; siento otra vez la grosería.

—Estoy de acuerdo con su opinión —le dijo Abigail mirando a Ty a continuación—. Ha vinculado tu debilidad a tu masculinidad y ambas cosas a tu deseo de conseguir trabajo. Ha sido una crueldad y una manipulación.

—Me ha cabreado, pero me parecía cierto cuando lo decía. Me ha dicho que tú intentabas hacerme sentir menos hombre, Brooks, y que me humillabas y castrabas…, ha reiterado que me habías

castrado, y eso me ha hecho sentir mal. Y también cabreado. Y ahí estaba ese vaso de Rebel Yell. Solo quería tomarme uno, solo para demostrar que podía hacerlo. Pero me he tomado otro y supongo que otro más después de ese.

Los ojos de Ty se anegaron en lágrimas, y cuando agachó la cabeza, sus hombros se sacudieron.

Abigail se levantó y salió de la habitación.

—Así que he seguido bebiendo porque el vaso estaba allí mismo y nunca parecía quedarse vacío. Soy alcohólico y sé que no puedo beberme una copa sin tomarme otra después.

Abigail regresó con una bandeja con galletas y dejó el plato sobre la mesa.

Cuando la vio coger una y dársela al lloroso Tybal, Brooks pensó que la amaba más que a su propia vida.

—Ha sido cruel con usted —le dijo—. Debería avergonzarse de lo que le ha hecho.

—He seguido bebiendo y cabreándome. Él seguía hablando de lo que Brooks me había hecho, haciéndome parecer débil y sin agallas delante de mi propia mujer; decía que estaba intentando acabar con esta ciudad. Que Brooks le había tendido una trampa a su hijo. Que había que hacer algo.

»Él no paraba de hablar, y yo no dejaba de beber. Decía que era necesario alguien con agallas y cojones. Me ha preguntado si yo tenía agallas, si tenía cojones. «¡Claro que tengo, joder!», le he dicho. Y que a lo mejor te daba una paliza, Brooks.

Ty meneó la cabeza, gacha una vez más.

—He estado asistiendo a reuniones y haciendo terapia de grupo. He conseguido comprender que cuando bebo solo quiero golpear algo. He hecho daño a Missy por culpa del alcohol. Y entre lo que él me decía y lo que yo había bebido, me ha hinchado las pelotas. Me ha parecido una buena idea cuando ha afirmado que no bastaba con darte una buena paliza, que tenía que ser algo definitivo. Que tú habías acabado con mi masculinidad y que la única forma de recuperarla era matarte. Y que como me estaría agradecido, me daría cinco mil dólares. A modo de recompensa, me decía. Me ha dado la mitad en el momento.

—¿Te ha dado dinero? —le preguntó Brooks.

—Y yo lo he cogido. Me avergüenza decir que era dinero en efectivo y que lo he aceptado. Pero no me lo he quedado. Lo tiene Lindy. Me ha dicho…, el señor Blake me ha dicho que me fuera a casa y cogiera mi pistola. Que tenía que sentarme aquí fuera, en la carretera, y esperar hasta que se hiciera de noche. Luego tenía que llamarte y decirte que había un problema. Y que te disparara cuando salieras. He ido a casa a por mi pistola, y Missy no estaba allí, ya que está con su hermana. He cogido el rifle, lo he cargado y he empezado a pensar en por qué Missy no estaba en casa. Y he comenzado a pensar que se había ganado un buen par de hostias. Y no sé cómo explicarlo, pero me he oído a mí mismo pensando esas cosas y me han entrado ganas de vomitar. Me ha dado miedo. He llamado a Lindy, y ha venido a mi casa.

—Has hecho lo correcto, Ty.

—No, no lo he hecho. Me he tomado esa copa. He cogido el dinero.

—Y has llamado a Lindy.

—Tiene una enfermedad, señor Crew —le dijo Abigail—. Blake se ha aprovechado de su enfermedad y la ha utilizado contra usted.

—Lindy me ha dicho lo mismo, gracias, señorita. Me da vergüenza contárselo a Missy. Todavía está un poco enfadada contigo, Brooks, pero se alegra de que ya no beba. Las cosas están mejor entre nosotros, y ella lo sabe. Se cabreará aún más si me metes en la cárcel. Lindy me ha dicho que no lo harías.

—Lindy tiene razón. Voy a necesitar el dinero, Lindy.

—Está guardado en mi camioneta.

—Y necesito que vengas a comisaría y hagas una declaración oficial, Ty.

—Missy se va a cabrear.

—Creo que se cabreará un poco por lo de la bebida, pero cuando lo escuche todo, de principio a fin, estará muy orgullosa de ti.

—¿De veras lo crees?

—Sí. Yo estoy orgulloso de ti. Me alegra que no hayas intentado matarme.

—A mí también. ¿Qué vas a hacer, Brooks?

—Voy a atar bien todos los cabos y luego pienso arrestar a Blake por encargar el asesinato de un agente de policía.

29

El siguiente paso, pensó Abigail cuando llegó a casa después de llevar a Bert con Sunny. Se dio cuenta de que parecía raro y un poco triste entrar en la cabaña sin Bert. Solo será por poco tiempo, dijo para sus adentros. Un viaje rápido… que lo cambiaría todo.

Cuando Brooks llegara a casa se irían al aeropuerto, cogerían el vuelo privado hasta Virginia y se registrarían en las dos habitaciones del hotel. Dispondría de mucho tiempo para instalar el sistema de cámaras y vídeo.

Muchas horas para obsesionarse, preocuparse y darle una y mil vueltas, si se lo permitía.

De modo que no lo haría. Se centró en la tarea que le ocupaba y comenzó a transformarse en Catherine Kingston.

Cuando llegó Brooks, gritó:

—¿Dónde está mi mujer?

Aquello la hizo reír. Era la mujer de alguien.

—Estoy arriba. ¿Va todo bien?

—Todo lo bien posible. Blake tiene a sus abogados devanándose los sesos, y espero que nos presenten un trato de un momento a otro. Puede que se libre de esta, teniendo en cuenta que Ty estaba ebrio, pero de todas formas estará acabado en este pueblo. Espero que no… —Su voz se fue apagando cuando llegó a la puerta y la vio —. Repito: ¿dónde está mi mujer?

—He hecho un buen trabajo —decidió Abigail estudiándose en el espejo.

El peinado y el esmerado maquillaje marcaban el ángulo de la mandíbula, las lentes de contacto oscurecían el verde de los ojos y el cuidado relleno la transformaba, haciéndola pasar de delgada a voluptuosa.

—Una vez que sepan el hotel lo más probable es que pidan las cintas de seguridad. Nosotros ya estaremos dentro, pero las visionarán para comprobar cuándo me he registrado y si he llegado sola. Esa es la razón por la que tomaremos taxis distintos desde el aeropuerto y nos registraremos en momentos diferentes.

—Pareces más alta. —Se acercó después de mirarla y la besó—. Más alta, no cabe duda.

—Llevo alzas en los zapatos. Solo dos centímetros y medio, pero contribuye al personaje. Si algo de esto se filtra a uno de los topos de los Volkov, no podrán encontrar ninguna coincidencia. Abigail no está en el sistema, y eso hará que sea muy difícil relacionar a Catherine Kingston o Elizabeth Fitch con Abigail Lowery. Estoy lista cuando tú lo estés.

—Cogeré las maletas.

Brooks jamás había tomado un avión privado y decidió que no le costaría acostumbrarse. Sin colas, sin retrasos ni multitudes, y el vuelo en sí fue suave y tranquilo.

Y le gustaban los amplios asientos de cuero, colocados de forma que pudiera estar frente a Abigail —o Catherine, suponía—, y la forma en que la luz jugaba sobre su rostro mientras volaban en dirección norte.

—Han abierto un expediente nuevo sobre Cosgrove y Keegan —le dijo Abigail mientras trabajaba en su ordenador portátil—. Han solicitado sendas órdenes para controlar sus dispositivos electrónicos y sus comunicaciones. Puede que encuentren algo. Cosgrove, sobre todo, tiene tendencia a ser descuidado. Le gusta jugar —agregó—, tanto online como en casinos.

—¿Cómo le va?

—Pierde más que gana, por lo que he podido deducir de sus finanzas y su pauta de juego; fue el juego, y las pérdidas, lo que posibilitó a los Volkov presionarle para que trabajara para ellos cuanto estuve bajo protección.

—Tiene problemas con el juego —especuló Brooks—. Y se derrumba cuando le presionan. ¿Cómo reaccionaría ante una fuente anónima que afirmara tener información sobre su conexión con los Volkov?

Abigail levantó la vista, bajándose las grandes gafas de sol que

había añadido a su personaje.

—Es una pregunta interesante.

—Si se arruga bajo presión, el chantaje podría empujarle a cometer un error.

—No es tan listo como Keegan, motivo por el que creo que no ha ascendido con tanta facilidad ni en los U.S. Marshal ni en la organización de los Volkov. Calculaba que los Volkov ya le habrían eliminado, pero todo apunta a que consideran que tiene algo de valor.

—¿Alguna vez has ido de pesca? —le preguntó Brooks.

—No. Parece un pasatiempo u ocupación tediosa. No comprendo qué tiene que ver la pesca con Cosgrove y los Volkov.

Brooks la señaló con el dedo.

—En primer lugar, algún día te llevaré de pesca y verás la diferencia entre tranquilo y tedioso. Y en segundo lugar, a veces pescas un pez pequeño y eso puede llevarte a una pieza mayor.

—No creo que… Ah, es una metáfora. Cosgrove es el pez pequeño.

—Eso es. Pescarlo podría merecer la pena.

—Sí, podría. La codicia reacciona a la codicia, y su principal motivación es el dinero. Una amenaza, utilizando la información justa para demostrar que la fuente tiene pruebas. Y si utiliza sus dispositivos electrónicos o el teléfono para comunicarse, tendrán suficiente para interrogarle.

—Lo que nos lleva al pez mayor. Y le da más peso a tu testimonio. —Le ofreció la bolsa de galletitas saladas que había abierto, pero Abigail negó con la cabeza—. ¿Cuál es tu cebo?

—Porque se necesita un cebo para pescar incluso a un pez pequeño.

Se metió una galletita en la boca mientras asentía con la cabeza.

—Ya verás cuando coloques la primera lombriz.

—Ni siquiera me gusta cómo suena eso. Sin embargo, había una mujer que entró en el Programa de Protección de Testigos después de declarar contra su ex novio, un gángster de poca monta relacionado con la banda de prostitución de los Volkov en Chicago. Fue hallada en Akron, Ohio, violada y muerta de una paliza, tres meses después de la condena.

—¿Era Cosgrove responsable de ella?

—No, no se la asignaron, pero todo lo que pude recabar en su momento apuntaba a que fue él quien pasó la información sobre ella a su contacto en la organización de los Volkov. Sé lo suficiente para componer un mensaje creíble y amenazador.

—Otra piedrecita en el río.

—¿Qué río? ¿En el que vive el pez?

Brooks rompió a reír, dándole un empujón en el pie con el suyo.

—Podría ser, aunque, si nos ceñimos a esa metáfora, no te conviene arrojar piedrecitas. Podrían asustar a esos peces.

—Estoy confusa.

—En este río metafórico lanzamos las piedrecitas porque queremos formar muchas olas pequeñas.

—Ah. Una piedrecita, claro.

Abigail pensó en ello durante un momento y acto seguido comenzó a escribir.

> Anya Rinki testificó contra Dimitri Bardov el 8 de julio de 2008. Entró en el Programa de Protección de Testigos. Nueva identidad: Sasha Simka. Transferida a Akron, Ohio; empleada como dependienta en la boutique Monique.
>
> Caso asignado al marshal Robyn Treacher. Acceso a los archivos del caso por William Cosgrove los días 12 y 14 de octubre de 2008; no consta registro de entrada ni petición de permiso oficial.
>
> Adjunto copia de un correo electrónico de la cuenta personal de William Cosgrove a la de Igor Bardov, hermano de Dimitri, enviado el 15 de octubre de 2008.
>
> Se depositaron quince mil dólares en cuenta para William Dwyer, alias William Cosgrove, el 16 de octubre de 2008.
>
> Anya Rinki, alias Sasha Simka, fue hallada violada y asesinada el 19 de octubre de 2008.
>
> Esta información será enviada por correo electrónico al director Wayne Powell dentro de cuarenta y ocho horas a menos que accedas a pagar cincuenta mil dólares. Los detalles del pago te serán comunicados en el próximo correo.

—Creo que es una piedrecita estupenda —dijo, y giró la pantalla para que Brooks pudiera leerlo.

Su sonrisa se ensanchó lentamente antes de dirigir la mirada a la cara de Abigail.

—Buena forma, buen peso. ¿Tenías todos esos datos en la

cabeza?

—Son exactos.

—¿Cuál es el contenido del correo que vas a adjuntar?

—Dice: «Sasha Simka, Akron, 539 Eastwood, Apartamento 3-B».

La sonrisa se esfumó cuando Brooks se apartó de la pantalla del ordenador.

—Así que Cosgrove la mató por quince mil dólares.

—Sí. Que no le propinara él mismo la paliza que acabó con su vida no hace que sea menos responsable. Creo que esto le hará reaccionar. Creo que accederá a pagar. Lo enviaré en cuanto sepa que el equipo de vigilancia está instalado.

—¿Cuánto le pagaron por ti?

Su frío y duro tono de voz hizo que Abigail se tomara un momento para apagar el portátil.

—Tenía una deuda de juego de cincuenta mil. Ilya compró los pagarés, así los llaman, de Cosgrove y luego los utilizó para amenazarle.

—¿Y cuando no fuiste… eliminada?

—Le perdonaron la mitad y le exigieron que pagara el resto trabajando para ellos. El precio por mí, aun a pesar de que seguía con vida, fue considerablemente más alto que el de Anya Rinki. De ahí se deduce que Korotkii es más valioso para Sergei que Dimitri Bardov.

—Abigail, pagarán por lo que te hicieron a ti, a Anya Rinki y al resto —aseveró Brooks con mayor serenidad y una certeza absoluta —. Te lo juro.

—No quiero que jures nada que pueda escapar a tu control.

Brooks mantuvo la mirada clavada en la de ella.

—Cueste lo que cueste, me lleve el tiempo que me lleve.

Abigail miró por la ventanilla, ya que aquella declaración le conmovió y la asustó un poco.

—Estamos iniciando el descenso.

—¿Nerviosa?

—No. —Se tomó un instante para cerciorarse—. No, no estoy nerviosa por lo que va a pasar. En realidad resulta sorprendente hasta qué punto estaba convencida de que jamás podría hacer esto. Y lo convencida que estoy ahora de que puedo y debo hacerlo. Y la

diferencia es… —Le cogió de la mano, entrelazando los dedos con los suyos—. Esto. Solo esto.

—Esto… —replicó apretando su mano— es muy importante.

***

Abigail se registró media hora antes que Brooks, de modo que cuando él llamó a su puerta, ella ya había colocado las cámaras y los micrófonos en el salón de lo que el hotel denominaba una suite exclusiva. En la habitación de él —situada enfrente de la suya, dos puertas más allá— instaló los monitores y conectó el equipo.

En poco más de una hora había instalado, interconectado y probado el equipo.

—En cuanto establezcamos contacto, los federales pondrán hombres en el hotel —le dijo Brooks.

—Lo sé. Pero cuanto antes mejor. —Ya no había más que hacer, decidió. Ni más precauciones que tomar—. Hagamos la llamada.

Tuvo que esperar sola, pero le resultó reconfortante saber que él podía verla. De modo que se dedicó a trabajar mientras esperaba y, cuando tuvo la confirmación de la orden para pinchar los dispositivos electrónicos de Cosgrove y Keegan, programó un lapso de tiempo de dos horas —suficiente para que la vigilancia estuviera en posición— para enviar la nota de chantaje.

Una piedrecita en el río, pensó, y miró directamente a la cámara con una sonrisa.

Dado que supervisaba las actividades, supo con exactitud cuándo dieron permiso para despegar al avión en el que viajaban el subdirector Gregory Cabot y la agente especial Elyse Garrison, con rumbo al aeropuerto de Dulles.

—Están en camino —dijo alto y claro— y aterrizarán en Dulles dentro de una hora y cuarenta minutos. —Echó un vistazo al reloj y calculó—. Estimo que llegarán al hotel sobre las diez. Puede que opten por vigilar y esperar hasta mañana por la mañana, pero creo que vendrán a verme esta noche, ya que eso deja el control en sus manos, o eso creen ellos.

Se levantó, deseando abrir las cortinas. Pero con el equipo

adecuado y el ángulo correcto desde un edificio cercano, podrían vigilarla dentro de la habitación.

—Creo que voy a pedir algo de comer. Eso les dará la posibilidad de colocar un agente de incógnito como camarero del servicio de habitaciones a fin de poder echar un vistazo a la habitación y a mí.

Ordenó una ensalada, una botella grande de agua y un té. Luego prosiguió con su diálogo unilateral con Brooks, que le parecía extrañamente íntimo, bajando el volumen del televisor tal y como suponía que haría alguien que estuviera solo en un hotel.

Revisó su maquillaje, la peluca —aunque deseaba con toda su alma poder quitársela— y, ocurrencia de último momento, arrugó un poco la cama para que pareciera que se había tumbado a ver la tele.

Cuando llegó la comida abrió la puerta al camarero, indicándole la mesa del salón.

Tenía el pelo oscuro, una constitución fornida y lo que creyó eran unos ojos vivos.

—¿Está en la ciudad por negocios, señorita?

—Sí, así es.

—Espero que tenga tiempo para divertirse un poco mientras esté aquí. Disfrute de la cena —agregó cuando le firmó la factura—. Si necesita algo, solo tiene que descolgar el teléfono.

—Lo haré. Gracias. De hecho… tal vez pueda ocuparse de que traigan más agua o café, si así lo prefieren, cuando lleguen el subdirector y la agente especial Garrison.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Sus zapatos, sus ojos y el arma bajo la chaqueta de camarero. Espero que les comunique al subdirector y a la agente que estoy lista para hablar con ellos esta noche si les parece bien.

Y aquello demostraba con total claridad que el control seguía estando en sus manos.

—Puedo esperar hasta mañana, si prefieren tenerme más tiempo bajo vigilancia, pero no tengo intención de ir a ningún lado. Hablar esta noche ahorraría tiempo. Y le doy las gracias por traerme la comida. La ensalada parece deliciosa.

El hombre la miró durante largo rato.

—Señorita —le dijo, y la dejó sola.

—Eso no ha sido solo un impulso y tampoco una exhibición. No exactamente. Tengo la sensación de que si ellos entienden que yo comprendo las cosas podríamos avanzar con más fluidez en este proceso. La piedrecita ha caído en el río mientras hablaba con el camarero del FBI —agregó—. Creo que voy a comer. La ensalada tiene una pinta buenísima.

En su habitación, comiendo unas nueces del minibar, Brooks se limitó a menear la cabeza.

Menudo pedazo de mujer tenía.

Cuando Abigail terminó, dejó la bandeja fuera de la habitación. Contenía numerosas huellas, pensó, y también suficiente ADN. Podrían cotejar sus huellas y así ahorrarían aún más tiempo.

Se sentó a tomarse el té mientras supervisaba su ordenador por si saltaba alguna alerta y pensaba en lo mucho que desearía estar en casa con Brooks, su perro, su huerto y su jardín. Sabía, lo sabía de verdad, lo bonito que era desear estar en casa.

Cuando llamaron a la puerta, apagó el ordenador, se levantó, fue hasta la entrada para echar un vistazo por la mirilla y vio a un hombre larguirucho y a una mujer de constitución atlética.

—¿Sí?

—¿Elizabeth Fitch?

—¿Pueden mostrar sus credenciales para que pueda verlas? —Conocía sus caras, desde luego, pero parecía una estupidez no dar ese paso. A continuación abrió la puerta—. Pasen, por favor.

—Soy el subdirector Cabot —dijo el hombre tendiéndole la mano.

—Sí, gracias por venir. Y usted es la agente especial Garrison. Me alegro de conocerla en persona.

—Lo mismo digo, señorita Fitch.

—Llámeme Elizabeth, por favor, o Liz. Deberíamos tomar asiento. Si les apetece un café…

—Nos han dicho que ya nos lo ha ofrecido. —Cabot esbozó una ligera sonrisa—. Enseguida lo traerán. El agente al que ha descubierto se está llevando las burlas de sus colegas.

—Lo siento. Esperaba que enviaran a alguien aquí si tenían la ocasión. Y soy muy observadora.

—Ha conseguido mantenerse fuera del radar durante mucho tiempo.

—Quería seguir con vida.

—¿Y ahora?

—Quiero vivir. He comprendido que existe una diferencia.

Cabot asintió.

—Necesitamos grabar esta reunión.

—Sí, prefiero que lo hagan.

—Encárguese de eso, agente Garrison. Yo abriré la puerta —dijo cuando llamaron.

Garrison sacó un ordenador de un maletín.

—Me gustaría preguntarle por qué me eligió a mí como su contacto.

—Desde luego. Tiene una hoja de servicios ejemplar. Proviene de una familia con una base sólida, y si bien destacó en los estudios, también sacó tiempo para realizar actividades extracurriculares y forjar amistades duraderas. Llegué a la conclusión de que estaba bien rodeada, era inteligente y poseía un fuerte sentido del bien y del mal. Eran cualidades importantes para mis propósitos. Además, al analizar sus estudios superiores y su historial en Quantico primero y después en Chicago, llegué a la conclusión de que, aunque es ambiciosa, desea tener éxito y prosperar por méritos propios. Siente un gran respeto por la autoridad y la cadena de mando. Puede eludir las reglas, pero las respeta como un pilar del sistema y a este, como un medio de hacer justicia.

—¡Vaya!

—Le pido disculpas, ya que mi investigación sobre usted incluía invasiones a su intimidad. Lo alegué en base al deseo de servir como una fuente sobre la organización de los Volkov. El fin justifica los medios. A menudo eso no es más que una excusa para hacer lo incorrecto, pero en este caso, en aquel momento, creí que era mi única alternativa.

—¿Quiere que sirva el café, subdirector?

—Ya lo hago yo.

Abigail guardó silencio un momento mientras hacía una evaluación de sí misma. Estaba nerviosa, sí, reconoció. Su pulso latía acelerado, pero sin la presión del pánico.

—Supongo que han verificado mi identidad mediante las huellas en los platos del servicio de habitaciones.

Una vez más, Cabot casi sonrió.

—Supone bien. ¿Agente?

—Sí, señor. Estamos listos.

—¿Quiere decir su nombre para que conste en la grabación?

—Soy Elizabeth Fitch.

—Señorita Fitch, usted ha contactado con el FBI a través de un enlace y ha expresado su deseo de prestar declaración con respecto a los sucesos acaecidos en el verano y el otoño de 2000.

—Es correcto.

—Tenemos su declaración escrita al respecto, pero una vez más, para que conste en esta grabación, y en sus propias palabras, ¿querría hablarnos de dichos acontecimientos?

—Sí. El 3 de junio de 2000 discutí con mi madre. Esto es importante, ya que hasta ese momento jamás había discutido con ella. Mi madre tenía…, imagino que seguirá teniendo, una personalidad dominante. La mía era sumisa. Pero aquel día contravine sus deseos y sus órdenes y puse en marcha los acontecimientos que tuvieron lugar.

Mientras Brooks la escuchaba relatar la historia de nuevo, se le rompió el corazón otra vez por aquella chica joven y desesperada. Abigail habló despacio, pero en esos momentos ya la conocía. Sabía de aquellas ligeras pausas, cuando se esforzaba por mantener la compostura, las sutiles alteraciones de su inflexión, de su respiración.

¿Cuántas veces tendría que repetirlo todo de nuevo?, se preguntó. A los fiscales, al juez y al jurado. ¿Cuántas veces tendría que revivirlo todo?

¿Cuántas veces tendría que empezar y parar, empezar y parar, mientras el oyente la interrumpía con preguntas, solicitándole que aclarase alguna cosa?

Pero no titubeó.

—Los marshal Cosgrove y Keegan declararon, y las pruebas irrefutables corroboran dichas declaraciones, que la marshal Norton había sido abatida cuando entraron en la casa franca para realizar el cambio de turno, que les dispararon y ellos abrieron fuego sobre

una persona o personas desconocidas —repuso Cabot—. Que fueron incapaces de acceder al piso superior en aquel momento. Y que cuando Cosgrove fue herido, Keegan le sacó de la casa. Que cuando llamó pidiendo ayuda observó a un individuo huyendo del escenario. Que fue incapaz de determinar la identidad del individuo, ya que había tormenta y la visibilidad era escasa. Y que en aquel momento la casa explotó debido a un deliberado sabotaje del horno de gas, según se descubrió más tarde.

—Sí. —Esperando parecer serena, Abigail asintió a Cabot—. Es un resumen preciso de sus declaraciones. Ambos mintieron.

—¿Sostiene que dos marshal prestaron falso testimonio?

—Declaro bajo juramento que esos dos hombres, en complicidad con la organización de los Volkov, mataron a los marshal Theresa Norton y John Barrow.

—Señorita Fitch…

—Me gustaría terminar. William Cosgrove y Steven Keegan, siguiendo órdenes de la familia mafiosa Volkov, quisieron matarme para impedir que testificara contra Yakov Korotkii y otros. Ellos provocaron la explosión para protegerse. Declaro bajo juramento que esos dos hombres continúan en la nómina de los Volkov.

»John Barrow murió en mis brazos mientras trataba de protegerme. Dio su vida por mí. Me salvó al decirme que huyera. Si no lo hubiera hecho, yo habría muerto en esa casa.

Se levantó, fue a por el maletín abierto sobre la cama y sacó una bolsa sellada.

—Este es el conjunto de chaqueta y camiseta que Terry me regaló por mi cumpleaños aquella noche. Subí a mi habitación para ponérmelo antes de que Cosgrove y Keegan llegaran. Lo llevaba puesto mientras sostenía a John, que sangraba de múltiples heridas de arma de fuego. Esta es su sangre. Es la sangre de John. —Hizo una pausa cuando se le quebró la voz y tragó saliva con fuerza. Luego le entregó la bolsa a Garrison—. John y Terry se merecen justicia, sus familias tienen que saber toda la verdad. Me ha llevado mucho tiempo reunir el coraje necesario para contar esa verdad.

—No existe ninguna prueba concreta de la existencia del tirador de aquel día, pero sí hay evidencias que podrían interpretarse como que una chica joven, a punto de tener una crisis nerviosa, mató a

sus protectores en un intento de escapar de la situación.

Abigail se sentó de nuevo, cruzando las manos sobre su regazo.

—Usted no cree eso. No cree que pudiera atacar y matar a dos marshal veteranos, herir a otro, volar una casa por los aires y escapar. Sin duda es posible, pero no es lógico.

—John Barrow le enseñó a manejar y disparar un arma —comentó Garrison.

—Sí, y me enseñó muy bien teniendo en cuenta el limitado tiempo que tuvimos. Y sí, pedí y recibí cinco mil dólares en efectivo de mi fideicomiso —añadió antes de que pudiera hacerlo Garrison—. Quería la seguridad y la ilusión de tener independencia. Sé que la explosión dañó algunas pruebas, pero habrían podido reconstruir los hechos. Sabrían que Terry murió en la cocina y John en el piso de arriba. También sabrían por sus informes, y por los informes, las entrevistas y declaraciones de la representante de los Servicios Sociales que me asignaron, que no mostré señales de esa clase de estrés. —Se tomó otro momento antes de proseguir—: Si hubieran analizado mi historial, si supieran algo sobre mi vida familiar anterior a aquel mes de junio, entenderían que, en vez de estresada, en realidad estaba más contenta de lo que jamás lo había estado.

—Si Cosgrove y Keegan son responsables de las muertes de los marshal Norton y Barrow serán llevados ante la justicia. Su testimonio en los asesinatos de Alexi Gurevich y Julie Masters, y en la muerte de los dos marshal, es crucial para ambas investigaciones. Tendremos que tenerla bajo protección y llevarla de vuelta a Chicago.

—No.

—Señorita Fitch, es usted una testigo material y una sospechosa.

—Que sea sospechosa supera toda credibilidad y lo saben. Si me ponen bajo protección, me estarán matando. Llegarán hasta mí y pasaran por encima de quien se interponga en su camino.

—Elizabeth. Liz —le dijo Garrison inclinándose hacia delante—. Usted me ha confiado información clave que ha llevado a detenciones y condenas. Confíe en mí ahora. Yo misma seré la responsable principal de su protección.

—No quiero ser responsable de su muerte ni del sufrimiento de sus padres. Le prometo que si vivo lo suficiente huiré de nuevo en

vez de testificar. Se me da bien esconderme y jamás tendrán mi declaración.

—Tiene que creer que no permitiremos que le pase nada.

—No tengo que creer nada. ¿A quién más podrían confiarle mi vida? ¿Qué me dicen del agente Pickto?

Garrison se echó hacia atrás.

—¿Qué pasa con Pickto?

—El agente especial Anthony Pickto, de treinta y ocho años, asignado a la oficina de Chicago. Divorciado, sin hijos. Su debilidad son las mujeres. Cuanto más se resisten, más disfruta. Ha estado pasando información sobre investigaciones a cambio de tener acceso a mujeres que los Volkov traen a Estados Unidos procedentes de Rusia para después obligarlas a prostituirse. También le pagan, aunque eso es secundario. Está indagando para descubrir al contacto del FBI; usted, agente Garrison. Se está acercando. Si se entera de quién recibe la información que ha llevado a esas detenciones, a esos descalabros, la cogerán. Será interrogada, torturada, violada. La amenazarán con torturar y matar a cualquiera a quien ame y tal vez elijan a alguien como ejemplo para demostrarle hasta qué punto van en serio. Y cuando ya no les sirva de nada, la matarán. El agente Pickto recibe órdenes de usted, subdirector.

—Sí —confirmó Cabot—, así es. Estás haciendo acusaciones muy graves sobre un agente bien considerado.

—No son acusaciones, son hechos. Y solo una de las razones de que no ponga mi vida en sus manos. Les ayudaré a encerrar a esa gente, les ayudaré a acabar con la organización de los Volkov, pero no les diré dónde estoy. Si no lo saben, no pueden divulgar la información bajo coacción. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una memoria flash—. Compruebe la información que le he expuesto sobre Pickto y luego pregúntese si, antes de leerla y verificarla, habría confiado mi vida, la vida de esta agente y de otros a sus órdenes, de otros marshal, a este hombre.

»Jamás me habrían encontrado, pero yo he acudido a ustedes. Les daré todo lo que necesitan y lo único que pido es que me dejen vivir. Que dejen que Elizabeth Fitch viva para ayudar a hacer justicia por Julie, Terry y John. Y que cuando haya acabado, la

dejen morir.

—No puedo prometerle hacer las cosas a su manera. Hay personas ante las que debo responder.

La impaciencia dominó a Abigail.

—¿Cree que habría acudido a usted si no supiera que podía autorizar lo que estoy pidiendo? Tiene poder, tiene pruebas y considerable influencia. Si lo hacemos a mi manera, los Volkov estarán acabados en Chicago, Nueva York, New Jersey, Miami. Se deshará de agentes y otros oficiales de la ley y judiciales que han trabajado para ellos…, por decisión propia o por miedo. —Incapaz de permanecer sentada, fingió una calma que no sentía y se puso en pie—. Tenía dieciséis años y, sí, poco juicio. Fui imprudente. Me salté las reglas una sola noche en mi vida. Pero no merezco morir por ello más de lo que Julie lo merecía. Si me obliga en contra de mi voluntad, esto se filtrará a los medios. Y estos hablarán de aquella chica, de sus doce años en el exilio, de que se ha ofrecido a ayudar aun a costa del gran riesgo que eso supone para ella.

—¿Es una amenaza?

—Sí, desde luego que es una amenaza. A sus superiores no les agradaría la mala prensa, sobre todo en un momento en que están trabajando para acabar con los Volkov, sobre todo cuando agentes del FBI de confianza como Anthony Pickto están implicados. Puede que si explica eso a aquellos que están por encima de usted consiga ejercer cierta presión.

—Detenga la grabación, agente Garrison.

—Sí, señor.

—Voy a hacer una llamada. —Dicho eso, Cabot salió de la habitación.

Abigail se sentó otra vez, cruzando las manos sobre el regazo, y se aclaró la garganta.

—Ah, ¿quiere que pida más café?

—No, gracias. Estoy bien. Juega duro, Liz.

—Estoy luchando por mi vida.

—Sí. En cuanto a Pickto, ¿está segura?

—De lo contrario no inculparía a alguien, echando por tierra su reputación y su carrera.

—Vale. Ha estado haciendo algunas averiguaciones. Nada que

disparase mi radar, nada fuera de lugar, pero he oído que hizo algunas preguntas sobre el último par de golpes a los Volkov. Y colocando esas preguntas en este contexto, mi radar se dispara con fuerza.

»Habría confiado en él —reconoció Garrison.

—Por supuesto.

—Sabe que si le ordenan que nos la llevemos con nosotros, Cabot la encerrará con llave en el acto. Quiero que sepa que, si eso sucede, yo la mantendré a salvo.

—Si me lleva, me escaparé por muy bien que me encierre. Encontraré la forma. Y jamás volverán a saber nada de mí.

—La creo —murmuró Garrison.

—Puedo ser muy ingeniosa.

Cabot tardó veinte minutos en regresar.

—Creo que podemos llegar a un acuerdo —dijo tomando asiento.

—¿De veras?

—Un equipo de élite formado por dos hombres, que solo yo conozca, para protegerla en una ubicación que solo yo conozca.

—Y cuando se enteren, y lo harán, de que usted tiene la información y cojan a su mujer o a uno de sus hijos, cuando le envíen una mano o una oreja, ¿a quién salvará?

Cabot cerró los puños sobre las rodillas.

—Tiene muy mala opinión de nuestra seguridad.

—Tengo su dirección, sé a qué colegio van sus hijos, dónde trabaja su mujer, dónde le gusta comprar. ¿Cree que ellos no pueden acceder a esa información, que no utilizarán cualquier medio para llegar a ella cuando su organización está en peligro?

»Colaboraré. Hablaré con los fiscales, con sus superiores. Testificaré en el juicio. Pero no iré a una casa franca y no entraré en el Programa de Protección de Testigos una vez haya terminado. Ese es mi precio, y es muy poco pedir por lo que les ofrezco.

—¿Y si seguimos adelante con esto y usted huye de nuevo?

Abigail extendió el brazo y cogió la bolsa que contenía la chaqueta ensangrentada.

—La chaqueta de Terry; la sangre de John. Lo he guardado doce años. Ha estado conmigo allá adonde he ido, siendo quien haya

sido. Tengo que dejar esto atrás y liberarme de al menos una parte del dolor, la culpa y el sufrimiento. No puedo hacerlo hasta que haga lo que tengo que hacer por Julie, por John y por Terry. Me mantendré en contacto diariamente por ordenador. Cuando anuncien que me han encontrado y que testificaré, harán lo que sea para averiguar quién sabe dónde estoy, quién me protege. Pero no encontrarán nada porque no habrá nada que encontrar.

»Y cuando entre en la sala ese día, estarán acabados. Todo habrá terminado. Ese es el trato.

Cuando se marcharon y la dejaron sola, Abigail se tumbó en la cama.

—¿Cumplirá su palabra? —Cerró los ojos y se imaginó a Brooks allí, con ella, en lugar de observándola a través de un monitor—. ¿Lo hará? Estoy tan cansada. Me alegro mucho de que estés aquí. Justo aquí —dijo cerrando el puño y apretándolo contra su corazón.

Brooks la contempló mientras se quedaba dormida y pensó que si Cabot no cumplía su palabra lo pagaría muy caro. Y sería él quien se lo haría pagar.

Pero por el momento se quedó vigilando a través del monitor mientras ella dormía.

30

Brooks localizó al FBI poco después de sentarse a desayunar en el bufet matutino del hotel. Apenas desvió la vista hacia donde estaba sentada Abigail, leyendo el periódico en su mesa individual. Fingió realizar y recibir llamadas en el móvil al tiempo que echaba una ojeada al lugar como si tal cosa; tan solo un hombre ocupado que pasaba por allí. Con el teléfono aún pegado a la oreja, salió con su bolsa de viaje en la mano.

Y disparó la alarma antiincendios a su paso.

Se detuvo, como cualquier otro hombre —sorprendido y un tanto molesto—, y observó la multitud de la zona del bufet apartarse de las mesas. Escuchó el aumento del nivel de ruido mientras la gente hablaba a la vez.

Abigail era buena, observó Brooks. Se mezcló con el gentío que salía. Mientras él se movía en zigzag entre ella y los agentes que la seguían, uniéndose a la gente que se dirigía a la salida, Abigail se hizo a un lado y se metió en un aseo. Si no lo hubiera estado esperando, si no hubiera conocido el plan, le habría pasado desapercibido.

Brooks aminoró el paso durante un momento.

—La alarma de incendios —dijo al teléfono—. No, no me retrasará. Estoy saliendo —agregó cuando se colocó detrás de los agentes.

Después de guardarse el móvil en el bolsillo, sacó una gorra de béisbol de su bolsa. Sin dejar de moverse, se colocó unas gafas de sol, guardó la chaqueta que había usado en el bufet minutos antes y luego estiró el asa para colgársela a modo de bandolera.

Brooks se fijó en que la estaban buscando; uno de ellos volvió sobre sus pasos e inspeccionó la multitud, dirigiéndose al vestíbulo

y a la salida principal.

Menos de dos minutos después de que hubiera activado la alarma, Abigail se escabulló del aseo y se unió a él. Una larga coleta rubia asomaba por el agujero de atrás de una gorra de béisbol idéntica a la de él. Llevaba unas chanclas y una sudadera rosa con capucha y se había librado de al menos cuatro kilos y medio de peso.

Salieron juntos de la mano, separándose de la gente y subiéndose a un taxi.

—Al aeropuerto de Dulles —le dijo Brooks al taxista—. American Airlines.

—Vaya, hombre, ¿crees que hay un incendio de verdad? —preguntó Abigail con acento neoyorquino.

—Ni idea, nena, pero nos largamos de aquí.

Al llegar a Dulles se bajaron en la terminal de American Airlines, entraron, dieron un rodeo y salieron para tomar otro taxi hasta la terminal de donde despegaría su vuelo privado.

—No puedes culpar a los federales por querer seguirte —comentó Brooks una vez estuvieron a bordo.

—No.

—Y que sepas que de rubia estás para comerte.

Abigail esbozó una leve sonrisa y luego colocó el portátil sobre su regazo.

—Cosgrove ha respondido.

—¿Ya? —Brooks ladeó la cabeza.

> No sé quién eres, pero debes saber que estás intentando chantajear a un agente federal. Informaré del asunto para que lo investiguen de inmediato.

—Memeces típicas que sueltas en la primera mano.

—Sí —convino Abigail—. Estoy a punto de descubrir su farol. —Levantó la vista—. Se me da muy bien jugar al póquer y resulta irónico que sea él quien me enseñó.

Brooks vio el texto aparecer en la pantalla.

—El discípulo se convierte en maestro.

> Rudolf Yankivich fue tu contacto con los Volkov en el incidente. En la actualidad está cumpliendo de diez a quince años en Joliet. Estoy seguro de

que a tu superior le interesaría conocer esta información. El pago acaba de subir a setenta y cinco mil dólares y se incrementará en veinticinco mil con cada gilipollez que salga de tu boca. Ya sabes que tienes treinta y siete horas.

—¿Gilipollez?

—Sí, creo que el lenguaje soez es apropiado en esta ocasión.

—Estoy locamente enamorado de ti.

Aquel sentimiento hizo que sonriera.

—Sé decir «gilipollez» en varios idiomas. Te enseñaré.

—Lo estoy deseando.

Abigail envió el mensaje y exhaló un suspiro.

—Me muero de ganas de recoger a Bert e irnos a casa.

***

Podría ser así, sería así, se corrigió mientras estaba sentada en el porche de atrás, con una copa de vino y el perro a sus pies.

Tranquilo y silencioso, sí; pero no solitario, no con Brooks sentado en la otra silla, que había comprado al volver a casa.

—¿Crees que me acostumbraré a esto? ¿A ser una sola persona, a estar a salvo, a estar contigo?

—Espero que sí y que incluso llegues al punto en que lo darás todo por sentado de vez en cuando.

—Eso no puedo ni imaginarlo. —Le asió la mano—. Ahora todo debería suceder deprisa.

—Estaremos preparados.

Se quedaron sentados otro rato, con las manos unidas, contemplando su floreciente jardín, el silencioso bosque. Otra noche tranquila, pensó Abigail, mientras la primavera se deslizaba hacia el verano.

—Voy a preparar la cena.

—No tienes por qué molestarte —repuso Brooks—. Podemos improvisar algo.

—Me apetece cocinar. Me gusta la rutina. Me gusta lo cotidiano.

Vio comprensión en los ojos de Brooks cuando la miró.

—Lo cotidiano suena bien.

En su opinión, nadie que no hubiera vivido sin eso podría

valorar por completo lo valioso que era.

Reunió lo que necesitaba, satisfecha cuando él entró para sentarse junto a la encimera y hablar con ella mientras cocinaba. Cortó tomates pera, picó albahaca y ajo, rayó mozzarella, añadió unas tiras de pimiento y vertió aceite de oliva para aliñarlo todo. Para divertirse comenzó a preparar una apetitosa bandeja de aperitivos.

—Se me ha ocurrido que podríamos tener otro perro, un cachorro, para que le haga compañía a Bert. Podrías ponerle tú el nombre. Yo se lo puse a Bert.

—Dos perros mejor que uno. —Pensó en ello—. Tendría que llamarse Ernie.

—¿Por qué?

Brooks enganchó una de las guindillas picantes de la bandeja.

—¿*Los Teleñecos*? ¿*Barrio Sésamo*?

—Ah. Es un programa para niños. ¿Bert y Ernie son amigos?

—Y posiblemente más, aunque, como es un programa infantil, lo dejaremos en que son amigos.

—Yo le puse Bert por Albert Einstein.

—Debería habérmelo imaginado.

—Es muy listo. —Su ordenador emitió un pitido—. Es un mensaje entrante —dijo, y salió de la cotidianidad. Fue hacia el ordenador, se inclinó y abrió el correo—. Es Cosgrove.

—Ha picado el anzuelo.

Si me chantajeas a mí, chantajeas a los Volkov. No vivirás para gastarte el dinero. Desiste y vivirás.

—Se está vinculando a los Volkov con esta respuesta. No es concreta, claro, pero es un comienzo.

—Deja que responda yo a este —le pidió Brooks.

—Oh… —Y entonces las dudas de Abigail se convirtieron en un asentimiento de aprobación—. Es muy bueno.

Si le dices a los Volkov que estás siendo chantajeado, serás un lastre. Ellos eliminan los lastres. Paga ya y sigue viviendo. La cantidad es ahora de cien mil dólares. Tienes veintinueve horas.

—Lo enviaré.

Brooks se puso en pie y se colocó detrás de ella, frotándole los hombros, mientras Abigail obraba lo que él consideraba una extraña magia con el teclado.

—Ahora podría descubrir el farol. Podría dejar que pasara el plazo y esperar a ver qué ocurre.

—No lo hará. —Brooks se inclinó para besarla en la coronilla—. Ha pasado de utilizar la ley para presionar a utilizar a los Volkov. Está sudando tinta. En su siguiente mensaje exigirá una garantía. ¿Cómo puede estar seguro de que no querrás más?

—Eso es irracional. —Una vez que envió el mensaje, se giró en la silla para mirar a Brooks—. Se trata de algo deshonesto, de una extorsión. Pedir una garantía no es lógico y le costaría otros veinticinco mil. Debería aceptar el pago o ignorar cualquier otro mensaje.

—Te apuesto diez pavos.

—¿Cómo dices?

—Tengo diez dólares que dicen que contestará pidiendo una garantía.

Abigail frunció el ceño.

—¿Quieres apostar sobre su respuesta? Eso no me parece apropiado.

Brooks le brindó una sonrisa.

—¿Vas a apostar o es que tienes miedo?

—Esa expresión es ridícula, y no, no tengo miedo. Diez dólares.

Brooks hizo que se levantara y la estrechó entre sus brazos. A continuación se puso a bailar.

—¿Qué haces?

—Asegurarme de que no haremos el ridículo bailando en nuestra boda.

—Bailo muy bien.

—Sí que es verdad.

Abigail apoyó la cabeza sobre su hombro y cerró los ojos.

—Debería resultar raro bailar sin música y hacer apuestas mientras orquestamos algo tan importante.

—¿Y es así?

—En realidad no. —Abrió los ojos, sorprendida, cuando su

ordenador avisó de otro correo entrante—. Qué rapidez.

—Está al límite. Una jugada suicida.

—No sé qué significa eso.

—Es un término de béisbol. Ya te lo explicaré luego. Vamos a ver qué dice.

¿Cómo sé que no me pedirás más después? Hagamos un trato.

—Es una respuesta muy estúpida —se quejó Abigail.

—Me debes diez dólares. Que sea breve. Escribe: «No lo sabes. Nada de tratos. Ha subido a ciento veinticinco mil dólares y el tiempo corre».

Abigail le estudió durante un momento; aquella nariz un poco torcida; los ojos color avellana, con unas pinceladas verdes sobre el ámbar en esos instantes; el descuidado cabello negro, que ya necesitaba un corte.

—Creo que se te da muy bien la extorsión.

—Gracias, cielo.

—Pondré la pasta al fuego mientras se lo piensa. ¿Es eso lo que está haciendo ahora? ¿Pensárselo?

—Está sudando, sirviéndose una copa, intentando descubrir quién le está jodiendo. —Oh, sí, se dijo Brooks, podía imaginarlo—. Lo más probable es que esté pensando en huir. No tiene suficiente tiempo para hacer planes de huida, así que pagará y empezará a hacerlos.

Ya junto a la encimera, Brooks cogió una aceituna de la bandeja y se la metió en la boca, luego rellenó su copa de vino. Y cuando ella se dio la vuelta, le dio una raja de pepperoni a Bert.

Justo cuando Abigail puso a escurrir la pasta después de haberla cocido, sonó la alerta otra vez.

Un pago único. Si vienes a por más me arriesgaré con los Volkov. Gástatelo rápido porque voy a por ti.

—Mucho alardear.

—Le tienes bien calado —declaró Abigail.

—Forma parte del trabajo. Para atrapar a los malos primero tienes que entenderlos. ¿Dónde has pensado que envíe el dinero?

—Tengo una cuenta preparada. Una vez que transfiera los fondos los distribuiré a obras de caridad para niños de agentes de policía muertos en acto de servicio.

—Es encomiable, y no quiero perjudicar a los niños, pero…

—¿Tienes otro receptor en mente?

—Keegan. ¿Puedes transferir el pago de Cosgrove a la cuenta de Keegan?

—Oh. —Su rostro se iluminó como lo haría el de una mujer a la que le regalaran rubíes—. Oh, es brillante.

—Tengo mis momentos.

—Más que momentos. Esto los implica a los dos. Y le da al FBI un motivo para detenerlos con el fin de interrogarlos.

—Cielo, esto les jode vivos.

—Sí. Así es. Y sí, puedo hacerlo. Me llevará unos minutos.

—Tómate tu tiempo. Bert y yo nos iremos a dar un paseo mientras trabajas.

Enganchó otro par de rodajas de pepperoni mientras salía; una para él y otra para el perro. Hacía una agradable noche para pasear, con tiempo para echar un vistazo al huerto y pensar en lo que podría hacer por allí en su próximo día libre.

—Este es nuestro sitio —le dijo al perro—. Ella estaba destinada a venir aquí y yo a encontrarla aquí. Sé lo que Abigail respondería a eso. —Le puso la mano en la cabeza a Bert y le frotó un poco—. Pero se equivoca. —Sonrió cuando Bert se apoyó en su pierna, tal y como solía hacer con Abigail—. Sí, sabemos lo que sabemos, ¿verdad?

Cuando dieron la vuelta, vio a Abigail encaminarse a la puerta con una sonrisa.

—Está hecho. La cena está lista.

Mírala, pensó, allí de pie, con una pistola a la cadera, una sonrisa en la cara y pasta en la mesa.

Oh, sí, él sabía lo que sabía.

—Venga, Bert. Vamos a comer.

***

Brooks pasó parte de la mañana —demasiado tiempo, en su opinión— reunido con el fiscal en los casos de Blake.

—El chico pide un trato a gritos. —Big John Simpson, hábil como el que más y con el ojo puesto en un futuro en la política, se puso cómodo en el despacho de Brooks. Tal vez demasiado cómodo.

—¿Vas a ofrecerle uno?

—Ahorra dinero a los contribuyentes. Dejemos que se declare culpable de agredir a un oficial, de resistencia a la detención y de allanamiento. Le encerraremos por vandalismo en el hotel y por las agresiones allí cometidas. Solo cederemos en el asunto del arma blanca. El cargo de intento de asesinato jamás se sostendría. Le caerán de cinco a siete años, con asesoramiento obligatorio.

—Y cumplirá dos y medio, tal vez tres.

Big John cruzó los tobillos, con sus relucientes zapatos.

—Eso si se porta bien y cumple los requisitos. ¿Podrás soportarlo?

—¿Importa acaso?

Big John encogió un hombro y tomó un trago de café.

—Solo preguntaba.

No, jamás conseguirían que prosperase la acusación de intento de asesinato, reconoció Brooks. Un par de años a la sombra servirían para una de dos cosas, calculó. O convertían a Justin Blake en un ser humano medio decente o serían su perdición.

En cualquier caso Bickford se libraría de él durante una buena temporada.

—Puedo soportarlo. ¿Qué hay de su viejo?

—Los abogados de la gran ciudad están poniendo en práctica sus truquitos, pero lo cierto es que lo tenemos bien atado. Tenemos los registros telefónicos que demuestran que llamó a Tybal Crew. Tenemos tres testigos distintos que vieron la camioneta de Crew fuera de la casa el día en cuestión. Tenemos el dinero en efectivo que entregó y las huellas de Blake están en muchos de los billetes. —Hizo una pausa y descruzó los tobillos—. Blake afirma que contrató a Ty para hacer algunos trabajos en la casa y que le pagó por adelantado porque Ty necesitaba el dinero.

—*Kosseh sher*.

—¿Qué has dicho?

—Gilipollez en farsi.

—¡Impresionante! —Big John dejó escapar una risita—. Sí, es una gilipollez en cualquier idioma. Podemos llevar a un par de docenas de testigos que declararán bajo juramento que Blake jamás paga por adelantado, que nunca lo hace en efectivo y que siempre pide un recibí firmado. Es cierto que Ty estaba bastante ebrio al final, pero no ha cambiado ni una sola coma de su historia. En fin. —Se encogió de hombros y tomó más café—. Si Lincoln quiere ir a juicio no herirá mis sentimientos. Recibirá mucha atención mediática. Está acusado de contratar a alguien para matar a un agente de policía. Antes de que termine querrán hacer un trato. En cualquier caso lo lleva crudo; irá a la cárcel.

—Eso también puedo soportarlo.

—Muy bien. —Se irguió en sus dos metros de estatura—. Haré el trato con el abogado del chico. Has hecho un buen trabajo, muy profesional, con ambas detenciones.

—Se supone que hay que hacer un trabajo bueno y profesional.

—Que se suponga y que se haga no siempre es lo mismo. Estaré en contacto.

No, no siempre era lo mismo, pensó Brooks. Pero a él le gustaría volver a ese trabajo bueno y profesional. Solo eso. Quería que el resto terminase de una vez, por fascinantes que fueran algunas partes.

Abigail lo llamaba cotidianidad. Le sorprendía lo mucho que había aprendido a valorar lo cotidiano.

Cuando salió de su despacho Alma estaba en la centralita, con un bolígrafo en la oreja y un vaso rosa de té dulce a su lado. Ash se encontraba en su mesa, frunciendo el ceño mientras pulsaba el teclado, y la voz de Boyd en la radio informaba de un accidente de tráfico de menor importancia en Rabbit Run con Mill’s Head.

Se quedaba con aquello, comprendió Brooks. Sí, se quedaba con aquello. Sin dudarlo.

En ese momento entró Abigail.

La conocía, de modo que percibió su tensión a pesar de que ella mantenía una expresión impávida.

Alma la vio.

—Vaya, hola. Ya me he enterado de la noticia. Quiero desearle

lo mejor, señorita Abigail, ya que ahora es de la familia. Tiene un buen hombre.

—Gracias. Sí, lo tengo. Un hombre muy bueno. Hola, ayudante Hyderman.

—Uh, soy Ash, señorita. Encantado de verla.

—Llámame Abigail. Soy Abigail. Siento molestar, pero ¿tienes un minuto? —le preguntó a Brooks.

—Y dos. Ven, pasa.

La cogió de la mano y no la soltó después de cerrar la puerta de su despacho.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo que ha ocurrido es bueno. —Aquello la había dejado un poco sin aliento—. Garrison se ha puesto en contacto conmigo. Su informe ha sido muy breve, aunque sumamente completo.

—Abigail, desembucha.

—Yo… oh. Sí. Han cogido a Cosgrove y a Keegan. Los están interrogando y eso puede que lleve un tiempo. No han mencionado nada del chantaje, pero he revisado las comunicaciones internas, por así decirlo. Como es natural creen que Keegan ha chantajeado a Cosgrove y lo van a utilizar para presionarlos a ambos. Más. Más importante aún. Han detenido a Korotkii y a Ilya Volkov. Han arrestado a Korotkii por los asesinatos de Julie y Alex y a Ilya por complicidad.

—Siéntate, cielo.

—No puedo. Está sucediendo. Está sucediendo de verdad. Me han pedido que me reúna con el fiscal federal y su equipo para prepararme para testificar.

—¿Cuándo?

—De inmediato. Tengo un plan. —Le cogió ambas manos y se las apretó—. Necesito que confíes en mí.

—Cuéntamelo.

***

Una soleada mañana de julio, doce años y un mes después del día en que presenció los asesinatos, Elizabeth Fitch entró en la sala del

tribunal. Llevaba un sencillo traje negro y una camisa blanca, y lo que parecía ser una ligera capa de maquillaje. Un par de bonitos pendientes eran las únicas joyas que lucía.

Subió al estrado, juró decir la verdad con la mano sobre la Biblia y miró a Ilya Volkov a los ojos.

Qué poco había cambiado, pensó. Su cara y su cuerpo estaban algo más llenos; su pelo, peinado con más estilo. Pero seguía siendo igual de guapo, igual de sereno.

E igual de frío. Podía ver lo que de joven no había visto. El hielo que ocultaba su refinada fachada.

Él le brindó una sonrisa, y los años transcurridos parecieron esfumarse.

Ilya creía que la sonrisa resultaba intimidatoria, decidió. En vez de eso le hizo recordar y la ayudó a perdonarse a sí misma por haberse dejado deslumbrar aquella noche, por haber besado a un hombre que había sido cómplice del asesinato de su amiga.

—Por favor, diga su nombre.

—Me llamo Elizabeth Fitch.

Contó la historia que había relatado casi demasiadas veces como para soportarlo. No se dejó un solo detalle y, tal y como le habían indicado, permitió que sus emociones afloraran.

—Estos sucesos tuvieron lugar hace doce años —le recordó el fiscal federal—. ¿Por qué ha tardado tanto en presentarse ante la policía?

—Me presenté aquella noche. Hablé con los detectives Brenda Griffith y Sean Riley del Departamento de Policía de Chicago. —Los dos estaban en la sala también. Los miró a ambos y vio que asentían con la cabeza—. Me llevaron a una casa franca y después me dejaron bajo la protección de los U.S. Marshal, quienes me trasladaron a otra ubicación, en la que permanecí bajo la protección de los marshal John Barrow, Theresa Norton, William Cosgrove y Lynda Peski durante tres meses debido a los aplazamientos del juicio. Hasta la noche de mi decimoséptimo cumpleaños.

—¿Qué sucedió en esa fecha?

—Los marshal Barrow y Norton fueron asesinados mientras me protegían cuando el marshal Cosgrove y el marshal Keegan, que había sido enviado para sustituir a la marshal Peski, intentaron

matarme.

Permaneció con las manos cerradas con fuerza sobre el regazo durante las protestas y maniobras.

—¿Cómo sabe esto? —exigió el fiscal.

Abigail intervino y continuó hablando de un bonito conjunto de chaqueta y camiseta y un par de pendientes, de una tarta de cumpleaños. De los gritos y los disparos, de sus últimos momentos con John Barrow y las últimas palabras que le dijo.

—Tenía esposa y dos hijos a los que amaba con toda su alma. Era una buena persona, un hombre amable y valiente. Dio su vida para salvar la mía. Y cuando supo que se estaba muriendo, cuando se dio cuenta de que no podía protegerme, me dijo que huyera porque dos hombres en los que confiaba, dos marshal que habían hecho el mismo juramento que él, habían traicionado ese juramento. No podía saber si había otros ni en quién más podía confiar aparte de en mí misma. Pasó sus últimos momentos haciendo todo lo que podía por mantenerme a salvo. Así que hui.

—Y durante doce años ha vivido bajo un nombre falso y se ha mantenido escondida de las autoridades.

—Sí, y de los Volkov y de aquellos que trabajan para ellos dentro de los cuerpos de la ley.

—¿Qué ha cambiado, señorita Fitch? ¿Por qué está testificando aquí y ahora?

—Mientras huía, la vida por la que John y Terry dieron la suya estaba a salvo. Pero mientras huya no puede hacerse justicia por ellos ni por Julie Masters. Y la vida que salvaron solo podrá seguir adelante a medias. Quiero que la gente sepa lo que hicieron y quiero que la vida que salvaron merezca la pena. No voy a seguir huyendo.

No vaciló durante el interrogatorio de la defensa. Había asumido que le resultaría doloroso que la llamaran mentirosa, cobarde, que tergiversaran su veracidad, sus motivos, sus actos.

Pero no fue así. Aquello solo sirvió para que se mantuviera aún más firme, para que hablara de forma más concisa.

Una vez terminó de prestar declaración, la hicieron salir escoltada y la llevaron a una sala de conferencias.

—Ha estado perfecta —le dijo Garrison.

—Eso espero.

—Se ha mantenido entera y ha dado respuestas claras. El jurado la ha creído. La veían a los dieciséis, Liz, y a los diecisiete, igual que la han visto ahora. Ha hecho que la tomaran en cuenta.

—Si es así, los condenarán. He de creer que lo harán.

—Confíe en mí, ha puesto el último clavo de su ataúd. ¿Está preparada para el resto?

—Espero que sí.

Garrison la cogió del brazo y le habló en voz baja:

—Ha de estar segura. Podemos sacarla sana y salva. Podemos protegerla.

—Gracias. —Le tendió la mano a Garrison—. Por todo. Estoy lista para irme.

Garrison asintió y se alejó para dar la señal de adelante. Se guardó en el bolsillo la memoria flash que Abigail le había pasado, preguntándose qué iba a encontrar en ella.

La rodearon y la escoltaron por el edificio de forma apresurada en dirección a la entrada posterior, donde le esperaba un coche. Había tomado todas las precauciones posibles. Solo un equipo de agentes elegidos conocía su ruta y la hora de salida.

Le temblaban un poco las rodillas, y una mano la cogió del brazo cuando se tropezó.

—Tranquila, señorita. La tenemos.

Abigail volvió la cabeza.

—Gracias. Agente Pickto, ¿no es así?

—Así es. —Le dio un apretón en el brazo para consolarla—. La mantendremos a salvo.

Salió del edificio flanqueada, moviéndose aprisa hacia el coche que la esperaba.

Brooks, pensó.

El disparo resonó como un martillo golpeando una piedra. Su cuerpo se sacudió, y la sangre brotó sobre su camisa blanca. Durante un instante observó cómo se extendía la mancha. Rojo sobre blanco, rojo sobre blanco.

Se derrumbó debajo del cuerpo protector de Garrison, escuchó los gritos, el caos, sintió que la levantaban y una presión en el pecho.

Garrison se tendió sobre el cuerpo de Abigail en el asiento trasero.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —le gritó al conductor—. Sácala de aquí. No le encuentro el pulso, no le encuentro el pulso. Vamos, Liz. ¡Por Dios bendito!

Brooks, pensó de nuevo. Brooks. Bert. Su precioso jardín de mariposas, su rinconcito donde el mundo se abría a las montañas.

Su vida.

Cerró los ojos y se dejó llevar.

Elizabeth Fitch fue declarada muerta al ingresar a las 15.16.

***

A las cinco en punto de la tarde, Abigail Lowery subía a un avión privado rumbo a Little Rock.

—Dios mío. Dios mío. —Brooks tomó su rostro entre las manos y la besó—. Estás aquí.

—No dejas de repetirlo.

Apoyó la frente en la suya y la abrazó con tanta fuerza que le fue imposible tomar aire.

—Estás aquí —dijo de nuevo—. Puede que lo repita durante el resto de mi vida.

—Era un buen plan. Te dije que era un buen plan.

—No fuiste tú quien tuvo que apretar el gatillo.

—¿En quién más iba a confiar para que me matara…, para que matara a Elizabeth?

—Un disparo de fogueo y todavía me tiembla la mano.

—Apenas sentí el impacto a través del chaleco antibalas.

Y sin embargo el momento la había conmocionado. Rojo sobre blanco, pensó de nuevo. Aun sabiendo que las cápsulas de sangre se habían roto a su orden, aquella mancha que se extendía la había dejado en estado de shock.

—Garrison lo ha hecho muy bien, y también el subdirector. Conducía como un loco. —Rió, algo mareada—. Teniendo a Pickto ahí mismo, en el escenario, sabiendo que informará a los Volkov de que Elizabeth está muerta, no hay razón para dudar.

—Y puesto que tú has revivido el tema sobre la recompensa por tu cabeza, seguro que alguien se lo atribuirá. Y aunque nadie lo haga, es oficial. A Elizabeth Fitch le dispararon y asesinaron esta tarde después de declarar en un tribunal federal.

—El fiscal ha sido muy amable con Elizabeth. —Elizabeth ya no estaba, pensó. La había dejado ir—. Siento que no sepa que sigo viva.

—Trabajará más duro para conseguir las condenas no sabiéndolo.

—Aparte de ti, solo el capitán Anson, Garrison, el subdirector y el médico del FBI que ha dictaminado la muerte de Elizabeth saben cómo lo hemos hecho. Es mucho confiar. Es más de lo que he confiado en toda mi vida.

Brooks se llevó la mano de Abigail a los labios porque necesitaba tocarla, necesitaba seguir tocándola.

—¿Lamentas que ella se haya ido?

—No. Ha hecho lo que tenía que hacer y puede descansar en paz. Ahora he de hacer una última cosa por ella. —Abigail encendió el ordenador—. Le he pasado a Garrison una memoria flash con copias de todo lo que tengo sobre los Volkov. Sus finanzas, sus comunicaciones, direcciones, nombres y operaciones. Y ahora voy a quitárselo todo; por Elizabeth, por Julie, por Terry y por John.

Envió el correo electrónico a Ilya utilizando la dirección de su actual amante, con un sugerente y breve texto imitando aquellos a los que había accedido en el pasado.

El archivo adjunto no quedaría registrado. Eso, pensó con considerable orgullo, era parte de su belleza.

—¿Cuánto tiempo tardará en actuar el virus?

—Empezará en cuanto abra el mensaje. Calculo que todo se corromperá en setenta y dos horas, pero el proceso se iniciará de inmediato. —Exhaló un suspiro—. ¿Sabes qué me gustaría? Me gustaría abrir una botella de champán cuando lleguemos a casa. Tengo una, y esta me parece la ocasión perfecta.

—Lo haremos, y tengo algo que añadir.

—¿El qué?

—Una sorpresa.

—¿Qué tipo de sorpresa?

—Del tipo que es una sorpresa.

—No tengo claro si me gustan las sorpresas. Preferiría… Oh, mira. Ya ha abierto el mensaje. —Satisfecha, apagó el portátil—. Una sorpresa, entonces.

Epílogo

Brooks quiso llevar el champán hasta su rinconcito con vistas a las montañas.

—¿Como un picnic? ¿Quieres que lleve comida?

—Es suficiente con el champán. Vamos, Bert.

—Te hace caso, te sigue. Creo que le gustas porque le das comida de la mesa a escondidas cuando crees que no te veo.

—Me has pillado.

Abigail rió y le agarró la mano.

—Me gusta cogerte de la mano cuando caminamos. Me gustan tantas cosas. Me gusta ser libre. Lo soy gracias a ti.

—No, no gracias a mí.

—Tienes razón, no es exacto. Soy libre gracias a nosotros. Eso está mejor.

—Todavía llevas una pistola.

—Puede que eso me lleve algo de tiempo.

—Puede que a mí me lleve un tiempo volver a sujetar una.

—Brooks.

—Se acabó. Ha funcionado, así que puedo decírtelo; ponerte en esa mira ha sido lo más difícil que he hecho en mi vida. Aun sabiendo el porqué y el cómo, fue como morir.

—Has hecho lo más difícil porque me quieres.

—Así es. —Se llevó su mano a los labios—. Tienes que saber que habría amado a Elizabeth, a Liz o a quienquiera que fueras.

—Lo sé. De todo lo que sé, y sé muchas cosas, eso es lo mejor.

—Sabionda.

Abigail rió, dándose cuenta de que podría pasarse horas haciéndolo.

—He estado pensando.

—Es lo que suelen hacer las sabiondas.

—Global Network va a cerrar; la presidenta de la empresa va a retirarse. Deseo empezar de cero.

—¿Para hacer qué?

—Quiero volver a desarrollar software. Y juegos. Disfrutaba mucho con eso. Ya no quiero que todo mi mundo gire alrededor de la seguridad. —Esbozó una amplia sonrisa, y esa vez fue ella quien se llevó la mano de Brooks a los labios—. Para eso te tengo a ti.

—Joder, pues claro. Soy el jefe de policía.

—Y puede que algún día el Departamento de Policía de Bickford necesite o quiera una unidad de delitos informáticos. Estoy muy cualificada y puedo falsificar todos los documentos y títulos necesarios. Lo último es una broma —le dijo al ver que él se la quedaba mirando.

—Basta de falsificaciones.

—Ninguna más.

—Basta de piratear.

Abigail abrió los ojos como platos.

—¿Ni un poquito? ¿Jamás? ¿Puedo añadir un matiz? Quiero saber cómo funciona el virus durante los próximos días, y después de eso… nada de piratear a menos que lo hablemos y estemos de acuerdo.

—Podemos hablarlo.

—Es un compromiso. Las parejas hablan y llegan a un acuerdo. Quiero hablar de que tus amigos y tu familia vengan a cenar a casa y de los planes de boda, y aprender a… —Su voz se fue apagando. Entonces se detuvo—. Hay un banco —murmuró con asombro—. Hay un banco precioso justo donde quería poner uno.

—Esa es tu sorpresa. Bienvenida a casa, Abigail.

Se le empañó la vista mientras se acercaba para pasar las manos sobre la suave curvatura del respaldo, de los brazos. Parecía un tronco vaciado y pulido, y en el centro del respaldar había tallado un corazón con las iniciales A. L. y B. G. dentro del mismo.

—Oh, Brooks.

—Cursi, lo sé, pero…

—¡No lo es! Esa es una palabra estúpida. Yo prefiero romántico.

—Yo también.

—Es una sorpresa preciosa. Gracias. Gracias. —Le rodeó con los brazos.

—De nada, aunque yo también me sentaré en él.

Abigail se sentó y tiró de él.

—Mira las montañas, tan verdes mientras el sol se pone y el cielo empieza a teñirse de rojo y dorado. Oh, me encanta este rincón. ¿Podemos casarnos aquí? ¿Justo aquí?

—No se me ocurre un lugar mejor. Ya que no puedo… —Sacó un pequeño estuche del bolsillo—, hagámoslo oficial.

—Me has comprado un anillo.

—Claro que te he comprado un anillo. —Abrió la parte superior —. ¿Te gusta?

El anillo brillaba bajo la suave luz, como su vida, pensó, como la celebración de todo lo que era real y verdadero.

—Me gusta mucho. —Alzó la vista, anegada en lágrimas, hacia él—. Has esperado hasta ahora para dármelo porque sabías que significaría más. Nadie me ha comprendido jamás como tú lo haces. No creo en el destino ni en que las cosas están predestinadas. Pero creo en ti.

—Yo creo en el destino y en que las cosas están predestinadas. Y creo en ti.

Le colocó el anillo en el dedo y la besó para sellar su amor. Después abrió el champán con una rápida y alegre explosión.

Abigail cogió la copa de plástico que Brooks le había ofrecido y esperó mientras él llenaba una segunda. A continuación frunció el ceño cuando Brooks vertió un poco en una tercera copa y la dejó en el suelo para el perro.

—No puede beber de esto. No puedes darle champán a un perro.

—¿Por qué no?

—Porque… —Miró a Bert mientras este ladeaba la cabeza y la observaba con sus preciosos ojos color avellana—. De acuerdo, pero solo esta vez.

Chocó su copa con la de Brooks.

—Muy pronto, y durante el resto de mi vida, seré Abigail Gleason.

Y mientras el perro lamía alegremente su parte del champán, Abigail apoyó la cabeza en el hombro de Brooks y contempló el sol

descender sobre las montañas. De su hogar.



NORA ROBERTS, la autora número 1 en ventas de *The New York Times* y «la escritora favorita de América», como la describió la revista *The New Yorker*, comentó en una ocasión: «Yo no escribo sobre Cenicientas que esperan sentadas a que venga a salvarlas su príncipe azul. Ellas se bastan y se sobran para salir adelante solas. El "príncipe" es como la paga extra, un complemento, algo más… pero no la única respuesta a sus problemas».

Más de cuatrocientos millones de ejemplares impresos de sus libros avalan la complicidad que Nora Roberts consigue establecer con las mujeres de todo el mundo. El éxito de sus novelas es indudable, y quienes la leen una vez, repiten. Sabe hablar a las mujeres de hoy sobre sí mismas: sus lectoras son profesionales, fuertes e independientes, como los personajes que crea en sus libros, y sus historias llegan a un público femenino amplio porque son mucho más que historias de amor.

Las cifras son fenomenales: Nora Roberts ha escrito más de 180 novelas que se publican en 34 países, se venden unas 27 novelas

suyas cada minuto y 42 han debutado en la primera semana de ventas en el codiciado número 1 de *The New York Times*.